
Sheila Fitzpatrick
La vida cotidiana durante el estalinismo
Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética
НЕ БОЛТАЙ!
siglo veintiuno editores


Sheila Fitzpatrick
La vida cotidiana durante el estalinismo
Cómo vivía y sobrevivía
la gente común
en la Rusia soviética
НЕ
БОЛТАЙ!
siglo veintiuno
editores

Índice

Sheila Fitzpatrick

LA VIDA COTIDIANA DURANTE EL ESTALINISMO

Cómo vivía y sobrevivía la gente común en la Rusia soviética

Traducción de
Ana Bello



Fitzpatrick, Sheila
La vida cotidiana durante el estalinismo / Sheila Fitzpatrick.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2019.

Libro digital, EPUB.- (Hacer Historia)

Archivo Digital: descarga

Traducción de Ana Bello // ISBN 978-987-629-972-5

1. Historia política. 2. Totalitarismo. 3. Vida cotidiana. I Bello, Ana, trad.

CDD 940

Título original: *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times. Soviet Russia in the 1930s*

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Maqueta de colección: Tholön Kunst

Diseño de cubierta: Pablo Font

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: septiembre de 2019

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-972-5



A mis alumnos

Agradecimientos

La preparación de este libro llevó mucho tiempo, casi veinte años si nos remontamos a su versión inicial; diez años en la forma que tiene hoy. Durante ese período, contraje deudas intelectuales con tantas personas que no puedo nombrar a todas. Aquellos a quienes agradezco aquí hicieron contribuciones directas en las etapas finales del proyecto.

Jörg Baberowski, Dietrich Beyrau, Terry Martin y Yuri Slezkine tuvieron la amabilidad de leer el manuscrito completo y hacer comentarios detallados que fueron de gran ayuda. Con Yuri tengo una deuda adicional, ya que respondió todos mis correos electrónicos sobre usos de la lengua rusa y algunos aspectos idiosincráticos de la cultura soviética. J. Arch Getty desempeñó generosamente un papel similar en la esfera de los asuntos de política y policía. James Andrews, Stephen Bittner, Jonathan Bone y Joshua Sanborn colaboraron conmigo como asistentes de investigación en varias ocasiones. Michael Danos leyó el manuscrito completo en todas las versiones e hizo sugerencias editoriales útiles, además de ayudarme a dar forma a mis ideas sobre el tema. También debo agradecer a dos excelentes editores de Oxford University Press: Nancy Lane, una vieja amiga, sin cuya incansable insistencia y persuasión de muchos años el libro quizá jamás se habría escrito, y Thomas LeBien, cuyo apoyo y buenos consejos facilitaron las etapas finales del proyecto.

Es un placer especial reconocer mi deuda con una notable legión de estudiantes de la Universidad de Chicago que escribieron o están escribiendo sus tesis de doctorado sobre ciertos aspectos de la década de 1930: Golfo Alexopoulos, Jonathan Bone, Michael David, James Harris, Julie Hessler, Matthew Lenoe, Terry Martin, John McCannon, Matthew Payne y Kiril Tomoff. He aprendido mucho de su trabajo y de colaborar con ellos; y en reconocimiento a ese intercambio excepcionalmente estimulante y feliz dedico este libro a mis alumnos de ayer y de hoy. También fue beneficioso trabajar con otros miembros actuales y anteriores del Taller de

Estudios Rusos de Chicago, en particular con Stephen Bittner, Christopher Burton, Julie Gilmour, Nicholas Glossop, Charles Hachten, Steven Harris, Jane Ormrod, Emily Pyle, Steven Richmond y Joshua Sanborn, así como con mis muy queridos colegas Richard Hellie y Ronald Suny.

Otros jóvenes académicos cuyo estudio reciente sobre la década de 1930 me ha sido particularmente útil son Sarah Davies, Jochen Hellbeck, Oleg Khlevniuk, Stephen Kotkin y Vadim Volkov.

Agradezco a la Fundación John Simon Guggenheim, la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur, el IREX, el Consejo Nacional para la Investigación Soviética (actualmente, de Eurasia) y de Europa Oriental, y a la Universidad de Texas, en Austin, por su apoyo en diversas etapas del proyecto. Con idéntica gratitud sincera, agradezco a la Universidad de Chicago por haberme ofrecido el mejor de todos los ambientes posibles para esta investigación.

Nota preliminar

Como este es un libro de historia social, no veo motivos para atosigar al lector con una sobreabundancia de nombres, siglas y condensaciones de nombres de instituciones, que a lo largo del texto resultarían indescifrables. Cuando resulta necesario, se aportan aclaraciones acerca de la procedencia institucional en nota al final. Por lo demás, me refiero a "ministerios" y "ministros" en vez de emplear "comisariados del pueblo" o "comisarios del pueblo", que son estrictamente correctos para el período tratado. En ese mismo sentido, el texto suele nombrar como "provincia" o "región" los términos *óblast*' y *krai*, así como "distrito" equivale a *raion*.

Introducción

Este libro trata sobre la vida cotidiana de las personas comunes y corrientes, de “la gente pequeña” en contraposición a la grande. Sin embargo, lo que vivió esta gente común y corriente no fue, para ellos ni probablemente para nosotros, una vida normal. Para quienes viven en épocas extraordinarias, la vida normal se convierte en un lujo. La turbulencia y las dificultades de la década de 1930 perturbaron la normalidad al punto de convertirla en algo por lo que los ciudadanos soviéticos tenían que luchar, casi siempre de manera infructuosa. Este libro explora la interacción entre lo cotidiano y lo extraordinario en la Rusia de Stalin. Describe cómo los ciudadanos soviéticos trataban de llevar vidas ordinarias en las circunstancias extraordinarias del estalinismo y presenta una descripción de una especie social emergente, el *Homo Sovieticus*, cuyo hábitat nativo era el estalinismo.[1]

Existen muchas teorías sobre cómo escribir la historia de la vida cotidiana. Algunos entienden que ese “cotidiana” refiere sobre todo a la esfera de la vida privada, que abarca cuestiones como la familia, el hogar, la crianza de los hijos, el ocio, la amistad y la sociabilidad. Otros se centran en la vida laboral y en los comportamientos y actitudes que se generan en el lugar de trabajo. Los estudiosos de la vida cotidiana bajo regímenes totalitarios a menudo se focalizan en la resistencia activa o pasiva al régimen, mientras que una serie de estudios de la vida campesina se ocupa de la “resistencia cotidiana”, es decir, de las formas pedestres y aparentemente comunes en que las personas en situación de dependencia expresan resentimiento contra sus amos.[2] Este libro comparte con numerosos trabajos recientes de la vida cotidiana el foco en la práctica, es decir, en las formas de comportamiento y las estrategias de supervivencia y progreso desarrolladas para afrontar determinadas situaciones sociales y políticas.[3] Sin embargo, el libro no se escribió para demostrar ninguna teoría general de la vida cotidiana. Su tema central es la cotidianidad extraordinaria.

Era una época extraordinaria a causa de la Revolución de 1917 y los disturbios, no menos tajantes, desorientadores y conmocionantes, que acompañaron el desplazamiento del régimen hacia la industrialización rápida y la colectivización de la agricultura a fines de la década de 1920. Eran tiempos de desarticulación social masiva, cuando millones de personas cambiaban de ocupación y lugar de residencia. Las viejas jerarquías fueron derribadas, y los viejos valores y hábitos, desacreditados. Los nuevos valores, incluida la condena de la religión como "superstición", resultaban desconcertantes e inaceptables para la mayoría de la generación mayor, aunque los jóvenes a menudo los acogían con fervor. Se dictaminó que esa debía ser una época heroica de lucha para destruir el viejo mundo y crear un nuevo mundo y un nuevo hombre. El régimen, comprometido con la transformación social, cultural y económica, introdujo cambios radicales sin importar el costo humano, y despreció a quienes querían descansar de la lucha revolucionaria. Los castigos salvajes, peores que todos los otros experimentados bajo el antiguo régimen, se infligían a los "enemigos" y a veces, de manera arbitraria, a la población. Muchísimas personas se vieron estigmatizadas como "elementos ajenos a los valores soviéticos".

Todas estas circunstancias eran parte de la razón por la que los ciudadanos soviéticos sentían que no llevaban una vida normal. Pero cuando se quejaban de esto, por lo general tenían también algo específico en mente. El aspecto más extraordinario de la vida urbana soviética, desde la perspectiva de quienes la vivían, fue la desaparición repentina de mercancías de las tiendas a principios de los años treinta y el comienzo de una era de escasez crónica. Escaseaba todo, desde productos básicos como alimentos, ropa, zapatos, hasta vivienda. Esto estaba relacionado con el pasaje de una economía de mercado a una basada en la planificación estatal centralizada a fines de la década de 1920. Pero la hambruna también fue una de las causas del racionamiento de alimentos en las ciudades a principios de los años treinta, y durante un tiempo la gente común, al igual que los líderes políticos, tuvo la esperanza de que la escasez fuera temporal. Sin embargo, poco a poco comenzó a parecerse a un estado permanente y sistémico. En efecto, la sociedad soviética se construiría sobre la escasez, con todas las dificultades, incomodidades, inconvenientes y pérdidas de tiempo que eso conlleva para los ciudadanos. El *Homo Sovieticus* surgido en los años treinta era una especie cuyas habilidades más desarrolladas incluían cazar y recolectar bienes escasos en un entorno urbano.

Este es un libro acerca de la vida en la Rusia urbana durante el apogeo del estalinismo. Trata de departamentos comunitarios atestados, de esposas abandonadas y esposos que no cumplían con la cuota para la crianza de sus hijos, de escasez de alimentos y ropa, de filas interminables. Trata de la queja popular ante estas condiciones y de cómo reaccionó el gobierno. De los interminables y laberínticos trámites y formalismos burocráticos que convertían la vida cotidiana en una pesadilla, y de las formas en que los ciudadanos de a pie intentaban eludirlos, entre ellas el clientelismo y el sistema omnipresente de conexiones personales conocido como *blat*. Trata de lo que significaba ser privilegiado en la sociedad estalinista, así como de lo que significaba ser uno de los tantos millones de parias. Trata de la vigilancia policial que era endémica en esta sociedad y de las epidemias de terror, como las grandes purgas, que periódicamente la llevaban al caos.

Para el *Homo Sovieticus*, el Estado era una presencia central y ubicua. En primer lugar, era el distribuidor formal de los bienes y su productor casi monopólico, de modo que incluso el mercado negro comercializaba productos estatales y dependía en gran parte de conexiones también estatales. En segundo lugar, todos los ciudadanos soviéticos urbanos trabajaban para el Estado, ya fueran obreros, mecanógrafos, maestros o vendedores: casi no había empleadores alternativos. En tercer lugar, el Estado era un regulador incansable de la vida que emitía y exigía un sinfín de documentos y permisos, a falta de los cuales las operaciones cotidianas más sencillas se volvían misiones imposibles. Todos, incluso los líderes, admitían que en fecha reciente la burocracia soviética se había expandido muchísimo para afrontar su nueva gama de tareas y, por lo tanto, estaba plagada de funcionarios inexpertos y no calificados, era lenta, engorrosa, ineficiente y a menudo corrupta. La ley y el proceso legal carecían de importancia y las acciones de los funcionarios, desde los más encumbrados hasta los más rasos, se caracterizaban por la arbitrariedad y el favoritismo. Los ciudadanos estaban a merced de los funcionarios y del régimen; especulaban sobre "los de arriba" y las nuevas sorpresas que podían depararle a la población, pero se sentían incapaces de influir sobre ellos. Hasta los chistes (a los que eran tan afectos los ciudadanos soviéticos, pese al peligro de que los pescaran en flagrantes "conversaciones antisoviéticas") no versaban sobre sexo, suegras ni rasgos étnicos, sino sobre los burócratas, el Partido Comunista y la policía secreta.

Para los propósitos de este libro, la omnipresencia estatal en la Rusia urbana de los años treinta me ha llevado a definir lo “cotidiano” en términos de aquellas interacciones diarias que de alguna manera involucraban al Estado. En el contexto soviético, esta definición excluye en buena medida temas como la amistad, el amor y algunos aspectos del ocio y la sociabilidad privada. Sin embargo, no es una definición estricta, ya que abarca temas tan diversos como ir de compras, viajar, celebrar, contar chistes, encontrar vivienda, recibir educación, conseguir trabajo, avanzar en la carrera, generar clientes y conexiones, casarse y criar a los hijos, redactar quejas y denuncias, votar y tratar de eludir a la policía secreta.

El término “estalinismo”, que reaparecerá a cada paso, necesita una explicación. Suele connotar una ideología o un sistema político, pero aquí lo uso como equivalente del conjunto de instituciones, estructuras y rituales que formaron el hábitat del *Homo Sovieticus* en la era de Stalin. El gobierno del Partido Comunista, la ideología marxista-leninista, la burocracia desenfrenada, el culto a los líderes, el control estatal sobre la producción y la distribución, la ingeniería social, la acción afirmativa en nombre de los trabajadores, la estigmatización de los “enemigos de clase”, la vigilancia policial, el terror y los diversos acuerdos informales y personalistas que los individuos de todos los niveles sociales utilizaban para protegerse y obtener bienes que escaseaban eran parte del hábitat estalinista. Si bien algo de esto ya existía en la década de 1920, en los años treinta se estableció el característico hábitat estalinista, que sobrevivió a la era postestalinista y continuó hasta la Perestroika de Gorbachov en la década de 1980. En el uso que les doy, “estalinista” y “soviético” son conceptos que se superponen, y el primero representa tanto una versión maximalista del segundo como de su momento decisivo.

Hitos

Nuestra historia tiene un claro punto de partida: la transformación de la vida cotidiana en Rusia ocurrida a fines de la década de 1920 y principios de los años treinta, tras el abandono de la nueva política económica (NEP, por sus iniciales en ruso), relativamente moderada y gradual, y la adopción de la colectivización y el primer plan quinquenal.

El término “revolución de Stalin”, utilizado para caracterizar a esta transición, transmite su carácter violento, destructivo y utópico. Pero esta revolución fue en gran parte resultado de una iniciativa estatal, no de movimientos populares, y por ende no produjo un cambio de liderazgo político. Para Stalin, el objetivo de la revolución era extirpar de raíz la empresa privada y utilizar la planificación estatal para promover un rápido desarrollo económico que permitiera sentar las bases económicas del socialismo.

En las ciudades, se cerraron el comercio y los negocios privados. El Estado se hizo cargo de la distribución como parte del nuevo sistema de planificación económica estatal centralizada, que era muy ambicioso pero no estaba bien pensado. La planificación se definía, en términos heroicos, como una conquista de fuerzas económicas hasta entonces incontrolables. El proceso tenía el objetivo inmediato de lograr una rápida industrialización, en especial en las regiones subdesarrolladas del país, de acuerdo con el primer plan quinquenal (1928-1932). Esto implicó una contundente inversión en la industria pesada, escatimar en bienes de consumo y un sacrificio involuntario sustancial de los niveles de vida por parte de la población.

Los líderes albergaban la esperanza de que los campesinos pagaran la mayor parte de los costos de la industrialización. La colectivización de la agricultura campesina, un factor clave del primer plan quinquenal, pretendía lograrlo obligando a los campesinos a aceptar los bajos precios que el Estado les pagaba por sus productos. Pero esa esperanza se frustró y la población urbana debió soportar una parte considerable de la carga. La colectivización resultó ser un proyecto muy costoso. Varios millones de *kulakí* (campesinos prósperos a quienes se consideraba explotadores) fueron despojados de sus bienes y deportados a lugares remotos. Otros varios millones huyeron hacia distintas ciudades. Los resultados fueron la escasez de alimentos, el racionamiento y la superpoblación de las ciudades y, en 1932-1933, una hambruna devastadora en las principales regiones cerealeras del país. Aunque la hambruna fue una condición temporal, la escasez de alimentos y de todo tipo de bienes de consumo no lo fue. Los marxistas esperaban que el socialismo generara abundancia. Sin embargo, bajo las condiciones soviéticas, el socialismo y la carestía estaban estrechamente vinculados.

El período del primer plan quinquenal también marcó un hito en la política, las relaciones sociales y la cultura. Stalin y sus seguidores derrotaron a la última oposición abierta dentro del movimiento comunista soviético –la oposición de izquierda–, a cuyos líderes expulsaron del partido a fines de 1927. Una oposición de derecha más indefinida fue aplastada sin mayores confrontaciones algunos años después. De ahí surgió Stalin, no solo como líder indiscutible del partido, sino como objeto de un culto orquestado que data de las celebraciones de su quincuagésimo cumpleaños en 1929. La policía secreta extendió sus redes para ocuparse de las deportaciones de los *kulakí* y otras operaciones punitivas, y estos años también vieron el regreso de la antigua práctica zarista del exilio administrativo y el establecimiento de los campos de trabajo del Gulag (Dirección General de Campos de Trabajo Correccional y Colonias).

El aislamiento fue un sello distintivo del período del primer plan quinquenal. Esto significó un retroceso a la guerra civil de 1918-1920, en la que el joven Estado soviético quedó aislado tanto por la hostilidad de las grandes potencias occidentales como por su propia intransigencia. Durante la NEP, pese al monopolio estatal del comercio exterior a instancias de Lenin, se retomaron los contactos culturales y económicos con el mundo en forma limitada y hubo crecientes intercambios comerciales a través de las fronteras de la Unión Soviética. En 1927, el temor a una guerra inminente modificó el estado de las cosas y poco después el gobierno decidió "premovilizar" al país, posición en la que permaneció durante toda la década de 1930. A partir de ese momento las fronteras se cerraron al tráfico, tanto humano como de mercancías, y la Unión Soviética declaró su intención de alcanzar la "autarquía económica". En el corto plazo esta medida tuvo el efecto beneficioso, aunque accidental, de evitar que la Gran Depresión los afectara. En el largo plazo, sin embargo, preparó el terreno para un retroceso hacia un aislamiento receloso y cerrado que recordaba a la Rusia moscovita del siglo XVI.[4]

El aumento de la sospecha hacia los enemigos extranjeros estuvo acompañado por un fuerte aumento de la hostilidad hacia los "enemigos de clase": los *kulakí*, los sacerdotes, los miembros de la nobleza prerrevolucionaria, los excapitalistas y otros cuya clase social los convertía, para los comunistas, en oponentes "naturales" del Estado soviético. Pero la estigmatización de los enemigos de clase tenía su historia. La Constitución de la República Rusa de 1918 privó del derecho a voto a varias categorías

de “trabajadores pasivos” –exexplotadores– quienes, despojados de ese derecho, padecieron una amplia gama de desventajas civiles, como la exclusión de la educación superior y el pago de impuestos adicionales. Pese a los esfuerzos de los líderes del partido durante la NEP para no “avivar las llamas de la guerra de clases”, los comunistas de base siempre impulsaron medidas políticas que discriminaban a los “expersonas”, miembros de las antiguas clases privilegiadas, y favorecían a los trabajadores, la nueva “clase dictatorial”. A estos instintos se les dio rienda suelta en el período del primer plan quinquenal.

Otra característica de este período fue una tumultuosa “revolución cultural” en que los miembros de la *intelliguentsia* prerrevolucionaria, conocidos como “especialistas burgueses”, fueron el blanco principal del ataque comunista. Durante la NEP, Lenin y otros líderes habían insistido en que el Estado necesitaba contar con la experiencia de especialistas, aunque recomendaron que fueran supervisados de cerca por los comunistas. Pero en la primavera de 1928 se produjo un cambio drástico, cuando un grupo de ingenieros de la zona minera de Shajti, en la cuenca del Donéts, fue acusado de “organizar una revuelta” (es decir, de sabotear la economía soviética) y de tener contactos traicioneros con capitalistas extranjeros y servicios de inteligencia. El juicio de Shajti, primero de una serie de farsas de juicios, fue el precursor de una ola de arrestos de ingenieros y, en menor medida, otros profesionales.[5]

La revolución cultural también tuvo un componente de “acción afirmativa”. Tras anunciar la necesidad urgente de que la Unión Soviética adquiriera su propia “*intelliguentsia* obrera y campesina” para reemplazar a la “*intelliguentsia* burguesa” heredada del viejo régimen, Stalin inició un importante programa para promover el acceso de obreros, campesinos y jóvenes comunistas a la educación superior, en especial a la facultad de ingeniería, de modo que pudieran prepararse para liderar a la nueva sociedad. El impulso de “proletarizar” la *intelliguentsia* duró apenas unos años, pero su impacto fue perdurable. Sus beneficiarios lograron, en conjunto, una promoción extraordinariamente rápida durante las grandes purgas. No solo eran un grupo central en profesiones como la ingeniería, sino que constituyeron una élite política duradera –la “generación Brézhnev”– cuya permanencia en el poder comenzó en los años inmediatamente anteriores a la guerra y se prolongó durante casi medio siglo.

Pero no solo los futuros Brézhnev ascendieron en ese momento. Muchos burócratas semianalfabetos de bajo rango, cuya ineptitud y autocomplacencia eran criticadas en el diario *Pravda* y ridiculizadas en la revista de humor *Krokodil*, también se beneficiaron con esa acción afirmativa. La burocracia soviética estaba plagada de gente que carecía de la capacitación adecuada para el cargo que ocupaba. En algunas ramas, como el comercio estatal, no solo funcionarios individuales, sino instituciones enteras debieron atravesar un estresante proceso de aprendizaje laboral.

Las filas de trabajadores, como las de los dirigentes, estaban colmadas de reclutas sin experiencia. Solo durante el primer plan quinquenal, más de diez millones de campesinos migraron a las ciudades y se convirtieron en asalariados. La migración masiva produjo una crisis de vivienda de enormes proporciones. Al igual que otros tipos de escasez, esta se transformó en una característica permanente de la vida soviética, con familias hacinadas durante décadas en pequeñas habitaciones dentro de viviendas comunales con cocinas y baños compartidos (si es que existían). Durante la hambruna, dado que el flujo de migrantes a las ciudades aumentó de manera incontrolable, el Estado introdujo pasaportes internos por primera vez desde la revolución y estableció un sistema de permisos de residencia urbana. Ambas instancias eran manejadas por la OGPU (Directorio Político Unificado del Estado, la policía secreta precursora del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, conocido como NKVD), lo que agregó una dimensión de control sobre el movimiento de los ciudadanos que complicó la vida de muchas personas.

En 1935 Stalin anunció que “la vida ha mejorado, la vida se ha vuelto más alegre”. Esto marcó una laxitud que algunos, con demasiado optimismo, consideraron un retorno parcial al espíritu de la NEP. Ninguna de las principales iniciativas de las medidas políticas del período del primer plan quinquenal, como la colectivización y la prohibición por ley de las empresas privadas urbanas y el comercio, fue revertida; pero hubo ajustes en los extremos y se moderó la retórica. Se mejoró el racionamiento (de manera prematura para aquellos trabajadores que no podían pagar los nuevos precios “comerciales”). La “*intelliguentsia* burguesa” fue rehabilitada y ocupó con cautela una posición de privilegio en una sociedad donde las recompensas materiales eran cada vez más diferenciadas. La nueva Constitución “de Stalin” de la Unión Soviética de 1936 prometió una

deslumbrante gama de derechos civiles a los ciudadanos soviéticos, incluidas la libertad de reunión y la libertad de expresión, pero nunca los concedió.

En el transcurso de los “tres años felices”, 1934-1936, la vida fue más fácil que durante el primer plan quinquenal. Pero esto no era mucho decir, dado que hasta entonces el pueblo había conocido la hambruna y la crisis industrial. El primero de los años “felices” se vio opacado por la hambruna reciente y el tercero, 1936, produjo una cosecha tan pobre que en los pueblos se formaban largas filas para conseguir pan y corrían rumores llenos de pánico sobre una nueva hambruna. En efecto, en el recuerdo popular, el único año bueno de la década de 1930 en Rusia parece haber sido 1937 –irónicamente, el primer año de las grandes purgas–, cuando se obtuvo la mejor cosecha de la década y hubo abundancia de comida en las tiendas.

También había problemas en el ámbito político. A fines de 1934, poco antes del fin del racionamiento y la promulgación de la consigna “La vida ha mejorado”, fue asesinado en Leningrado Serguéi Kírov, jefe del partido en esa ciudad. Fue el incidente político más abrumador de la década, comparable, en la historia de los Estados Unidos, al asesinato del presidente John F. Kennedy en 1963. Aunque nunca se demostró la existencia de un complot y es probable que el asesinato haya sido obra de un individuo descontento, mucha gente creyó (y sigue creyendo) que fue resultado de una conspiración. Stalin señaló a los exdirigentes de la oposición de izquierda, Lev Kámenev y Grigori Zinóviev, juzgados dos veces por complicidad y que recibieron sentencia de muerte en el segundo juicio, en agosto de 1936. Otros acusaron a Stalin.

El terror –es decir, la violencia estatal extralegal contra grupos y ciudadanos elegidos arbitrariamente– se usaba con tanta frecuencia que debe considerarse una característica sistémica del estalinismo en la década de 1930. *Kulakí*, sacerdotes, *nepmen* (así, con un toque anglicista, llamaba la NEP a los empresarios privados) y “especialistas burgueses” fueron las víctimas elegidas a principios de la década, y los “expersonas” fueron blanco de los ataques tras la muerte de Kírov. Sin embargo, el episodio de terror más espectacular fueron las grandes purgas de 1937-1938, analizadas en detalle en el último capítulo. Cuantitativamente, este terror no fue muy diferente del que atentó contra los *kulakí* durante la “*deskulakización*”.[6] Lo que aumentó su impacto, al menos en lo atinente a la población urbana,

fue que las élites, incluida la comunista, sufrieron de manera desproporcionada. Y pese a estar focalizado en las élites, este terror también tuvo un importante elemento aleatorio. Se podía denunciar a cualquiera como “enemigo del pueblo”; y los enemigos, al igual que las brujas de tiempos idos, no tenían marcas externas corroborables.

El temor a los enemigos externos que había caracterizado a la Unión Soviética en las décadas de 1920 y 1930, incluso en períodos en que no hubo amenazas significativas para los observadores externos, fue parte integral de la dinámica de las grandes purgas, sobre todo la del mariscal Tujachevski y otros líderes militares (acusados de ser espías alemanes), y de las confesiones de los acusados en las farsas de juicios de 1937 y 1938, donde se afirmó que llevaban a cabo sus actividades antisoviéticas en colaboración con servicios de inteligencia extranjeros, en especial de Alemania y Japón.

Mientras las grandes purgas destruían a una cohorte más antigua de líderes y administradores comunistas, una generación de nuevos hombres, muchos de ellos beneficiarios de los programas de acción afirmativa a principios de la década, entraba en escena. Cualesquiera hayan sido los méritos de los nuevos hombres en el largo plazo,[7] a fines de la década de 1930 eran novatos sin experiencia que luchaban por restaurar una economía y un sistema administrativo gravemente dañados por las grandes purgas. La guerra, temida durante largos años, era entonces inminente, pero el Ejército Rojo estaba desorganizado, no solo por las pérdidas ocasionadas por la purga, sino porque había iniciado un proceso de rápida expansión y conversión en ejército permanente.[8]

Un cambio en el rumbo político de fines de los años treinta que merece atención por su impacto sobre la vida cotidiana fue la imposición de una disciplina laboral cada vez más rígida mediante las leyes de 1938 y 1940, que fijaron castigos más estrictos por ausentismo e impuntualidad. Si bien desde 1932 existía una ley de disciplina laboral bastante dura, solía ser violada antes que respetada. Las nuevas leyes eran más estrictas: la de 1940 ordenaba el despido e imponía sanciones penales a todo trabajador o empleado que llegara veinte minutos tarde a cumplir sus funciones. Dada la poca fiabilidad del transporte público, por no mencionar la imprecisión de los relojes soviéticos, esta ley puso en peligro a todos los empleados y despertó resentimiento en la población urbana. En cuanto a los asalariados ordinarios, el impacto negativo de las leyes laborales fue mucho mayor que

el de las grandes purgas, o incluso que el de cualquier otra cosa desde la escasez de alimentos y el desplome de la calidad de vida a principios de la década.

Relatos

Las personas comprenden y recuerdan sus vidas a través de relatos. Estos relatos cobran sentido a partir de datos dispersos de la vida ordinaria, que proporcionan un contexto e imponen un patrón que muestra de dónde viene cada uno y hacia dónde se dirige. En teoría, la gama de relatos posibles es tan amplia como la imaginación humana, pero en la práctica es mucho más acotada. La mayoría de las personas internaliza relatos que pertenecen al repertorio común de determinada sociedad en un momento dado. Esta sección presentará al lector algunos de esos relatos de "propiedad común" con que los ciudadanos soviéticos entendían sus vidas individuales y colectivas.

En la Unión Soviética, en la década de 1930, el régimen tenía un marcado interés en dar forma a esos relatos. Esa era la función de la agitación y la propaganda, una rama fundamental de la actividad del Partido Comunista. Sin embargo, para los propósitos de este libro, la procedencia de esos relatos es menos importante que lo que decían sobre el pasado, el presente y el futuro y sus interconexiones. Una de las historias más difundidas en los años treinta podría llamarse "Radiante porvenir", en homenaje al libro homónimo de Aleksandr Zinóviev.[9] En ese relato, el presente era la instancia en que el futuro, el socialismo, se estaba construyendo. Por el momento habría que afrontar enormes sacrificios y dificultades. Las recompensas llegarían más tarde.

Según la trama de "Radiante porvenir", el pueblo soviético podía estar seguro de las *futuras* recompensas porque conocía las leyes históricas, derivadas de Marx. En la Revolución de Octubre de 1917, el proletariado, encabezado por los bolcheviques, había derrocado a los capitalistas explotadores, cuya concentración de la riqueza en unas pocas manos había sumido a la inmensa mayoría en la pobreza y la privación. El socialismo era el resultado predeterminado de la revolución proletaria. Esta predicción había comenzado a cumplirse en los años treinta, cuando el impulso de la

industrialización y la eliminación de las pequeñas empresas capitalistas sentaron las bases económicas del socialismo. Al abolir la explotación y los privilegios y aumentar la producción y la productividad, el socialismo generaría abundancia y elevaría el nivel de vida de todos. Por lo tanto, se aseguraba un porvenir radiante.

Este conocimiento sobre el futuro determinaba la comprensión del presente. Alguien que no conociera el relato podría observar la vida soviética y ver solo dificultades y miseria, sin entender que era imprescindible hacer sacrificios pasajeros para construir el socialismo. Se solicitó a los escritores y artistas que cultivaran el "realismo socialista" –es decir, que expresaran cómo llegaría a ser la vida y no cómo era–, en lugar de un realismo literal o "naturalista". Pero el realismo socialista era una mentalidad estalinista, no solo un estilo artístico. Los ciudadanos comunes también desarrollaron la capacidad de ver en qué se convertirían las cosas y cómo debían ser, y no cómo eran. Una zanja vacía era un canal en construcción; un terreno baldío donde se habían demolido viejas casas o una iglesia, repleto de escombros y malezas, era un futuro parque.[10]

En sus formas más crudas, el "realismo socialista" era difícil de distinguir del engaño absoluto: la creación de "pueblos Potemkin" donde no había nada detrás de la fachada. Por ejemplo, durante la hambruna la prensa describía las granjas colectivas como lugares felices y prósperos, con campesinos alegres que se reunían a la noche alrededor de mesas abundantes en alimentos y bebidas para bailar y cantar al son del acordeón.[11]

Otro relato, propagado por el régimen pero aceptado por muchos ciudadanos, podría llamarse "Salida del atraso". Según este relato, que describía el presente con relación al pasado y no al futuro, la Unión Soviética estaba en vías de superar el legado de atraso heredado de la Rusia zarista. El atraso era "un desarrollo deficiente", según la definición de un diccionario soviético de 1938, que daba este ejemplo ilustrativo: "La gran revolución socialista de octubre liquidó el antiguo atraso de nuestro país".[12] Pero esa formulación pecaba de optimista: la "liquidación del atraso" todavía era un proyecto en curso en la década de 1930.

El atraso de la Rusia imperial (tal como se entendía en los años treinta) tenía varias dimensiones. En el plano económico, el proceso de industrialización fue tardío y la agricultura predominantemente campesina era demasiado primitiva en el aspecto técnico. En el plano militar había

sufrido humillantes derrotas en la guerra de Crimea de la década de 1850, la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y la Primera Guerra Mundial. En el plano social, sus ciudadanos aún se consideraban parte de la propiedad fundiaria, como ocurría en Europa occidental en la Edad Media, y los campesinos habían sido sometidos a servidumbre hasta 1861. En términos culturales, el nivel de alfabetización y educación de la población era bajo, en comparación con el de Europa occidental. La Unión Soviética, en consecuencia, estaba superando el atraso mediante la industrialización y modernización de la agricultura campesina. La modernización militar se cimentaba en la industrialización, en particular en el desarrollo de la industria de defensa. El país se esforzaba por lograr la alfabetización universal y los siete años de escolaridad general. La Constitución de 1936 garantizaba la igualdad de derechos a sus ciudadanos, que ya no estaban clasificados según su patrimonio.

En el relato de "Salida del atraso", el contraste entre "antes" y "ahora" era muy importante. Los hijos de trabajadores y campesinos de *antes* no tenían ninguna posibilidad de recibir educación; *ahora* podían convertirse en ingenieros. *Antes* los terratenientes explotaban a los campesinos; *ahora* los terratenientes se habían ido y las tierras eran colectivas. *Antes* los trabajadores sufrían los abusos de los patrones; *ahora* los trabajadores eran sus propios patrones. *Antes* el pueblo era engañado por los sacerdotes y arrullado por el opio de la religión; *ahora* sus ojos estaban abiertos hacia la ciencia y el iluminismo.

Si bien el atraso era un problema para la Unión Soviética en su conjunto, algunas personas estaban más atrasadas que otras. La Unión Soviética era un estado multiétnico, pero la "amistad de los pueblos" que vinculaba a los diferentes grupos solía representarse con la figura de un hermano mayor, la Rusia soviética, que dirigía y enseñaba a sus hermanos menores. Los pueblos musulmanes del Asia Central soviética y los "pequeños pueblos" del norte que criaban renos, considerados los más atrasados de la Unión, eran beneficiarios arquetípicos de la misión civilizadora soviética, que aprovechó los lineamientos de un idealismo que era tanto ruso como comunista.[13] Pero la etnia no era el único factor determinante de atraso. Los campesinos también estaban atrasados en comparación con los habitantes de la ciudad. Las mujeres estaban atrasadas, en líneas generales, en comparación con los hombres. La misión civilizadora soviética pretendía elevar el nivel cultural de todos estos grupos atrasados.

El último relato que daba cuenta del pensamiento soviético podría llamarse, parafraseando una canción popular del momento, “Si el mañana trae la guerra”. Esta posibilidad aterradora nunca estuvo lejos para la gente común ni tampoco para los líderes políticos durante la década de 1930. El miedo a la guerra arraigaba tanto en la experiencia como en la ideología. Las experiencias habían sido la guerra contra Japón en 1904-1905, la Primera Guerra Mundial (interrumpida por la revolución en Rusia, por lo que no había sensación de cierre en la memoria popular) y la guerra civil, en la que numerosas potencias extranjeras habían intervenido a favor del bando blanco. Desde una perspectiva ideológica, la premisa era que las naciones capitalistas que rodeaban a la Unión Soviética nunca aceptarían la existencia del primer y único Estado socialista del mundo. El capitalismo y el socialismo representaban principios radicalmente opuestos que no podían coexistir. Los capitalistas tratarían de derrocar a la Unión Soviética por vía militar en cuanto se presentara la oportunidad, tal como habían hecho durante la guerra civil.

La guerra era un resultado probable, sino inevitable, la prueba definitiva de la fortaleza de la sociedad soviética y del compromiso de sus ciudadanos. En esta situación, el presente era un respiro “antes del comienzo de la nueva lucha contra el capitalismo”.[14] La supervivencia de la Unión Soviética en esa “lucha final” (en palabras de “La Internacional”, conocida por todos los estudiantes soviéticos) dependería de cuánto socialismo se hubiera construido, medido de la manera más concreta posible según la cantidad de nuevos altos hornos, fábricas de tractores y tanques, represas hidroeléctricas y kilómetros de vías férreas.

El tema de la guerra era abordado permanentemente por la prensa, que ofrecía análisis detallados de la situación internacional, con énfasis particular en el régimen nazi en Alemania, los japoneses en Manchuria, la posibilidad de una toma del poder por los fascistas en Francia y la Guerra Civil Española como foco de enfrentamiento entre fuerzas “democráticas” y “reaccionarias”. Las medidas políticas estatales se fundamentaban en el peligro de guerra. El programa de industrialización rápida, subrayó Stalin, se justificaba porque, sin ella, el país sería vulnerable a sus enemigos y se “hundiría” en un plazo de diez años. El propósito de las grandes purgas, como describían los propagandistas de la época, era liberar al país de traidores, mercenarios al servicio de los enemigos de la Unión Soviética, que no vacilarían en traicionarla en época de guerra. La opinión popular

corría por los mismos rieles: en una sociedad que se alimentaba de rumores, los más frecuentes trataban sobre la guerra y sus probables consecuencias.

Nota sobre la clase

Hasta ahora, la clase –en el sentido marxista de grupos sociales vinculados por una conciencia compartida y de relación con los medios de producción– casi no se ha analizado. Esto puede parecer extraño, ya que después de todo se trataba de un régimen que se autodescribía como una "dictadura del proletariado" y abrazaba una ideología marxista fundamentada en la clase. La terminología de clase era omnipresente: "*kulaki*", "especialistas burgueses", "enemigos de clase", "lucha de clases". Además, generaciones enteras de académicos soviéticos han utilizado la clase como encuadre básico para sus análisis. En el uso soviético, el término empleado para la vida cotidiana, *byt*, rara vez aparecía sin un modificador de clase: "vida de la clase obrera", "vida campesina", "vida nómada", etc. Incluso la obra clásica sobre la vida cotidiana soviética, escrita por estudiosos estadounidenses en un ámbito no marxista, utiliza las unidades de clase estándar de las estadísticas soviéticas de preguerra: trabajadores, campesinos e intelectuales.[15] Entonces, ¿por qué cometo la imprudencia de ignorar la clase como unidad básica de análisis en este libro?

Una de mis razones es pragmática: me interesan aquellas experiencias y prácticas comunes a la población urbana en su conjunto, no solo a partes de ella. (Por eso el trabajo, esa parte de la vida cotidiana que varía mucho de un grupo ocupacional a otro, no es un tema central de mi investigación).[16] Pero existen otros motivos para desconfiar de la clase como categoría objetiva de la vida soviética.

En primer lugar, la "gran revolución proletaria" de octubre tuvo el efecto paradójico de desclasar a la sociedad soviética, al menos en el corto plazo. Las antiguas clases privilegiadas fueron expropiadas. Millones de otros ciudadanos fueron despojados de sus bienes y perdieron su estabilidad social. Incluso la clase obrera industrial, el orgullo y la alegría de los bolcheviques, se desmoronó durante la guerra civil, cuando los trabajadores regresaron a sus pueblos natales o se alistaron en las filas del Ejército Rojo.[17] El intervalo de la NEP permitió la reforma de la clase obrera, y otras

estructuras sociales también comenzaron a consolidarse. Pero luego vinieron las convulsiones del primer plan quinquenal y la colectivización, que desarraigaron una vez más a millones de personas, "liquidaron" a clases enteras y provocaron una enorme afluencia de campesinos a la fuerza laboral urbana, así como una considerable movilidad ascendente de la antigua clase obrera. Este fue, en efecto, un segundo desclase, tan solo una década después del primero.

En segundo lugar, el apego de los bolcheviques a la idea de clase y los usos políticos que le dieron la desfiguraron como categoría sociológica. Para los bolcheviques los proletarios eran aliados y los miembros de la burguesía, enemigos. El nuevo régimen introdujo la discriminación sistemática basada en la clase en todos los contextos importantes para la vida cotidiana: la educación, la justicia, la vivienda, las raciones, etc. Incluso el derecho al voto se reservó a quienes provenían de las clases "trabajadoras". Un joven trabajador tenía acceso privilegiado a la educación superior, a pertenecer al Partido Comunista y a numerosos beneficios, mientras que el hijo de un noble o de un sacerdote debía sufrir las desventajas y restricciones que le cabían. Por supuesto, los portadores de antecedentes sociales "malos" tenían un fuerte incentivo para ocultar su clase y hacerse pasar por proletarios o campesinos pobres.[18]

Para complicar aún más las cosas, el partido se definió como "la vanguardia del proletariado". Esto implicó que los conceptos de "proletario" y "bolchevique" ("comunista")[19] quedaran enredados sin remedio. "Proletario" pasó a ser un término que denotaba lealtad política y corrección ideológica antes que posición social. De manera similar, "burgués" y "pequeñoburgués" se convirtieron en sinónimos de falta de fiabilidad política y desviación ideológica.

Por supuesto, la clase era importante en la sociedad soviética. Pero no como cabría esperar; por ejemplo, como base para la organización social y política o la acción colectiva. Los sindicatos, principal forma de organización de la clase obrera, fueron debilitados durante el primer plan quinquenal cuando perdieron el derecho a defender los intereses laborales contra la patronal. Su papel principal en la década de 1930 era administrar algunos beneficios como pensiones, licencias por enfermedad y vacaciones para sus miembros. Otros tipos de asociaciones voluntarias se extinguieron, fueron clausuradas o quedaron bajo estricto control estatal en ese período.

La clase alcanzó su mayor importancia en la sociedad soviética como sistema de clasificación estatal que determinaba los derechos y obligaciones de los diferentes grupos de ciudadanos. Al hacer hincapié en la clase, paradójicamente, el régimen produjo un retorno de facto al antiguo y despreciado sistema de clases, en que los derechos y privilegios dependían de estar clasificado legalmente como noble, comerciante, miembro del estamento clerical o campesino. En el contexto soviético, la "clase" (posición social) era un atributo que definía la relación del individuo con el Estado. La posición social del ciudadano se anotaba en su pasaporte, junto con la nacionalidad, la edad y el sexo, tal como se había hecho con el estrato social en la época zarista. Los campesinos (*koljozniki*) pertenecían a un "estado" estalinista que no tenía derecho a pasaportes, aunque, a diferencia de los "estados" urbanos, sus miembros tenían derecho a comerciar en los mercados del *koljoz*. Los miembros de la nueva "nobleza de servicio" disfrutaban de diversos privilegios, incluido el acceso a tiendas reservadas, exclusivas, dachas y el uso de automóviles gubernamentales con chofer.[20]

Las relaciones entre clases eran comparativamente poco importantes en la sociedad estalinista. Lo que importaba era la relación con el Estado; en particular, el Estado como asignador de bienes en una economía de escasez crónica. Esto nos lleva a una última paradoja sobre la clase en la sociedad estalinista. En la teoría marxista, la relación con los medios de producción es crucial: existe una clase terrateniente o propietaria, una clase de mano de obra contratada que no posee otra cosa que su trabajo, y así sucesivamente. Sin embargo, en el contexto soviético el Estado era el único dueño de los medios de producción. Según la interpretación de cada uno, eso podía significar que todos se habían convertido en propietarios o que todos se habían unido a un proletariado explotado por el Estado propietario. Pero sin duda revelaba que la producción ya no era una base decisiva de la estructura de clases en la sociedad urbana soviética. En efecto, las jerarquías sociales significativas de los años treinta no se basaban en la producción, sino en el consumo.[21] El estatus de "clase" en el mundo real consistía en tener mayor o menor acceso a los bienes, lo cual a su vez dependía en gran medida del grado de derecho al privilegio que el Estado permitiera.

* * *

Una advertencia respecto del alcance de este libro: el tema es la vida cotidiana en Rusia, no la Unión Soviética, y abarca los años treinta, no toda la era de Stalin. Aunque creo que los patrones aquí descriptos también serán usuales en regiones no rusas y en repúblicas de la Unión Soviética, habrá variaciones significativas. Se puede hacer una advertencia similar sobre el período de posguerra. Si bien los patrones de la vida cotidiana persistieron –de hecho, lo hicieron hasta el final de la Unión Soviética–, la Segunda Guerra Mundial provocó cambios sustanciales, de modo que la experiencia de los años treinta no puede extrapolarse a los años cuarenta y cincuenta. Por último, cabe recordar que este es un estudio sobre la vida urbana, no sobre la vida rural. Me ocupo de esta última en *Stalin's Peasants* (libro que publiqué en 1994).

---

[1] La designación *Homo Sovieticus*, utilizada de manera crítica y para condenar a un tipo social, se popularizó en la Unión Soviética en la década de 1980. Aleksandr Zinóviev la tomó como título para su libro *Homo Sovieticus*, trad. Charles Janson, Boston, 1985. Por mi parte, no le doy un uso peyorativo, sino que pretendo llamar la atención sobre la existencia de un conjunto característico de prácticas y comportamientos "soviéticos" relacionados con las particularidades de las instituciones y la estructura social soviéticas.

[2] Sobre la vida privada, véanse Michelle Perrot (comp.), *A History of Private Life, IV, From the Fires of Revolution to the Great War*, trad. Arthur Goldhammer, Cambridge, 1990 [ed. cast.: *Historia de la vida privada*, vol. 4, *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2001] y Philippe Ariès, *Centuries of Childhood. A Social History of Family Life*, trad. Robert Baldick, Nueva York, 1962; sobre el lugar de trabajo, véase Alf Lüdtke (comp.), *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, trad. William Templer, Princeton, 1995 (en especial los artículos de Lüdtke, Kaschuba y Niethammer); sobre la resistencia, véase Detlev J. K. Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, trad. Richard Deveson, New Haven, 1987; sobre la resistencia cotidiana, véanse James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, 1985 y Sheila Fitzpatrick, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Nueva York, 1994.

[3] Para una descripción teórica de la práctica, véase Michel de Certeau, The *Practice of Everyday Life*, trad. Steve F. Rendall, Berkeley, 1984 [nva. ed. cast.: *La invención de lo cotidiano*, vol. I, *Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana - Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000].

[4] Véase Jerry F. Hough, *Russia and the West*, Nueva York, 1988, cap. 4. Sobre la "premovilización", véase N. S. Simonov, "'Strengthen the Defence of the Land of the Soviets': The 1927 'War Alarm' and its Consequences", Europe-Asia Studies, 48(8), 1996, pp. 1355-1364.

[5] Sobre la revolución cultural, véase Sheila Fitzpatrick (comp.), *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931*, Bloomington, 1978.
[6] Sobre las cifras de las purgas, véase el capítulo 8. Sin embargo, dado el tamaño relativo de los grupos, las grandes purgas deben considerarse las más traumáticas para las élites urbanas afectadas.
[7] Véase I. A. Benediktov, "O Staline i Khrushcheve", *Molodaia gvardiia*, 1989, nº 4, para una defensa vigorosa de un *vydivzhenets* sobre la base meritocrática sobre la política de cuadros de Stalin.
[8] Véase Roger R. Reese, *Stalin's Reluctant Soldiers*, Lawrence, 1996, pp. 4-5, 147-158.
[9] Aleksandr Zinoviev [Zinóviev], *The Radiant Future* [*Svetloe budushchee*], trad. Gordon Clough, Nueva York, 1980 [ed. cast.: *Radiante porvenir*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1980] .
[10] Para una explicación más detallada, véase "Becoming Cultured: Socialist Realism and the Representation of Privilege and Taste", en Sheila Fitzpatrick, *The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia*, Íthaca, 1992.
[11] Sobre el potemkinismo soviético, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 262-268.
[12] D. N. Ushakov (dir.), *Tolkovy slovar' russkogo iazyka*, t. III, Moscú, 1939, entrada *Otstalost*'.
[13] Sobre "la amistad de los pueblos", véase Terry D. Martin, "An Affirmative Action Empire: Ethnicity and the Soviet State, 1921-1938", tesis de doctorado, Universidad de Chicago, 1996, pp. 932-981; sobre el atraso, véase Yuri Slezkine, Arctic Mirrors, Íthaca, 1994, cap. 7.
[14] Carta a Mólotov, 1935, en Sheila Fitzpatrick (comp.), "The Letter as a Work of Art", *Russian History* [en lo sucesivo *Rus. Hist.*], n. 1-2, 1997.
[15] Véase Alex Inkeles y Raymond A. Bauer, *The Soviet Citizen. Daily Life in a Totalitarian Society*, Nueva York, 1968 [1959].
[16] Sobre experiencias de trabajo de la clase obrera, véanse Solomon M. Schwarz, *Labor in the Soviet Union*, Nueva York, 1951; Donald Filtzer, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization*, Armonk, 1986; y en particular Vladimir Andrle, *Workers in Stalin's Russia. Industrialization and Social Change in a Planned Economy*, Nueva York, 1988; también Lewis H. Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR*, 1935-1941, Cambridge, 1988. Todavía son pocos los estudios sobre experiencias de vida de los grupos de profesionales, aunque Inkeles y Bauer, *The Soviet Citizen*, ofrece un panorama general y una introducción excelentes.
[17] Sobre la disintegración de la clase obrera urbana, véanse Daniel R. Brower, "'The City in Danger': The Civil War and Russian Urban Population"; y Diane P. Koenker, "Urbanization and Deurbanization in the Russian Revolution and Civil War", ambos en Diane Koenker y otros (comps.), *Party, State, and Society in the Russian Civil War. Explorations in Social History*, Bloomington, 1989, pp. 58-80 y 81-104. Sobre el impacto de la desaparición del proletariado sobre los bolcheviques, véase Sheila Fitzpatrick, "The Bolsheviks' Dilemma: The Class Issue in Party Politics and Culture", en Fitzpatrick, *The Cultural Front*.
[18] Sobre esta cuestión, véase Fitzpatrick, "The Problem of Class Identity in NEP Society", en Sheila Fitzpatrick, Alexander Rabinowitch y Richard Stites (comps.), *Russia in the Era of NEP*, Bloomington, 1991.
[19] Utilizo "bolchevique" y "comunista" de manera más o menos indistinta. El partido cambió su nombre del primero al segundo en 1918, pero el uso anterior persistió durante algunos años, en particular respecto de la vieja guardia.
[20] Para una explicación más completa de los "estados" estalinistas, véase Sheila Fitzpatrick, "Ascribing Class: The Construction of Social Identity in Soviet Russia", *Journal of Modern History* [en adelante, *JMH*], 65(4), diciembre de 1993.
[21] Véase E. A. Osokina, *Ierarjiia potrebleniia. O zhizni liudei v usloviiaj stalinskogo snabzheniia 1928-1935 gg.*, Moscú, 1993.

1. “El partido siempre tiene la razón”

Pocas historias de la vida cotidiana comienzan con un capítulo sobre el gobierno y la burocracia. Pero una de las particularidades de nuestro tema es que, sin importar cuánto nos esforcemos, es imposible excluir al Estado. Los ciudadanos soviéticos que intentaban vivir una vida común y corriente debían enfrentarse continuamente al Estado[22] en alguna de sus múltiples facetas. Las líneas políticas comunistas sacudían sus vidas; funcionarios, oficinistas y vendedores incompetentes y arbitrarios que trabajaban para el Estado ponían a prueba su paciencia a diario. Este era el contexto omnipresente de la vida cotidiana soviética; no había manera de rehuirlo. Por lo tanto, nuestro relato comienza con un análisis general del régimen estalinista y sus instituciones y prácticas, en particular el estilo de gobierno y la mentalidad del Partido Comunista.

A fines de la década de 1920, punto de inicio convencional del período de Stalin, el régimen soviético llevaba poco más de diez años en el poder. Sus líderes todavía se creían revolucionarios y se comportaban como tales. Querían transformar y modernizar la sociedad rusa, proceso al que denominaban “construcción del socialismo”. Como estaban convencidos de que esta transformación revolucionaria beneficiaría al pueblo en el largo plazo, estaban dispuestos a forzarla aunque la mayoría de la población afectada estuviera en contra, como sucedía en el caso de la colectivización. Explicaban la resistencia popular como un resultado del atraso, los prejuicios y los temores de las masas no esclarecidas. El sentido de misión y superioridad intelectual de los comunistas era demasiado grande para dejarse influir por la opinión de la mayoría. En esto eran como todos los revolucionarios: ¿qué revolucionario que se precie admitió alguna vez que “la voluntad del pueblo” fuera diferente de la misión que él había emprendido en su nombre?

“Atraso” era una palabra importantísima en el léxico comunista soviético: abarcaba todo lo que pertenecía a la antigua Rusia y debía cambiar en

nombre del progreso y la cultura. La religión, una forma de superstición, atrasaba. La agricultura campesina atrasaba. El comercio privado a pequeña escala atrasaba, para no mencionar a la pequeña burguesía, otro término favorito de oprobio. Era tarea de los comunistas convertir a la Rusia atrasada, agraria y pequeñoburguesa en un gigante socialista, urbanizado e industrializado con tecnología moderna y mano de obra alfabetizada.

Sin embargo, pese a la dedicación del partido a la idea de la modernización, durante la década de 1930 el dominio comunista soviético comenzó a adquirir ciertas características neotradicionales que pocos habrían pronosticado en 1917. Un ejemplo evidente fue la evolución de la dictadura "proletaria" del partido hacia algo parecido al gobierno autocrático personal de Stalin, ejercido a través del Partido Comunista y la policía secreta. A diferencia de los nazis, los comunistas soviéticos no sostenían el principio del líder, pero tenían cada vez más un ejercicio del líder. Parte de lo que luego se daría en llamar el "culto a la persona" de Stalin reflejaba el estilo contemporáneo de autopresentación de los dictadores fascistas Mussolini y Hitler; pero en otros aspectos, el culto –o su recepción por el público ruso– tenía más en común con la tradición del zar como "padrecito" que con cualquier peculiaridad de la Europa occidental moderna. La imagen de Stalin, "el padre de los pueblos", adoptó un tinte paternalista en los años treinta.

Pero el paternalismo no se limitaba a Stalin. Los funcionarios de partidos regionales de menor jerarquía también lo practicaban al recibir y responder peticiones humildes de súbditos obedientes que apelaban, a menudo en términos asombrosamente tradicionales, a su benevolencia paternal. La retórica oficial enfatizaba cada vez más la función protectora del Estado hacia los ciudadanos más débiles y menos desarrollados: las mujeres, los niños, los campesinos y los grupos étnicos "atrasados".

Guerreros revolucionarios

El partido se autodefinía como una vanguardia. En términos de la teoría marxista, esto equivalía a una vanguardia del proletariado, la clase de los trabajadores industriales en cuyo nombre el partido había instaurado su dictadura revolucionaria en octubre de 1917. Pero la importancia del

concepto iba mucho más allá de la clase. Era el marco en que los comunistas pensaban y justificaban su misión de liderazgo en la sociedad rusa. Hacia la década de 1930, mientras el viejo concepto de misión revolucionaria adoptaba cada vez más matices de misión civilizadora, el partido llegó a autopercibirse no solo como vanguardia política, sino como vanguardia cultural. Esto no resultaba muy convincente para la antigua *intelliguentsia* rusa, ya que muchos de sus miembros pensaban que los bolcheviques eran bárbaros no escolarizados; pero en cuanto al resto de la población, al parecer, gran parte aceptó como razonable la superioridad cultural que esgrimía el partido. El concepto de "vanguardia cultural" recibió un nuevo impulso en 1936, cuando Stalin se apropió del término *intelliguentsia* para designar a la nueva élite soviética, de la cual los administradores comunistas eran parte fundamental.[23]

Un factor importante para la reivindicación del estatus de vanguardia cultural del partido fue la posesión de conocimientos para iniciados, en especial la ideología marxista-leninista. Conocer los fundamentos del materialismo histórico y dialéctico era un prerrequisito para todos los comunistas. En la práctica, esto significaba comprender la teoría de Marx sobre el desarrollo histórico, que mostraba que la fuerza motriz de la historia era la lucha de clases; que en el mundo entero el capitalismo debía sucumbir a la revolución proletaria, como lo había hecho en Rusia en 1917, y que con el tiempo la dictadura revolucionaria del proletariado conduciría a la sociedad hacia el socialismo. Para los de afuera, el marxismo condensado de los cursos de alfabetización política soviética podía parecer simplista, casi propio de un catecismo. Para los partidarios, era una cosmovisión "científica" que permitía a sus poseedores liberarse a sí mismos y a los demás de todo tipo de prejuicios y supersticiones, y de paso dominar un estilo agresivo de debate caracterizado por el uso generoso de sarcasmo sobre las motivaciones y la supuesta "esencia de clase" de los opositores. La petulancia y la tautología, junto con el vigor polémico, figuraban entre las características más destacadas del marxismo soviético.

La afiliación al partido y la educación, preferentemente si combinadas, eran las principales vías de progreso en la Rusia soviética. Esto significaba que la pertenencia al partido era una calificación deseable, incluso necesaria, para los ambiciosos; como resultado, el partido dedicó un gran esfuerzo a intentar diferenciar entre los ambiciosos en el buen sentido –es decir, quienes estaban dispuestos a asumir las responsabilidades del

liderazgo– y los "trepadores", que solo querían los privilegios. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, la admisión al partido no fue fácil, en especial para los oficinistas y los profesionales de cuello blanco. Durante la mayor parte de este período, las reglas de inscripción al partido, al igual que los procedimientos de admisión a la universidad, favorecieron a los de origen obrero o campesino humilde. Además, muchos aspirantes a comunistas no lograron superar el complicado proceso de admisión, que incluía cartas de recomendación, investigaciones de antecedentes sociales, exámenes de formación política, entre otros requisitos. Otro tanto ocurría con el Komsomol (movimiento juvenil comunista), y muchos "verdaderos creyentes" vivían mortificados por su incapacidad para unirse. Como señala el historiador francés Nicolas Werth, "el difícil procedimiento de admisión reforzaba […] el profundo sentimiento de pertenecer al mundo de los elegidos, de ser parte de aquellos que caminan en la dirección de la historia".[24]

Por supuesto, hubo cambios importantes en la composición de los miembros del partido durante la década de 1930. Al comienzo del período de Stalin, el ideal era un partido *proletario*: se alentaba a los obreros de las fábricas a unirse, mientras que los oficinistas y los profesionales tenían el camino bloqueado. La gran afiliación de trabajadores manuales y campesinos del período del primer plan quinquenal engrosó sus filas, pero también les sumó un gran peso muerto. El partido suspendió las admisiones en 1933, y ese mismo año efectuó la primera de una serie de "limpiezas". El partido también sufrió una pérdida sustancial de miembros durante las grandes purgas; al mismo tiempo, algunos jóvenes comunistas se vieron empujados a ascender a velocidades vertiginosas para ocupar los puestos de trabajo de aquellos destituidos por "enemigos del pueblo". Cuando en los últimos años de la década se renovaron las admisiones, el anterior énfasis proletario había desaparecido y se hacía hincapié en reclutar a "los mejores" de la sociedad soviética; en la práctica, esto facilitó el ingreso de los profesionales de cuello blanco.

Podemos señalar otro cambio importante. Desde principios de la década de 1930, la oposición organizada y el debate abierto dejaron de existir en el Partido Comunista. Los líderes de la oposición de izquierda fueron expulsados a fines de 1927, y esto intimidó a la "oposición de derecha" del bienio 1928-1929 lo suficiente para que nunca llegara a organizarse. Después de eso, solo hubo unos pocos grupos embrionarios de "oposición"

clandestinos, que fueron tratados con dureza por la OGPU. Si bien algunos exopositores prominentes se retractaron y a principios de la década de 1930 durante un breve lapso recobraron sus altos cargos, todos ellos tenían muy claro que incluso las reuniones sociales entre sí podían interpretarse como "discusiones antisoviéticas" y provocar nuevos castigos.

La discusión y el debate interno del partido se vieron restringidos en congruencia. En la década de 1920, el partido había tenido sus propios centros intelectuales, en especial la Academia Comunista y el Instituto de Profesores Rojos, instituciones donde el marxismo se tomaba en serio y se debatía en un nivel intelectual relativamente alto.[25] Dirigentes políticos como Bujarin y Stalin tenían seguidores personales entre los jóvenes intelectuales comunistas, de militancia y radicalismo que se volvieron evidentes durante la revolución cultural. Sin embargo, a mediados de los años treinta la revolución cultural había terminado, muchos de sus líderes estaban desacreditados y la Academia Comunista cerró sus puertas. Este fue casi el final de un serio debate intelectual y político dentro de un marco marxista en la Unión Soviética. Ya no existían el interés y el compromiso intensos con que muchos comunistas y miembros del Komsomol habían seguido los debates de las normas y la alta política en la década de 1920; se había vuelto peligroso mostrar demasiado interés en la política y la teoría política.

"Un ejército de guerreros revolucionarios" fueron las palabras con que Lázar Kaganóvich, miembro del Politburó, describió al partido en el XVII Congreso del Partido de 1934. Esta noción era cara a los comunistas, muchos de los cuales todavía portaban armas, recordaban la guerra civil con nostalgia y, al igual que Stalin, vestían una versión del uniforme militar con chaqueta campesina y botas. Era un partido de hombres citadinos con un fuerte ethos machista: palabras como "esfuerzo", "lucha" y "ataque" estaban constantemente en boca de sus integrantes. A lo largo de los años treinta, los comunistas esperaron, de manera justificada o no, un ataque externo.[26]

Para Stalin, el peligro en que permanecía la Unión Soviética requería un tipo especial de confianza asertiva en el trato con el mundo exterior. En un comentario de 1933 a Mólotov acerca del borrador de una declaración pública sobre asuntos internacionales, escribió: "Salió bien. El tono confiado y despectivo con respecto a las 'grandes' potencias, la fe en

nuestra propia fuerza, el sutil pero muy concreto escupitajo en el plato de las arrogantes ‘grandes potencias’; muy bien. Deja que se lo traguen”.[27]

En términos de relaciones entre grandes potencias, Stalin no estaba muy interesado en la perspectiva de una revolución internacional en los años treinta. Pero la situación fue diferente para la generación de jóvenes que crecieron en las décadas de 1920 y 1930, para quienes la revolución mundial era algo inspirador, deseado con urgencia y, como sugieren las memorias de Lev Kópelev, íntegramente ligado a los sueños de modernidad y acceso a un mundo más amplio:

> La revolución mundial era absolutamente necesaria para que la justicia triunfara, para que todos los presos de las cárceles burguesas fueran liberados, para que los hambrientos en India y China fueran alimentados, para que las tierras arrebatadas a los alemanes y el “corredor” de Danzig fueran devueltos y nuestra Besarabia recuperada de Rumania. […] Pero también para que después no hubiera más fronteras, capitalistas ni fascistas. Y para que Moscú, Járkov y Kiev llegaran a ser tan enormes, tan sólidas como Berlín, Hamburgo y Nueva York, para que tuviéramos rascacielos, calles repletas de automóviles y bicicletas, para que todos los trabajadores y campesinos se pasearan con ropa fina, con sombreros y relojes. […] Y para que aviones y dirigibles volaran por todas partes.[28]

Para los comunistas de la generación de Kópelev, la educación era de extrema importancia: recibir educación no era solo un camino hacia el éxito personal, sino también una obligación que se debía al partido. Los comunistas deben estar “aprendiendo constantemente, en especial de las masas”, dijo al público presente en el Instituto de Profesores Rojos el héroe del incendio del Reichstag, Gueorgui Dimitrov.[29] Sin embargo, en el mundo real, estudiar en la escuela era más importante que aprender de las masas. La red de escuelas del partido proporcionaba a los administradores comunistas una combinación de educación general y política; además, se “movilizó” a muchos comunistas a asistir a la universidad para estudiar ingeniería, en especial durante el primer plan quinquenal (Jruschev, Brézhnev y Kosyguin tuvieron esta experiencia a principios de los años

treinta). Era deber de cada miembro del partido "trabajar sobre sí mismo" y elevar su nivel cultural, incluso si no estaba involucrado en un programa de educación formal.

En los niveles más bajos del partido, uno de los pilares de todo buen comunista era librarse de la superstición de la religión. En cambio, una de las infracciones ideológicas más comunes para un miembro del partido era permitir que su esposa u otra pariente femenina siguiera siendo creyente, bautizara a sus hijos, asistiera a la iglesia o tuviera iconos en el hogar. Al respecto, era usual que los afiliados del partido fuesen objeto de minuciosos interrogatorios como en este diálogo sostenido durante una reunión local de las células del partido:

> –¿Bautizó a sus hijos?
> –La última en ser bautizada en mi familia fue mi hija, en 1926.
> –¿En qué fecha rompió con la religión?
> –En 1923.
> –Al parecer, todavía hay iconos en su casa.
> –¡Sí, eso es porque mi suegra no quiere que los quite![30]

La disciplina y la unidad ocupaban un lugar destacado en la lista de valores del partido. Incluso en la década de 1920 se hablaba de ellas en términos casi místicos: en fecha tan temprana como 1924, el discurso en que Trotski admitió la derrota en la lucha por el liderazgo incluía las frases "El partido siempre tiene la razón" y "Uno no puede tener la razón contra el partido". Uno de los acusados en los juicios de la gran purga señaló en su alegato final que "el vergonzoso ejemplo de mi caída demuestra que siquiera el mínimo desacuerdo con el partido, la mínima insinceridad hacia el partido, la mínima vacilación respecto de la dirigencia, respecto del Comité Central, es suficiente para ponerte del lado de la contrarrevolución".[31] Los requisitos de centralismo democrático entrañaban que cada comunista estaba obligado a obedecer sin reservas cualquier decisión de los órganos superiores del partido. El antiguo protocolo de que, una vez tomada la decisión, era indispensable la obediencia férrea perdió fuerza cuando desapareció la etapa del debate público del partido previa a la decisión.

Existía una escala formal de castigos para aquellos comunistas que violaban la disciplina del partido, que comenzaba con una advertencia y

pasaba por varios niveles de reprimenda hasta la expulsión, lo que implicaba la exclusión de la vida pública y la privación de privilegios como el acceso a tiendas exclusivas y a clínicas.[32] Sin embargo, en la práctica, la escala de castigos iba más allá. Ya a fines de la década de 1920, los miembros de la oposición de izquierda fueron enviados al exilio administrativo en regiones remotas, y el propio Trotski fue deportado de la Unión Soviética. Pocos años después, durante las grandes purgas, la ejecución de los miembros del partido caídos en desgracia como "enemigos del pueblo" se volvió moneda corriente.

La vigilancia –actitud de alerta recelosa– era parte importante de la mentalidad comunista. Según Dimitrov, un buen comunista debía "constantemente dar muestra de la máxima vigilancia en relación con los enemigos y espías que penetran en secreto en nuestras filas". Cualquier comunista que no estuviera incesantemente alerta, en vigilancia –es decir, que no dejara de sospechar de sus conciudadanos e incluso de sus compañeros de partido–, no cumplía con su deber hacia el partido y caía en el "derechismo". Los enemigos estaban por todas partes; y lo más peligroso de todo era que estos enemigos a menudo estaban disfrazados. Cada comunista debía estar siempre listo para "desenmascarar" a los enemigos ocultos y mostrar su "verdadero rostro".[33]

Como los masones, los comunistas tenían muchos rituales. Eran hermanos y su hermandad era en cierto modo secreta. Su condición de comunistas estaba relacionada con su dominio del lenguaje esotérico. Tenían símbolos que valoraban, como la bandera roja, y una historia, incluido un martirologio, que todos ellos debían conocer. Tenían un corpus de textos sagrados, que incluía las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y debían estudiar la adición de obras nuevas, como los más recientes discursos de Stalin y las importantes resoluciones del Politburó. Había una atmósfera de misterio en las formas oblicuas de comunicación del partido, solo comprensibles del todo para los iniciados, y en sus prácticas lingüísticas esópicas. Ser expulsado del partido implicaba ser marginado de esta comunidad, quedar aislado del propósito común: en palabras de Bujarin durante su juicio, "aislado de todos, enemigo del pueblo, en una posición inhumana, completamente apartado de todo lo que constituye la esencia de la vida".[34] "No me empujen a la desesperación", escribió un comunista amenazado de expulsión en circunstancias menos extremas, y añadió este patético *post scriptum*:

> Está llegando la primavera, la fiesta de mayo. La gente estará contenta de vivir, alegre, pero, en lo que a mí concierne, mi alma estará llorando. ¿Puede derrumbarse todo de esta manera? ¿Es posible que me haya convertido en enemigo del partido que me ha formado? No, es un error.[35]

Uno de los rituales clave para el ejercicio de la vigilancia era la limpieza o la purga,[36] una revisión periódica de los afiliados del partido destinada a eliminar a los indeseables. En el período de la revolución cultural, también se efectuaron purgas similares en todas las oficinas gubernamentales, lo que generó conmoción en la rutina burocrática. Los procedimientos comenzaban con una declaración autobiográfica de la persona examinada, seguida de un interrogatorio por la comisión de depuración y miembros del público. Las preguntas podían referirse a cualquier aspecto de su vida política o personal.

> ¿Qué hacía antes de 1917 y durante la Revolución de Octubre? ¿Estaba en el frente? ¿Alguna vez lo arrestaron antes de la revolución? ¿Tuvo algún desacuerdo con el partido? ¿Bebe? […] ¿Qué piensa de Bujarin y la desviación derechista, de los *kulakí*, del plan quinquenal, de los acontecimientos en China? […] ¿Es cierto que tiene un automóvil privado y una bella esposa que era actriz? […] ¿Se casó por iglesia? ¿Bautizó a su hijo? ¿Con quién contrajo matrimonio su hermana?[37]

En sus memorias, Elena Bónner, la segunda esposa del disidente Andréi Sájarov, describe su recuerdo infantil de una purga en las oficinas de la Internacional Comunista, probablemente en 1933. Su padrastro Guevork Alijanov trabajaba para la Comintern y las sesiones de purga se celebraban a la tarde después del trabajo durante semanas en el “Rincón Rojo” del hotel Lux, donde vivían la familia Alijanov-Bónner y otros funcionarios de la Comintern. Elena y otros niños de la Comintern se escondían detrás de las cortinas y escuchaban sin ser vistos.

> Se los veía nerviosos […]. Preguntaban por las esposas de todos y a veces por sus hijos. Resultó que algunos golpeaban a sus esposas y bebían mucho vodka. Batanya [la formidable abuela de Elena] habría dicho que las personas decentes no hacen esas preguntas. A veces quien estaba siendo purgado decía que no volvería a golpear a su esposa ni a beber. Y muchos decían de su trabajo que "ya no lo harían más" y que "entendían todo".

Este episodio le recordó a la joven Elena cuando la llamaban a la sala de maestros de la escuela por estar mal vestida y debía pedir disculpas. "Pero esta gente estaba más nerviosa que yo con el maestro. Algunos estaban al borde del llanto. Era desagradable verlos".[38]

Había una cualidad confesional e intimidatoria en esos rituales de purga, y cuando los sufrían personas sencillas a menudo se desviaban de la esfera política y social hacia confesiones y revelaciones personales. Pero era un tipo especial de ritual confesional: uno en el que no había absolución. "Someterse a la purga" implicaba confesar los pecados sin fin, en especial el mal origen social y la pertenencia a oposiciones, pero el ritual no contemplaba la posibilidad de aliviarse del agobio. Uno "reconocía sus errores", pedía disculpas y, si tenía suerte, era despachado con una advertencia. Pero los errores seguían allí la vez siguiente, porque hacia la década de 1930 al partido ya no le interesaba la actitud "subjetiva" de una persona respecto de sus pecados, sino solo que en su expediente constara un registro de pecados pasados.[39]

Para un público más amplio, se organizaban farsas de juicios, que a menudo también incluían confesiones públicas. La farsa de juicio puede definirse como una representación teatral pública en forma de juicio, con fines didácticos, destinada no a confirmar la culpabilidad del acusado, sino a demostrar la atrocidad de los delitos cometidos. Como género que combinaba agitación y entretenimiento, se remontaba al período de la guerra civil, cuando tenía gran aceptación popular el teatro improvisado de todo tipo, surgido de la iniciativa local. En sus primeros años, tomó la forma de juicio teatralizado de una figura simbólica ("el *kulak*", "el que golpea a su esposa"), aunque los delincuentes de la vida real, los acusados de vandalismo o de ausentismo laboral también podían ser "procesados" en farsas de juicios como medida disciplinaria local. Estos primeros juicios no terminaron en sentencias reales.

En 1923 se llevó a cabo una farsa de juicio pionera, organizada centralmente, de exopositores políticos de los bolcheviques (revolucionarios socialistas de derecha). Pero solo desde la revolución cultural de fines de la década de 1920 las farsas de juicios, que presentaban "tramas" de elaborada planificación y contaban con una cobertura mediática intensiva dirigida a un público nacional, se convirtieron en una importante herramienta de agitación del Comité Central. En los juicios Shajti (1928) y al "Partido Industrial" (1930), se acusó a ingenieros y otros "especialistas burgueses" de sabotaje y conspiración contrarrevolucionaria en colaboración con potencias extranjeras.[40] Todos ellos se confesaron culpables y aportaron detalles circunstanciales de sus extraordinarios delitos (por lo general, enteramente ficticios), y todos fueron sentenciados a muerte o a largos períodos en prisión. Un patrón muy parecido se siguió en los más conocidos "juicios de Moscú" del período de las grandes purgas –el juicio a Zinóviev-Kámenev de 1936, el juicio a Piatakov de 1937 y el juicio a Bujarin de 1938–, con la salvedad de que en los juicios de Moscú los acusados no eran especialistas burgueses, sino líderes comunistas de los rangos más altos.

Si Stalin y otros líderes comunistas creían (en sentido literal) en las conspiraciones descriptas en las farsas de juicios es una pregunta difícil de responder. En su correspondencia secreta con funcionarios sobre los juicios de principios de la década de 1930, Stalin escribió como si *en efecto* creyera; sin embargo, al mismo tiempo, estas cartas podían leerse como instrucciones cifradas sobre qué tipo de trama debía describirse. Es probable que para la dirigencia del partido, como escribe Terry Martin, las acusaciones hechas en los juicios representaran verdades psicológicas antes que literales. Pero los líderes esperaban que la gente común las tomara al pie de la letra; de hecho, las respuestas de los trabajadores al juicio Shajti, que incluían llamados a imponer un castigo aún más severo a los acusados, sugieren que a menudo este era el caso.[41]

La conspiración

En 1926, un exagente de la Checa le confió a Victor Serge, revolucionario de vieja data, su conocimiento secreto de un complot monstruoso. Así

relataba Serge la conversación:

> El secreto es que todo ha sido revelado. Desde los años en que Lenin vivía, la traición se ha escabullido adentro del Comité Central. Él sabe los nombres, tiene las pruebas. […] A riesgo de su vida, está presentando su análisis del gigantesco delito, pensado durante años, contra el Comité Central. Susurra el nombre de extranjeros, de los más poderosos capitalistas y de otros que tienen un significado oculto para él. […] Sigo su hilo de pensamiento con el desasosiego secreto que uno siente en presencia de un lógico lunático. […] Sin embargo, en todo lo que dice, lo impulsa una idea básica que no es la de un loco: "No creamos la Revolución para llegar a esto".[42]

Este hombre puede haber estado loco, pero su forma de pensar era característica de los comunistas. Su trabajo estaba siendo socavado por una conspiración de personas dentro y fuera de la Unión Soviética cuyo odio a la revolución era absoluto. El hombre de la Checa creía que el centro del complot era la dirigencia del partido en ese momento, una posición no muy distinta de la que Stalin y Ezhov tomarían en las grandes purgas. Por lo demás, era plenamente típico para su extrema desconfianza. Los capitalistas extranjeros se habían aliado con fuerzas hostiles dentro del país. Los conspiradores permanecían ocultos; solo los esfuerzos más diligentes podían desenmascararlos. Por último, y quizá lo más importante, estos conspiradores, con su odio arraigado a la Unión Soviética, eran *los causantes de que todo saliera mal*. Debía haber una conspiración porque, de lo contrario, resultaba inexplicable que la revolución no estuviera saliendo según lo planeado. La culpa debía ser de *alguien*.[43]

El régimen soviético era hábil en la creación de sus propios enemigos, de quienes sospechaba que conspiraban contra el Estado. Al principio, proclamó que todos los miembros de ciertas clases sociales y estamentos –en especial los exnobles, los miembros de la burguesía, los sacerdotes y los *kulakí*– eran por definición "enemigos de clase", resentidos por su pérdida de privilegios y propensos a participar en conspiraciones contrarrevolucionarias para recuperarlos. El siguiente paso, dado a fines de la década de 1920, fue la "liquidación como clase" de ciertas categorías de

enemigos de clase, en particular los *kulakí* y, en menor medida, los *nepmen* y los sacerdotes. Esto significaba que las víctimas eran objeto de expropiaciones y se veían privadas de la posibilidad de continuar con su anterior forma de subsistencia, y a menudo eran arrestadas y exiliadas. Por desgracia, esto no redujo el riesgo de conspiración contra el Estado, sino que es probable que lo haya aumentado. Porque, como Stalin (¿con sensatez retrospectiva?) no pudo menos que reconocer, el integrante de una clase enemiga no se mostraba mejor predispuesto al poder soviético después de la liquidación de su clase. Por el contrario, casi siempre estaba lleno de ira y resentimiento. El deskulakizado era un enemigo más desesperado e intransigente que el *kulak*. Además, muy probablemente había huido a las ciudades y se había disfrazado y asumido una identidad más aceptable como trabajador. Se había convertido en un enemigo *oculto*; por lo tanto, más peligroso como conspirador potencial.[44]

Los enemigos no eran los únicos conspiradores del mundo soviético. Llamativamente, la antigua autodenominación prerrevolucionaria del partido como "conspirador" siguió en uso (aunque en secreto) hasta la década de 1930, y los documentos internos del partido instaban de manera regular a los comunistas a cumplir con la "conspiración" y la "condición de conspiratorio", es decir, a mantener en secreto los asuntos del partido.[45] En los viejos tiempos, la conspiración había sido una necesidad de la lucha contra el régimen zarista; bajo las condiciones posrevolucionarias, la pregunta incómoda "¿Conspiración contra quién?" flotaba en el aire. Una respuesta posible era "El pueblo soviético", aunque es inverosímil que los comunistas o cualquier otro gobernante se autopercibieran implicados en una conspiración malévola contra la nación; "El mundo capitalista que nos rodea" era otra. Pero quizá la mejor manera de entender el apego de los comunistas a la conspiración sea ver desde su perspectiva el partido como una suerte de francmasonería cuya capacidad de actuar en el mundo para el bien dependía de proteger su vida interior del escrutinio hostil de los ajenos a ella.

Desde principios de los años treinta, cada vez más asuntos partidarios se manejaban en secreto. A fines de la década de 1920, se introdujo un procedimiento mediante el cual los documentos del Politburó y del Comité Central se enviaban a las sedes locales del partido con limitaciones estrictas en cuanto a las personas autorizadas a leerlos y el requisito de devolverlos en unos pocos días (a finales de 1938, incluso esto se interrumpió). También

sobre las actas de la Comisión Central de Control pesaban restricciones: estaba "absolutamente prohibido" mostrárselas a quienes no figuraban en el listado de personas autorizadas para leerlas, copiarlas o citarlas en público y debían devolverse. Cualquier comunista que violara las reglas de confidencialidad, incluso en un discurso durante una reunión en una fábrica llena de supuestos aliados de clase, podía ser acusado de "traición al partido por la clase obrera".[46]

El secreto invadía tanto el gobierno como las prácticas del partido. Entre los temas clasificados como "confidenciales" o "secretos" en las comunicaciones internas del gobierno y del partido, estaban los planes militares y de movilización, incluidos la construcción de la industria de defensa, la exportación de metales preciosos, las invenciones importantes, los informes de la OGPU sobre el estado de ánimo de la población y otros asuntos, los enjuiciamientos en virtud del art. 58 del Código Penal, que se ocupaba de los delitos contra el Estado, y el exilio administrativo, la deportación y los acuerdos especiales. Las huelgas y las protestas de los trabajadores también eran temas reservados, aunque en el nivel inferior, el de "no publicables". Además, recibieron esta calificación los informes sobre casos de peste, cólera, tifus y otras enfermedades infecciosas.[47]

Según podemos suponer, una razón por la que el secreto se había vuelto tan importante es que los gobernantes comunistas hacían cosas de las que se avergonzaban, o al menos creían que los de afuera tendrían dificultades para entender. En los primeros años de la revolución, los bolcheviques habían procurado *no* avergonzarse de su ejercicio del terror, que consideraban parte necesaria e incluso constructiva del movimiento revolucionario: durante sus días en el radicalismo, cerca de 1920, Nikolái Bujarin, quien luego sería derechista, lo describió como "un método para crear una humanidad comunista a partir de los materiales humanos de la era capitalista", y otro entusiasta lo llamó "una fuente de gran estímulo moral".[48] Sin embargo, el manejo de las relaciones públicas por los bolcheviques luego de la represión de la rebelión de los marinos de Kronstadt en 1921 sugiere que estaban avergonzados y profundamente apenados por ese acontecimiento; y la lucha por la colectivización y sus consecuencias de hambruna produjeron reacciones similares en el régimen. La vieja postura desafiante y sin remordimientos respecto de la violencia ejercida por el Estado revolucionario fue reemplazada con evasivas, eufemismos y negacionismo.

Hacia 1933, existía una orden secreta vigente del Politburó que prohibía a los periódicos informar sobre ejecuciones sin una autorización especial.[49]

Es cierto que a mediados de la década de 1930 la policía secreta fue muy publicitada en ciertos círculos y sus líderes fueron aclamados como héroes. Los grandes proyectos del NKVD, como la construcción del canal del mar Blanco al mar Báltico, fueron elogiados por "forjar como nuevos hombres" a los convictos que trabajaban en ellos, sus funcionarios fueron honrados y condecorados, y los guardias fronterizos fueron presentados como ejemplos para la juventud soviética. A fines de 1937, se celebró el vigésimo aniversario del NKVD con bombos y platillos y una composición del "bardo kazajo" Dzhambul Zhabayev aclamó a su líder, Nikolái Ezhov, como "una llama que quema nidos de serpientes" y como "una bala para todos los escorpiones y las serpientes".[50] Pero el supuesto crecimiento masivo de la agencia de seguridad y su red de informantes en el transcurso de la década de 1930 fue (y sigue siendo) un secreto de Estado; y las actividades más pedestres del NKVD, como la vigilancia, el arresto y el interrogatorio, en general se trataban como un secreto sucio y se mantenían en reserva. Era habitual que a una persona liberada tras un arresto o interrogatorio se le exigiera firmar un acuerdo por el que se comprometía a no hablar de lo que le había ocurrido.

Las señales de Stalin

En un principio, el futuro Partido Comunista soviético no tenía líder. Solo tenía un Comité Central, elegido por sus congresos nacionales periódicos de delegados de organizaciones de partidos locales, y del cual dependían tres oficinas permanentes elegidas de la misma manera: el Politburó, un grupo de siete a doce miembros a cargo de asuntos políticos y de medidas políticas, y el Orgburó y el Secretariado, que se ocupaban de cuestiones de organización y de personal. Sin embargo, a mediados de la década de 1920, en plena lucha por la sucesión que se desató tras la muerte de Lenin, Stalin usó su posición como secretario general del partido para reunir a las organizaciones locales y a los congresistas con sus partidarios.[51] En los años treinta, Stalin seguía siendo secretario general del partido, como lo había sido desde 1922 y lo sería hasta 1952, pero ya no dedicaba su tiempo

a los expedientes del personal y los nombramientos que catapultaron su ascenso al poder. Entonces se lo reconocía como el líder supremo del partido, el *vozhd*'. Si bien mantenía su conducta anterior de hombre sencillo y accesible (para nada llamativo y arrogante como su principal rival de poder, Trotski), su humildad era especial: cuando entraba modesta y discretamente al recinto en que sesionaba un congreso del partido, todos se ponían de pie para recibirlo con una ovación. Aunque Stalin a veces despreciaba su culto, también lo toleraba e incluso lo alentaba en forma encubierta.[52]

Es probable que, para los comunistas de la vieja guardia, el culto a Stalin fuera bastante incómodo. Sin embargo, también se había convertido en un líder carismático para ellos, aunque algo diferente al del público en general. La imagen pública de Stalin en la década de 1930, como la de los zares que lo habían precedido, era la de un líder casi sagrado, fuente de justicia y misericordia, protector benévolo de los más débiles; a menudo era fotografiado mientras esbozaba una sonrisa paternal dirigida a mujeres y niños campesinos avergonzados. Por el contrario, para la élite del partido Stalin era "el jefe", cuyas características principales eran la agudeza mental y la astucia, la resolutividad, la capacidad para trabajar duro y la aversión por la retórica sofisticada y otros tipos de extravagancias personales. Sus colaboradores también sabían que tenía una excelente memoria para los desaires y una afición y un talento formidable para la intriga política.[53]

En el Politburó, se mantuvo la convención de la asamblea de pares. Stalin solía presidirla, pero tendía a sentarse en silencio mientras fumaba en pipa y dejaba que los otros hablaran primero. (Esto subrayaba su falta de pretensiones, pero también le daba la ventaja de que los otros jugaran sus cartas antes que él). En el Politburó había discusiones, algunas bastante acaloradas, en las que el volátil georgiano Sergó Ordzhonikidze perdía los estribos. También había fuertes disputas entre las facciones de miembros basadas en sus afiliaciones institucionales: por ejemplo, Ordzhonikidze defendía la causa de la industria pesada, Klim Voroshílov abogaba por las fuerzas armadas, Serguéi Kírov por Leningrado. Pero rara vez había discusiones en que un miembro del Politburó estuviera en abierto desacuerdo con Stalin.[54]

"El Politburó es una ficción", dijo un informante a principios de la década de 1930. Lo que quiso decir es que las reuniones formales del Politburó – grandes eventos a los que asistían no solo sus miembros, sino también

integrantes del Comité Central, representantes de numerosos entes gubernamentales y periodistas seleccionados– no eran el lugar donde se hacían los negocios. Un grupo más pequeño elegido por Stalin, que se reunía en privado en un departamento o en su oficina en el Kremlin, se ocupaba de los asuntos serios. En cualquier momento ese grupo podía incluir a individuos que no formaban parte del Politburó. También excluía rutinariamente a algunos miembros del Politburó vistos con rechazo o de poco peso, como Mijaíl Kalinin.[55]

En el Politburó, había un círculo íntimo, pero incluso sus integrantes debían estar alerta para no suscitar la desaprobación de Stalin. Viacheslav Mólotov, el número dos de la dirigencia durante la mayor parte de la década de 1930 y colaborador cercano de Stalin, toleró el arresto de varios de sus asistentes de confianza durante las grandes purgas; en 1939, su esposa Polina Zhemchúzhina fue despedida del cargo de ministra de Pesca por haber "facilitado involuntariamente" la actividad de "espías" en su entorno. Las amenazas a los integrantes de la familia de sus colaboradores se convirtieron en una de las técnicas preferidas de Stalin para tenerlos bajo control. En 1936 detuvieron al hermano de Ordzhonikidze bajo sospecha de actividades antisoviéticas. La esposa de Kalinin fue arrestada como enemiga del pueblo mientras él seguía en ejercicio como presidente de la Unión Soviética; lo mismo le ocurriría a la esposa de Mólotov después de la guerra. Mijaíl Kaganóvich, exministro de la Industria de Defensa soviética y hermano de Lázar, miembro del Politburó que seguía siendo uno de los colaboradores más cercanos de Stalin, fue arrestado y fusilado a fines de la década de 1930. Un indicador de la distancia que separaba a Stalin de sus colegas más estrechos del Politburó y de la intensidad del miedo en los años de la purga es que, de estos cuatro pesos pesados políticos (Mólotov, Kalinin, Ordzhonikidze y Kaganóvich), solo Ordzhonikidze parece haber protestado enérgicamente ante Stalin y sostenido sin reservas la inocencia de su hermano.[56]

Este es apenas un ejemplo de la peculiar manera de Stalin de tener en vilo a sus colaboradores. Una carta que escribió a su esposa Nadiezhda Alilúyeva en 1930, mientras estaba de vacaciones en el Sur, nos da una idea de esta peculiaridad. Ella le había preguntado con cierta irritación por qué le había dado una fecha para su regreso y a sus colegas otra. Stalin le contestó que le había dado a ella la fecha correcta, pero había hecho "correr el rumor

de que no volvería hasta finales de octubre por medio de Poskrébyshev [el secretario de Stalin], *como medida conspirativa*".[57]

Ningún miembro del Politburó podía estar seguro de que no caería en desgracia con Stalin, como le había sucedido a Bujarin a fines de los años veinte y luego, de manera más catastrófica, en 1936. Cuando eso ocurría, las noticias no llegaban por boca de Stalin, sino que mediaban varias señales de disminución de importancia e influencia: exclusión de reuniones del círculo interno, comentarios despectivos en *Pravda* o *Izvestiia*, intervenciones rutinarias de clientelismo rechazadas por los clientes y subordinados. Como resultado, el líder caído se veía estigmatizado y marginado por sus antiguos colegas, de los cuales casi todos siguieron la regla tácita de no reconocer ni saludar en público a una persona deshonrada.[58]

El carácter oblicuo de las comunicaciones de esa buena o mala estima en la alta política se correspondía con una falta similar de asertividad en la formulación de planes políticos. Esto puede parecer extraño, ya que el régimen de Stalin insistía en la obediencia a las directivas centrales, y ¿cómo puede uno obedecer cuando no se le ha dicho claramente qué hacer? Sin embargo, el hecho es que los cambios políticos importantes a menudo se "señalaban" en lugar de comunicarse en forma de orden clara y detallada. Podía darse una señal en un discurso o un artículo sobre Stalin, o en un editorial o una reseña de *Pravda*, o por medio de una farsa de juicio o la caída en desgracia de un funcionario prominente asociado con ciertas medidas específicas. Todas estas señales tenían en común el hecho de indicar un cambio en las decisiones políticas en determinado ámbito sin enunciar exactamente qué implicaba la nueva política ni cómo debía aplicarse.

La campaña de colectivización en el invierno de 1929-1930 es un buen ejemplo de esto. A diferencia de las principales reformas agrarias rusas anteriores, como la emancipación de los siervos en 1861 o las reformas de Stolypin a comienzos del siglo XX, nunca se dieron instrucciones detalladas sobre cómo colectivizar, y los funcionarios locales que las solicitaron fueron reprendidos. La señal de un cambio radical en las políticas agrarias fue dada en el discurso de Stalin ante la Academia Comunista en diciembre de 1929, aunque no ofreció ninguna orientación específica sobre la colectivización más allá de la instrucción de que había que "liquidar como clase" a los *kulakí*. Lo más cercano a una declaración explícita de política

pública sobre colectivización fue la carta de Stalin "Mareados por el éxito", publicada en *Pravda* el 1º de marzo de 1930; pero esta carta apareció después de dos meses desastrosos de colectivización total y constituyó una negación de la mayor parte de lo que se había hecho sin instrucciones precisas de los funcionarios locales.

Un ejemplo menos trascendental fue la carta de Stalin a los editores de un periódico que trataba temas de la historia del partido, *Proletarskaia revoliutsiia*, en 1931, citada sin cesar como un importante pronunciamiento de políticas para el campo cultural. Escrito con un apasionado estilo polémico, el mensaje general parecía ser que los intelectuales comunistas, proclives a lo capcioso, al ensañamiento con el error ajeno y a la lucha entre facciones, necesitaban cambiar radicalmente de actitud; pero qué significaba en concreto eso, excepto en el caso específico y aparentemente trivial que trataba la carta, era todo, menos claro. Los significados de sus políticas prácticas se construían después de los hechos, ya que cada institución cultural celebraba reuniones largas y difíciles "sacando conclusiones organizativas de la carta del camarada Stalin", es decir, decidiendo a quién disciplinar y castigar.[59]

Hay varias maneras de explicar esta sorprendente reticencia. En primer lugar, el régimen de Stalin fue un gran generador de mistificación, ya que consciente o inconscientemente utilizaba al misterio como potenciador y santificador del poder. Tal vez, más que cualquier otra cosa, esa aura de misterio y secreto que envolvió al Kremlin en la década de 1930 fue lo que diferenció al estilo de gobierno de Stalin del de Lenin. En segundo lugar, el régimen funcionaba con una maquinaria administrativa primitiva que solo respondía a unas pocas órdenes simples, como "alto", "adelante", "más rápido", "más despacio", que podían transmitirse mediante señales. Además, el régimen mismo tenía un bajo grado de competencia legislativa: en las pocas ocasiones en que el gobierno intentaba dar instrucciones detalladas de las decisiones políticas, debía aclarar y ampliar sus decretos y órdenes una y otra vez para que el mensaje se comunicara de manera satisfactoria.[60]

También había ventajas políticas, al menos desde la perspectiva bizantina de Stalin. Si alguna nueva medida no funcionaba, como fue el caso de la colectivización, las señales podían negarse y reinterpretarse con mayor facilidad que las afirmaciones explícitas sobre ella. Las señales eran ambiguas, lo cual era útil si no había consenso de liderazgo detrás de una

medida política, si una nueva política violaba la ley soviética existente, o si su naturaleza era tal que el régimen no quería que los extranjeros la entendieran. Estos tres últimos factores estaban en juego, por ejemplo, en el caso de la política con relación a la Iglesia en 1929-1930. Durante la mayor parte de la década de 1920, extendieron la tolerancia, al menos de un tipo limitado, a la religión y prohibieron el cierre arbitrario o la destrucción de iglesias en funcionamiento. Un importante grupo de líderes comunistas de "línea blanda", que trabajaban en el gobierno más que en los entes partidarios, apoyó con firmeza estas políticas, al igual que la opinión pública internacional. Sin embargo, en 1929, con el inicio de la revolución cultural y el auge de la militancia radical en el partido y en el Komsomol, la poderosa "línea dura" a favor del cierre generalizado de iglesias y el arresto de sacerdotes se volvió dominante y ganó la aprobación de Stalin. Se dieron instrucciones secretas de "línea dura" a las organizaciones locales del partido, que no fueron publicadas.[61] Cuando la agitación antirreligiosa encendió la ira de la población rural, por no mencionar la del papa y otros voceros de la Iglesia occidental, el régimen pudo apartarse de una línea política que de todos modos jamás había apoyado públicamente.

En casos como estos, la ambigüedad y el secreto habrán sido ventajosos en términos políticos, pero también sumamente desventajosos en la práctica. Por ejemplo, en el caso de la Iglesia, los funcionarios soviéticos a cargo de los asuntos religiosos preguntaron cómo iban a explicar las acciones de las autoridades locales a los representantes eclesiásticos cuando la ley formal estaba del lado de las iglesias. Señalaron, en vano, que una instrucción que permitiera a los exsacerdotes registrarse en las bolsas de trabajo (dándoles derecho al empleo) no tendría un efecto beneficioso mientras se mantuviera en secreto y por lo tanto ignorada por los funcionarios de las bolsas de trabajo.[62]

La combinación de señales políticas ambiguas y culto al secreto podía producir resultados absurdos, como cuando no se podía informar a ciertas categorías de funcionarios las instrucciones pertinentes porque eran secretas. En un ejemplo flagrante, la censura teatral y el Ministerio de Educación presidido por A. V. Lunacharski pasaron semanas discutiendo sobre la controvertida obra de Mijaíl Bulgákov *Los días de los Turbín*, pese a que el Politburó había instruido al ministerio que la obra podía representarse porque "este decreto era secreto, conocido solo por los funcionarios clave en la administración de arte, y Lunacharski no tenía la

libertad de divulgarlo".[63] Años más tarde, después de que Stalin expresara severas opiniones sobre la política cultural en una carta privada muy difundida, aunque en forma extraoficial, por telégrafo, Lunacharski le rogó que autorizara la publicación de la carta *para que el pueblo supiera cuál era realmente la línea del partido respecto del arte*.[64]

Otras señales culturales de Stalin eran aún más moderadas, incluidas las llamadas telefónicas a escritores u otras figuras de la cultura, cuyo contenido era transmitido instantáneamente por los telégrafos de la *intelliguentsia* de Moscú y Leningrado. Un ejemplo fue su inesperada llamada telefónica a Bulgákov en 1930 en respuesta a la carta en que este se quejaba del maltrato sufrido a manos de funcionarios encargados de la actividad teatral y de la censura. El ostensible mensaje de la llamada era de aliento para Bulgákov. Por extensión, la "señal" enviada a la *intelliguentsia* no comunista fue que quien los hostigaba no era Stalin, sino unos funcionarios y algunos militantes de bajo rango que no entendían la política del líder.

Este caso es particularmente interesante porque la policía de seguridad (la actual GPU) monitoreaba la eficacia de la señal. En su informe sobre el impacto de la llamada de Stalin, un agente de la GPU señaló que la *intelliguentsia* literaria y artística había quedado muy impresionada. "Es como si una represa hubiera estallado y todos hubieran visto el verdadero rostro del camarada Stalin". La gente comentaba que él era sencillo y accesible. "Hablan de él con cariño y amor, narran en distintas versiones la legendaria historia de la carta de Bulgákov"; así, dicen que Stalin no tiene la culpa de las cosas malas que suceden:

> Él sigue la vía recta, pero está rodeado de crápulas. Estos crápulas persiguieron a Bulgákov, uno de los más talentosos escritores soviéticos. Varios canallas literarios hicieron carrera con la persecución de Bulgákov, y ahora Stalin los ha abofeteado.[65]

Las señales que llevaban la firma personal de Stalin solían apuntar a una mayor flexibilidad y tolerancia, no a una mayor represión. Esto no se debía a que Stalin se inclinara por la "línea blanda", sino a que prefería evitar una asociación demasiado estrecha con las políticas de línea dura, que eran impopulares entre la opinión nacional y extranjera. Sus señales a menudo

hablaban de un “zar bueno”: “El zar es benevolente; los malvados boyardos son los responsables de todas las injusticias”. Esta estrategia parece haber funcionado en algunas ocasiones, pero en otras generaba escepticismo en la gente. Cuando Stalin (en su ya mencionada carta “Mareados por el éxito”, publicada en *Pravda* en 1930) condenó los excesos de los funcionarios locales durante la colectivización, la respuesta inicial en los pueblos fue favorable. Sin embargo, después de la hambruna, la estrategia del “zar bueno” sostenida por Stalin ya no funcionaba en el campo e incluso fue objeto de burla para el público al que iba dirigida.[66]

Burócratas y jefes

Nadie fue más crítico de la burocracia soviética que los líderes soviéticos. El ataque de Stalin a los funcionarios de la colectivización fue parte de un sistema de críticas a la burocracia, y “burocracia” fue siempre una palabra peyorativa en el léxico soviético. El sueño revolucionario era comunicarse con la población sin intermediarios, seguir el espíritu de la revolución, no la letra muerta de la ley. Por eso, en los primeros años los líderes comunistas recelaban de la influencia de los vestigios zaristas en la administración estatal y se sentían más cómodos con el aparato del partido, supuestamente menos burocrático. Hacia mediados de la década de 1930, la preocupación por las rémoras zaristas había disminuido, pero los burócratas eran ridiculizados rutinariamente en las reuniones de “autocrítica” en las empresas y en la prensa soviética. Se alentaba a los ciudadanos a enviar cartas a las autoridades superiores sobre casos de abuso de poder por funcionarios de sus distritos. Que estos funcionarios culpables fueran comunistas resultaba irrelevante: los líderes del partido tenían poca o ninguna confianza en su personal burocrático y solían quejarse de su falta de educación, sentido común y ética de trabajo.

La estupidez, la tosquedad, la ineficiencia y la venalidad de los burócratas soviéticos eran los principales blancos de la sátira de la revista humorística soviética *Krokodil*. Sus cuentos y *cartoons* ilustraban los diversos métodos que usaban estos funcionarios para asegurar los escasos bienes y lujos para ellos y sus conocidos, mientras se los negaban al resto de la población.[67] Mostraban a funcionarios que faltaban a sus lugares de trabajo, que

holgazaneaban cuando asistían, que rechazaban las peticiones desesperadas de los ciudadanos para obtener el precioso "papelerío" imprescindible incluso para las actividades más elementales de la vida soviética, como la compra de un boleto de tren. Un *cartoon* elocuente de *Krokodil*, titulado "Burócrata en el trapecio", muestra a dos artistas de circo en escena. Uno de ellos, que representa al desafortunado ciudadano, acaba de lanzarse al aire desde un trapecio. El otro, que representa al burócrata, tendría que atraparlo, pero permanece sentado con un cartel que dice "Vuelva mañana".[68]

Los problemas se agravaron porque la "revolución de Stalin", a principios de la década de 1930, había ampliado las funciones y responsabilidades de la burocracia soviética. Se había abolido el comercio privado y por ende era necesario crear una nueva burocracia comercial estatal casi de cero; eso, sin mencionar las nuevas burocracias para administrar el sistema de racionamiento y la apertura de comedores públicos para alimentar a la gente y compensar las deficiencias comerciales del Estado. La agricultura colectivizada requería una mayor burocracia para las adquisiciones agrícolas y la supervisión de los *koljozy*. Los servicios que iban desde la sastrería hasta la reparación de calzado estaban en manos del Estado o de cooperativas, distinción que no implicaba una diferencia real. El deseo de industrialización del primer plan quinquenal aumentó la burocracia industrial del Estado, mientras que la represión que la acompañaba amplió la policía secreta. Los pasaportes internos y los permisos de residencia urbana, introducidos en 1932, sumaron capas de burocracia a la vida cotidiana, al igual que el requisito de que los departamentos de personal de todos los organismos estatales mantuvieran expedientes privados de los empleados.

Estos nuevos burócratas encargados de nuevas tareas eran, por definición, inexpertos; además, solían tener un bajo nivel de educación y eran ineficientes. No podían contar con el apoyo del régimen, cuyo historial de repudio y castigo a los servidores era formidable incluso antes de las grandes purgas.[69] Los ciudadanos comunes les tenían miedo, resentimiento, envidia y desprecio, y los denunciaban con frecuencia ante las autoridades superiores. Sin embargo, pese a la constante desaprobación, la burocracia prosperó. En su pequeño mundo, el burócrata era el rey.

“Pequeños Stalin”

Stalin no era el único líder soviético de culto. Como ha señalado un joven académico británico, ni siquiera era el único líder que ameritaba el uso de la palabra *vozhd*, término comparable al *Führer* nazi.[70] Stalin no era el único que ostentaba un aura de líder carismático: el liderazgo mismo la había adquirido. Los periódicos escribían sobre “nuestros líderes” (*nashi vozhdi*) en plural, refiriéndose al Politburó. Se homenajeaba a algunos miembros del Politburó como Ordzhonikidze, el popular líder industrial, Mólotov, jefe del gobierno soviético, y, durante algunos años, Nikolái Ezhov, jefe del NKVD, en términos casi tan extravagantes como los que se le prodigaban a Stalin. En 1936, un periodista señaló que los días festivos revolucionarios “los retratos de los dirigentes del partido se muestran tal como solían mostrarse los iconos: un retrato redondo enmarcado y fijado a un poste […] tal como se hacía antes en las jornadas festivas de iglesia”.[71]

Tsaritsyn, en el Volga, se convirtió en Stalingrado en honor al líder máximo; Iuzovka, en el Donéts, pasó a ser Stalino. Otros líderes, vivos y muertos, también fueron homenajeados al asignarse su nombre a ciudades o regiones. La ciudad de Vladikavkaz se convirtió en Ordzhonikidze; Samara, en Kúibyshev; Perm, en Mólotov, y Lugansk, en Voroshilovgrado, por no mencionar algunos desafortunados cambios de nombre que más tarde debieron revertirse (por ejemplo, Trotsk, Zinovievsk y Rýkovo). Además, era costumbre nombrar empresas y granjas colectivas en homenaje a los líderes del partido, como el subterráneo Kaganóvich de Moscú. Ordzhonikidze, Kaganóvich e incluso el futuro “revoltoso” Iuri Piatakov (diputado de Ordzhonikidze) superaron a Stalin en cantidad de industrias rebautizadas en su honor en 1935. También las calles adoptaron los nombres de líderes políticos y figuras culturales prominentes; la principal arteria de Moscú, Tverskaia, se convirtió en Gorki (en honor al escritor); Miasnítskaia, en Kírov; y Bolshaia Lubyanka en Dzerzhinski. En las provincias también hubo una seguidilla de denominaciones nuevas y modificadas en honor a los líderes partidarios regionales.[72]

En ocasiones, Stalin (o alguien más) señalaba que todo esto era un poco excesivo. Por ejemplo, rechazó la sugerencia de cambiar el nombre de Moscú por Stalinodar. Sin embargo, cuando se criticaba la práctica de glorificar a los líderes, casi siempre era en relación con la caída en

desgracia de un líder político cuestionado o el denuesto a los "pequeños Stalin" que pululaban en las provincias. Cuando durante las grandes purgas se degradó a gran cantidad de líderes partidarios provinciales, los principales objetos de crítica fueron sus "cultos a la personalidad". Un comentario típico de esa época, dirigido al jefe de un ferrocarril regional, señalaba que

> la adulación y el servilismo florecen en el ferrocarril. El camarada Bazeiev anima a los aduladores. Ya se ha vuelto corriente que, cada vez que el camarada Bazeiev aparece en cualquier lugar, se lo recibe con un aplauso ensordecedor e incluso con gritos de "Hurra".[73]

A veces los cultos locales a la personalidad se atribuían al atraso de la población y el "liderismo" se trataba como una enfermedad étnica. Este fue el enfoque adoptado por el jefe de una organización regional de partidos en su crítica a un subordinado, que era alto funcionario del partido en la república de Chuvasia:

> No hace mucho, el camarada Petrov –secretario del comité del partido en Chuvasia– agradeció de corazón a nuestro comité regional […] por salvarlo de la enfermedad del liderismo. Sabes que el camarada Petrov es un hombre modesto, un buen bolchevique, trabajador, popular en su organización. Pero en Chuvasia empezaron a mirarlo como a Kalmykov en Kabardia-Balkaria, como a otros líderes nacionales [cuyo estatus] también es exagerado. En Chuvasia, algunos camaradas pensaban: ¿quién dice que el camarada Petrov no puede ser Kalmykov? Y cuando se genera una atmósfera así, no tardan en llegar los ejecutores. Comenzaron a escribir poemas y discursos, e inventaron las "seis condiciones del camarada Petrov" (risas). Al principio, Petrov frunció el ceño y dijo: "¿Por qué hacen esto?", pero luego más o menos se acostumbró.[74]

Evguenia Ginzburg ofrece una descripción vívida de la metamorfosis del líder del partido en Kazán, Mijaíl Razumov, un bolchevique de vieja data e

impecables orígenes proletarios, con quien había trabajado su esposo los años previos a la purga. En 1930, Razumov "aún vivía en una habitación del departamento de mi suegro, y para la cena cortaba en rodajas una salchicha con un cortaplumas sobre una hoja del periódico". En 1933 ya era aclamado localmente como "el principal trabajador de Tartaria", y cuando la región recibió la Orden de Lenin por el éxito en la colectivización, "su retrato recorrió la ciudad en desfile triunfal y los artistas diligentes lo copiaron en todos los materiales, desde avena hasta lentejas, para exhibirlo en las exposiciones agrícolas".[75]

Por supuesto, ser un líder comunista entrañaba más que el desfile en efigie por la ciudad. Los líderes comunistas se proyectaban como tipos duros, imagen que casi siempre se correspondía con la realidad. Cultivaban un estilo de mando perentorio: ladraban órdenes, exigían obediencia instantánea sin rechistar, e insistían en la versión soviética de los resultados, que era cumplir a toda costa los objetivos del plan. La consulta o la deliberación prolongada era señal de debilidad; un líder debía ser resolutivo por naturaleza.

En el peor de los casos, este tipo de estilo de manejo implicaba una alta dosis de intimidación, bravuconerías e insultos. "Es muy grosero al tratar con comunistas de las bases. Gritar es la única forma que tiene de comunicarse con la gente", escribió el crítico de un funcionario del partido en Iaroslavl. "Le gusta mostrar su poder a quienes lo rodean", gritar y echar a personas de su oficina sin motivo –señalaba otra queja, que apuntaba directamente contra un jefe de departamento en el comité del partido en la ciudad de Leningrado–. "Una nube de insultos flota en el aire. No por nada el jefe del departamento no quiere contratar mujeres para el trabajo de oficina".[76]

El líder idealizado de la década de 1930, cuyo modelo eran los gerentes industriales de la vida real, héroes de los planes quinquenales, que construyeron y dirigieron las plantas metalúrgicas y metalmecánicas soviéticas, era cualquier cosa menos un tipo de oficina. Siempre andaba ensuciándose los zapatos en el obrador, era intemperante consigo mismo y con los demás, despiadado si era necesario, un individuo incansable y práctico. La tarea de un gerente era obtener de las personas lo máximo que pudiesen dar, mediante la exhortación, la intimidación, las amenazas, los arrestos o lo que fuera necesario. Se hizo mucho trabajo estilo "campaña", es decir, con estallidos frenéticos de atención concentrada a ciertas tareas, y

no mediante una actividad rutinaria e incremental. Esto dio a luz una vida en la fábrica similar a la vida en el frente, lo que justifica el uso de otra metáfora militar: “tomar por asalto”. Esas acometidas ocurrían a finales de cada mes, cuando cada empresa intentaba cumplir su plan para ese período. Los mejores gerentes soviéticos eran temerarios; de hecho, para hacer su trabajo debían romper reglas y asumir riesgos, ya que las vías regulares y los métodos legales no les proporcionaban las partes ni la materia prima que necesitaban para alcanzar las metas del plan.[77]

Entre los principales líderes del partido, Sergó Ordzhonikidze y Lázar Kaganóvich fueron los mejores ejemplos del estilo de conducción duro y resuelto como jefes de la industria pesada y de los ferrocarriles. Ordzhonikidze era “un típico administrador estalinista, enérgico, tosco y severo”, escribe un historiador ruso. “Empleaba un único método de liderazgo: presionar a los subordinados, vigilarlos como ‘propiedad’ suya y ascender a gerentes a quienes fueran capaces de garantizar el éxito a escala local por los mismos medios”. Ordzhonikidze esperaba dedicación, resultados y lealtad de sus subordinados. Pero también ofrecía protección e intervenía a favor de “su gente” cuando había problemas con el partido, la policía secreta u otras agencias de control. (Tras la muerte de Ordzhonikidze, probablemente por mano propia al comienzo de las grandes purgas, Stalin señaló que entre sus defectos se contaban su lealtad incuestionable a los subordinados y su fuerte compromiso con su propia misión).[78]

Sin embargo, la práctica del clientelismo era característica no solo de Ordzhonikidze, sino de todos los líderes soviéticos, desde Stalin hasta llegar al nivel local. Todos trataban de trabajar con “su propia” gente leal que asociara sus intereses con los del jefe, que entablase un lazo con él como patrón, etc. Tal como sugiere el politólogo Ken Jowitt, el sistema de gobierno soviético era personalista y “patrimonial”, lo que significa que una institución era como un feudo cuyo estatus y poder eran inseparables del hombre a cargo. Los jefes de este tipo actuaban como patrones de un conjunto estable de clientes políticos, subordinados y asociados de quienes esperaban lealtad; a cambio, ofrecían protección. Rodeado por su “familia”, el jefe esperaba reducir al mínimo los desafíos locales o las críticas al gobierno. También esperaba que, si la “familia” controlaba el flujo de información, los problemas y las deficiencias locales pasarían inadvertidos para los inquisitivos ojos del centro.[79]

El centro entendía estas funciones de los círculos locales de protección mutua. Tal como reconvino Stalin en una sesión plenaria del Comité Central a principios de 1937, los líderes de los partidos regionales elegían a sus subordinados guiados por cuestiones personales, no objetivas: porque eran “conocidos, amigos, oriundos de la misma zona del país, fieles, maestros en halagar a sus jefes”. Las élites locales formaban “familias” que se autoprotegían, cuyos miembros “aspiran a vivir en paz, sin ofenderse ni lavar sus trapos sucios en público, se elogian unos a otros y de vez en cuando envían al centro informes vacíos y nauseabundos sobre sus éxitos”. Cuando transferían a un jefe local, este intentaba llevar consigo a un séquito o “apéndice” formado por sus subordinados y especialistas de mayor confianza. En su discurso ante el Comité Central, Stalin describió esta práctica como inútil, un enfoque “filisteo y pequeñoburgués” de los asuntos del personal, pero en un borrador del discurso señaló una razón política para hacerlo:

> ¿Qué significa arrastrar detrás de uno a todo un grupo de compinches? […] Significa que uno gana cierta independencia de las organizaciones locales (según se supone, de la policía secreta y de los entes de control) y, si lo desea, cierta independencia del Comité Central.[80]

La descripción de Stalin se basa en este fragmento, tomado de los archivos locales del NKVD, sobre cómo una “familia” de los Urales se aseguró la lealtad de sus miembros y defendió sus propios intereses:

> La camarilla empleó una serie de tácticas para asegurar su control, sobre todo en carácter de refuerzos positivos y negativos sin matices. Los refuerzos positivos fueron en gran medida financieros. A los miembros de la camarilla y a los “miembros [regionales] de especial importancia entre los aktiv’’ [i. e.: los más avanzados, voluntarios] del partido” se les aseguró un excelente nivel de vida a cambio de su lealtad. Recibieron grandes departamentos, daji [dachas], acceso especial a bienes de consumo y provisión de alimentos y generosos suplementos a sus salarios. […] Los refuerzos negativos fueron la otra cara de la moneda de la

> corrupción. Quienes causaban problemas a los integrantes de la camarilla eran echados de sus puestos y por eso perdían todos los privilegios que les correspondían. Las [purgas] del Partido a mediados de la década de 1930 […] fueron el medio preferido para eliminar a los colegas que inspiraban desconfianza. No era inusual encontrar algún elemento incriminador en el pasado de un enemigo y usarlo para instigar una purga. Una vez expulsados los infractores, sus reemplazantes solían ser amigos conocidos de la camarilla, escogidos con suma cautela. Se los cooptaba, en lugar de elegirlos mediante un plenario del obkom como en los años veinte y principios de los treinta.[81]

"Tutela estrecha" era el nombre soviético contemporáneo para la microgestión administrativa, utilizado en particular para definir el deseo burocrático de controlar incluso las nimiedades de la vida cotidiana. Esto tenía una larga historia en Rusia, que se remontaba al menos hasta el zar Pedro el Grande con sus famosas instrucciones a la nobleza sobre cómo vestirse y comportarse en público. Los propietarios de servidumbre del siglo XVIII a veces vestían a sus siervos con uniformes, los capacitaban y les daban reglas detalladas de comportamiento. Durante el reinado de Alejandro I, las colonias militares del general Arakchéiev, donde los soldados campesinos debían ajustarse a las normas de higiene y decoro, eran ejemplos de este tipo de práctica administrativa.[82]

La literatura rusa del siglo XIX ofrece muchos ejemplos similares, en especial en las obras de Nikolái Gógol y Mijaíl Saltykov-Shchedrín, cuyo *Historia de una ciudad* (1869-1870) presenta una serie de retratos satíricos de funcionarios que llegan a las provincias con planes detallados e irreales para alcanzar una mejora universal. Los críticos de la "tutela estrecha" soviética solían citar al personaje de Chéjov, Prishibéiev, un suboficial retirado "que se había acostumbrado a dar órdenes en las barracas y seguía comportándose como un mandamás después de jubilado", y andaba por allí "ordenándole a la gente que no cantara ni encendiera velas" en la isbá porque no existía una ley específica que permitiera esas actividades.[83]

Uno de los ejemplos de tutela estrecha publicado en *Krokodil* fue la orden, en apariencia genuina, que emitió el director de una fábrica productora de fécula sobre afeitarse y cortarse el pelo:

> En vista de la inauguración de una peluquería en la planta, queda prohibido cortarse el cabello y afeitarse en privado. Instruyo al comandante de la planta, Botarev, y al asistente médico Chikin que controlen esta situación y que, si descubren a alguien que se afeita en su casa, lo acusen y presenten cargos ante el tribunal para su procesamiento penal y la imposición de una multa. (Firmado) Director Kaplan.[84]

Nadiezhda Mándelstam ofrece otro ejemplo de este estilo burocrático cuando describe al presidente de un *koljoz* con quien se encontró a mediados de la década de 1930:

> Tres días antes de que nos reuniéramos con él, Dorojov había ordenado que todas las casas del pueblo debían tener dos macetas con flores en el alféizar de la ventana. Emitía todo el tiempo este tipo de órdenes, y todas con el léxico de los primeros años de la revolución. Fue con nosotros a una docena de casas para comprobar si habían cumplido sus órdenes. Dio enorme importancia a esta medida, pues estaba convencido de que las flores absorben la humedad y por lo tanto ayudan "contra el reumatismo". Las mujeres del pueblo le explicaron que no tenían nada en contra de las flores, pero que no podían conseguir macetas ni por todo el oro del mundo, y que en cualquier caso tres días no eran suficientes para cultivar bardana u ortigas, mucho menos flores. Dorojov estaba furioso, y solo nuestra presencia le impedía imponer un castigo en el acto.[85]

Los objetivos de Dorojov eran culturales y utópicos; castigaba a las personas a puñetazos. Sin embargo, otros microgestores tenían otras intenciones y modos de castigo: inventaban faltas menores como pretexto para imponer multas, cuyo monto a menudo iba a parar directo a sus bolsillos. Los campesinos no escatimaban quejas sobre las prácticas de los funcionarios del distrito y de los presidentes de los *koljozy*. En un distrito de la región de Vorónezh, un administrador rural soviético impuso multas a los miembros de los *koljozy* por un total de 60.000 rublos en 1935 y 1936: "Imponía las multas con cualquier pretexto y con discrecionalidad: por no

presentarse a trabajar, por no asistir a clases de alfabetización, por emplear ‘lenguaje impropio’, por no tener los perros atados. […] El *koljoznik* M. A. Gorshkov fue multado con 25 rublos por el solo hecho de que ‘en su cabaña no se habían lavado los pisos’”.[86]

Una ordenanza de 1938 de la ciudad de Stalingrado prohibía viajar en tranvía con la ropa sucia, bajo pena de una multa de 100 rublos. El investigador que informó al respecto señaló que “cuando pregunté por qué se incluía ese ítem, me contestaron que de esa manera empujamos al hombre a adoptar una actitud culta respecto de sí”. En Astracán, un hombre recibió una multa de 100 rublos por usar sombrero. Por orden del Ministerio de Economía Comunitaria central, en los departamentos solo podían tenerse en jaulas aves canoras y en la Rusia urbana estaba prohibido almacenar alimento en el característico y rudimentario “refrigerador” de la época: el espacio comprendido entre la ventana exterior y la interior.[87]

La pasión de las autoridades locales por la microgestión de la vida cotidiana de la población recibió una particular atención crítica a fines de la década de 1930, aunque es difícil determinar si esto fue consecuencia de que empeoró durante las grandes purgas. En mayo de 1938, una reunión nacional de fiscales regionales condenó la tendencia de los sóviets distritales y la ciudad a emitir ordenanzas obligatorias sobre asuntos triviales. Como dijo el fiscal bielorruso durante la reunión, cosa que hizo reír a los presentes:

> El sóviet distrital de Turau publicó una resolución obligatoria en la que prohibía a los ancianos y a los niños pequeños encender fósforos bajo pena de sanción administrativa (100 rublos de multa) como medida contra incendios.
> **Vyshinski**: Incluso en la cocina.
>
> **Voces entre los asistentes**: Parece una escena salida de *El inspector* de Gógol.
> El sóviet de la ciudad de Rechitsa publicó una resolución obligatoria: todos los propietarios y directores de instituciones estaban obligados a construir nuevos pavimentos de asfalto y pintar sus hogares. E incluso estableció el color de la pintura; por ejemplo, verde brillante en la calle Sóviet, amarillo brillante en la calle Lenin, azul en la calle Cooperativa y verde oscuro para las

demás. Si alguien violaba esa resolución, se le imponía una multa de 100 rublos.[88]

Una muchacha con carácter

El *aktiv*, sustantivo colectivo del que deriva el término “activista”, era una suerte de grupo de presión en entornos soviéticos de todo tipo. Los afiliados del partido y miembros del Komsomol eran activistas por definición. En sindicatos, fábricas, oficinas, universidades y otros lugares de trabajo y asociaciones, los miembros se dividieron en una minoría activista, cuya función era “llamar a la acción y suscitar mayores esfuerzos”, y el resto de las personas: los objetos de la activización. Se esperaba que los afiliados al partido y los miembros del Komsomol fueran activistas en cualquier institución o asociación a la que pertenecieran. Pero también había lugar para los “activistas no partidarios”, es decir, aquellas personas con energía o ambición dispuestas a trabajar con la gente del partido.[89]

Las principales categorías de activistas, además de comunistas, eran miembros del Komsomol (el ya mencionado movimiento juvenil comunista), estajanovistas (obreros y campesinos honrados por su producción sobresaliente), obreros y campesinos que servían como corresponsales para los periódicos, e integrantes del movimiento voluntario de las esposas. Ser activista implicaba, en primer lugar, ser un voluntario que ayudaba a las burocracias del partido y de la Unión Soviética a realizar tareas como la matriculación de alumnos en la escuela, la recaudación de cuotas de compras estatales de las granjas colectivas, o el mejoramiento de la disciplina laboral en las fábricas. Esta faceta del activismo no gozaba del beneplácito de la población no activista, que a menudo sentía por los activistas la misma antipatía que sienten los alumnos comunes hacia los mimados de los maestros.

Pero los activistas también tenían otras funciones. Los del Komsomol urbano, orgullosos de su militancia, fueron instrumentos clave para la colectivización y las campañas antirreligiosas de principios de la década de 1930, armados y equipados con un uniforme cuasi militar de “pantalones bombachos, botinki [botas], medias, capote semimilitar, y un cinturón Sam Browne color marrón (sostenido por una correa que cruzaba el torso desde

el hombro hasta la cadera)".[90] A lo largo de la década, consideraron que su tarea especial era vigilar la burocracia y denunciar los abusos oficiales, "más allá de quién los cometiera". Esos aspectos del activismo resultaban emocionantes y atractivos para muchos jóvenes. La función de vigilancia de la burocracia también gozaba de cierta legitimidad entre una población más amplia, dado que los activistas representaban un interés público al atacar a los burócratas impopulares. La paradoja del activismo en la década de 1930 fue que implicaba apoyar al régimen y al mismo tiempo criticar a sus ejecutores.

La faceta crítica fue encarnada por Katia, una humilde activista trabajadora de un *sovjoz* en el Lejano Oriente soviético, cuyos problemas con su jefe constituyen el eje argumental de un film musical popular de fines de la década de 1930, *Una muchacha con carácter*.

> En la pantalla aparece una chica de pelo brillante. Está enojada y pronuncia un discurso en el que desenmascara a su jefe, el director de una granja cerealera estatal, ante un público ruidoso y burlón de adulones, seguidores de aquel. Así conoce el espectador a la heroína de la película […] Katia Ivánova. A la par de Katia, nos indigna el burócrata Meshkov y esperamos impacientes que se revelen [sus crímenes].[91]

Dado que los funcionarios del distrito están confabulados con Meshkov, desestiman las quejas de Katia. Pero esta "muchacha con carácter" no acepta la derrota. Llena de ánimo y audacia juvenil, emprende el largo viaje a Moscú en busca de justicia. Para ella, el activismo implica *desafiar a la autoridad*, aunque lo hace confiada en que en el Kremlin se aplaude y espera ese comportamiento por parte de los jóvenes patriotas soviéticos.

Historias como la de Katia ocupan un lugar destacado en las memorias de los exactivistas, en especial los miembros del Komsomol, de esta generación. Para algunos de los jóvenes refugiados y desertores entrevistados en Múnich poco después de la guerra, el aspecto más memorable de su vida en el Komsomol era la lucha contra la corrupción y el oscurantismo de los funcionarios locales. Un encuestado, que había sido maestro y activista del Komsomol en una aldea de Kazajstán, recordaba haber luchado contra las camarillas que "dominaban la dirección de los

koljozy y dilapidaban su dotación"; y también que había encontrado aliados en el sector político de la Estación de Tractores y Maquinaria local, una agencia de control que dependía del nivel central, cuya "actitud implacable" ante las fechorías en el nivel local ganó su admiración.[92]

Otro encuestado fue un kirguís enviado a una región lejana de la república quien, horrorizado por el atraso y la corrupción que encontró allí, se convirtió en activista. "Las únicas personas que intentaban luchar contra la ignorancia eran los maestros que venían del Norte y los líderes locales del Komsomol". Más tarde, este hombre se convirtió en un periodista que, al mejor estilo soviético, ventilaba escándalos de las altas esferas; así, sacó a la luz el maltrato que un jefe local prodigaba a sus esposas e hijos. Esto hizo que su padre, un kirguís conservador, lo acusara de haber elegido "rebajarse a la faena" de informante, aunque él creía tener una imagen más heroica: "Mi conciencia de periodista del Komsomol no me permitiría ser connivente con el mal".[93]

Uno de los entrevistados más jóvenes de Múnich, nacido en 1921 en la provincia central rusa de Tver, creció venerando a los miembros del Komsomol provenientes de la ciudad que "se apoderaron literalmente de la aldea" durante la colectivización, vestidos con elegantes uniformes de corte militar y portando armas. "Eran luchadores que les habían declarado la guerra al atraso y la ignorancia rurales". Contó cómo estos activistas atacaron y expulsaron al secretario del sóviet rural, un burócrata de poca monta que era "la viva encarnación de un funcionario de la época de Gógol [y] obligaba a las personas a ir tres o cuatro veces por día al sóviet para los asuntos más elementales". Este encuestado veía el Komsomol de una manera muy diferente a las generaciones de la posguerra –para quienes el espíritu iconoclasta y militante no era más que un recuerdo–. La función del Komsomol –relató a los entrevistadores de Múnich– era "combatir todas las limitaciones de la vida del país sin tener en cuenta a los altos cargos y defender con audacia las demandas y peticiones de la juventud".[94]

Las "demandas y peticiones de la juventud" fueron muy importantes para la formación del espíritu activista de preguerra. Otro encuestado en Múnich intentó explicar por qué en su juventud (había nacido en 1914) había apoyado el poder soviético y deseado ser activista.

> Pese a las dificultades materiales, como la constante falta de alimentos, de especial gravedad en esa época, ni yo ni los jóvenes

> que me rodeaban teníamos sentimientos antisoviéticos. Encontrábamos en la tensión heroica de la construcción de un nuevo mundo una excusa para todas las dificultades. […] La atmósfera de lucha sin desmayo por una causa común –la finalización de la fábrica– atrapó nuestra imaginación, despertó nuestro entusiasmo y nos llevó a una suerte de mundo de primera línea de combate donde se pasaban por alto u olvidaban las dificultades.

El activismo, según este entrevistado, tenía una poderosa correlación con la juventud.

> Por supuesto, solo nosotros, la generación más joven, aceptábamos la realidad de esta manera. Nuestros padres estaban sumidos en un descontento silencioso, pero profundo. Sin embargo, los argumentos de nuestros mayores no nos importaban porque, al igual que ellos, se enfocaban en las cosas materiales; por nuestra parte, notábamos en la justificación oficial de todas las dificultades un idealismo superficial sumamente atractivo para la juventud.[95]

Muchos pensaban que el activismo joven era lo único que podía salvar a la revolución. Un encuestado en Múnich que era pocos años mayor (había nacido en 1904) describió las convicciones que lo llevaron al activismo desde la década de 1920.

> No era el deseo de honores o recompensas lo que me hacía pasar las noches sin dormir y dedicar toda mi energía al partido y al Komsomol. […] Vi que la generación mayor, desgastada después de tantos años de guerra y el caos de posguerra, ya no estaba en condiciones de afrontar las dificultades que implicaba la construcción del socialismo. Así, llegué a la conclusión de que el éxito de la transformación del país dependía por completo de los esfuerzos físicos y la voluntad de personas como yo.[96]

Los activistas esperaban encontrar dificultades y peligros. Una fuente de peligro eran los jefes locales, indignados por sus críticas e interferencias. Los corresponsales campesinos que criticaban a los *koljozy* y a los comandantes soviéticos de las aldeas eran vulnerables por su aislamiento físico. Una maestra activista de una aldea siberiana describió con estas palabras su lucha contra los jefes locales corruptos:

> Escribo sobre varios temas al fiscal del distrito, escribo al comité del Partido Comunista del distrito, al periódico del distrito, pero… si supieras cuán pasiva es la reacción de esas organizaciones y cómo los agiotistas se aprovechan de eso. Y cómo me odian; algunos de esos bocones que tienen poder a escala local por ser miembros del sóviet rural y del consejo se vengan de mí de todas las maneras posibles, me matan de hambre. […] Pero no cederé en mi "posición". No conseguirán doblegarme aunque me maten de hambre.[97]

Los que detestaban al régimen y pensaban que los activistas eran meros sustitutos constituían otra fuente de peligro. Incluso los miembros de los Jóvenes Pioneros, la rama joven del Komsomol para niños de entre 10 y 14 años, podían ser blanco de ataques. En el distrito de Rossosh, en el centro de Rusia, baluarte del sectarismo religioso y del monarquismo, los Pioneros fueron objeto de hostigamiento regular por parte de los religiosos practicantes que "llaman a la corbata de los Pioneros 'el lazo del diablo' y piensan que es pecado usarla". En 1935, un grupo de creyentes adultos tendió una emboscada a algunos Jóvenes Pioneros que regresaban de su club a la medianoche.

> Los sectarios, todos vestidos de blanco, cayeron sobre los Pioneros, los llevaron al barranco y los tuvieron atrapados allí durante más de hora y media. Arepev [el líder sectario] atrapó al Pionero K. I. Loboda, le quitó la ropa, arrojó piedras a los demás y le rompió la cabeza a uno. Mientras tiraban piedras, los sectarios gritaban: "Pequeños demonios idólatras. Les mostraremos cómo se usa una corbata".[98]

En los Urales, el trabajador activista Grigori Bykov, aspirante a escritor, fue asesinado por jóvenes locales con conexiones *kulak* por haber contribuido a la historia de la fábrica local que desenmascaró a los enemigos de clase. Este tipo de incidentes, que solían aparecer en la prensa, hacía que todos los activistas sintieran que llevaban vidas signadas por la valentía y el peligro, aun cuando las circunstancias reales fueran bastante rutinarias. Y la historia de Pavlik Morózov, el Joven Pionero mártir, tuvo un impacto similar.[99]

Los activistas apoyaban al régimen. No cabe duda de que algunos se convirtieron en activistas por ambición, ya que su apoyo podía verse recompensado con honores y ascensos. Por eso se los consideraba protegidos del régimen, favorecidos y privilegiados. Pero ellos se autopercibían como luchadores, como personas que arriesgaban la vida en su lucha para defender al socialismo en la vida real. Eran militantes que se oponían al "atraso", encarnado por la religión, la subordinación de la mujer y otras prácticas tradicionales. Se oponían a la "burocracia", lo que significaba que casi siempre se trababan en conflicto con los funcionarios locales. En principio, Moscú aprobaba esas luchas. Sin embargo, en la práctica los activistas no podían confiar en la protección de Moscú cuando los funcionarios locales tomaban represalias, por lo que su percepción del activismo como algo arriesgado y valiente estaba justificada.

* * *

Los comunistas se contemplaban como una vanguardia que conducía a las masas hacia el socialismo. Esta función movilizadora, exhortativa y educativa era la que mejor entendían y más agradable les resultaba. Les daba un sentido de superioridad cultural y política a menudo difícil de entender para los foráneos. Al igual que la noción de conspiración "positiva", el concepto de vanguardia arraigaba en el pasado prerrevolucionario del partido. Aplicado a una situación diferente, la de un régimen en el poder, es inadecuado en varios sentidos. En primer lugar, la vanguardia gobernante descubrió que las masas no siempre querían seguirla. El liderazgo perdió parte de su atractivo en la vida real: se parecía menos a un capitán que guiaba heroicamente a sus hombres que a un

remolcador que transportaba un peso muerto hacia el fondeadero. A veces, para hacer que las tropas avanzaran, los oficiales debían blandir sus armas, disponerse detrás de sus subordinados y así hacerlos avanzar.

En segundo lugar, este concepto vanguardista y movilizador de liderazgo no resultaba útil cuando se trataba del funcionamiento cotidiano del país. Eso requería una buena administración; pero como los comunistas despreciaban la burocracia y se impacientaban con la justicia y los procedimientos de rutina, su relación con el aparato administrativo era, cuando menos, ambivalente. La burocracia, en el mejor de los casos, era para ellos un mal necesario. Un mal que no detuvo su expansión, sino todo lo contrario, cuando los poderes del Estado y la ambición de control crecieron. Cuando el Estado se convirtió en un virtual monopolio de producción y distribución urbana, la asignación de bienes de consumo pasó a ser una de sus funciones más importantes, sin duda la que más preocupaba a la población. Hasta fines de la década de 1920, el principal interés de los comunistas en esta esfera había sido la redistribución: apropiarse de los bienes y beneficios de quienes habían sido privilegiados por el antiguo régimen y repartirlos entre quienes habían sido explotados. Ahora bien, cuando la revolución de Stalin dio paso a una era de escasez, la distribución se convirtió en una tarea burocrática central y en la principal preocupación de los líderes del partido.

---

[22] Utilizo este término en sentido amplio para abarcar tanto al Estado en sentido estricto como al Partido Comunista, ya que sus funciones administrativas y organizativas estaban por completo entrelazadas. Por la misma razón, algunos estudiosos utilizan el término “Estado-partido”, que es engorroso pero acertado.

[23] En su discurso sobre el proyecto de la Constitución, donde describió a la sociedad soviética como compuesta por dos clases básicas, los trabajadores y el campesinado colectivizado, y un estrato, la intelligentsia. I. V. [Iósif o José] Stalin, *Sochineniia*, Robert H. McNeal (comp.), vol. I (XIV) [en adelante, Stalin, *Soch*.], Stanford, 1967, pp. 143-145.

[24] Nicolas Werth, *Être communiste en URSS sous Staline*, París, 1981, p. 42. Sobre las admisiones al partido, véase T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the U.S.S.R. 1917-1967*, Princeton, 1968; sobre educación, véase Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, 1979.

[25] Véase Michael David-Fox, *Revolution of the Mind. Higher Learning among the Bolsheviks, 1918-1929*, Íthaca, 1997.

[26] Cita de Kaganóvich de *XVII syezd V. K. P. (b). 20 ianv.-10 fev. 1934 g. Stenograficheskii otchet*, Moscú, 1934, p. 565. De los casi dos millones de afiliados al Partido Comunista a principios de 1937, 88% estaban en celdas urbanas y 85% eran hombres. Rigby, *Communist Party Membership*, pp. 52-53, 233, 361.

[27] Lars T. Lih, Oleg V. Naumov y Oleg V. Khlevniuk (comps.), *Stalin's Letters to Molotov*, New Haven, 1995, p. 232.
[28] Lev Kopelev [Kópelev], *The Education of a True Believer*, trad. Gary Kern, Nueva York, 1980, p. 90.
[29] Dimitrov, informe en A. G. Soloviev, "Tetradi krasnogo professora, 1912-1941 gg.", en *Neizvestnaia Rossiia. XX vek*, vol. IV, Moscú, 1993, pp. 183-184.
[30] Cit. en Werth, *Être communiste*, p. 225.
[31] *Trinadtsatyi syezd RKP(b). Mai 1924 goda. Stenograficheskii otchet*, Moscú, 1963, p. 158; Zelensky, en *Report of the Court Proceedings in the Case of the Anti-Soviet "Bloc of Rights and Trotskyites" heard before the Military Collegium of the Supreme Court of the U.S.S.R. Moscow, March 2-13, 1938*, Moscú, 1938, p. 749.
[32] Sobre la pérdida de privilegios, véase Werth, *Être communiste*, p. 261.
[33] Soloviev, "Tetradi", pp. 183-184. Véase también *Sto sorok besed s Molotovym. Iz dnevnika F. Chueva*, Moscú, 1991, pp. 409-411, 429-430.
[34] *Report* (1938), pp. 777-778.
[35] Cit. en Werth, *Être communiste*, p. 264.
[36] *Chistka*. No debe confundirse con las grandes purgas del bienio 1937-1938.
[37] Informes contemporáneos citados por Iu. K. Shcheglov, "Kommentarii k romanu 'Zolotoi telenok'", en I. Il'f y E. Petrov, *Zolotoi telenok. Roman* [en adelante, Shcheglov, *ZT*], Moscú, 1995, p. 378 [ed. cast.: Ilf & Petrov, *El becerro de oro*, Barcelona, Acantilado, 2002].
[38] Elena Bonner [Bónner], *Mothers and Daughters*, trad. Antonina W. Bouis, Nueva York, 1993, pp. 148-149 [ed. cast.: *Madres e hijas*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992].
[39] Sheila Fitzpatrick, "Lives under Fire. Autobiographical Narratives and their Challenges in Stalin's Russia", en *De Russie et d'ailleurs. Mélanges Marc Ferro*, París, 1995, p. 225. Sobre la confesión en la cultura soviética, véase también Oleg Kharkhordin [Jarjordin], *The Collective and the Individual in Russia. A Study of Practices*, Berkeley, 1999, caps. 2, 5 y 6.
[40] Véase Kendall E. Bailes, *Technology and Society under Lenin and Stalin. Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1941*, Princeton, 1978, pp. 69-121.
[41] Martin, "Affirmative Action Empire", p. 411. Véanse también la carta que Stalin envió a Menzhinski en Diane P. Koenker y Ronald D. Bachman (comps.), *Revelations from the Russian Archives. Documents in English Translation*, Washington, 1997, p. 243; y Lars Lih, "Introduction", en *Stalin's Letters to Molotov*, pp. 42-49. Sobre las reacciones a propósito de Shajti, véase Matthew E. Lenoe, "Soviet Mass Journalism and the Transformation of Soviet Newspapers, 1926-1932", tesis doctoral, University of Chicago, 1997, pp. 309-315.
[42] Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary 1901-1941*, trad. Peter Sedgwick, Londres, 1963, pp. 203-204 [ed. cast.: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Veintisiete Letras, 2011].
[43] Al respecto, véase Gabor T. Rittersporn, "The Omnipresent Conspiracy: On Soviet Imagery of Politics and Social Relations in the 1930s", en J. Arch Getty y Roberta T. Manning (comps.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 99-115.
[44] Las opiniones de Stalin, según las informa el procurador estatal Krylenko, están disponibles en *Sovétskaia iustitsiia* [en adelante, *Sov. iust.*], 1934, n. 9, p. 2.
[45] *Konspiratsiia* y *konspirativnost'* (nótese que se usaba otro término, *zagovor*, para la conspiración contrarrevolucionaria). Véase, por ejemplo, la resolución del Politburó del 16 de mayo de 1929, "O konspiratsii", en *Stalinskoe Politbiuró v 30-e gody. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1995, p. 75; véase una investigación detallada en Jonathan Bone, "Soviet Controls on the Circulation of Information in the 1920s and the 1930s", *Cahiers du Monde Russe*, 40(1-2), 1999.
[46] "O konspiratsii" y Khlevniuk, *Politbiuró*, p. 250; Archivo de Smolensk (en adelante, SA, por sus iniciales en alemán), WKP 178, p. 61; Lenoe, "Unmasking, Show Trials, and the Manipulation of Popular Moods", ms. inédito, p. 123.

[47] Gosudárstvennyi arjiv Sverdlovskoi oblasti (GASO), f. 52 (88), op. 1, d. 66, l. 78 (instrucciones confidenciales sobre el manejo de documentos clasificados, 1931); Gosudárstvennyi arjiv Rossíiskoi Federatsii (GARF), f. 5446, op. 81a, d. 337, l. 12 (instrucciones secretas de Vyshinski, vicepresidente de Sovnarkom, al Comisariado del Pueblo para la Salud, 1940).
[48] Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Nueva York, 1973, p. 92 [ed. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique. Biografía política 1888-1938*, Madrid, Siglo XXI, 2017]; L. Kritsman, *Gueroicheskii period velikoi russkoi revoliutsii*, Moscú - Leningrado, 1926, pp. 81-82.
[49] Lenoe, “Unmasking”, p. 124.
[50] Dzhambul, “Narkom Ezhov”, *Pravda*, 3 de diciembre de 1937, p. 2. Sobre el aniversario, véase ibíd., 20 y 21 de diciembre.
[51] Véase Jerry F. Hough y Merle Fainsod, *How the Soviet Union Is Governed*, Cambridge, 1979, pp. 128-132 y 144-146, para una buena descripción breve de este proceso.
[52] Sobre el desprecio, véanse Dmitri Volkogonov, *Stalin. Triumph and Tragedy*, trad. Harold Shukman, Rocklin, 1992, p. 241; Lion Feuchtwanger, *Moscow 1937*, trad. Irene Josephy, Nueva York, 1937, pp. 75-77 [ed. cast.: *Moscú 1937. Un informe de viaje para mis amigos*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937]; Stalin, *Soch.*, vol. I (XIV), p. 274.
[53] El jefe = *joziáin*. Véase O. V. Khlevniuk, *1937-i: Stalin, NKVD i sovetskoe obshchestvo*, Moscú, 1992, p. 30.
[54] *Khrushchev Remembers*, trad. Strobe Talbott, Boston, 1970, pp. 58-62 [ed. cast.: *Kruschev recuerda*, Madrid, Prensa Española - Santillana, 1970]; O. V. Khlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze. Konflikty v Politbiuró v 30-e gody*, Moscú, 1993; *Stalinskoe Politbiuró*, p. 91.
[55] *Stalinskoe Politbiuró*, pp. 97 (cita de Serguéi Syrtsov), 99, 178-179; Iván Gronski, *Iz proshlogo… Vospominaniia*, Moscú, 1991, pp. 135-136.
[56] Khlevniuk, *Politbiuró*, pp. 240-242; Arkady Vaksberg, *The Prosecutor and the Prey. Vyshinsky and the 1930s Moscow Show Trials*, trad. Jan Butler, Londres, 1990, p. 278.
[57] *Iósif Stalin v ob”iatiiaj sem’i. Iz lichnogo arjiva*, Moscú, 1993, pp. 32-33. El énfasis me pertenece.
[58] Ejemplos en Soloviev, “Tetradi”, p. 177; Khlevniuk, *Stalin*, p. 86 (véase ibíd., pp. 106-107, la excepción que confirma la regla).
[59] Los orígenes de esta carta se comentan en John Barber, “Stalin’s Letter to the Editors of Proletarskaya revolyutsiya”, *Soviet Studies*, 28(1), 1976.
[60] Véanse ejemplos en el ámbito de las políticas educativas en Fitzpatrick, *Education*, pp. 220-226.
[61] GARF, f. 1235, op. 141, d. 130, l. 18. Sobre los ataques contra la religión de 1929-1930, véase Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, pp. 59-63.
[62] GARF, f. 1235, op. 141, d. 435, ll. 3, 8-9.
[63] Steven D. Richmond, “Ideologically Firm: Soviet Theater Censorship, 1921-1928”, tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1996, pp. 380-381.
[64] Rossiiskii tsentr jraneniia i izucheniia dokumentov noveishei istorii (RTsJIDNI), f. 142, d. 461, l. 13. Stalin desestimó el pedido de Lunacharski.
[65] Vitalii Shentalinskii [Vitali Shentalinski], *Raby svobody. V literaturnyj arjivaj KGB*, Moscú, 1995, pp. 124-125.
[66] Véase Lynne Viola, *Peasant Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Nueva York, 1996, pp. 171-172; Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, pp. 287-290.
[67] Véase, por ejemplo, *Krokodil* [en adelante, *Krok.*], 1935, n. 21, p. 6; 1940, n. 16, pp. 8-9.
[68] *Krok.*, 1935, n. 28-29, p. 17. Véase también ibíd., 1934, n. 9, p. 2; 1934, n. 13, p. 7; 1935, n. 6, p. 10; 1939, n. 1, contratapa; 1939, n. 28, p. 14.

[69] Véase Peter H. Solomon, Jr., *Soviet Criminal Justice under Stalin*, Cambridge, 1996, pp. 127-128, 139-140, y *passim*.
[70] Sarah Davies, "The 'Cult' of the 'Vozhd': Representations in Letters from 1934-1941", *Rus. Hist.*, 24(1-2), 1997.
[71] "Diary of Andrei Stepanovich Arzhilovsky", en Véronique Garros, Natalia Korenevskaya y Thomas Lahusen (comps.), *Intimacy and Terror. Soviet Diaries of the 1930s*, Nueva York, 1995, p. 118.
[72] Sobre el cambio de nombre de las ciudades, véase E. M. Pospelov, *Imena gorodov: vchera i segnodnia (1917-1992)*, Moscú, 1993; sobre el nombre de las calles de Moscú, véase también P. B. Sytin, *Iz istorii moskovskij ulits (ocherki)*, Moscú, 1958. La información sobre los nuevos nombres de las empresas industriales proviene de *Alfavitno-predmetnyi ukazatel' k. prikazam i rasporiazheniiam NKTP za 1935 g.*, Moscú, 1936. Gátchino, luego Gátchina, se llamó Trotsk en honor a Trotski desde 1923 hasta 1929; la ciudad de Elizavetgrado se llamó Zinovievsk en honor a Zinóviev desde 1923 hasta 1934; el centro industrial Enakievo del Donéts se llamó Rýkovo en honor a Alekséi Rýkov, el líder de la oposición de derecha, desde 1928 hasta 1937.
[73] B. Starkov, "Kak Moskva chut' ne stala Stalinodarom", *Izvestiia* TsK, 1990, n. 12, pp. 126-127; *Krasnaia Tatariia* [en adelante, *Kras. Tat.*], 26 de marzo de 1937, p. 2.
[74] E. Pramnek, *Otchetnyi doklad V Gor'kovskoi oblastnoi partiinoi konferentsii o rabote obkoma VKP(b)*, Gorki, 1937, p. 30. Stalin resumió las "seis condiciones" en un famoso discurso sobre el desarrollo económico en 1931.
[75] Eugenia [Evguenia] Ginzburg, *Into the Whirlwind*, trad. Paul Stevenson y Manya Harari, Harmondsworth, M., 1968, p. 18 [ed. cast.: *El abismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 2005] .
[76] *Trud*, 22 de marzo de 1937, 1 (Iaroslavl); Tsentral'nyi gosudarstvennyi arjiv istoriko-politicheskoi dokumentatsii Sankt-Peterburga (TsGAIPD), f. 24, op. 2v, d. 727, l. 290 (Leningrado). Acerca de otras representaciones de jefes abusivos, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 183-185.
[77] Sobre tomar riesgos, véanse las Conclusiones.
[78] Khlevniuk, *Stalin*, pp. 36-37; *Stalinskoe Politbiuró*, p. 154.
[79] Véanse "Neotraditionalism", en Ken Jowitt, *New World Disorder. The Leninist Extinction*, Berkeley, 1992, pp. 121-158; Graeme Gill, *The Origins of the Stalinist Political System*, Cambridge, 1990, pp. 129-130, 324.
[80] Discurso del 5 de marzo de 1937 en Stalin, *Soch*, vol. I (XIV), pp. 230-231; borrador cit. en Khlevniuk, *1937-i*, p. 77.
[81] James R. Harris, "Purging Local Cliques in the Urals Region, 1936-1937", en Sheila Fitzpatrick (comp.), *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000, p. 268.
[82] Véanse Marc Raeff, *Origins of the Russian Intelligentsia. The Eighteenth-Century Nobility*, Nueva York, 1966, pp. 78-79; Richard Pipes, "The Russian Military Colonies, 1810-1831", *JMH*, 22(3), septiembre de 1950.
[83] De un artículo en *Severnyi rabochii* [en adelante, *Sev. rab.*], 11 de abril de 1937, p. 1. El mismo cuento de Chéjov ("El suboficial Prishibéiev", 1885) se cita en *Krok*., 1939, n. 14.
[84] *Krok*., 1934, n. 14, p. 10.
[85] Nadezhda Mandelshtam [Nadiezhda Mándelstam], *Hope Abandoned*, trad. Max Hayward, Nueva York, 1974, p. 288 [ed. cast.: *Contra toda esperanza. Memorias*, Barcelona, El Acantilado, 2012].
[86] *Sov. iust.*, 1937, n. 20, p. 22; *Kommuna*, 22 de julio de 1937, p. 2.
[87] GARF, f. 8131, op. 27, d. 107, ll. 155, 156, 135.
[88] Ibíd., ll. 97-99.
[89] *Tolkovyi slovar'*, t. I: entradas *Aktiv*, *Aktivizirovat'*, *Aktivizm*, *Aktivist*.

[90] Centro de Investigación de Rusia, Universidad de Harvard, *Project on the Soviet Social System. Interview Records*, “A” Schedule Protocols [en adelante, HP], #385 (XIX), pp. 11-12.
[91] *Krasnyi Krym*, 30 de marzo de 1939, p. 4. [La película reseñada fue dirigida por Konstantín Yudin ese mismo año. N. de E.].
[92] N. Khvalynsky, en Nikolai K. Novak-Deker (comp.), *Soviet Youth. Twelve Komsomol Histories*, Múnich, Institut zur Erforschung der UdSSR, 1959, Serie 1, n. 51 [en adelante, *Soviet Youth*], pp. 120-121.
[93] Abdy Kurmanbekov, en *Soviet Youth*, pp. 174-175.
[94] Peter Kruzhin, ibíd., pp. 196, 198.
[95] W. I. Hryshko, ibíd., p. 98.
[96] Nikolai [Nikolái] Lunev, ibíd., p. 34.
[97] Partiinyi arjiv Novosibirskoi oblasti (PANO), f. 3, op. 9, d. 952, ll. 211-212.
[98] GARF, f. 3316. op. 2, d. 1615, l. 57.
[99] Sobre Bykov, véase *Izvestiia* [en adelante, *Izv.*], 26 de junio de 1935, p. 4; ibíd., 27 de junio de 1935, p. 3. Como en muchas de estas historias, las circunstancias que rodearon el asesinato de Bykov son turbias y la descripción oficial de este como un acto de “venganza de clase” quizá no sea del todo precisa. Sin embargo, está claro que Bykov era un activista en ascenso y que sus asesinos, descriptos como lúmpenes proletarios, estaban resentidos por ello. Sobre Morózov, véase más adelante el capítulo 3.

2. Tiempos difíciles

Poco después de llegada a Rusia en las épocas difíciles del final de la guerra civil, Ivy Litvínov (esposa de Maxim Litvínov, futuro ministro de Asuntos Exteriores) hizo un comentario perspicaz. Ivy había supuesto que en la Rusia revolucionaria las "ideas" lo serían todo y que las "cosas" no tendrían mayor importancia "porque cada uno tendría lo que quisiera sin superfluidades", según le escribió a un amigo en Inglaterra. Pero "cuando caminé por las calles de Moscú y miré por las ventanas de las plantas bajas, vi las *cosas* de Moscú colmando todos los rincones y comprendí que nunca habían sido tan importantes como ahora".[100] Esta idea es crucial para entender la vida cotidiana de la Unión Soviética en la década de 1930. Las *cosas* eran muy importantes en la Unión Soviética de los años treinta por la sencilla razón de que resultaba difícil conseguirlas.

Esta importancia de las cosas y su distribución se reflejaba en el lenguaje cotidiano. En los años treinta ya no se hablaba de "comprar" algo, sino de "conseguir" algo. La frase "difícil de conseguir" se usaba todo el tiempo; la nueva designación popular para las cosas difíciles de conseguir era "bienes en déficit". Las personas circulaban con bolsas de cuerdas en los bolsillos, conocidas como "por si acaso", en el hipotético caso de que pudieran conseguir algunos bienes en déficit. Si veían una fila, rápidamente se unían a ella y, después de asegurarse un lugar, solo preguntaban qué bienes se ofrecían. La formulación no era "¿Qué venden?", sino "¿Qué dan?". Pero el acceso público a los bienes por los canales de distribución regulares era tan poco fiable que surgió un nuevo vocabulario para describir las alternativas. Uno podía obtener productos de manera informal o ilegal ("por izquierda") si tenía "conocidos y contactos" o "movía" a las personas indicadas.[101]

La de 1930 fue una década de enormes privaciones y dificultades para el pueblo soviético, mucho peor que el decenio anterior. La hambruna afectó a las principales regiones productoras de granos en 1932-1933, y además las malas cosechas causaron interrupciones graves en el suministro de

alimentos en 1936 y 1939. Las ciudades se vieron inundadas por mareas humanas llegadas de los pueblos, las viviendas estaban superpobladas y el sistema de racionamiento a punto de derrumbarse. Para la mayor parte de la población urbana, la vida giraba en torno a la interminable lucha por obtener los bienes básicos indispensables para la subsistencia: alimento, ropa y vivienda.

El cierre del sector privado urbano a fines de la década de 1920 y el inicio de la colectivización abrieron paso a la nueva era. Un ingeniero estadounidense, que regresó a Moscú en junio de 1930 después de varios meses de ausencia, describió el impacto de las nuevas políticas económicas:

> En la calle, todas las tiendas parecían haber desaparecido. Se esfumó el mercado abierto. Desaparecieron los *nepmen* [empresarios privados del período de la NEP]. Las tiendas estatales exhibían vistosas cajas vacías y otros adornos, pero adentro no había productos.[102]

La calidad de vida cayó en picada cuando comenzó el período de Stalin, tanto en las ciudades como en el campo. La hambruna de 1932-1933 se cobró entre tres y cuatro millones de vidas y afectó la tasa de natalidad durante varios años. Pese a que la política del Estado estaba diseñada para proteger a las ciudades y dejar que los campesinos llevaran la peor parte, la población urbana también sufrió: la mortalidad aumentó, la natalidad bajó y el consumo per cápita de carne y grasa de cerdo en 1932 equivalió a menos de un tercio de lo que había sido en 1928.[103]

En 1933, el peor año de la década, el trabajador casado promedio en Moscú consumía menos de la mitad de la cantidad de pan y harina que había consumido su par en Petersburgo a principios del siglo XX y menos de dos tercios de la cantidad de azúcar. Su dieta incluía cero grasas, muy poca leche y fruta, y tan solo una quinta parte de la carne y el pescado que se consumían a principios de siglo.[104]

La situación mejoró un poco en 1935, pero al año siguiente una mala cosecha provocó nuevos problemas: condiciones cercanas a la hambruna en algunas partes del campo, huida de campesinos de las granjas colectivas y, en la ciudad, filas para conseguir pan en la primavera y el verano de 1937. La mejor cosecha de la época de Stalin durante la preguerra, muy recordada

por la población, fue en el otoño de 1937. Pero en los últimos años de preguerra hubo nuevas carestías y otra caída en la calidad de vida.[105]

Durante este período, la población urbana soviética creció a tasas récord, lo que causó una extraordinaria escasez de viviendas, la sobrecarga de todos los servicios y malestares de lo más diversos. Quince millones de personas se sumaron a la población urbana entre 1926 y 1933, un aumento de casi el 60%, y hacia 1939 ya se habían sumado otros dieciséis millones. La población de Moscú se disparó de dos millones a tres millones seiscientos mil, y la de Leningrado aumentó casi con igual intensidad. La población de Sverdlovsk, una ciudad industrial de los Urales, ascendió de menos de ciento cincuenta mil habitantes a casi medio millón; y las tasas de crecimiento en Stalingrado, Novosibirsk y otros centros industriales provinciales fueron igualmente espectaculares. Ciudades como Magnitogorsk, un nuevo centro metalúrgico en el sur de los Urales, y Karagandá, un nuevo centro minero con una numerosa población de convictos, pasaron de tener cero habitantes en 1926 a más de 100.000 en 1939.[106] La construcción industrial, no la vivienda, fue la prioridad suprema de los planes quinquenales de la década de 1930. La mayoría de los nuevos residentes urbanos vivían en albergues, barracas e incluso en chozas de barro. El tristemente célebre departamento comunitario, *kommunalka,* con una familia por habitación y sin privacidad, era casi un lujo en comparación.

La escasez

Con la transición hacia una economía de planificación centralizada a fines de la década de 1920, la escasez de bienes se hizo endémica en la economía soviética. En retrospectiva, podemos verla como un fenómeno parcialmente estructural, producto de un sistema económico con restricciones presupuestarias "blandas" en que todos los productores tenían un incentivo para acaparar suministros.[107] Pero pocas personas pensaban así en los años treinta; la escasez se percibía como un problema pasajero, sobre todo en los primeros años de la década, como parte de los recortes generales y el sacrificio requeridos por la industrialización. En efecto, las carencias de estos años, a diferencia de las del período posterior a Stalin, se debieron

tanto a la subproducción de bienes de consumo como a los problemas sistémicos de distribución. Bajo el primer plan quinquenal (1929-1932), la industria pesada fue la prioridad excluyente y los bienes de consumo ocuparon un paupérrimo segundo lugar. Los comunistas también atribuyeron la falta de alimentos al "acaparamiento" de los *kulakí* y, cuando estos se fueron, al sabotaje antisoviético intencional en la cadena de producción y distribución. Sin embargo, aunque se pudiera racionalizar la escasez, no había modo de pasarla por alto. Ya era un hecho central de la vida económica y cotidiana.

Cuando la escasez de alimentos y las filas del pan aparecieron por primera vez en 1929-1930, la población se mostró alarmada e indignada. Según el resumen realizado por *Pravda* de las cartas de lectores, preparado en agosto de 1930 a pedido de los dirigentes del partido:

> ¿Por qué las personas están descontentas? En primer lugar, porque el trabajador tiene hambre, no tiene alimento graso, el pan es un sucedáneo incomible. […] Es común que la esposa de un trabajador pase el día haciendo fila, que el esposo regrese a casa del trabajo y que la cena no esté preparada, y que todo el mundo maldiga al poder soviético. En las filas hay gritos y peleas, maldiciones a expensas del poder soviético.[108]

Pero lo peor estaba por llegar. La hambruna arrasó los campos ucranianos en el invierno de 1931. Aunque no se informó en los periódicos, la noticia se difundió de boca en boca; en Kiev, Járkov y otras ciudades, pese a los esfuerzos de las autoridades por restringir los viajes en tren y el ingreso a las ciudades, podían verse sus efectos. Al año siguiente, 1932-1933, la hambruna se extendió a las principales zonas de cultivo de cereales de Rusia central, así como al Cáucaso septentrional y Kazajstán. El apagón informativo se prolongó y en diciembre de 1932 se implementaron los pasaportes internos para controlar la fuga de campesinos hambrientos a las ciudades. La escasez de pan continuó después de la crisis de la hambruna. Incluso en los años felices, las filas del pan en varias ciudades y regiones eran lo suficientemente alarmantes para ser incluidas en la agenda del Politburó.

La recurrencia más grave y generalizada de las filas del pan se produjo en el invierno y la primavera de 1936-1937, tras la fallida cosecha de 1936. En la región de Vorónezh, ya en noviembre se informó sobre la escasez de pan en las zonas urbanas, al parecer causada por la llegada de campesinos a comprar pan porque en los pueblos no había granos. Ese invierno se hizo fila para recibir pan a partir de las 2 hs en Siberia Occidental, y un diarista local registró largas filas en su pequeño pueblo, entre empujones y brotes de histeria. Desde Vologda, una esposa le escribió a su marido: “Mamá y yo hicimos fila desde las 4 hs y no conseguimos siquiera pan negro porque no trajeron ni uno a la tienda, y eso pasó en casi todas las tiendas de la ciudad”. Desde Penza, una madre le escribió a su hija:

> Hay un pánico horrible en relación con el pan aquí. Miles de campesinos duermen a la entrada de las panaderías; vinieron a Penza en busca de pan desde doscientos kilómetros de distancia. Es un horror indescriptible. […] La temperatura era inferior a cero grados y siete personas murieron congeladas para llevar pan a su casa. Destrozaron el vidrio de la tienda, rompieron la puerta.

En las aldeas era aún peor. “Hacemos fila para el pan a partir de las 0 hs, y solo nos dan un kilo, aunque estemos muriendo de hambre”, le escribió una mujer a su marido desde un *koljoz* de Iaroslavl. “Pasamos hambre durante dos días. […] Todos los *koljozniki* hacen fila para conseguir pan y las escenas son terribles: la gente empuja, muchas personas han resultado heridas. Envíanos algo o moriremos de hambre”.[109]

La escasez de pan reapareció en todo el país en 1939-1940. Un ama de casa del Volga le escribió a Stalin: “Iósif Vissariónovich, ha comenzado algo terrible. En cuanto al pan, hay que ir a las 2 hs y esperar hasta las 6 para recibir dos kilos, de centeno”. Un obrero de los Urales escribió que para conseguir pan en su ciudad había que hacer fila desde la 1 o las 2 hs, a veces antes, y esperar casi doce horas. En Almá-Atá, en 1940, hubo informes de que “las filas más extensas se forman durante todo el día e incluso por la noche en las panaderías y quioscos. A menudo, al pasar cerca de estas filas, se oyen gritos, ruidos, discusiones, llantos y, a veces, peleas”.[110]

El pan no era lo único que escaseaba. La situación no era mejor con otros alimentos básicos como la carne, la leche, la manteca y las verduras, para no mencionar otros elementos necesarios como la sal, el jabón, el querosene y los fósforos. El pescado también desapareció, incluso en las regiones con importantes industrias pesqueras. "Por qué no hay pescado… No puedo imaginarlo", escribió un ciudadano indignado a Anastás Mikoyán, ministro de Alimentación, en 1940. "Tenemos mares, y son los mismos que teníamos antes; pero antes uno podía tener tanto [pescado] como quisiera, y ahora incluso he olvidado cómo es".[111]

Hasta el vodka era difícil de conseguir a principios de la década de 1930. En parte debido a un transitorio movimiento de sobriedad que fomentó la promulgación de "leyes secas" en varias ciudades y asentamientos industriales. Sin embargo, ese movimiento estaba condenado al fracaso debido a las exigencias, más apremiantes, de generar ingresos para la industrialización. En una nota a Mólotov escrita en septiembre de 1930, Stalin hizo hincapié en la necesidad de aumentar la producción de vodka para costear la expansión militar en vista del peligro inminente de un ataque polaco. En pocos años, la producción estatal de vodka se había expandido para aportar hasta una quinta parte de los ingresos totales del Estado; a mediados de la década, esa bebida se había convertido en el más importante producto básico en las tiendas comerciales estatales.[112]

La ropa, el calzado y todo tipo de bienes de consumo eran aún más escasos que los alimentos básicos, casi siempre imposibles de adquirir. Esto reflejaba tanto las prioridades de producción del Estado, que rotundamente inclinaban la balanza a favor de la industria pesada, como los desastrosos resultados de la destrucción de las industrias artesanales y talleres de oficios a principios de la década. En los años veinte, los artesanos y maestros de oficios habían sido los únicos productores (o bien los dominantes) de muchos artículos necesarios en el día a día: cerámicas, cestas, samovares, abrigos de piel de oveja y sombreros, entre muchos otros. Todos estos elementos se volvieron inalcanzables a principios de la década de 1930, mientras que en las cafeterías públicas escaseaban las cucharas, los tenedores, los platos y los tazones, en grado tal que los trabajadores tenían que hacer dos filas: una por ellos y otra por la comida; y por regla general no podían conseguirse cuchillos. A lo largo del decenio fue casi imposible conseguir artículos imprescindibles como lavabos, lámparas de aceite y

teteras porque entonces estaba prohibido utilizar metales no ferrosos para fabricar bienes de consumo.[113]

La mala calidad de los pocos productos disponibles era motivo de quejas constantes. La ropa estaba cortada y cosida de manera descuidada, y se informó repetidas veces acerca de defectos graves, como mangas faltantes, en los productos que se vendían en las tiendas estatales. Las asas de las ollas se desprendían, los fósforos no encendían y se horneaban elementos desconocidos en los panes amasados con harina adulterada. Era imposible remendar ropa y zapatos, reparar artículos del hogar, encontrar un cerrajero para cambiar una cerradura o un pintor para pintar una pared. Para agravar las dificultades de los ciudadanos comunes, incluso quienes tenían las habilidades necesarias en general no podían conseguir las materias primas para confeccionar o arreglar las cosas por su cuenta. En la red de comercios minoristas ya no se podía comprar pintura, clavos, tablas ni cualquier otra cosa para hacer arreglos en el hogar; había que robarlos de las empresas estatales o de las obras en construcción. Tampoco era posible comprar hilo, agujas, botones ni elementos similares. La venta de linaza, cáñamo, hilados y lino a la población estaba prohibida debido a la escasez de esos materiales.[114]

La situación solo mejoró, y ni siquiera tanto, por una ley del 27 de marzo de 1936, que volvió a legalizar la práctica individual de oficios como arreglo de calzado, ebanistería, carpintería, corte y confección, peluquería, lavandería, cerrajería, fotografía, plomería, sastrería y tapicería. A los artesanos individuales se les permitía tener un aprendiz, pero solo podían fabricar mercancías a pedido, no para la venta general. Los clientes tenían que aportar sus propios materiales (por ejemplo, botones, hilo y género para que un sastre confeccionara un traje). Las otras formas de actividad artesanal, incluidas casi todas las relacionadas con comida, continuaron prohibidas. La panadería, la elaboración de embutidos y otros oficios relacionados con los alimentos quedaron excluidos de la esfera del artesanado individual legítimo, aunque los campesinos aún tenían permitido vender tartas caseras en lugares designados.[115]

Los zapatos eran uno de los problemas más acuciantes. Además de las catástrofes que habían afectado la producción de consumo a pequeña escala, la producción de calzado se vio perjudicada por la severa escasez de cuero, resultado del faenado masivo de animales de granja durante la colectivización. Debido a esto, el gobierno prohibió *cualquier* producción

artesanal de zapatos en 1931, lo que hizo que el consumidor dependiera de los zapatos producidos en cantidades insuficientes por la industria estatal, que a menudo eran de tan mala calidad que se desarmaban apenas calzados. Todos los rusos que vivieron durante la década de 1930 tienen historias terribles sobre los zapatos: al intentar comprarlos, al tratar de arreglarlos, al remendarlos en casa, al perder uno de ellos o cuando se los robaban (como en el famoso cuento de Mijaíl Zóschenko “La galocha”). Los zapatos de los niños eran aún más problemáticos que los de los adultos: en Iaroslavl, cuando comenzó el nuevo año escolar en 1935, no se pudo comprar ni un solo par de zapatos para niños en las tiendas.[116]

En más de una ocasión, el Politburó resolvió que debía hacerse algo en relación con el suministro y la distribución de bienes de consumo. Pero ni siquiera el interés personal de Stalin en el problema produjo resultados positivos.[117] A finales de la década de 1930, como había sucedido al comienzo, se informó una severa escasez de ropa, zapatos y textiles: había filas de hasta seis mil personas en Leningrado, y el NKVD informó que en una zapatería céntrica se habían formado filas tan largas que el tránsito quedó interrumpido y la multitud destrozó las vidrieras. En Kiev, un ciudadano se quejó de que miles de personas hacían fila frente a las tiendas de ropa durante toda la noche. Por la mañana, la policía acompañaba a los clientes que ingresaban a la tienda en grupos de cinco a diez individuos, “con los brazos entrelazados (para que nadie pudiera colarse en la fila) […] como los convictos”.[118]

Ante tamaña escasez, hubo que encontrar chivos expiatorios. El ministro de Suministros Anastás Mikoyán escribió a la OGPU a principios de la década de 1930 y deslizó la probabilidad de que hubiera “agiotistas” en la cadena de distribución: “Nosotros enviamos mucha cantidad, pero los productos no llegan”. La OGPU confeccionó una lista de “organizaciones contrarrevolucionarias” que cometían tropelías como hornear ratones dentro del pan y mezclar tornillos en las ensaladas. Una banda de ex*kulakí* de Moscú supuestamente “arrojaba basura, clavos, alambres y vidrios rotos a la comida” en 1933 para incapacitar a los obreros que la consumían. Después de la escasez de pan de 1936-1937, hubo otros chivos expiatorios, además de los “agiotistas”: en Smolensk y Boguchar, por ejemplo, se acusó a los funcionarios de crear una escasez forzosa de pan y azúcar; en Ivánovo, se los acusó de envenenar el pan de los obreros; y en Kazán, se culpó a las filas del pan debido a los rumores difundidos por los

contrarrevolucionarios.[119] Cuando se produjo la siguiente racha de escasez severa, en el invierno de 1939-1940, esas acusaciones se oían de boca del público y no del gobierno; en efecto, los ciudadanos preocupados escribían a los líderes políticos y los urgían a encontrar y castigar a los “agiotistas” responsables.[120]

La vivienda

A pesar del extraordinario crecimiento de la población urbana soviética en la década de 1930, la construcción de viviendas estuvo casi tan descuidada como la producción de bienes de consumo. Recién en el período de Jruschev se hizo algo para aliviar el hacinamiento que caracterizó la vida urbana soviética durante más de un cuarto de siglo. Mientras tanto, las personas vivían en departamentos comunitarios, casi siempre una familia por habitación, y también en albergues y barracas. Un grupo pequeño y privilegiado residía en departamentos separados. Un grupo más grande tenía su hogar en pasillos y “rincones” en los departamentos de otros: quienes ocupaban los pasillos y corredores solían tener camas, pero los otros dormían en el suelo en una esquina de la cocina o en algún otro espacio común.

En su mayoría, los edificios residenciales urbanos se habían convertido en propiedad del Estado luego de la revolución, y habían quedado a cargo de los sóviets municipales .[121] Las autoridades de vivienda determinaban a cuánto espacio tenían derecho los habitantes de los departamentos, y estas normas espaciales –los famosos “metros cuadrados”– estaban grabadas en el corazón de todos los habitantes de las grandes ciudades. En Moscú, la superficie habitable promedio era de 5,5 m^2 per cápita en 1930, y descendió a poco más de 4 m^2 en 1940. En las ciudades nuevas y de industrialización rápida, la situación era aún peor que en Moscú: en Magnitogorsk e Irkutsk cada individuo tenía menos de 4 m^2, y en Krasnoiarsk la norma per cápita en 1933 era de solo 3,4.[122]

Las autoridades municipales de vivienda tenían derecho a desalojar a residentes –por ejemplo, a quienes consideraban “enemigos de clase”– y a trasladar a nuevos residentes a departamentos ya ocupados. Esta última

práctica, conocida con el eufemismo “consolidación”, fue una de las principales pesadillas burguesas de los años veinte y principios de los treinta. Significaba que el departamento familiar podía convertirse de repente, por orden municipal, en una vivienda multifamiliar o comunitaria cuyos nuevos habitantes, por lo general de clase baja, eran desconocidos y a menudo no congeniaban con los residentes originales. Cuando esto sucedía, casi no había escapatoria. La familia original no podía mudarse por la escasez de viviendas y la falta de un mercado de alquiler privado.

A partir de fines de 1932, cuando reaparecieron los pasaportes internos y el registro urbano, se exigió a los residentes de las grandes ciudades la posesión de permisos de residencia expedidos por una oficina de la policía de seguridad. En las casas de departamentos individuales, los encargados de complejos habitacionales y los consejos cooperativos tenían la obligación de registrar a los residentes. Al igual que bajo el antiguo régimen, los gerentes y los conserjes, cuya función básica era mantener limpio el edificio y el patio, sostenían una relación regular con la policía ya que vigilaban a los residentes y actuaban como informantes.[123]

En Moscú y otras grandes ciudades se practicaba todo tipo de estafas de vivienda: matrimonios y divorcios ficticios, registro de personas no relacionadas como parientes, alquiler de “camas y rincones” a precios exorbitantes (hasta el 50% del salario mensual). En 1933 se informó que “la conversión de carboneras, almacenes, sótanos y espacios debajo de las escaleras [en viviendas] se ha convertido en un fenómeno masivo en Moscú”. La escasez de viviendas hacía que las parejas divorciadas continuaran viviendo juntas, en el mismo departamento, a falta de un lugar donde mudarse. Este fue el caso de los Lébedev, cuyo apego a su lujoso departamento de casi 22 m^2 en el centro de Moscú los llevó a seguir conviviendo, junto con su hijo de 8 años de edad, durante seis años después del divorcio, aunque su relación era tan mala que los llevaba ante los tribunales por golpearse mutuamente. A veces, la violencia física iba más allá. En la ciudad de Simferópol, en Crimea, las autoridades descubrieron el cadáver en descomposición de una mujer en el departamento de la familia Dijov. Resultó ser la tía, a quien sus parientes habían asesinado para adueñarse de la vivienda.[124]

La crisis habitacional en Moscú y Leningrado fue tan severa que incluso los mejores contactos y el estatus de funcionario no aseguraban un departamento separado. Los políticos y las oficinas del gobierno estaban

tapados de solicitudes y quejas de los ciudadanos por viviendas inadecuadas. Un trabajador de Leningrado de 36 años, que había residido durante cinco años en un pasillo, le escribió a Mólotov y rogó por “una habitación o un pequeño departamento donde pueda construir una vida personal”, que era “tan necesaria para mí como el aire”. Los niños de una familia de seis integrantes de Moscú suplicaron que los rescataran de su alojamiento en un cubículo sin ventanas debajo de una escalera, con una superficie total de 6 m^2, es decir, 1 m^2 per cápita.[125]

Los departamentos comunitarios con una familia por habitación eran la forma estándar de vivienda en las ciudades rusas en la época de Stalin.

> La habitación no tenía agua corriente; la presencia de sábanas o cortinas indicaba las subáreas donde dormían y se sentaban dos o tres generaciones de una misma familia; en invierno, la comida colgaba en bolsas de las ventanas. Los lavabos, inodoros, bañeras e instalaciones de cocina compartidas (por lo general, quemador de gas envasado […] y grifos de agua fría) estaban en tierra de nadie, entre las habitaciones de la vivienda o en el fondo de un pasillo no calefaccionado y engalanado con ropa sucia.[126]

El término “comunitario” tiene un halo ideológico que evoca la vida socialista colectiva. Pero la realidad era muy diferente, e incluso en teoría hubo pocos intentos de desarrollar una justificación ideológica para este fenómeno. Es cierto: en los años de la guerra civil, cuando los sóviets municipales comenzaron a “consolidar” los departamentos, uno de los motivos era igualar la calidad de vida de los obreros y la burguesía; los comunistas a menudo disfrutaban al ver la consternación de las respetables familias burguesas obligadas a convivir con proletarios desaliñados. Durante un breve período de la revolución cultural, a finales de los años veinte y principios de los treinta, los arquitectos radicales defendieron los departamentos comunitarios por razones ideológicas y construyeron nuevas viviendas para los obreros con cocinas y baños compartidos. En Magnitogorsk, los primeros edificios residenciales permanentes se construyeron mediante un plan que no solo obligaba a las familias a compartir lavabos e inodoros, sino que al principio no incluía cocinas, porque se daba por sentado que todo el mundo comía en las cafeterías

públicas.[127] Sin embargo, excepto en las nuevas ciudades industriales como Magnitogorsk, la mayoría de los departamentos comunitarios de la década de 1930 eran antiguas residencias unifamiliares, no nuevas construcciones, y esta conversión se debía a una razón práctica: la escasez de viviendas.

En realidad, según la mayoría de los relatos, los departamentos comunitarios estaban lejos de fomentar actitudes y prácticas solidarias entre los residentes; de hecho, tendían a lo contrario. La propiedad privada –que incluía ollas, sartenes y platos que debían almacenarse en la cocina, un área pública– era custodiada con celo por cada familia. Las líneas de demarcación se establecían de manera estricta. La envidia y la codicia florecían en el mundo cerrado de la *kommunalka,* donde por lo general el espacio y el tamaño de la familia no coincidían, y las familias con habitaciones pequeñas a menudo guardaban un profundo resentimiento hacia las familias con habitaciones grandes. De estos resentimientos surgieron muchas denuncias y demandas cuyo objetivo era aumentar el espacio para vivir del denunciante o demandante a expensas de un vecino.

Una de estas querellas prolongadas se describe en la queja de una maestra moscovita cuyo esposo cumplía una condena de ocho años por agitación contrarrevolucionaria. La familia (padre, madre y dos hijos) había vivido durante casi dos décadas en una habitación grande –de 42 m^2– en un departamento comunal de Moscú. "Durante todos estos años nuestra habitación ha sido la manzana de la discordia para los residentes de nuestro departamento", escribió la maestra. Los vecinos hostiles los hostigaron de varias maneras, incluidas denuncias ante diversas autoridades locales. Como resultado, la familia fue despojada de sus derechos, no recibió sus pasaportes y por último, una vez encarcelado el padre, fue desalojada.[128]

La vida en un departamento comunitario junto a personas de diferentes orígenes y clases sociales, perfectos desconocidos que compartían las instalaciones y la responsabilidad de mantenerlas limpias, sin privacidad y bajo la vigilancia constante de los vecinos, era estresante en extremo para la mayoría de las personas. No es de extrañar que el escritor de sátiras Mijaíl Zóschenko, en un famoso cuento sobre un departamento comunitario, llamara a sus habitantes "la gente nerviosa". Un catálogo de las terribles condiciones de vida en el departamento comunitario apareció en una circular del gobierno de 1935 que condenaba "el comportamiento beligerante", que incluía

> la organización de repetidas fiestas con alcohol y acompañadas por ruidos, peleas e insultos en el departamento; golpizas infligidas (en especial a mujeres y niños); los agravios, amenazas de venganza que apelan a la posesión de un cargo de funcionario o en el partido; la conducta inmoral; y la persecución a una nación [esto es, étnica]; los insultos personales; maniobras mezquinas (tirar las cosas de otras personas fuera de la cocina y otros lugares de uso común, arruinar la comida preparada por otros residentes, dañar su propiedad y los productos de su trabajo, etc.).[129]

"Cada departamento tenía su loco, así como su borracho o borrachos, su alborotador o alborotadores, su informante, etc.", dijo un veterano de esa vida comunitaria. La manía persecutoria era la forma más común de insania: por ejemplo, "una vecina llegaría a convencerse de que otros ponían astillas de vidrio en su jabón, de que querían envenenarla".[130] Resulta obvio que las condiciones de esa forma de vida exacerbaban las enfermedades mentales y generaban condiciones pesadillescas tanto para los aquejados como para sus vecinos. En un caso, una mujer llamada Bogdanova, de 52 años y soltera, que vivía en una habitación de buenas dimensiones (20 m^2) en un departamento comunitario de Leningrado, sostuvo una disputa de muchos años con los vecinos e implicó innumerables denuncias y demandas. Bogdanova decía que sus vecinos eran *kulakí,* malversadores y especuladores. Los vecinos decían que estaba loca, opinión compartida por el NKVD, al que llamaron para resolver la disputa, y los médicos. A pesar de esta conclusión, las autoridades decidieron que era imposible desalojar a Bogdanova porque ella se negaba a aceptar que la ubicaran en otro departamento y su "condición en extremo nerviosa" implicaba que no podían trasladarla por la fuerza.[131]

A diferencia de las omnipresentes historias de terror, cabe señalar una minoría de casos en que los vecinos de los departamentos comunales se apoyaron mutuamente y llegaron a constituir una suerte de familia extendida. Un ejemplo de esta situación casi extraordinaria fue un departamento comunitario en Moscú, donde los vecinos eran amigables y serviciales entre sí, dejaban las puertas abiertas durante el día y hacían la vista gorda cuando la esposa de un "enemigo del pueblo" se mudaba de

manera ilegal con su hijo pequeño para compartir la habitación de su hermana.[132] La mayoría de los recuerdos positivos de los departamentos comunales, incluido este, son de infancia: a los niños, con menos instinto de propiedad privada que los padres, les gustaba tener a otros niños con quienes jugar y les resultaba interesante observar semejante variedad de comportamiento adulto.

En las nuevas ciudades industriales, una peculiaridad de la situación habitacional –y de los servicios en general– era que la vivienda y demás eran proporcionados por empresas y no por los sóviets locales, como era habitual. La "ciudad empresa", donde la planta controla toda la infraestructura y proporciona empleo, se convirtió en una característica de la vida soviética. En Magnitogorsk, el 82% de la superficie habitable era propiedad de la principal planta industrial: el complejo metalúrgico de Magnitogorsk. Incluso en Moscú, las viviendas construidas por empresas se tornaron algo común en la década de 1930.[133]

Estas viviendas solían adoptar la forma de barracas o albergues. En un gran complejo industrial en Siberia, a principios de la década de 1930, el 95% de los trabajadores vivía en barracas. En Magnitogorsk, en 1938, solo en un 47% las viviendas eran barracas, pero un 18% adicional consistía en chozas de barro construidas por los propios habitantes sobre refugios hechos de pasto, paja y descartes de metal.[134] Las barracas de un piso, que contaban con habitaciones grandes con muchas camas de hierro dispuestas en hileras o estaban divididas en habitaciones pequeñas, eran el alojamiento básico para los trabajadores solteros en las nuevas ciudades industriales y también eran comunes en las afueras de las viejas ciudades industriales; los trabajadores casados y con familia a veces también tenían que utilizarlas, pese a la falta de privacidad. Los albergues eran el alojamiento estándar para los estudiantes y también para obreros y oficinistas jóvenes y solteros.

John Scott describe una barraca bastante decente en Magnitogorsk, una estructura baja de madera, blanqueada a la cal,

> cuyas paredes dobles estaban revestidas con paja. El techo de papel embreado goteaba en primavera. Había treinta habitaciones en total. En cada una, los habitantes habían construido una pequeña estufa de ladrillos o de hierro para mantenerla

> calefaccionada mientras hubiera leña o carbón. El pasillo interno estaba iluminado por una bombilla eléctrica.

Una habitación para dos personas

> medía unos dos metros por tres y tenía una ventana pequeña, sellada con papel de diario para combatir el frío. Había una mesita, una pequeña estufa de ladrillos y un taburete de tres patas. Las dos estrechas camas de hierro se tambaleaban. No había resortes o flejes, solo tablones gruesos sobre la estructura de hierro.

Las barracas no tenían baño y es probable que tampoco tuvieran agua corriente. “Había habido una cocina, pero ahora una familia vivía allí, de modo que cada quien cocinaba en su propio calentador”.[135]

Como extranjero, aunque trabajador, a Scott le asignaron una barraca algo mejor que las normales. Magnitogorsk estaba llena de barracas, todas “estructuras de un piso que se extendían en hileras que se perdían en el horizonte y no tenían rasgos individuales ni distintivos. ‘Uno llegaba a casa, buscando y buscando’, explicó desconcertado un residente de las barracas, ‘pero todas las barracas eran idénticas y resultaba difícil encontrar la de uno’”. Las barracas de estas nuevas ciudades estaban compartimentadas en grandes áreas comunes equipadas con “catres para dormir, una garrafa para calefacción y una mesa en el centro, a menudo sin sillas”, según lo informado sobre Kuznetsk en Siberia. Por lo general, hombres y mujeres ocupaban barracas separadas o al menos dormían en grandes habitaciones comunes separadas. Las barracas más grandes, para cien personas, a menudo eran ocupadas por doscientas o más, y las camas se usaban por turnos. Esta superpoblación era cosa de todos los días. Una barraca de Moscú, propiedad de una gran planta eléctrica, albergaba a 550 hombres y mujeres en 1932: “Con dos metros cuadrados por inquilino, el espacio era tan estrecho que cincuenta dormían en el suelo y algunos usaban los camastros de paja por turnos”.[136]

Los albergues para estudiantes y asalariados seguían el patrón general de las barracas: habitaciones grandes (separadas para hombres y mujeres) amobladas con camas de hierro y mesas de noche, con una sola bombilla de luz que colgaba del techo. Incluso en una planta de élite de Moscú como

“Serp i Molot”, el 60% de los operarios vivía en albergues de uno u otro tipo en 1937. Una investigación sobre los albergues de los trabajadores en Novosibirsk en 1938 encontró varios en condiciones lamentables. Los albergues de madera de dos pisos para trabajadores de la construcción carecían de electricidad o de cualquier tipo de iluminación y la empresa no suministraba combustible para calefacción ni querosene. Entre los residentes había mujeres solteras, a quienes el informe recomendó mudarse de inmediato, ya que el estilo de vida en el albergue era “degenerado (bebida, etc.)”. Sin embargo, en otros lugares las condiciones eran mejores. Las trabajadoras, sobre todo las que pertenecían al Komsomol, vivían relativamente cómodas en un albergue amueblado con camas, mesas y sillas que contaba con luz eléctrica, aunque carecía de agua corriente.[137]

La miserable condición de las barracas y la vida en los albergues suscitó preocupación y, en la segunda mitad de la década de 1930, se emprendió una campaña de mejoras. Activistas del movimiento del voluntariado de esposas agregaron cortinas y otros recursos. Se ordenó a las empresas que dividieran las habitaciones grandes en albergues y barracas para que las familias que vivían allí pudieran tener privacidad. En Sverdlovsk, la Planta de Construcción de Maquinaria de los Urales informó en 1935 que ya había convertido casi todas sus barracas grandes en pequeñas habitaciones separadas; un año después, la Planta Metalúrgica de Stalino informó que las doscientas cuarenta y siete familias de trabajadores que vivían en las “habitaciones generales” de las barracas iban a recibir habitaciones individuales. En Magnitogorsk, el proceso de conversión se cumplió casi por completo en 1938. Pero la era de la vida en las barracas no se superó rápido, ni siquiera en Moscú, y mucho menos en las nuevas ciudades industriales de los Urales y Siberia. A pesar de que una ordenanza emitida en Moscú en 1934 prohibía la construcción de nuevas barracas, en 1938 se sumaron doscientas veinticinco nuevas a las cinco mil ya en uso.[138]

Penurias de la vida urbana

La vida urbana en la Unión Soviética en la década de 1930 era un caos. En las ciudades antiguas, servicios urbanos como el transporte público, la infraestructura vial y el suministro de electricidad y agua se vieron

superados por el aumento repentino de la población y de la demanda industrial y por los presupuestos ajustados. Las nuevas ciudades industriales estaban peor, ya que el suministro de servicios comenzaba de cero. “El aspecto físico de las ciudades es terrible”, escribió un ingeniero estadounidense que trabajaba en la Unión Soviética a principios de los años treinta. “El hedor, la suciedad y el deterioro son una constante afrenta a los sentidos”.[139]

Moscú era “la ciudad vidriera” de la Unión Soviética. La construcción de las primeras líneas del Metro, con escaleras mecánicas y murales en sus palaciegas estaciones, fue uno de los logros que más enorgulleció al país; incluso Stalin dio un paseo a medianoche con sus amigos cuando lo inauguró a principios de los años treinta.[140] Moscú tenía tranvías, trolebuses y autobuses. Más de dos tercios de sus habitantes estaban conectados a las redes cloacales y disponían de agua corriente, incluso a principios de la década; hacia el final, ya eran casi las tres cuartas partes. Sin duda, la mayoría vivía en casas sin duchas o bañeras y debía bañarse una vez a la semana en establecimientos públicos, pero al menos la ciudad estaba bien abastecida de baños, a diferencia de muchas otras.[141]

Fuera de Moscú, la vida se volvió sombría. Incluso la provincia donde se localizaba Moscú contaba con un pésimo abastecimiento de servicios básicos: Liúbertsy, un centro distrital de la región, no tenía un solo baño público para su población de 65.000 personas, mientras que en Oréjovo-Zuyevo un asentamiento modelo de trabajadores –con guarderías, club y clínica– carecía de alumbrado público y agua corriente. En Vorónezh se construyeron nuevos edificios de departamentos para trabajadores, que hasta 1937 no tuvieron agua corriente ni conexiones cloacales. En las ciudades de Siberia, la mayor parte de los habitantes carecía de agua corriente, cloacas y calefacción central. Con una población cercana al medio millón de personas, Stalingrado no tenía red cloacal en 1938. Novosibirsk, con sistemas limitados de cloacas y agua en 1929, tenía solo tres baños públicos para una población de más de ciento cincuenta mil habitantes.[142]

Dnepropetrovsk, una floreciente y bien establecida ciudad industrial de Ucrania con una población de cuatrocientos mil habitantes y ubicada en medio de fértiles tierras agrícolas, no tenía red cloacal desde 1933 y sus asentamientos de trabajadores carecían de calles pavimentadas, transporte público, luz eléctrica y agua corriente. El agua se racionaba y se vendía a 1

rublo el balde en las barracas. Faltaba electricidad en toda la ciudad –en invierno, casi todas las luces de la calle principal debían apagarse– pese al gran proyecto hidroeléctrico del Dniéper. En 1933, el secretario del partido envió un pedido desesperado al centro solicitando fondos para mejoramiento urbano; allí señalaba que la situación de la salud pública se había deteriorado muchísimo: la malaria se había propagado, con veintiséis mil casos registrados ese verano, a diferencia de los diez mil del año anterior.[143]

Las nuevas ciudades industriales tenían aún menos servicios. En Siberia, algunos altos funcionarios de Leninsk pintaron un panorama sombrío de su ciudad en una carta cargada de súplicas dirigida a un jerarca:

> Con una población de ochenta mil habitantes […] Leninsk-Kuznetski está en extremo atrasada en el área de cultura y servicios urbanos. […] De los ochenta kilómetros de calles de la ciudad, solo uno está pavimentado y no por completo. Debido a la falta de carreteras, cruces, senderos, etc., el barro alcanza tales proporciones en primavera y otoño que los trabajadores tienen grandes dificultades para llegar al trabajo y volver a sus casas, y en la escuela las clases se suspenden. El alumbrado público también es deficiente. Solo tres kilómetros del centro están iluminados; el resto de la ciudad, para no mencionar las afueras, permanece a oscuras.[144]

Magnitogorsk, la nueva y paradigmática ciudad industrial, en muchos aspectos un sitio de interés, tenía una sola carretera pavimentada de quince kilómetros y poco alumbrado público. "La mayor parte de la ciudad [estaba] conectada a fosas sépticas al aire libre (*iamy*), cuyo contenido se vaciaba en cisternas trasladadas por camiones"; incluso el distrito de Kírov –comparativamente, de élite– no tuvo una red adecuada de cloacas durante muchos años. El suministro de agua estaba contaminado por aguas residuales industriales. La mayoría de los trabajadores de Magnitogorsk residía en asentamientos en las afueras de la ciudad, que consistían en "viviendas improvisadas a lo largo de un único camino de tierra […] cubierto por enormes charcos de agua sucia, montones de basura y numerosos retretes al aire libre".[145]

Los residentes y visitantes de Moscú y Leningrado han dejado descripciones vívidas de los tranvías y su increíble hacinamiento. Reglas estrictas obligaban a los pasajeros a subir al coche por la puerta trasera y bajar por delante, lo que exigía un movimiento constante de los pasajeros. El exceso de gente hacía imposible que los pasajeros se bajaran cuando llegaban a su destino. Los horarios no se respetaban, y a veces los tranvías no funcionaban; en Leningrado se veían “tranvías sueltos” (es decir, coches no programados con conductores y cobradores no autorizados) en las vías, que tomaban pasajeros ilegalmente y embolsaban el dinero del boleto.[146]

En las ciudades de provincia, donde las carreteras pavimentadas eran todavía una rareza a fines de la década, los servicios de transporte público eran mínimos. En 1938 Stalingrado tenía un sistema de tranvías con sesenta y siete kilómetros de vías, pero carecía de autobuses. Pskov, con una población de sesenta mil habitantes, no tenía un sistema de tranvías ni carreteras pavimentadas en 1939: todo el transporte municipal consistía en dos autobuses. En Penza tampoco había un sistema de tranvías antes de la Segunda Guerra Mundial, aunque se había planeado uno en 1912; su transporte municipal en 1940 consistía en veintiún autobuses. Magnitogorsk llegó a tener una ruta corta de tranvías en 1935, pero al final de la década solo contaba con ocho vehículos, que usaban los principales empleadores “para dar la vuelta a la ciudad y reunir y repartir a sus trabajadores, independientemente del lugar donde vivieran”.[147]

Era peligroso caminar por las calles de muchas urbes soviéticas en la década de 1930. Las nuevas ciudades industriales y los asentamientos de trabajadores en las antiguas eran los lugares más peligrosos. La bebida, los grupos de hombres solteros en constante agitación, la vigilancia inadecuada, las malas condiciones de vida y las calles sin pavimentar ni iluminar… todo contribuía a una atmósfera de zona de frontera sin leyes. Eran habituales los robos, los asesinatos, las peleas de borrachos y los ataques inmotivados a los transeúntes. En los lugares de trabajo y las barracas abundaban los conflictos étnicos debido a que la fuerza laboral era étnicamente mixta. Las autoridades atribuían estos problemas a los trabajadores rurales recién llegados del campo, “que solían tener pasados oscuros o elementos desclasados”.[148]

La palabra soviética que describía el comportamiento público alborotador y antisocial era “matonismo”. Este término tuvo una historia compleja y una definición cambiante, y fue asociado en los años veinte y principios de

los treinta con una conducta ruidosa, irrespetuosa y antisocial, a menudo por parte de hombres jóvenes. El catálogo de actos de “matones” enumerados en una publicación jurídica en 1934 supo captar el espíritu del término: insultar, pelear a los puñetazos, romper frentes de negocios, disparar armas de fuego en plena calle, desafiar a los transeúntes, interrumpir eventos culturales en el club y destrozar platos en la cafetería, perturbar el sueño de los residentes con peleas y ruido hasta altas horas de la noche.[149]

El incremento del matonismo en la primera mitad de la década de 1930 se convirtió en asunto de interés público. En Orel, los matones aterrorizaban tanto a la población que los trabajadores dejaron de ir a trabajar; en Omsk, “los trabajadores del turno tarde se veían obligados a permanecer en la planta y pasar la noche allí para no arriesgarse a que los golpearan y robaran”. En Nadezhdinsk, en los Urales, los ciudadanos

> viven literalmente aterrorizados por el matonismo, no solo a la noche, sino también durante el día. El matonismo tomó la forma de acoso sin objeto, disparos en la calle, insultos, puñetazos, ventanas rotas, etc. Los matones van en pandillas al club e interrumpen eventos culturales, entran en la cafetería y les arrebatan los platos a los camareros, etc. Entran en el albergue de los trabajadores haciendo un ruido gratuito y a veces incluso peleando, y perturban el descanso de los moradores.[150]

Los parques casi siempre eran lugares propicios al matonismo. En el asentamiento de una fábrica en el curso superior del Volga, con una población de siete mil habitantes, el parque y el club eran considerados territorio de matones.

> En la entrada del parque y en el parque mismo se puede comprar vino de cualquier tipo y en cualquier cantidad. No es de extrañar que las borracheras y el matonismo hayan pasado a mayores en el asentamiento. Gran parte de los matones permanecen impunes y se vuelven cada vez más descarados. No hace mucho tiempo le infligieron heridas de cuchillo al camarada Davydov, jefe de

producción de la planta química, y mataron al chofer Suvoreva y a otros ciudadanos.

Los matones interrumpieron la inauguración triunfal del Parque de Cultura y Descanso de Jabárovsk. El parque no estaba bien iluminado y apenas cayó la noche “los matones empezaron a ‘hacer sus rondas’. […] Atacaron abruptamente a las mujeres desde detrás, les quitaron los sombreros, usaron lenguaje soez y empezaron a pelear en la pista de baile y en los callejones”.[151]

Los trenes y las estaciones de ferrocarril eran otros focos de delincuencia. Pandillas de ladrones atacaban a los pasajeros de trenes suburbanos e interurbanos en la región de Leningrado: se los describía como “bandidos”, un término más duro que “matones”, y recibían sentencia de muerte. Las estaciones de ferrocarril siempre estaban atestadas: recién llegados que no tenían dónde alojarse, posibles viajeros que intentaban conseguir boletos, vendedores del mercado negro, carteristas, etc. A mediados de la década de 1930 se describió una estación de la región de Leningrado como un lugar “más parecido a un albergue de mala muerte que a una estación ferroviaria decente”; “personas sospechosas viven durante tres o cuatro días en la sala de espera y suele haber borrachos tirados por todas partes, los especuladores comercian con cigarrillos y por allí merodean varios tipos dudosos. En la cafetería imperan la borrachera continua y una suciedad increíble”. La única manera de conseguir un boleto en la estación de Novosibirsk era comprarlo en el mercado negro a una banda encabezada por “el profesor”: un individuo “de mediana estatura, apodado ‘Iván Ivánovich’, con un sombrero blanco de paja y una pipa en la boca”.[152]

Comprar como recurso de supervivencia

Con la ilegalización de la empresa privada a fines de la década de 1920, el Estado se convirtió en el principal (y casi siempre único) distribuidor legal de productos. Los bienes sociales decisivos –como la vivienda, la atención médica, la educación superior y las vacaciones– eran distribuidos por entes estatales.[153] Para poder obtenerlos, los ciudadanos debían presentar una

solicitud a la burocracia correspondiente. Esta sopesaba los pedidos según diversos criterios, entre ellos la clase social de los ciudadanos: los proletarios tenían la prioridad más alta, y los "elementos ajenos a la clase" (ya desprovistos de derechos), la más baja. Casi siempre había largas listas de espera, porque los bienes que distribuir eran escasos. Cuando el nombre del ciudadano o la ciudadana llegaba al primer puesto de la lista, se suponía que se lo alojaría en un departamento del tamaño apropiado o se le asignaría un lugar donde vacacionar. Los departamentos y los centros vacacionales no eran gratuitos, pero los precios eran bajos. Cabe recordar que no existía para la mayoría de estos bienes sociales un mercado legal privado.[154]

En la esfera del comercio –la distribución de alimentos, ropa y otros bienes de consumo–, la situación era un poco más complicada. El Estado no era el único distribuidor legal, ya que a partir de 1932 se permitió a los campesinos vender sus productos en los mercados de *koljoz*. Además, las tiendas "comerciales" con precios altos constituían un componente de cuasimercado, aunque fueran de propiedad estatal. Sin embargo, también en este ámbito el Estado se había convertido en un distribuidor casi monopólico.

No es de extrañar que el nuevo sistema de distribución no haya funcionado como se esperaba, dada la dimensión de la tarea de reemplazar al comercio privado y el hecho de que fue una medida apresurada, sin planificación previa, tomada en un momento de crisis y agitación general. Pero la magnitud del mal funcionamiento y su impacto en la vida cotidiana de los ciudadanos en las urbes fue notable. Resultó un desastre respecto de las políticas adoptadas, cuyas dimensiones y consecuencias a largo plazo solo fueron superadas por las de la colectivización. Sin duda, no era normal que los habitantes de una ciudad murieran de hambre como resultado de la nueva estructura comercial, ni tampoco que fueran víctimas de arrestos y deportaciones, como les sucedió a los campesinos durante la colectivización. Sin embargo, las condiciones de la vida urbana empeoraron en forma repentina y drástica a finales de la década de 1920, y el consiguiente sufrimiento y malestar de la población fue enorme. Si bien la situación mejoró un poco a mediados de los años treinta, la distribución de bienes de consumo no dejó de ser un problema grave en la economía soviética durante el siguiente medio siglo.

Si bien los líderes políticos soviéticos sostenían ciertos supuestos acerca del comercio, en especial que el mercado capitalista con fines de lucro era

malvado y que la reventa de bienes con un precio superior al de compra constituía un delito (llamado “especulación”), no pensaban demasiado en el significado y las consecuencias de un “comercio socialista”. No tenían idea de que su sistema generaría escasez crónica, como argumentó el economista húngaro János Kornai; por el contrario, esperaban que generara abundancia en el corto plazo. Tampoco sabían que la creación de un monopolio estatal sobre la distribución equivaldría a conferir a la burocracia estatal una función central de asignación que tendría graves consecuencias para la relación entre el Estado y la sociedad, así como para la estratificación social. Como buenos marxistas, los líderes soviéticos pensaban que lo importante era la producción, no la distribución. Muchos tenían la sensación instintiva de que el comercio, incluso el estatal, era un negocio sucio, y los sistemas de distribución formales e informales surgidos en la década de 1930 confirmaron esa opinión.[155]

Al comienzo, los principales factores del nuevo sistema comercial eran el racionamiento y la “distribución cerrada”. El racionamiento implicaba la distribución de cantidades limitadas de bienes mediante la presentación de tarjetas junto con el pago en dinero. Con la distribución cerrada, las mercancías se repartían en el lugar de trabajo por medio de tiendas a las que solo podían acudir los empleados o algunas personas incluidas en la lista. Desde una perspectiva más amplia, queda claro que este fue el comienzo de un sistema de acceso jerárquicamente diferenciado a los bienes de consumo, que pronto se convirtió en característica permanente del comercio soviético y en mecanismo de estratificación de la sociedad.

Tanto el racionamiento como la distribución cerrada fueron medidas improvisadas ante la crisis económica, no adoptadas por razones ideológicas. Con todo, algunos teóricos marxistas entusiastas reavivaron los viejos argumentos de la guerra civil: el racionamiento era la forma de distribución apropiada para el socialismo. Sin embargo, a los líderes del partido no les simpatizaba esta línea de pensamiento. Sentían que el racionamiento era vergonzante, un obvio indicador de la pobreza del Estado y de la crisis económica. Cuando reapareció a fines de la década de 1920, fue como resultado de la iniciativa local, no de una decisión política central. Cuando se abolió el racionamiento del pan a principios de 1935, la decisión fue presentada al público como un paso importante hacia el socialismo y hacia mejores condiciones de vida, aunque de hecho significó una caída en el salario real y muchos trabajadores mal pagos rechazaron el cambio. En

las reuniones cerradas del Politburó, Stalin hacía particular énfasis en la importancia de abolir el racionamiento.[156]

Pese a la falta de entusiasmo de los líderes, el racionamiento se practicaba con tanta frecuencia que llegaba a constituir la opción predeterminada de la distribución estalinista. El racionamiento se introdujo en Rusia durante la Primera Guerra Mundial y continuó durante la guerra civil. Recuperó su vigencia oficial de 1929 a 1935 y de 1941 a 1947; en total, casi la mitad del período de Stalin. Incluso en épocas en que no regía oficialmente, es probable que las autoridades locales lo hayan impuesto sin contar con la aprobación central cada vez que los problemas de suministro se les iban de las manos. A finales de la década de 1930, tanto el racionamiento como la distribución cerrada volvieron a generalizarse debido a las iniciativas no autorizadas de las autoridades locales. Cuando los bienes escaseaban de verdad, el racionamiento –tanto para ellas como para la población local– parecía la forma más sencilla de afrontar el problema. La distribución cerrada contaba con el beneplácito de los funcionarios y las élites locales –no con el del resto de la población– porque les garantizaba el acceso privilegiado a los bienes escasos.

El racionamiento fue un fenómeno urbano introducido de manera espontánea en 1928-1929 en las ciudades soviéticas, empezando por Odessa y otras urbes ucranianas, como respuesta a los problemas de suministro generados por el muy difícil abastecimiento de cereales. Se aplicó a los principales productos alimenticios y más tarde se extendió a los artículos manufacturados más comunes, como abrigos y zapatos.[157]

Al igual que en la guerra civil, en el período del primer plan quinquenal el racionamiento fue discriminatorio en términos sociales: los trabajadores industriales de la categoría más alta y la más baja –los comerciantes, incluidos los que habían cambiado de ocupación el último año, los sacerdotes, los dueños de cervecerías y otros ajenos sociales– tenían prohibido poseer libretas de racionamiento.[158] Este principio de "preferencia proletaria" también se aplicaba en otros contextos (por ejemplo, en las admisiones a la educación y la asignación de vivienda) como parte de las políticas soviéticas de acción afirmativa. En la práctica, sin embargo, la distribución de bienes bajo el régimen de racionamiento tuvo patrones más complejos. En primer lugar, la "preferencia proletaria" se vio socavada cuando varias categorías de empleados administrativos, como profesores e ingenieros, se hicieron acreedores a esa misma prioridad. En

segundo lugar, el grado de provisión total del Estado, y por tanto de las raciones, variaba mucho según la prioridad otorgada a las diferentes regiones, burocracias, industrias y empresas.[159]

Sin embargo, el factor determinante que subvirtió el principio de "preferencia proletaria" fue la distribución cerrada. Como ya dijimos, esta era la distribución de productos racionados en el lugar de trabajo por medio de tiendas cerradas y cafeterías solo accesibles a trabajadores registrados en la empresa.[160] Se desarrolló junto al sistema de racionamiento y en coexistencia con la red de "distribución abierta" de las tiendas estatales accesibles al público en general, y en el transcurso del primer plan quinquenal llegó a incluir a trabajadores industriales, ferroviarios, madereros, personal de granjas estatales, oficinistas de organismos estatales y muchas otras categorías. Su total rondaba las cuarenta mil tiendas a principios de 1932, casi una tercera parte de los comercios minoristas de las zonas urbanas. La concentración de suministros en el lugar de trabajo aumentó con la expansión de las cafeterías de las empresas, donde los trabajadores recibían el plato de comida caliente del día. Su número se quintuplicó durante el primer plan quinquenal y superó las treinta mil. En julio de 1933, la comida de dos tercios de la población de Moscú y el 58% de la población de Leningrado se servía en esas cafeterías.[161]

La distribución cerrada tenía como objetivo proteger a la población activa de las peores consecuencias de la escasez y vincular las raciones con el empleo. Pero también cumplió otra función (descripta con más detalle en el capítulo 4), que consistía en proporcionar un suministro privilegiado a ciertas categorías de personas privilegiadas. Se establecieron distribuidores cerrados especiales para diversas categorías de funcionarios y profesionales de élite, que les suministraban productos de mayor calidad que los disponibles en las tiendas cerradas y las cafeterías de las empresas. Los extranjeros que trabajaban en la Unión Soviética tenían su propio sistema cerrado de distribución, conocido como Insnab.[162]

La distribución cerrada fue abolida oficialmente en 1935. Sin embargo, seis meses más tarde inspectores del Ministerio de Comercio Interior notaron que "algunas tiendas reservaban mercancías para grupos especiales de compradores, y así creaban diversas formas de aprovisionamiento cerrado". Si bien el ministro de Comercio Israel Veitser la prohibió de manera categórica, la práctica continuó porque era ventajosa para las élites locales. Cuando hacia el final de la década la escasez se agudizó, se

multiplicaron los puntos de distribución cerrados. Por ejemplo, cuando a finales de 1939 reaparecieron las grandes filas del pan en Kostanái, Almá-Atá y otras ciudades de provincia, las autoridades locales establecieron tiendas cerradas donde solo se admitía a quienes estaban "en la lista". Había bares cerrados para los empleados en instituciones y empresas de todo el país.[163]

Las tiendas estatales y de las cooperativas en la década de 1930, tanto durante como después del racionamiento, tendían a tener precios bajos y largas filas y siempre se quedaban sin productos. Pero existían otras opciones para quienes tenían dinero. Las alternativas legales eran los mercados *koljoz*, las tiendas Torgsin y las tiendas "comerciales" estatales.

Los mercados *koljoz* eran los sucesores de los mercados rurales que habían existido en las ciudades rusas durante siglos. Aunque tolerados en el período de la NEP, algunos como el Sujarevka de Moscú ganaron una pésima reputación y durante el primer plan quinquenal fueron cerrados por las autoridades locales. Sin embargo, en mayo de 1932 un decreto del gobierno central legalizó su existencia y reguló su funcionamiento. Este decreto fue resultado de la necesidad urgente de aumentar el flujo de productos agrícolas del campo a la ciudad, que amenazaba con agotarse. Una de sus peculiaridades fue que devolvió el derecho al comercio a los campesinos y artesanos rurales, pero a nadie más. Se etiquetaba como "especulador" a cualquier ciudadano urbano que se dedicara al comercio, y las autoridades locales recibieron instrucciones severas de "no permitir la apertura de tiendas y puntos de venta por comerciantes privados y erradicar, en todos los sentidos, a los revendedores y especuladores que intentan sacar provecho a expensas de los trabajadores y los campesinos".[164]

En la práctica, las autoridades soviéticas nunca lograron expulsar a los "revendedores y especuladores" de los mercados *koljoz*, un importante foco de actividad del mercado negro y transacciones turbias de todo tipo. En suma, la batalla contra la "especulación" era interminable. Tanto es así que las autoridades se volvieron tolerantes con los ciudadanos urbanos que vendían ropa de segunda mano y otras posesiones personales, o incluso pequeñas cantidades de bienes nuevos (comprados o manufacturados). De hecho, los mercados se volvieron "oasis de comercio privado" en la economía soviética.[165]

Los precios de los mercados *koljoz*, que el Estado no fijaba porque permitía su flotación, siempre eran más altos que los de las tiendas estatales

comunes y a veces incluso que los de las tiendas comerciales que analizaremos a continuación. En los mercados de Moscú en 1932, el precio de la carne era de 10 a 11 rublos por kilo, en comparación con los 2 rublos de las tiendas estatales comunes, mientras que el precio de la papa en el mercado era 1 rublo por kilo, frente a los 18 kopeks.[166] Aunque la diferencia se redujo a mediados de la década de 1930, nunca dejó de ser significativa y se corría el riesgo de que aumentara cuando faltaban suministros. Para la mayoría de los asalariados ordinarios, el mercado *koljoz* era demasiado caro, y solo recurrían a él en ocasiones especiales.

Igual de atípicos, aunque pasajeros, fueron los almacenes Torgsin, que de 1930 a 1936 vendieron bienes escasos a cambio de divisas extranjeras, oro, plata y otros objetos de valor. Las tiendas Torgsin, precursoras de las posteriores tiendas de divisa fuerte soviéticas, se diferenciaban porque admitían a cualquier portador de moneda válida. Su propósito era simple: expandir las reservas soviéticas de divisas fuertes para que el país pudiera importar más equipos para impulsar la industrialización. Si bien sus precios no eran altos (los precios "comerciales" soviéticos y los de los mercados *koljoz* eran más elevados), Torgsin era un lugar muy costoso para los ciudadanos porque, para poder efectuar una compra, uno debía sacrificar lo que quedaba de la platería de la familia o el reloj de oro del abuelo, o incluso su propio anillo de bodas. Algunas de las tiendas Torgsin centrales, en particular la de la calle Gorki en Moscú que tomó el lugar de la famosa tienda de comestibles Eliseiev, estaban lujosamente decoradas y abastecidas con generosidad. En los años de hambruna, un conmocionado periodista extranjero informó: "La gente [se quedaba] afuera en grupos melancólicos que miraban las tentadoras pirámides de fruta; las botas y los abrigos de piel exhibidos con buen gusto; la manteca y el pan blanco y otras delicias inalcanzables".[167]

Las tiendas "comerciales" en un principio eran tiendas estatales que vendían productos a precios altos fuera del sistema de racionamiento. Surgieron como una institución reconocida a finales de 1929; en sus inicios vendían ropa, algodón y confecciones de lana, pero la gama de productos se expandió tanto como para incluir artículos de lujo como pescado ahumado y caviar, y otros productos más pedestres como vodka, cigarrillos y alimentos básicos. Durante el período de racionamiento, los precios comerciales eran dos a cuatro veces más altos que los de las compras realizadas con tarjetas de racionamiento. En 1931, por ejemplo, un par de zapatos que costaba

entre 11 y 12 rublos en las tiendas comunes (¡si alguien podía encontrarlo!) valía entre 30 y 40 rublos en las tiendas comerciales, mientras los pantalones que costaban 9 rublos en las tiendas comunes se conseguían por 17. El queso costaba casi el doble de su precio normal en las tiendas comerciales y el precio del azúcar era ocho veces mayor. En 1932, las tiendas comerciales concentraban la décima parte del volumen de ventas minoristas. Hacia 1934, después de una importante reducción de la diferencia entre precios comerciales y ordinarios, la proporción había aumentado a un cuarto.[168]

Tras la abolición del racionamiento en 1935, la red de tiendas comerciales se expandió. Se abrieron tiendas departamentales modelo en numerosas ciudades, junto con tiendas especializadas que vendían productos manufacturados de mejor calidad y a precios más altos que los de las tiendas estatales comunes. Poco después de asumir, el ya mencionado ministro de Comercio, Israel Veitser, propuso una filosofía de "libre comercio soviético", con énfasis en la elección del cliente y la competencia entre tiendas dentro de un marco de comercio estatal. Sin duda hubo una gran mejora en el sistema comercial durante el tercer cuarto de la década de 1930, asociada a un aumento sustancial de la inversión estatal, que se triplicó durante el segundo plan quinquenal (1933-1937) casi en las mismas proporciones que durante el primer plan.[169]

Pero la mejoría fue todavía mayor para los segmentos acomodados de la población urbana. Si bien la diferencia entre los precios estatales comerciales y los ordinarios se redujo aún más, para lograrlo hubo que aumentar los precios ordinarios y bajar los comerciales. Si a comienzos de los años treinta la escasez severa constituía la principal carga para los ciudadanos en todos los estratos de la sociedad, desde mediados de la década las quejas de que los salarios reales eran demasiado bajos, y por consiguiente los bienes quedaban fuera del alcance, se escuchaban casi con idéntica frecuencia entre los grupos de bajos ingresos. "No puedo pagar la comida en las tiendas comerciales; todo es caro, así que uno camina y deambula como una sombra agonizante, y así se debilita y adelgaza", escribió un trabajador a las autoridades de Leningrado en 1935. Cuando los precios estatales básicos de la ropa y otros productos manufacturados se duplicaron en enero de 1939 –el mayor aumento de una sola vez en esa década–, el NKVD de Leningrado reportó un enorme descontento, en que predominaban las quejas contra las personas privilegiadas que se mostraban

indiferentes a la difícil situación que atravesaban los ciudadanos comunes y se acusaba a Mólotov de haber engañado al pueblo al prometerle que los precios no volverían a subir.[170]

"Especulación"

Como ya hemos visto, era muy difícil obtener bienes de cualquier tipo, desde zapatos hasta departamentos, mediante los canales de distribución burocráticos formales del Estado. En primer lugar, no había suficientes productos para todos. En segundo lugar, las burocracias que los distribuían eran ineficaces y corruptas. En las tiendas estatales se formaban largas filas y casi siempre los estantes estaban vacíos. Las listas de espera de las autoridades locales en materia de vivienda eran tan extensas, y los métodos informales para eludirlas tan frecuentes, que podría afirmarse que nadie llegó nunca a las primeras posiciones sin ayuda.

Esto significa que la distribución informal –aquella que eludía el sistema burocrático formal– tenía una importancia inmensa. Durante todo el período de Stalin existió en la Unión Soviética una pujante "segunda economía" (aunque el término se haya acuñado más tarde); su presencia fue tan palpable como la de la "primera" y de hecho podía considerarse una continuación del sector privado de la década de 1920, pese a haber pasado de la legalidad apenas tolerada a la ilegalidad lisa y llana. Al igual que el sector privado durante la NEP, la segunda economía estalinista distribuía bienes de producción y propiedad del Estado, dejando a los bienes de producción privada en un papel secundario. Los productos se "filtraban" de todas las unidades de producción y distribución estatales en las diferentes etapas, desde la línea de montaje en la fábrica hasta el almacén cooperativo rural. Es probable que cualquiera que trabajara en alguna etapa del sistema comercial estuviera involucrado de cierta manera, lo que implicaba que este tipo de empleo, aunque ofrecía una calidad de vida superior a la media, se consideraba turbio y carecía de estatus social.

Como han señalado Joseph Berliner y otros economistas, la primera economía estalinista no podría haber funcionado sin la segunda, ya que la industria se basaba en prácticas de adquisición más o menos ilegales para obtener las materias primas y los equipos necesarios, y las empresas

industriales empleaban a todo un ejército de agentes de compras de la segunda economía o “facilitadores” con este propósito.[171] Lo aplicable a la industria es también, como consecuencia necesaria, aplicable a los ciudadanos comunes. Comprar comida o ropa a especuladores y conseguir un departamento, un boleto de tren o un pase a un centro vacacional mediante “palanca” formaba parte de la vida cotidiana, aunque algunas personas eran usuarias más frecuentes y adeptas de la segunda economía que otras.

Las autoridades soviéticas aplicaron el término general “especulación” a cualquier compra de bienes para su reventa a un precio más alto y la trataron como un delito. Este aspecto de la mentalidad soviética podría atribuirse al marxismo (aunque pocos marxistas fuera de Rusia pusieron objeciones tan vehementes y categóricas al comercio), pero también parece haber tenido raíces populares rusas.[172] Sea como fuere, tanto la especulación como su condena moral resultaron duraderas en la Rusia soviética.

¿Quiénes eran los “especuladores”? Abarcaban desde grandes operadores criminales con lujosos estilos de vida y contactos en muchas ciudades hasta ancianas golpeadas por la pobreza que compraban salchichas o medias en la tienda por la mañana y las revendían afuera con un pequeño beneficio. Algunos especuladores habían participado en el comercio legal en épocas anteriores: un hombre llamado Zhidovetskii, condenado a ocho años de cárcel por especulación en 1935, compró retazos de género de lana en Moscú y los llevó a Kiev para revenderlos. Otros, como Timoféi Drobot, condenado a cinco años por especulación en la región del Volga en 1937, eran antiguos campesinos despojados de sus propiedades por la deskulakización que vivían en forma marginal y con lo justo.[173]

Entre los casos graves informados por la prensa, uno de los de mayor magnitud y complejidad involucró a un grupo de especuladores, descriptos como ex*kulakí* y comerciantes privados, que establecieron un voluminoso comercio de hojas de laurel, bicarbonato, pimienta, té y café mediante contactos y puntos de venta en una serie de ciudades del Volga y los Urales, como asimismo en Moscú y Leningrado. Uno de los hombres llevaba 70.000 rublos encima en el momento de su detención, y se dice que otro ganó más de un millón y medio de rublos en total. Nazhmudin Shamsudinov y Magomet Magomadov, artesanos de Daguestán, no estaban al nivel de la banda de la hoja de laurel, pero cuando los arrestaron por

infractores en un restaurante de la capital chechena, Groznyi, tenían casi 18.000 rublos y acababan de enviar por correo otros 7000 a casa.[174]

Para adquirir mercancías, muchos especuladores de las provincias tomaban el tren a Moscú y Leningrado, que estaban mejor abastecidas, y las compraban en las tiendas. Un grupo de veintidós especuladores procesados en Vorónezh en 1936 utilizó ese método e instaló un taller legal de confección como pantalla para los productos obtenidos "por izquierda", que en el momento de la detención incluían 1677 metros de tela y 44 vestidos, 2 bicicletas, varios pares de zapatos, discos para gramófono y goma adhesiva.[175]

Sin embargo, las mejores operaciones a gran escala involucraban métodos más eficaces para obtener bienes de tiendas estatales que comprarlos como clientes ordinarios. Los grandes operadores a menudo tenían "contactos" con los gerentes de las tiendas o con el personal de los depósitos (o eran ellos mismos gerentes de tiendas) y sistemáticamente se hacían de los productos por la puerta de atrás. Los gerentes de las tiendas y otro personal comercial también podían involucrarse en forma directa, como el gerente comercial de una tienda de ropa de Leningrado que fue procesado por encabezar una red de especulación que obtenía los productos directamente del depósito. Pero no era el único involucrado en la especulación: entre otros, uno de los vendedores y el jefe del departamento de bomberos de la tienda habían pactado con especuladores profesionales para avisarles con antelación cuándo entrarían las mercancías y, a cambio de entre 40 y 50 rublos cada vez, dejarlos ingresar sin hacer fila.[176]

Estos casos subrayan el tema planteado en un *cartoon* dividido en tres escenas, publicado en *Krokodil* bajo el título "El mago". El primer dibujo muestra una tienda abierta y llena de mercancías, el segundo la muestra cerrada por la noche, y el tercero, abierta y vacía al día siguiente. "Ante sus ojos cerré la tienda por la noche", dice el mago. "Por la mañana la abro y ¡ta-tán! […] La tienda está vacía". El truco, según explicaba el epígrafe, no era "obra de magia: solo requería cierta habilidad excepcional y mucho engaño [por parte de los empleados de la tienda]".[177]

En el nivel popular, se presumía que quienes ocupaban puestos de trabajo relacionados con el comercio tenían alguna conexión con la segunda economía o al menos abusaban de su acceso preferencial a los productos. *Krokodil* reflejaba esta creencia en sus chistes: por ejemplo, el *cartoon* en que una madre le dice a su hija: "Querida, poco importa si te casas con un

miembro del partido o con alguien que no lo sea, siempre y cuando trabaje en una tienda cerrada"; o la que muestra a un empleado de una cooperativa que mira confundido una remesa de camisas: "¿Qué hago? ¿Cómo las distribuyo? Recibí doce camisas, pero solo hay ocho personas en mi familia".[178] No causa sorpresa que fueran frecuentes los procesamientos por especulación contra los empleados de cooperativas.

Otra ocupación asociada a menudo con la especulación era la de maquinista de tren. Por ejemplo, un maquinista del ferrocarril de Stalino en el Donéts compraba zapatos y bienes manufacturados de diverso tipo en Moscú, Kiev y Járkov y los revendía a lo largo del recorrido. Otro "recogía telas en las provincias, de manos de personas que trabajaban en fábricas textiles. Aparte de eso, tomaba trenes a Shepetivka, cerca de la frontera, y obtenía productos que se contrabandeaban por la frontera ruso-polaca". El personal de los baños públicos también integraba esta cofradía de posibles especuladores, al igual que los choferes (quienes podían utilizar los vehículos estatales para ir a las granjas colectivas y conseguir productos agrícolas para revenderlos en la ciudad). Muchas especuladoras a pequeña escala eran amas de casa que hacían fila en las tiendas estatales y compraban productos, como telas y ropa, para luego revenderlos en el mercado o a los vecinos. Por ejemplo, se describió a una tal Ostroumova, ama de casa, como una habitual especuladora con telas. Solo compraba entre tres y cuatro metros por vez, pero cuando fue arrestada se encontraron cuatrocientos metros guardados en un baúl en su departamento.[179]

Los departamentos con frecuencia se usaban como lugares para revender productos.[180] Los vecinos sabían que cierta persona (por lo general, una mujer) podía tener cierto tipo de bien, o podía adquirirlo, y se acercaban por la noche. Como ocurría con muchas otras transacciones de la "segunda economía", era probable que los participantes, que lo consideraban un gesto de amistad, y el Estado, que lo veía como un delito, tuvieran opiniones contrarias al respecto. Otros lugares populares eran las estaciones de tren y las tiendas, donde los vendedores ambulantes vendían las mercancías que habían comprado puertas adentro.

Pero el foco más importante de especulación fue el mercado *koljoz*. Allí se comercializaba todo tipo de cosas de manera ilegal o semilegal: productos agrícolas comprados a campesinos a través de intermediarios, productos manufacturados robados o comprados en tiendas estatales, ropa de segunda mano, e incluso tarjetas de racionamiento y pasaportes falsificados. Si bien

era legal que los campesinos vendieran sus productos en el mercado, no estaba permitido que otras personas lo hicieran por ellos, aunque esto era más conveniente para los campesinos que pasar todo el día en el mercado. Un informe de Dnepropetrovsk describe el proceso de la siguiente manera:

> A menudo, camino al bazar, los *koljozniki* se encuentran con un intermediario. "¿Qué llevas?". "Pepinos". Se da un precio y el intermediario compra al por mayor los pepinos, recogidos de las parcelas privadas de los *koljozniki,* y los vende en el mercado a un precio más alto. Muchos intermediarios son conocidos, pero suelen estar bajo la protección de los funcionarios que recaudan los impuestos del bazar.[181]

En teoría, no era legal que un particular vendiera en el mercado *koljoz* productos manufacturados, excepto los artesanos rurales que vendían sus propios productos. Sin embargo, la norma era difícil de aplicar, en parte porque los fabricantes estatales utilizaban los mercados para vender sus productos a los campesinos. De esa manera se pretendía animar a los campesinos a llevar sus productos agrícolas al mercado, pero también se ofrecía a los especuladores la oportunidad de comprar productos manufacturados y revenderlos a un precio más alto. En Moscú, en 1936, los especuladores de los mercados de Iaroslavl y Dubinin, "tanto moscovitas como forasteros", vendían calzado de goma, galochas y zapatos, además de vestidos confeccionados y discos de gramófono.[182]

Contactos y relaciones

En 1940, Piotr Gattsuk, un ciudadano preocupado de Nóvgorod, le escribió a Andréi Vyshinski, vicepresidente del Consejo de Ministros, condenando el fenómeno del *blat*, que en líneas generales podría traducirse como "palanca".

> La palabra *blat* ha aparecido en el léxico de la lengua rusa. No puedo traducirla literalmente para ustedes, ya que tal vez provenga

> de algún tipo de palabra extranjera. Pero aun así, en ruso la entiendo bien y puedo ofrecer una traducción literal exacta. En su traslado al ruso, la palabra *blat* significa estafa, engaño, robo, especulación, prácticas negligentes, etc. ¿Y qué quiere decir la expresión "Tengo un *blat*"? Significa que tengo una relación cercana con un estafador, especulador, ladrón, tramposo, embaucador y similares.

Gattsuk argumentó que, en efecto, un ciudadano sin *blat* era un individuo despojado de sus derechos.

> No tener *blat* es lo mismo que no tener derechos civiles, que ser privado de todos los derechos. […] Vengan con una petición, y todos serán sordos, ciegos y mudos. Si uno necesita […] comprar algo en una tienda, necesita un *blat.* Si para un pasajero es difícil o imposible conseguir un boleto de tren, es simple y fácil *po blatu* [gracias a sus contactos]. Si vive sin departamento, jamás vaya a la administración de la vivienda o a la fiscalía; mejor recurra a un pequeño *blat* y obtendrá el departamento de inmediato.[183]

El *blat* socavaba la distribución planificada en la economía socialista y era "ajeno y hostil a nuestra sociedad", concluía Gattsuk. Lamentablemente, en aquel entonces no era punible por ley. Gattsuk recomendaba que se lo convirtiera en una ofensa criminal con penas específicas. (Vyshinski, abogado de formación, o alguien de su oficina, subrayó este pasaje).

Gattsuk no era el único que pensaba que sin *blat* la vida soviética era imposible. "La palabra clave, la más importante en el idioma, era *blat*", escribió el periodista británico Edward Crankshaw sobre las etapas finales del período de Stalin.

> Sin el *blat* necesario, era imposible conseguir un boleto de tren de Kiev a Járkov, encontrar alojamiento en Moscú o Leningrado, comprar una nueva válvula para un equipo transmisor de radio, encontrar a un hombre que arreglara una gotera en el techo, obtener una entrevista con un funcionario del gobierno. […]

> Durante muchos años [el *blat*] fue la *única* manera de conseguir lo que se necesitaba.[184]

Tampoco salía de lo común que Gattsuk tratara el *blat* como patología, como algo desviado y ajeno a la sociedad rusa. En 1935, el autorizado diccionario soviético identificó la palabra *blat* como "jerga de ladrones" para referirse al delito o robo cometido o por cometer, y agregó un nuevo vulgarismo coloquial: *po blatu*, que significaba "por medios ilegales".[185] Los encuestados para el proyecto de Harvard de entrevistas a refugiados de posguerra, tomando distancia tanto respecto de la palabra como de la práctica, describieron el *blat* como "un término soviético tosco", "una palabra que surgió del pueblo y que nunca llegará a la literatura", "una palabra que deriva de un modo de vida anormal" y se disculpaban si debían usarla ("Disculpen, pero tendré que usar algo de jerga soviética"). El *blat* era sinónimo de soborno, dijeron algunos; era igual a protección o clientelismo. Los eufemismos estaban a la orden del día: "*Blat* significa conocido"; "*blat* […] en la sociedad instruida se llamaba 'letra z' por *znakomye*" (conocidos); *blat* era lo mismo que *Zis*, condensación de "conocidos y conexiones" (*znakomstvo i sviazi*).[186]

Blat puede definirse como un sistema de relaciones recíprocas de bienes y favores que, a diferencia de las relaciones de clientelismo, involucran a iguales y no son jerárquicas. Para los participantes, la base de estas relaciones era la amistad, aunque el dinero cambiara de manos. Desde el punto de vista de los participantes, el proverbio ruso cercano a "Una mano lava a la otra" –que equivale a "Hoy por ti, mañana por mí"– es una parodia burda de la consideración personal genuina y los buenos sentimientos asociados a las transacciones que se valían del *blat.* Otro proverbio, mencionado por uno de los encuestados para el proyecto de Harvard, ofrece una mejor representación (desde la perspectiva de los participantes): "Como dicen en la Unión Soviética: 'Antes que tener 100 rublos, más vale tener 100 amigos'".[187]

En el proyecto de Harvard, solo una minoría de los encuestados aceptó hablar largo y tendido sobre sus relaciones de tipo *blat*,[188] pero quienes lo hicieron utilizaron el lenguaje de la amistad y enfatizaron el elemento humano. "Los amigos" eran muy importantes en la Unión Soviética, según una mujer que tenía muchas relaciones *blat,* porque se "ayudan" mutuamente. En respuesta a una pregunta hipotética sobre qué habría hecho

en caso de tener un problema, describió una red de parientes, amigos y vecinos que se brindaban afecto y apoyo mutuo:

> Mis parientes […] tenían amigos que podrían haberme ayudado. […] Uno […] era el jefe de un gran fideicomiso. A menudo ayudaba y, si llegaba el caso en que él necesitaba ayuda, también venía. Era vecino nuestro. […] Un familiar era ingeniero en jefe en una fábrica. Siempre podía ayudar si se lo pedían.[189]

Un exingeniero devenido profesional del *blat* como agente de compras para un fideicomiso azucarero usaba la palabra “amigo” todo el tiempo:

> Yo hago amigos con facilidad y en Rusia, sin amigos, uno no puede hacer nada. Algunos de mis amigos eran comunistas importantes. Uno de ellos me aconsejó que fuera a Moscú, donde él tenía un amigo que acababa de ser nombrado jefe de la construcción de las nuevas plantas azucareras. […] Fui a hablar con él y, a partir de un vaso todopoderoso de vodka, nos hicimos amigos.

Se hizo amigo no solo de sus jefes, sino también de los oficiales de abastecimiento de las provincias que visitaba: “Le pedí al gerente que cenara conmigo y lo llené de vodka. Nos hicimos buenos amigos. […] Esta habilidad que tengo para hacer amigos y conseguir los suministros necesarios era muy valorada por mi jefe”.[190]

Beber era parte importante de la relación *blat* entre varones. Para el encuestado, la bebida y establecer una amistad eran dos cosas estrechamente relacionadas; además, la bebida propiciaba las conversaciones “a corazón abierto”, como la primera que tuvo con su futuro jefe en el fideicomiso azucarero, quien se sentía sapo de otro pozo y le confió que “hace tan solo un par de años, ni siquiera sabía de qué estaba hecha el azúcar”. Por supuesto que este encuestado a veces se refería a la bebida en términos más pedestres: “Casi siempre funciona”, señaló después de describir una sesión de vodka y amistad. Otros encuestados también revelaron que la mejor manera de conseguir algo o resolver un problema era llevarle una botella de vodka a alguien que pudiera ayudar. Pero el vodka

no era solo un regalo: había que beberlo juntos antes de cerrar el trato; de ahí que el término “compartir una botella” se aplicara a las transacciones *blat*.[191]

Algunos eran profesionales del *blat.* Según uno de los encuestados de Harvard, cualquier problema podía resolverse si uno conocía a un par de “*blatniki* profesionales”, “personas con contactos con personas superiores y que conocen el sistema soviético. Saben a quién sobornar o dar un regalo, y cuál debe ser ese regalo”. Otro tipo de profesionalismo *blat* se refleja en la historia de un viaje de compras (basado en experiencias de la vida real de un exiliado de guerra judío-polaco en el exilio en Kazajstán) que ofrece descripciones vívidas de una serie de profesionales del *blat* en la esfera industrial, todas personalidades agradables y generosas, que para el autor eran “miembros […] de una escurridiza red clandestina de personas cuyos trabajos les proporcionaban la oportunidad de intercambiar favores con los demás miembros”.[192]

El popular poeta Vasili Lébedev-Kumach publicó un texto humorístico en *Krokodil* en 1933 titulado “Agenda *blat*”, cuyo tema eran los profesionales del *blat.* Esa suerte de índice *blat* era el cuaderno que contenía los números de teléfono y las direcciones de todos los contactos del *blat,* además de anotaciones crípticas: “Amigo de Peter (sanatorio)”, “Serguéi (discos, gramófono)”, “Nik. Nik. (para la comida)”. Este “código secreto” indicaba cómo obtener ayuda de expertos (“Solo tienes que llamar y en cosa de minutos aparecerá ‘Nik. Nik.’. Él te dará todo lo que necesitas”). El único problema, concluía el poema, era que el contacto con estos personajes turbios podía llevarlo a uno directo a un interrogatorio en la fiscalía.[193]

La categoría profesionales del *blat* incluía al agente de compras del fideicomiso azucarero ya mencionado en varias ocasiones. Como muchos otros, este buen señor disfrutaba su tarea: “Era feliz en mi trabajo. Me pagaban bien, había mucho *blat*, viajaba por toda la Unión Soviética –la asignación para gastos diarios y viáticos era muy provechosa– y además tuve la satisfacción de los logros, ya que triunfé donde otros habían fracasado”. El placer en el trabajo también era característico de los virtuosos del *blat*, no profesionales para quienes esa modalidad era una vocación. Uno de esos virtuosos era un personaje fuera de lo común: un emigrado de Leningrado que trabajaba como contador *koljoz*; tenía varios oficios (experto en carpintería y en manufactura de cajas y barriles), pero también se consideraba miembro de la *intelliguentsia*. Durante el verano,

recibía en su casa a algunos inquilinos y llegó a desarrollar una amistad con el director de un gigantesco garaje de Leningrado, con quien iba a cazar y sostenía relaciones *blat* regulares (la madera talada del bosque se trocaba por harina y azúcar de la ciudad). “Mi padre era querido”, recordó su hijo. “Trabajaba bien y, además, podía hacer de todo. Ayudó a mucha gente y le encantaba organizar el *blat* y sabía hacerlo”.[194]

Pero el *blat* no era prerrogativa exclusiva de sus profesionales y virtuosos. Algunos de los encuestados para el proyecto de Harvard pensaban que estaba restringido a personas de cierto poder adquisitivo: “Sabes, nadie ayudaría a un pobre. No tiene nada que ofrecer. *Blat* normalmente significa que a cambio tienes que hacer algo por alguien”. Pero quienes afirmaron eso y negaron tener conexiones personales con el *blat*, aduciendo ser demasiado insignificantes para practicarlo, relataron episodios de *blat* en sus propias vidas (la obtención de un empleo o un ascenso gracias a contactos) en otras partes de la entrevista.[195] De estos y otros datos se deduce que el principio de reciprocidad podía interpretarse de diversas maneras: si alguien lo quería a uno lo suficiente, esa podía ser la base para una relación *blat*.

Las relaciones *blat* que los encuestados de Harvard informaron en sus propias vidas (en general, sin llamarlas *blat*) tenían una multiplicidad de propósitos: por ejemplo, conseguir los papeles de residencia o documentos de identidad falsos; obtener una mejor asignación de trabajo; adquirir los materiales para construir una dacha. Gran cantidad de transacciones *blat* estaba relacionada con la adquisición de ropa y zapatos (“Tenía una amiga que trabajaba en un depósito, así que conseguía ropa por intermedio de ella”; “Conocía a alguien que trabajaba en una fábrica de zapatos, un amigo de mi esposa, y por lo tanto conseguía zapatos de buena calidad a un precio bajo”). Un encuestado, cuyo padre trabajaba en una tienda cooperativa, informó que las relaciones *blat* de su familia eran tan extensas que “siempre lo tuvimos todo. Los trajes eran caros, aunque se podían conseguir a precios gubernamentales [es decir, estatales, bajos]. Solo teníamos que hacer fila para comprar zapatos, porque no teníamos amigos que trabajaran en zapaterías”.[196]

El *blat* era un tema frecuente en *Krokodil*, cuyo humor gráfico versaba sobre ingresos a la universidad, certificados médicos y la obtención de plazas en buenos centros vacacionales y restaurantes. “¿Por qué, amigo, estás enfermo tan seguido?”. “Conozco a un médico”, dice la leyenda de

una ilustración. Otra muestra a un huésped y a un médico que hablan en el balcón de un hotel de lujo: "Llevo un mes de vacaciones aquí y todavía no he visto al director", dice el huésped. "¿En serio no lo conoce? Entonces, ¿cómo consiguió una habitación en el hotel?".[197]

Uno de los *cartoons* de *Krokodil* captó la forma en que los mecanismos de distribución informal soviéticos tendían a convertir cada transacción burocrática formal en personal. Con el título "Buena educación", muestra al gerente de una tienda que habla con un cliente, bajo la mirada del cajero y de otra mujer. "Es un hombre cortés nuestro gerente", dice el empleado de la caja. "Cuando vende telas, llama a todos los clientes por su nombre y apellido". "¿De verdad conoce a todos los clientes?". "Por supuesto. Si no los conoce, no les vende".[198]

* * *

Las conexiones personales aliviaron las duras circunstancias de la vida soviética, al menos para algunas personas. También subvirtieron el significado de la gran reestructuración económica de Stalin, al crear una segunda economía, basada en los contactos personales y el clientelismo, paralela a la primera economía, socialista, a su vez basada en los principios de la propiedad estatal y la planificación central. Debido a la escasez severa de bienes, es probable que esta segunda economía haya sido más importante en la vida de la gente común que el sector privado durante la NEP, por paradójico que parezca.

Sin embargo, incluso para los ciudadanos con las mejores conexiones, la incomodidad se había convertido en norma inevitable de la vida soviética. Los ciudadanos pasaban largas horas haciendo filas para obtener pan y otros elementos básicos. El viaje de ida y vuelta al trabajo era un suplicio, en especial porque había que luchar contra las canastas de las compras en los autobuses y tranvías atestados y destartalados en las grandes ciudades, o caminar por calles sin pavimentar cubiertas de nieve en invierno y convertidas en mares de lodo en otoño y primavera en las provincias. Muchas de las pequeñas comodidades de la vida, como las cafeterías y las pequeñas tiendas del vecindario, habían desaparecido con el fin de la NEP; bajo el nuevo sistema de comercio estatal centralizado, casi siempre era

necesario viajar al centro de la ciudad para arreglar un par de zapatos. En cuanto a la intimidad del hogar, la vida en los departamentos comunitarios y las barracas estaba tremendamente superpoblada, era incómoda y emponzoñada por las disputas con los vecinos. Una fuente adicional de descontento y exasperación fue la "semana laboral continua", que abolió el descanso dominical y a menudo implicó que los miembros de la familia tuvieran diferentes días libres.[199]

Todas estas incomodidades, carencias e inconvenientes seguramente eran fenómenos de una transición, ¿o iban más allá de eso? Conforme avanzaba la década de 1930, y en especial cuando al final de esa misma década la calidad de vida volvió a bajar, muchas personas debieron empezar a abrigar dudas. Sin embargo, la trayectoria de mediados de los años treinta fue ascendente y la posterior recesión podía atribuirse a la inminente amenaza de guerra. Y la visión de un futuro socialista de abundancia (tema del capítulo siguiente) se contraponía a las privaciones del presente. En palabras de un encuestado del proyecto de Harvard: "Pensaba que todas las dificultades estaban relacionadas con los sacrificios necesarios para la construcción del socialismo, y que después de que se construyera una sociedad socialista la vida sería mejor".[200]

---

[100] John Carswell, *The Exile. A Life of Ivy Litvinov*, Londres, 1983, p. 101.

[101] En ruso los términos entre comillas son *dostat'* (en lugar de *kupit'*); *trudno dostat'*; *defitsitnye tovary*; *avos'ki*, *Chto daiut?* (o *Chto vybrasyvaiut?*); *na levo*; *znakomstva i sviazi*; *blat.* Para comentarios sobre los nuevos usos que implicaba la adquisición de bienes, véase *Krok*., 1933, n. 13, pp. 4-5; 1934, n. 29-30, p. 10, y n. 26, p. 10; 1935, n. 25, p. 7, y n. 33-34, p. 21; y HP, #3 (I), p. 47, y #4 (I), p. 11.

[102] W. A. Rukeyser, *Working for the Soviets. An American Engineer in Russia*, Nueva York, 1932, p. 217.

[103] Véanse los datos citados por Stephen G. Wheatcroft en Getty, *Stalinist Terror*, pp. 282-289, y Alec Nove, *An Economic History of the U.S.S.R.*, Harmondsworth, Mx, 1972, p. 177 [ed. cast.: *Historia económica de la Unión Soviética,* Madrid, Alianza, 1973].

[104] Véase Osokina, *Ierarjiia potrebleniia*, p. 39, tabla 4.

[105] Nove, *History*, p. 259.

[106] *Izmeneniia sotsial'noi struktury sovetskogo obshchestva 1921-seredina 30-kh godov*, Moscú, 1979, p. 194. *Sotsialisticheskoe stroitel'stvo SSSR. Statisticheskii ezhegodnik*, Moscú, 1934, pp. 356-357; *Sotsialisticheskoe stroitel'stvo Soiuza SSR (1937-1938 gg.). Statisticheskii sbornik*, Moscú, 1939, pp. 12-15. Nótese que las cifras de 1926 provienen del censo del 17 de diciembre de ese año.

[107] Este argumento se presenta en Janos [János] Kornai, *Economics of Shortage*, Ámsterdam, 1980, 2 vols.

[108] GARF, 3316, op. 16a, d. 446l, l. 36.

[109] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1869, ll. 49-50; *Intimacy and Terror*, 139; TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2487, l. 90.

[110] Cartas publicadas en E. Osokina, "Krizis snabzheniia 1939-1941 gg. v pis'makh sovetskij liudei", *Voprosy istorii* [en adelante, *Vopr. ist.*], 1996, n. 1, pp. 8-12; informe en Almá-Atá de GARF, f. 8131, op. 27, d. 165, l. 307.

[111] Osokina, "Krizis", 6, p. 25.

[112] Sobre el movimiento de sobriedad, véase T. P. Korzhijina, "Bor'ba s alkogolizma v 1920-e-nachale 1930-kh gg.", *Vopr. ist.*, 1985, n. 9. Sobre informes locales y peticiones a favor de la prohibición de la venta de alcohol en el período 1929-1932, véanse GANO, f. 47, op. 5, d. 120, l. 155; íbid., f. 33, op. 1, d. 223, l. 105, y Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, 1995, p. 189. Acerca de la nota de Stalin, véase *Stalin's Letters*, p. 209. Sobre la producción de vodka, véase Julie Hessler, "Culture of Shortages. A Social History of Soviet Trade, 1917-1953", tesis doctoral, Universidad de Chicago, septiembre de 1996, pp. 82 y 85, n. 52.

[113] *Melkaia promyshlennost' SSSR. Po dannym perepisi 1929 g.*, 1, Moscú, 1933, p. v; SA, WKP 178, 4; RGAE, f. 3429, op. 1, d. 5162, l. 19. Véase también Sheila Fitzpatrick, "After NEP: The Fate of NEP Entrepreneurs, Small Traders, and Artisans in the 'Socialist Russia' of the 1930s", *Rus. Hist.*, 13: 2-3, 1986.

[114] *Leningradskaia pravda*, 8 de abril de 1937, p. 3; *Sov. iust.*, 1932, n. 2, p. 18; V. A. Tijomirov, *Promkooperatsiia na sovremennom etape*, Moscú, 1931, pp. 15-17; *Vecherniaia Moskva* [en adelante, *Vech. Mosk.*], 1º de octubre de 1934, p. 2 (sobre arreglos en el hogar); Leonard E. Hubbard, *Soviet Trade and Distribution*, Londres, 1938, pp. 151-153. *Krokodil* destinó una columna permanente en que comentaba la mala mano de obra y los productos defectuosos: véase, por ejemplo, *Krok.*, 1934, n. 4, p. 11; n. 10, p. 11; n. 12, p. 2 y retiración de contratapa; n. 26, p. 12; n. 29-30, p. 17.

[115] Hubbard, *Soviet Trade*, pp. 151-153; *Sobranie uzakonenii i rasporiazhenii rabochego i krest'ianskogo pravitel'stva RSFSR* [en adelante, *Sobr. uzak.*], 1931, n. 41, art. 284.

[116] *Puti industrializatsii*, 1931, n. 5-6, p. 78; "Kalosha" (1926), en Mijaíl Zóschenko, *Rasskazy, fel'etony, povesti*, Moscú, 1958, pp. 33-36; *Sev. rab.*, 26 de agosto de 1935, p. 4.

[117] Stalin fue el ponente del Politburó sobre los bienes de consumo (*shirpotreb*) en junio de 1936: RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 978, ll. 1-2.

[118] Sarah Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda, and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997, pp. 38-43, y TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 3553, ll. 223-224 (informes del NKVD de Leningrado, 1939); GARF, f. 5446, op. 82, d. 112, l. 220 (carta a Mólotov en 1939).

[119] Osokina, *Ierarjiia*, p. 36; *Trud*, 14 de julio de 1933, p. 4 (y véase Kotkin, *Magnetic Mountain*, pp. 258-261, para una farsa de juicio similar en Magnitogorsk); *Rabochii put'* [en adelante, *Rab. put.*], 22 de julio de 1937, p. 4; *Kommuna*, 23 de noviembre de 1937, p. 3, y 24 de noviembre de 1937, p. 3; GARF, f. 5446, op. 82, d.56, l. 331; *Kras. Tat.*, 22 de enero de 1937, p. 4.

[120] Osokina, "Krizis", pp. 10, 12, 16-17.

[121] Si bien la mayoría de las viviendas residenciales eran propiedad del Estado, algunas pequeñas casas de madera de una sola familia continuaban en manos privadas en la década de 1930. Esto era común en pueblos de provincia que no habían asistido a la rápida expansión industrial. A fines de la década, algunas viviendas municipalizadas regresaron a manos privadas, con la evidente esperanza de que esto mejorara su mantenimiento, y las autoridades locales "en algunos lugares" (¿fuera de las grandes ciudades?) recibieron la orden de poner materiales de construcción y créditos bancarios a disposición de los ciudadanos que desearan construir sus propias viviendas. No está claro qué surgió de estas iniciativas. Véanse GARF, f. 8131, op. 27, d. 165, ll. 365, 376 y 404; *Sov. iust.*, 1937, n. 23, p. 45; Gosudarstvennyi arjiv Novosibirskoi oblasti [GANO], f. 47, op. 1, d. 3407.

[122] Timothy J. Colton, *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge, 1995, p. 798; Kotkin, *Magnetic*, p. 161 (cifras de 1935); V. I. Isaev, “Formirovanie gorodskogo obraza zhizni rabochij Sibiri v period sotsialisticheskoi rekonstruktsii narodnogo joziaistva”, en V. V. Alekséiev (comp.), *Urbanizatsiia sovetskoi Sibiri*, Novosibirsk, 1987, p. 48 (cifras de 1933).
[123] Consolidación = *uplotnenie*; gerentes = *upravdom*; conserje = *dvornik*. De 1931 a 1937, muchos edificios de departamentos en Moscú y otras grandes ciudades eran formalmente cooperativas de alquiler, conocidas por el acrónimo soviético de *Zhakty* (*zhilishchno-arendnye kooperativnye tovarishchestva*): véase Colton, *Moscow*, p. 159.
[124] *Sov. iust*., 1936, n. 31, p. 7; Colton, *Moscow*, p. 343; *Sov. iust*., 1939, n. 11, p. 64; *Krasnyi Krym*, 28 de abril de 1939, p. 4.
[125] GARF, f. 5446, op. 82, d. 42, ll. 47-51; ibíd., d. 64, l. 161.
[126] Colton, *Moscow*, p. 342.
[127] Kotkin, *Magnetic*, p. 174. Después de las protestas de los residentes, se agregó una cocina a cada bloque de departamentos (que contenía hasta ochenta).
[128] GARF, f. 5446., op. 81a, d. 94, ll. 207-209.
[129] “Nervnye liudi”, en Zoshchenko, *Rasskazy*, pp. 22-24; *Sov. iust*., 1935, n. 22, última página. Para relatos de primera mano de los departamentos comunales, véanse Raissa L. Berg, *Memoirs of a Geneticist from the Soviet Union*, trad. David Lowe, Nueva York, 1988, pp. 129-145; Svetlana Boym, *Common Places. Mythologies of Everyday Life in Russia*, Cambridge, 1994, pp. 121-167; Paola Messana, *Kommunalka*, París, 1995.
[130] Messana, *Kommunalka*, pp. 173-174.
[131] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1514, ll. 114-120. Otro caso similar en ibíd., d. 727, l. 174.
[132] Liubchenko, “Arbat, 30, Kvartira 58”, *Istochnik*, 1993, n. 5-6, pp. 24-36. Véanse también Berg, *Memoirs*, pp. 141-144; Messana, *Kommunalka*, pp. 27-30, 159-630.
[133] Kotkin, *Magnetic*, p. 167; Colton, *Moscow*, p. 308. Aunque no disponemos de cifras exactas para Moscú en la década de 1930, la tendencia puede discernirse a partir del hecho de que el porcentaje de viviendas pertenientes a empresas aumentó del 25% en los años veinte al 40% en la década de 1940.
[134] Isaev, “Formirovanie”, p. 47 (sobre Kuznetsk); Kotkin, *Magnetic*, p. 136.
[135] John Scott, *Behind the Urals. An American Worker in Russia’s City of Steel*, Bloomington, 1973 [1942], pp. 39-40 [ed. cast.: *Más allá de los montes Urales. En la Fortaleza soviética*, Buenos Aires, Claridad, 1945].
[136] Isaev, “Formirovanie”, p. 47; Kotkin, *Magnetic*, pp. 135-136; Colton, *Moscow*, p. 342.
[137] Colton, *Moscow*, pp. 342-343; GANO, f. 33, op. 1, d. 346, ll. 43-48.
[138] *Kommunist* (Sarátov), 8 de mayo de 1935, p. 1; *Trud*, 3 de enero de 1935, p. 2; ibíd., 4 de enero de 1936, p. 2; Kotkin, *Magnetic*, p. 171; Colton, *Moscow*, pp. 342-343.
[139] Zara Witkin, *An American Engineer in Stalin’s Russia. The Memoirs of Zara Witkin*, 1932-1934, ed. al cuidado de Michael Gelb, Berkeley, 1991, pp. 55-56.
[140] Diario de Svanidze, en *Iósif Stalin*, pp. 173-175 (entrada del 29 de abril de 1935).
[141] Sobre la red cloacal, véase Colton, *Moscow*, p. 853, n. 193; sobre los hábitos de baño, véanse ibíd., p. 342, y Messana, *Kommunalka*, *passim*. Un panegírico de los baños de Moscú (establecidos antes de la revolución) figura en Vladímir Giliarovskii, *Moskva i moskvichi*, Moscú, 1979 [1926], pp. 246-274.
[142] *Pravda*, 11 de junio de 1938, p. 2; *Trud*, 8 de mayo de 1935, p. 3; *Kommuna*, 6 de mayo de 1937, p. 3; Isaev, “Formirovanie”, p. 47; M. A. Vodolagin, *Ocherki istorii Volgograda 1589-1967*, Moscú, 1968, pp. 268, 271; GANO, f. 33, op. 1, d. 223, ll. 49, 57-59. Nótese que es extremadamente difícil obtener cifras fiables publicadas en relación con los servicios y las comodidades en las provincias en la década de 1930.
[143] GARF, f. 5446, op. 82, d. 25, ll. 231-234; *Sots. stroi*., 1934, pp. 356-357.
[144] GANO, f. 47, op. 5, d. 206, l. 10.

[145] Kotkin, *Magnetic*, pp. 132-133, 137-139.
[146] Betty Roland, *Caviar for Breakfast*, Sídney, 1989, pp. 67-68; Louis Fischer, *Soviet Journey*, Nueva York, 1935, p. 62; *American Engineer*, pp. 131-132; *Krok*, 1932, n. 8, p. 9; *Sov. iust.*, 1933, n. 9, p. 13.
[147] Vodolagin, *Ocherki*, p. 271; *Narodnoe joziaistvo Pskovskoi oblasti. Statisticheskii sbornik*, Leningrado, 1968, p. 269; *Penzenskaia oblast' za 50 let sovetskoi vlasti. Statisticheskii sbornik*, Sarátov-Penza, 1967, p. 218; Kotkin, *Magnetic*, pp. 132-133.
[148] *Sovetskoe gosudarstvo*, 1933, n. 4, p. 68. Véase también ibíd., 1932, n. 9-10, p. 152, y *Sov. iust*., 1934, n. 2, p. 16. Sobre los conflictos étnicos en las barracas del TurkSib y de Moscú, véase Matthew J. Payne, "Turksib: The Building of the Turkestano-Siberian Railroad and the Politics of Production during the Cultural Revolution, 1926-1931", tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1994, cap. 4, y *Vech. Mosk*., 29 de septiembre de 1934, p. 3.
[149] *Sov. iust.*, 1934, n. 2, p. 16. Sobre el significado del matonismo en la Rusia de principios del siglo XX, véase Joan Neuberger, *Hooliganism. Crime, Culture, and Power in St. Petersburg, 1900-1914*, Berkeley, 1993, pp. 1-8 y *passim*.
[150] *Sov. iust*., 1934, n. 2, p. 16 (cita); ibíd., 1934, n. 2, p. 16; 1935, n. 26, p. 4.
[151] *Gor'kovskaia kommuna*, 22 de julio de 1937, p. 3 (cita); *Tijookeanskaia zvezda* [en adelante, *Tij. zv*.], 14 de mayo de 1937, p. 4.
[152] *Krest'ianskaia pravda* [en adelante, *Kr. pr*.], 27 de mayo de 1935, p. 3, y 17 de marzo de 1935, p. 3; PANO, f. 3, op. 9, d. 9, l. 126.
[153] Incluyo a las cooperativas y los sindicatos en esta categoría.
[154] La excepción parcial fue la atención sanitaria, ya que los médicos aún tenían permitido mantener una limitada práctica privada.
[155] Sobre la escasez crónica, véase Kornai, *Economics of Shortage*; sobre la función de asignación, véase Katherine Verdery, *National Ideology under Socialism. Identity and Cultural Politics in Ceausescu's Romania*, Berkeley, 1991, pp. 74-83.
[156] Acerca de justificaciones ideológicas, véanse A. N. Malafeev, *Istoriia tsenoobrazovaniia v SSSR (1917-1963 gg.)*, Moscú, 1964, pp. 147-148 (racionamiento) y M. Chamkina, *Judozhestvennaia otkrytka*, Moscú, 1993, p. 217 (distribuidores cerrados como arma contra el enemigo de clase); sobre las actitudes de los líderes, véanse Hessler, "Culture of Shortages", pp. 268-269 y Khlevniuk, *Politbiuró*, pp. 126-127 (Stalin). Pruebas del apoyo popular al racionamiento figuran en Davies, *Popular Opinion*, pp. 25-31, Osokina, "Krizis snabzheniia", p. 8 y GARF, f. 5446, op. 82, d. 112, l. 220 (carta a Mólotov, 1939).
[157] Véanse Osokina, *Ierarjiia*, p. 15; E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy, 1926-1929*, I, Londres, 1969, pp. 702-704 [ed. cast.: *Bases de una economía planificada (192-1929)*, Madrid, Alianza, 1980]; Malafeev, *Istoriia*, p. 138. Los campesinos no recibían tarjetas de racionamiento, aunque sí lo hacían los funcionarios rurales y algunos otros asalariados del campo.
[158] *Biulleten' Narodnogo Komissariata Snabzheniia SSSR*, 1931, n. 5, pp. 22-24.
[159] Sobre las prioridades, véase Hessler, "Culture", pp. 74-80.
[160] Estos se llamaban oficialmente "distribuidores cerrados" (*zakrytye raspredeliteli*) e informalmente se los mencionaba con la habitual y desconcertante gama de siglas, abreviaturas y condensaciones soviéticas: ZRK para las cooperativas de trabajadores de fábricas cerradas (después reemplazadas por ORSy), ZVK para su contraparte en las fuerzas armadas, etc. Sobre las ZRK y los ORSy (departamentos de suministro de trabajadores), véanse I. A. Gladkov (comp.), *Istoriia sotsialisticheskoi ekonomiki SSSR v semi tomaj* [en adelante, *Ist. sots. ek.*], Moscú, 1977, III, p. 453, y Hessler, "Culture", pp. 92-108. Los ORSy, establecidos en 1932, desempeñaban la misma función que las ZRK, pero estaban subordinados a la fábrica individual, no a la unión cooperativa central. Los ORSy también eran responsables de producir

alimentos para la planta en las tierras de cultivo estatales (*ogorody*) y de distribuir las asignaciones a las familias de los trabajadores para su cultivo individual.

[161] *Ist. sots. ek.*, III, p. 454; G. Ia. Neiman, *Vnutrenniaia torgovlia SSSR*, Moscú, 1935, p. 159.

[162] Véanse Scott, *Behind the Urals*, pp. 86-87, y John D. Littlepage y Demaree Bess, *In Search of Soviet Gold*, Nueva York, 1938, p. 68.

[163] *Izv.*, 26 de septiembre de 1935, p. 2; *Trud*, 8 de febrero de 1936, p. 4; GARF. f. 8131, op. 27, d. 165, ll. 304, 320-321. Sobre la crisis de suministros de finales de la década de 1930, véase E. Osokina, "Liudi i vlast' v usloviiaj krizisa snabzheniia 1939-1941 gody", *Otechestvennaia istoriia*, 1995, n. 3, pp. 16-32.

[164] Decreto del 20 de mayo de 1932, "O poriadke proizvodstva torgovli koljozov, koljoznikov and trudiashchijsia edinolichnyj krest'ian", en *Resheniia partii i pravitel'stva po joziaistvennym voprosam (1917-1967 gg.)*, I, Moscú, 1967, pp. 388-389.

[165] Véase Hessler, "Culture", cap. 4, esp. pp. 183-197.

[166] Osokina, *Ierarjiia*, pp. 117-118. Según el decreto de 1932, el comercio de koljoz debía realizarse a precios "formados en el mercado" (*skladyvaiushimsia na rynke*), pero estos no debían superar los "precios comerciales promedio" del comercio estatal. *Resheniia*, II, p. 389.

[167] Véanse E. A. Osokina, "Za zerkal'noi dver'iu Torgsina", *Otechestvennaia istoriia,* 1995, n. 2, pp. 86-104; Malcolm Muggeridge, *Winter in Moscow*, Londres, 1934, p. 146. En su primer año de existencia, los Torgsin eran tiendas cerradas que solo vendían a turistas extranjeros; de ahí el nombre (= torgovlia s *inostrannymi turistami*).

[168] *Ist. sots. ek.*, III, pp. 454-455; Hessler, "Culture", pp. 82-83; Osokina, *Ierarjiia*, p. 109.

[169] *Ist. sots. ek.*, IV, pp. 429-430, 433; Hessler, "Culture", pp. 269-272.

[170] Cita de Davies, *Popular Opinion*, p. 30; TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 3553, ll. 62 y 223-224 (informes de 1939).

[171] Sobre los "facilitadores" (*tolkachi*), véanse Joseph Berliner, *Factory and Manager in the Soviet Union*, Cambridge, 1957, y su "*Blat* is Higher than Stalin", *Problems of Communism*, 3(1), 1954.

[172] Nótese que las personas privadas de sus derechos para comerciar y para solicitar su restitución a menudo escribían que acudían al comercio como último recurso, obligadas por una necesidad extrema y en contra de su verdadera naturaleza, el tipo de retórica que podría esperarse en relación con la prostitución u otra actividad vergonzosa. Véase Golfo Alexopoulos, "Rights and Passage: Marking Outcasts and Making Citizens in Soviet Russia, 1926-1936", tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1996, pp. 465-475.

[173] *Sov. iust.*, 1936, n. 26, p. 9; *Gor'kovskaia kommuna*, 23 de noviembre de 1937, p. 4.

[174] *Vecherniaia krasnaia gazeta*, 27 de febrero de 1936, p. 3; *Groznenskii rabochii*, 30 de enero de 1938, p. 6.

[175] *Kommuna*, 4 de agosto de 1936, p. 4.

[176] TSGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 3553, ll. 223-224.

[177] *Krok.*, 1939, n. 2, pp. 8-9.

[178] *Krok.*, 1933, n. 1, última página; ibíd., 1932, n. 13, última página; *Sov. iust.*, 1932, n. 3, p. 33.

[179] *Zvezda*, 25 de julio de 1937, p. 4; HP, #431 (XXI), p. 25; ibíd., p. 26; *Sov. iust.*, 1936, n. 26, p. 9.

[180] Véase la descripción en Hessler, "Culture", pp. 235-240.

[181] *Zvezda*, 3 de julio de 1937, p. 3.

[182] *Sov. iust.*, 1936, n. 24, p. 15.

[183] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 24, ll. 49-48.

[184] Edward Crankshaw, *Khrushchev's Russia*, Harmondsworth, 1959, pp. 71-72 [ed. cast.: *La Rusia de Khrushchev,* Buenos Aires, Peuser, 1962].

[185] *Tolkovyi slovar'*, I.
[186] HP, #386 (XX), p. 24; #4 (I), p. 36; #431 (XXI), p. 7; #432 (XXI), p. 16; #518 (XXVI), p. 29; #358 (XIX), p. 18; #396 (XX), p. 12; #386 (XX), p. 24; ibíd., #338 (XXXVIII), p. 8; Berliner, "*Blat*", p. 23.
[187] HP, #166 (XIII), p. 44; además, véase en Alena Ledeneva, *Russia's Economy of Favours. Blat, Networking and Informal Exchanges*, Cambridge, 1998, un estudio del *blat* basado en datos de entrevistas de 1994-1995.
[188] Esta es una de las reticencias características del proyecto, probablemente el resultado del deseo de los encuestados de tener en alto una buena índole moral en relación con sus solicitudes para emigrar a los Estados Unidos.
[189] HP, #421 (XXI), pp. 17-18.
[190] Ibíd., #338 (XXXIII), pp. 6-7.
[191] Ibíd., #338 (XXXIII), pp. 6-7; #407 (XX), p. 11 (en que se dan detalles sobre *sobutyl' nichestvo*); #358 (XIX), p. 13; #2 (I), p. 16.
[192] Ibíd., #147 (v. 34), pp. 6-7; Harry Rosenberg, *The Leica and Other Stories*, Camberra, 1994. Agradezco a Yuri Slezkine por haber elucidado el pasaje y a T. H. Rigby por haberme mostrado el libro.
[193] "Blat-not", *Krok*., 1933, n. 3, p. 3. El título ruso es un juego de palabras con *bloknot*, que significa cuaderno. Agradezco a Yuri Slezkine su ayuda en la traducción de los términos jergales de este poema.
[194] HP, #338 (XXXIII), pp. 6-7; #518 (XXVI), p. 37.
[195] Ibíd., #7 (I), p. 23; ibíd., #10 (I), p. 6. En este último caso, el entrevistador notó la discrepancia en su informe.
[196] Ibíd., #385 (XIX), p. 99; #416 (XXI), pp. 3-4; #395 (XX), pp. 9-10; #431 (XXI), pp. 28-29; ibíd., #96 (VII), p. 18; #517 (XXVI), p. 36; ibíd., #398 (XX), p. 31.
[197] *Krok*., 1935, n. 30-31, p. 18 (universidad); 1935, n. 17-18, p. 11 (centro vacacional); 1940, n. 14, p. 2 (restaurante); 1937, n. 8, p. 12 (certificado médico).
[198] *Krok*., 1935, n. 25, p. 13. "Ventas" = *otpuskaet* (en sentido literal: lanzamientos).
[199] La semana laboral continua (*nepreryvnaia proizvodstvennaia nedelia or nepreryvka*) se instauró en el otoño de 1929, al principio solo en la industria; esto significaba que todos trabajaban cuatro días y luego se tomaban un día libre, con horarios escalonados, de modo que cuatro quintas partes de los empleados estuvieran siempre en el lugar de trabajo y las máquinas siempre en funcionamiento. En 1931 se abandonó la *nepreryvka* en la mayoría de los trabajos y fue reemplazada por una semana fija de seis días. Esto fue una mejora, ya que la mayoría de la gente continuó teniendo un día libre, pero el caos de programación relacionado con la *nepreryvka* y luego con la desconcertante sucesión de "semanas de cinco días (*piatidnevki*)", "semanas de seis días (*shestidnevki*)" y "semanas de diez días (*dekady*)" jamás se superó por completo en los años treinta.Todo volvió a la normalidad en 1940, con el regreso de la semana de siete días con el domingo libre. Véanse Schwarz, *Labor*, pp. 268-277, y Shcheglov, *ZT*, pp. 414-415.
[200] Cit. en H. Kent Geiger, *The Family in Soviet Russia*, Cambridge, 1968, p. 128.

3. Brotarán palacios el lunes

> Un malabarista del Este… / plantó carozos de ciruela el domingo / que brotaron como palacios el lunes.
> **Canción Infantil**[201]

Era una época de utopías. Los líderes políticos tenían visiones utópicas, al igual que muchos ciudadanos, en especial la generación más joven. Es difícil capturar ese espíritu en una época de escepticismo, ya que el utopismo, como la revolución, es irracional. ¿Cómo es posible que alguien haya creído seriamente en un futuro radiante, por completo distinto del pasado miserable y del presente caótico? La dificultad para entenderlo es aún mayor debido a la distancia existente entre la visión utópica y la realidad soviética. Es tentador descartar la utopía como un simple engaño y encubrimiento, sobre todo porque la retórica utópica en realidad servía a esos propósitos, entre otros, para sostener el régimen soviético. Pero no podemos ignorar la importancia de la visión utópica en un estudio sobre el estalinismo cotidiano. No solo era parte del estalinismo, y parte importante, sino que también integraba la experiencia diaria del común de la gente en la década de 1930. Un ciudadano soviético podía creer o no en un futuro radiante, pero no podía ignorar que se le prometía uno.[202]

La visión utópica de los años treinta era la de un mundo humano y natural transformado por la industrialización y la tecnología moderna. Esta transformación se llamó “construcción del socialismo”, pero la visión era muy poco específica en lo atinente a las relaciones y estructuras sociales. Cuando se lee el periódico que Máximo Gorki fundó para dar a conocer las hazañas transformadoras de la Unión Soviética, *Nashi Dositzheniia* [*Nuestros Logros*], la visión se presenta casi imperial, centrada en el dominio del espacio geográfico y el ambiente natural y en una suerte de misión civilizadora hacia los habitantes atrasados de la Unión Soviética. “Vasta es mi tierra natal”, dice el famoso primer verso del actual himno

nacional. Esto no era solo una descripción o un alarde, sino la afirmación de un valor fundamental: la grandeza.[203]

Obsérvese el mapa de Rusia, dijo Lenin una vez.

> Al norte de Vólogda, el sureste de Rostov del Don y de Sarátov, al sur de Orenburgo y Omsk, y al norte de Tomsk se extienden territorios inmensos, en los que cabrían decenas de grandes Estados cultos. Y en todas estas extensiones reina el régimen patriarcal, la semibarbarie y la verdadera barbarie.

Si Lenin estuviera vivo, escribió un editorialista de principios de la década de 1930, miraría el mapa de la Unión Soviética y vería un panorama distinto.

> Al norte de Vólogda hemos construido una poderosa industria para la extracción de fertilizantes agrícolas, hemos construido la nueva ciudad de Jibinogorsk. Al este de Moscú, en la antigua ciudad mercantil de Nizhni Nóvgorod, hemos construido una gigantesca fábrica automotriz. Al sur de Sarátov hemos construido el poderoso gigante de tractores de Stalingrado.

Y así sucesivamente, en un catálogo exhaustivo de la construcción industrial soviética.[204]

La industria moderna fue la clave de esta transformación. “Ha llegado la hora de tomar con las manos todas las riquezas del país”, proclamaba el editorialista.

> Ha llegado la hora de construir nuestra patria de nuevo con las manos de las máquinas […] para vestir a todo el país, desde Arcángel hasta Tashkent y desde Leningrado hasta Vladivostok, con la armadura de hierro de los gigantes industriales, […] para entrelazar a todo el país en una red de líneas eléctricas.[205]

Solo si se llevaba la industria moderna a esos espacios ilimitados se podría rescatar a sus habitantes de la opresión colonialista de los tiempos zaristas y

ofrecerles *de facto*, no *de jure*, la igualdad con el centro de Rusia.[206]

Un público bastante restringido leía el periódico de Gorki, en parte porque la escasez de papel limitaba la tirada (incluso *Nuestros Logros* a veces tenía que mencionar *nuestros defectos*). Pero un público muy amplio conocía las canciones populares que transmitían el mismo mensaje. “Estamos controlando el espacio y el tiempo”, alardeaba la “Marcha de los alegres muchachos”,[207] “Somos los jóvenes amos de la tierra”. Otra canción popular –también una marcha, titulada “Siempre más arriba”– proclamaba: “Nacimos para hacer realidad los cuentos de hadas”.[208]

Construir un mundo nuevo

> Construiremos nuestro mundo, un mundo nuevo.
> **La Internacional (en su versión rusa)**[209]

La generación que creció en la década de 1930 se tomó muy en serio estas palabras. En su mayoría, las memorias del período (entre ellas, varias escritas por exiliados), recuerdan el idealismo y el optimismo de los jóvenes, su creencia en que participaban en un proceso histórico de transformación, su entusiasmo por “la construcción del socialismo”, el sentido de aventura que le dieron, y su disposición (al menos retórica) a marchar como pioneros a sitios de construcción alejados, como Magnitogorsk y Komsomolsk en el Amur. El terror no era parte de este panorama. Alekséi Adzhubei, yerno del líder soviético Nikita Jruschev y editor de *Izvestiia*, era un escolar en 1937. Recordó:

> Lo único que existía para nosotros ese año era España, la lucha contra los fascistas. Las gorras españolas –azules con ribetes rojos en la visera– se pusieron de moda, y también las boinas grandes, que llevábamos inclinadas en un ángulo elegante. […] Para los niños y niñas de la época, el mundo se dividía en “blancos” y “rojos”. Ni siquiera se nos ocurría pensar de qué lado debíamos estar. Era ese mundo rojo en el que vivieron y realizaron sus hazañas heroicas los exploradores polares, los cheliuskinitas

> [rescatistas de la tripulación del buque varado en el Ártico en 1934], [y] los papaninitas [equipo de aviación superador de récords de Iván Papanin].[210]

Otra faceta de la época fue capturada por Raisa Orlova, una contemporánea de Adzhubei con una trayectoria de vida muy diferente de disidencia y emigración en el período postestalinista. Recordando su juventud en la década de 1930, escribió:

> Yo tenía una fe inquebrantable en que mi existencia entre esas viejas paredes [en un departamento de la calle Gorki] era una preparación para la vida. La vida, propiamente dicha, comenzaría en una nueva y reluciente casa blanca. Allí haría ejercicios por la mañana, allí existiría el orden ideal, allí comenzarían todos mis logros heroicos.
> La mayoría de mis contemporáneos […] compartían la misma forma de vida áspera, provisoria, caótica. Más rápido, más rápido hacia la gran meta, donde todo comenzaría de nuevo con un sentido genuino.
> Era posible y necesario cambiar todo: las calles, las casas, las ciudades, el orden social, las almas humanas. Y no era tan difícil: primero los entusiastas desinteresados esbozarían el plan por escrito; después derribarían el viejo orden (repitiendo todo el tiempo: "¡No se puede hacer una tortilla sin romper huevos!"); luego se recogerían los escombros y se erigiría el edificio de la falange socialista en el espacio despejado.[211]

Fue la época del gran "Plan General para la Reconstrucción de Moscú", que se suponía establecería un modelo de planificación urbana en todo el país y proporcionaría un modelo de capital socialista para maravillar por igual a los extranjeros y los ciudadanos soviéticos. Había planos, proyectos y modelos por todas partes: la película *Jabarda!* [*¡Fuera del paso!*] del cineasta georgiano Mijeíl Chiaureli, de 1931, se centraba en un modelo de ciudad futura, acompañado por los comentarios apropiados ("¡Aquí habrá una escuela!"). La primera línea del Metro de Moscú entró en funcionamiento a mediados de la década de 1930 y las luminarias, las

escaleras mecánicas y las estaciones espaciosas dejaron boquiabiertos a los ciudadanos. Aparecieron nuevos edificios monumentales: el Hotel Moscú, con sus mil doscientas habitaciones previstas en una ubicación privilegiada cerca de la Plaza Roja, era como “un palacio de cuento de hadas” para un asombrado provinciano.[212]

Los palacios reflejaban el espíritu de la época. Había palacios de la cultura, palacios del deporte y palacios del trabajo, en general de grandes dimensiones y decorados a todo lujo, y edificios imponentes que hacían honor a sus nombres. Uno de los proyectos más ambiciosos del Plan General de Moscú fue el imponente Palacio de los Sóviets, coronado por una estatua de Lenin, que debía construirse en el predio de la catedral de Cristo Redentor, demolida a principios de los años treinta. El palacio nunca se construyó por problemas de aguas subterráneas, lo que suscitó rumores que afirmaban que la obra del diablo había recibido su justo castigo, pero su imagen era más familiar para los soviéticos que la mayoría de los edificios reales. En la película de Aleksandr Medvedkin *Nueva Moscú* (1939), el Palacio de los Sóviets (cuya construcción nunca comenzaría) aparecía como fondo en las escenas que transcurrían en las calles de Moscú, todo un triunfo de la perspectiva del realismo socialista que no diferenciaba el futuro del presente.[213]

El Plan General preveía la ampliación de la calle Gorki (ex Tverskaia) y la creación de un conjunto de fachadas uniformes, decoradas al estilo “barroco estalinista”, de los edificios sobre ambas aceras. El edificio sobre Tverskaia, donde vivía la joven Orlova, se salvó por poco de la destrucción. Cerca de allí, según escribió un moscovita en su diario, ocurrió “algo inaudito”: “La enorme Casa de los Sóviets de Moscú [la Casa del Gobernador General en la época zarista] se trasladó catorce metros atrás” para permitir el ensanchamiento de la calle Gorki; además, el edificio se amplió y adquirió dos nuevos pisos y dos columnas adicionales en su fachada clásica.[214]

Pero por debajo del nuevo mundo yace el viejo. Sus deficiencias, en especial el atraso económico y cultural, se hicieron sentir y debieron superarse para que la Unión Soviética lograra su objetivo de “alcanzar y superar” al Occidente capitalista. “No puede construirse el socialismo en este país”, había dicho Lenin, “mientras ese terrible y centenario abismo siga separando a esa pequeña parte industrializada y civilizada de la parte incivilizada, patriarcal y oprimida durante siglos por la esclavitud y la explotación colonial”.[215]

Se produjeron grandes cambios en la década de 1930. A fines del decenio anterior, menos de una quinta parte de la población era urbana. Esta cifra aumentaría a una tercera parte hacia fines de los años treinta. El total de la mano de obra asalariada y no asalariada de finales de la década de 1920 ascendía a once millones de personas, en una población de alrededor de ciento cincuenta millones. Esta cifra se triplicaría en el transcurso de diez años. Once millones eran también los niños escolarizados a fines de los años veinte, de los cuales tres millones cursaban la escuela secundaria. Una década más tarde, había treinta millones de niños en la escuela, de los cuales dieciocho millones cursaban la escuela secundaria. Según el censo de 1926, solo el 57% de la población total de la Unión Soviética de entre 9 y 49 años estaba alfabetizada, aunque el analfabetismo se concentraba en las regiones rurales de Rusia y en las repúblicas de Asia Central, y la tasa de alfabetización urbana soviética era del 81%. En 1939, el 81% de la totalidad de la población soviética estaba alfabetizado.[216]

Estos fueron algunos de los logros que proclamaba el periódico de Gorki. En efecto, fue una época de logros, pero también de extraordinario tono autocelebratorio, jactancia y exageración. Para documentar semejantes hazañas se publicaron manuales estadísticos, a menudo en idiomas extranjeros además de ruso. (Los datos que no reflejaban esta visión triunfal quedaban excluidos). La prensa soviética hacía alarde de los nuevos proyectos hidroeléctricos y de los altos hornos (“¡los más grandes del mundo!”), de la tecnología moderna aplicada a la industria y a la agricultura, de los aviadores que batían récords de distancia y de los exploradores polares que habían sobrevivido a los peligros del Ártico, de la creación de jardines de infantes y la emancipación de las mujeres, de las escuelas de alfabetización y la cantidad de abuelas campesinas rusas y antiguos nómadas kazajos que habían estudiado allí, de los violinistas y ajedrecistas que ganaban concursos y torneos internacionales; en pocas palabras, de todo lo que apoyara la afirmación de que la Unión Soviética había alcanzado y pronto superaría a Occidente. Los publicistas solicitaban y difundían las felicitaciones de cualquier extranjero famoso que pudiera ser persuadido de visitar el país. En 1939 se inauguró en Moscú una exposición agrícola permanente (más tarde denominada “Exposición de Logros Económicos”), que ofrecía una suerte de feria mundial soviética y atraía entre veinte mil y treinta mil visitantes por día.[217]

Este aluvión de autocomplacencia se dirigió tanto al público extranjero como al nacional. Pero la Unión Soviética no dejó de sentirse asediada, atrapada por el cerco hostil de las potencias capitalistas. Era necesario alcanzar y superar a Occidente para no ser destruido por él. El atraso de Rusia con respecto a Occidente era su talón de Aquiles; si no se superaba en diez años –dijo Stalin en 1931–, "nos hundiremos".[218]

El miedo a la guerra siempre estuvo presente en la Unión Soviética a lo largo de la década de 1930; fue la sombra que atenuó la perspectiva del futuro radiante. La canción popular "Si el mañana trae la guerra" trataba sobre esta amenaza, pero el tema se repetía una y otra vez en la cultura popular soviética en una variedad de contextos: "Si nuestro enemigo decide iniciar una batalla, […] entonces […] saldremos a defender nuestra patria" ("Marcha de los alegres muchachos"), "Cuando llegue la hora de vencer al enemigo / ¡háganlos retroceder desde todas las fronteras!" ("Marcha de los deportistas"). Incluso la canción "La vida se ha vuelto mejor", basada en el texto canónico de Stalin, incluía una mención de la amenaza de guerra ("Sepa, Voroshílov, que todos estamos en guardia / No daremos al enemigo ni una yarda").[219] El espíritu de estar preparados e incluso tener voluntad de pelear fue capturado en una fotografía de los Jóvenes Pioneros que practicaban en el polígono de tiro publicada en el periódico *Nuestros Logros*. El epígrafe decía: "Todos recuerdan las palabras estalinistas: 'No queremos el territorio de los demás, pero…'. Y en ese 'pero' cada uno aferra su arma con más fuerza".[220]

Héroes

> Tan pronto como nuestro país nos ordena que seamos héroes,
> cualquiera puede convertirse en héroe.
> **"Marcha de los alegres muchachos" (1934)**

Esta es una época de heroísmo –afirma la canción– en que incluso las personas comunes y corrientes se convierten en héroes. El primer plan quinquenal dio inicio a la época heroica y lanzó al país al esfuerzo por transformarse, que podía conducirlo al éxito o al fracaso. Esa época inspiró

personalidades y hazañas heroicas y se vanaglorió de ellas. En la formulación nietzscheana de Máximo Gorki, el hombre soviético se convirtió en “Hombre” con mayúscula (“Superhombre” para Nietzsche). Libre por fin de la carga de la conciencia servil inculcada por la explotación y las privaciones del pasado, el héroe contemporáneo –el “hombre de la nueva humanidad”– es “grande, audaz, fuerte”. Enfrenta la fuerza de la voluntad humana contra las fuerzas de la naturaleza en una lucha “grandiosa y trágica”. Su misión no es solo entender el mundo, sino también dominarlo.[221]

La palabra “héroe” era omnipresente en la década de 1930 y se usaba para hacer referencia a aviadores y exploradores al Polo, guardias fronterizos, estajanovistas y todo tipo de héroes del trabajo. Los líderes políticos también podrían describirse como héroes capaces de hazañas heroicas: en los poemas de los bardos populares, Voroshílov era “un caballero fantástico” sobre su corcel, y Stalin “el héroe Iósif ‘Nuestra Luz’ Vissariónovich”. A menudo se describía al héroe soviético como a un *bogatyr*, usando la antigua palabra que refiere al héroe de las epopeyas populares rusas, y se le atribuían las mismas cualidades de audacia, desafío y espíritu elevado.[222]

Los “*bogatyrí*” por excelencia de los años treinta fueron los exploradores al Polo, que se atrevieron a enfrentar a los elementos en las condiciones naturales más hostiles, y los aviadores, que literalmente abandonaban la faz de la tierra para realizar sus hazañas heroicas. El entusiasmo por el Polo comenzó cuando la expedición del buque a vapor *Cheliuskin*, liderada por Otto Schmidt, partió a explorar la ruta marítima del norte del Ártico en 1933 y quedó atrapada entre los témpanos. La posterior operación de rescate de los aviadores soviéticos duró semanas y recibió una enorme cobertura en los medios. Hasta los niños de las aldeas más remotas se enteraron y se dejaron llevar por el drama. A su regreso, los exploradores y sus rescatistas fueron recibidos con festejos y el abrazo de Stalin y otros miembros del Politburó, y declarados “héroes de la Unión Soviética”. A pesar de la demora que pesaba sobre las admisiones, cuatro de los aviadores involucrados en el rescate fueron aceptados como miembros del Partido Comunista por decisión especial de su Comité Central. Otto Schmidt, un gigante barbudo de 1,98 m, era el favorito de los caricaturistas y uno de ellos lo retrató como un Pedro el Grande de los últimos días que caminaba por el paisaje ruso.[223]

La publicidad del *Cheliuskin* estableció el patrón para el resto de la década con aviadores que batían récords y acaparaban los titulares, y niños de toda la Unión Soviética que soñaban con ser aviadores. Los nombres de esos aviadores –Mijaíl Babushkin, Valeri Chkálov, Mijaíl Gromov, Gueorgui Baidukov y el resto– eran conocidos por todos en la Unión Soviética (al menos por todos los que leían los periódicos). Los apodaron “las águilas de Stalin” y “los *bogatyrí* de Stalin”, y Stalin mismo y otros afiliados del partido hicieron lo imposible para sacar provecho de su popularidad. Cuando los aviadores salían para batir récords, los miembros del Politburó estaban presentes para despedirlos; cuando regresaban triunfantes, Stalin y sus colegas los esperaban en la pista de aterrizaje para abrazarlos. A Stalin se lo representó como el padre de los aviadores, y algunos de ellos de hecho lo llamaban “padre”. Cuando, como ocurrió en varias ocasiones, algún aviador perecía en el transcurso de alguna prueba sin precedentes, el Politburó encabezaba el duelo nacional. Y cuando el avión *N-212* de Babushkin se estrelló en 1938 y murieron todas las personas a bordo, hubo un funeral de Estado, por orden del Politburó, y la urna con las cenizas de los pilotos se exhibió en la Plaza Roja para que el público pudiera darles el último adiós.[224]

La prensa, monitoreada y azuzada por la dirección del partido, hizo todo lo posible para convertir a los aviadores y exploradores polares en celebridades. De todos modos, la respuesta popular es indiscutible: estos hombres recibían enormes cantidades de cartas de admiradores y eran idolatrados en sus presentaciones por todo el país. Un moscovita apuntó en su diario: “Hoy conocieron a los héroes del vuelo a través del Polo Norte: Chkálov, Baidukov y Beliakov. Las plataformas y la plaza estaban llenas de gente. Saludaron efusivamente a los héroes. La calle Tverskaia también estaba atestatada. Los automóviles, que iban hacia el Kremlin, atravesaron un corredor lleno de vida”.[225] Baladas folklóricas homenajearon con especial afecto a “Barba hasta las rodillas” (Otto Schmidt) y el rescate del *Cheliuskin* y lloraron la heroica muerte de aviadores como Chkálov y Polina Osipenko.[226]

Se hicieron muchas películas y obras de teatro sobre estos héroes nacionales. La expedición del *Cheliuskin* se celebró en la película *Los siete audaces* (1936) y también fue tema de una pieza teatral sobre uno de los participantes de la expedición, Serguéi Semenov, *No nos rendiremos*, centrada en el tema del heroísmo colectivo ante un entorno hostil.[227] Se

estrenó una serie de películas sobre aviadores, comenzando por *Aviadores* (1935) e incluidas *La Madre Patria llama* (1936), *Tri gueroini* [*Tres heroínas*](1938), *Hermano de un Héroe* (1940) y *Valeri Chkálov* (1941). La última, proyectada en los Estados Unidos con el título *Wings of Victory*, estaba basada en una idea del copiloto del difunto Chkálov, Baidukov.[228] Cada vez más, las películas de aviadores se convirtieron en homenajes a la aviación militar soviética, con hincapié en el papel desempeñado por los pilotos como defensores de la tierra natal.

Cuando les preguntaban por sus héroes, los adolescentes soviéticos nombraban tres tipos de héroes "genéricos" –los aviadores, los exploradores polares y los guardias fronterizos–, además de héroes individuales. De manera similar, cuando se les preguntaba a los jóvenes trabajadores automotrices sobre sus planes de vida en 1937, muchos decían que querían ser aviadores (incluso pilotos militares) o alistarse en la guardia fronteriza. Los héroes individuales elegidos por el primer grupo iban desde líderes del partido y militares (Stalin, Voroshílov, Semen Budennyi [Semión Budionni]) y héroes de la guerra civil (Chapáiev y Shchors, ambos retratados en numerosas películas populares de la época) hasta aviadores (Chkálov), exploradores (el explorador noruego del Polo Norte, Fridtjof Nansen), científicos (Konstantín Tsiolkovski, un pionero de los cohetes que difundió la idea de los viajes espaciales), trabajadores estajanovistas, jugadores de ajedrez y futbolistas del club Dinamo.[229]

Pavlik Morózov, el legendario Joven Pionero que denunció a su padre ante las autoridades por acaparar cereales y fue asesinado por sus parientes enojados,[230] era otro nombre infaltable en esta lista de héroes de la juventud soviética de 1937. Pavlik, una figura odiosa para los intelectuales rusos en los años de declive de la Unión Soviética, fue un verdadero héroe para muchos jóvenes en la década de 1930, como símbolo de valentía juvenil, sacrificio personal y voluntad de desafiar la autoridad injusta a nivel local, ya se tratara de los padres o de otros adultos.[231]

El *soplón*, una pieza escrita para el Teatro Infantil de Moscú de Natalia Sats a mediados de la década de 1930, también aborda el tema. Según las descripciones de los materiales publicitarios del teatro infantil, el eje emocional era similar al de la película estadounidense *Nido de ratas*, filmada casi diez años más tarde, cuyo tema es la angustiante decisión de un hombre de informar sobre la pandilla (que incluye a sus amigos y parientes) que siembra el terror en el puerto.[232] En los dos casos, informar se

representa como la opción más difícil, incluso heroica, porque implica resistir la presión de la opinión local a favor de una noción más amplia y abstracta del bien colectivo:

> Aquí hay un montón de jóvenes en una zapatería, aprendiendo un oficio [dice la descripción de *El soplón*]. Hace poco tiempo eran *besprizorni*, vagabundos y pusilánimes descarriados. Algunos se han dedicado a su trabajo, han aprendido a disfrutarlo. Otros son recalcitrantes. Hay casos de robo en la tienda. Sus amigos no dirán quién es el ladrón. ¿Delatarlo? ¡Jamás de los jamases! Se creen mejores que eso. Pero, ¿están haciendo lo correcto al ignorar el objetivo y el propósito de su zapatería?[233]

El “hombre pequeño” como héroe era uno de los temas preferidos. Los héroes de *Relato sobre héroes y otros cuentos* (1931), de Gorki, eran personas comunes y corrientes: maestros rurales, corresponsales obreros, inventores obreros, organizadores de salones de lectura, activistas de todo tipo. Los periódicos publicaron muchas historias sobre los extraordinarios logros de la gente común, cuyos retratos, serios o sonrientes, aparecían en primera plana. Los “trabajadores de choque” de las fábricas y los *koljozy* eran la heroica “gente pequeña” de principios de los años treinta. Luego, a mediados de la década, el movimiento estajanovista dio nuevas dimensiones a la celebración de la gente común y corriente. Los estajanovistas –llamados así en honor al inigualado minero de carbón de la cuenca del Donéts, Alekséi Stajánov– supuestamente no solo batían marcas de producción, sino que también la racionalizaban. El movimiento comenzó en la industria, pero pronto sus exponentes, tanto hombres como mujeres, emergieron en el *koljoz* e incluso en escenarios tan improbables como el comercio soviético.[234]

Los estajanovistas más visibles se convirtieron en miembros de un nuevo grupo de estatus social, al que podríamos denominar “celebridades ordinarias”.[235] Personas comunes –obreros, *koljozniki*, vendedores, maestros o lo que fuera– que de pronto se convertían en héroes y heroínas de los medios de comunicación nacionales. En teoría los seleccionaban por sus logros, pero en la práctica el clientelismo de un secretario de partido o periodista local solía desempeñar un papel importante.[236] Las fotografías

de los estajanovistas se publicaban en los periódicos; los periodistas los entrevistaban sobre sus logros y opiniones; los seleccionaban como delegados para las conferencias y aprendían a dar discursos en público; los más afortunados conocían a Stalin y se fotografiaban con él.

Los estajanovistas y otras “celebridades comunes y corrientes” eran ejemplos vivientes de que la gente sin importancia importaba en la Unión Soviética, de que incluso la persona más humilde y ordinaria tenía la oportunidad de hacerse famosa por un día. “Me convertí en héroe junto con el pueblo”, escribió modestamente el tractorista y conductor estajanovista de Pasha Anguelina.[237] Sin embargo, la función representativa era solo una parte. También se homenajeaba a los estajanovistas por sus logros *individuales* y se los animaba a mostrar su personalidad y potencial de liderazgo. Convertirse en un estajanovista famoso implicaba adquirir una identidad cuyo valor resultaba ser mucho mayor de lo que nadie había soñado:

> Soy un viejo trabajador de [la cuenca del] Donéts; solía trabajar como operario de cabrestantes en la mina. *¿Quién me conocía entonces? ¿Quién me veía entonces?* Pero ahora mucha gente me conoce, no solo en el Donéts, también más allá de sus fronteras. [238]

En teoría, el estajanovismo funcionaba según el principio de “celebridad por un día”. En la práctica, sin embargo, algunos de los más exitosos, como el propio Stajánov o Pasha Anguelina, se convirtieron en celebridades a tiempo completo y permanentes, fueron electos diputados del Sóviet Supremo, escribieron libros sobre sus experiencias, asistieron a banquetes de Estado y perdieron contacto con su trabajo y su entorno social originales. Algunos de estos destacados estajanovistas, en especial las mujeres, parecen haber establecido relaciones personales bastante estrechas con líderes soviéticos y periodistas de las más altas esferas, muy fuera del alcance de sus circunstancias originales.[239] Incluso Stalin parece haber tenido una predilección genuina por algunas de las más célebres estajanovistas, como la ucraniana María Démchenko y Pasha Anguelina; la mayoría de sus mejores y más “humanas” fotografías de este período fueron tomadas en compañía de estas personas.

A cambio, los estajanovistas eran colaboradores incansables y devotos del culto de Stalin. Recordando la alegría que sintió al ver a Stalin por primera vez en una conferencia estajanovista en el Kremlin, Pasha Anguelina escribió: “Fue como si me llevaran a un mundo nuevo, de cuento de hadas. No, no ‘como si’. Ante mí se había abierto un nuevo mundo de felicidad y razón, y fue el gran Stalin quien me llevó a ese mundo”. Su descripción de las reacciones de una anciana campesina que estaba a su lado fue aún más vívida. Con su cabello canoso (se había quitado el pañuelo) y sus ojos brillantes de éxtasis, susurró para sí: “¡Nuestro querido Stalin! […] Una profunda reverencia para usted de todo nuestro pueblo, de nuestros hijos, nietos y bisnietos. […] ¡Querido pueblo, [allí está] mi amor! ¡Miren a nuestro sol, nuestra felicidad!”.[240]

El renacimiento del hombre

“Camaradas, tengo 45 años, pero solo he vivido dieciocho”, dijo un trabajador veterano en un congreso estajanovista en 1935. La imagen de la revolución de 1917 como segundo nacimiento era común en la retórica soviética. En ocasiones, un hombre o una mujer “volvía a nacer” con la revolución; otras veces, con algún acontecimiento posterior como la colectivización. También hubo experiencias específicas de conversión que llevaron a los individuos de la vieja vida a la nueva. *Krokodil* publicó un *cartoon* irónico en que el paracaidismo, un deporte popular a mediados de la década de 1930, servía a ese propósito. El *cartoon* muestra una tradicional escena de un pueblo nevado, con campesinos en trineos tirados por caballos, y una iglesia con un campanario cuya torre se utiliza para saltar en paracaídas. El epígrafe dice: “En esa iglesia me bautizaron dos veces: la primera cuando era un bebé y la segunda hace pocos días, cuando recibí mi bautismo aéreo”.[241]

Pero era el trabajo, y no el paracaidismo, lo que permitía renacer a los hombres. El trabajo bajo las condiciones soviéticas se consideraba una experiencia transformadora porque era colectivo y estaba impregnado de un sentido de propósito. Bajo el antiguo régimen, el trabajo había sido una tarea agotadora que destruía el alma; bajo el socialismo, daba sentido a la vida. Esto le escribió un hombre a Máximo Gorki sobre su trabajo en una

nueva obra: “Al final, yo, una persona privada de mis derechos civiles, un hombre agraviado, entendí aquí, entre estas personas que comparten el espíritu, cuán grande es el placer de conocer la vida y de participar en su reconstrucción”.[242]

La idea de que los hombres pueden rehacerse era muy importante en la cosmovisión soviética. Estaba asociada, en primer lugar, a la idea de que la delincuencia era una enfermedad social, resultado de un entorno perjudicial. Esto era sabiduría convencional en la criminología soviética de la década de 1920 y principios de la siguiente, pero su influencia disminuyó a medida que se volvió más difícil atribuir cualquier comportamiento delictivo a problemas de transición o de “sobrevivir” al pasado. En líneas más generales, la idea del renacimiento humano fue parte de la noción de transformación que era el epicentro del proyecto soviético. En palabras de Bujarin: “La plasticidad del organismo [es] la premisa teórica tácita de nuestro curso de acción”, porque sin ella, ¿por qué alguien se molestaría en hacer una revolución? “Si adoptáramos el punto de vista que sostiene que las características raciales y nacionales son tan potentes que tomaría miles de años cambiarlas, entonces, por supuesto, todo nuestro trabajo sería absurdo”.[243]

El tema del renacimiento del hombre era popular en todo tipo de contextos durante la década de 1930. Pero lo más popular eran las historias sobre el renacer o “nueva forja” de criminales y delincuentes juveniles por medio del trabajo y la pertenencia a un colectivo laboral. La prensa abundaba en historias de recuperación, en especial durante la primera mitad de la década, y las difundía con vehemente insistencia entre el público extranjero y nacional. Sin embargo, en lo que respecta al público nacional, estas historias no pueden desestimarse como mera propaganda, ya que sin duda captaban la imaginación en un grado atípico. Incluso en los campos de trabajo del Gulag, donde se hacía especial énfasis en el tema de la nueva forja, parece haber tenido un impacto inspirador genuino.[244]

Las historias de conversión que fueron tan populares en las décadas de 1920 y 1930 tenían el doble atractivo de los relatos de aventuras, como los cuentos de bandidos que eran muy celebrados en Rusia antes de la revolución, y los dramas psicológicos en que un individuo infeliz y aislado encuentra la felicidad en la pertenencia a la colectividad. El protagonista siempre era un ajeno social en su antigua vida: un delincuente consuetudinario, un delincuente juvenil o incluso el hijo de *kulakí*

deportados que llevaban una vida distinta en el exilio. El nuevo hombre soviético emerge en esos relatos tras quitarse de encima la suciedad y la corrupción de su vieja vida, así como en un mito de recuperación de otra cultura el niño de agua de Charles Kingsley se quita la piel de hollín que ha adquirido en su mísera vida como deshollinador.[245]

Una de las obras clásicas soviéticas sobre la nueva versión del hombre fue *El Canal Stalin Mar Blanco-Mar Báltico*, un famoso proyecto colectivo en que participaron Máximo Gorki y una serie de estrellas literarias entre las que brillaba el satírico Mijaíl Zóschenko. El libro se basaba en una visita de los escritores, en 1933, al proyecto de construcción del Canal del Mar Blanco, que fue dirigido por la OGPU y utilizó a convictos como mano de obra. A partir de entrevistas con los convictos y la administración del campo, y de la lectura de testimonios en el periódico del campo, *Perekovka* [Nueva Forja, Rehabilitación], los escritores describieron el proceso mediante el cual los prisioneros se convertían en buenos ciudadanos soviéticos. Sin lugar a dudas, era un proyecto propagandístico: la visita solo pudo producirse por una decisión política de las altas esferas, el libro fue dedicado al XVII Congreso del Partido y se tradujo de inmediato al inglés y se difundió por obra del Club del Libro de Izquierda y otros medios de comunicación "simpatizantes". Sin embargo, no carece de interés literario e incluye algunas historias apasionantes.[246]

Una de las más interesantes es la de Anna Iankovskaia, exladrona profesional con un largo historial de detenciones enviada al campo del Canal del Mar Blanco en 1932. Según su relato, al principio era escéptica respecto de la promesa del NKVD de que los prisioneros serían reeducados, no castigados. La faena física le resultaba intolerablemente ardua y se negó a trabajar. Una de las educadoras del campamento, exreclusa, tuvo con Anna una charla de cuatro horas sobre sus vidas que la hizo llorar. Ese fue el momento crucial de la conversión, cuando descubrió que, por primera vez, era importante como individuo. Después, Anna pudo empezar a trabajar y dar inicio a su nueva vida.[247]

Otro relato habla de otra categoría de convicto, un ingeniero burgués condenado por revueltas y sabotaje, es decir, un preso político acusado en la farsa de juicio de Shajti en 1928. Se llamaba Magnitov. En palabras de Katerina Clark:

> Los autores relatan cómo, después de que Magnitov comenzó a trabajar en el canal, desarrolló un pulso y unos procesos de pensamiento y reacciones nerviosas más rápidos. "Comienza a tomar el nuevo ritmo, a ajustar su razón, su voluntad y su respiración a él". Ante semejante cambio radical, el ingeniero tuvo problemas para asociar su identidad anterior con la versión actual. Los autores informaron: "El ingeniero Magnitov piensa en el antiguo ingeniero Magnitov, y esa persona le es ajena. Magnitov se refiere a esa persona como 'él'".[248]

La nueva versión de los delincuentes juveniles era un tema dramático y particularmente atractivo. Los niños sin hogar, que se congregaban en ciudades y estaciones ferroviarias y formaban bandas con su propia jerga y habilidades de supervivencia, habían sido una característica del paisaje soviético desde la guerra civil. Su cantidad disminuyó un poco a lo largo de la década de 1920, pero volvió a aumentar tras la colectivización y la hambruna. Los orfanatos, conocidos con el eufemismo "hogares de niños", se crearon con el objetivo de sacarlos de la calle y prepararlos para la vida adulta, pero el camino de la recuperación era cuesta arriba. Algunos delincuentes eran enviados a colonias laborales dirigidas por la OGPU, varias de las cuales tenían directores y maestros idealistas y dedicados. *Camino a la vida* (1931), una de las primeras películas sonoras filmadas en la Unión Soviética, se basaba en una colonia real de la OGPU para delincuentes juveniles no muy lejos de Moscú y utilizaba a niños de la comuna como actores. Al igual que en la película estadounidense *Semilla de maldad*, el principal agente de recuperación de los niños es un maestro carismático.[249]

Una obra literaria sobre un tema similar fue *Poema pedagógico* de Antón Makárenko. Este último había comenzado su carrera dirigiendo colonias de delincuentes bajo los auspicios de la OGPU y se consagró como literato a mediados de la década de 1930 bajo el padrinazgo de Máximo Gorki. En *Poema pedagógico*, el proceso típico de conversión involucra a un joven delincuente que de mala gana llega a la colonia y al principio desafía las reglas; más adelante la presión colectiva lo lleva a repudiar su antigua vida y se convierte en un verdadero miembro de la comunidad. En ese relato de Makárenko hay un líder carismático, que es la representación ficcional del

propio Makárenko, pero permanece en segundo plano. Aquel que lucha con las ovejas negras y logra convertirlas es el sujeto colectivo.[250]

El tema de la recuperación aparecía a menudo en los periódicos de los años treinta. Un ejemplo notable fue la historia de la rehabilitación de un delincuente de larga data, Serguéi Ivánov, cuya conversión se describe en un artículo de *Izvestiia* como una angustiante lucha personal: "Un proceso complejo y tormentoso de rehacerse internamente y volver a la vida". Ivánov era un carterista que había pasado media vida en la cárcel, y la otra media en una sórdida ronda de alcohol, drogas, prostitución y violencia. Mientras estaba en prisión, a mediados de la década de 1920, uno de sus socios en el crimen asesinó a su esposa y su hija fue enviada a un orfanato. Años más tarde, Ivánov fue a dar a una comuna de trabajo del NKVD en los Urales y allí comenzó su renacimiento moral. Como el ingeniero Magnitov, "al romper para siempre con el pasado era un hombre renovado, ya se había convertido en otra persona". Con el apoyo de la colectividad, buscó y encontró a su hija perdida.[251]

Izvestiia también elaboró un admirable perfil de Matvei Pogrebinskii, creador de la comuna obrera bolchevique del NKVD, un proyecto de recuperación de ladrones reincidentes sin guardias ni vallas que durante la década de 1930 era un destino habitual en el itinerario de los visitantes extranjeros. La historia se centraba en la obstinada lucha de Pogrebinskii por el alma de cada uno de los exdelincuentes. Lograr la conversión no era fácil, ni siquiera para un educador experimentado como Pogrebinskii. Por lo general hacían falta tres años de trabajo intensivo para que un delincuente estuviera dispuesto a romper definitivamente con su antiguo entorno y a reconocer que su lealtad primaria no era hacia ellos, sino hacia la comunidad soviética en su conjunto.[252]

La recuperación de delincuentes tomó una forma notable a principios de 1937, gracias a la iniciativa de Lev Sheinin, una figura intrigante que supo combinar el trabajo diario como investigador de alto rango en la Procuraduría del Estado, diputado de Andréi Vyshinski, con su vocación de escritor y periodista. Sheinin publicó un artículo en *Izvestiia*, titulado "Se están entregando", donde afirmaba que delincuentes de todo tipo, desde carteristas hasta asesinos, se presentaban cada vez más a menudo en las dependencias de la milicia para confesar sus delitos y entregarse. Citó dos cartas que la Procuraduría del Estado acababa de recibir, ambas de delincuentes habituales arrepentidos de sus delitos. Una estaba firmada por

un ladrón llamado Iván Frolov, un reincidente que despreciaba su vida pasada y pedía que lo enviaran a trabajar a cualquier parte del país, en busca de “ser útil para la sociedad soviética”. En su artículo de *Izvestiia*, Sheinin le pedía a Frolov que se presentara en la oficina del fiscal del Estado para hablar sobre su caso. ¿Iría? “Sé que vendrá”, concluía Sheinin.

> Vendrá porque nuestra vida bulle a su alrededor, porque están surgiendo nuevas relaciones humanas con más confianza que nunca. Y eso es más fuerte que el miedo a un posible castigo, más fuerte que los hábitos y que haber sobrevivido al pasado. Más fuerte que cualquier cosa.[253]

Al día siguiente, más de una docena de delincuentes habituales –personajes coloridos apodados “Cucaracha”, “Paloma” y “Conde Kostia”– se presentaron en la Procuraduría y preguntaron por Sheinin. Anunciaron su deseo de abandonar sus antiguas vidas y pidieron ayuda para empezar una nueva. A última hora de la tarde se volvió a convocar una reunión en las oficinas de *Izvestiia*, esta vez con la presencia del procurador del Estado Vyshinski. Este prometió que ninguno de los delincuentes sería procesado y que todos recibirían un trabajo y los documentos necesarios para iniciar una nueva vida. Conde Kostia, el líder extraoficial del grupo, cuya especialidad era el robo de alto vuelo en los coches cama internacionales de los trenes de larga distancia, aceptó la promesa en nombre de sus camaradas. Cucaracha y Paloma redactaron un llamamiento a todos los delincuentes que aún llevaban una vida criminal, instándolos a “comprender que la Unión Soviética nos está extendiendo la mano proletaria y quiere sacarnos del pozo de la basura”, a “olvidar la duda y la sospecha” y a seguir el ejemplo.[254]

“Esta gente quiere de verdad una nueva vida”, dijo Vyshinski a *Izvestiia* unos días después. “Están literalmente sedientos de ella”. Otros delincuentes aparecieron en las dependencias de la milicia y de la Procuraduría en Leningrado y las provincias para entregarse y pedir trabajo y documentos. El flujo en Moscú también continuó. Algunos tenían requisitos especiales de trabajo. Por ejemplo, un estafador profesional apareció ante la puerta de Sheinin y recitó un monólogo de *Otelo* para apoyar su petición de ser enviado a capacitarse como actor. (“Lo enviaron al

Comité de Artes”, informó Sheinin. “Le hicieron una prueba y descubrieron que tiene mucho talento. Fue admitido en el Taller Estatal Superior de Teatro”). Unas semanas después, el primer contingente de delincuentes arrepentidos partió de Moscú en varias direcciones para comenzar una nueva vida. Los despidió Conde Kostia, un hábil topógrafo además de estafador que fue enviado a una nueva expedición al Ártico. Se desconoce qué ocurrió con estos ladrones reformados, pero un informe indica que Conde Kostia prosperó durante varios años.[255]

Desde luego, la realidad que hacía de trasfondo a estas historias de recuperación, al igual que los resultados, era más complicada que muchas otras. Sin embargo, acaso fuese cierto que un pasado delictivo en la vida real, especialmente de un menor, no era una mancha irredimible en el expediente. Haber sido un niño sin techo en la década de 1920, que vivió en un hogar infantil soviético y luego aprendió un oficio, no era un obstáculo para el éxito; por el contrario, esas experiencias aparecen con bastante frecuencia en las biografías de los hombres en ascenso a fines de la década de 1930.

Sin embargo, en un aspecto, la retórica de la nueva forja era engañosa. Señalaba que cualquier persona, sin importar su pasado, era redimible, incluso si sus crímenes eran políticos, como sucedía con el ingeniero Magnitov. Pero eso no era cierto, como veremos en un capítulo posterior. Las manchas de origen social y los pecados políticos en sentido estricto, como haber pertenecido a la oposición, no podían superarse. Incluso Makárenko, el gran propagandista de la recuperación humana, incluyó a un personaje irredimible (“no era un revoltoso consciente, sino una especie de canalla por naturaleza”) en una obra escrita durante las grandes purgas.[256] Por supuesto, podríamos decir, como Bujarin, que si la gente pudiera ser canalla por naturaleza todo el proyecto revolucionario sería absurdo. Pero Makárenko había captado el espíritu de la época. Las personas manchadas por el origen social o la historia política eran, en la práctica, invariablemente descartadas como objetos de recuperación. Para ser elegible para una nueva forja, era imprescindible haber cometido delitos reales.

Dominar la cultura

La cultura era algo que había que dominar, como las tierras vírgenes y la tecnología extranjera. Pero ¿qué era la cultura? En la década de 1920, hubo acaloradas discusiones entre intelectuales comunistas al respecto. Algunos enfatizaban la índole esencial de clase de la cultura y, por tanto, querían destruir la cultura "burguesa" y desarrollar una nueva cultura "proletaria". Otros, entre ellos Lenin y Lunacharski, creían que la cultura tenía un significado que iba más allá de las clases y que Rusia tenía muy poca. El bando "proletario" logró un breve dominio en los años de la revolución cultural, pero luego fue desacreditado. Eso posibilitó el ascenso de otra visión, para la cual la cultura era algo inmensamente valioso y estaba más allá de la clase. Pero también dejó el acuerdo tácito de que el significado de la cultura no debía analizarse demasiado a fondo. La cultura, como la obscenidad, se reconocía al verla. Tautológicamente, era el conjunto de comportamientos, actitudes y conocimientos que poseían las personas "cultas" y del que la gente "atrasada" carecía. Su valor positivo, al igual que su naturaleza, era evidente.[257]

En la práctica, podemos distinguir varios niveles de cultura a lo largo y a lo ancho de la Unión Soviética. El primero es la cultura de la higiene básica –lavarse con jabón, cepillarse los dientes, no escupir en el suelo– y la alfabetización básica, todavía ausente en parte importante de la población soviética. Aquí la misión civilizadora soviética se interpretaba en términos muy similares a los de algunas naciones europeas entre los pueblos nativos atrasados, aunque cabe señalar que en el caso soviético los "elementos atrasados" incluían a los campesinos rusos. El segundo nivel, enfocado en los modales a la mesa, el comportamiento en lugares públicos, el tratamiento dispensado a las mujeres y el conocimiento básico de la ideología comunista, era lo que se exigía a todos en la ciudad. El tercer nivel, parte de lo que antes se llamaba cultura "burguesa" o "pequeñoburguesa", era la cultura del decoro, que incluía los buenos modales, el discurso cuidado, una vestimenta atildada y adecuada, y cierta valoración de la alta cultura de la literatura, la música y el ballet. Este era el nivel de cultura que se esperaba implícitamente de la clase dirigente, es decir, de los miembros de la nueva élite soviética.

Los periódicos y revistas difundían con asiduidad los logros en el dominio del primer nivel de la cultura, aunque sus noticias no siempre puedan tomarse como informes literales de la realidad. En 1934, por ejemplo, una "expedición cultural" a Chuvasia –una combinación de educación y

propaganda en la cual participaron maestros y médicos, periodistas y fotógrafos– regresó con noticias maravillosas sobre la conversión de los *koljozniki* a la cultura plasmada en toallas, jabón, pañuelos y cepillos de dientes. Hasta hacía poco, la gente usaba jabón solo en los días festivos importantes; ahora, en un 87% los hogares *koljoznik* usaban jabón, mientras que el 55% de los *koljozniki* tenía toallas individuales. En el pasado, el baño era una rareza; en ese presente, la gran mayoría de las familias *koljoznik* se bañaban al menos una vez cada dos semanas. En el pasado "un pañuelo era un regalo de bodas, algo para llevar los días festivos"; en ese presente, una cuarta parte de los *koljozniki* tenía pañuelos. En una aldea, uno de cada diez hogares tenía un frasco de agua de colonia.[258]

Otro tipo de informes llegaba desde el Lejano Norte, donde los cazadores y los pastores de renos de las "pequeñas aldeas" se mostraban reacios a las normas culturales básicas rusas. "¿Por qué ustedes, los rusos, pretenden impedir que vivamos a nuestra manera?", le preguntó una mujer janty a un joven estudiante ruso que estaba entre los "misioneros" soviéticos enviados al Norte. "¿Por qué llevan a nuestros hijos a la escuela y les enseñan a olvidar y a destruir las formas janty?". Cuando llevaron a los niños nativos a internados rusos, estos mostraron una abierta resistencia a ser cultivados. Como informa un historiador,

> boicoteaban algunos alimentos, se negaban a resolver problemas matemáticos con personajes ficticios, se comunicaban en secreto con los espíritus, sufrían de depresión y continuaban "escupiendo en el suelo, frente a la estufa y debajo de la cama".[259]

En el segundo nivel, apropiado para el contexto de la clase obrera urbana, los principales indicadores de cultura eran dormir con sábanas, usar ropa interior, comer con cuchillo y tenedor, lavarse las manos antes de comer, leer el periódico, no golpear a esposa e hijos, y no emborracharse tanto como para faltar al trabajo. En las páginas de *Krokodil* puede verse que estas convenciones no se cumplían. Un *cartoon* muestra a dos comensales en una cafetería pública (donde en años anteriores, como se recordará, a menudo escaseaban los cubiertos y la vajilla). El epígrafe dice: "Es bueno que hayan aparecido los cuchillos y tenedores de nuestra cafetería. Ahora no hay que lavarse las manos".[260]

En este nivel la cultura exigía que los niños durmieran solos, no con sus padres, y que tuvieran sus propias toallas y cepillos de dientes y un rincón aparte del departamento donde pudieran hacer la tarea.[261] Esto no era fácil de lograr en un departamento comunitario atestado, y menos aún en las barracas, por lo que las familias de clase obrera que lo lograban tenían motivos de orgullo. La esposa de un trabajador de Stajánov, Zinovieva, relató sus logros culturales al ser interrogada por líderes políticos locales en una conferencia:

> **Zinovieva**: Tengo dos hijas en la escuela secundaria. Una es una estudiante "diez puntos" y la otra, "ocho puntos". Las visto con prolijidad. Recibí un premio de la escuela por criarlas bien y por mantener su habitación limpia y confortable.
>
> **Joroshko**: ¿Tienen habitación propia?
> **Zinovieva**: Sí, y también camas separadas.
>
> **Ivánov**: ¿Se cepillan los dientes?
> **Zinovieva**: Se cepillan los dientes; tienen sus propias toallas, patines, esquíes… Lo tienen todo.
>
> **Ivánov**: ¿Viven mejor de lo que vivían antes?
> **Zinovieva**: Sin duda. Ahora nadie las humilla; nadie las golpea.[262]

La cultura del segundo nivel implicaba lo que Stephen Kotkin ha llamado "hablar bolchevique", esto es, aprender las costumbres y rituales del lugar soviético de trabajo, las reglas de las asambleas y el lenguaje público de los periódicos. Una persona culta no solo no escupía en el suelo: también sabía pronunciar un discurso y proponer mociones en una sesión, comprendía conceptos como "lucha de clases" y "competencia (emulación) socialista", y estaba informada sobre la situación internacional.[263]

Este aspecto de ser culto –el desarrollo de lo que los bolcheviques llamaban "conciencia"– se expresaba de diversas maneras. En un plano menos político, implicaba aprender la urbanidad que describió una joven trabajadora:

> He cambiado mucho desde que me uní al Komsomol; he madurado. Antes era muy callada, pero ahora, cuando vuelvo al pueblo, oigo a los niños decir: “Marusia Rogacheva ha madurado de verdad. Moscú le ha enseñado mucho. Solía tener miedo de pronunciar palabra”.[264]

Variantes decididamente políticas eran la lectura línea a línea del nuevo texto estalinista de Aleksandr Busygin, *Compendio de Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, que hacía que uno “sienta que está aprendiendo la manera de pensar bolchevique”, y la decisión de una de las compañeras de trabajo de Marusia, Praskovia Komarova, de unirse al partido para mejorar su situación. Luego de convertirse en activista, Praskovia escribió: “Comprendí que el partido era la vanguardia de la clase obrera. Pensé: ‘¿Por qué debería quedarme atrás?’ y en 1931 mi esposo y yo nos unimos juntos al partido”.[265]

Los estajanovistas tenían una relación especial con la adquisición de cultura, ya que en este campo, como en la producción, se esperaba que fueran ejemplares. Si su dominio de la lectura y la escritura era débil, tenían la obligación de mejorar. Debían “trabajar sobre sí mismos”, como hizo Busygin con su lectura del *Compendio*. Si escatimaban esfuerzos en este deber, sus esposas debían ayudarlos a estar a la altura: una esposa estajanovista describió que para avergonzar a su esposo e inducirlo a asistir a las clases de alfabetización, le decía que eso era lo mínimo que se esperaba de él como organizador sindicalista. Otra mujer, cuyo marido leía con dificultad y sin ganas, logró que se interesara en la educación superior leyéndole en voz alta la inspiradora novela autobiográfica de Nikolái Ostrovski, *Así se templó el acero*. Los esposos estajanovistas debían “[ir] juntos al teatro y a conciertos y tomar prestados […] libros de la biblioteca pública”.[266]

Los miembros de la nueva élite –muchos de ellos, recientemente ascendidos de la clase obrera y campesina– tuvieron que adquirir las habilidades culturales del segundo nivel, pero bajo mayor presión. Un trabajador que dominaba *La guerra y la paz*, así como el *Compendio*, era un gran triunfador, merecedor de elogios; la esposa de un gerente que no sabia quién era Pushkin y nunca había visto *El Lago de los Cisnes* era una vergüenza. Leer los clásicos de la literatura rusa del siglo XIX, estar al día con las noticias y la escena cultural contemporánea, ir al teatro, hacer que

los niños estudiasen piano… todo era parte de la cultura que se esperaba de los individuos que ocupaban puestos de gerencia y de los profesionales.

El estrato gerencial tuvo que hacer frente a exigencias más altas en algunos aspectos. Desde mediados de la década de 1930, se esperaba que vistieran de una manera que los distinguiera de los obreros de planta. "El cuello blanco y la camisa limpia son herramientas de trabajo necesarias para cumplir con los planes de producción y la calidad de los productos", aclaró Ordzhonikidze a sus gerentes e ingenieros de la industria pesada. También les dijo que debían afeitarse periódicamente y ordenó a las fábricas que proporcionaran espejos adicionales para que el personal pudiera controlar su apariencia.[267] Además de tener en cuenta estas marcas de estatus, los gerentes también debían adquirir habilidades organizativas para aplicar no solo en el lugar de trabajo, sino en su propia vida. El nuevo jefe de una fábrica de rulemanes describió cómo se las ingeniaba para cumplir con su exigente trabajo. Empezaba el día con gimnasia a las 6.15 hs. Después de una jornada laboral de once horas, llegaba a su casa con tiempo suficiente para un poco de recreación cultural: idas al teatro y al cine, paseos en automóvil. Se esforzaba por estar al día con la literatura técnica de su campo, así como con las *belles lettres*. El secreto era su carácter metódico y su habilidad para sostener una rutina.[268]

Las mujeres tenían otros imperativos culturales en este nivel, ya que, con la sola excepción del pequeño (pero preciado) grupo de mujeres que eran al mismo tiempo administradoras y profesionales, en su mayoría se desempeñaban como amas de casa a tiempo completo. Su responsabilidad era crear un ambiente familiar "culto" donde el jefe de familia pudiera relajarse al llegar de su exigente trabajo. En este contexto "cultura" implicaba decoro y buena organización del hogar, también comodidad y buen gusto. La vida hogareña debía manejarse de acuerdo con lo programado; los departamentos debían estar equipados con cortinas "blancas como la nieve", manteles impolutos y pantallas de lámparas que arrojaran una "luz tenue". En vista de su responsabilidad en las compras del hogar, las mujeres también tenían que ser consumidoras perspicaces: debían saber dónde convenía comprar y ser expertas en calidad.[269]

Las esposas de élite debían usar las habilidades adquiridas en el contexto doméstico para que la vida por fuera del hogar se volviese más culta. Esta era la tarea central del movimiento de las esposas (que se describe en el capítulo 6), cuyas funciones tenían mucho en común con la filantropía

“burguesa”. Las esposas se hicieron cargo de la tarea de embellecer el espacio público.

> Las manos de las mujeres han cosido decenas de miles de servilletas, caminos de mesa, alfombras, cortinas, pantallas de lámpara que engalanan las barracas del Ejército Rojo. Equiparon con amor los cuarteles de los submarinistas. Los claveles y las margaritas ya no tienen malezas ni ortigas en Trans-Baikal. […] Las esposas de los comandantes de la flota del río Amur cavaron sesenta y ocho mil canteros y plantaron setenta mil árboles.[270]

Los requisitos culturales del tercer nivel incluían saber cómo vestirse para ocasiones públicas formales, cómo comportarse en fiestas educadas y cómo alternar con los invitados. Para un observador externo, un relojero judío inculto, eran las formas de sociabilidad que distinguían con mayor claridad a “la *intelliguentsia*”, con lo que se refería en términos generales a la clase alta, de las clases bajas. “La *intelliguentsia* es instruida, es culta, da fiestas”, dijo. “Los campesinos y los trabajadores no tienen bailes, no tienen fiestas, no tienen nada culto”. Este hombre incluyó específicamente a los comunistas en la categoría de personas cultas. “El hombre del Partido es más avanzado y más culto porque el partido lo educa. Un hombre del Partido pedirá permiso antes de tomar un cigarrillo, mientras que uno que no es del Partido lo hará sin pedir permiso”.[271]

Por desgracia, en la sociedad soviética, incluso en las más altas esferas, todavía había muchos forcejeos, insultos, escupitajos y otros comportamientos incultos. “¡Qué culto se ha vuelto [nuestro jefe] Iván Stepánovich!”, dice la leyenda de un *cartoon* de *Krokodil* que llevaba el apropiado título “Buen tono”. “Ahora, cuando insulta a la gente, solo usa la forma educada”. Otro *cartoon* con ese título, publicado meses más tarde, muestra a un hombre de traje, a las claras un trepador, con una mujer de peinado elegante en un café. Cuando se ponen de pie para irse, se revela que la silla y el lado de la mesa que él ocupaba están cubiertos de colillas de cigarrillos. En un esfuerzo por ser culto, pero sin mayor resultado en su cometido, el hombre le informa con altanería a su compañera que “no lo educaron para tirar las colillas al suelo”.[272]

Cambiar de nombre

Una persona culta necesitaba un nombre culto. El significado de esta premisa fue cambiando con el tiempo. Los nombres exóticos y revolucionarios estuvieron de moda en los años veinte: Elektron, Edison, Barrikada, Iskra (por el periódico prerrevolucionario de los bolcheviques, *Iskra* [La Chispa]) y Kim (sigla rusa de "Juventud Comunista Internacional"), entre otros. En la década de 1930 perdieron popularidad, con excepción de algunos derivados de Lenin como Vladlen (*Vlad*ímir *Len*in) y el elegante Ninel. Algunas personas llamaban a sus hijas Stalina o Stalinka. Pero esto no era muy común, y no se dio un *boom* de Iósif (nombre de pila de Stalin) para los niños.[273]

Los cambios de nombre debían ser registrados en el ZAGS, la oficina de nacimientos, defunciones y matrimonios; y durante algunos años el periódico *Izvestiia* publicó regularmente listas de los cambios. Al observarlas descubrimos que, como siempre, algunas personas dejaban sus apellidos insultantes o embarazosos y elegían nombres literarios o científicos para reemplazarlos: de Svinin a Nekrásov, de Kobylin a Pushkin, de Kopeikin a Fizmatov (derivado de "física y matemáticas"). Los cambios de nombre étnico fueron menos comunes. En contraste con el período zarista tardío, a mediados de la década de 1930 no eran muchos los que abandonaban los nombres extranjeros (algunos incluso los adoptaban) y los cambios de un nombre no ruso, por ejemplo tártaro, a uno ruso también eran poco frecuentes. Los judíos eran la excepción, ya que muchos de sus nombres evocaban la zona de asentamientos y preferían cambiarlos por nombres rusos: de Izrail a Leonid, de Sarra a Raisa, de Mendel y Moiséi a Mijaíl, de Avram a Arkadi. Durante las grandes purgas, algunos cambiaron de apellido porque eran los mismos de algunos conocidos "enemigos del pueblo" y por lo tanto peligrosos. Una Bujarina cambió su nombre en 1938 y una Trotskaya (forma femenina de Trotski) también.[274]

Pero los cambios más comunes a mediados de los años treinta fueron los de nombres rurales anticuados a nombres urbanos modernos y "cultos". Es difícil definir qué era lo que daba "cultura" a un nombre, aunque gran cantidad de los nombres favoritos también habían sido populares entre la nobleza rusa en el siglo anterior y por eso ocupaban un lugar destacado en los clásicos literarios como las novelas de Tolstói. Resulta más fácil discernir el principio que volvía menos atractivos ciertos nombres: un aura

general de “atraso” o una asociación particular con estados no nobles de la Rusia Imperial (campesinos, comerciantes y populacho urbano, más el clero). Acaso esto también haya motivado en general el abandono de los nombres judíos.

Los hombres abandonaban los nombres “campesinos” como Kuzma, Nikita, Frol, Makar, Tit y Foma, como asimismo aquellos relacionados con el clero como Tijon, Varfolomei, Mefodi y Mitrofán. En cambio, asumían identidades modernas y cultas con nombres como Konstantín, Anatoli, Gennadi, Víktor, Vladímir, Aleksandr, Nikolái, Iuri, Valentín, Serguéi y Mijaíl. Por su parte, las mujeres repudiaban nombres como Praskovia, Agafia, Fekla, Matrena y Marfa y se convertían en Liudmila, Galina, Natalia, Nina y Svetlana.

Se dice que algunos funcionarios y medios de comunicación locales animaban a la gente a “salir de la modorra polvorienta” y a deshacerse, en pro de la modernidad, de los “viejos nombres campesinos”. Pero los cambios de nombre modernizadores parecen más productos del *Zeitgeist* que de directivas del Kremlin. El jefe de propaganda del Comité Central consideraba vulgar y trivial animar a la gente a abandonar los nombres anticuados.[275] Sin embargo, para muchas personas, era parte importante de la transición de la aldea a la ciudad, o de una identidad antigua, basada en el Estado y vinculada a la tradición, a una ciudadanía moderna.

Cambiar de lugar

> Puedo imaginar cuán asombrada estaría “Madame Matilda” si supiera que yo, la aprendiz, la delgada y pequeña sombrerera Zhenka, me había convertido en Evguenia Fiódorovna, directora técnica.
>
> Como la Vanka Zhukova de Chéjov,[276] fui aprendiz de Matilda: encendí el samovar, barrí el suelo, corrí por todas partes ocupándome de los clientes. […] “Madame Matilda”, que en realidad era Matrena Antonovna, me tenía con mano dura y a menudo me golpeaba.
>
> Y ahora soy directora técnica de una gran fábrica de costura.
>
> **Trud, 8 de marzo de 1936**

La historia del éxito de Evgenia Fiódorovna era muy común en la década de 1930, y también lo fue su orgullo. Era una época de oportunidades para gente enérgica y ambiciosa, en especial para aquellos con buenos orígenes sociales en la clase obrera o los campesinos. En primer lugar, la economía estaba en expansión y generaba cada vez más puestos de trabajo gerenciales y profesionales. En segundo lugar, el gobierno impulsó la política de "promover" a los trabajadores jóvenes y campesinos a la educación superior y las ocupaciones de élite, en especial durante el programa intensivo de "acción afirmativa" del primer plan quinquenal. El resultado fue toda una cohorte de ingenieros, gerentes y funcionarios del partido en ascenso, que se sentían "los amos jóvenes" de la Unión Soviética y estaban dispuestos a agradecer a Stalin y a la revolución por las oportunidades que disfrutaban.[277]

La conocida trayectoria mítica "de la cabaña a la Casa Blanca" en términos de leyenda estadounidense, era también muy popular en la Unión Soviética. En el cine, su representación clásica fue *Miembro del gobierno* (1939), que narra la vida de una mujer que de una simple campesina pasó a ser presidenta del *koljoz*, estajanovista, diputada local soviética y miembro del Sóviet Supremo, el Parlamento nacional. A. L. Kapústina, una mujer de la vida real con una biografía similar a la de la heroína de la película, expresó una creencia soviética común al explicar que esto era posible solo en la URSS.

> El 7 de noviembre estuve en la región de Leningrado para las vacaciones. En la tribuna me encontré con algunos trabajadores extranjeros y hablé con ellos por intermedio de un traductor. Les dije que […] yo, en el pasado una mujer simple, rural y oprimida, soy miembro del gobierno soviético. Estaban […] asombrados. […] Sí, camaradas, para ellos es un milagro, porque allí sería imposible.[278]

Sin duda, la posición de Kapústina como "miembro del gobierno" era esencialmente decorativa y le confería prestigio y privilegio, pero no poder político ni administrativo. Sin embargo, existían personas, y no pocas, cuyo ascenso las había llevado al poder en un sentido más real. Leonid Brézhnev

y la mayor parte de su longevo Politburó de los años setenta y ochenta fueron beneficiarios directos de la acción afirmativa de la década de 1930, y la mayoría tenía un pasado en la clase obrera, al igual que el predecesor de Brézhnev, Nikita Jruschev. Incluso Mijaíl Gorbachov pertenecía a esa categoría en ascenso, aunque era de la generación de posguerra y provenía del campesinado.[279]

Las carreras de la "generación Brézhnev" se vieron favorecidas no solo por los programas de acción afirmativa del primer plan quinquenal, sino también por las grandes purgas de 1937-1938, que eliminaron a un estrato completo de funcionarios jerárquicos y líderes del partido. Algunos ejemplos servirán para explicarlo. Gueorgui Aleksándrov, nacido en 1909, era hijo de un obrero que murió cuando él tenía 10 años. Pasó un tiempo en la calle como niño sin techo y después lo enviaron a un orfanato y lo capacitaron como metalúrgico. A los 18 años se unió al partido y unos años más tarde ingresó en la Universidad de Moscú. A los 29 años ya había defendido su doctorado y llegado a ser profesor titular de Historia de la Filosofía; en la década de 1940, fue jefe del Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central. Serguéi Kaftanov, uno de los colegas de Aleksándrov en el aparato del Comité Central en la década de 1940 y primer viceministro de Cultura en la de 1950, trabajó en una mina durante su adolescencia y logró llegar al Instituto Químico Mendeléiev después de pasar por el Komsomol y la escuela de oficios.[280]

Dos que alcanzaron importantes puestos en la industria a finales de los años treinta fueron Roman Belan, del polo metalúrgico de Zaporozhstai, y Víktor Lvov, del Putílovets Rojo de Leningrado. Lvov, nacido en 1900 en el seno de una familia de barrileros, quedó huérfano de niño y trabajó como obrero agrícola. Durante la revolución se unió a la Guardia Roja y luego al Ejército Rojo, y llegó a ser comandante de las tropas fronterizas antes de que lo eligieran como parte de un grupo de élite de beneficiarios de la acción afirmativa (los "millonarios del partido") y lo enviaran a la universidad a estudiar ingeniería. Belan, hijo de campesinos pobres, se unió al Komsomol en su pueblo cuando tenía 13 años y luchó en la guerra civil. Cuando terminó la guerra, lo enviaron al *rabfak* (escuela preparatoria de los trabajadores) del Instituto Politécnico de Kiev, donde se graduó como ingeniero metalúrgico en 1931.[281]

Estas llamativas historias de éxito eran solo la punta del iceberg. A lo largo y a lo ancho de la Unión Soviética, en todos los niveles, la población

cambiaba de estatus social: los campesinos se mudaban a la ciudad y se convertían en trabajadores industriales, los obreros pasaban a ocupar puestos técnicos o se convertían en funcionarios del partido, los maestros de primaria se convertían en profesores universitarios. En todos lados había escasez de personas calificadas para ocupar puestos de trabajo; en todas partes había inexperiencia, incompetencia y rotación de personal. El movimiento de Stajánov resultó ser un importante vehículo para ascender, aunque no fuera su objetivo. Los estajanovistas, como el propio Alekséi Stajánov, Aleksandr Busygin, María Demchenko, Pasha Anguelina y otros, reclamaron su recompensa luego de unos años de hiperproductividad en las fábricas o granjas estatales y pasaron a la universidad, donde se convirtieron en ingenieros, gerentes industriales y agrónomos.[282]

La movilidad ascendente era una parte tan grande de la vida soviética que los cuestionarios estándar que completaban los miembros de los sindicatos incluían el siguiente ítem críptico (pregunta 8): "Año en que dejó la producción o abandonó la agricultura". Eso resumía dos preguntas, fáciles de descifrar para los ciudadanos soviéticos de la época y aplicables en uno u otro caso a gran parte de ellos. La primera pregunta era: "Si pasó de un trabajo de obrero a una ocupación de oficina, ¿cuándo fue?". La segunda preguntaba lo mismo respecto del pasaje de los campesinos del pueblo al empleo urbano.[283]

Por supuesto, la movilidad ascendente no era necesariamente un éxito. Algunos de los ascendidos suplicaban que los eximieran de trabajos que no podían manejar; por ejemplo, el expastor de 31 años que ascendió a presidente del distrito soviético en 1937 y se volvió loco por las tensiones del período de purga y el escarnio de sus representados. Otros lo toleraron, pero sus errores llevaron desgracia no solo a ellos, sino a quienes los rodeaban.[284] Era posible descender en picada aún más rápido que ascender, y eso podía implicar una pena de prisión o, durante las grandes purgas, veinte años en el Gulag. Por eso, algunas personas consideraban prudente *no* responder al canto de sirena de la movilidad ascendente.

Si bien hubo algunos casos en que "promoción" significaba ser enviado a estudiar y obtener luego un trabajo de nivel superior, en muchos casos ocurría lo contrario. La expansión de las escuelas de media jornada y los cursos de todo tipo fue extraordinaria. Cada año, grandes cantidades de adultos seguían cursos para alfabetizarse o mejorar sus habilidades de lectoescritura, aprender las nociones básicas de un oficio, aumentar sus

calificaciones en el trabajo y aprobar el examen “mínimo técnico” para prepararse para la escuela técnica o la universidad. Incluso los *koljozniki* competían por el privilegio de ser enviados al centro del distrito para un curso de un mes en ganadería o contabilidad, o para aprender a conducir un tractor. Había redes especiales de escuelas del partido que brindaban a los funcionarios comunistas una mezcla de educación general y formación ideológica; las “academias industriales”, como aquella a la que asistía Jruschev, ofrecían una formación en ingeniería a miembros selectos del grupo (aunque a un nivel levemente inferior al de las escuelas de ingeniería normales). A los gerentes industriales y los trabajadores estajanovistas demasiado ocupados para asistir a cursos se les asignaban tutores que iban a sus casas por las noches para darles clases.

Evguenia Fiódorovna, la sombrerera que se convirtió en directora técnica, fue una de los numerosos ascendidos que no habían recibido educación formal y estaban ansiosos por adquirirla. “He recorrido un largo camino desde la analfabeta Zhenka para convertirme en una soviética culta”, escribió. “Y estoy estudiando obstinadamente en casa, incluso ahora. Pero con eso no alcanza. Quiero graduarme en la escuela técnica”.[285] Todos, desde los gerentes hasta las amas de casa compartían ese sentimiento: “Quiero estudiar”. En una encuesta realizada en 1937, casi la mitad de los jóvenes trabajadores de ambos sexos de la planta automotriz de Stalin afirmaron que “continuar con su educación” era el principal objetivo personal a corto plazo, y más de uno de cada ocho planeaba ir a la universidad en los siguientes dos o tres años.[286]

“En Moscú tenía un deseo ardiente de estudiar”, recuerda una mujer de origen campesino despojada de sus bienes por la colectivización. “Dónde o qué no me importaba; quería estudiar”. Según cuenta, no porque tuviera una ambición o intereses intelectuales definidos, sino porque percibía que la educación era el pasaje hacia una vida decente: “Teníamos un dicho en el trabajo: ‘Sin ese papel [el diploma], uno es un insecto; con él, un ser humano’. Mi falta de educación superior me impedía cobrar un salario decente”.[287]

Incluso en su tiempo libre, después del trabajo y después de clase, los ciudadanos soviéticos se dedicaban a cultivar la mente. Todos los que visitaron la Unión Soviética en la década de 1930 comentaron el apasionado amor de la población soviética por la lectura y su entusiasmo por aprender. El jubileo de Pushkin en 1937 fue motivo de celebración nacional, y se

publicaron importantes ediciones de los clásicos literarios rusos del siglo XIX. El popular semanario *Ogonek* publicó en 1936 un artículo titulado "¿Eres una persona culta?", que permitía a los lectores poner a prueba su cultura general. Entre las cosas que un soviético culto debía saber figuraban los nombres de cinco obras de Shakespeare, cinco marcas de automóviles soviéticos, cuatro ríos de África, tres tipos de aviones de guerra, siete estajanovistas, dos representantes del pensamiento social utópico, dos poemas de Heinrich Heine y dos rompehielos soviéticos.[288]

Pasha Anguelina, la estajanovista, fue una de las que no solo fue a la universidad, sino que, como se desprende de sus escritos, adquirió una cultura general que le habría permitido obtener buenos resultados en las encuestas de *Ogonek*. Hacia la década de 1940, evidentemente como resultado de su lectura de las revistas *America* y *The British Ally* durante los años de guerra, aprendió lo suficiente sobre el mundo exterior como para saber (a diferencia de muchos de sus contemporáneos) que la movilidad ascendente no era solo un fenómeno soviético.

> En estas revistas extranjeras uno encuentra a menudo descripciones de "carreras vertiginosas" y biografías "excepcionales". Recuerdo, por ejemplo, un relato entusiasta de la vida de un hombre importante que, en palabras de la revista, "salió del pueblo". Era un simple repartidor de periódicos, pero luego ganó mucho dinero, se convirtió en el dueño de varios medios de prensa y recibió el título de lord.

Anguelina se preguntó cuál era la diferencia entre la brillante carrera de Lord Beaverbrook y la suya. Su respuesta resume un elemento crucial de la mentalidad de la época, en especial la de la acción afirmativa: la convicción de que en la Unión Soviética la movilidad ascendente no implicaba la separación del pueblo ni la existencia de una estructura social jerárquica donde unos eran más privilegiados que otros. Lo extraordinario del caso soviético, según Anguelina, era que "mi ascenso no es excepcional. Porque si ese caballero, como bien dice la revista, 'salió del pueblo', yo salí junto con el pueblo".[289]

---

[201] El epígrafe y el título del capítulo provienen de un libro infantil ambientado en la Unión Soviética de la década de 1930, *Palaces on Monday* de Marjorie Fischer, Harmondsworth, 1944 [1937].
[202] La frase proviene del libro de Zinóviev, *Radiante porvenir*.
[203] Véase una descripción interesante sobre el espacio y su significado durante la década de 1930 en Emma Widdis, "Decentring Cultural Revolution in the Cinema of the First Five-Year Plan", ponencia presentada en la reunión anual de AAASS, Seattle, noviembre de 1997.
[204] *Nashi dostizheniia* [en adelante, *Nash. dost.*], 1932, n. 11-12, pp. 6, 16.
[205] Ibíd., 1932, n. 11-12, p. 6.
[206] Ibíd., 1934, n. 5, pp. 81-82.
[207] Incluida en el primer film musical soviético, *Los alegres muchachos* (Grigori Aleksándrov, 1934), tenía letra de Vasili Lébedev-Kumach, principal letrista del período de Stalin, que se había iniciado como poeta de agitación durante la guerra civil. [N. de E.]
[208] Ibíd., 1934, n. 1, 7 (la tirada se redujo de 100.000 a una entre los 30.000 y los 40.000); James von Geldern y Richard Stites (comps.), *Mass Culture in Soviet Russia*, Bloomington, 1995, pp. 235, 257.
[209] *My nash, my novyi mir postroim*.
[210] Alekséi Adzhubei, *Te desiat' let*, Moscú, 1989, pp. 194-195.
[211] Raisa Orlova, *Memoirs*, trad. Samuel Cioran, Nueva York, 1983, p. 27.
[212] "O general'nom plane rekonstruktsii goroda Moskvy", 10 de junio de 1935, en *Resheniia*, II, pp. 573-576; Janina Urussowa, "'Seht die Stadt, die leuchtet': zur Evolution der Stadtgestalt in den sowjetischen Filmen der 20er und 30er Jahre", trabajo presentado en la Universität Tübingen, 6 de mayo de 1997 (fragmentos de *Chabarda!*); Richard Stites, *Russian Popular Culture. Entertainment and Society since 1900*, Cambridge, 1992, p. 84, y *Trud*, 20 de diciembre de 1935, p. 4 (hotel Moscú).
[213] Urussowa, "Seht die Stadt", fragmentos de *Nueva Moscú*.
[214] Orlova, *Memoirs*, p. 28; Soloviev, "Tetradi", p. 205; y Sytin, *Iz istorii*, pp. 212, 215, 224-225.
[215] Cit. en *Nash. dost.*, 1932, n. 11-12, p. 6.
[216] Cifras de *Izmeneniia*, pp. 194, 196; *Narodnoe obrazovanie, nauka i kul'tura v SSSR. Statisticheskii sbornik*, Moscú, 1971, pp. 21, 44-45; *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1939 goda. Osnovnye itogui*, Moscú, 1992, p. 39. Es probable que todas las cifras soviéticas de la década de 1930 estén infladas: solo las cito para transmitir las dimensiones del cambio. La tasa de alfabetización de 1939 debe tomarse con cautela: la cifra del censo de 1937 (declarado inválido) era seis puntos más baja (un 75%): Iu. A. Poliakov, V. B. Zhiromskaia, I. No. Kiselev, "Polveka molchaniia (Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1937 g.)", *Sotsiologuicheskie issledovaniia*, 1990, n. 7, pp. 65-66.
[217] Sobre la exposición agrícola, véase Stites, *Russian Popular Culture*, p. 84; Jamey Gambrell, "The Wonder of the Soviet World, *New York Review of Books*, 22 de diciembre de 1994, pp. 30-35; y Vladímir Papernyi, *Kul'tura 'dva'*, Ann Arbor, 1985, pp. 158-163 [nva. ed.: Vladimir Paperny, *Architecture in the Age of Stalin. Culture Two*, 2002 N. de E.].
[218] Stalin, *Soch*., XIII, pp. 38-39 (discurso del 4 de febrero de 1931).
[219] Textos de "Esli zavtra voina" (1938), "Marsh veselyj rebiat" (1934), "Sportivnyi marsh" (1936) y textos de "Zhit' stalo luchshe" (1936) en Von Geldern, *Mass Culture*, pp. 317, 235, 236, 237. Sobre el eslogan de Stalin "La vida se ha mejorado", véase el cap. 4.
[220] *Nash. dost*., 1932, n. 4, pp. 56-57.
[221] "Po Soiuzu Sovetov" (1932-1933) y "O p'esaj" (1933), en M. Gorki, *Sobranie sochinenii v tridtsati tomaj*, Moscú, 1949-1955, XVII, p. 190, y XXVI, pp. 26, 420. Dominar = *osvoit'*.
[222] Frank J. Miller, *Folklore for Stalin*, Armonk, 1990, pp. 32, 56; Katerina Clark, *The Soviet Novel. History as Ritual*, Chicago, 1985, p. 138; *Pravda*, 3 de diciembre de 1937, p. 2, y 11 de

noviembre de 1937, p. 2 (Ezhov, como *geroi*, con *podvigi*). El título honorífico de "héroe del trabajo" se instauró por decreto gubernamental en 1927: véase Iu. K. Shcheglov, "Kommentarii k romanu 'Dvenadtsat' stul'ev'", en I. Il'f y E. Petrov, *Dvenadtsat' stul'ev* [en adelante, Shcheglov, *DS*], Moscú, 1995, pp. 478-479 [ed. cast.: Ilf & Petrov, *Las doce sillas*, Barcelona, Acantilado, 1999].

[223] Sobre los exploradores polares, véanse John McCannon, *Red Arctic. Polar Exploration and the Myth of the North in the Soviet Union, 1932-1939*, Nueva York, 1998, y "Positive Heroes at the Pole: Celebrity Status, Socialist-Realist Ideals, and the Soviet Myth of the Arctic, 1932-1939", *Rus. Rev.*, 56(3), 1997; sobre los aviadores, véase Bailes, *Technology*, cap. 14; sobre el mito heroico, véase Clark, *Soviet Novel*, pp. 136-141.

[224] Soloviev, "Tetradi", pp. 175, 188 ("águilas"); *Rab. put.*, 16 de julio de 1937, p. 1 ("¡Vivan los *bogatyrí* de Stalin!" en el vuelo de Chkálov); Clark, *Soviet Novel*, pp. 124-129 ("padre"); RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 999 (funeral).

[225] Soloviev, "Tetradi" (entrada de diario del 26 de julio de 1937), pp. 195-196; McCannon, "Positive Heroes", pp. 359-363. Sobre el control del Comité Central, véase GARF, f. 5446, op. 82, d. 51 (nota del 7 de agosto de 1937 a Mólotov de B. Tal', jefe del Departamento de Prensa, para informar la reprimenda a *Izvestiia* por haber publicado en su contratapa el telegrama de Papanin del Polo Norte en una versión abreviada); sobre la inversión de *Izvestiia* en la historia del Ártico bajo la dirección de Gronski, véase Gronski, *Iz proshlogo*, pp. 127-129, 160-161.

[226] Miller, *Folklore*, pp. 111, 117, 121, 123, 125, 127, 129, 135-137.

[227] Fue una producción del teatro Kamernyi en Moscú en 1935: *Vech. Mosk.*, 10 de noviembre de 1935, p. 4.

[228] Jay Leyda, *Kino. A History of the Russian and Soviet Film*, Londres, 1973, p. 358 [ed. cast.: *Kino. Historia del cine ruso y soviético*, Buenos Aires, Eudeba, 1965]; Stites, *Popular Culture*, pp. 87-88.

[229] Encuestas de *Komsomol'skaia pravda* [en adelante, *Koms. pr.*], 22 de octubre de 1937, p. 3, y 7 de noviembre de 1937, p. 4 (no hay más información sobre el primer grupo; el segundo grupo estaba formado por ochocientos sesenta y cinco trabajadores de la planta automotriz Stalin en Moscú). Las películas fueron *Chapáiev* (1934, dirigida por Serguéi y Gueorgui Vasiliev); *Shchors* (1939, dirigida por Aleksandr Dovzhenko).

[230] Sobre la leyenda de Pavlik Morózov, véase "Pavlik Morozov", extracto de *A Poem about Hate* (1933), de Mijaíl Doroshin, en Von Geldern y Stites, pp. 153-156. Sobre la realidad detrás de la leyenda, véase Iuri Druzhnikov, *Voznesenie Pavlika Morozova*, Londres, 1988.

[231] Véanse ejemplos de verdaderos imitadores de Pavlik en Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, p. 256.

[232] *Nido de ratas* (1954) fue dirigida por Elia Kazan, quien poco antes había mencionado nombres de excomunistas ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses de la Cámara de Representantes. Puede considerarse parte de una polémica vigente con Arthur Miller, uno de los Diez de Hollywood, cuyas obras *El crisol* (1953) [también conocida como *Las brujas de Salem* N. de E.] y *Panorama desde el puente* (1955) implicaban una denuncia y representaban la situación de manera muy negativa. Para más información sobre los "discursos de denuncia", véase Sheila Fitzpatrick y Robert Gellately (comps.), *Accusatory Practices. Denunciation in Modern European History 1789-1989*, Chicago, 1997, pp. 17-20.

[233] *The Moscow Theatre for Children*, Moscú, 1934, p. 44.

[234] Véase Katerina Clark, "Little Heroes and Big Deeds: Literature Responds to the First Five-Year Plan", en Fitzpatrick, *Cultural Revolution*; A. Volkov, *A. M. Gor'kii I literaturnoe dvizhenie sovetskoi epoji*, Moscú, 1958, pp. 333-334. Para una descripción general de estajanovismo, véase Siegelbaum, *Stakhanovism*.

[235] La traducción literal del término soviético, *znatnye liudi*, es "gente de renombre", pero en realidad se aplicaba solo a los héroes de las masas, no a los famosos de la élite.

[236] Sobre el mentor de Stajánov, Konstantín Petrov, véase Siegelbaum, *Stakhanovism*, pp. 67-69; sobre el mentor de Anguelina, Iván Kurov, véase P. Anguelina, *O samom glavnom*, Moscú, 1948, p. 13.
[237] Anguelina, *O samom glavnom*, p. 5.
[238] *Gueroini sotsialisticheskogo truda*, Moscú, 1936, p. 168 (el destacado me pertenece).
[239] Véanse, por ejemplo, los apreciados comentarios sobre una joven alpinista estajanovista del Cáucaso Norte, encontrados en una exposición aérea en el diario de Vladímir Stavski, uno de los principales *apparatchiki: Intimacy and Terror*, p. 234.
[240] Pasha Anguelina, *Liudi koljoznyj polei*, Moscú, 1948, p. 26.
[241] *Geroini*, p. 25; *Nash. dost.*, 1934, n. 5, p. 161; *Krok.*, 1936, n. 4, p. 13.
[242] "Perepiska s chitateliami", en Gorki, *Sob. soch*., XXV, Moscú, 1953, p. 221.
[243] Cit. en Raymond A. Bauer, *The New Man in Soviet Psychology*, Cambridge, 1952, p. 81.
[244] Véase Thomas Lahusen, *How Life Writes the Book, Real Socialism and Socialist Realism in Stalin's Russia*, Íthaca, 1997, pp. 46-52.
[245] Charles Kingsley, *The Water-Babies. A Fairy Tale for a Land Baby*, Londres, 1903 [1863] [ed. cast.: *Los niños del agua*, Barcelona, Penguin Random House, 2017]. Sobre los cuentos de bandidos, véase Jeffrey Brooks, *When Russia Learned to Read. Literacy and Popular Literature, 1861-1917*, Princeton, 1985, cap. 5.
[246] M. Gorki y otros (comps.), *Belomorsko-Baltiiskii kanal imeni Stalina. Istoriia stroitel'stva*, Moscú, 1934. La traducción al inglés se publicó como *The White-Sea Canal* en Londres y como *Belomor. An Account of the Construction of the New Canal between the White Sea and the Baltic Sea* en Nueva York en 1935. Sobre el proyecto propagandístico, véase Joachim Klein, "Belomorkanal. Literatur und Propaganda in der Stalinzeit", *Zeitschrift für slavische Philologie*, 55(1), 1995-1996, pp. 53-98. Sobre el proyecto de construcción, véase I. Chujin, *Kanalarmeitsy. Istoriia stroitel'stva Belmorkanala v dokumentaj, tsifraj, faktaj, fotografiiaj, svidetel'stvaj uchastnikov i ochevidtsev*, Petrozavodsk, 1990.
[247] *Belomorsko-Baltiiskii*, pp. 252-256.
[248] Katerina Clark, "Little Heroes", en Fitzpatrick, *Cultural Revolution*, pp. 192-193.
[249] Sobre *Putevka v zhizn'*, escrita y dirigida por Nikolái Ekk y basada en la comuna de Liuberets, véase Leyda, *Kino*, pp. 284-285, y *Ocherki istorii sovetskogo kino*, I, Moscú, 1956, pp. 296-301, 479. Sobre *besprizornye*, véase Alan M. Ball, *And Now My Soul Is Hardened. Abandoned Children in Soviet Russia, 1918-1930*, Berkeley, 1994.
[250] *Pedagogicheskaia poema*, 1934-1935, en A. S. Makárenko, *Sochineniia v semi tomaj*, I, Moscú, 1957 [ed. cast.: *Poema pedagógico*, Akal, Madrid, 2017]. Obsérvese que la edición en inglés de 1951 publicada en Moscú llevaba el título *Road to Life* y ofrecía una versión modificada del título ruso –*Putevka v zhizn'. Pedagogicheskaia poema*–, que no se utiliza en las obras recopiladas de Makárenko. Pese a la similitud del título, la película de Ekk no se basó en el libro, al cual precedió.
[251] A. Zorich, "Otets. Zaiavlenie Sergueia Ivanova", *Izv*., 15 de enero de 1936, p. 4; 17 de enero de 1936, p. 4. Según la primera historia, la búsqueda de Ivánov no tuvo éxito. Sorprendentemente, tan solo dos días después, *Izvestiia* anunció que habían encontrado a la niña en un orfanato de Moscú y que se reuniría con su padre.
[252] A. Zorich, "Serdtsa chekista", *Izv*., 4 de octubre de 1935, p. 4. La comuna de Bolshevo se describe en Louis Fischer, *Soviet Journey*, Nueva York, 1935, pp. 97-105.
[253] "Iavka s povinnoi", en Lev Sheinin, *Zapiski sledovatelia*, Moscú, 1965, pp. 93-95. La publicación original fue en *Izvestiia*, 15 de marzo de 1937, p. 3, y una versión de toda la historia de la "reforma de los ladrones" (con fecha errónea de 1935) aparece en Arvo Tuominen, *The Bells of the Kremlin. An Experience in Communism*, ed. al cuidado de Piltti Heiskanen, trad. Lily Leino, Hannover y Londres, 1983, pp. 128-135. Más allá de que la afirmación de Sheinin sobre la seguidilla de confesiones voluntarias fuera cierta o no, al menos

uno de esos incidentes había sido reportado en la sección de crónicas de *Izvestiia* el año anterior: según el informe, un ladrón reincidente, I. Astajov, se había presentado de pronto en el Departamento de Investigaciones Criminales de Moscú y había confesado sus delitos, apremiado por el deseo de "cumplir la pena de prisión correspondiente y luego involucrarse en un trabajo honesto" (*Izv.*, 8 de mayo de 1936, p. 4).

[254] "Razgovor na chistotu", en Sheinin, *Zapiski*, pp. 98-104, publicado por primera vez en *Izv*., 18 de marzo de 1937, p. 4. Tuominen agrega que la amnistía que Vyshinski prometió era para robos y delitos menores, no para delitos políticos ni tampoco, en la mayoría de los casos, para asesinatos (Tuominen, *Bells*, pp. 130, 133).

[255] Entrevista con Vyshinski, *Izv*., 20 de marzo de 1937, p. 4; "Krupnoe rukopozhatie", en Sheinin, *Zapiski*, pp. 105-110, publicada por primera vez en *Izv*., 28 de marzo de 1937, p. 4. Sobre el destino del Conde Kostia, véase Tuominen, *Bells*, pp. 134-135. Otra versión (de la vida real) de un delincuente arrepentido que afirmaba tener habilidades artísticas, y cuya afirmación se tomó en serio, puede leerse en Golfo Alexopoulos, "Portrait of a Con Artist as a Soviet Man", *Slavic Review* [en adelante, *Slav. Rev.*], 57(4), 1998.

[256] A. S. Makárenko, "Flagi na bashniaj", 1938, en Makárenko, *Soch.*, III. El personaje irredimible es Ryzhikov. La afirmación de que era un "canalla por naturaleza", junto con la promesa de explicar en el futuro cómo era posible eso, fue realizada por Makárenko durante una conferencia con lectores incluida en el apéndice de la edición en inglés: *Learning to Live (Flags on the Battlements)*, trad. Ralph Parker, Moscú, 1953, p. 646.

[257] "Cultura" se utiliza aquí tanto para *kul'turnost'* como para *kul'tura* en ruso. Sobre el dominio, véase la definición de *kul'turnyi* en *Tolkovyi slovar'*, II, como "2. poseer un alto nivel de cultura, haber dominado (*usvoivshii*) la cultura". Sobre las discusiones de la década de 1920, véase Fitzpatrick, *Cultural Front*, cap. 1.

[258] *Izv*., 28 de mayo de 1934, p. 3.

[259] Yuri Slezkine, "From Savages to Citizens: The Cultural Revolution in the Soviet Far North, 1928-1939", *Slav. Rev*., 51(1), 1992, pp. 71, 74-75.

[260] *Krok*., 1936, n. 28, contratapa.

[261] Véanse los acuerdos que los maestros firmaron con los padres en el taller de tejido de Reutovskaia: *Trud*, 17 de julio de 1935, p. 2.

[262] *Zhenshchina–bol'shaia sila. Severnoe kraevoe soveshchanie zhen stajanovtsev, Arjangel'sk 1936*, Arcángel, 1936, p. 54.

[263] Véase Kotkin, *Magnetic*, cap. 5 ("Speaking Bolshevik").

[264] Autobiografía de Marusia Rogacheva, en O. No. Chaadaeva (comp.), *Rabotnitsa na sotsialisticheskoi stroike*, Moscú, 1930, p. 79.

[265] La cita de Busygin proviene de Catriona Kelly y Vadim Volkov, "Directed Desires: *Kul'turnost'* and Consumption", en Catriona Kelly y David Shepherd (comps.), *Construction Russian Culture in the Age of Revolution: 1881-1940*, Óxford, 1998, pp. 303-304; el comentario de Komarova, de Chaadaeva, *Rabotnitsa*, p. 144.

[266] *Zhenshchina–bol'shaia*, pp. 74, 43; Kotkin, *Magnetic*, pp. 192 y 487, n. 179.

[267] Kelly y Volkov, "Directed Desires", p. 297; Fischer, *Soviet Journey*, p. 70.

[268] *Za industrializatsiiu* [en adelante, *Za ind.*], 17 de enero de 1937, p. 2.

[269] Véase Kelly y Volkov, "Directed Desires", pp. 298-299; Vera S. Dunham, *In Stalin's Time. Middleclass Values in Soviet Fiction*, ed. ampliada, Durham, 1990, pp. 41-58.

[270] *Obshchestvennitsa* [en adelante, *Obshch*.], 1937, n. 1, p. 14.

[271] HP, #167 (XIII), p. 26.

[272] *Krok*., 1940, n. 24, p. 5 ("Na vy"); 1940, n. 22, p. 9.

[273] Sobre los nombres revolucionarios, véase Paperny, *Kul'tura*, p. 150. Para Stalinka, véase Anguelina, *Liudi*, p. 117. Sobre la ocasional decisión de llamar a un niño Iósif en homenaje a Stalin, véase Sats, *Zhizn'*, p. 307.

[274] Esta descripción sobre el cambio de nombre se basa en los anuncios publicados en *Izvestiia* durante el período entre el 10 de marzo de 1935 y el 27 de mayo de 1928. Sobre cambios de nombre durante el período zarista tardío, véase Andrew M. Verner, "What's in a Name? Of Dog-Killers, Jews and Rasputin", *Slav. Rev.*, 53(4), 1994. Sobre los cambios políticos de nombre, véase *Izv.*, 8 de septiembre de 1938, p. 4.
[275] *Izv*., 10 de mayo de 1936, p. 3 (comentario de B. M. Tal': la palabra que usa es *poshlost*).
[276] Hace referencia al cuento de Chéjov "Vanka" (1886).
[277] Nominación = *vydvizhenie*: véase *Tolkovyi slovar'*, vol. 1 sobre la palabra "*vydvizhenets*, una nueva acepción que significa "trabajador nombrado o promovido a un puesto de responsabilidad (en los organismos de administración estatal y económica; un estudiante elegido […] para formarse para el trabajo científico". Sobre la acción afirmativa, véase Fitzpatrick, *Education.* Sobre actitudes de *vydvizhentsy*, véanse HP, #518 (XXVI), p. 63; #517 (XXVI), p. 56; #543 (XXVIII), p. 4, y las memorias de Benediktov, "O Staline".
[278] *Geroini*, pp. 162-163 (cita); *Istoriia sovetskogo kino*, II, pp. 173-184 (sobre *Member*).
[279] Fitzpatrick, "Stalin and the Making of a New Elite", en *Cultural Front*; Archie Brown, *The Gorbachev Factor*, Óxford, 1996, pp. 27-28.
[280] *Izv*., 4 de octubre de 1938, p. 3; *Pravda*, 30 de abril de 1938, p. 3.
[281] *Pravda*, 31 de mayo de 1938, p. 3; *Koms. pr*., 17 de diciembre de 1937, p. 3.
[282] Siegelbaum, *Stakhanovism*, pp. 267-277.
[283] En ruso es *god ujoda s proizvodstva ili ostavleniia sel'skogo joziaistva*. GARF, f. 5457, op. 22, ed. jr. 48, ll. 80-81 (Sindicato de Trabajadores del Tejido, 1935: *Lichnyi listok po uchetu kadrov*).
[284] TsGAIPD, f. 24, op. 2g, d. 48. ll. 197-201 (carta de 1937); Robert A. McCutcheon, "The 1936-1937 Purge of Soviet Astronomers", *Slav. Rev.*, 50(1), 1991, pp. 104-111 (sobre *a vydvizhenets* de Tashkent).
[285] *Trud*, 8 de marzo de 1936, p. 2.
[286] *Koms. pr*., 7 de noviembre de 1937, p. 4. En esta encuesta, n = 865. Obsérvese que fue años después de la época de "acción afirmativa" intensiva, cuando los trabajadores podían entrar al *rabfak* o a la universidad casi por pedido. Estos jóvenes trabajadores esperaban ingresar a la educación superior por obra del proceso general del concurso de admisión académica.
[287] Barbara Alpern Engel y Anastasia Posadskaya-Vanderbeck, *A Revolution of their Own. Voices of Women in Soviet History* [en adelante, Engel, *Revolution*], Boulder, Colo., 1997, pp. 44-45 (entrevista a Dubova).
[288] Cit. en Kelly y Volkov, "Directed Desires", pp. 207-208.
[289] Anguelina, *O samom glavnom*, pp. 4-5.

4. El mantel mágico

Un aspecto de “hacer realidad los cuentos de hadas” era particularmente apreciado por los ciudadanos soviéticos: la promesa de que el socialismo generaría abundancia. Se trataba de una travesía literal al mundo de los cuentos de hadas rusos, cuyos recursos incluían un mantel mágico[290] que, una vez puesto, producía una extravagante variedad de comida y bebida por su sola presencia. Tal vez la esperanza de la abundancia futura hacía que la escasez del presente fuera más fácil de soportar. En todo caso, a mediados de la década de 1930, la comida, la bebida y los bienes de consumo llegaron a celebrarse con un fervor que incluso la avenida Madison en Nueva York habría envidiado.

Por el momento, los productos eran escasos y de mala calidad, pero en algunas mesas ya se había puesto el mantel mágico. Los principales beneficiarios fueron los funcionarios comunistas y algunos sectores de la *intelliguentsia*; Trotski, el antiguo líder revolucionario ahora en el exilio, consideraba que este surgimiento de una nueva clase privilegiada era parte integral de la traición de Stalin a la revolución.[291] En el plano interno, sin embargo, el mensaje era más complejo. Porque no solo los funcionarios y los miembros de la *intelliguentsia* tenían acceso a los manteles mágicos, sino también los estajanovistas, personas ordinarias cuyos logros extraordinarios les habían valido recompensas. Para la conceptualización soviética, era la vanguardia de la sociedad, no su élite, la que tenía acceso en primer lugar a los bienes y servicios escasos. Lo que la vanguardia tenía hoy, el resto de la sociedad podía esperarlo mañana.

Imágenes de abundancia

> La vida ha mejorado, camaradas; la vida se ha vuelto más alegre.

Stalin, 1935

Esta frase, reiterada sin cesar en la propaganda soviética,[292] fue uno de los eslóganes favoritos de la década de 1930. Aparecía en pancartas en las manifestaciones soviéticas, se usaba como titular en los periódicos para festejar el Año Nuevo, se exhibía en parques y campos de trabajo, se citaba en discursos, se celebraba en los cánticos del Ejército Rojo, y a veces era parodiada con enojo por aquellos cuyas vidas no habían mejorado.[293] El cambio de orientación soviética que esta frase celebra, denominado “la gran retirada” por un sociólogo estadounidense, comenzó a principios de 1935, cuando el levantamiento del racionamiento del pan sirvió de excusa para una campaña de propaganda que proclamaba el fin de las privaciones y la llegada de la abundancia.[294]

La nueva orientación significaba varias cosas. En primer lugar, con un alcance más inmediato, era la promesa de más productos en las tiendas. Esto implicaba un cambio más sustancial del enfoque anticonsumista de años anteriores hacia una nueva (y, en términos marxistas, sorprendente) valoración de las mercancías. En segundo lugar, significaba un alejamiento del puritanismo ascético característico de la revolución cultural hacia una nueva tolerancia de la diversión y el entretenimiento. Ahora se fomentaba todo tipo de actividades de ocio para las masas: carnavales, parques culturales y de descanso, desfiles de máscaras, bailes, e incluso jazz. También había nuevos privilegios y posibilidades para la élite.

La exaltante celebración pública de las mercancías a mediados de la década de 1930 era casi una pornografía de los bienes de consumo. La comida y la bebida eran los principales protagonistas. A continuación se lee la descripción que un periódico hace de la comida disponible en una tienda comercial de comestibles recién inaugurada (una extienda de los hermanos Eliséiev que en fecha reciente pasó a ser una Torgsin) sobre la calle Gorki.

> En el sector de comestibles, hay treinta y ocho tipos de salchichas, incluidos veinte tipos nuevos que no se han vendido en ninguna parte antes. Este sector también venderá quesos de tres tipos –camembert, brie y limburg–, fabricados para la tienda por encargo especial. En el sector de pastelería, hay doscientos tipos de dulces y confitería. […] El sector de panadería tiene hasta cincuenta tipos

> de pan. […] La carne se guarda en cajas de vidrio refrigeradas. En el sector de pescado, hay tanques con carpas vivas, carpas espejo, besugos y lucios. Cuando los clientes eligen sus peces, se los saca del tanque con redes.[295]

Anastás Mikoyán, líder del partido a cargo del aprovisionamiento en los años treinta, contribuyó mucho a esta tendencia. Algunos productos, como los helados y las salchichas, despertaron particularmente su entusiasmo. Eran productos nuevos o confeccionados con nueva tecnología, que Mikoyán intentaba presentar al consumidor urbano masivo. Recurría a las imágenes del placer y la abundancia, pero también a la de la modernidad. Las *frankfurters* –un tipo de salchicha derivado del modelo alemán, toda una novedad para los rusos– habían sido alguna vez "un signo de abundancia y bienestar burgués", según Mikoyán. Ahora estaban al alcance de todos. Como las producían máquinas en serie, eran superiores a los alimentos manufacturados a la antigua usanza. Mikoyán también era un entusiasta del helado, "muy sabroso y nutritivo", en especial por tratarse de un producto elaborado en serie en los Estados Unidos. El helado también había sido un emblema de lujo burgués, que solo se consumía en vacaciones, pero ahora estaría a disposición de los ciudadanos soviéticos a diario. Se importaron máquinas de última generación para hacer helados y pronto empezaron a venderse variedades exóticas: incluso en las provincias se podía comprar chocolate Eskimó, Pompa (sin mayores precisiones), crema, cereza y frambuesa.[296]

El clientelismo de Mikoyán también se extendió a las bebidas, sobre todo a las de alta gama. "¿Qué clase de vida feliz podemos tener sin suficiente cerveza y buenos licores?", preguntó. Era un escándalo que la Unión Soviética estuviera tan lejos de Europa en términos de viticultura y vinicultura; incluso Rumania la superaba. "El champagne es un símbolo de bienestar material, un símbolo de prosperidad". En Occidente, solo la burguesía capitalista podía disfrutarlo. En la Unión Soviética, estaba al alcance de muchos, si no de todos: "El camarada Stalin dijo que los estajanovistas ahora ganan mucho dinero, que los ingenieros y otros trabajadores ganan mucho". Para satisfacer sus crecientes demandas, la producción soviética debía aumentar de manera considerable, concluyó Mikoyán.[297]

Los nuevos productos solían publicitarse en la prensa, pese a la reducción general de los anuncios en los periódicos a fines de la década de 1920. Estos anuncios no estaban destinados a vender productos –por lo general, no estaban disponibles en las tiendas–, sino a educar al público. El conocimiento de los bienes de consumo, al igual que el buen gusto, formaba parte de la cultura que se esperaba de los ciudadanos soviéticos, en especial de las mujeres, que eran las expertas reconocidas en el campo del consumo. Era tarea del "comercio culto" soviético poner este saber a disposición de las masas mediante la publicidad, la capacitación del personal de ventas en las tiendas, las conferencias de clientes y las exposiciones.[298] Las exposiciones comerciales organizadas en las principales ciudades de la Unión Soviética exhibían productos que no estaban disponibles para el consumidor común, como lavarropas, cámaras fotográficas y automóviles. ("Todo muy lindo", dijo un consumidor descontento después de asistir a una exposición, "pero [los productos] no están en las tiendas y no los encontrarás").[299]

La función didáctica de la publicidad era evidente en los anuncios de kétchup, otro de los nuevos productos alimenticios de Mikoyán basado en un modelo estadounidense. "¿Sabes qué es el kétchup?" era la primera frase de un anuncio. Otro explicaba que "en los Estados Unidos hay una botella de kétchup en todas las mesas de los restaurantes y en la despensa de todas las amas de casa. El kétchup es el mejor condimento agridulce y aromático para platos con carnes, pescados y verduras". "Pida kétchup a las fábricas de enlatados, en las tiendas del sindicato de distribución de conservas y otras tiendas de comestibles", concluía con un estallido de optimismo salvaje (o tal vez simplemente imitando las convenciones estadounidenses de la redacción publicitaria).[300]

Otro producto al que se otorgó gran protagonismo en la publicidad educativa de los años treinta fue el agua de colonia. "La colonia ha entrado con firmeza en la vida de la mujer soviética", anunciaba un popular semanario ilustrado en un artículo especial sobre perfumes de 1936. "Los peluqueros de la Unión Soviética usan decenas de miles de frascos de colonia todos los días". La fotografía que acompañaba el texto mostraba a un peluquero que rociaba generosas cantidades de colonia en el cabello de una clienta.[301] Sorprendentemente, también se anunciaban anticonceptivos, aunque en la vida real era casi imposibles conseguirlos.[302]

La ropa y los textiles recibían casi tanta atención como la comida y la bebida. “Moscú viste bien” era el título de un artículo supuestamente escrito por un sastre que se publicó en el periódico laboral en 1934.

> Si comparamos las celebraciones del Día del Trabajo, podemos afirmar que nunca antes Moscú estuvo tan bien vestida como este año. Rara vez se veía a principios de mayo a una persona cuyo traje no hubiera sido adecuado para una boda o una fiesta de noche. El cuello rígido y almidonado fue algo normal en las columnas de manifestantes obreros [en la marcha del Día del Trabajo]. Las mujeres llevaban buenos trajes hechos de tela de Boston, cheviot, y vestidos de paño fino, elegantes y bien cosidos, de seda o lana.[303]

Los líderes comunistas también contribuyeron a popularizar la imagen del hombre bien vestido cambiando el estilo militar de los años veinte por trajes de civil. Un relato da crédito a Mólotov por el cambio, y otro otorga primacía al líder del Komsomol Aleksandr Kosarev, quien “un día inventó un nuevo eslogan: ‘Trabajar productivamente, descansar culturalmente’. Después de eso, siempre usó ropa europea”. Pero sin duda la mejora en la vestimenta era un proyecto colectivo de la dirección del partido. Una fotografía de primera plana en los periódicos el verano de 1935 mostraba a los miembros del Politburó en un desfile de cultura física prolijamente vestidos con chaquetas blancas y camisas livianas al tono.[304]

Se alentaba a las mujeres comunistas, que aún preferían un estilo sobrio lo más parecido posible al de los hombres de principios de la década de 1930, a hacer ajustes similares. Una bolchevique de la vieja guardia, invitada a Moscú para asistir a un banquete en el Kremlin el Día Internacional de la Mujer a mediados de los treinta, recordó las instrucciones de último minuto:

> Que todas nuestras activistas del movimiento por las mujeres deben presentarse en el banquete no con serios trajes ingleses, suéter y corbata, sino con aspecto de mujeres y vestidas como corresponde. Nuestras activistas salieron a la carrera por Moscú

> como si las hubiera picado una avispa para vestirse según las instrucciones de Stalin.[305]

El cambio de costumbres queda explicitado en la historia de Kostia Zaitsev, una minera de carbón y activista del Komsomol en el Sur. En la época de la NEP, Zaitsev le había comprado a un viejo aristócrata una chaqueta de seda con solapas de raso azul, que usó durante un paseo nocturno por la estepa. Eso motivó que recibiese una fuerte reprimenda de la célula del Komsomol por su degeneración burguesa. Ya en 1934, no solo llevaba chaqueta y corbata, sino que también tenía "un par de trajes excelentes, un reloj caro, un rifle de caza, una bicicleta, una cámara fotográfica [y] una radio". Había comprado una alfombra turca para su habitación y había pintado las paredes y el cielorraso. Tenía una "elegante estantería" con "muchísimos libros". Nada de esto era degeneración burguesa; era cultura, parte del proceso de superación de Zaitsev. "Zaitsev está estudiando para ser ingeniero".[306]

Entretenimiento

"La Rusia roja se torna rosada", informaba a finales de 1938 el corresponsal en Moscú del periódico *The Baltimore Sun*.[307] Los artículos de lujo, como las medias de seda, consideradas "burguesas" durante mucho tiempo, volvieron a imponerse en los círculos de élite. El tenis se había puesto de moda; el jazz y el foxtrot eran el último grito. El salario máximo que el partido había establecido se había abolido. Era *la vie en rose* al estilo soviético. Para algunos, un aburguesamiento o "una segunda NEP".

Una de las características de la época fue el resurgimiento de los restaurantes moscovitas en 1934. Esto siguió a un paréntesis de cuatro años durante el cual los restaurantes solo habían estado abiertos a extranjeros, se pagaba con moneda fuerte y la OGPU miraba con intenso recelo a cualquier ciudadano soviético que fuera a comer allí. Ahora, todos los que podían permitírselo tenían la opción de ir al hotel Metropol, donde "maravillosas jóvenes estrellas nadaban en una piscina en el centro de la sala del restaurante", y escuchar jazz interpretado por el grupo del checo Antonín Ziegler, o bien al Nacional a escuchar a los soviéticos Aleksandr Tsfasman

y Leonid Utesov (otros exponentes del jazz) o al hotel Praga en la calle Arbat, donde se presentaban cantantes y bailarines gitanos. Los restaurantes eran visitados sobre todo por gente del teatro y otros miembros de la "nueva élite", y los precios estaban, por supuesto, fuera del alcance de los ciudadanos comunes. Pero su existencia no era un secreto. En el vespertino de Moscú, el Praga anunciaba su cocina "de primera clase" ("*Blintsi* [bliníś], pasteles y pelmeni todos los días. Buen surtido de vinos"), sus cantantes gitanos y su "baile con efectos lumínicos".[308]

Pero no solo los miembros de élite se beneficiaron con la distensión de las costumbres y el fomento a la cultura del ocio de mediados de los años treinta. El cine sonoro era el nuevo medio cultural de masas, y la segunda mitad de la década fue la época de oro de la comedia musical soviética. Las películas de entretenimiento alegres y dinámicas, como *Los alegres muchachos* (1934), *Circo* (1936), *Volga-Volga* (1938) y *El camino brillante* (1940), con pegadiza música con ritmo de jazz, alcanzaron gran popularidad. Incluso hubo planes ambiciosos, que jamás se concretaron, para construir un "Hollywood soviético" en el Sur. Bailar también estaba de moda, tanto entre las masas como entre la élite. Surgieron escuelas de baile como hongos en las ciudades, y una joven de clase obrera que describía su avance cultural mencionó que no solo tomaba clases de alfabetización, sino que ella y su esposo estajanovista estaban aprendiendo a bailar.[309]

Las fiestas de Año Nuevo –con abeto y el equivalente ruso de Papá Noel, Ded Moroz [Abuelo del Frío o de la Nieve]– regresaron en esta época, después de algunos años de exilio. El Año Nuevo se celebró de manera extravagante en 1936, según informó la prensa. "Nunca antes hubo tanta alegría", decía el titular de un informe de Leningrado:

> Trabajadores y niños, hombres y mujeres elegantemente vestidos se reunieron en las decoradas e iluminadas casas de cultura, clubes y escuelas. […] Las lujosas salas del palacio de Alejandro en Detskoe Selo [ex Tsarskoe Selo] se abrieron por primera vez para un baile bullicioso, cuyos anfitriones fueron los principales trabajadores e ingenieros de la fábrica Krasni Triugolnik [Triángulo Rojo]. Con los juegos, los bailes, los fuegos artificiales y los paseos por la nieve en troika con campanas, el parque de Detskoe Selo nunca estuvo tan animado. La música sonó hasta el amanecer.[310]

La nueva cultura del ocio incluía carreras de larga distancia, automovilísticas (un elemento central en la novela humorística de Ilf y Petrov, *El becerro de oro*), así como de bicicletas y motocicletas: en 1934, un documental sonoro sobre la "heroica carrera" Moscú - Kara-Kum (ida y vuelta) mostraba cómo los participantes (y el equipo de camarógrafos) sobrevivían seis días y medio en un "desierto sin agua".[311] La popularidad del fútbol como deporte para el gran público se disparó en la década de 1930 sin un impulso oficial explícito, pero con el beneficio de un nuevo estadio moderno en el distrito Luzhniki de Moscú y la generosa financiación de los equipos por parte de los sindicatos, la policía secreta y el Ejército.[312] Los espectáculos aéreos también eran muy populares.

En el ámbito del deporte amateur, las actividades más difundidas fueron el paracaidismo y la gimnasia. El paracaidismo aparecía en todas partes: en exhibiciones aéreas de profesionales, en entrenamientos paramilitares realizados dentro del marco del programa "Preparados para trabajar y defender", en fotografías y *cartoons* publicados por periódicos y revistas, en las carreras de obstáculos de los estajanovistas y en torres de paracaidismo recreativo instaladas en los parques de cultura y descanso. Sin duda, este deporte simbolizaba la audacia y el dominio del aire (en otras palabras, la tendencia soviética, popular y gubernamental, a asumir riesgos). La gimnasia, conocida como cultura física, era muy visible porque se prestaba a demostraciones masivas que se celebraban en verano en la Plaza Roja y otros lugares, además de proporcionar a fotógrafos y pintores una oportunidad inusual para representar el cuerpo humano. "*Fizkul't-ura-ura-ura!*", cantaban los deportistas en la popular "Marcha de los deportistas".[313]

Los "parques de cultura y descanso", inaugurados recientemente en muchas ciudades de la Unión Soviética, tenían por objeto ofrecer un nuevo tipo de ocio culto a las masas. Eran parques con atracciones, paseos, pistas de baile, pabellones y quioscos. El prototipo era el parque Gorki en Moscú, planeado y dirigido por una estadounidense, Betty Glan. Para la apertura de la temporada invernal de 1935, se colgó en la entrada una pancarta con el eslogan de Stalin: "La vida ha mejorado, la vida se ha vuelto más alegre". Más de 10.000 personas llegaron en las primeras tres horas. Los extranjeros que visitaban el país y concurrían al parque Gorki solían dejar por escrito sus impresiones, que de diversas maneras hacían hincapié en los

entretenimientos como las ruedas de la fortuna, las canchas de bolos, las pistas de baile y los cines, pero también en el factor educativo de la lectura de periódicos, las áreas de agitación, etc. (casi todos mencionaban el paracaidismo).[314]

Una noticia sobre el parque Gorki el Día del Trabajo publicada en un periódico soviético se refirió a lo básico: la comida y la bebida.

> Es difícil describir cómo se divirtió Moscú estos días de alegría de las celebraciones del Día del Trabajo. […] Tenemos que hablar del jardín de la abundancia detrás del edificio del Manège, este jardín donde de los árboles crecían salchichas y *Wurst*, […] donde una taza de cerveza espumante estaba acompañada por deliciosos salchichones de Poltava, jamón rosado, queso suizo derretido y tocino de un blanco marmóreo. […] Al caminar por esta plaza, a uno se le abría un apetito descomunal.[315]

El verano se convirtió en época de carnaval. Todavía populares, aunque menos prominentes que a mediados y fines de los años veinte, eran los desfiles que satirizaban a los enemigos de la revolución y del Estado soviético. Para el decimoctavo aniversario de la revolución, tres mil jóvenes de 18 años de algunas de las plantas fabriles más grandes de Moscú participaron en el desfile de “carnaval de la juventud feliz”, en el que cada distrito se ocupó de un tema distinto y organizó su propia decoración. La sede del Komsomol de Sokolniki invitó al célebre núcleo de caricaturistas, los Kukryniksy, a diseñar su exposición, que ridiculizó todo lo que había pertenecido al pasado. Dioses, ángeles y santos encabezaron el desfile, seguidos por Adán y Eva. En otros camiones, seguían los monjes, los capitalistas y el tribunal de los Romanov, y detrás de ellos hileras de avestruces, asnos y osos que representaban a “generales, condes, etc.”.[316]

Para el primer carnaval nocturno, realizado en el parque Gorki para celebrar el Día de la Constitución en julio de 1935, los disfraces y las máscaras fueron obligatorios y hubo un desfile y premios en efectivo para los mejores. Las noticias periodísticas no ignoraron las posibilidades románticas de las máscaras y a la vez describieron los distintos disfraces: el Oneguin y la Tatiana de Pushkin, Charlie Chaplin, la Madre de Gorki, marqueses del siglo XVIII, toreros, Marco Antonio, etc. Se hizo mucho

hincapié en la risa: según informó *Krokodil*, entre los eslóganes del carnaval propuestos por “individuos entusiastas” se encontraron “El que no ríe no come” y “Búrlate de los rezagados”.[317]

Pese a los elementos de espontaneidad y semejanza con formas anteriores de celebración popular, los carnavales de mediados de la década de 1930 estaban guionados y representados por importantes figuras artísticas, y la intención de inventar una tradición era bastante explícita: “Esta alegría de carnaval debe entrar en la tradición de la Unión Soviética como las coloridas celebraciones nacionales de Francia e Italia”.[318] Las descripciones de la prensa, así como los recuerdos de algunos visitantes extranjeros, destacan el entusiasmo y la alegría de la multitud durante el carnaval. Pero otros no estaban tan seguros. “No hay duda de que ‘disfrutan con tristeza’”, señaló un australiano que visitó el parque Gorki. “Entre los miles de personas que había allí casi no vimos sonrisas, aunque dimos por sentado que se estaban divirtiendo”.[319]

El privilegio

En el futuro, habrá abundancia; en el presente, escasez. El peor período de escasez, durante el primer plan quinquenal, empujó al régimen a tomar medidas especiales para alimentar a los suyos tal como había hecho, aunque de manera menos sistemática, durante la guerra civil. Los funcionarios comunistas se convirtieron en una clase privilegiada en la Unión Soviética.

Pero los comunistas no eran los únicos con privilegios. Un beneficiario menos predecible fue la *intelliguentsia,* o al menos algunos de sus segmentos clave. Esto podría rastrearse hasta la época de la guerra civil, cuando, a pedido de Máximo Gorki, se establecieron raciones especiales para los miembros de la Academia de Ciencias y otros individuos considerados tesoros culturales. En términos materiales, la *intelliguentsia* era un grupo relativamente privilegiado en la década de 1920, pero su estatus privilegiado en la década siguiente tenía otro sabor. No solo era más conspicuo, sino que seguía al período de la revolución cultural, cuando los “especialistas burgueses” habían sido tratados con extrema dureza. El cambio de rumbo en la primera mitad de los años treinta fue drástico; era evidente –comentó un periódico de exiliados– que los líderes políticos

tenían un nuevo enfoque de la *intelliguentsia:* “La cortejan, la coaccionan y la sobornan. La necesitan”.[320]

Los ingenieros fueron uno de los primeros grupos de la *intelliguentsia* en recibir privilegios especiales por su aporte esencial al impulso de la industrialización. Más sorprendente fue el homenaje a escritores, compositores, arquitectos, pintores, gente de teatro y otros miembros de la “*intelliguentsia* creativa”. El efusivo homenaje a los literatos durante el Primer Congreso de Escritores Soviéticos en 1934 estableció el nuevo tono, que combinaba el respeto conspicuo a la alta cultura con un recordatorio implícito a los intelectuales de su obligación de servir a la causa soviética.[321]

Si bien la prensa no hablaba sobre los privilegios de los funcionarios comunistas, los privilegios de la *intelliguentsia* solían anunciarse con orgullo. Tal vez era una estrategia para desviar el posible resentimiento popular contra los privilegios de los comunistas. Según parece, no obtuvo ese resultado,[322] pero imprimió en la imaginación popular la idea de que algunos miembros de la *intelliguentsia* creativa eran las personas más privilegiadas de la Unión Soviética. Según un rumor que todos los ciudadanos soviéticos parecían conocer, el novelista Alekséi Tolstói (aristócrata de nacimiento), Máximo Gorki, el ingeniero de aviación A. P. Tupolev, el músico de jazz Leonid Utesov y el compositor de canciones populares Isaak Dunayevsky eran millonarios a los que el régimen soviético permitía tener cuentas bancarias ilimitadas.[323]

El privilegio en la Rusia de Stalin estaba más relacionado con el acceso –la capacidad de obtener bienes, servicios, departamentos, etc.– que con la propiedad. El factor clave en el surgimiento de una jerarquía institucionalizada de acceso en los años treinta fue la escasez, en especial las estructuras generadas por la escasez extrema a principios de la década. En este período crítico no solo se reimplantó el racionamiento, que tenía su propia diferenciación interna, sino también diversas formas de “distribución cerrada” de bienes a las categorías especiales. El motivo no era ideológico (la ideología de la época tendía a ser igualitaria y militante), sino práctico: no había suficiente para todos.

Los privilegios alimentarios adoptaron diversas formas: raciones especiales, tiendas exclusivas para la élite y cafeterías especiales en el lugar de trabajo. Desde finales de los años veinte, los altos funcionarios del partido y del gobierno recibieron raciones especiales. El sistema establecía

diferencias internas y Elena Bónner recuerda que sus padres –comunistas en puestos de rango superior, su padrastro en la Comintern y su madre en el Comité del Partido de Moscú– estaban en diferentes peldaños de la escala:

> El [paquete de comida] de papá llegaba a casa dos veces por mes o más, pero no sé si lo pagábamos. Tenía manteca, queso, dulces y conservas. También había paquetes especiales para las fiestas, con caviar, pescado ahumado y curado, chocolate, y también queso y manteca. Había que ir a buscar los paquetes de mamá, no muy lejos, en Petrovka. El comedor del Comité del Partido de Moscú estaba en la esquina del pasaje Tajmanovsky y una vez por semana repartían los paquetes. Yo solía ir a buscar los nuestros, y había que pagar. Contenían manteca y otros elementos, pero eran mucho menos sofisticados que los de papá.[324]

Las raciones "académicas" para la *intelliguentsia* se reactivaron más o menos al mismo tiempo y los miembros de la Academia de Ciencias fueron los primeros beneficiarios. Después llegó el turno de los escritores, con cuatrocientas "raciones académicas" asignadas en 1932; y más tarde se otorgaron doscientas raciones adicionales a los artistas.[325]

Las tiendas exclusivas para la élite respondieron al acrónimo GORT hasta 1935. El acceso estaba reservado a un grupo privilegiado, que incluía a funcionarios que trabajaban en el gobierno central, el partido, la industria, los organismos sindicales, de planificación y editoriales, así como a economistas, ingenieros y otros expertos que trabajaban para entes estatales. Estas tiendas vendían alimentos básicos, "lujos" como salchichas, huevos y frutas secas, ropa, zapatos y otros productos vitales como el jabón. Elena Bónner recordó que en una de ellas su familia había comprado sus primeros cubiertos de acero inoxidable. La GPU tenía tiendas especiales para sus empleados (al igual que el Ejército Rojo) y la sede moscovita tenía fama de ser "la mejor de toda la Unión Soviética".[326]

La red de tiendas exclusivas se extendía a las provincias, aunque la calidad del aprovisionamiento solía ser peor que en las capitales. Los ingenieros y gerentes de las principales empresas industriales y de las nuevas obras de construcción eran abastecidos por una red especial de tiendas exclusivas según el sistema cerrado: en 1932, se decía que había

setecientos distribuidores cerrados para los ingenieros y gerentes de todo el país.[327] Fuera de la industria y de otras redes especiales como el Ejército y la OGPU, los funcionarios de las provincias y los distritos tenían sus propias tiendas exclusivas, accesibles a todos aquellos que estaban por encima de determinado rango. Los funcionarios de los sóviets rurales eran demasiado jóvenes para tener acceso, aunque hubiera una tienda de modalidad cerrada en su localidad, y uno de ellos se quejó de esta discriminación en una carta a Kalinin.

> Yo estaba en la GORT, habían traído botas de cuero de piel de becerro a 40 rublos el par, y les pedí que me dejaran comprar un par, pero no lo permitieron, después de todo eran 40 rublos. Eso está bien para los *aktiv* del partido, […] sin importar el hecho de que todos los activistas del partido tienen un par de botas y algunos incluso tienen dos. […] Pero no me lo permitieron, a mí que no tengo calzado, y [solo] me dejaron llevar un par de botas de goma que se venden a 45 rublos.[328]

Esta queja deja entrever una de las características más extrañas de la distribución cerrada soviética: que los productos de la tienda especial tenían precios *más bajos* que los de las tiendas ordinarias. Por regla general, cuanto más difícil era acceder a una tienda, más bajos eran los precios de sus productos.

Debido a la escasez de alimentos y a los problemas de distribución, hasta 1935 la mayoría de las personas recibía su comida principal en el trabajo, en una cafetería. Era común que las diferencias jerárquicas se hicieran visibles en cafeterías y comedores. Y la jerarquía (expresada en la cantidad y calidad de la comida y también en el lugar donde se comía) era bastante compleja en las empresas más importantes. Algunas fábricas tenían un primer comedor para la alta gerencia, un segundo para la gerencia media y un tercero para los trabajadores de alto rendimiento (trabajadores de choque), además de la cafetería para los trabajadores y empleados comunes. En otros casos, los trabajadores de choque comían con el resto de los trabajadores, pero se les entregaban tarjetas de racionamiento adicionales que les permitían recibir una ración doble o triple. Los extranjeros, cuando se enteraban de estos acuerdos, se mostraban desconcertados o incluso

indignados. "Probablemente en ninguna parte del mundo, salvo en los países de Oriente, sería posible mostrar en público las diferencias entre las distintas clases sociales de una manera tan descarada como en Rusia", comentó el comunista finlandés Arvo Tuominen en su descripción de las jerarquías gastronómicas de principios de la década de 1930. Cuando Tuominen intentó compartir el almuerzo con sus ayudantes en la cafetería de la Comintern, "no se lo consideró apropiado. Las miradas reprobatorias decían: 'Este no es tu lugar; ¡vete con tu propia casta!'".[329]

En un capítulo anterior mencionamos la tendencia de los funcionarios locales a mantener redes de distribución cerrada para uso personal, incluso después de que el nivel central decretó que ya no era necesario. A falta de un distribuidor cerrado, los funcionarios (y sus esposas) hacían cumplir informalmente las reglas de acceso especial a los bienes que llegaban a las tiendas locales para su distribución general. Por ejemplo, una tienda local de la provincia occidental[330] recibió una remesa de textiles para enviar a los pueblos, pero la mañana siguiente el comité local del partido le pidió al gerente de la tienda que reservara mil metros de tela para los funcionarios que "no tienen tiempo para hacer fila". Algo parecido ocurría en el Extremo Oriente,[331] donde un residente local agraviado denunció que "para el Día del Trabajo trajeron vino a la tienda de la cooperativa. Pecador como soy, pedí medio litro, pero se negaron a dármelo; no puedes tenerlo, dijeron, es para los *aktiv* del partido". La convención "antes que nadie, la *nomenklatura*" era tan fuerte que el Departamento de Salud de un distrito de Siberia anunció que la farmacia local recibió un envío de un medicamento "para proteger a los trabajadores responsables [es decir, a los funcionarios] […] de las picaduras de los mosquitos de la malaria".[332]

Los funcionarios también disfrutaban extraoficialmente la prerrogativa de hacer pagar al Estado su propio esparcimiento. Privilegio que era denunciado de manera sistemática, como en esta noticia de un periódico regional publicada en 1937:

> El vino fluía como un río [en el banquete de los líderes del distrito]. Algunos, entre ellos el jefe del Departamento de Economía municipal, Koniushenko, bebieron hasta quedar inconscientes. Ese banquete le costó al Estado 2300 rublos, y el presidente del comité ejecutivo del distrito soviético obligó al

> Departamento de Finanzas a pagar los costos a la tienda de comestibles.

A principios de año, según la misma noticia, el presidente del distrito soviético había celebrado un banquete en su departamento, y había cargado al presupuesto de construcción de escuelas la comida y la bebida servidas en aquella ocasión.[333]

Las élites también tenían privilegios que incluían otros tipos de bienes escasos, como viviendas, dachas y centros vacacionales. En la década de 1920, poco se hizo para construir alojamientos especiales para la élite, y los principales líderes del partido y del gobierno se ubicaban de manera bastante caótica en departamentos en el Kremlin o en hoteles como el Nacional, el Metropol y el Lux. En 1928 comenzó la construcción del primer edificio de departamentos destinado a los altos funcionarios, la Casa de Gobierno (inmortalizada por Iuri Trífonov en su novela de las grandes purgas, *La casa del malecón*), sobre la otra margen del río, frente a la Catedral de Cristo Redentor y en diagonal al Kremlin. Este edificio tenía quinientos seis departamentos espaciosos y amueblados, todos con teléfonos y agua caliente y varios otros servicios.[334]

En la primera mitad de la década de 1930, también se proporcionaron nuevas viviendas a la élite al convertir edificios existentes en cooperativas para uso exclusivo del personal de entes gubernamentales, como el Comité Central, la OGPU, el Ejército Rojo, el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministerio de Industria Pesada. A la Unión de Escritores también le fue otorgado su edificio cooperativo en una ubicación central, así como a los científicos, compositores, artistas y diseñadores de aviones. Los ingenieros, por su parte, tenían cooperativas de viviendas en varias ubicaciones centrales. El Teatro de Arte de Moscú obtuvo una casa cerca de la calle Gorki que comenzó a funcionar como residencia para sus actores, y los artistas del Bolshói ocuparon la mayoría de los departamentos del edificio sito en el número 25 de la calle Gorki. Con el dinero de sus recaudaciones, el teatro Vajtángov, rico y apoyado por poderosos patronos, logró construir dos casas de cinco plantas bien equipadas en Moscú. Se reconoció que ciertas profesiones de la *intelliguentsia* tenían necesidades especiales que le daban derecho a un espacio vital más amplio (en metros cuadrados) que a los ciudadanos comunes, privilegio muy cuestionado que a partir de 1933

recibieron los científicos y escritores; dos años después, se extendió a los artistas y escultores.[335]

A principios de la década de 1930 se puso en marcha un plan especial de construcción de edificios de departamentos para ingenieros. Según el programa implementado en 1932, debían construirse más de diez mil departamentos para ingenieros y otros especialistas en un período de dos años en sesenta y siete ciudades; la asignación de Moscú fue de diez nuevos edificios con un total de tres mil departamentos. En Magnitogorsk, los ingenieros y gerentes heredaron viviendas construidas originariamente para especialistas extranjeros en el suburbio de Berezki. No eran departamentos, sino casas separadas de dos pisos con sus propios jardines, un lujo casi inimaginable en la Unión Soviética de esos años.[336]

Si bien algunos departamentos de élite eran lujosos, en su mayoría eran modestos en cuanto a tamaño y comodidades. Y como no había suficientes para todos, especialmente en las capitales, muchas personas cuyos empleos y credenciales los calificaban como miembros de la élite seguían residiendo en departamentos comunitarios. Sin embargo, incluso para quienes moraban en viviendas precarias, era normal tener una sirvienta. La convención indicaba que esto solo estaba permitido si la esposa trabajaba. "Tuvimos una sirvienta, incluso dos, cuando mi hija era pequeña", dijo un empleado de compras de una fábrica a los entrevistadores del proyecto de Harvard. "Son baratas pero difíciles de conseguir. Vas a un *koljoz* y seleccionas a una chica –todas las chicas están ansiosas por dejar la vida dura que llevan allí y mudarse a la ciudad– y luego vas a hablar con el presidente del *koljoz.* Él, por supuesto, odia perder a una trabajadora, pero si tienes *blat*, tendrás tu sirvienta". Todo este asunto tenía un perfecto sentido financiero para el encargado de compras de la fábrica: su esposa ganaba 300 rublos por mes como mecanógrafa (sumados a sus ingresos), y "a nuestra sirvienta le pagábamos 18 rublos por mes, más comida y alojamiento. Dormía en la cocina".[337]

A diferencia de lo ocurrido en la década de 1920, en los años treinta hubo poca discusión pública sobre las empleadas domésticas y todavía menos sobre su explotación por parte de los empleadores. Algunas personas se quejaron en privado de que los empleadores explotaban a sus sirvientas ("Son aún peores que las 'damas' de antes… estas esposas de ingenieros, médicos y cuadros 'serios'"), de que forzaban a la servidumbre y la obligaban a aceptar condiciones inhumanas a causa de la crisis habitacional:

“La mayoría no tiene cama, porque no hay dónde ubicarla. Duermen en el ‘baño’, ‘debajo de la mesa’ o ‘en las sillas’. Dios asista a cualquier sirvienta que se enferme; no tiene dónde recostarse”.[338]

Pero incluso algunos comunistas convencidos no veían nada malo en tener sirvientas. John Scott, un estadounidense que trabajaba como obrero en Magnitogorsk y estaba casado con una rusa, consiguió una criada luego del nacimiento de su primer hijo. Su esposa, Masha, que era maestra, no vio problemas con esta situación pese a sus antecedentes campesinos y sus fuertes convicciones comunistas. Como mujer emancipada, se oponía con firmeza a las tareas domésticas y pensaba que era pertinente y necesario que alguien con menos educación hiciera el “trabajo sucio” por ella.[339]

El tabú que pesaba sobre la discusión pública del tema “sirvientas” comenzó a erradicarse a fines de la década de 1930, cuando *Krokodil* publicó una serie de viñetas satíricas y chistes “de sirvientas”. En un caso, bajo el título “Consejos a las amas de casa jóvenes”, recomendaba (con presunta ironía) que la mejor manera de encontrar sirvientas en Moscú era tomar el tranvía 16 a Krásnaia Presnia, dirigirse a la fábrica de textiles y elegir a una de las trabajadoras de la tienda de hilado. Otros *cartoons* de *Krokodil* satirizaban a los funcionarios que dependían de sus sirvientas para hacer las compras y mantenerse informados sobre los problemas de la vida cotidiana, de los que tenían poca experiencia de primera mano.[340]

Las dachas (casas de campo) y los pases para complejos vacacionales y sanatorios[341] eran otros rubros importantes de privilegio de la élite. En Kazán, el primer secretario Rázumov marcó tendencia al construir una dacha privada en los terrenos de la finca “Livadia”, que había convertido en una lujosa casa de descanso para los funcionarios del partido. Los líderes del sóviet de la ciudad, inspirados en este ejemplo, se comprometieron a construir todo un asentamiento de dachas: para eso, utilizarían, como se alegó más tarde, dinero desviado de otras líneas presupuestarias (transporte municipal, red cloacal, parques) y aportado por líderes industriales de los fondos discrecionales para una lista “cuidadosamente escogida” de peces gordos locales.[342] Este no fue un caso aislado. Genrij Yagoda, jefe de la OGPU, fue uno de los principales líderes del partido en Moscú que “construyeron para sí grandiosas dachas palaciegas de entre quince y veinte habitaciones, y aún más, donde vivían a todo lujo y derrochaban el dinero del pueblo”. (Como indica el tono desaprobatorio en esta cita, el privilegio

de la dacha, como muchos otros, estaba sujeto a revocación sin previo aviso cuando el beneficiario caía en desgracia y perdía el favor político).[343]

Los escritores fueron particularmente favorecidos en el tema dachas. La decisión del Politburó de construir un nuevo asentamiento de dachas para escritores en Peredelkino, a una corta distancia de viaje en tren suburbano desde Moscú, fue uno de los indicadores más drásticos del nuevo estatus del escritor. El presupuesto de construcción era de seis millones de rublos y el asentamiento consistiría en treinta dachas de cuatro o cinco habitaciones cada una, que serían asignadas por la Junta de la Unión de Escritores para uso indefinido de escritores distinguidos y sus familias. El conjunto de selectas estrellas literarias incluía a Borís Pasternak, Isaak Bábel e Iliá Ehrenburg.[344]

Algunas dachas eran de propiedad cooperativa y podían comprarse o venderse, por lo general a precios muy altos. También era posible construir la dacha propia, aunque eso no solo requería dinero, sino una gran cantidad de *blat* para conseguir permisos y materiales de construcción. La hija de un médico que trabajaba en el Ministerio de Salud Pública describió cómo su padre había comenzado a construir una dacha junto con el chofer, un hombre con importantes conexiones *blat*, y un contador. Tuvieron problemas en el proceso ("Mi padre dijo que costaría solo unos 2000 rublos, pero al final nos costó 12.000 y tuvimos que vender una alfombra grande, junto con un cuadro de Shishkin y dos grabados italianos"), pero en 1937 la dacha por fin estaba lista: una construcción de ladrillo con ducha y baño, calefacción central y habitable todo el año, dividida en tres departamentos con sendos cocina, sala de estar y dormitorio.[345]

En Crimea había muchas casas de descanso y sanatorios de élite, a los que acudían personas de toda la Unión Soviética. El poeta Ósip Mándelstam y su esposa se encontraron con miembros de la élite política, incluida la esposa del futuro jefe del NKVD, Ezhov, en una casa de descanso de Sujumi. Más cerca de Moscú, el sanatorio de Barvija era muy apreciado. Natalia Sats, directora del Teatro Infantil de Moscú y esposa del ministro de Comercio, Izrail Veitser, pasó una semana allí antes de su repentino arresto como "enemiga del pueblo".[346]

Algunas instituciones culturales tenían sus propias casas de descanso. Iuri Elaguin, músico del Teatro Vajtángov en los años treinta, recuerda las idílicas vacaciones que los actores y músicos pasaban en el predio del teatro, una antigua finca de la nobleza, por completo renovada, con una

“flotilla entera de barcos y yates en el río” y el comedor bien abastecido según las normas gubernamentales. La Academia de Ciencias había tenido sus propias casas de descanso y sanatorios, entre ellas la finca Uzkoe cerca de Moscú y la finca Gaspra en Crimea, desde la década de 1920. Incluso antes de la creación oficial de la Unión de Escritores Soviéticos, su comité organizador había adquirido casas de descanso en Crimea y otros lugares.[347]

A los niños de élite se les ofrecían campamentos de verano especiales, diferenciados como solía ocurrir en la Unión Soviética según el rango y la filiación institucional de sus padres. Evguenia Ginzburg, por entonces miembro de la élite política regional de Kazán, envió a su hijo pequeño durante sus vacaciones de invierno a un centro turístico del gobierno donde los niños “dividían a las personas en categorías según la marca de su automóvil”. “Los Lincoln y Buick eran categoría alta; los Ford, baja. El nuestro era un Ford, y Alyosha sintió la diferencia enseguida”. Elena Bónner pasó varios veranos de su infancia en campamentos auspiciados por la Comintern, donde trabajaba su padrastro, y por el comité del partido de Moscú, donde trabajaba su madre. También fue al célebre campamento de Artek en Crimea, un lugar abierto a niños de todo el país que eran seleccionados por sus logros sobresalientes, pero también (¡por supuesto!) niños de élite cuyos padres movían los hilos.[348]

Los funcionarios de determinado nivel cultivaban la práctica de que un chofer los llevara a su trabajo. Los automóviles del gobierno y sus conductores también estaban disponibles fuera del horario laboral, aunque no estuviera aprobado oficialmente. Como señaló el hijo de Ginzburg, la marca del automóvil variaba según el rango del funcionario. Natalia Sats recuerda que su esposo, el ministro, “enviaba su automóvil a buscarme. […] A mí también me correspondía un automóvil por mi trabajo, pero mi esposo lo llamaba ‘una lata de querosene sobre ruedas’ e intentaba evitarlo a toda costa”.[349]

La propiedad privada de los automóviles era poco común, aunque no por completo desconocida. En 1937, cuando el gobierno intentó poner límite a esta práctica, ya había por lo menos cuatrocientos automóviles privados en Moscú. Si bien se daban automóviles como premios y recompensas a destacados directivos, científicos, estajanovistas, etc., no queda claro si existía alguna otra forma legal de obtenerlos. En cuanto al mantenimiento, el servicio y las piezas de repuesto, la única manera de conseguirlos era por

medio del garaje de alguna institución (procedimiento que, como subrayaba un decreto gubernamental de 1937, era ilegal para los ciudadanos particulares). Sin embargo, a pesar de los obstáculos prácticos para tener un automóvil, los funcionarios no dejaban de utilizar sus conexiones para obtener directo de fábrica vehículos hechos a medida, y se alegaba que los vehículos extranjeros adquiridos con fines experimentales desaparecían casi de inmediato de las tiendas y terminaban en manos de funcionarios vinculados con la industria automotriz.[350]

Para el estatus de la sociedad soviética, el salario monetario siempre fue un factor de menor importancia que el acceso prioritario. Sin embargo, las ventajas de las clases privilegiadas también se reflejaban en las escalas salariales oficiales. Antes de 1934, había un "máximo partidario" en los salarios de los comunistas. Cuando esto fue derogado, el Politburó aprobó una serie de aumentos salariales para los funcionarios del partido y del Komsomol. Así, por ejemplo, los secretarios regionales del partido comenzaron a cobrar 2000 rublos por mes en octubre de 1938. Según un informe, los salarios del personal del NKVD aumentaron de manera drástica en el mismo período y superaron con creces los de otros funcionarios del mismo nivel, incluidos los del partido. En 1938 el gobierno autorizó "bonos personales" de hasta un salario básico y medio para los "especialistas de particular valía" que trabajaban para diversas entes gubernamentales.[351]

Un privilegio único de las profesiones culturales sindicalizadas –los escritores, los compositores, los arquitectos, los artistas– era la existencia de fondos especiales que ofrecían ayuda material a los miembros del sindicato: subsidios para viajar, beneficios por enfermedad e invalidez, ayuda para obtener vivienda, pases a sanatorios y casas de descanso, e incluso préstamos. El fondo sindical de los escritores, el Litfond, fue el primero en crearse en junio de 1934, seguido de cerca por un fondo para los arquitectos en octubre de ese año. Los fondos para músicos y artistas se crearon en 1939 y 1940, respectivamente.[352]

Los privilegios de los estajanovistas

Decir que los estajanovistas tenían privilegios es casi una tautología. Su tarea, como representantes electivos de la gente común, era ser destinatarios visibles de los privilegios. Recibían una gama de ventajas similar a la de las élites políticas y culturales (raciones adicionales, vivienda, centros vacacionales especiales, acceso prioritario de todo tipo e incluso automóviles).[353] Pero, además, los estajanovistas solían ser recompensados de manera directa con bienes de consumo: desde cortes de géneros y máquinas de coser hasta gramófonos y automóviles. Una parte importante del ritual de las conferencias, sobre todo las dirigidas a los campesinos, era que los afortunados estajanovistas compartieran una lista de los bienes que habían recibido:

> Recibí una cama, un gramófono y otros bienes culturales. […] Todo lo que llevo puesto es un premio que recibí por el buen trabajo en el *koljoz*. Además de la ropa y los zapatos, me dieron una máquina de coser en Nalchik. […] Por la cosecha recibí como premio un vestido de seda que vale 250 rublos.[354]

Los obreros estajanovistas no siempre se jactaban de manera tan burda de sus recompensas, pero invariablemente aparecían en las listas de los artículos periodísticos sobre el tema.

> Alekséi Tishchenko […], junto con su esposa Zoia, había llegado a Magnitogorsk en 1933 con todas sus pertenencias en una sola maleta. En 1936 la pareja tenía muebles, incluidos un sofá y un armario, así como ropa de gala, incluso dos abrigos, algunos vestidos de mujer, trajes de hombre y zapatos. […] Entre los premios que recibieron había un arma de caza, un gramófono, dinero y una motocicleta.[355]

Según lo informado, un trabajador textil estajanovista de Leningrado recibió un reloj pulsera, un florero, un reloj de pared, un mantel, un samovar eléctrico, una plancha, un fonógrafo, discos, las obras de Lenin y Stalin, más ciento veintidós libros de distintos autores. También hay descripciones de dos destacados trabajadores estajanovistas que lucieron sus premios en el baile de Año Nuevo de 1936: “Él tenía un traje Boston

negro que marcaba su cuerpo fornido; ella llevaba un vestido de *crêpe de Chine* y zapatos negros con adornos blancos”.[356]

La función de estos premios no era solo enriquecer y hacer más felices a los estajanovistas, sino también hacerlos más cultos. El elemento cultural era inherente al regalo en la mayoría de los casos. “Tengo el placer de anunciarles que ya no vivo en mi vieja choza de barro; me han otorgado una casa estilo europeo. *Vivo como una persona civilizada*”, dijo un estajanovista tayiko en una conferencia. Camas, gramófonos, máquinas de coser, relojes y radios eran bienes materiales que ayudaban a sus poseedores a salir del atraso “asiático” e ingresar en la modernidad y la cultura de “estilo europeo”.[357]

En otras ocasiones había un *quid pro quo* implícito: a cambio de los bienes y servicios recibidos, los estajanovistas tenían la obligación de ser más educados y más cultos. Esto queda ilustrado en los comentarios de un dirigente sindical sobre un estajanovista llamado Aleksandr Busyguin –de GAZ, la planta automotriz de Gorki– y sobre su esposa. Por un lado, el dirigente enumeró todos los privilegios materiales que Busyguin había recibido: un nuevo departamento, pan a domicilio después de que su esposa se quejara de las filas en la panadería, etc. Por otro lado, subrayó la obligación para ese matrimonio de ser más culto, como correspondía a su nueva condición de vanguardia. La esposa analfabeta de Busyguin, en especial, tenía mucha tarea por delante para recuperar terreno. “Se envió a una maestra a trabajar con ella, y ahora un experimentado pediatra estará a su disposición para enseñarle a criar a un niño de manera culta, de modo que tenga tiempo para estudiar”.[358]

Reflexión sobre el privilegio

Nadie que haya tenido privilegios en la Unión Soviética en la década de 1930 parece haberse autopercibido como miembro de una clase superior privilegiada. Los jóvenes gerentes en ascenso, cuyo origen era de clase obrera, estaban convencidos de que continuaban siendo proletarios de corazón. La antigua *intelliguentsia*, que bajo el anterior régimen se había resistido a la idea de ser élite, no abandonó su vieja costumbre: después de la revolución cultural, la conciencia de este grupo de ser perseguido por el

régimen era tan fuerte que obstaculizaba cualquier posibilidad de reconocer que también era privilegiado. Mientras un comentarista socialista exiliado llegaba a la conclusión de que la *intelliguentsia* en su conjunto había sido sobornada,[359] los miembros de la *intelliguentsia* residentes en la Unión Soviética casi nunca generalizaban en estos términos, aunque a menudo acusaban a compañeros intelectuales específicos de haberse vendido al régimen.

Los comunistas memoriosos y de conciencia sensible se sentían incómodos con los privilegios. En los círculos comunistas de la década de 1920 había reinado la preocupación por la "degeneración" del partido en el poder y su pérdida de espíritu revolucionario. Trotski, ya emigrado, llevó estas preocupaciones mucho más lejos cuando en *La revolución traicionada* denunció el surgimiento de una nueva clase privilegiada. Sus críticas tal vez habrían tocado la fibra sensible de muchos comunistas de la vieja guardia, si hubieran tenido la posibilidad (que por supuesto no tuvieron) de leer su libro. Sin embargo, en el partido, esta cuestión de los privilegios parece haber sido menos conflictiva de lo que cabría esperar. Sin duda muchos comunistas sentían que necesitaban y merecían un tratamiento especial.

Los comunistas soviéticos de la década de 1930 practicaban lo que Pierre Bourdieu denomina un "reconocimiento erróneo" del privilegio.[360] El reconocimiento erróneo ocurre cuando un grupo trata con algo que podría ser incómodo o vergonzoso no solo usando otro nombre para designarlo, sino también desarrollando un nuevo marco mental para entenderlo. La forma en que funcionaba el reconocimiento erróneo soviético de los privilegios queda demostrada en las memorias de la esposa de un alto funcionario del Komsomol, escritas medio siglo después.

> Teníamos, como suele decirse, privilegios. Había paquetes especiales de comida que se repartían en la calle Kírov, donde ahora hay una librería. Estábamos separados de los sufrimientos de la gente común y corriente, y creíamos que así debía ser. Y luego, según razoné: "Vasilkovski [su esposo] es un hombre mayor, que trabaja mucho, a menudo hasta tarde, se esfuerza mucho, y trae gloria a la tierra natal, a Stalin". Por supuesto, un automóvil lo pasaba a buscar para llevarlo al trabajo. Vivíamos en Sretenka, en el edificio de departamentos para especialistas extranjeros. Teníamos habitaciones grandes, una biblioteca, muebles que

> llegaban del depósito. No teníamos nada propio. Todo era propiedad del gobierno. […] Grishka ganaba el máximo partidario; creo que eran unos 1200 rublos. […] Yo ganaba 5660 rublos. No podría decir que llevábamos una vida muy glamorosa.[361]

El hecho de que las comodidades –el automóvil, el departamento, la dacha– no fueran propias y fueran asunto del Estado permitía que los comunistas de la *nomenklatura* se autopercibieran como algo diferente de una nueva nobleza o clase dominante. Al contrario, ¡eran simples personas que no tenían nada! Hasta sus muebles le pertenecían al Estado; ellos no los elegían, sino que se los enviaban, cada pieza con "un pequeño óvalo dorado con un número fijado con dos clavos", según recuerda Bónner. Era fácil para los miembros de la élite autopercibirse como individuos indiferentes a las cosas materiales cuando ninguna propiedad personal estaba en juego. En las sarcásticas palabras de un comentario reprobatorio sobre la vida lujosa en la dacha de los líderes de Kazán: "Los almuerzos, las cenas, los refrigerios, las meriendas y las bebidas, la ropa de cama, todo se distribuía gratis. Y los generosos anfitriones, hospitalarios a expensas del Estado, no prestaban la mínima atención a las cuestiones materiales".[362]

Louis Fischer, un corresponsal estadounidense simpatizante de la Unión Soviética, se mostró preocupado por estos indicadores de privilegio emergente. "Tal vez, en efecto, está naciendo una nueva clase", escribió en 1935. Pero luego recordó el argumento soviético según el cual el privilegio no era más que un fenómeno pasajero, un paso en el camino hacia el enriquecimiento universal.

> El reciente aumento de la oferta de bienes y servicios ha invertido […] los privilegios de manera bastante significativa. […] Pero un aumento aún mayor acabará con numerosos privilegios: cuando haya suficientes departamentos, ya no será un privilegio conseguir uno. *El privilegio es producto de la escasez. Pero también indica el comienzo del fin de la escasez y, por lo tanto, el comienzo de su propio fin.*[363]

Al describir el nuevo gusto de los obreros por los productos de calidad, el escritor soviético Pável Nilin se preguntó si eso debía llamarse "lujo". La

respuesta fue negativa. El lujo, como “explica con autoridad” la *Gran Enciclopedia Soviética*, es un concepto relativo. “Con el crecimiento de las fuerzas productivas, los artículos de lujo pueden convertirse en necesidades”… y eso era exactamente lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética.[364]

Stalin contribuyó al reconocimiento erróneo al apropiarse del término *intelliguentsia* para describir a las élites soviéticas como un todo, confiriendo de manera tácita a los funcionarios comunistas la superioridad cultural de los académicos y escritores. Esta fusión de las élites del poder con las élites de la cultura no era una mera prestidigitación, sino que transmitía un rasgo importante de la mentalidad soviética de los años treinta. Implicaba que la jerarquía social se conceptualizaba en términos *culturales*. Por ende, los privilegios de la *intelliguentsia* soviética (según la definición general de Stalin) se debían no a que fuese una clase dominante o un grupo de estatus de élite, sino a que se constituía como el grupo más culto y avanzado en una sociedad atrasada. Era privilegiada en tanto vanguardia cultural, al igual que los estajanovistas, cuya participación en el privilegio indicaba que este no era un corolario del estatus de élite. Los obreros y campesinos que se habían unido a la *intelliguentsia* por obra de la acción afirmativa sumaron otra faceta a la imagen de vanguardia porque, al igual que los estajanovistas, eran precursores en la marcha ascendente de las masas hacia la cultura. “Somos obreros” –afirma la esposa de un gerente en una novela de finales del período de Stalin, ignorando alegremente tanto la ocupación de su esposo como el estilo de vida burgués del que hacía alarde–. “Cuando el gobierno era pobre, nosotros también éramos pobres; cuando el gobierno se hizo más rico, nosotros también nos enriquecimos”.[365]

Por supuesto, no todo el mundo estaba convencido de estos argumentos. El reconocimiento erróneo no se practicaba fuera de los círculos de privilegio y las quejas populares contra los beneficios eran cosa de todos los días. “Los comunistas de Moscú viven como lores, van por ahí con sus tapados de piel y sus bastones con empuñaduras de plata”. “¿Quién vive bien? Solo los altos funcionarios y los especuladores”. Algunas críticas, informadas por la policía secreta, mencionaban específicamente el surgimiento de una nueva clase privilegiada. En el Ministerio de Agricultura, por ejemplo, cundió la indignación cuando se instalaron mesas separadas en la cafetería para los funcionarios que recibían raciones

adicionales. Según los informes de la policía, decían: "El objetivo es aniquilar la igualdad. [Quieren] crear clases: por un lado los comunistas (o la antigua nobleza) y por otro lado nosotros, los mortales comunes".[366]

Durante las grandes purgas, como veremos en el capítulo 8, el régimen se adueñó de este tipo de objeción popular al privilegio y mostró a los líderes comunistas deshonrados como abusadores del poder, como individuos corrompidos por un estilo de vida privilegiado. Esta apropiación podría considerarse cínica, pero existen pruebas de lo contrario. A juzgar por sus posteriores recuerdos, Viacheslav Mólotov, el colaborador más cercano de Stalin en la década de 1930, creía de verdad que muchos de los comunistas de alto rango se habían ablandado al llegar al poder y que los privilegios los habían corrompido. Una resolución inédita del Politburó de 1938, relativa al abuso de privilegios, sugiere que se trataba de una actitud colectiva y no individual. Algunos dirigentes deshonrados del partido, según la mencionada resolución, habían encargado la construcción de "grandes dachas palaciegas […] donde vivían en el lujo y malgastaban el dinero del pueblo, demostrando así su completa degeneración y corrupción en la vida cotidiana". Además, "el deseo de tener esas dachas palaciegas ha sobrevivido e incluso va en aumento en algunos círculos" de altos funcionarios del gobierno y del partido. Para combatir esta tendencia, el Politburó prohibió que las dachas superararan las siete u ocho habitaciones, y decretó que aquellas que excedieran ese tamaño serían confiscadas y convertidas en casas de descanso del gobierno.[367]

Los privilegios de los estajanovistas también despertaban el resentimiento de sus compañeros de trabajo. Se pensaba que eran personas que "ganaban dinero a costa de los otros trabajadores" y que "les sacaban el pan de la boca a los trabajadores".[368] A veces eran golpeados por sus compañeros de trabajo, que también les dañaban las máquinas.

> En la planta Amanecer Rojo, el 17 de octubre, durante una conversación sobre el movimiento estajanovista entre las trabajadoras del sector de bobinado, una de ellas, llamada Pávlova, dijo que se estaba transfiriendo de [una máquina de] doce bobinas a [una de] dieciséis. Después del receso, la trabajadora Smirnova colgó un trapo sucio en la máquina de Pávlova y dijo: "¡Aquí tienes un premio por tu activismo de transferencia a trabajo más intensivo!".

A las autoridades les gustaba atribuir cualquier manifestación antiestajanovista al "atraso", pero el caso de Smirnova resultaba desconcertante y angustiante, ya que no era una recluta inexperta del pueblo: "Smirnova es una antigua trabajadora, una proletaria pura. El comité de fábrica está tratando de averiguar quién pudo haberla incitado y qué provocó su protesta".[369]

Los indicadores de estatus

En 1934, una empresa minera de la región de Moscú decidió construir un albergue de lujo para sus trabajadores más eficaces. Había alfombras y arañas orientales por todas partes, según una noticia publicada en la revista *Nuestros Logros*. Lo más notable era que el albergue tendría un conserje que vestiría uniforme con ribetes de oro.[370]

Los uniformes llegaron a tener un poderoso atractivo, tanto para los funcionarios soviéticos como para los ciudadanos comunes y corrientes. Esta fue una nueva desviación a mediados de la década de 1930. Al principio la revolución había arrasado con todos los títulos, rangos y uniformes, por considerarlos marcas de estatus innecesarias e incluso absurdas, típicas de un régimen autocrático. Las charreteras, las insignias y hasta los rangos militares fueron proscriptos del Ejército Rojo durante casi dos décadas: para cortar por lo sano, los oficiales se dividieron en "altos mandos" y "mandos menores". También desaparecieron los antiguos uniformes de los estudiantes universitarios y secundarios. Se abolieron los rangos de la administración pública y los diferentes uniformes que hasta entonces habían usado los funcionarios de los distintos ministerios. Los uniformes de los antiguos ingenieros, incluido "el gorro con la insignia de la profesión: un martillo y una llave inglesa", aún se veían en la década de 1920. Pero durante la revolución cultural fueron repudiados. Un residente de Leningrado recordó haber visto desfilar por la calle a "un espantapájaros uniformado en llamas", y un corresponsal alemán en Moscú informó que "por la noche se quemó un gorro con insignia en medio de una gran algarabía para celebrar la caída de la 'casta de los ingenieros'".[371]

A mediados de la década de 1930, la marea cambió. Se reinstauraron los títulos, los rangos y los uniformes, en general bastante parecidos a sus predecesores imperiales. En 1934 una comisión gubernamental recomendó el diseño de uniformes distintivos para el personal de la aviación civil, las autoridades de vías fluviales y pesqueras, la explotación maderera y la de exploración polar, además de los que ya usaban el personal ferroviario y milicianos. Todos los uniformes indicarían el rango del usuario de la misma manera: con semicírculos, círculos, pentágonos y estrellas. E incluirían un gabán y una chaqueta campesina con cinto de cuero. El uniforme del personal directivo (categoría de oficial), debería estar cruzado por una correa desde el hombro al cinturón Sam Browne.[372]

El drástico giro de mediados de la década de 1930 se ha atribuido a un proceso general de "aburguesamiento" del régimen estalinista y de repudio hacia los valores revolucionarios.[373] Acaso sea cierto, pero debemos recordar que los contemporáneos lo veían de otra manera. Los comunistas que habían ascendido de las clases bajas tendían a considerar estas distinciones –basadas en las del antiguo régimen– como una simple prueba de que la revolución había triunfado: ahora ellos tenían lo que los antiguos jefes solían tener. Los mineros de Moscú debían sentir lo mismo al ver a su imponente conserje, cuyo uniforme era casi idéntico al que se usaba en el antiguo régimen y por eso mismo los complacía.

Además, cabe señalar que el atractivo de los uniformes no solo se relacionaba con el estatus. El regreso de los uniformes escolares en la segunda mitad de la década, que contó con el beneplácito popular, no fue una cuestión de estatus social: todos los estudiantes asistían a escuelas públicas y la única diferencia que marcaban los uniformes era entre niños y niñas. Sin embargo, *Izvestiia* publicó que "casi toda la familia" hablaba de los uniformes. Una comisión estatal había propuesto vestidos "azul eléctrico" para las niñas de la escuela secundaria, pero muchos tenían otras ideas. Los méritos relativos de las boinas y las gorras, los pantalones largos y los "bombachos deportivos" eran discutidos con entusiasmo. Algunas personas simpatizaban con la idea de los uniformes porque *disminuían* las diferencias sociales dentro de la escuela. Los uniformes se relacionaban con el orden y la corrección, y también con inculcar la responsabilidad y el orgullo por lo colectivo.[374]

Sin embargo, el cambio en el rumbo político de mediados de los años treinta marcó el inicio de un proceso de restauración de los rangos y los

uniformes que transformó el aspecto de las fuerzas armadas y civiles soviéticas. Primero fue el turno del Ejército Rojo, con el restablecimiento de los rangos de comandante, coronel y mariscal en 1935. Cinco líderes militares, incluidos Klim Voroshílov, el ministro de Defensa y Mijaíl Tujachevski, fueron nombrados mariscales de inmediato.[375] Se introdujeron nuevos uniformes, con charreteras e insignias que recordaban a los del antiguo ejército imperial. Un comunista que presenció la primera aparición pública de los nuevos uniformes en el desfile de noviembre en la Plaza Roja registró el evento en su diario personal:

> Voroshílov recibió el desfile montado en un maravilloso caballo y con su nuevo uniforme de mariscal. Los mariscales […] estaban de pie en el mausoleo [de Lenin] junto a los miembros del Politburó. Las tropas también vestían uniforme nuevo. Tienen charreteras, que no se han visto desde hace dieciocho años. Para el cuerpo de oficiales subalternos, cabos, sargentos y sargentos mayores se han reintroducido las insignias; y para los oficiales, las charreteras. [376]

Aunque la Unión Soviética no fue tan lejos como el antiguo régimen, en el que cada funcionario tenía su rango y un uniforme que designaba la rama del servicio, dio algunos pasos significativos en esa dirección. El NKVD implementó una jerarquía de rangos con nuevos títulos de sesgo militar, desde sargento y subteniente hasta comisario general de Seguridad del Estado; sus miembros llevaban insignias y uniformes cuyos pantalones azules, cuenta Robert Tucker, eran "del mismo color que los de la policía uniformada de la Rusia zarista". Durante la guerra, por primera vez, se introdujeron rangos de tipo militar para los fiscales del Estado. También los diplomáticos soviéticos comenzaron a usar uniforme en este período.[377]

La ciencia fue una de las pocas esferas donde las jerarquías tradicionales de rango no fueron depuestas por la Revolución de Octubre, ni tampoco por la revolución cultural a finales de la década de 1920. En la cúspide de la pirámide estaban los miembros plenos de la Academia de Ciencias, a quienes siempre había que dirigirse por su título de "Académicos". El estatus de académico no se alcanzaba por nombramiento del régimen, sino por cooptación de los miembros de la academia, tradición que sobrevivió al

cuestionamiento de los militantes comunistas. La revolución cultural, que impactó con particular fuerza en las universidades, eliminó la jerarquía tradicional de los títulos académicos, que fueron restaurados por ley en 1932 y 1937.[378]

La esfera cultural implementó una nueva organización de títulos y honores en la década de 1930. Esto tuvo poco que ver con la tradición y los precedentes zaristas; en cambio, reflejó el compromiso del régimen soviético con la alta cultura y su reciente acercamiento a la antigua *intelliguentsia.* El título de "Artista Distinguido" o "Científico Distinguido" ya se había instaurado a mediados de los años veinte. Años más tarde, se había sumado un título superior, "Artista del Pueblo de la República Rusa" (o ucraniana o uzbeka), pero uno y otro eran concedidos con moderación. Solo a mediados de la década de 1930, con la creación de un título aún más elevado, el de "Artista del Pueblo de la Unión Soviética", comenzaron a distribuirse con mayor prodigalidad.[379]

En los últimos años de la década el régimen se volvió más dadivoso, si no extravagante, en la concesión de títulos y honores a destacados miembros de las comunidades artística, académica y científica. Luego de un festival de la cultura uzbeka realizado en Moscú en 1937, trece músicos de esa nacionalidad y otros artistas recibieron Órdenes de la Bandera Roja del Trabajo y a otros veinticinco les fueron otorgadas Órdenes de la Señal de Honor. A principios de 1939, un único decreto del gobierno soviético otorgó órdenes a ciento setenta y dos escritores. Un mes más tarde, los estudios cinematográficos de Moscú, Mosfilm, recibieron la Orden de Lenin (que podía otorgarse tanto a instituciones como a individuos) y ciento treinta y nueve integrantes de su personal recibieron títulos y premios en diversos niveles por su participación en la realización de las películas *Alejandro Nevsky, Volga-Volga, Chapáiev* y otros éxitos del estudio.[380]

La creación de los premios Stalin en 1939 agregó un nuevo escalón hacia la cima de los honores culturales. Los Stalin se otorgaban por logros sobresalientes en las artes, la literatura, los estudios académicos y la ciencia. En la formulación original, debían entregarse noventa y dos premios por año cuyo monto oscilaba entre los 25.000 y los 100.000 rublos y se completaba con una medalla de oro. El título "Laureado del Premio Stalin", establecido por decreto gubernamental el 26 de marzo de 1941, implicaba una mayor veneración que los de "Científico Distinguido" o "Artista del Pueblo". Era el equivalente soviético del Nobel.[381]

La *intelliguentsia* no monopolizaba en modo alguno este asunto de las órdenes y los títulos. La Orden de Lenin y la de la Bandera Roja, más algunos títulos como "Héroe del Trabajo" se otorgaron a una amplia diversidad de personas, incluso a "gente común" sobresaliente como los estajanovistas, los delegados obreros y los campesinos del Sóviet Supremo. Estos premios eran muy valiosos en términos de estatus: los galardonados debían ser nombrados públicamente por su título o rango, como ocurría con los académicos y profesores ("La Distinguida Artista de la República Rusa Alekséieva cantará el papel de Tatiana"). Además, los premios tenían un valor práctico nada desdeñable. Los Héroes del Trabajo –que había trabajado durante al menos treinta y cinco años en la industria, la ciencia, el gobierno o el servicio público– recibían una pensión equivalente a las tres cuartas partes de su salario o sueldo completo. Las órdenes incluían pequeños pagos mensuales en efectivo –25 rublos por una Orden de Lenin, 10 rublos por una Señal de Honor– más la exención de ciertos impuestos y una reducción de entre el 10 y el 50% en el alquiler de su departamento. Los portadores de órdenes, como quienes ostentaban los títulos de "Artista del Pueblo", "Artista Distinguido" y similares, también tenían derecho a una pensión especial. En una sociedad donde la prioridad de acceso era crucial, los portadores de títulos y órdenes tenían prioridad para conseguir boletos de tren, habitaciones en las casas de descanso estatales y un sinnúmero de cosas.[382]

Patronos y clientes

> Es útil tener como suegro a un comandante militar o a un comunista influyente, así como de suegra a la hermana de un alto dignatario.
> **Trotski, *La revolución traicionada***

En la Unión Soviética, pese a la aparente burocratización, muchas cosas funcionaban en el nivel personal. Así en las oficinas gubernamentales, medio en serio medio en broma, se comentaba que la única manera de llegar a ver a un funcionario importante era decir que se trataba de un

asunto personal.[383] Lo mismo ocurría en la esfera de la oferta, donde la manera más fácil de obtener bienes era por medio del *blat*, conexiones personales. Y otro tanto sucedía en el ámbito de los privilegios, ya que lujos como las dachas y la vivienda en un edificio de departamentos ministeriales eran escasos y la mera pertenencia al grupo elegible no bastaba para obtener el premio. Para conseguir privilegios había que tener contactos con alguien de más arriba: en resumen, uno necesitaba un patrono, tipo de relaciones que era omnipresente en la sociedad soviética.

Por supuesto, no todo el mundo tenía la suerte de contar con patronos, pero tarde o temprano todos tenían que vérselas con este fenómeno, aunque más no fuera por la experiencia de perder ante alguien que contaba con "protección". Para referirse al clientelismo, como ocurría con el *blat,* eran usuales eufemismos que hacían énfasis en la amistad entre cliente y patrono. Para describir las transacciones de clientelismo se utilizaban verbos como "ayudar", "apoyar" y "asistir". En las solicitudes por escrito a los protectores se les pedían "consejos" y "ayuda".[384]

Para la gente común, que carecía de contactos especiales, la fuente más probable de clientelismo era el jefe o el secretario local del partido. En el caso de un *koljoznik*, el presidente del *koljoz* podía (o no) fungir de patrono, como en el ejemplo que dio un encuestado en el proyecto de Harvard: "El contador de nuestro *koljoz* […] tenía muy buenas relaciones con el presidente de nuestro *koljoz*. Tenía *protektsiya*. […] Si el contador quería arreglar su casa y contaba con *protektsiya* del presidente del *koljoz*, podía conseguir el mejor material". Para un periodista, el editor del periódico podía oficiar como patrono; para un obrero, el director de la fábrica o el secretario del partido o "un amigo entre los cuadros jerárquicos del área [de personal]". Para convertirse en una "celebridad" estajanovista era imprescindible contar con un patrono, por lo general un secretario local del partido.[385]

La *intelliguentsia* –o, en sentido estricto, la "*intelliguentsia* creativa" de escritores, artistas, científicos y estudiosos– tenía clase propia en lo que respecta al patronato. En primer lugar, sus patronos estaban excepcionalmente bien ubicados, a menudo en el nivel del Politburó. Es probable que no hubiera un solo miembro del Politburó sin su grupo de clientes intelectuales, ya que sin estos no era posible alcanzar la reputación de hombre culto que los miembros del Politburó, así como los mortales inferiores, tanto ansiaban. En segundo lugar, podría decirse que el sistema

de privilegios de la *intelliguentsia* descripto en este capítulo requería una red de clientelismo para asignarlos. Por último, cabe señalar que los miembros de la *intelliguentsia* creativa, escudados por siglos de práctica con patronos imperiales y aristocráticos, mostraron mayor asiduidad y estilo como clientes que casi todos los demás grupos sociales.

Nadiezhda Mándelstam, esposa del poeta Ósip Mándelstam, describió así su primer reconocimiento consciente del sistema de clientelismo:

> En 1930, en la pequeña casa de descanso para peces gordos de Sujumi, donde fuimos a parar por un descuido de Lakoba, la esposa de Ezhov me dijo: "Pilniak viene con nosotros". "¿Y ustedes con quién van?", preguntó enseguida. Indignada, le conté esa conversación a O. M., pero él me tranquilizó: "Todo el mundo va [con alguien]. Obviamente no puede ser de otra manera. Y nosotros 'vamos' con Nikolái Ivánovich".[386]

"Nikolái Ivánovich" era Bujarin, para entonces una estrella fugaz en el partido. Ezhov era un astro en ascenso, jefe del Departamento de Personal del Comité Central que pocos años después se convertiría en el infame jefe de la policía secreta durante las grandes purgas. Los Ezhov, según el comentario de la esposa, buscaban amigos (clientes) de la *intelliguentsia* para sumar prestigio. El escritor Borís Pilniak no fue su única presa. Mijaíl Koltsov, renombrado ensayista y editor de las revistas *Krokodil* y *Ogonek*, también entró en la órbita de los Ezhov en la segunda mitad de la década de 1930. La esposa de Ezhov, Evguenia, periodista, tenía muchos amigos en el mundo cultural; el escritor Isaac Babel no solo era su amigo, sino también su examante.[387]

Muchos miembros de la *intelliguentsia* deben haber reconocido sus propias fantasías en aquella que esbozó el escritor Mijaíl Bulgákov respecto de Stalin a la hora de otorgar en persona su protección:

> Motocicleta. […] ¡Brrrum, brrrum! ¡Ya está en el Kremlin! Misha entra en la sala, y allí están Stalin, Mólotov, Voroshílov, Kaganóvich, Mikoyán y Yagoda.
> Misha se detiene en la puerta y hace una genuflexión.
> **Stalin**: ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás descalzo?

> **Bulgákov** (se encoge los hombros con tristeza): Es que… no tengo botas…
> **Stalin**: ¿Qué es esto? ¿Mi escritor no lleva botas? ¡Qué escándalo! Yagoda, quítate las botas y dáselas.[388]

En la vida real, las reuniones de clientes de la *intelliguentsia* con Stalin u otros patronos de alto rango escaseaban. Lo habitual era solicitar la ayuda del patrono por carta (siempre entregada en mano) y recibir como respuesta (cuando la suerte sonreía y el patrono podía ayudar) una llamada telefónica.[389]

Los patronos políticos podían asistir a los clientes de la *intelliguentsia* de varias maneras. Podían ayudarlos a obtener bienes escasos como departamentos o vacantes en un complejo de élite. Podían proteger a un cliente que caía en desgracia (aunque no siempre era posible: durante las grandes purgas este tipo de protección se volvió muy difícil y riesgoso). Por último, podían intervenir a favor de un cliente en disputas profesionales. Los clientes solicitaban a menudo este servicio, lo cual indica que la incidencia de la intervención "estatal" y "partidaria" en cuestiones culturales era aún mayor de lo que de otro modo habría sido.

El patronato era uno de los mecanismos más utilizados para distribuir bienes escasos. El expediente de Viacheslav Mólotov, jefe del gobierno soviético, está plagado de peticiones de ese tipo, en especial de vivienda. Escritores, músicos, científicos, artistas y escritores [sic]… todos se acercaban a Mólotov, dirigiéndose a él por su nombre y patronímico en cartas que presentaban sus peticiones a título personal. El joven escritor Pável Nilin, cuyas ideas sobre el carácter relativo del lujo ya fueron mencionadas en este capítulo, fue uno de los que tuvo buen éxito con Mólotov (consiguió un departamento de una habitación de 18 m^2, el doble de superficie que el anterior). El escritor Alekséi Tolstói, legendario poseedor de una "cuenta bancaria ilimitada", consiguió una dacha de entre ocho y diez habitaciones, aunque había pedido once por si acaso.[390]

Las solicitudes de protección contra la difamación o el ataque también abundaban en la correspondencia dirigida a Mólotov. Un científico no partidario pidió respaldo contra el acoso de un poderoso colega comunista, un historiador le pidió que lo ayudara a desterrar el rumor calumnioso de que había sido amigo de un trotskista, y un poeta se quejó de una crítica devastadora contra su trabajo publicada en *Pravda*.[391] Otros líderes

recibieron solicitudes similares de clientes. Una actriz acudió a Yákov Agránov, un alto funcionario del NKVD, en busca de ayuda porque su marido tenía problemas. Cuando el compositor Dmitri Shostakóvich cayó en desgracia por su ópera *Lady Macbeth del Distrito de Mtsensk*, recurrió sin titubear a su amigo y mecenas, el mariscal Tujachevski.[392]

Los clientes apelaban con frecuencia a los patronos para que intervinieran en disputas profesionales. Por ejemplo, la enemistad de Lysenko con los genetistas fue objeto de numerosos pedidos de ambas partes. La física también era objeto de apelaciones cruzadas. Por ejemplo, un grupo de filósofos comunistas buscó el apoyo de Mólotov para un controvertido ataque contra el "idealismo" en la física publicado en su revista, mientras Kapitsa les escribió a Stalin y Mólotov en defensa de los "idealistas", calificando la intervención de la revista como "científicamente analfabeta" y rechazando el supuesto de que "si uno no es materialista en física, […] es enemigo del pueblo". Los artistas, escritores y actores también eran propensos a recurrir a los patronos para resolver disputas profesionales.[393]

Algunos miembros destacados de las profesiones culturales y académicas, como Piotr Kapitsa y Serguéi Vavílov en las ciencias naturales, actuaron como representantes de un grupo de clientes para tratar con patronos de alto rango. Asumieron esta función de intermediarios por su talla y posición profesional (adquirida de manera automática por los presidentes de la Academia de Ciencias, los secretarios de los sindicatos profesionales y los directores de los institutos científicos) y por sus conexiones con varios líderes del gobierno. A veces había que representar los intereses profesionales de un grupo, como cuando Aleksandr Fadéyev, secretario de la Unión de Escritores, le escribió a Mólotov para comunicarle la angustia de la comunidad literaria porque no se había asignado ningún Premio Stalin a la Literatura (esto se remedió enseguida) y para plantear otras cuestiones de índole profesional, como los derechos de autor y los impuestos sobre los ingresos de los escritores. A veces implicaba interceder en nombre de los subordinados, como cuando el jefe de un proyecto de construcción le escribió al presidente del sóviet de Leningrado en nombre de los ingenieros amenazados con ser deportados como "ajenos a la sociedad".[394]

Muchas intervenciones de los "intermediarios" estaban relacionadas con arrestos dentro de la comunidad profesional que estos representaban. Kapitsa recurrió dos veces a Stalin por el arresto y encarcelamiento del

físico Lev Landáu. En 1944 Serguéi Vavílov le escribió a Lavrenti Beria (jefe de la policía de seguridad) para intentar obtener la excarcelación de un joven astrónomo. Máximo Gorki fue famoso por este tipo de intervenciones a favor de intelectuales de Petrogrado durante la guerra civil y continuó la práctica en la década de 1930. El director de teatro Vsévolod Meyerhold recurrió asiduamente a sus protectores Avel Enukidze y Yagoda en nombre de amigos y conocidos del ambiente teatral que habían sido arrestados.[395]

En sus memorias, Iuri Elaguin narra la épica "batalla de patronos" entre dos figuras teatrales con muchas conexiones: L. P. Ruslánov, administrador del Teatro Vajtángov, y A. D. Popov, director del Teatro del Ejército Rojo de Moscú. Ruslánov y Popov vivían en el mismo edificio, y el problema surgió cuando Popov colgó en su balcón unas macetas que, según Ruslánov, eran un potencial peligro para los transeúntes. Ruslánov recurrió a sus contactos y Popov recibió una orden del jefe de la milicia del distrito para retirar las macetas; pero pudo evitar el mal trago gracias a un permiso del jefe de la milicia de la ciudad para dejarlas en su sitio. Entonces Ruslánov contactó al jefe de la milicia de la Unión Soviética, que envió la orden de retirar las macetas de inmediato, a lo que Popov respondió con una carta de Voroshílov que ordenaba que dejaran de acosarlo por ese tema. Con todo, Ruslánov fue el ganador en la contienda: recurrió a Kalinin, presidente de la URSS, y obtuvo la orden para retirar las macetas.[396]

Apócrifa o no, esta historia elucida las jerarquías del clientelismo que podían invocar los clientes persistentes y con buenos contactos. Según Elaguin, el Teatro Vajtángov tenía un grupo de patronos de nivel medio en el período anterior a 1937, incluidos Máximo Gorki, Enukidze e Yákov Agránov (subdirector de la OGPU), "siempre dispuestos a hacer todo lo posible por nuestro teatro". Pero también había personas aún más destacadas, en especial los miembros del Politburó Voroshílov y Mólotov, a quienes se podía recurrir en casos extremos.[397]

En estas relaciones los beneficios para los clientes son más que obvios, pero… ¿y los beneficios de los patronos? Al parecer, eran los mismos que han inspirado a los patronos a lo largo de los siglos; es decir, la creencia en que el patronato de las artes otorga brillo y prestigio, el goce que produce el roce social con miembros de la alta sociedad cultural, el placer de los halagos que sus clientes seguramente les prodigaban. A Voroshílov "le gustaba jugar un poco a ser, llamémoslo así, un mecenas de las artes, un protector de artistas, etc.", según Mólotov, quien además señaló que existía

una verdadera amistad entre Voroshílov y algunos de sus clientes, como el pintor Aleksandr Guerásimov. Para Iván Gronski –que de ser el hijo de una sirvienta llegó a editor de *Izvestiia* y mecenas de un grupo de artistas realistas de la vieja escuela–, la admiración de los "viejos y famosos maestros de la pintura" era halagadora y al mismo tiempo incómoda. Los clientes agradecidos hacían efusivos tributos a los políticos, en los cuales enfatizaban su experiencia cultural: por ejemplo, la escritora Galina Serebriakova, vecina de dacha de muchos líderes políticos, escribió acerca de Valerian Kúibyshev, un miembro del Politburó, que era "un hombre polifacético, gran conocedor del arte y la literatura, encantador, extraordinariamente sencillo y modesto en su enfoque", al recordar su respuesta estética a un hermoso atardecer.[398]

Desde luego, ser patrono conllevaba algunos riesgos, al igual que ser cliente. Los clientes podían elogiar la generosidad de sus protectores, pero los excesos de entusiasmo por un líder local podían provocar la acusación de que se estaba fomentando un "culto a la persona". Y no olvidemos que Stalin era notoriamente sensible a la idea de que sus subordinados ganaran sus propios seguidores; no veía con buenos ojos la amistad de Voroshílov con Guerásimov y otros artistas: según Mólotov, vislumbraba peligros en los contactos personales cercanos entre la esfera política y la cultural "porque los artistas son personas irresponsables. Son inofensivos, pero a su alrededor pulula todo tipo de chusma dudosa. Explotan esa conexión, con los subordinados de Voroshílov, con su familia". El clientelismo de Gronski con los artistas realistas, mencionado más arriba, podría haberlo metido en problemas. Al día siguiente de que un grupo de "clientes" lo acompañara a su casa como gesto de agradecimiento por su intervención en una reunión de artistas, Gronski recibió una llamada telefónica de Stalin con la abrupta pregunta (que él entendió como una amenaza velada): "¿Qué tipo de manifestación fue la de ayer?".[399]

Para los clientes, también había peligros. El respaldo de Ezhov sin duda fue peligroso a largo plazo para sus clientes, que en su mayoría perecieron en las grandes purgas después de su caída. Cuando Bujarin cayó en desgracia por derechista, su patronato arruinó la carrera de una cohorte de jóvenes académicos comunistas. Esto también podía ocurrir en niveles menos elevados. Como dijo un periodista entrevistado en el proyecto de Harvard, "la protección es un asunto peligroso. […] Si tienes un amigo, es bueno, pero si mañana lo arrestan, es malo. En efecto, cuando arrestan a tu

amigo te metes en problemas. La policía no solo está interesada en él, sino en sus amigos. Cuando arrestaron a Yagoda, también arrestaron a aquellos con quienes tenía conexiones. […] Si trabajas en un periódico y tu editor te protege, es bueno; pero no durará mucho tiempo”.[400]

El patronato existe en todo tipo de sociedades. Como característica distintiva de su versión soviética en la era de Stalin, el Estado era el distribuidor monopólico de todos los bienes y servicios, en un contexto de escasez. Ese monopolio estatal significaba que la *asignación* era una función fundamental de la burocracia soviética. La escasez implicaba que el acceso era una cuestión de prioridad y privilegio. Había reglas formales sobre las prioridades, pero no resolvían cuestiones específicas de asignación, máxime porque el grupo elegible que se priorizaba patronato era más numeroso que la suma de los bienes disponibles. Era allí donde el clientelismo (y su pariente cercano, el *blat*) hacía su aporte. Las decisiones finales de asignación dependían de burócratas, pero se basaban en razones personales, no burocráticas y legales. Los miembros de la *intelliguentsia* tendían a confiar más en el clientelismo que en el *blat* porque tenían relaciones personales más estrechas con la alta sociedad comunista que la mayoría de los ciudadanos. El hecho de integrar un grupo privilegiado no confería automáticamente privilegios a ninguna persona. Los miembros individuales de la *intelliguentsia* efectuaban sus peticiones de privilegios de la misma manera que los aspirantes a estajanovistas, es decir, recurriendo a patronos que los respaldaran.

---

[290] *Skatert’–samobranka*. Véase Maria Kravchenko, *The World of the Russian Fairy Tale*, Berna, 1987, p. 72.

[291] Véase Leon Trotsky [Lev o León Trotski] en su *The Revolution Betrayed*, Londres, 1967 [1937] [ed. cast.: *La revolución traicionada,* Madrid, Fundación Federico Engels, 2015].

[292] Cité aquí la frase en su forma esloganizada. El verdadero comentario de Stalin, en un discurso pronunciado el 1º de diciembre de 1935 durante una asamblea de conductores y conductoras de cosechadoras, fue: “Todo el mundo dice que la situación material de los trabajadores ha mejorado de manera considerable, que la vida se ha vuelto mejor, más alegre”. Stalin, *Soch*, I (XIV), p. 106.

[293] Para ejemplos, véanse *Izv*., 1º de enero de 1936, p. 1; Lahusen, *How Life Writes the Book*, p. 52. El texto de la cancion “La vida se ha vuelto mejor” (1936), que usa la versión esloganizada como estribillo, aparece en Von Geldern, *Mass Culture*, pp. 237-238. Sobre la imitación, véase el capítulo 7.

[294] Véase N. S. Timasheff, *The Great Retreat. The Growth and Decline of Communism in Russia*, Nueva York, 1946.

[295] *Vech. Mosk*., 4 de octubre de 1934, p. 2.

[296] A. I. Mikoian, *Pishchevaia industriia Sovetskogo Soiuza*, Moscú, 1939, pp. 68, 80; *Gor'kovskaia kommuna*, 10 de abril de 1938, p. 4.
[297] *Kommuna*, 18 de julio de 1936, pp. 3-4. En agosto de 1937, con maquinaria importada, la marca Novi Svet [Nueva Luz] empezó a producir champagne, su producción prevista rondaba entre diez mil y doce mil botellas por día: *Krasnyi Krym*, 20 de agosto de 1937, p. 2.
[298] Sobre los anuncios, véase Randi Barnes-Cox, "Soviet Commercial Advertising and the Creation of the Socialist Consumer, 1917-1941", en Christina Kiaer y Eric Naiman (comps.), *Everyday Life in Early Soviet Russia. Taking the Revolution Inside*, Bloomington, 2006. Sobre el comercio culto, véase Hessler, "Culture of Shortages", cap. 6.
[299] Hessler, "Culture", pp. 292, 294.
[300] *Krasnaia gazeta* [en adelante, *Kras. gaz.*], 27 de junio de 1936, p. 4; *Ogonek*, 1936, n. 16, retiración de tapa.
[301] *Ogonek*, 1936, n. 5, pp. 19-21. La enérgica comercialización de perfumes en la segunda mitad de la década de 1930 suele atribuirse a los esfuerzos de la esposa de Mólotov, Polina Zhemchúzhina, que dirigía la industria cosmética soviética.
[302] Véanse los anuncios de Prekonsol, que se describía como "uno de los mejores medios químicos para evitar el embarazo", y los diafragmas (*shariki*) Vagilen en *Krasnyi Krym*, 27 de julio de 1937, p. 4; *Rab. put.*, 26 de marzo de 1937, p. 4; *Sovetskaia Sibir'* [en adelante, *Sov. Sibir*], 4 de septiembre de 1936, p. 1; y *Ogonek*, retiración de contratapa de varios números de 1936. Agradezco a Yuri Slezkine y sus amigos ginécologos de Moscú por su ayuda en este asunto.
[303] *Trud*, 4 de mayo de 1934, p. 4.
[304] HP #1 (I), p. 15; 385 (XIX), pp. 11-12; *Trud*, 2 de julio de 1935, p. 1.
[305] B. Glotov, "Bilet do Leningrada. Bol'shevik Zinaida Nemtsova, kak ona est'", *Ogonek*, 1988, n. 27 (julio), p. 7.
[306] *Nash. dost.*, 1934, n. 6, pp. 56, 60.
[307] Cit. en Khlevniuk, *1937-i*, 39, de *Baltimore Sun*, 18 de noviembre de 1934. El artículo apareció en un resumen de los medios de prensa extranjeros distribuido entre los líderes del partido.
[308] Véanse Iurii [Iuri] Elagin, *Ukroshchenie iskusstv*, Nueva York, 1952, pp. 178-182; *Vech. Mosk.*, 17 de noviembre de 1934, p. 4.
[309] Véanse Stites, *Russian Popular Culture*, pp. 88-93 (musicales); S. Frederick Starr, *Red and Hot. The Fate of Jazz in the Soviet Union*, Nueva York, 1983, cap. 6 (*jazz*); *Trud*, 14 de diciembre de 1935, p. 4 ("Hollywood soviético"); *Zhenshchina–bol'shaia*, p. 75 (baile).
[310] *Trud*, 3 de enero de 1936, p. 4.
[311] *Molot*, 23 de junio de 1933, p. 4; *Izv.*, 9 de enero de 1936, p. 1; *Rabochii*, 13 de enero de 1934, p. 4.
[312] Sobre fútbol, véase Robert Edelman, *Serious Fun. A History of Spectator Sports in the U.S.S.R.*, Nueva York, 1993.
[313] Véanse Karen Petrone, "Parading the Nation: Physical Culture Celebrations and the Construction of Soviet Identities in the 1930s", *Michigan Discussions in Anthropology*, XII, 1996; *Agitatsiia za schast'e. Sovetskoe iskusstvo stalinskoi epoji*, Düsseldorf - Bremen, 1994, pp. 180-190; Von Geldern, *Mass Culture*, pp. 235-236. *Fizkul't-ura-ura-ura!* es un juego con las palabras *fizkul'tura* (cultura física) y *hurrah* (hurra).
[314] *Vech. Mosk.*, 30 de noviembre de 1935, p. 4; Louis Fischer, *Soviet Journey*, pp. 107-118; Marjory Fischer, *Palaces*, pp. 67-73; Roland, *Caviar*, p. 55. Véase también Karl Schlögel, "Der 'Zentrale Gor'kij-Kultur-und Erholungspark' (CPKiO) in Moskau. Zur Frage des Öffentlichen Raums im Stalinismus", en Manfred Hildermeier y Elisabeth Müller-Luckner (comps.), *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg. Neue Wege der Forschung = Stalinism before the Second World War. New Avenues of Research*, Múnich, 1998.

[315] Cit. en Rosalinde Sartorti, “Stalinism and Carnival”, en Hans Günther (comp.), *The Culture of the Stalin Period*, Nueva York, 1990, p. 67.
[316] *Vech. Mosk*., 1º de noviembre de 1935, p. 1. Sobre los carnavales de la década de 1920, véase Shcheglov, *ZT*, pp. 520-522.
[317] *Vech. Mosk*., 9 de julio de 1935, p. 3; *Izv*., 9 de julio de 1935, p. 4; *Krok*., 1936, n. 19, p. 3. Se informó sobre un enfoque más severo en la ciudad minera de Górlovka, que anunció un baile de disfraces en el cual “los trajes deben responder a los siguientes propósitos: las antiguas y nuevas normas [laborales], la guerra ítalo-abisinia, la amistad entre Japón y Alemania, y las víctimas del capitalismo” (*Krok*., 1936, n. 11, p. 15).
[318] *Izv*., 12 de abril de 1935, p. 4. El compositor Reinhold Glière, el escritor Borís Pilniak, el director alemán de teatro Erwin Piscator y la directora del Teatro Infantil de Moscú, Natalia Sats, fueron algunos de los participantes en la planificación del primer carnaval nocturno, celebrado en septiembre de 1935.
[319] Roland, *Caviar*, p. 55.
[320] Cita de Khlevniuk, *1937-i*, pp. 41-42, de *Sotsialisticheskii vestnik*, 1934, n. 19, p. 14. Sobre los privilegios de la *intelliguentsia* en la década de 1920, véase Fitzpatrick, *Education*, pp. 79-86. Sobre su destino durante la revolución cultural, véase Fitzpatrick, *Cultural Revolution*.
[321] Véanse *Izv*., 27 de agosto de 1934, p. 1, y Jeffrey Brooks, “Socialist Realism in *Pravda*: Read All about It!”, *Slav. Rev*., 53(4), 1994, pp. 976-981.
[322] Véanse las Conclusiones.
[323] Véanse Elaguin, *Ukroshchenie*, p. 143; HP #421 (XXI), p. 67 y #387 (XX), p. 56.
[324] Bonner, *Mothers and Daughters*, p. 126; Osokina, *Ierarjiia*, pp. 63-65.
[325] Gronski, *Iz proshlogo*, p. 140. Gronski se asigna el crédito por la inclusión de los artistas.
[326] Hubbard, p. 82; Osokina, *Ierarjiia*, pp. 63-64; Bonner, *Mothers*, p. 251; HP, #385 (XIX), p. 47. GORT = *Gosudarstvennoe ob’edinenie roznichnoi torgovli* [Asociación Estatal de Comercios Minoristas N. de E.]
[327] Osokina, *Ierarkhiia*, p. 71; *Ist. sots. ekon*., III, p. 454.
[328] RTsJIDNI, f. 78, op. 1, d. 549, ll. 76-77.
[329] Tuominen, *Bells*, p. 205.
[330] Según la división política vigente entre 1929 y 1937. [N. de E.]
[331] Que abarcaba la república homónima y territorios aledaños. [N. de E.]
[332] SA, WKP 355, p. 179; RTsJIDNI, f. 78, op. 1, d. 549, ll. 76-77; cit. en *Krok*., 1936, n. 24, p. 14.
[333] *Rab. put*., 15 de septiembre de 1937, p. 2.
[334] Colton, *Moscow*, p. 168. Véase una apreciación menos positiva en *Bells*, pp. 89-90.
[335] Colton, *Moscow*, pp. 337 y 852 (nota 174); Elagin, *Ukroshchenie*, pp. 62-63; *Sov. iust*., 1934, n. 8, p. 18, y 1935, n. 17, p. 24.
[336] *Trud*, 14 de noviembre de 1933, p. 4; *Rabochii*, 28 de marzo de 1932, p. 1; Kotkin, *Magnetic*, pp. 126-127, e ilustración p. 18; Scott, *Behind the Urals*, pp. 86-89.
[337] HP, #338 (XXXIII), 27, p. 8. “Los empleados domésticos y jornaleros” eran oficialmente 300.000 en 1935, y el censo de 1939 registró más de 500.000, casi todos mujeres: *Trud v SSSR. Statisticheskii spravochnik*, Moscú, 1936; *Vsesoiuznaia perepis’ naseleniia 1939 goda*, p. 111. Es probable que las dos cifras sean demasiado bajas, ya que los sirvientes, para solo mencionar los asalariados de la Unión Soviética, no eran empleados del Estado, sino de personas privadas (que no siempre los registraban).
[338] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1748, ll. 167-168 (carta anónima al sóviet de Leningrado, 1º de agosto de 1936).
[339] Scott, *Behind the Urals*, pp. 130-133.
[340] *Krok*., 1939, n. 12, p. 13; 1939, n. 20, p. 6; 1940, n. 17, p. 5.

[341] Si bien los sanatorios eran instituciones médicas, los ciudadanos soviéticos solían utilizarlos como residencia de vacaciones (*doma otdyja*). Según evidencia aportada por memorias, casi todos los miembros de la élite soviética de la década de 1930 (sin mencionar a los ciudadanos comunes) tenían problemas de salud crónicos, para los cuales se creía que un régimen de sanatorio (ejercicio, dieta y descanso bajo supervisión médica) era beneficioso.
[342] *Kras. Tat*., 24 de abril de 1937, p. 4; véase también ibíd., 21 de abril de 1938, p. 4.
[343] RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 995 (resolución del Politburó del 9 de febrero de 1938). Sobre la revocación, véase el capítulo 8.
[344] D. L. Babichenko, *Pisateli i tsenzory. Sovetskaia literatura 1940-kh godov pod politicheskim kontrolem TsK*, Moscú, 1994, pp. 11-13. Nótese que, como ocurría con todos los privilegios en la Unión Soviética, el del "uso indefinido" (*bessrochnoe pol'zovanie*) se retiraba abruptamente si su receptor pasaba a ser un "enemigo del pueblo".
[345] HP, #431 (XXI), pp. 26-29. Véase una descripción detallada de la construcción y la venta de dachas en Vaksberg, *Prosecutor*, pp. 86-93.
[346] Mándelstam, *Vospominaniia*, pp. 119-120; Sats, *Zhizn'*, p. 273.
[347] Elaguin, *Ukroshchenie*, pp. 150-154; Fitzpatrick, *Education*, p. 78; Gronski, *Iz proshlogo*, p. 140.
[348] Ginzburg, *Into the Whirlwind*, pp. 36-37; Bonner, *Mothers*, pp. 168-172, 244-246, 259. Sobre Artek, véase *Nash. dost*., 1932, n. 4, pp. 94-95.
[349] Sats, *Zhizn'*, p. 284.
[350] *Pravda*, 19 de mayo de 1937, p. 4; *Za ind*., 12 de mayo de 1937, p. 1; *Kras. gaz*., 3 de septiembre de 1936, p. 2.
[351] RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 984, l. 70, e ibíd., d. 1002 (resoluciones del Politburó sobre los aumentos de salario, 1937 y 1938); Khlevniuk, *1937-i*, pp. 39 y 165; *Sov. iust*., 1938, n. 19, p. 47.
[352] Paperny, *Kul'tura*, p. 176; *Izv.*, 29 de julio de 1934, p. 2; *Kul'turnaia zhizn' v SSSR 1928-1941 Jronika*, Moscú, 1976, p. 418. Sobre el funcionamiento del Litfond en las décadas de 1930 y 1940, véase Dietrich Beyrau, "The Organized Author: Institutions, Control, Care", en Gabriele Gorzka (comp.), *Kultur im Stalinismus*, Bremen, 1994, pp. 72-76.
[353] Sobre los automóviles M-1 que recibieron los estajanovistas, véase *Pravda*, 19 de mayo de 1937, p. 4; *Za ind*., 21 de abril de 1937, p. 2; *Kr. pr*., 30 de junio de 1936, p. 4; *Trud*, 21 de septiembre de 1936, p. 4.
[354] *Gueroini*, pp. 129, 71, 54-55.
[355] Paráfrasis de un periódico de Magnitogorsk en Kotkin, *Magnetic*, pp. 192 y 487, n. 179.
[356] Cit. en Siegelbaum, *Stakhanovism*, pp. 228 y 230.
[357] *Gueroini*, p. 129 (el destacado me pertenece). Sobre la importancia simbólica de la adquisición de una cama, véase el cuento de Vladímir Kontorovich en *Nash. dost*., 1936, n. 3, p. 95.
[358] *Trud*, 24 de diciembre de 1935, p. 2.
[359] Véase el apartado "El privilegio" del capítulo 4.
[360] Pierre Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, pp. 151-153, 169-170, y *passim*.
[361] "My borolis' za ideiu! Vospominaniia F. E. Treivas", en B. S. Ilizarova (comp.), *Zhenskaia sud'ba v Rossii*, Moscú, 1994, pp. 90-91.
[362] Bonner, *Mothers*, p. 109; *Kras. Tat*., 21 de abril de 1938, p. 4.
[363] Fischer, *Soviet Journey*, p. 55; el destacado me pertenece.
[364] *Nash. dost.*, 1934, n. 6, p. 61.
[365] "O proekte Konstitutsii Soiza SSR", 25 de noviembre de 1936, en Stalin, *Soch*., vol. I (XIV), pp. 142, 145; Vera S. Dunham, *In Stalin's Time. Middleclass Values in Soviet Fiction*, Durham, 1990, p. 108 (cita de la novela de 1952 de V. Kochetov, *Zhurbiny*).

[366] Cit. de GARF, f. 1235, op. 141(2), d. 147, l. 8 (1932); ibíd., f. 5446, op. 82, d. 42, ll. 75-77 (1935); RGAE, f. 7486s, op. 37, d. 237, l. 228 (1932).
[367] *Sto sorok besed*, pp. 410-411; RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 995.
[368] Cit. en Inkeles, *Soviet Citizen*, p. 307; GARF, f. 5457, op. 22, d. 49, l. 28 (1935).
[369] GARF, f. 5457, op. 22, d. 45, l. 9.
[370] *Nash. dost*., 1934, n. 6, p. 61.
[371] Daniil Granin, "Leningradskii katalog", *Neva*, 1984, n. 9, pp. 76-77; Paul Scheffer, *Seven Years in Soviet Russia*, Nueva York, 1932, p. 47.
[372] GARF, f. 3316, op. 2, d. 1529, ll. 4-5. Véase también Paperny, *Kul'tura*, pp. 93-97.
[373] Las obras clave aquí son Timasheff, *Great Retreat*, y Trotski, *La revolución traicionada*.
[374] *Izv*., 11 de septiembre de 1935, p. 4; RTsJIDNI, f. 17, op. 114, d. 822, l. 49 (carta a *Izv*., s.f. [1936-1937]).
[375] Timasheff, *Great Retreat*, p. 319; Paperny, *Kul'tura*, p. 97.
[376] Soloviev, "Tetradi", pp. 182-183.
[377] Timasheff, *Great Retreat*, pp. 319 y 448; Tucker, *Stalin in Power*, pp. 323 y 648, n. 68.
[378] Fitzpatrick, *Education*, pp. 219-220; *Sobranie zakonov i rasporiazhenii rabochekrest'ianskogo pravitel'stva SSSR* [en adelante, *Sobr. zak*.], 1937, n. 21, ar. 83.
[379] *Sobr. uzak*., 1926, n. 53, ar. 412; *Izv*., 8 de septiembre de 1936, p. 1, cit. en Kiril Tomoff, "People's Artist, Honored Figure: Official Identity and Divisions within the Soviet Music Profession. 1946-1953", manuscrito, p. 3. En ruso, los títulos son *Zasluzhennyi artist* y *Narodnyi artist.* El título de "maestro distinguido del deporte" se creó en 1934, y en 1940 se sumaron los títulos de "maestro distinguido" y "médico distinguido": Tucker, *Stalin in Power*, p. 648, n. 69; *Narodnoe obrazovanie v SSSR. Obshcheobrazovatel'naia shkola. Sbornik dokumentov 1917-1973 gg.*, Moscú, 1974, p. 474.
[380] Tomoff, p. 5; *Kul'turnaia zhizn'*, p. 652.
[381] *Sobranie postanovlenii i rasporiazhenii pravitel'stva SSSR* [en adelante, *Sobr. post*.], 1940, n. 1, art. 6; ibíd., 1940, n. 3, art. 89; Philomena Guillebaud, "The Role of Honorary Awards in the Soviet Economic System", *American Slavic and East European Review*, XII(4), 1953, p. 503; Paperny, *Kul'tura*, p. 276; *Sobr. post.*, 1941, n. 11, art. 176.
[382] Ia. L. Kiselev y S. E. Malkin (comps.), *Sbornik vazhneishij postanovlenii po trudu*, Moscú, 1938, pp. 239-240, 241-245; Timasheff, *Great Retreat*, p. 319.
[383] Shcheglov, *ZT*, pp. 11 y 338.
[384] *Protektsiia*, *pomogat'*, *podderzhivat'*, *vyruchat'*, *sovet*, *pomoshch'*. Agradezco a Yuri Slezkine y Alena Ledeneva su asesoramiento respecto del lenguaje del clientelismo.
[385] HP #385 (XIX), p. 30 (cita); ibíd., #415 (v. 20), p. 15; #432 (v. 21), p. 16; #524 (v. 27), p. 19. Sobre los estajanovistas, véase Siegelbaum, *Stakhanovism*, pp. 67-71, 256; véase también Anguelina, *O samom glavnom*, p. 30. Entre las funciones del patrono se incluía preparar el escenario para batir el récord original que le valió a los estajanovistas su título y seleccionar al cliente como delegado en las conferencias de estajanovistas regionales y nacionales.
[386] Mándelstam, *Vospominaniia*, pp. 119-120.
[387] Sobre la relación de Koltsov y Bábel con Ezhov, véanse *Mijaíl Kol'tsov, kakim on byl*, Moscú, 1965, pp. 69-76, y Shentalinskii, *Raby svobody*, pp. 48-50.
[388] Shentalinskii, *Raby*, p. 120.
[389] Véase una descripción más detallada en Sheila Fitzpatrick, "Intelligentsia and Power. Client-Patron Relations in Stalin's Russia", en Hildermeier, *Stalinismus*.
[390] GARF, f. 5446, op. 82, d. 77, ll. 9-10; ibíd., d. 56, l. 154. El año 1938 fue relativamente propicio para adquirir departamentos de élite: obsérvese la carta de principios de ese año en la que un funcionario de Vivienda del sóviet de Moscú le asegura a Mólotov que el NKVD pronto liberará, para su reasignación, los departamentos sellados después de los arrestos de "enemigos del pueblo": GARF, f. 5446, op. 82, d. 72, l. 114.

[391] GARF, f. 5446, op. 82, d. 51, l. 144; ibíd., d. 53, l. 130; ibíd. d. 70, l. 165.
[392] Elagin, *Ukroshchenie*, pp. 52-53; Solomon Volkov (comp.), *Testimony. The Memoirs of Dmitri Shostakovich*, trad. Antonina W. Bouis, Nueva York, 1980, pp. 98-99.
[393] Véase, por ejemplo, GARF, f. 5446, op. 82, d. 53, ll. 82 y 102; d. 65, l. 207; d. 112, ll. 281-292; y P. L. Kapitsa, *Pis'ma o nauke 1930-1980*, Moscú, 1989, p. 151.
[394] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 337, ll. 76-78 (Fadéyev, carta de enero de 1940); TSGAIPD, f. 24 op. 2v, d. 1515, ll. 64-65 (carta de 1935).
[395] Kapitsa, *Pis'ma*, pp. 174-175, 178-179; Paul Josephson, *Physics and Politics in Revolutionary Russia*, Berkeley, 1991, p. 316; Iuri Elaguin, *Temnyi genii (Vsevolod Meierjol'd)*, Nueva York, 1955, pp. 294-295.
[396] Elaguin, *Ukroshchenie*, pp. 66-69.
[397] Ibíd., p. 48.
[398] *Sto sorok*, p. 315; Gronski, *Iz proshlogo*, pp. 142-143; *O Valeriane Kuibysheve. Vospominaniia, ocherki, stat'i*, Moscú, 1983, pp. 219-221.
[399] *Sto sorok*, p. 315; Gronski, *Iz proshlogo*, p. 143. Nótese, sin embargo, que a pesar de este preámbulo amenazador, Stalin simpatizó con los artistas cuando Gronski, según su propio relato, describió su situación y se comprometió con su causa.
[400] HP #359 (XIX), p. 32.

5. Humillados y ofendidos

El poderío del mito de la “nueva forja”, que acabamos de tratar, proclamaba que en la sociedad soviética cada individuo, sin importar cuáles fueran sus delitos o sus “vicios de origen”, tenía la posibilidad de regenerarse. Pero la realidad era otra. Si bien el estigma de las actividades delictivas pasadas en ocasiones podía eliminarse, otros eran permanentes. El estigma del “mal” origen social se negó con insistencia a desaparecer, incluso cuando a mediados de la década de 1930 el régimen intentó acabar con él. El estigma de un pasado político dudoso –la pertenencia a otros partidos políticos antes de la revolución, haber integrado la oposición dentro del Partido Bolchevique, la deshonra como “enemigo del pueblo” durante las grandes purgas– también era imborrable.

En la sociedad soviética había muchos “elementos ajenos”. En los años veinte, este grupo estaba formado por sacerdotes y exsacerdotes, miembros de la nobleza prerrevolucionaria, excapitalistas y *nepmen*, *kulakí* y “deskulakizados”. La mayoría de estas personas fueron estigmatizadas formalmente con la quita del derecho a voto. En la década de 1930, se sumó a las filas de los ajenos a la sociedad una creciente población de exiliados administrativos y prisioneros políticos. Por lo general, las familias de estos excluidos compartían la estigmatización. Las esposas, hijos y padres ancianos eran deportados junto con los *kulakí*; los hijos e hijas de sacerdotes no podían acceder a la educación superior; y durante las grandes purgas hubo campos especiales para las “esposas de los traidores a la patria”.

Si bien la nueva Constitución soviética de 1936 introdujo una nueva política de clases, de ningún modo eliminó la tendencia a estigmatizar, utilizar chivos expiatorios y marginar que estaba profundamente arraigada en la sociedad soviética desde la revolución. De hecho, las grandes purgas, tras la Constitución, aumentaron el círculo de víctimas de la estigmatización y el ensañamiento –casi siempre impulsado por el miedo– de las denuncias.

A los comunistas que abandonaban la oposición no solo se les exigía una confesión pública, sino que además se retractaran de sus errores, pero nada

de esto los absolvía. En ocasiones se permitía que los opositores arrepentidos volvieran al partido, pero su estatus era precario y en su mayoría eran expulsados pocos años más tarde. De manera similar, no podían liberarse de sus orígenes sociales indeseables mediante declaraciones de lealtad o repudio de la clase que era la suya propia o la de los padres. Los sacerdotes, por supuesto, eran alentados por los funcionarios locales a renunciar al clero en una acción pública dramática. Pero como rara vez podían encontrar otro empleo a menos que ocultaran su pasado, en la práctica el estigma continuaba vigente.

Dado que pocas veces podía eliminarse el estigma mediante estrategias legales u otros medios ortodoxos, el curso natural para una persona con una mancha en su historial era intentar ocultarla. Esto equivalía a crear una nueva identidad social, supuestamente para engañar a los demás, aunque a menudo el impostor tomaba muy en serio su nueva persona. Ocultar la verdadera pertenencia social era común, pero se consideraba un delito grave y no funcionaba para siempre. Cuanto más desesperadamente intentaba alguien ocultar los hechos "nocivos" vinculados a su persona, más propensos se mostraban sus conciudadanos a "desenmascararlo". Desenmascarar enemigos ocultos era el deber de todos los comunistas y miembros del Komsomol. Pero no eran los únicos embarcados en esta empresa, y la lealtad al régimen soviético era solo uno de los motivos para denunciar a alguien. La práctica de la denuncia servía a muchos propósitos *privados* en la Unión Soviética: si alguien denunciaba a un enemigo personal o a un vecino molesto como trotskista de incógnito o exnoble que ocultaba su identidad de clase, era muy probable que el Estado interviniera a favor del denunciante.

Los elementos ajenos

El sistema soviético de representación se basaba en los sóviets, organismos revolucionarios en cuyo nombre los bolcheviques habían tomado el poder. Tanto en 1917 como en su primera aparición en 1905, los sóviets eran instituciones de clase: es decir, no pretendían representar a toda la ciudadanía, sino solo a "los obreros" o a "los obreros y los soldados", o bien a "los obreros y los campesinos". Cuando los bolcheviques tomaron el poder, ampliaron la base de clase de los sóviets, que pasó a incluir a los

empleados administrativos, las amas de casa y otros que hasta entonces no tenían derecho a voto en las elecciones soviéticas. Pero los sóviets no dejaron de ser instituciones de clase, en tanto excluían a los explotadores y a quienes no desempeñaban trabajos útiles a la sociedad, así como los votos urbanos ponderados contrarios a los de los campesinos.[401]

La Constitución de 1918 de la República Rusa excluyó del voto o de presentarse como candidatos en las elecciones soviéticas a las siguientes categorías:

- personas que utilizaban mano de obra contratada para obtener ganancias (esto incluía a los *kulakí,* así como a empresarios y artesanos urbanos), personas que vivían de rentas (dividendos del capital, beneficios de empresas, rentas de propiedad, etc.);
- comerciantes e intermediarios privados;
- monjes y sacerdotes de todas las confesiones;
- exempleados y agentes de la policía zarista, la policía secreta y el cuerpo especial de gendarmes;
- miembros de la exfamilia imperial, la Casa Romanov.[402]

Estas personas privadas del derecho al voto constituían el núcleo duro de un grupo más amplio de marginados, a quienes se conocía colectivamente como "elementos ajenos" o "ajenos a la sociedad". Este grupo más amplio incluía todo tipo de exprivilegiados –exnobles, exburgueses, exburócratas zaristas, etc., conocidos en conjunto como "los ex", similares a los *ci-devants* de la Revolución Francesa– así como otros con vínculos sociales o políticos sospechosos.[403] En la práctica, el grupo sin derecho a voto era más numeroso y estaba definido con menor precisión de lo que estipulaba la Constitución. En primer lugar, se agregaron enmiendas para extender la privación de derechos a quienes habían sido funcionarios de los gobiernos imperial y blanco, los oficiales del Ejército Blanco, y los terratenientes y capitalistas bajo el antiguo régimen; esto, sin mencionar a las personas "que no eran leales al poder soviético".[404] En segundo lugar, los sóviets locales encargados de compilar las listas de los privados del derecho al voto en sus distritos con frecuencia interpretaban la ley a su manera y privaban de ese

derecho a cualquiera que, a su leal entender, fuera un “enemigo de clase”. [405]

Es probable que el derecho al voto haya tenido algún otro significado, más allá del simbólico. Además, sin embargo, durante la década de 1920 se implementó un entramado completo de leyes que discriminaban según clase con el fin de promover las oportunidades de vida de los proletarios y reducir las de la burguesía. Las universidades y escuelas técnicas practicaban la “selección social” (es decir, la acción afirmativa) en las admisiones. Las autoridades de vivienda, las juntas de racionamiento y los departamentos de impuestos seguían prácticas discriminatorias similares, e incluso los tribunales debían seguir los principios de la “justicia de clase” y así castigar con dureza a los “ajenos a la sociedad” y mostrar indulgencia hacia los proletarios. A los “ajenos” les estaba prohibido unirse al Partido Comunista y al Komsomol y también, en ocasiones, trabajar en oficinas gubernamentales. Todo esto implicaba que aquellos privados del derecho al voto no solo no podían votar, sino que también quedaban excluidos de gran cantidad de otros derechos y oportunidades.[406]

Para los intelectuales del Partido Bolchevique, la clase era un atributo complejo que no podía reducirse a los orígenes de cada cual. Sin embargo, en el partido predominaba el enfoque “genealógico”. Si el padre de alguien había sido un noble o un *kulak* antes de la revolución, el hijo compartía ese estigma más allá de sus convicciones políticas o posición social. Si alguien era sacerdote, el estigma se transmitía a sus hijos, aunque estos repudiaran la figura paterna y se declararan devotos de la revolución.[407]

La guerra de las clases

A fines de la década de 1920, los comunistas soviéticos se sentían atacados por enemigos de clase renacientes: la antigua burguesía, la nueva burguesía de la NEP, los *kulakí*, e incluso la “*intelliguentsia* burguesa”. Pero, según parece, la verdad era otra. El partido había iniciado un ataque contra los enemigos de clase, tal como había ocurrido durante la guerra civil. Se obligaba a los *nepmen* a cerrar sus comercios. A los *kulakí* se los acusó de acaparar granos, se les prohibió unirse a las granjas colectivas y, como si esto fuera poco, fueron marcados para una “liquidación como clase”, lo que

implicaba la expropiación, el desalojo y, a menudo, la deportación o el encarcelamiento en campos de trabajo. La Iglesia fue atacada, con gran cantidad de sacerdotes detenidos y los templos cerrados. La *intelliguentsia* también estaba en problemas, acosada por militantes de la revolución cultural y expuesta a acusaciones de deslealtad e incluso de traición.[408]

Todo esto supuso tiempos difíciles para cualquiera que llevara el estigma del mal origen social. Durante las elecciones soviéticas de 1929, realizadas bajo el lema de "la guerra de clases", se privó del voto a más personas que nunca.[409] En 1929 y 1930, se purgaron las oficinas del gobierno para eliminar a quienes habían sido privados del derecho al voto y a otros ajenos a la sociedad, proceso que solía incluir un humillante interrogatorio público. Un periodista empático describió cómo enfrentó esta situación un funcionario impositivo:

> Un anciano de baja estatura, bien afeitado, que fue educado en la familia de un general "respetado" y en el Ministerio de Finanzas zarista: se encuentra en la tribuna con dignidad. Los doce años que han pasado desde la Revolución de Octubre han cambiado muy poco a este hombre. Hoy desde la tribuna declara su interpretación de la purga: "Si no me necesitan, si no sirvo, díganmelo y me iré. Pero, ¿por qué enlodarme?".[410]

Los hijos de las personas sin voto eran expulsados de las escuelas; y, tal como lo señaló con amargura en su diario el escritor Mijaíl Prishvin, incluso había "un enfoque de clase con los moribundos (en el hospital están por expulsar a tres pacientes de quienes se descubrió que fueron privados del derecho al voto)". Cada vez más, las personas sin derecho al voto tenían dificultades para conseguir o mantener un empleo; cuando se introdujo el racionamiento, tampoco tenían derecho a recibir tarjetas de raciones y debían comprar los alimentos al precio comercial. En el verano de 1929 se cortó el servicio telefónico a los "elementos pasivos" con el pretexto de que el sistema estaba saturado. En el otoño, los soviéticos de Moscú comenzaron a desalojar a los "trabajadores pasivos" de sus departamentos de propiedad municipal, aunque algunos críticos dentro del partido creían que este proceder era ilegal.[411]

La campaña contra los enemigos de clase al parecer tuvo un apoyo más contundente en los rangos inferiores del partido que entre los líderes. El jefe

del gobierno soviético Alekséi Rýkov y otros miembros del Politburó que pronto serían expulsados por “derechistas” tenían serias dudas al respecto, al igual que Mijaíl Kalinin, el jefe formal de Estado. Avel Enukidze, otro alto funcionario del gobierno conocido por su generosidad como patrón de “expersonas”, estaba indignado, al igual que los principales funcionarios de educación de Rusia y Ucrania, incluida la viuda de Lenin, Nadiezhda Krúpskaia.[412] Pero la corriente de opinión del partido iba en la dirección contraria. En una carta confidencial acerca de la difícil situación en que estaban los sacerdotes dirigida a otro miembro del Politburó, Sergó Ordzhonikidze, Kalinin denunció que las autoridades locales se comportaban con “total arbitrariedad” hacia estos y otras personas privadas del derecho al voto y que ignoraban sus derechos legales:

> Todas las medidas de las autoridades locales apuntan a la “deskulakización” de los sacerdotes junto con los *kulakí.* Esta “deskulakización” ilegal se efectúa bajo el pretexto de los impuestos. Intentan cobrarles impuestos a los sacerdotes de todas las maneras posibles y en cantidades tan exorbitantes que estos no pueden cumplir con lo que les exigen, y entonces les confiscan todos sus bienes, incluso aquellos que apenas cubren las necesidades de la familia, que desalojan. […] Los clérigos y los miembros de sus familias han sido reclutados para trabajar en empresas madereras, sin importar el sexo, la edad o el estado de salud. A veces este acoso a los miembros del clero se convierte literalmente en un escarnio. Por ejemplo, en el distrito de Barnaúl fueron reclutados para limpiar chiqueros, establos, baños, etc.[413]

Un memorándum dirigido a Stalin, redactado por Enukidze, describía la desesperante condición de quienes habían sido privados del derecho al voto: se les prohibía trabajar y se les negaban las raciones, sus hijos eran expulsados de la escuela y en el campo se les negaba refugio en los albergues. Las quejas inundaban la oficina del presidente Kalinin. Solo en los dos primeros meses de 1930, se recibieron diecisiete mil denuncias de privación injustificada del derecho al voto de ciudadanos de la República Rusa (en comparación con menos de quinientas entre enero y febrero de 1926). La mayoría de las quejas se centraban menos en la privación del derecho al voto per se que en los castigos complementarios: desalojos,

expulsión de sindicatos e instituciones educativas, despidos, obligación de pagar impuestos especiales, deskulakización, etc.[414]

Pese a que Enukidze y Kalinin se oponían a quitar el derecho al trabajo a quienes ya habían sido privados del derecho al voto, un decreto secreto del gobierno, emitido en agosto de 1930, estuvo a punto de hacerlo cuando impidió que los individuos privados del derecho al voto y otros funcionarios que habían perdido sus puestos en las recientes purgas recibieran beneficios por desempleo y, por si esto fuera poco, prohibió que se inscribieran para buscar empleo en la bolsa de trabajo junto con el resto de la población. "Deben ser enviados a campamentos madereros, a turberas, a palear nieve y otras tareas afines, y solo en lugares donde haya una acuciante escasez de mano de obra", dictaminaba el decreto.[415]

Los ministerios de Educación de Rusia y Ucrania descubrieron que sus instrucciones a las autoridades locales de prohibir la purga social de las escuelas eran ignoradas.[416] Un sóviet (animado, sin duda, por el apoyo activo de la organización local del partido y el respaldo tácito del Comité Central) incluso volvió a escribir al centro para comentar lo beneficioso que había resultado expulsar a ochenta y seis estudiantes de la escuela secundaria, de los cuales casi la mitad eran hijos de padres sin derecho al voto, y para explicar por qué se proponía desobedecer las instrucciones del gobierno ruso:

> Todos son hijos de grandes *kulakí* hereditarios, y los padres de algunos han sido enviados a Solovkí.[417] […] En la gran mayoría de los casos, los hijos de estos *kulakí* eran instigadores que pretendían fomentar el nacionalismo, difundir diversos tipos de pornografía y desorganizar el estudio. […] Estas treinta y ocho personas ocultaban su posición social mientras estaban en la escuela, y se habían registrado falsamente como campesinos pobres, campesinos medios e incluso como trabajadores agrícolas. […] A raíz de ello, los hijos de obreros, campesinos pobres y trabajadores agrícolas no podían ingresar [a las escuelas] porque no había vacantes. La población está muy satisfecha con lo que hemos hecho.[418]

La introducción de los pasaportes internos, mediante una ley promulgada en diciembre de 1932, provocó nuevas penurias a quienes estaban privados del

derecho al voto y a otros “elementos ajenos” que vivían en las ciudades. Hasta ese momento, los pasaportes eran considerados un símbolo del despotismo del antiguo régimen. Pero el régimen soviético enfrentaba una situación desesperada para entonces, ya que la hambruna en el campo incitaba a la huida masiva a las ciudades, que amenazaba con desbordar el sistema de racionamiento urbano. Además, la lógica de las prácticas del régimen, en especial la deportación y el exilio administrativo (que analizaremos más adelante), exigía un sistema de pasaportes que permitiera imponer restricciones a la circulación. Al igual que en la época zarista, los pasaportes soviéticos identificaban al titular no solo por su nombre, sexo, edad y nacionalidad, sino también por su posición social. Junto con los pasaportes internos se impuso un sistema de registro urbano, para que solo quienes estuvieran registrados tuvieran derecho a residir en las ciudades.[419]

La introducción concreta de los pasaportes comenzó a principios de 1933. En Moscú y Leningrado, las primeras ciudades en pasar por ese proceso, la emisión de pasaportes habilitó una purga de toda la población urbana. Los residentes que no pasaban el escrutinio de la OGPU, sobre todo *kulakí* fugitivos y personas privadas del derecho al voto, perdían sus derechos a la residencia y eran expulsados de la ciudad. Una comisión del Politburó hizo todo lo posible para establecer con precisión a quiénes denegar el pasaporte. Los ex*kulakí* y los deskulakizados debían ser expulsados sin atenuantes, más allá de sus ocupaciones en el momento. El grupo más amplio de inmigrantes campesinos recientes también fue atacado, en especial los no calificados que no tenían ocupación fija ni un lugar donde vivir, y los que habían emigrado a la ciudad “para su exclusivo beneficio personal”.[420] Los sacerdotes también figuraban en la lista, a menos que estuvieran asociados con iglesias todavía activas (que no dejaban de disminuir desde la campaña de 1930 contra la religión) o “dependieran de grandes especialistas” como ingenieros, profesores, etc. Luego estaba la categoría general de “parásitos”, que incluía a los apostadores profesionales, los traficantes de drogas, los guardias de seguridad de burdeles y otros por el estilo. Por último, los convictos por delitos graves como bandidismo, contrabando y desfalco debían ser expulsados, al igual que los condenados o sentenciados administrativamente por la OGPU por delitos políticos.[421]

Pese a los esfuerzos de la comisión, los criterios y las categorías eran, como de costumbre, ambiguos. ¿Cómo saber cuáles inmigrantes campesinos

habían llegado a la ciudad “para su exclusivo beneficio personal”? ¿Qué tan “pez gordo” debía ser un “especialista” para salvar a su padre anciano de ser expulsado por sacerdote? Otra ambigüedad era que las personas nacidas en Moscú y Leningrado y que residían allí de manera sostenida tenían derecho al pasaporte,[422] pero no estaba claro si era un derecho libre de condiciones. Alguien nacido y criado en Leningrado que resultaba ser guardia de un burdel, podía aspirar a obtener el pasaporte y el permiso de residencia urbana? ¿Y qué regla debía aplicarse a un sacerdote moscovita cuya iglesia en Moscú había sido cerrada durante la revolución cultural? Nada se decía sobre las familias de quienes integraban alguna de las categorías condenadas. ¿También serían expulsados de la ciudad? En caso de que los expulsaran, ¿en qué grado esa medida debía incluir a sus familias? Por último, el fallo de la comisión del Politburó no establecía de manera explícita que la privación del derecho al voto fuera motivo suficiente para ser privado del pasaporte: ¿se trataba de un mero descuido o el caso de cada persona sin derecho a voto debía juzgarse sobre la base de sus méritos individuales?

Enukidze, el presidente de la comisión, propiciaba una definición mucho más estricta de los criterios para la expulsión que los otros miembros de la comisión, para no mencionar a los hombres de la OGPU que estaban a cargo del proceso local de emisión de pasaportes. Por lo general, los funcionarios locales denegaban automáticamente el pasaporte a quienes habían sido privados del derecho al voto, así como a los miembros de la familia y a cualquier otra persona a la que consideraran “ajena a la sociedad”. Según denunció un subordinado de Enukidze, los funcionarios de la OGPU habían dado instrucciones verbales a sus hombres para que negaran los pasaportes a los “enemigos de clase” y en términos generales a los “expersonas”, pero no les habían transmitido la orden de que el origen social por sí solo no era motivo de expulsión.[423]

No bien los despachos específicos de la OGPU comenzaron a emitir pasaportes, el gobierno central y los sóviets urbanos se vieron inundados de quejas de personas injustamente privadas de sus pasaportes. En la práctica, la oficina de Kalinin informó con reprobación: “No están dando pasaportes a los obreros, a muchos jóvenes trabajadores, especialistas y empleados, ni siquiera a los miembros del Komsomol y del partido, por la única razón de que son, por origen, hijos de exnobles, comerciantes, clérigos, etc.”.[424]

A Mijaíl Zverev, de 26 años y ayudante de contabilidad en una fábrica de Moscú, le negaron la solicitud porque su padre había sido sacerdote, aunque había servido en el Ejército Rojo de 1929 a 1931 y no había tenido contacto reciente con su progenitor. La solicitud de N. Geld-Fidman fue denegada porque su primer marido había sido fusilado en 1930 (sin más precisiones), pese a que sus segundas nupcias databan de 1923. La cláusula de "llegada reciente" produjo todo tipo de anomalías. Los hermanos Korotkov, dos niños y una niña, eran huérfanos de origen moscovita que vivían en la calle. El Estado los había enviado a Vorónezh para que se formaran como tejedores; una vez formados trabajaron primero en una fábrica local y después en una fábrica textil moscovita. Les negaron el pasaporte por ser inmigrantes recientes en Moscú. En un caso aún más extraño, a un joven llegado de Tashkent para estudiar música en el Conservatorio de Leningrado –uno de los cientos de estudiantes enviados desde las repúblicas nacionales a las capitales en el marco de los programas de acción afirmativa étnica– le fue negado el pasaporte por no ser oriundo de esa ciudad.[425]

Como suele suceder, en la práctica la severidad de la ley era atenuada de alguna manera por las formas institucionalizadas de petición y clientelismo. En todos los casos de denegación arbitraria mencionados antes, se elevaron quejas mediante peticiones escritas y orales ante la oficina del presidente Kalinin, peticiones que a menudo suscitaron la revocación de las sentencias originales. El clientelismo actuaba incluso con mayor eficacia. Un escritor de memorias narra cómo el conde Nikolái Sheremetev evitó los castigos que supuestamente merecía por su origen noble. Su esposa, actriz del teatro de Vajtángov, siempre recurría a uno de sus poderosos patronos para sacarlo de problemas. "La OGP arrestó a Nikolái Petróvich en diez oportunidades. Pero ni una vez pasó en la cárcel más de diez días. […] No había manera de que el poder soviético aceptara el hecho de que un conde vivo, Sheremetev, caminara libre por las calles de la capital proletaria. Pero las conexiones de Tsetsiliia Lvovna eran más fuertes que las leyes soviéticas".

Los contactos continuaron vigentes en el período de emisión de pasaportes. Pero el joven policía que emitió el de Sheremetev, indignado por la protección que sus jefes brindaban a un enemigo de clase, lo arrojó a los pies del conde y masculló entre dientes: "Tome su pasaporte, recójalo del suelo, engendro de la aristocracia".[426]

La deportación y el exilio

El exilio administrativo a regiones remotas del país era una forma reconocida de castigo bajo el régimen zarista. No se practicó de manera sistemática luego de la revolución sino hasta finales de la década de 1920, cuando se aplicó a los miembros de la oposición de izquierda (incluido Trotski, quien fue enviado a Almá-Atá durante un año antes de su deportación), a los integrantes de ciertas "organizaciones y grupos contrarrevolucionarios" y a los exterratenientes que aún vivían en sus fincas.[427] Sin embargo, todas estas operaciones resultaban triviales comparadas con la gran deportación de *kulakí* que llegó con la colectivización a principios de 1930. Entre 1930 y 1931, casi cuatrocientos mil hogares, o cerca de dos millones de personas, fueron deportados de los pueblos. Más deportaciones de *kulakí*, aunque a menor escala, tuvieron lugar entre 1932 y 1933.[428]

La pregunta "¿Quién es *kulak*?" ha sido estudiada a fondo en la bibliografía.[429] En teoría, los *kulakí* eran los campesinos prósperos que explotaban a otros campesinos. En la práctica, la "explotación" resultó ser un concepto elusivo, en especial cuando los campesinos que corrían el riesgo de ser identificados como *kulakí* podían leer los criterios de identificación y tomar medidas al respecto. Desde la perspectiva de los campesinos pobres, el *kulak* podía ser un patrón, una fuente de préstamos y apoyo en épocas difíciles, antes que un explotador. Una complicación adicional era que las posiciones socioeconómicas de los hogares del pueblo habían cambiado como resultado de la revolución. Las familias que otros campesinos locales consideraban verdaderos *kulakí* habían perdido gran parte de su prosperidad desde 1917, mientras que los excampesinos pobres habían prosperado gracias a sus conexiones con el régimen soviético; sin embargo era al primer grupo, y no al segundo, al que el régimen intentaba perjudicar. Muchos activistas rurales pensaban que, en el contexto posrevolucionario, la de *kulak* debía considerarse una categoría psicológica, aplicable a los exexplotadores antisoviéticos y resentidos del pueblo, así como una categoría económica.

Stalin inició la campaña de deskulakización en diciembre de 1929, cuando pidió la "liquidación de los *kulakí* como clase". Los campesinos identificados como *kulakí* fueron despojados de sus tierras, animales y herramientas y desalojados de sus viviendas; muchas de las víctimas fueron deportadas a regiones remotas del país por la OGPU.[430] Los criterios

formales rara vez se tenían en cuenta. Lo único que importaba era quiénes eran *kulakí* según los funcionarios locales y los activistas de la colectivización. Esto incluía a los campesinos prósperos, en especial aquellos que habían sido líderes de pueblos no bien predispuestos al poder soviético, aunque los alborotadores de todo tipo también corrían peligro. Cualquiera que fuese poco querido en el pueblo podía ser identificado como *kulak*. Cuando los pueblos estaban divididos por filiaciones étnicas o religiosas, por ejemplo entre rusos y ucranianos o entre ortodoxos y antiguos creyentes, era probable que un grupo étnico o religioso se las ingeniara para etiquetar de *kulak* al otro.

Hasta los comunistas estaban intranquilos con la expansión no sistemática de la categoría *kulak* durante la deskulakización. Comenzaron a usar una categoría nueva, "asalariado de *kulak*", para describir a quienes merecían el destino de un *kulak* pero no podían ser definidos como *kulakí* en términos económicos. Un comunista que informaba en forma confidencial al jefe de la organización del partido en Siberia Occidental desde las provincias que el manejo de varias granjas colectivas de su distrito había caído en manos de *kulakí* agregó entre paréntesis que había usado el término en su "sentido literal y no metafórico"; esto es, que se refería a los verdaderos *kulakí*.[431]

Luego de la deskulakización, la categoría de ex*kulak* comenzó a pesar fuerte entre los comunistas. En cierto modo, a partir de entonces era más fácil identificar a los *kulakí*: cualquiera que hubiera sido deskulakizado era, por definición, uno de ellos. Pero también se había vuelto más difícil porque muchos campesinos que podían integrar el grupo *kulak* habían huido en vez de esperar el arresto o la deportación. Estas personas habían iniciado el proceso de ocultarse y asumir nuevas identidades sociales; por eso era importante para el régimen identificarlas y expulsarlas mediante el proceso de introducción de pasaportes en las ciudades. Pero muchos *kulakí* ocultos y sobre todo hijos de *kulakí*, de quienes se esperaba compartieran el rencor de sus padres, eludían a las autoridades. En los próximos capítulos encontraremos numerosos ejemplos del miedo de los comunistas hacia estos enemigos ocultos.

Mientras tanto, un nuevo tipo de estigma recayó sobre los deportados, en su inmensa mayoría enviados al Norte, a los Urales, a Siberia y al Lejano Oriente, donde trabajaban como obreros en nuevas obras de construcción como Magnitogorsk o eran ubicados en tierras no cultivadas como agricultores campesinos.[432] Dado que la deportación era un castigo

administrativo, no una sentencia judicial, su duración y términos eran inciertos. Pero una cosa estaba clara: los *kulakí* deportados pertenecían a una categoría legal especial de la población, sujeta a diversas restricciones y a la pérdida de derechos. Al principio se los llamaba "pobladores especiales" y luego, "pobladores obreros".[433] En pocos años se les sumaron otras personas "peligrosas para la sociedad": "*kulakí*, excomerciantes, exterratenientes, etc.", que habían estado en la cárcel o en el Gulag, pero a quienes la OGPU, por razones obvias, no permitiría regresar a sus hogares.[434]

Resultó que el período de exilio de los *kulakí* no tenía duración fija.[435] Sin duda, existía cierta confusión acerca de las decisiones políticas del régimen al respecto. Una vez implementado el régimen de pasaportes, no los recibieron los deportados, en cuanto exiliados y privados del derecho al voto. Un decreto gubernamental de mayo de 1934 devolvió los derechos civiles, incluido el derecho al voto, a quienes habían demostrado su valía con "trabajo útil". Cabría suponer que los derechos civiles incluían el derecho a la movilidad, pero en enero de 1935, a pedido del jefe del NKVD, Yagoda, Stalin confirmó que no era así para los *kulakí* deportados. Una semana después apareció una aclaración pública; aun así, hubo indicios en un congreso de *koljozy* en la primavera de que al menos un líder del partido seguía dudándolo.[436]

Pese a todo, los deportados esperaban volver a casa. Cuando se promulgó la nueva Constitución de 1936, muchos la interpretaron como una amnistía y pidieron su liberación, en vano. Otros huyeron del exilio a lo largo de los años: más de seiscientos mil entre 1932 y 1940, según un historiador ruso, de los cuales dos tercios, más de cuatrocientas mil personas, tuvieron éxito. El número de *kulakí* deportados y de familiares que vivían en el exilio al 1º de octubre de 1941 era inferior a novecientos mil. Durante la Segunda Guerra Mundial, hubo más salidas: muchos deportados fueron reclutados, lo que generalmente implicaba el fin del exilio de sus familias. Solo después de la muerte de Stalin todos los *kulakí* deportados más de veinte años antes fueron liberados formalmente.[437]

Los *kulakí* deportados acostumbraban vivir juntos en asentamientos especiales. Para quienes trabajaban en la industria, cerca de la mitad del grupo, las condiciones laborales en lo atinente a los salarios, los ascensos, los premios y los beneficios no eran muy diferentes de las del trabajo libre, excepto que los exiliados no eran elegibles para afiliarse al sindicato o para

las pensiones. A partir de 1938, el NKVD comenzó a tomar el 5% de los salarios de los exiliados para solventar los costos de administrar su exilio. Ya hemos visto que los *kulakí* deportados recuperaron el derecho al voto, dependiente de la buena conducta, a principios de 1935. Este derecho se confirmó públicamente para todos los pobladores especiales en 1937.[438]

Hasta 1938, los hijos de los pobladores especiales compartían las restricciones de circulación que afectaban a sus padres. Sin embargo, tenían derecho a la educación y, si eran admitidos en instituciones de enseñanza superior fuera del lugar de asentamiento, debían expedirles pasaportes y permitirles salir. En ese momento dejaban de pertenecer legalmente a la categoría de pobladores especiales. A partir del otoño de 1938, todos los hijos de pobladores especiales se volvieron elegibles para obtener el pasaporte a sus 16 años. Una vez otorgado este, eran libres de abandonar el asentamiento.[439]

Si bien la gran mayoría de los pobladores especiales eran *kulakí* deportados, hubo otras deportaciones colectivas, aunque en menor escala. Las más importantes fueron las deportaciones étnicas que comenzaron a mediados de la década y las deportaciones de Leningrado posteriores al asesinato de Kírov en diciembre de 1934. Las deportaciones por motivos étnicos, contrarias a la política general soviética de fomentar la identidad nacional y las bases territoriales nacionales, involucraron a miembros de nacionalidades de la “diáspora”, personas como los finlandeses y los coreanos posiblemente leales a un Estado ajeno a la Unión Soviética. El NKVD los transportó tal como a los *kulakí* años atrás y los ubicó en el interior. Estas deportaciones fueron el preanuncio de otras más conocidas, como las de los alemanes del Volga y los chechenos en la década de 1940. La práctica de la deportación étnica, aunque poco publicitada y exigua, estaba arraigada en la conciencia popular, al menos en la región de Leningrado, lo suficiente para que un hombre de apellido finlandés se negara a responder al censista en 1939 con el siguiente argumento: “Sé por qué está haciendo un censo de la población. Eso se hace para descubrir cuántos finlandeses y estonios hay y luego deportarlos”.[440]

Las principales víctimas de las deportaciones de Leningrado tras el asesinato de Kírov fueron los “expersonas” y los exopositores. Se consideraba que ambas categorías tenían cierta responsabilidad por el asesinato; de hecho, varios opositores fueron ejecutados por el crimen, incluidos Zinóviev y Kámenev después del primero de los juicios de Moscú

en 1936, aunque no había pruebas concretas de su participación e incluso es posible que el momento de su deportación fuera en parte coincidente. La decisión de enviar a dos mil excomunistas de Leningrado al exilio provincial se presentó en documentos internos como resultado de la reciente purga del partido.[441] El exilio de más de mil "expersonas" de Leningrado fue descripto en un breve anuncio oficial como un castigo por "violar las regulaciones de residencia y la ley de pasaportes". Sin embargo, la conclusión popular acerca de esta acción fue que se trataba de un caso de "arreo de los sospechosos de siempre" luego del asesinato de Kírov; incluso se rumoreaba que el NKVD había compilado su lista a partir de la guía de la ciudad de Leningrado, en cuyos volúmenes prerrevolucionarios los ciudadanos de buena cuna se identificaban según su estado y rango militar.[442]

Entre los expulsados de Leningrado se contaban

> el exbarón Tipolt, [que] había conseguido empleo como contable en un servicio de comidas industrial, el general Tiufiasev, [que] era profesor de geografía, el exjefe de la policía Komendantov, [que] era técnico en una fábrica, [y] el general Spasski, [que] era vendedor de cigarrillos en un quiosco.

Pero algunos individuos de rango menos elevado fueron atrapados por la red, como el hombre que había trabajado como escriba en el Ministerio de Justicia en épocas zaristas, cuya orden de deportación solo se canceló tras cuatro años de peticiones. Las tiendas de segunda mano de Leningrado estaban abarrotadas de muebles que los deportados se habían visto obligados a vender. Los deportados de Leningrado solían ser enviados al exilio administrativo individual, no a asentamientos especiales como los *kulakí,* y algunos de ellos pudieron, mediante peticiones y patronos, regresar a la ciudad. Sin embargo, para quienes volvían, la recuperación de la vivienda presentaba problemas casi insalvables. Aunque su derecho a los departamentos estuviera reconocido de manera oficial, en la práctica había nuevos ocupantes a quienes era muy difícil desalojar.[443]

La deportación fue una forma aún más extrema de marginar que la estigmatización, que implicaba privar a las personas del derecho al voto. Se esperaba que amigos y vecinos cortaran toda relación con los confinados; si no lo hacían, podían ser acusados de "sostener vínculos" con elementos

antisoviéticos. Cuando un grupo de trabajadores de una central eléctrica reunió dinero y bienes para enviar, por medio de un familiar, a un compañero de trabajo deportado, el acto fue calificado como una iniciativa contrarrevolucionaria que el NKVD debía investigar.[444] En las zonas a donde se enviaba a los exiliados se alentaba a los residentes libres a mantenerse alejados de ellos.

Detener a los elementos ajenos

El régimen soviético se sentía con derecho a tomar segmentos de la población y trasladarlos a su antojo, así como habían hecho los propietarios de siervos bajo el antiguo régimen. Las deportaciones no son la única prueba. Además, el régimen practicaba de manera furtiva y en cierto modo tentativa una suerte de limpieza social que implicaba expulsión de los residentes urbanos marginales –"degenerados" cuya presencia se consideraba corruptora y perturbadora– y su reubicación forzosa en campos de trabajo o en el exilio en las provincias. El término general para hacer referencia a estos parias era "elementos ajenos a la sociedad y peligrosos para ella", y el proceso de su eliminación comenzó a fines de la década de 1920 y alcanzó su punto culminante durante las grandes purgas.[445]

Las prostitutas eran una categoría de víctimas. Desde el verano de 1929, las autoridades tenían derecho legal de capturar a las prostitutas o mujeres "en los límites de la prostitución" en las barracas, los restaurantes, las estaciones ferroviarias y los alojamientos nocturnos y expulsarlas de la ciudad.[446] Los mendigos y toda clase de vagabundos, como los artesanos y los sastres ambulantes, recibían un trato similar. Las autoridades tildaban a los mendigos de "agitadores de iglesia", y acusaban a los hojalateros y sastres ambulantes de ser divulgadores de propaganda contrarrevolucionaria.[447]

La expulsión de los marginados de las grandes ciudades alcanzó nuevos máximos en 1933 con el establecimiento del régimen de pasaportes en Moscú y Leningrado. Un historiador ruso de la prostitución relata que una "ola de represión" azotó la ciudad de Leningrado cuando se capturó "el elemento parasitario". La lucha contra la prostitución continuó durante los siguientes dos años, con casi dieciocho mil mujeres detenidas entre 1934 y 1935 y en su mayoría enviadas a colonias y campos de trabajo en la

provincia de Leningrado. En el verano de 1933, los “elementos degenerados”, sobre todo delincuentes reincidentes, fueron apresados en Moscú y Leningrado. Debido a su “influencia corruptora” en su entorno, eran enviados a campos de trabajo y no se les permitía vivir en “semilibertad como deportados”. En esa época, cinco mil gitanos “sin residencia fija” fueron detenidos en la región de Moscú y deportados a la ciudad siberiana de Tomsk, junto con trescientos treinta y ocho caballos y dos vacas, para ser reubicados en asentamientos de trabajo. Esta operación gitana podría considerarse una deportación étnica temprana, pero es probable que las autoridades la hayan conceptualizado de otra manera. El régimen hacía todo lo posible por ubicar a los pueblos nómadas “atrasados” y la mala reputación de los gitanos, atribuida a robos y prácticas deshonestas, sin duda inclinó a los funcionarios locales a considerarlos alborotadores degenerados. Entre 1937 y 1938, durante las grandes purgas, se reunió otro contingente de gitanos y se lo envió al Este.[448]

Este patrón de detención de delincuentes y marginados para reubicarlos se repitió muchas veces en las provincias. Tomsk, receptora de los gitanos de Moscú, se quejó en 1934 de que sus calles estaban plagadas de criminales y delincuentes juveniles, muchos de ellos arrojados allí por las autoridades locales de otras partes de la región. “Como resultado”, informó el mandatario de la ciudad soviética, “las calles […] de Tomsk, los mercados, las estaciones, las tiendas y las instituciones en los últimos tiempos han sido inundadas por grupos de delincuentes juveniles y adultos, criminales reincidentes que cometen todo tipo de delitos y aterrorizan a la población”.[449]

Tal vez el episodio más notable de la década, que solo ha salido a la luz recientemente con la apertura de los archivos soviéticos, haya sido la operación masiva de detención de “ajenos a la sociedad” durante las grandes purgas que dio lugar a ejecuciones y deportaciones masivas. Este episodio, aún poco analizado, sugiere que el régimen soviético estaba más cerca de lo que se creía de un enfoque nazi de la “limpieza social” (aunque sin el componente racista). El 2 de julio de 1937, una orden secreta del Politburó exigió el arresto de los delincuentes habituales, los alborotadores y toda persona que hubiera regresado ilegalmente del exilio; algunos debían ser ejecutados de inmediato y sin juicio, otros enviados al Gulag. Cada región tenía asignada una cuota; para la Unión Soviética en su totalidad, la cifra aspiracional de ejecuciones era de setenta mil (incluidos diez mil “elementos

peligrosos" que ya estaban en el Gulag) y el envío de casi doscientas mil personas a esos campos.[450]

Esta orden apuntaba contra los deportados por *kulak* que habían escapado del exilio (alrededor de cuatrocientos mil, según las cifras del NKVD), de quienes se decía que eran "los principales instigadores de todo tipo de crímenes antisoviéticos y desviados" en la industria, los ferrocarriles, las granjas estatales y las granjas colectivas. Estas personas se congregaban sobre todo en las afueras de las grandes ciudades industriales. Al redactar la orden del Politburó, Ezhov identificó tres grupos principales además de los *kulakí* exiliados fugitivos. El primero estaba integrado por "personas de la Iglesia y sectarios reprimidos en el pasado". Es probable que esta haya sido la mayor categoría de víctimas arrestadas en el campo durante esta operación. El segundo grupo eran los contrarrevolucionarios, "personas que participaron en levantamientos armados contra el poder soviético o exmiembros de partidos políticos antibolcheviques". El tercer grupo estaba formado por delincuentes "reincidentes que forman parte del mundo delictivo profesional (cuatreros, asaltantes, ladrones, etc.)".[451]

Los resultados de esta operación pueden verse en el dramático aumento del número de convictos del Gulag clasificados como "socialmente dañinos y socialmente peligrosos" en el año y medio siguiente. A principios de 1937, había más de cien mil prisioneros del Gulag en esa categoría. Dos años más tarde, la cantidad había aumentado a casi trescientos mil: casi una cuarta parte de todos los habitantes del Gulag.[452]

Renunciar al pasado

La renuncia era una de las formas de deshacerse del estigma. Por lo general no servía de nada, pues se consideraba que el origen social era una mancha "objetiva" que no podía ser borrada con un cambio de opinión. Sin embargo, los funcionarios lo exigían a los hijos de *kulakí* y sacerdotes a principios de la década de 1930 y durante las grandes purgas de los hijos de los "enemigos del pueblo", aunque en ocasiones estos lo hacían por iniciativa propia. Dos hijas de *kulakí* recordaron, muchos años después, que tuvieron que declarar que abjuraban de sus padres y que no tenían vínculo alguno con ellos. Un maestro, Iuri Mijáilovich, publicó un breve anuncio en *Izvestiia* donde decía:

“Renuncio a mi padre, un sacerdote”. La esposa de un sacerdote en el Bajo Volga intentó repudiar a su esposo cuando este fue “deskulakizado” diciendo que su hijo la había convertido a la causa del poder soviético y la había llevado a odiar el capitalismo. “A partir de hoy, cuando como resultado de la deskulakización no tengo ninguna propiedad, renuncio de una vez por todas a los puntos de vista antiguos, innecesarios y dañinos. A partir de hoy, me divorcio de mi esposo”. La carta estaba firmada por “la ciudadana Dominika Sigaeva”. (Es casi seguro que esta solicitud no llegó a ninguna parte, ya que las autoridades sospechaban particularmente de los divorcios asociados a la deskulakización, pues suponían que el motivo era proteger los bienes de la familia).[453]

El tipo de renuncia que más interesaba a las autoridades soviéticas era cuando los sacerdotes renunciaban al clero. Esa renuncia, si se hacía públicamente, significaba un espectacular apoyo a la posición soviética de que la religión era un fraude desacreditado por la ciencia moderna. Anuncios firmados de que un sacerdote había renunciado al clero “como respuesta a la construcción socialista” solían aparecer como cartas al editor en la prensa local durante la revolución cultural.[454] Un ejemplo típico de este tipo de teatro político ocurrió un domingo de 1929 en una iglesia católica de la región de Minsk:

> El día que los creyentes se reunieron para el culto religioso en honor al “vicario de Dios”, escucharon con horror de boca del sacerdote que la religión era un engaño y que él ya no quería ser un arma en manos de los contrarrevolucionarios. En ese momento, [el sacerdote] se quitó los hábitos y abandonó la iglesia, en medio de los llantos y lamentos de las ancianas fanáticas [de la feligresía].[455]

El NKVD informó una ola de renuncias de sacerdotes relacionada con la Constitución de Stalin de 1936. Un sacerdote (ortodoxo esta vez) proclamó en la iglesia su decepción con la religión y dijo creer que “la ciencia explicaba la naturaleza, no Dios”. Un *psaltor* anunció su renuncia a la fe en el periódico local y luego entró a la escuela de farmacia.[456]

El gran inconveniente de renunciar al clero era que resultaba muy difícil para los exsacerdotes encontrar trabajo. “Muchísimos sacerdotes jóvenes dejarían la Iglesia si pudieran superar ese problema”, afirmó con tristeza un

oficial soviético en 1937. No solo los sacerdotes, sino también los funcionarios de la Liga de Impíos Militantes –propagandistas profesionales ateos– querían que la renuncia fuera un proceso más aliviado. “Tenemos sacerdotes que renunciaron al clero hace tres años”, dijo un funcionario frustrado en 1930, “y ni siquiera los toman en el intercambio [laboral]. […] Debemos dar a las personas que renuncian a la religión y quieren unirse a nosotros la posibilidad de trabajar, aunque sea en tareas manuales”. De hecho, la Liga tenía expedientes enteros de cartas de sacerdotes que habían dejado la Iglesia pero no podían encontrar empleo.[457]

Para las víctimas de la privación del derecho al voto, así como de la deportación y el exilio, uno de los pocos recursos disponibles era la petición. Los expedientes de la oficina del presidente Kalinin están repletos de peticiones, y a principios de 1930 llegaban trescientos cincuenta solicitudes por día de personas que demandaban el restablecimiento de sus derechos solo en la República Rusa.[458] La oficina de Kalinin se compadecía de estos peticionarios y preparaba con regularidad memorandos sobre los “excesos” locales en la privación del derecho al voto para hacer circular entre los sóviets locales y las autoridades centrales. Entre los ejemplos citados de personas incorrectamente privadas de este derecho se contaban las mujeres que recibían manutención infantil (acusadas de “vivir de ingresos que no se han ganado”), los tolstoianos, los menonitas, los epilépticos y los alborotadores (personas “que hablan mucho en las reuniones y critican al sóviet rural [local]”). Una mujer de 20 años de Penza se quejó de haber sido privada de sus derechos “como monja” porque aún no estaba casada.[459]

En un estudio reciente sobre las peticiones contra la privación del derecho al voto, Golfo Alexopoulos descubrió que quienes buscaban la restitución de derechos recurrían a diversos argumentos. Algunos presentaban una imagen soviética y enfatizaban su lealtad y sus contribuciones como ciudadanos productivos. Un “poblador laboral” deportado escribió: “He trabajado como *udarnik* y ahora trabajo como estajanovista, cumpliendo muchas normas de la construcción tres veces”; un joven que pedía en nombre de su madre señaló: “Soy científico, inventor, con honores y premios”. Otros peticionarios subrayaban su impotencia y miseria y se describían como “huérfanos sin un mendrugo de pan” o alegaban “soy casi analfabeto y jamás ha habido alegría en mi vida”. En una petición dirigida a Kalinin, una madre suplicó que no la dejaran perecer “aunque solo sea por el bien de los niños”.[460] Casi nadie discutía la justicia de privar del derecho al voto a quienes se

dedicaban al comercio (principal motivo de privación de ese derecho en esta muestra). En cambio, alegaban que habían sido clasificados de manera errónea o que su conexión con el comercio era accidental o resultado de una necesidad desesperada.[461]

Las peticiones eran una lotería. Sabemos que muchas tuvieron éxito, pero no tenemos forma de saber qué porcentaje del total representaron. Algunas categorías de víctimas, como los sacerdotes, parecen haber presentado pocas peticiones de restitución de derechos, quizá porque sabían que tenían pocas posibilidades de conseguirla. Otras, como las viudas y los pequeños comerciantes, ocupan un lugar prominente en las listas de los peticionarios exitosos.

Si bien era habitual presentar una petición o escribir una carta de reclamo en nombre propio, era inusual quejarse en nombre de otra persona que no fuera miembro de la familia, y aún menos habitual encarar la cuestión de la estigmatización como cuestión de principios. Sin embargo, como ocurre con todas las reglas, esta tiene excepciones.

Una mujer, que firmó con su nombre de soltera, se quejó ante el Ministerio de Agricultura por haber sido expulsada de un *koljoz* alegando que el padre de su esposo había sido comerciante antes de la revolución. En primer lugar, estaba indignada porque habían respondido al reclamo de su esposo e ignorado una queja anterior que ella había enviado, evidentemente sobre la base de la suposición de que ella y su esposo eran una sola entidad. Su objeción (correcta para la ley) se basaba en que la pertenencia al *koljoz* correspondía al individuo adulto, no a la familia. Respecto de la cuestión de fondo se mostró igualmente enérgica y fue directo a la de principios: “No se puede extender la responsabilidad de los orígenes sociales tan lejos, porque yo no tenía ninguna relación con mi suegro Vasili Gavrilovich, que murió en 1922 y a quien no conocí, y por lo tanto no pudo haberme infectado con su ideología”.[462]

Una exrevolucionaria de 69 años, Aleksandra Elaguina, miembro del grupo terrorista Voluntad del Pueblo en la década de 1880, cruzó todos los límites cuando le escribió a Mólotov para protestar por el destino de los “ex” o “expersonas” que habían cumplido un mandato en el exilio y a quienes, “pese a todos los decretos e instrucciones del gobierno no se les permite encontrar empleo, estudiar y residir en los lugares donde tienen parientes y vivienda, por ejemplo en Moscú [y] Leningrado”.[463]

Otro reclamo contra la estigmatización como cuestión de principios se refería a la expropiación de pequeños comerciantes y artesanos judíos durante la campaña contra la empresa privada y los *nepmen* al final de la NEP. La carta estaba firmada por "Abram Gershberg, trabajador" y su autor afirmaba haber observado (o incluso participado en) las expropiaciones relacionadas con su trabajo como activista en la región de Kiev. La carta era una denuncia de antisemitismo. "Cuando señalé esta actividad incorrecta […] en relación con el pequeño comerciante y artesano judío, a mis camaradas no les avergonzó decir en tono de broma: 'Los judíos se mantienen unidos'". Al quejarse de que estos judíos habían sido privados de todos sus derechos, así como de "su última almohada y camisa", el autor pedía una amnistía y permiso para que "trabajaran en sus oficios como contadores, tenedores de libros, vendedores, molineros, fabricantes de mantequilla". Su identidad sigue siendo un misterio, ya que una investigación posterior reveló que no había nadie con ese nombre en el domicilio que había dado.[464]

"Un hijo no responde por su padre"

La política del régimen sobre la estigmatización social cambió a lo largo de la década de 1930, aunque en la práctica de la mayor parte del partido y los entes gubernamentales el cambio resultó mucho más lento y hay indicios de que fue controvertido en los altos círculos políticos.[465] Ya en febrero de 1934, Mólotov proclamó ante el Séptimo Congreso de los Sóviets que las restricciones que pesaban sobre el derecho al voto eran "medidas pasajeras" que solo serían necesarias mientras las antiguas clases explotadoras constituyeran una amenaza. También afirmó que solo se había privado del derecho al voto a unos dos millones de personas y que pronto sería posible eliminar la categoría por completo.[466]

La primera medida refería a los hijos de quienes no tenían derecho al voto, no a sus padres. A finales de 1935, en un comentario improvisado durante el discurso de un estajanovista que afirmaba que le habían negado el reconocimiento porque su padre había sido deskulakizado, Stalin sostuvo que "un hijo no responde por su padre".[467] Nunca retomó el tema, pero el mensaje fue desarrollado por otros. La comisión de Control Soviético ordenó

al gobierno y a los organismos industriales que dejaran de despedir y de negarse a contratar personas "por razones como el origen social, condenas anteriores, condenas de padres y parientes, etc.". A. A. Solts, miembro de la comisión, subrayó la importancia de borrar los estigmas del pasado "para que las personas puedan olvidar sus orígenes sociales y sus convicciones criminales. El descendiente de un *kulak* no tiene la culpa de serlo, ya que no eligió a sus padres. Por eso, ahora dicen: 'No persigan a la gente por su origen [de clase]'".[468]

No todo el mundo tomaba esas promesas en serio. Recordando la afirmación de Stalin de que "un hijo no responde por su padre", uno de los encuestados para el proyecto de Harvard agregó: "Pero en mi caso no fue así, porque yo era y continué siendo hijo de un *kulak*". Otra encuestada, hija de un exnoble terrateniente, recordó que se convocó a una reunión en su escuela técnica para discutir las implicaciones del nuevo lema de Stalin. "El orador dijo que, dado que los hijos ya no tenían que cargar con los pecados de sus padres, quienes habían ocultado su origen social no debían tener miedo de hablar. Se animó a todos los estudiantes que habían ocultado su origen social a subir al podio y hablar". La atmósfera era tan intimidante que la encuestada intuyó una trampa y guardó silencio. Uno de los pocos estudiantes que respondieron desapareció de la escuela poco después.[469]

Es posible que las autoridades locales, o incluso el propio Stalin, hayan utilizado la promesa de la desestigmatización para averiguar quién ocultaba qué. Sin embargo, el cambio en las políticas formales prometido por Mólotov siguió su curso, aunque no de manera fluida. La comisión encargada de redactar la nueva Constitución del Estado soviético tuvo que determinar hasta dónde llegar para eliminar el estigma de los "extranjeros de clase". A último momento, en circunstancias poco claras que sugieren una intervención del más alto nivel, se eliminaron del proyecto de Constitución todos los motivos sociales para la privación del derecho al voto.[470]

La nueva Constitución –promulgada tras un debate público sobre el proyecto publicado– afirmaba que todos los ciudadanos de la URSS que cumplían 18 años, "independientemente de su raza, nacionalidad, confesión religiosa, nivel educativo, modo de vida, origen social, situación económica y actividad pasada", tenían derecho a votar en las elecciones soviéticas y también a ser elegidos (art. 135). En su comentario sobre la discusión pública, Stalin rechazó una enmienda propuesta "para privar del derecho al voto a los sacerdotes, a los exmiembros de la Guardia Blanca, a los

‘expersonas’ que no realizan trabajos útiles”. “El poder soviético”, dijo, “no privó a los elementos pasivos y explotadores del derecho al voto para toda la eternidad, sino solamente durante un período determinado”. Ahora que las antiguas clases explotadoras habían sido liquidadas, el régimen soviético debía ser lo suficientemente fuerte para eliminar estas limitaciones. Después de todo, dijo Stalin (¿condenando con elogios débiles?): “no todos los ex*kulakí,* miembros de la Guardia Blanca y sacerdotes son hostiles”.[471]

La ambivalencia de los comentarios de Stalin se reflejó en la reacción pública y en la implementación de la nueva política. “No puedo aceptar que los sacerdotes sean electores o elegidos”, escribió R. Beliáyev, desde la región de Kalinin. “En mi opinión, un sacerdote no es un trabajador, sino un parásito”. “Será muy malo para quienes fueron activistas durante la deskulakización y la liquidación de los *kulakí* [si estos últimos obtienen el voto]”, escribió K. Porjomenko, un *koljoznik*. “Ahora el *kulak* puede, si llega al poder, presionar muy fuerte a esas personas, los activistas, porque aún hoy los *kulakí* tienen un gran odio”.[472]

Mientras el Politburó dictaminó en la primavera de 1937 que todas las acciones “que privan a los ciudadanos de la URSS del derecho al voto por motivos de origen social” deben cesar,[473] el mensaje que recibían los funcionarios y el público era otro. El terror de las grandes purgas ya había empezado y la distinción entre los antiguos “enemigos de clase” y los nuevos “enemigos del pueblo” no estaba clara.[474] El origen social se mencionaba una y otra vez en los casos de expulsión del Komsomol en la provincia de Smolensk en 1937, aunque durante el juicio de apelación del año siguiente las personas expulsadas por estos motivos volvieron a serlo. Otro tanto ocurrió con la organización del partido en Smolensk durante las grandes purgas, donde las acusaciones de origen social excluido o las relaciones con personas de origen social excluido eran frecuentes y apasionadas.[475] Las personas eran discriminadas (o sufrían cosas aún peores) a causa de sus orígenes sociales. Por ejemplo, un secretario del comité partidario de Stalinsk en Siberia no dudó en afirmar en agosto de 1937 que un tal Shevchenko “no estaba incluido en la lista de delegados al Congreso de los Estajanovistas en Kuzbass porque su padre era un ex*kulak* sin derecho al voto”.[476]

Ya en 1939, un funcionario del NKVD de Leningrado recomendaba que se despidiera a maestras –hijas de sacerdotes, nobles y funcionarios zaristas– por ser “elementos ajenos a la sociedad” que “manchaban” la escuela donde

trabajaban. Pero los tiempos estaban cambiando: el jefe del Departamento de Escuelas local cuestionó con valentía la recomendación del funcionario del NKVD y su aceptación de que “el origen social es el único criterio de valor”, y expresó su opinión de que, en vista del legajo de servicio y las calificaciones pedagógicas de las maestras, no había motivos para despedirlas.[477]

Ponerse la máscara

El ocultamiento era algo habitual en la vida soviética. Las autoridades consideraban a todos aquellos que escondían su pasado como enemigos ocultos, aunque no necesariamente era así. Para no ser tomado como enemigo, cualquiera que tuviera un pasado más o menos perjudicial debía ocultarlo, sin importar sus simpatías políticas. Quienes ocultaban su pasado estaban “enmascarados”, según el léxico soviético al uso. Y una vez enmascarados, se hacía necesario “desenmascararlos”.

Muchos se veían obligados a llevar una doble vida. Eso podía implicar que tenían dos “personalidades”, un yo público “inventado” y un yo privado “real”. Pero las cosas no eran tan sencillas. Alguien podía –en una proyección socialista realista del futuro sobre el presente– desear con pasión convertirse en la persona que afirmaba ser en público. Podía representar tan bien su papel que lo internalizaba (“Empecé a sentir que era el hombre pretendía ser”).[478] O podía llegar a odiar al yo “verdadero” o considerarlo una suerte de *Doppelgänger* pesadillesco al que había que borrar del mapa.[479]

Un caricaturista de *Krokodil* retrató esta dualidad al mostrar una solicitud de trabajo prolijamente redactada, en cuyo dorso se veían imágenes que contaban otra historia. Para la pregunta “¿Posición social antes de 1917?” la respuesta es “Empleado”… pero la imagen representa a un agente de la policía zarista. “¿Participó en la guerra civil?”. Respuesta: “Sí”… mientras que la foto delata que estaba del lado blanco. “¿Cuenta con educación especializada?”. Respuesta: “Tengo un diploma de ingeniero tecnológico”… superpuesta al dibujo de un hombre que fragua un diploma.[480] Desde el punto de vista de *Krokodil,* la identidad que reflejaba ese currículum era un

fraude. Sin embargo, en la vida real, era una forma de construirse como un nuevo hombre soviético.

Para quienes sufrían el estigma social, la huida solía ser el primer paso hacia una nueva vida. A principios de la década, los campesinos deskulakizados o que temían estar a punto de serlo abandonaban sus pueblos y se iban a trabajar a las ciudades o a nuevas obras de construcción. Las autoridades detestaban este proceder, denominado "autodeskulakización", pero era sumamente imprevisible. Los *nepmen* que enfrentaron la expropiación al final de la NEP actuaron de manera similar: se informó sobre comerciantes expropiados en Moguilev y Minsk que huían a Moscú y Leningrado en 1930, y comerciantes del Volga que se mudaban a Tashkent.[481]

El paso siguiente era obtener nuevos documentos de identidad. Antes de los pasaportes, uno de los documentos básicos era un "papel" (*spravka*) del sóviet local que certificaba el origen social; estos "papeles" continuaban siendo los documentos básicos de los campesinos. Para obtenerlos, muchos miembros de familias *kulak* sobornaban o "compartían una botella" con el presidente del sóviet local. Otros fabricaban los suyos después de robar hojas membretadas y timbradas de las instituciones pertinentes. Las cartillas de racionamiento, los carnets sindicales y las credenciales de afiliación al partido eran documentos de identidad útiles en las ciudades, por lo que existía un movido mercado de documentos de este tipo, tanto auténticos como falsificados. Un *cartoon* sobre la revisión de la membrecía partidaria en 1935 muestra una comisión que analiza la credencial de un miembro con la siguiente leyenda: "Su apellido no se lee bien en su tarjeta". "Disculpe, en ese caso puedo ofrecerle mi otra credencial del partido. Creo que ahí está más legible".[482]

Antes de la época de los pasaportes, a veces ni siquiera era necesario comprar los documentos de identidad: "Si uno perdía los documentos, se acercaba a pedir otros y declaraba en formal oral quiénes eran su padre y su madre", dijo una encuestada del proyecto de Harvard al recordar un episodio de 1929 o 1930. Kiev era un lugar de nacimiento muy mencionado, ya que los archivos comunales habían sido destruidos durante la guerra civil. Algunas personas no recordaban el cambio de identidad como un problema: "Nunca reconocí [mis orígenes] en una solicitud de trabajo […]. Me puse otro apellido, el de mi esposo. Usé el apellido de mi esposo, y también lo hicieron mis dos hijos. Por lo tanto, nunca reconocí mi pasado".[483]

Incluso se podían comprar pasaportes. En 1935 un periódico informó que en un pueblo de Mordovia comprar pasaportes era tan fácil que allí cuarenta familias sin derecho al voto ni siquiera se molestaron en pedir la restitución de sus derechos:

> "¿Cuántos de sus individuos privados del derecho al voto recuperaron sus derechos hasta el momento de las elecciones soviéticas?", preguntamos a Lósev, presidente del sóviet rural. "¡Ni uno! No recibimos ninguna solicitud de esas […]". [*sic*] Y es cierto, ¿por qué hacer una petición y llamar a la puerta del sóviet rural cuando en el distrito de Torbeievo, sin ningún tipo de tormento, se pueden comprar baratos […] [*sic*] ¡los "derechos civiles"! El precio del pasaporte no es alto, entre 50 y 80 rublos. Muchos de los que habían sido privados del derecho al voto adquirieron varios pasaportes.[484]

Las formas menos drásticas de obtener una nueva identidad eran a través de la adopción y el matrimonio. Las personas sin derecho al voto acostumbraban enviar a sus hijos a vivir con parientes no estigmatizados.[485] El matrimonio o las segundas nupcias podían cumplir una función similar, intencionalmente o no. Una mujer de origen noble cuyo primer esposo había fallecido a principios de la década de 1920 eligió a un tornero como segundo marido y mejoró su posición social; la hija del rico dueño de una fábrica se casó con el hijo de una familia campesina pobre y, como señaló el hijo de ambos, "su matrimonio la salvó de los problemas". Una hija de *kulakí* recordó que

> mi primer matrimonio fue una especie de camuflaje. No tenía dónde vivir. Y mi esposo era de la *bednota* [campesinos pobres, un estatus socialmente ventajoso]. Era miembro del Komsomol. […] Casarme con él me sirvió de pantalla. Y, además, teníamos nuestra pequeña habitación. Y cuando me iba a la cama, pensaba: "Dios mío, estoy en mi propia cama".[486]

La construcción de una nueva vida muchas veces implicaba un esfuerzo complejo de toda una familia y requería el empleo de diversas tácticas.

Separada durante el proceso de deportación, la familia Tvardovski deskulakizada hizo lo imposible por mantenerse en contacto y volver a reunirse (con la excepción de su integrante más famoso, el poeta Aleksandr Tvardovski, que escapó de la deportación y, para protegerse, ocultó el destino de su familia). La familia Siláiev en Siberia Occidental se separó varias veces en los años posteriores a que Vasili Siláiev, un campesino próspero, se mudara a Novosibirsk para evitar la deskulakización. Pese a todo, el objetivo de estas estrategias y separaciones (cuando no eran involuntarias) era preservar a la familia y mantener intactas algunas de sus propiedades. Con este fin, Siláiev se divorció de su esposa después de transferirle la propiedad de dos casas y se mudó a otro pueblo. La esposa vendió las casas y fue a reunirse con él. Su hijo, que trabajaba en una oficina en Novosibirsk, volvió al pueblo natal para negociar la restitución del derecho al voto a su padre.[487]

Muchas veces las familias descubrían que dispersarse era la única manera de sobrevivir:

> Nuestros orígenes sociales pesaban sobre mí y sobre mis hermanos y hermanas como un estigma. Y todos ellos, uno por uno, salieron de Ajansk. […] Y entonces, ya sabes, las cosas eran de tal manera que se suponía que ni siquiera debíamos mantener correspondencia con nuestros padres. Era como tener un vínculo con un “elemento ajeno”. Más allá de todo, continuamos en contacto con ellos y de vez en cuando los visitábamos, pero era muy difícil.[488]

El “desenmascaramiento” de quienes escondían su pasado muchas veces era el resultado de investigaciones policiales, como en el caso de Siláiev. Pero muy a menudo la prensa o los conciudadanos, o una y otros en conjunto, hacían el “trabajo sucio”. Para los periodistas, que tenían prohibido incurrir en cualquier forma de “sensacionalismo”, desenmascarar historias no solo era el material humano más atractivo, sino que les permitía realizar informes de investigación. En la primavera de 1935, un periódico de Leningrado publicó una serie de artículos en que dejaba en evidencia a enemigos de clase ocultos en hospitales y escuelas de la óblast de Leningrado. La redacción, típica del género, atribuía motivaciones ominosas a quienes ocultaban su origen social y hacía uso generoso de palabras emotivas como “refugio”, “al acecho” y, por supuesto, “enemigo”.

> Troitski, exoficial del Ejército Blanco e hijo de un sacerdote, ha encontrado refugio [en el hospital]. El administrador considera que este enemigo al acecho es "un contador insustituible". La encargada de inventario Zabolotskaia, la enfermera Apishnikova y el esterilizador Shestiporov también son hijos de sacerdotes. Vasilieva cambió su profesión de monja a enfermera y también consiguió empleo en ese hospital. Otra monja, Larkina, siguió su ejemplo. […] Un exmonje, Rodin, consiguió trabajo como asistente del médico e incluso como reemplazo del médico para hacer visitas a domicilio.[489]

Las redes de excluidos sociales eran particularmente sospechosas; las historias de exposición aprovechaban cualquier oportunidad para vincular el estigma social con la desviación política, lo cual implicaba una conexión causal:

> El padre de Bocharov era policía [en la época zarista]. Es muy cercano a sus familiares: diáconos, sacerdotes y *kulakí*. En 1929 lo expulsaron del partido por considerarlo un elemento extranjero, pero luego, por alguna razón, fue reintegrado. Cuando estudiaba en la Universidad de Moscú, Bocharov era miembro activo de la oposición trotskista-zinovievista. Durante la purga del partido de 1930, lo ocultó hasta que lo desenmascararon.[490]

Las denuncias de vecinos, colegas y compañeros de estudios eran un peligro común en la vida de las personas con malos orígenes sociales. Una hija de *kulakí,* adoptada y educada por sus tíos, fue denunciada en una carta enviada desde su pueblo a su organización del Komsomol. Más tarde la volvieron a denunciar en una carta enviada a un periódico; cuando la carta fue publicada, la despidieron de su trabajo y tuvo que romper su compromiso con un comunista, quien recibió un ultimátum del partido.[491] Desde luego, estas denuncias eran producto de la maldad gratuita, pero muchas tenían propósitos más concretos y egoístas: por ejemplo, el deseo de liberar de vecinos indeseables el departamento comunitario. La víctima de una de estas denuncias, el hijo de un sacerdote, se quejaba con vehemencia de la

persecución a que lo sometían sus vecinos, quienes querían "por medios injustos o sucios forzarnos, a mí y a mi familia, a irnos, a salir corriendo, para poder quedarse con nuestro lugar en la sala". "Sé que usan mi origen [de clase] como justificación", escribió. Las denuncias de los vecinos habían logrado que lo despidieran de tres empleos y también lo habían privado durante un tiempo de la cartilla de racionamiento. En 1933 se enviaron denuncias similares a las comisiones de pasaportes para impedir la entrega de pasaportes y permisos de residencia en Moscú.[492]

Algunas denuncias se redactaban con afán de cumplir un deber, como sucedió con un comunista siberiano que denunció a su propio suegro, un *kulak* fugitivo, cuando en 1930 este buscó refugio en su departamento. Otras expresaban un temor y un odio genuinos al enemigo de clase, como el caso de dos obreros que escribieron denuncias separadas contra un ingeniero que, según dijeron, había azotado a marineros y arrestado a obreros bajo el antiguo régimen y que solo fingía lealtad al poder soviético ("Conozco sus tretas como la palma de mi mano, desde 1905"). Tal vez ese mismo espíritu, en su versión de turba enardecida, inspiró a los trabajadores de una fábrica en Groznyi, después de un incidente en que los tornos de dos operarios muy productivos estajanovistas fueron saboteados. "Desenmascararon al *kulak* Kruglov, que había escapado de Kamchatka, y a Stepanchuk, un exgendarme, y los echaron de la tienda. Después de eso, los estajanovistas […] desenmascararon a otras catorce personas sin derecho al voto que habían conseguido trabajo en la planta".[493]

Muchas situaciones en la vida soviética alentaban o incluso exigían denuncias, como las purgas y las sesiones de "crítica y autocrítica" de operarios y oficinistas. En algunas ocasiones, las personas se autodenunciaban por haber ocultado su origen social. Esto ocurrió en una reunión de una organización partidaria distrital en la Provincia Occidental donde, bajo el estrés de una reunión de "autocrítica" asociada con el inicio de las grandes purgas, el vicepresidente del sóviet distrital sorprendió a los concurrentes al anunciar: "Cometí un engaño cuando me uní al Partido Comunista y durante la purga e intercambio de documentos del partido oculté mi posición social. Mi padre era un policía rural [bajo el antiguo régimen], no un oficinista".[494]

El desenmascaramiento podía ser una estrategia en los conflictos burocráticos. Sin embargo, era poco común que una institución llegara tan lejos como lo hizo un ente gubernamental en 1935, cuando realizó una

investigación privada sobre la posición social de todos los residentes en dos edificios de departamentos de Moscú. Pensaban demoler los edificios para construir allí las nuevas oficinas del organismo, por lo que este estaba obligado legalmente a encontrar una vivienda para los residentes. La investigación reveló una población notablemente "oscura": no menos de treinta y siete excluidos sociales, incluidos *kulakí* fugitivos, exnobles, excomerciantes, personas con parientes deportados o encarcelados, mercachifles y usureros de bienes que iban desde autopartes hasta queso casero, pasando por espacios en departamentos. Una vez establecido este perfil social, ese despacho envió la información recopilada a la policía de Moscú, aduciendo que los residentes de los edificios, en su condición de "ajenos sociales" que no tenían derecho a vivir en Moscú, no podían exigir que los reubicaran.[495]

En el largo plazo, ¿era posible ocultar los orígenes sociales desfavorables? Los entrevistadores del proyecto de Harvard hicieron esta pregunta a los refugiados de posguerra, al igual que algunas entrevistas más recientes a mujeres mayores en Rusia, y obtuvieron respuestas divergentes. Algunos dijeron que sí e hicieron mención a su propia experiencia o la de sus familiares y amigos. Para lograrlo, según decían, había que mudarse a otra parte del país, cambiar de trabajo a menudo, conseguir un pasaporte falso, cambiarse el nombre e inventarse un pasado, y evitar hacer enemigos personales que pudieran volverse denunciantes. Sin embargo, varios de los encuestados señalaron que era peligroso ocultar los orígenes sociales porque, si las autoridades los descubrían, estarían "en peores problemas que antes", "[serían calificados como] espías y no podrían conseguir trabajo; hasta podrían ser arrestados". Algunos dijeron que era posible antes de que se introdujeran los pasaportes, pero que después se tornó muy difícil.[496]

Otros afirmaron que, sin más, el ocultamiento a largo plazo de los orígenes sociales era imposible. Incluso la pregunta angustió a una anciana entrevistada, hija de un sacerdote: "¿Cómo podía esconder eso? ¡¿Cómo podía esconder eso?!". "Lo descubrirán porque no se puede ocultar permanentemente", dijeron los encuestados del proyecto de Harvard. "Puedes esconderlo durante diez años, pero en el undécimo te descubrirán". A veces la "imposibilidad" era una cuestión psicológica, como en el caso del hijo de un *kulak,* que asumió con éxito una nueva identidad respaldada por documentos falsos y nunca fue capturado mientras permaneció fuera de casa. "Cuando estaba en Moldavia nadie me conocía, pero cuando regresé al Don,

a mi *rodina* [patria], la gente me conocía. Regresé porque mi *rodina* me llamaba. Sentía nostalgia”.[497]

Muchas veces se destacaba la tensión psicológica que producía el ocultamiento. “Siempre tuve que negar a mi madre”, dijo un artesano hijo de una comerciante. “Sabemos que hay una lucha por subsistir; de modo que dije que no sabía nada de mi madre y que había muerto. Estaba convencido de que era un crimen hablar contra la familia de uno; pero sentí que debía hacerlo”. Muchos de los encuestados con manchas de prontuario resaltaron que habían sido ciudadanos de segunda clase, privados de todo tipo de oportunidades accesibles a otros, siempre alertas y en guardia. El miedo “me acompañaba todo el tiempo”, dijo una mujer. “Me sentí feliz cuando pude retirarme [en 1965]. Recién entonces respiré tranquila”. Un maestro cuya mancha era ser hijo de un sacerdote resumió así la perspectiva general: “En la Unión Soviética todo es posible. Con la ayuda del *blat,* se pueden conseguir documentos falsos y trabajar unos años, pero es imposible tener paz con este tipo de asuntos”.[498]

* * *

No sabemos cuántas vidas quedaron marcadas por la estigmatización social de las décadas de 1920 y 1930, pero las cifras deben haber sido enormes. Cuatro millones de personas privadas del derecho al voto, más sus familias, y dos millones de deportados por *kulak* a principios de la década de 1930, cerca de 300.000 “elementos socialmente dañinos” en el Gulag, casi un millón de “pobladores especiales”, y quizá varios cientos de miles de exiliados administrativos al final de la década. Estas cifras superpuestas e incompletas no proporcionan totales utilizables, pero al menos sugieren la magnitud del fenómeno.[499] Además, el grupo perjudicado siempre fue mayor de lo que muestran las cifras, tanto porque familias enteras se vieron afectadas por la estigmatización de uno de sus miembros como por el ignoto contingente de personas que ocultaron con éxito, aunque con temor, su origen social. En una recopilación reciente de entrevistas con mujeres rusas mayores se comprobó que no menos de la mitad había experimentado estigmatización por su origen social. Es probable que esto sea un sesgo muestral; pero también muchos de los encuestados de Harvard (aunque en

menor proporción) informaron que la estigmatización social había sido un hecho central en sus vidas antes de la guerra, mientras que otros afirmaban que el origen de clase era un problema menor u ocasional.[500]

¿Qué significó para la sociedad que tantas personas fueran estigmatizadas o temieran serlo? Es probable que la consecuencia más importante haya sido el ocultamiento a gran escala del origen social y la falsa representación de la identidad. Este aspecto fue crucial para los líderes políticos, quienes daban por sentado que cada estigmatizado era automáticamente un enemigo que debía ser castigado y aislado de la sociedad para evitar que tomara represalias. De este modo se estableció, por supuesto, un círculo vicioso. Algunos pensaban que la liquidación de las clases "enemigas" –los capitalistas, la exnobleza, los comerciantes, los *kulakí*– era la mejor manera de eliminar una fuente de enemistad hacia el régimen soviético. Dijo Stalin unos años después de la deskulakización: "¡Incorrecto! ¡Tres veces incorrecto! Esas personas existen, […] no las destruimos físicamente y han permanecido con todas sus afinidades de clase, antipatías, tradiciones, hábitos, opiniones, visiones del mundo, etc.".[501]

Sería difícil no estar de acuerdo con una de las implicaciones del comentario de Stalin: que el régimen soviético tenía un don especial para hacer enemigos. Era probable que un *kulak* hostil al régimen en la década de 1920 sintiera una hostilidad mucho mayor después de haber sido deskulakizado. El régimen tenía motivos para preocuparse por el rencor de miles de ex*kulakí,* muchos de los cuales habían adoptado nuevas identidades y ocultaban con éxito no solo su pasado, sino sus pensamientos. Pero no todas las víctimas de la estigmatización social reaccionaban de esta manera.

Los hijos de padres estigmatizados muchas veces sentían que sus orígenes sociales los excluían de una comunidad a la que anhelaban unirse. "¿Realmente mis 'orígenes sociales' levantan un muro entre el [Komsomol] y yo?", escribió a Stalin un maestro rural de 23 años, hijo ilegítimo de la hija de un sacerdote. Indignado por la injusticia que esto conllevaba, el hombre señaló que, como hijo ilegítimo, también habría sido estigmatizado bajo el antiguo régimen y reivindicó su devoción a la causa soviética. "Desde que era pequeño, me inculcaron las ideas leninistas revolucionarias hasta la [médula] de los huesos, ¡y estaré convencido de ellas para siempre!".[502]

La exclusión con frecuencia produce miseria y sentimientos de inferioridad en vez de indignación o ira. "Siempre estaba triste e infeliz por ser excluida", recordaba la hija de un sacerdote. "No podía pertenecer por culpa

de mi padre y mi hermano [que murió en las filas del Ejército Blanco durante la guerra civil]”. Hija de una familia de la *intelliguentsia* de buena posición y gran patriota soviética en su juventud, recordó que el rechazo del Komsomol por motivos de origen social la hacía sentir desgraciada, aunque no cuestionaba su justicia. Comenzó a sentir “que había algo inferior y poco sólido en mí. Era una ‘intelectual’ y tuve que luchar contra eso. Tuve que extirparlo”.[503]

La estigmatización podía producir sentimientos exagerados de lealtad y devoción al régimen soviético y sus valores. Stepan Podlubnyi, hijo de padre campesino deskulakizado, luchó por superar la “psicología enferma” de sus orígenes y rehacerse, a pesar de la soledad y la inseguridad, como un ciudadano soviético modelo. Otro “intruso” desarrolló “un marcado complejo de ser inferior a los otros jóvenes trabajadores, a quienes consideraba ‘verdaderos soviéticos’”. Cuando por fin lo aceptaron en el Komsomol, “mi miedo se convirtió en alivio abrumador, exaltación y fe en mí mismo”. Se volvió un ardiente defensor del Komsomol y un partidario idealista de la causa soviética. “Al entrar al Komsomol adquirí todos mis derechos como ciudadano soviético. A partir de ese momento me sentí parte de la comunidad escolar y con agrado me di cuenta de que en ese momento era ‘como los demás’”.[504]

El hecho de que el Komsomol, al menos hasta 1935, fuera una organización exclusiva que rechazaba a muchos postulantes por motivos de inmadurez u origen social era parte de su atractivo para la juventud soviética. Es posible que haya existido una dinámica similar en la ciudadanía y el patriotismo soviéticos: cuanto más se excluía a las personas de la ciudadanía plena o más se imaginaba la posibilidad de exclusión, más prevalecía una suerte de patriotismo soviético ansioso, intenso y exagerado.

В ПОРЯДКЕ ПРЕДЛОЖЕНИЯ

Рис. Ю. Ганфа



Массовый характер парашютного спорта в нашей стране ставит в проблему дня обслуживание парашютистов без отрыва их (парашютистов) от воздуха. Это именно и предлагает в своем проекте наш художник Ю. Ганф.

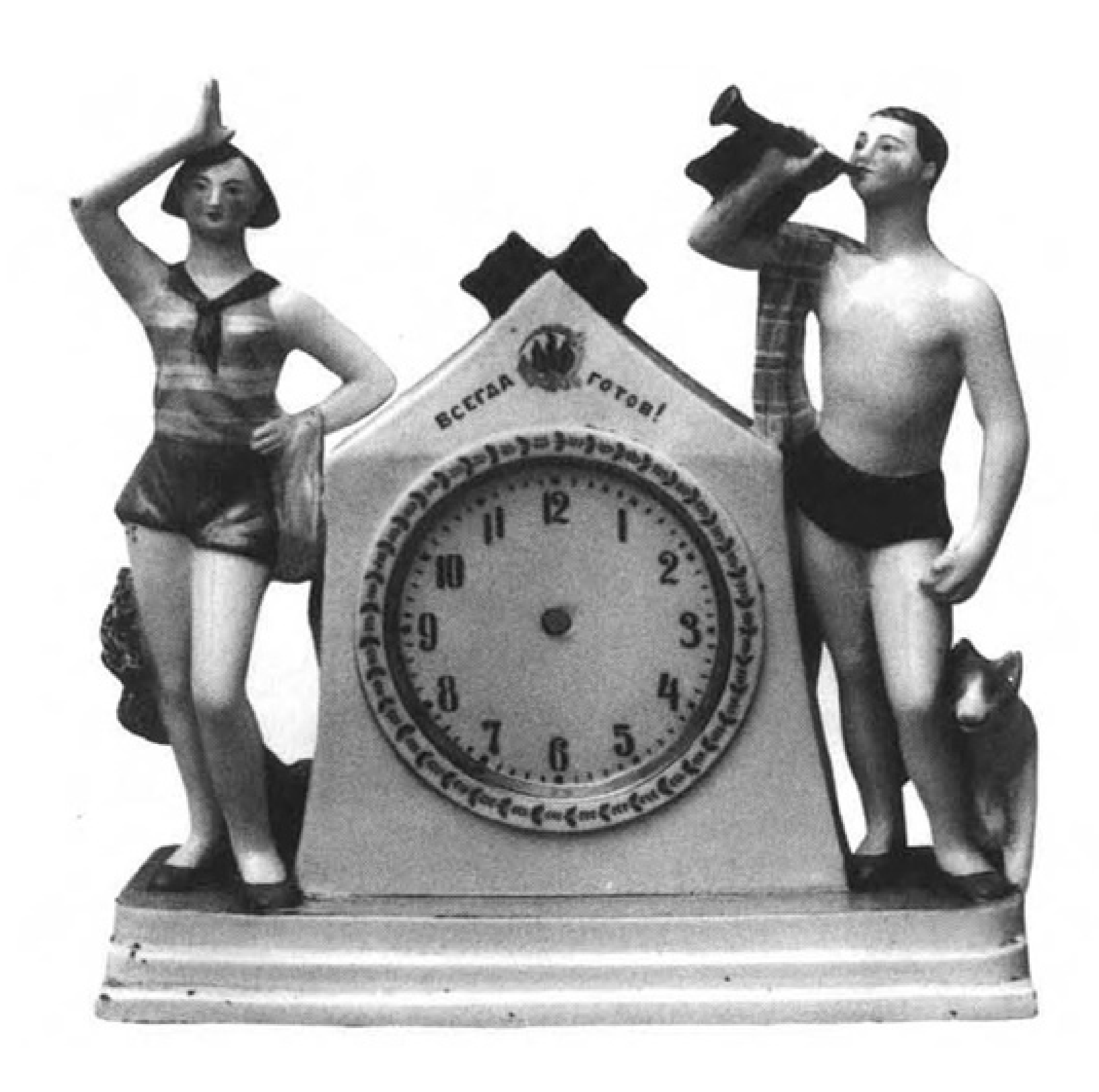
"Una simple sugerencia". "El carácter masivo del deporte de paracaidismo en nuestro país plantea el desafío de servir a los paracaidistas sin sacarlos del aire. Eso es lo que nuestro artista Iu. Ganf sugiere". Artista: Iu. Ganf. Fuente: *Krokodil,* 1937, 25, contratapa.



P. P. Konchalovski, A. M. Tolstói como invitado del artista. Fuente: *Agitasiia na shschast'e. Sovetskoe iskusstvo stalinskoi epoji,* Düsseldorf - Bremen, Interarteks-Edition Temmen, 1994. Reproducido con permiso del Museo Estatal Ruso de San Petersburgo.



"¿Qué? ¿Otra vez repollo?" de David Low, *Low's Russian Sketchbook,* Londres, Victor Gollancz, 1932. Con permiso de Solo Syndication Limited. Reproducido por el Departamento de Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad de Chicago.



T. S. Kuchkina, Reloj con figuras de pioneros (porcelana, fines de la década de 1930). De *Agitatsiia na shschast'e. Sovetskoe iskusstvo stalinskoi epoji,* Düsseldorf - Bremen, Interarteks-Edition Temmen, 1994, p. 177. Reproducido con permiso del Museo Estatal Ruso de San Petersburgo.



"Grandes obstáculos". Epígrafe: "Este es el tercer par de zapatos que he gastado y no puedo encontrar ningún par de zapatos para niños". Artista: K.

Rotov. Fuente: *Krokodil,* 1935, 24, p. 8.



"Un caballero". Epígrafe: "¿En serio dejaste a tu esposa completamente sola?". "¿Qué quieres decir? La dejé con el niño". Artista: Iu. Ganf. Fuente: *Krokodil,* 1935, 30-31, p. 2.



“Acusación injusta”. Epígrafe: “Usted tiene un pasaporte ajeno. ¿Lo robó?”. “Dios no lo permita. Lo compré con mi propio dinero”. Artista: B. Klinch. Fuente: *Krokodil,* 1935, 23, p. 14.



"Aleksandr Sirin, joven aviador obrero, lleva a su madre a dar un paseo. Sirin trabaja en un taller de reparación de automóviles en Stalino y aprendió a volar en el club aéreo local, sin dejar el trabajo". Fuente: *Soviet Russia Today,* abril de 1937, p. 15.



“Brigada de trabajadoras de choque en un obrador, 1931”. Fuente: *Moskva. Illiustrirovannaia istoriia,* Moscú, Mysl’, 1986, p. 135. Reproducción autorizada por los editores de ese libro.

ГОД ИЗДАНИЯ XVI ЦЕНА НОМЕРА 60 КОП.

КРОКОДИЛ

№ 14 МАЙ ИЗДАНИЕ ГАЗЕТЫ „ПРАВДА" МОСКВА 1937

О бдительности


Рис. Ю. Ганфа

“De la vigilancia”. Artista: Iu Ganf. Fuente: *Krokodil,* 1937, 14, portada.

---

[401] Véanse E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. 1, Harmondsworth, Mx., 1966, pp. 151-154 [ed. cast.: *La revolución bolchevique, 1917-1923,* Madrid, Alianza, 1985-1987]; A. I. Dobkin, “Lishentsy”, en *Zven'ia. Istoricheskii al'manaj*, vol. 2, Moscú - San Petersburgo, 1992, pp. 601-603.
[402] “Konstitutsiia (Osnovnoi zakon) Rossiiskoi Sotsialisticheskoi Federativnoi Sovetskoi Respubliki”, resolución del V Congreso Panruso de los Sóviets, 10 de julio de 1918, en *Dekrety sovetskoi vlasti*, II, Moscú, 1959, p. 561.
[403] Los privados del derecho al voto eran conocidos como *lishentsy*, literalmente personas marginadas. Elementos ajenos = *chuzhdye elementy*; ajenos a la sociedad = *sotsial'no-chuzhie* (-*chuzhdye*); expersonas = *byvshie*. Nótese la deshumanización implícita en la palabra elementy. Este uso se generalizó tanto que uno de los entrevistados para el proyecto de Harvard protestó cuando un entrevistador lo usó para referirse a cosas, no a personas, y afirmó categóricamente que “el término ‘elemento’ […] se aplica solo a personas”. HP, #387 (XX), p. 77.
[404] Dobkin, “Lishentsy”, pp. 603-604; Elise Kimerling, “Civil Rights and Social Policy in Soviet Russia, 1918-1936”, *Rus. Rev.*, 41(1), enero de 1982, p. 32, n. 20. La categoría “lealtad” a veces se incluía y otras se excluía en la cambiante legislación de la década de 1920.
[405] Véanse E. H. Carr, *Socialism in One Country*, *1924-1926*, vol. 2, Londres, 1959, pp. 328-333; Alexopoulos, “Rights and Passage”, cap. 2.
[406] Véanse Kimerling, “Civil Rights”, pp. 27-30, y Fitzpatrick, “Ascribing Class”, pp. 752-755.
[407] Véase Fitzpatrick, “Ascribing”, p. 756 y *passim*. Desde luego, hubo que hacer excepciones en el enfoque genealógico de los revolucionarios bolcheviques como el propio Lenin, cuyo padre había sido un noble. Según la ley, los exterratenientes, capitalistas y sacerdotes eran elegibles para recuperar su derecho al voto después de haber participado en algún “trabajo útil para la sociedad” durante cinco años; esto parece más una cuestión de teoría que de práctica.
[408] Sobre la expropiación de los *nepmen*, véase Alan M. Ball, *Russia's Last Capitalists. The Nepmen, 1921-1929,* Berkeley, 1987, pp. 72-82, 161-169. Sobre la colectivización, véase R. W. Davies, *The Socialist Offensive. The Collectivisation of Soviet Agriculture, 1929-1930*, Cambridge, Mass., 1980. Sobre la revolución cultural, véase Fitzpatrick, *Cultural Revolution*.
[409] Según cifras publicadas, el 8,6% de la población adulta de la URSS fue privada del derecho al voto, frente al 7,7% en 1927 (Kimerling, “Civil Rights”, p. 27, tabla 1). Las tasas de las repúblicas no rusas tendieron a ser más altas: un 11,8% en Ucrania y un 13,7% en Uzbekistán, en comparación con el 7,2% en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Una fuente de archivo calcula la cantidad de personas privadas del derecho al voto en la República Rusa en 1930 en casi dos millones y medio, lo que sugiere una cifra de al menos cuatro millones para la URSS en su totalidad. Sin embargo, está claro que estas cifras son, en el mejor de los casos, aproximaciones. Lo más probable es que las autoridades no supieran con exactitud a cuántas personas privaban del derecho al voto.
[410] *Nasha gazeta* [en adelante, *Nash. gaz.*], 22 de agosto de 1929, p. 3.
[411] M. M. Prishvin, *Dnevniki*, Moscú, 1990, p. 165; *Nash. gaz.*, 15 de octubre de 1929, p. 4.
[412] Sobre la oposición de Krúpskaia, Lunacharski y el ministro de Educación de Ucrania Mikola Skrypnik, véase Fitzpatrick, *Education*, pp. 122, 133 y 164.
[413] GARF, f. 5263, op. 1, d. 7 (1930).
[414] GARF, f. 3316, op. 2, d. 918 (memorándum); *Koms. pr.*, 16 de marzo de 1930, p. 4 (quejas).
[415] GARF, f. 3316, op. 2, d. 909, l. 1.

[416] Sobre declaraciones de Lunacharski y Skrypnik contra la purga social en las escuelas, véase GARF, f. 5462, op. 11, d. 12, ll. 44-45, y ll. 11-12. Sobre el decreto secreto del Sovnarkom de la RSFSR del 27 de abril 1929 que prohíbe a las escuelas expulsar a los hijos de las personas privadas del derecho al voto, véase GARF, f. 1235, op. 141(2), d. 308, l. 11.
[417] Solovkí era una conocida isla-prisión del Norte.
[418] GARF, f. 1235, op. 141(2), d. 308, l. 9 (comité ejecutivo del sóviet de la óblast autónoma calmuca al Comité Ejecutivo Central Panruso [VTsIK], 30 de abril de 1929).
[419] Sobre la reintroducción de los pasaportes, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 92-95.
[420] *V tseliaj lichnogo ustroistva*.
[421] GARF, f. 3316 s. ch., op. 2, d. 1227, ll. 1-69. La comisión estaba presidida por Enukidze, secretario del Comité Ejecutivo del Congreso de los Sóviets (TsIK), e incluía a tres destacados representantes de la OGPU: G. G. Yagoda, G. E. Prokófiev e Ia. S. Agranov.
[422] GARF, f. 3316 s.ch., op. 2, d. 1227, l. 70.
[423] Ibíd., l. 101. La fuente de esta orden no fue identificada, pero es probable que haya sido el TsIK o la institución correspondiente en la República Rusa, el VTsIK.
[424] GARF, f. 3316 s.ch., op. 2, d. 1227, l. 101.
[425] Todos los casos provienen de GARF, f. 3316 s.ch., op. 2, d. 1227, ll. 117-126.
[426] Elagin, *Ukroshchenie*, pp. 53-54.
[427] Isaac Deutscher, *The Prophet Unarmed. Trotsky: 1921-1929*, Óxford, 1959, pp. 390-394 [ed. cast.: *Trotsky, el profeta desarmado (1921-1929),* Santiago de Chile, LOM - Era, 2007]; GARF, f. 3316, op. 2, d. 188 (contrarrevolucionarios y exterratenientes, 1926-1927); GARF, f. 3316, op. 16a, d. 430 (terratenientes, 1929).
[428] La cifra proviene de V. N. Zemskov, "Sud'ba 'kulatskoi ssylki' (1930-1954)", *Otechestvennaia istoriia*, 1994, n. 1, p. 118. Esto reemplaza la cifra de 1991 de V. P. Danilov cit. en Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, p. 83. No se incluyen los cientos de miles de *kulakí* clasificados como más peligrosos que los deportados, en cuyo caso eran enviados a campos de trabajo, o menos peligrosos, en cuyo caso les quitaban sus posesiones y (en teoría) eran reubicados en tierras inferiores en la misma óblast.Una estimación aproximada de las cantidades correspondientes a estas últimas categorías figura en Sheila Fitzpatrick, "The Great Departure: Rural-Urban Migration in the Soviet Union, 1929-1933", en William G. Rosenberg y Lewis H. Siegelbaum (comps.), *Social Dimensions of Soviet Industrialization*, Bloomington, 1993, pp. 23-25.
[429] Desde diferentes enfoques, Moshe Lewin, *The Making of the Soviet System*, Nueva York, 1985, pp. 121-141; Lynne Viola, "The Second Coming: Class Enemies in the Soviet Countryside, 1927-1935", en Getty, *Stalinist Terror*; Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 28-33.
[430] Sobre el proceso de deskulakización, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 54-59. Sobre las diferentes categorías de *kulakí* y otros castigos, véase Davies, *Socialist Offensive*, pp. 234-236.
[431] GANO, f. 47, op. 1, d. 2005, l. 35 (carta a Eije de un secretario del *raikom*, 25 de enero de 1933, rotulada como "personal").
[432] Sobre la distribución de los deportados en términos de ocupación, véase la tabla 6, Zemskov, p. 127. A principios de 1935, 640.000 *kulakí* deportados trabajaban en la industria, según No. A. Ivnitskii, *Klassovaia bor'ba v derevne i likvidatsiia kulachestva kak klassa (1929-1932 gg.)*, Moscú, 1972, p. 326. Los asentamientos agrícolas de los deportados se convirtieron en granjas colectivas y algunos de esos "*kulak//koljozy*" avergonzaron al régimen dado que poco tiempo después eran mucho más prósperos que sus vecinos no *kulakí*; véase Zemskov, "Sud'ba", pp. 125-126.
[433] *Spetspereselentsy*; *trudposelentsy* (de 1934). En 1944 el término *spetspereselentsy* se volvió a usar en forma oficial, y en 1949 fue reemplazado por *spetsposelentsy*. Zemskov, "Sud'ba", p. 118.

[434] GARF f. 3316, op. 2, d. 188 (memorándum de la OGPU, 1931). De las 936.547 personas clasificadas como "pobladores obreros" en 1941, alcanzaban un 93% los *kulakí* deportados: Zemskov, "Sud'ba", p. 129.
[435] Esto era aplicable al contingente básico, pero no a los grupos menos numerosos de personas "peligrosas para la sociedad" enviadas al exilio entre tres y cinco años después de cumplir su condena en prisión o en un campo. Sin embargo, la distinción es insignificante, ya que incluso los confinados por períodos fijos eran liberados al azar, si es que los liberaban, cuando expiraban sus sentencias. En 1936 Vyshinski, siempre estricto con la legalidad, sugirió a Stalin que se les permitiera regresar a casa después de cumplir su sentencia: GARF, f. 8131, op. 27, d. 72, ll. 168-169, 194 (memorándum del 23 de julio de 1936).
[436] *Sobr. zak*., 1934, n. 33, art. 257, ley del 17 de marzo de 1934; 1935, n. 7, art. 57, ley del 25 de enero de 1935; GARF, f. 3316, op. 2, d. 1668, l. 1 (memorándum de Yagoda a Stalin, 17 de enero de 1935, que lleva en el margen la confirmación de puño y letra de Stalin). Sobre los indicios del desacuerdo de Ia. Iakovlev, jefe del Departamento de Agricultura del Comité Central, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 123-124, 240.
[437] Zemskov, "Sud'ba", pp. 128-145.
[438] GARF, f. 9414, op. 1, d. 15, ll. 23-24, 79-80 (memorándum de NKVD del 23 de febrero de 1938 que resume las leyes sobre el *trudposelentsy*; Vyshinski, memorándum para Ezhov, marzo de 1938); GARF, f. 3316, op. 2, d. 1786, l. 1 ("Aclaración" de febrero de 1936); *Pravda*, 17 de octubre de 1937, p. 1.
[439] GARF, f. 8131, op. 27, d. 72, ll. 168-169 (memorándum de Vyshinski a Stalin, 23 de julio de 1936); GANO, f. 47, op. 5, d. 214, l. 231 (Instrucción de la Procuraduría de la RSFSR, 10 de agosto de 1936); GARF, f. 9414, op. 1, d. 15, ll. 23-24 (memorándum de Zhukovskii, 23 de febrero de 1938); Zemskov, "Sud'ba", pp. 128-129.
[440] TSGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 3548, ll. 81-82 (informe del NKVD de Leningrado, 1939). Para un análisis pionero y basado en archivos sobre las deportaciones étnicas en la década de 1930, véase Terry Martin, "The Origins of Soviet Ethnic Cleansing", *JMH*, 70, 1998, p. 4.
[441] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1829, ll. 139-144 (informe especial del NKVD de Leningrado, 1º de febrero de 1936). Los dos mil incluían a doscientos miembros de las oposiciones trotskista y zinovievista, quinientos un "elementos antisoviéticos y contrarrevolucionarios" y ochocientos nueve "ajenos a la sociedad".
[442] Anuncio en *Kr. pr.,* 20 de marzo de 1935, p. 2. El rumor sobre el directorio de la ciudad, *Ves' Leningrad,* se repite como hecho en Mándelstam, *Vospominaniia,* p. 330. Incluso es posible que hubiera algo de cierto, dada la enorme cantidad de suscriptores al teléfono entre las ediciones de 1934 y 1935; véase Sheila Fitzpatrick, "The Impact of the Great Purges on Soviet Elites: A Case Study from Moscow and Leningrad Telephone Directories of the 1930s", en Getty, *Stalinist Terror*, p. 259. Nótese que, si bien Leningrado era el principal centro de deportaciones de "expersonas" a principios de 1935, hay informes similares de Moscú, Ucrania y otros lugares: Khlevniuk, *Politbiuró*, pp. 144-145.
[443] *Kr. pr*., 24 de marzo de 1935, p. 3; GARF, f. 5446, op. 81a, d. 352, l. 55; *Sov. iust*., 1935 n. 27, p. 14, y 1939, n. 10, p. 28; GARF, f. 3316, op. 2, d. 1658, l. 1.
[444] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2064, l. 7.
[445] Véanse Paul M. Hagenloh, "'Socially Harmful Elements' and the Great Terror", en Sheila Fitzpatrick (comp.), *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000, y David Shearer, "Policing the Soviet Frontier. Social Disorder and Repression in Western Siberia during the 1930s", ponencia presentada en la reunión anual de AAASS, Seattle, noviembre de 1997.
[446] N. B. Lebina y M. V. Shkarovskii, *Prostitutsiia v Peterburge*, Moscú, 1994, p. 174.
[447] Véase un ejemplo de los primeros en *Krasnyi Krym*, 21 de julio de 1937, p. 2; de los segundos, en *Sov. iust*., 1932, n. 10, contratapa. Véase también G. A. Bordiugov, "Sotsial'nyi parazitizm ili sotsial'nye anomalii (Iz istorii bor'by s alkogolizma, nishchentsvom, prostitutsiei, brodiazhnichestvom v 20-30-e gody", *Istoriia SSSR*, 1989, n. 1.

[448] Lebina, *Prostitutsiia*, pp. 174-175; Nicolas Werth y Gaël Moullec (comps.), *Rapports secrets soviétiques. La société russe dans les documents confidentiels 1921-1991*, París, 1994, p. 44; Alaina M. Lemon, "Indic Diaspora, Soviet History, Russian Home: Political Performances and Sincere Ironies in Romani Culture", tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1995, p. 129 y cap. 6.
[449] GANO, f. 47, op. 5. d. 192, l. 1. Para más detalles sobre las detenciones en Siberia, véase Shearer, "Policing".
[450] J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviiks, 1932-1939*, New Haven, 1999, pp. 470-480.
[451] *Trud*, 4 de junio de 1992, p. 1.
[452] N. Duguin, "Otkryvaia arjivy", *Na boevom postu*, 27 de diciembre de 1989, p. 3. Las tres categorías de condenados al Gulag eran "dañinos y peligrosos para la sociedad" (285.831 el 1º de enero de 1939), delincuentes (417.552) y contrarrevolucionarios (503.166).
[453] Engel, *Revolution*, 46, p. 165 (entrevistas a Dubova y Dolguij); *Izv.*, 24 de febrero de 1930, p. 5; GARF, f. 3316, op. 16a, d. 446, l. 17 (carta al TsIK, 1930). Véase también Geiger, *Family*, pp. 140-141.
[454] Véase, por ejemplo, *Diktatura truda*, 22 de agosto de 1929, p. 5; 7 de septiembre de 1929, p. 6.
[455] *Nash. gaz.*, 24 de noviembre de 1929, p. 2.
[456] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2487, ll. 139-140 (informes de 1937).
[457] GARF, f. 1235, op. 2, d. 2021, l. 45 (informe de 1937); f. 5407, op. , 1, d. 49, l. 14 (documento de 1930); f. 5407, op. 2, d. 348 (cartas a la Liga de Impíos Militantes, 1930).
[458] GARF, f. 3316, op. 2, d. 918, ll. 11, 42-43 (peticiones de la RSFSR del VTsIK).
[459] Ibíd., ll. 47, 54-55.
[460] Alexopoulos, "Rights and Passage", pp. 366, 395, 481, 488. La fuente principal de este trabajo es una colección de más de 100.000 peticiones de este tipo al VTsIK que Alexopoulos descubrió en un archivo desconocido hasta ese momento en Ialutorovsk, una pequeña ciudad de Siberia Occidental. Sobre el argumento de la miseria, véase Golfo Alexopoulos, "The Ritual Lament", *Russian History* [en adelante, *Rus. Hist.*], 1997, n. 1-2.
[461] Alexopoulos, "Rights and Passage", pp. 274, 436-448.
[462] Rossiiskii gosudarstvennyi arjiv ekonomiki (RGAE), f. 7486, op. 19, d. 259, l. 29 (carta de 1933).
[463] GARF, f. 5446, op. 82, d. 51, l. 276 (carta de 1937). Esta puede haber sido una petición disimulada para algún pariente, aunque no se mencione a ninguno, pero no estaba escrita en nombre de la propia Elaguina, quien informó un domicilio en el centro de Moscú.
[464] GARF, f. 3316 s. ch., op. 2, d. 922, ll. 35-37. El TsIK tomó en serio esta carta pese a su dudosa procedencia. El expediente contiene textos de varias advertencias emitidas por el TsIK contra el antisemitismo en relación con la liquidación de la NEP y relata las medidas enérgicas de esta institución a favor de los judíos perjudicados.
[465] Véase, por ejemplo, el tratamiento del comentario de Stalin "Un hijo no responde" (Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, 240) y la discusión en los círculos judiciales en 1935 sobre si el nuevo lema. "Los cuadros deciden todo" implicaba distender la represión contra los enemigos de clase (GARF, f. 3316, op. 2, d. 1621, ll. 1-21).
[466] *Koms. pr.*, 8 de febrero de 1935, p. 2.
[467] *Koms. pr.*, 2 de diciembre de 1935, p. 2.
[468] *Sov. iust.*, 1936 n. 21, 8; n. 22, p. 15.
[469] HP #416 (XXI), 16-17; #629 (XXIX), pp. 21-22.
[470] GARF, f. 3316, op. 64, d. 1610 (protocolos de la reunión de la Comisión Constitucional, 1935-1936). El cambio sin explicación, luego de ocho meses de debate, se encuentra en l. 161.
[471] "Konstitutsiia (Osnovnoi zakon) Soiuza Sovetskij Sotsialisticheskij Respublik" (5 de diciembre de 1936), en *Istoriia sovetskoi konstitutsii. Sbornik dokumentov 1917-1957*, Moscú,

1957, p. 358; Stalin, *Soch.,* vol. I (XIV), pp. 178-179.
[472] GARF, f. 3316, op. 40, d. 14, ll. 33, 32 (cartas a *Krest'ianskaia gazeta*, 1936, remitidas a la Comisión Constitucional).
[473] RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 984, l. 25 (13 de marzo de 1937).
[474] Un *cartoon* de Borís Efimov en *Krok.,* 1936, n. 17. 6, presuponía que las dos categorías eran sinónimas: "Antes éramos enemigos de clase", dice un emigrado a otro, "y ahora, enemigos del pueblo", dejando en claro que lo único que cambió fue la etiqueta.
[475] Véase SA, WKP 416 (Komsomol bureau, 1937-1938), y *passim*; y Roberta Manning, "The Great Purges in a Rural District: Belyi Raion Revisited", en Getty, *Stalinist Terror*, p. 191.
[476] PANO, f. 3, op. 11, d. 542, l. 559.
[477] TSGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 3548, ll. 104-107. El Departamento de Escuelas envió su reclamo al Departamento Especial del *obkom* de Leningrado.
[478] Hryshko, en *Soviet Youth*, pp. 98-99.
[479] Estos temas se desarrollan en Sheila Fitzpatrick, "Lives under Fire" y "The Two Faces of Anastasia: Narratives and Counter-Narratives of Identity in Stalinist Everyday Life", también en Kiaer, *Everyday Subjects*; y de otra manera en Jochen Hellbeck, "Fashioning the Stalinist Soul: The Diary of Stepan Podlubnyi (1931-1939)", *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 44, 3 (1996).
[480] *Krok*., 1935, n. 10, contratapa. El epígrafe es "Los antecedentes del aspirante (anketa) y la vida. Cómo deben leerse a veces las respuestas de un candidato".
[481] GARF, f. 3316, op. 16a, d. 446, ll. 248, 100 (cartas a *Pravda*, 1930).
[482] *Trud*, 14 de julio de 1933, p. 4 (juicio de Oshkin) y 21 de febrero de 1936, p. 1; *Krok*., 1935, n. 25, p. 10. Sobre la falsificación de credenciales del partido, véase J. Arch Getty, *Origins of the Great Purges. The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge, 1985, pp. 33-35.
[483] HP, #167 (XXIII), pp. 12-13; Geiger, *Family*, p. 142; entrevista a Dubova en Engel, *Revolution*, p. 46.
[484] *Izv*., 15 de mayo de 1935, p. 3.
[485] Véase, por ejemplo, *Sov. iust*., 1937, n. 4, pp. 53-54; entrevista a Fleisher en Engel, *Revolution*, p. 90.
[486] SA, WKP 416, p. 37; HP, #301 (XV), p. 15; entrevista a Dubova en Engel, *Revolution*, pp. 31-32.
[487] Iván Tvardovski, "Stranitsy perezhitogo", *Iunost'*, 1988, n. 3, pp. 10-30; GANO, f. 47, op. 5, d. 179, l. 271 (caso Siláiev, 1932). Cuando Siláiev fue detenido y acusado de comercio en el mercado negro, las autoridades recomendaron que "fuera exiliado al Norte junto con su familia, como típico representante de la burguesía rural y evidente enemigo de clase del poder soviético".
[488] Entrevista a Fleisher, en Engel, *Revolution*, pp. 90-91.
[489] *Kr. pr*., 4 de abril de 1935, p. 2.
[490] Ibíd., 11 de abril de 1935, p. 2.
[491] Entrevista a Dolguij, en Engel, *Revolution*, pp. 164-169.
[492] Tsentral'nyi gosudarstvennyi arjiv Oktiabr'skoi revoliutsii i sotsialisticheskogo stroitel'stva goroda Moskvy (TsGAOR g. Moskvy), f. 1474, op. 7, d. 72, ll. 119-121 (carta al *rabkrin* de Moscú, 1933); ibíd., d. 79, ll. 86-87 (carta de 1933). Sobre las denuncias de los departamentos, véase Sheila Fitzpatrick, "Signals from Below: Soviet Letters of Denunciation of the 1930s", en Sheila Fitzpatrick y Robert Gellately (comps.), *Accusatory Practices. Denunciation in Modern European History 1789-1989*, Chicago, 1997, pp. 109-110.
[493] PANO, f. 3, op. 11, d. 542, ll. 240-241 (carta de 1937); Gosudarstvennyi arjiv Novosibirskoi oblasti (GANO), f. 288, op. 2, d. 902, ll. 4-6 (cartas a la comisión de la purga, 1930); *Trud*, 4 de enero de 1936, p. 3.
[494] *Rab. put*., 29 de marzo de 1937, p. 2.

[495] RTsJIDNI, f. 475, op. 1, d. 2, l. 63 (Glavsevmorput', 1935).
[496] HP, #358 (XIX), p. 18; #432 (XXI), p. 19; #87 (XXX), p. 3; #338 (XXIII), p. 3, 19-20; #359 (X), p. 31; #358 (XIX), p. 18; #527 (XXVII), p. 29.
[497] Entrevista a Fleisher en Engel, *Revolution*, p. 93; HP, #407 (XX), p. 13; #359 (X), p. 31; #416 (XXI), pp. 16-17.
[498] HP, #167 (XIII), pp. 12-13; entrevista a Dolguij en Engel, *Revolution*, pp. 171-172; HP, #387 (XX), p. 44.
[499] Aún no disponemos de cifras exactas sobre los exiliados administrativos. Gracias a Arch Getty por su orientación sobre el estado actual de la investigación: comunicación privada, 7 de septiembre de 1997.
[500] Engel, *Revolution* (de las ocho entrevistas de historias de vida publicadas, la estigmatización social aparece como tema central en cuatro: Dubova, Fleisher, Berezhnaia y Dolguij). En cuanto a los encuestados del proyecto de Harvard, los analistas clasificaron como "desclasados no manuales" el origen social de 477 (un 17,5%): Inkeles, *Soviet Citizen*, p. 463.
[501] *Sov. iust*., 1934, n. 9, p. 2 (paráfrasis de Krylenko).
[502] RTsJIDNI, f. 17, op. 85, d. 510, l. 186.
[503] HP, #91 (VII), p. 11; Orlova, *Memoirs*, pp. 12-13.
[504] Jochen Hellbeck (comp.), *Tagebuch aus Moskau 1931-1939*, Múnich, 1996, pp. 36-43, 147, y *passim*; *Soviet Youth*, p. 96.

6. Problemas de familia

Los primeros años de la década de 1930 fueron un período de gran a gitación e importantes turbulencias en la sociedad soviética. Por eso no causa sorpresa que la familia también se viera afectada, tal como había ocurrido durante la guerra civil. Millones de hombres abandonaron sus hogares durante la colectivización; algunos se mantuvieron en contacto con sus familias en el pueblo, otros no. Divorciarse era fácil –un encuestado citadino del proyecto de Harvard recordó una “epidemia” de divorcios en ese momento– y, en cualquier caso, no había presión para registrar los matrimonios.[505] La increíble dificultad de las condiciones de vivienda urbana obligaba a las familias a residir en espacios reducidos y contribuía a la alta tasa de abandono por parte de los esposos, en particular después del nacimiento de un hijo. Casi diez millones de mujeres ingresaron al mercado laboral por primera vez en los años treinta, y muchas de ellas pasaron a ser el único sostén de familias casi siempre constituidas por una madre, uno o dos hijos y la insustituible *babushka* (abuela) que comandaba el hogar. La tarea de la mujer como sostén de familia no era fácil porque las mujeres tendían a ocupar puestos de trabajo poco calificados y mal remunerados.[506]

Las familias que sufrían un estigma social tenían problemas particulares: enviaban lejos a los hijos para protegerlos de la mancha o se sentían obligadas a alejarse de los padres por ese mismo motivo. Las deportaciones y el exilio a veces mantenían unidas a las familias, lo quisieran o no, pero a menudo uno o más miembros lograban escapar de la sentencia. A veces los hijos de padres estigmatizados se sentían obligados a renunciar a ellos, según el ejemplo del legendario Pavlik Morózov. Sin embargo, fueron más las familias desgarradas por las grandes purgas que dejaron esposas e hijos estigmatizados por su relación con los “enemigos del pueblo”. Algunas esposas de víctimas eran enviadas a los campos y otras al exilio. A menudo

sus hijos terminaban por residir con parientes, amigos o, peor aún, en orfanatos, bajo nuevos nombres.

Pero existe otro perfil de la historia: la resiliencia de la familia. En el nivel más básico, la gente seguía casándose. La tasa de matrimonios en las zonas urbanas soviéticas era muy alta, tanto en comparación con el período anterior a la guerra como con la Europa contemporánea, sobre todo si pensamos que no se registraban todos los matrimonios; en 1937, el 91% de los varones de entre 30 y 39 años y el 82% de las mujeres se declararon casados.[507] En algunos aspectos, las inciertas y precarias condiciones de vida en la década de 1930 fortalecieron a las familias, ya que sus miembros se acercaban más para protegerse entre sí. "La Unión Soviética es una masa de unidades familiares individuales aisladas entre sí", comentó un encuestado del proyecto de Harvard que había pertenecido a la *intelliguentsia*. "Las familias no están desarticuladas, sino que intentan acercarse unas a otras". "Antes vivíamos separados, pero después de la revolución nos reunimos", relató otro encuestado del mismo grupo social. "Solo en el seno familiar hablábamos con libertad. En tiempos difíciles nos unimos".[508]

Según el análisis del proyecto de Harvard, realizado a partir de una pregunta sobre si la familia se volvió más o menos unida bajo el régimen soviético, la gran mayoría de los encuestados urbanos dijo que la familia se había acercado o bien había permanecido sin alteraciones. Los encuestados de la *intelliguentsia* dieron las respuestas más positivas; el 58% declaró que las familias se habían acercado y solo el 7% afirmó que se habían distanciado, mientras las respuestas de los obreros estuvieron más divididas. Esto sugiere que el efecto "acercamiento" era contrarrestado por tensiones asociadas con la pobreza y las difíciles condiciones de vida. Los campesinos colectivizados estaban divididos más equitativamente respecto de esta cuestión que los residentes urbanos, pero incluso en este grupo el 45% declaró que la familia se acercó, en comparación con el 30% que afirmaba haberse separado. Los investigadores llegaron a la conclusión de que la razón principal de la mayor respuesta negativa era "la distancia física y la dispersión geográfica de las familias rurales".[509]

No cabe duda de que el impacto de las "condiciones soviéticas" en la familia podía ser contradictorio. Veamos el ejemplo de Stepan Podlubnyi, hijo de un campesino ucraniano deskulakizado, quien se mudó a Moscú con su madre luego del arresto de su padre a principios de la década de 1930.

Podlubnyi era muy cercano a su madre, con quien vivía, y sentía una gran lealtad hacia ella; su fe en el régimen soviético decayó cuando en 1937 ella fue arrestada. Con el padre ocurrió todo lo contrario: no solo fueron separados por la geografía, sino también desde lo psicológico, ya que Podlubnyi intentó convertirse en un buen ciudadano soviético y olvidarse de su padre y de la ira que este sentía contra el régimen.[510]

Otro tipo de contradicción se notó en la familia de una médica entrevistada para el proyecto de Harvard. Casada a principios de la década de 1930 y madre de un hijo, se divorció de su esposo pero siguió compartiendo el departamento con él, circunstancia que describió como una estrategia de supervivencia calculada ("Lo hicimos [divorciarse] para no ser responsables uno del otro. De haber estado casados cuando arrestaron a mi esposo [en 1938], yo no estaría sentada aquí hoy"), pero su narración sugiere que cierto grado de distanciamiento personal pudo haber influido en el desenlace. Más allá de la verdadera razón del divorcio, la convivencia respondía a razones prácticas. "Vivíamos juntos por cuestiones materiales. Él podía entrar en los pueblos y traer comida". Si bien puede parecer en contradicción con sus actos, esta mujer –muy apegada a su único hijo, con quien tenía una excelente relación– pensaba que la familia se había vuelto más unida durante la época soviética.[511]

"La familia" era una unidad muy diversa y flexible en la década de 1930, y por lo general tenía como eje a varias generaciones de mujeres. Memorias de los departamentos comunitarios describen a familias de todo tipo que vivían juntas en sus habitaciones separadas. Un autobiógrafo creció en una habitación de un departamento en la calle Arbat, donde su abuela había reunido a sus tres hijas mayores llegadas de las provincias después de la guerra civil. En los años treinta, el hogar estaba formado por el mencionado autobiógrafo y su madre, que desde la detención de su esposo se había convertido en madre soltera, y por una hermana de esta, una mecanógrafa que era la única residente legal del departamento y el principal sostén de la familia, a quien consideraba una "segunda madre". Sin embargo, todos cultivaban una relación estrecha con la familia extendida:

> El tío Vasia, esposo de la tía Nina, solía venir de Lugansk y luego de Nizhny Tagil, y usualmente se quedaba con nosotros durante un tiempo. El tío Volodia nos visitaba con frecuencia desde Leningrado. Sus parientes, los Matveiev, venían dos veces al año,

> cuatro de ellos, con dos niños (¡todos en nuestra pequeña habitación!). Venían de la región de Gorki, donde trabajaba el tío Alesha Matveiev, de vacaciones a su Leningrado natal y luego regresaban. Algunos primos segundos de mamá y de la tía Tania vinieron de Iaroslavl más de una vez. Nuestros familiares de Kiev [de la rama paterna] también solían visitarnos.[512]

En ese departamento residían también varias mujeres solteras, solas o con un hijo, y algunas familias constituidas por padre, madre e hijos, que el autobiógrafo no retrata como más "normales" que la suya. Una de ellas, una familia de la clase obrera encabezada por un telefonista que había perdido las piernas en un accidente, estaba formada por la esposa, el hijo, la madre del telefonista, la hermana menor y otro integrante hospitalizado por períodos debido a problemas psiquiátricos: todos hacinados en una habitación oscura y sofocante sin ventanas.[513]

Una abuela, en este caso del lado materno, también fue el pilar de la familia, más próspera y privilegiada, de Elena Bónner, cuyos progenitores trabajaban y eran activistas comunistas. Otro tanto ocurrió con la familia de Sofía Pávlova, una profesora universitaria que convivió con su madre desde el nacimiento de su primer hijo y durante dos matrimonios (uno de ellos no registrado), el arresto y la desaparición de su segundo esposo en las grandes purgas, la evacuación en tiempos de guerra y otros disturbios. "Mamá me salvó […]. Yo era completamente libre. No amamanté a mi bebé mucho tiempo. De hecho, mamá lo alimentaba con biberón". Su madre se hizo cargo de todo lo concerniente al hogar, no solo de la crianza de los dos hijos, sino también de hacer las compras y tomar todas las decisiones financieras (su hija y su yerno le entregaban sus salarios para que los administrara).[514]

En la década de 1920, las actitudes comunistas hacia la familia eran hostiles. "Burgués" y "patriarcal" eran dos calificativos que a menudo acompañaban al sustantivo "familia". Las convenciones observadas por la sociedad respetable antes de la revolución eran tildadas de "filisteísmo pequeñoburgués", y la generación más joven defendía la liberación sexual y no respetaba la institución matrimonial. Los matrimonios "libres" (no registrados) eran habituales, al igual que el divorcio por vía postal, y el aborto era legal. Mujeres y varones comunistas creían en la igualdad de sexos y en la emancipación de la mujer (aunque ellas eran y siguieron

siendo una pequeña minoría de los afiliados al partido). Que una mujer fuera solo ama de casa era un hecho vergonzoso y algunos entusiastas llegaron a sugerir que los niños serían mejor educados en los hogares estatales que en casa con sus padres.[515]

Sin embargo, el radicalismo social de la década de 1920 parece exagerado. Lenin y otros líderes del partido eran mucho más conservadores en cuestiones familiares y sexuales que la generación más joven. El interés soviético en lo comunal y contrario a la crianza de los hijos por la familia nunca fue tan fuerte como en los *kibbutzim* israelíes treinta años después. Jamás se alentó la interrupción del embarazo, y en los últimos años de la década de 1920 hubo una campaña activa contra el aborto, el divorcio informal y la promiscuidad.[516] Además, las leyes soviéticas sobre divorcio, pensión para alimentos, derechos de propiedad y herencia se basaban en supuestos muy diferentes acerca de la familia, incluso en aquellos años. Estas leyes enfatizaban la responsabilidad mutua de los miembros de la familia por el bienestar financiero de cada cual; el consenso de los expertos legales soviéticos era que, dado que por entonces el Estado carecía de recursos para solventar un sistema de bienestar social completo, la familia seguía siendo la institución básica de bienestar social para los ciudadanos soviéticos.[517]

A mediados de la década de 1930 el Estado soviético adoptó una postura profamilia y pronatalista al prohibir el aborto en 1936, volver más difícil y costoso el divorcio, recompensar a las madres de muchos hijos, estigmatizar a los padres y esposos irresponsables, y reforzar la autoridad de los progenitores por sobre la escuela y el Komsomol. Probablemente este cambio haya sido una respuesta a la caída de la tasa de natalidad y la preocupación por el fracaso de las cifras de población, que, según se suponía, debían mostrar el fuerte crecimiento esperado bajo el socialismo. El matrimonio libre continuó vigente como institución (fue abolido en la década de 1940), hecho que revelaba la continuidad de la confusión residual respecto de las bases del matrimonio: en el censo de 1937 un millón y medio más de mujeres que de varones se declararon casadas, lo que dejó en evidencia que en igual cantidad los varones estaban comprometidos en relaciones que sus parejas, pero no ellos, consideraban matrimonios.[518] Sin embargo, a finales de la década de 1930 el matrimonio libre era una opción cada vez menos celebrada e incluso quienes habían estado en este tipo de matrimonios tendían a registrar sus uniones.

Un cronista de las actitudes sociales soviéticas denominó a esto “la gran retirada”, en referencia a la retirada de los valores revolucionarios.[519] Algunos aspectos de este proceso, en especial la organización de un movimiento de carácter voluntario de esposas de élite que analizaremos más adelante en este capítulo, tienen un notorio dejo a aburguesamiento. Pero también cabe considerar otras características importantes. En primer lugar, en la medida en que podemos juzgar la opinión pública en la Rusia de Stalin, el cambio de actitud del régimen hacia la familia fue bien recibido. La desintegración de la familia era percibida como un mal social y moral, un indicador del desorden de la época, ya que su consolidación se interpretaba como un paso hacia la normalidad.

En segundo lugar, la propaganda familiar de la segunda mitad de la década de 1930 es aún más notable por ser antivarones antes que antirrevolucionaria. Las mujeres eran representadas constantemente (como era habitual en el discurso popular ruso-soviético) como el sexo más noble y sufrido, capaz de mayor resistencia y sacrificio, como pilares de la familia que raramente descuidaban sus responsabilidades y las dejaban en manos de esposos e hijos. En cambio, los varones eran retratados como egoístas e irresponsables, propensos a maltratar y abandonar a sus esposas e hijos. En el inevitable conflicto entre los intereses de las mujeres, interpretados como altruistas y favorables a la familia, y los intereses de los varones, interpretados como egoístas e individualistas, el Estado sin duda estaba del lado de las mujeres. Al mismo tiempo, esto no le impidió adoptar una ley antiaborto que dificultó aún más la vida de las mujeres urbanas y que parece haber suscitado amplio rechazo en este grupo.

Esposos fugitivos

La familia puede considerarse una esfera privada, cuya separación de la esfera pública constituye gran parte de su valor para sus miembros. Así encararon el tema los entrevistadores del proyecto de Harvard, y los encuestados de la *intelliguentsia* en general compartieron sus supuestos. Pero no queda claro si estos supuestos se mantenían en los niveles más bajos de la sociedad urbana soviética. Otra visión posible de la familia es que era una institución importante que las autoridades (estatales,

eclesiásticas o ambas) debían defender activamente, como siempre habían hecho en Rusia hasta la revolución. Muchos ciudadanos soviéticos, en particular las mujeres, defendían este punto de vista en la década de 1930, a juzgar por las solicitudes al Estado para que interviniera en problemas familiares. El tipo más común de petición de las ciudadanas urbanas era pedir ayuda por escrito para localizar a un esposo ausente y cobrar la pensión por alimentos.

Aleksandra Artiujina, presidenta de un gran sindicato con muchas mujeres afiliadas, informó que "me llegan miles de cartas de trabajadoras a propósito de la búsqueda de sus esposos". Estas mujeres querían que las autoridades encontraran a sus esposos ausentes y les cobraran la pensión por alimentos. Algunas escribían cartas sobrias y objetivas, como esta enviada a la revista femenina *Rabotnitsa:*

> Soy una trabajadora, Aleksandra Ivánovna Indyj. Pido encarecidamente a los editores de la revista *Rabotnitsa* que me aconsejen cómo encontrar a mi esposo, Víktor Ignatevich Indyj, que es bígamo y en la actualidad trabaja en la estación de Feodosia (en Crimea). No bien se da cuenta de que lo he encontrado, abandona su trabajo y se muda a otro lugar. Han pasado dos años así, y nunca me ha dado nada para criar al niño, su hijo Boris.[520]

Otras cartas eran más quejumbrosas o acusadoras. Una mujer siberiana, Aleksandra Sedova, candidata a afiliada al partido de bajo nivel educativo, escribió al comité regional para quejarse de su marido, un secretario distrital del Komsomol, que llevaba "una vida disoluta, era un trotskista traidor y me infectó de gonorrea, lo que me privó de [la posibilidad de] tener hijos". Mientras Aleksandra estaba de vacaciones para recuperarse, el esposo le había escrito para informarle que iba a casarse con una joven del Komsomol; a su regreso, la había amenazado con una pistola y le había "sugerido que abandonara el departamento porque será demasiado grande para ti y te darán [una vivienda] allí donde trabajas". Aleksandra mencionó que se quedó sin dinero, pero su carta enfatizaba su necesidad de comprensión y apoyo moral antes que sus preocupaciones materiales. "No le pido […] a Sedov que viva conmigo, pero soy un ser humano; no quiero

que me arrojen por la borda y no quiero que la gente se ría de mí. Estoy sufriendo. Si me alejas [de ti], mi vida no tendrá sentido”.[521]

Una veterinaria escribió al comité de su partido con espíritu de indignación vengativa. Mientras trabajaba en las provincias, conoció a un comunista de Leningrado y se casó con él. Los dos habían renunciado a sus empleos a principios de 1933, cuando ella estaba embarazada de ocho meses, para regresar a Leningrado; pero él se había adelantado con sus ahorros compartidos de 3000 rublos y todas las posesiones de la mujer, incluidos 200 rublos en bonos estatales, mientras ella esperaba parir en la ciudad de Oirat-Tura. Una vez nacido el bebé, le escribió a su esposo para anunciarle que pronto viajaría a Leningrado, pero este la desalentó. La situación se prolongó seis meses, hasta que la veterinaria les escribió a unos conocidos de Leningrado y estos le contaron que su esposo “había formado una nueva familia” en la ciudad y no tenía la menor intención de volver con ella. Entonces llegó a la conclusión de que se había casado solo por dinero, lo cual era “el accionar de un estafador”, impropio para un afiliado del partido. La veterinaria le pidó al partido que lo castigara y (aunque no de manera explícita) que interviniera para que él la recompensara y pagara la pensión alimenticia.[522]

Las autoridades respondían a estas solicitudes de diferentes maneras. Algunas fueron de gran ayuda. Por ejemplo, Artiujina tomó muy en serio la causa de las esposas abandonadas (aunque se quejó de que la oficina del procurador del Estado, especialmente a escala distrital, no había hecho lo suficiente para ayudar).[523] El comité del partido en Siberia Occidental, liderado por Robert Eije, también se mostró comprensivo y servicial. (Recibió una enorme cantidad de cartas sobre esposos fugitivos, quizá porque Siberia parecía un buen lugar para esfumarse). “Como respuesta a su queja”, escribieron desde la oficina de Eije a una mujer,

> le informamos que […] su exesposo Alekséi Goldobin trabaja en la cooperativa maderera de Moshkovo. […] Enviamos su queja al secretario del comité del partido del distrito de Moshkovo, el camarada Iufit, para que presione a Goldobin por intermedio del partido. Pero para poder recibir los pagos de la pensión alimenticia en forma regular, sin importar si Goldobin quiere pagar, primero debe averiguar cuál es su salario, presentar pruebas ante el tribunal de que en efecto es el padre de su hijo y obtener una orden judicial

> en su contra, que debe ser enviada al lugar de trabajo de Goldobin. Solo así recibirá la pensión alimenticia con regularidad, ya que le será retenida de su salario.[524]

En un distrito de Siberia, los funcionarios locales dieron el paso extraordinario de organizar un encuentro de jóvenes campesinas y alentarlas a expresar sus quejas contra los hombres de su vida, lo cual reveló "una serie de casos de maltrato intolerable contra novias y esposas". Todos los ejemplos citados corresponden a miembros del Komsomol: uno "abandonó a su esposa con un bebé de pecho", otros fueron infieles y cometieron abusos, y un delincuente flagrante había "cambiado de esposa cinco veces en el último tiempo".[525]

Los comités del partido no siempre ayudaban. Muchas solicitudes quedaron sin investigar y sin respuesta (como probablemente fue el caso de la veterinaria), mientras que otras fueron desestimadas por comités locales cuyos miembros simpatizaban con el esposo (tal como se quejó Aleksandra Sedova en su carta a las autoridades regionales). Un ejemplo de esto último es la desestimación del pedido de una mujer, quien había requerido que se obligara a su esposo a pagar la pensión alimenticia, por un comité del partido que justificó su decisión sobre la base de que el esposo era un buen hombre, un comunista de las reservas del Ejército Rojo y un aviador amateur.[526]

Sin embargo, el peso de las órdenes y la propaganda central estaba a favor de las esposas abandonadas, no de los esposos. El periódico sindical *Trud* fue particularmente activo en su campaña contra los esposos descarriados a mediados de la década de 1930. Un artículo, con el inequívoco título "Conducta de base", atacó a un tal Svinujin, gerente de un banco que había abandonado su hogar formado por una esposa, tres hijos pequeños y una madre de 70 años. Svinujin se negaba a pagar la pensión alimenticia y en cuanto recibía la orden judicial en su lugar de trabajo, se mudaba a otra ciudad. La situación se había prolongado ya tres años y *Trud,* al igual que Artiujina, acusaba de negligencia a los fiscales locales. El artículo describía a Svinujin como uno de tantos que abusaban de la liberalidad de las leyes matrimoniales soviéticas y entendían el matrimonio como un derecho a "la locura, la degeneración y la bajeza", lo cual era particularmente escandaloso porque se trataba de un alto funcionario, sindicalista y miembro del partido. "¡Basta!", concluía el periodista. "¡Arresten a

Svinujin! ¡Atrápenlo! Sujétenlo para que no vuelva a escapar. ¡Quítenle la credencial del partido! ¡Llévenlo ante la justicia! ¡Júzguenlo con todo el rigor de la ley! Hagan que este delincuente responda por su indignidad ante gente honesta, en el club más importante de Mtsensk”.[527]

Muchas mujeres abandonadas se quejaban de que sus consortes no solo se habían fugado, sino que habían “encontrado otra esposa” en otra ciudad. El problema de la bigamia –o, para ser más precisos, de la poligamia– recibió atención a mediados de la década de 1930. Hubo algunas farsas de juicio, como este en Moscú:

> A. V. Malodetkin, trabajador de [una planta fabril] de Moscú, en un período corto conoció a tres jóvenes trabajadoras: Petrova, Orlova y Matina. Le propuso matrimonio a cada una por separado y, cuando aceptaron, comenzó a tener relaciones sexuales con ellas. Todas estaban convencidas de ser “la esposa” de Malodetkin: no sabían que él las estaba engañando. [Por añadidura,] se descubrió que Malodetkin ya había contraído primeras nupcias en su pueblo natal.

Si bien Malodetkin se había negado a pasar por las formalidades del matrimonio con sus tres novias de Moscú, su comportamiento se consideraba poligamia y era condenado como tal. Durante el juicio Malodetkin se declaró inocente y sostuvo que se había relacionado con las tres jóvenes “porque no tenía nada mejor que hacer”. Indignado por su respuesta frívola, el tribunal lo condenó a dos años de prisión “por engaño e insulto a las mujeres”. La poligamia también era mencionada entre los motivos de expulsión del Partido Comunista. En Smolensk, a mediados de la década de 1930, expulsaron a un miembro del partido por casarse con excesiva frecuencia (tres veces, en serie) y por no ser confiable en cuanto al pago de la pensión alimenticia a sus dos primeras esposas, a lo que sumaban sus problemas con la bebida y su desempeño laboral insatisfactorio.[528]

En los debates sobre matrimonio y cuestiones familiares, casi siempre se daba por sentado que los varones pecaban y las mujeres resultaban perjudicadas. Si tomamos como guía las quejas escritas sobre engaño, traición y maltratos en este contexto, esta suposición era correcta: pocas

cartas escritas y enviadas por varones contrarrestaban el aluvión de cartas de mujeres. (Esto puede deberse a que las posibilidades de cobrarle pensión alimenticia a una esposa fugitiva, que muy probablemente se había marchado con otro hombre, eran casi nulas).

Pero no pasemos por alto la otra cara de la moneda. En al menos un caso, un tribunal otorgó pensión alimenticia a un marido abandonado por su esposa junto a su pequeño hijo, e ignoró la contrademanda de la mujer por la custodia del niño y la mitad del departamento donde residían.[529] Y cabe señalar que la investigación realizada por el comité del partido siberiano sobre la patética carta de una esposa abandonada llegó a la conclusión de que el "esposo" a quien exigía pensión alimenticia apenas la conocía (en una oportunidad se habían alojado en la misma casa) y, casi con total seguridad, jamás había tenido una aventura con ella. El investigador concluyó que era un mero intento de extorsión por parte de una embaucadora.[530]

Además del adulterio, otros tipos de "delitos masculinos" eran denunciados por esposas, novias y vecinos, e incluso por el Estado. Las solicitudes de las mujeres lesionadas en su dignidad impulsaban en general la intervención del Estado. "Le ruego al partido que compruebe la vida personal, aunque solo sea la vida personal, de sus afiliados", suplicaba una esposa engañada, Anna Timoshenko. La angustia de Anna se debía a la conspicua relación que su esposo, líder del partido en Gzhatsk, sostenía con una colega. Anna había visitado a su rival para ofrecerse a renunciar a él, pese a sus dieciocho años de matrimonio y sus hijos; pero la colega del codiciado varón había desestimado la propuesta con una condescendencia insultante ("Respondió así: en primer lugar, lo amas con locura; en segundo lugar, él ama a los niños, y en tercer lugar, quedarías como una mendiga, así que deja de acosarlo"). La esposa ultrajada había seguido a la pareja en secreto por la noche y cuando los sorprendió "besándose apasionadamente", según la colorida descripción de Anna, su esposo "empezó a trotar como un Pionero de 43 años; ni siquiera corrió tanto para escapar de las balas del enemigo Ejército Blanco cuando estuvo en el frente". Los hijos se pusieron a favor del padre aduciendo que "si nos da dinero y no nos pega, ¿por qué socavas la autoridad de papá y te arruinas y [nos arruinas a nosotros]?". Semianalfabeta y carente de experiencia laboral por fuera del *koljoz,* Anna no sabía a quién acudir. Le rogó al secretario regional del partido, "como

padre, como amigo del pueblo”, que la recibiera y la ayudara a soportar su tormento.[531]

Las autoridades casi nunca atendían las acusaciones de adulterio per se. En cuanto al maltrato –práctica común o incluso estándar entre la clase baja, en especial cuando el marido estaba borracho–, las esposas rara vez se quejaban en sus cartas a las autoridades. Los vecinos también se mostraban reticentes, aunque la objeción de las autoridades al maltrato a las esposas era conocida por todos. Una excepción fue la denuncia contra un tal Rudolf Tello por maltratar a una sirvienta. Tello fue acusado de “explotar despiadadamente” a la joven e inexperta sirvienta de la familia, Katia, y de obligarla a tener relaciones sexuales con él mientras su esposa estaba de vacaciones. Cuando Katia quedó embarazada, Tello la echó de la casa, pero la joven volvió por la fuerza gracias a la intervención de los vecinos y la milicia. De allí en más, Tello y su esposa comenzaron a golpearla e incluso invitaron a dos amigos a hacerlo. Tello fue sentenciado a cinco años de prisión por estas faltas.[532]

Niños abandonados y maltratados

La crianza de los hijos suele considerarse cosa de mujeres, y así ocurría en la Rusia soviética en la década de 1930. Eran las mujeres, no los varones, quienes escribían de manera constante a las autoridades pidiendo ayuda para sus hijos “descalzos y hambrientos”. A veces se desesperaban y escribían a las autoridades para pedirles que pusieran a sus hijos bajo el cuidado del Estado o que el Ejército los adoptara como mascotas. Fue una mujer la que, al oír a sus hijos menores llorar por un mendrugo de pan después de haber pasado hambre durante dos semanas en el invierno de 1936-1937, “se levantó, fue a la cocina y acabó con su vida”. Y fue una mujer, una viuda jefa del *koljoz* y madre de dos hijos pequeños, quien le dijo al secretario regional del partido que si no les enviaban pan “se vería obligada a abandonar a los niños en el *koljoz* y huir”.[533]

Si las madres eran las principales proveedoras de cuidado infantil, cabría deducir que también eran las principales responsables del abandono y el maltrato de los hijos. Y era más habitual (al menos en la prensa) que las acusadas de crueldad y negligencia fuesen las madrastras antes que las

madres naturales. Sin embargo, había casos de maltrato y abandono infantil en que los varones tenían más culpa que las mujeres, aunque los dos fueran responsables. El abandono de niños era un problema importante de la Rusia urbana de la década de 1930, relacionado con el matrimonio casual y el divorcio, el trabajo femenino fuera del hogar y, sobre todo, los problemas de vivienda.

La vivienda fue el factor clave en uno de los casos más desconcertantes de abandono y maltrato infantil que debieron afrontar los líderes del partido y las autoridades judiciales. Rosa Vasilieva era una estudiante moscovita de 14 años en 1936, cuando escribió una carta a Stalin en que sugería la implementación de un "impuesto infantil" que deberían pagar todos los ciudadanos soviéticos, canon que el Estado destinaría a pagar un estipendio a cada niño desde su nacimiento hasta que cumpliera 18 años. Para Rosa, esta medida podría proteger a los niños de posibles negligencias y maltratos de sus padres. Aunque su carta estaba redactada en términos abstractos y no contenía un pedido personal directo, dejaba traslucir que Rosa tenía conocimiento de primera mano de los problemas asociados con los padres divorciados y las disputas por el espacio de residencia. Tal vez eso llamó la atención del asistente de Stalin, Poskrebyshev, y lo llevó a enviar la carta a Andréi Vyshinski, un jurisconsulto que además era vicedirector del Consejo de Ministros.

Vyshinski ordenó que la fiscalía de la ciudad de Moscú investigara la situación de Rosa y la investigación reveló una triste historia. Como tantas tristes historias soviéticas, esta giraba en torno a la vivienda. Rosa y sus padres habían convivido en una habitación de 11 m^2. Cuando sus padres se divorciaron, Rosa permaneció en la habitación con su padre, Aleksandr Vasilev. Cuando Aleksandr dejó Moscú por motivos laborales, buscó a una mujer, Vronskaia, para que cuidara a Rosa con cama adentro. Pero la milicia no registró a Vronskaia como nueva ocupante porque la habitación era demasiado pequeña, de modo que (como lo explicaría más tarde) el padre de Rosa se vio obligado a casarse con ella para poder registrarla. La fiscalía culpó de casi todos los sufrimientos posteriores de Rosa a Vronskaia, "una personalidad histérica" que, en ausencia del padre, maltrataba a la niña, la interrumpía cuando hacía la tarea escolar, no le permitía tener una cama y un mes después de obtener su registro como residente, incluso había intentado echarla a la calle. Entonces comenzó una batalla de órdenes de desalojo entre Vronskaia, el padre de Rosa y la madre de Rosa. (Todas las

órdenes fueron ignoradas y, después de tres años de lucha, cuando Rosa estaba en el último año de la escuela secundaria o ya se había graduado, Vyshinski abandonó el caso).[534]

El más famoso de todos los casos de abandono y maltrato a mediados de la década de 1930 fue el de "Gueta", publicado por el periódico laboral *Trud* y objeto de una farsa de juicio en una gran fábrica de Moscú. A diferencia del anterior, este caso dirimía problemas relacionados con un divorcio y un nuevo matrimonio, no con la vivienda. Gueta Kashtanova nació en Bezhitsa en 1930; era hija de Kashtanov, un técnico, y Vasilieva, una obrera, quienes se conocieron y casaron en 1929 en la planta Internacional Sindical Roja (Profintern). Poco antes del nacimiento de Gueta, Kashtanov abandonó el hogar. Vasilieva intentó rastrearlo para exigirle la pensión alimenticia, sin éxito. Como no quería o no podía criar a la niña, la entregó a su madre. Tiempo después Vasilieva volvió a casarse, esta vez con un comunista llamado Smoliakov que tenía un buen trabajo en los sindicatos; de ese matrimonio nacieron dos hijos. Poco después la abuela enfermó y envió a Gueta, de 5 años, de regreso con su madre. El matrimonio se había mudado a Kaluga, donde Smoliakov trabajaba como editor de un periódico; le pagaban bien y hasta tenían una sirvienta, Marusia, en su departamento de tres habitaciones (según los estándares soviéticos, con espacio suficiente para una familia de seis personas). Pero Vasilieva no quería a Gueta, y empezó a golpearla. Si bien Smoliakov no participaba en las golpizas, tampoco intervenía para proteger a la niña.[535]

De alguna manera Vasilieva consiguió averiguar la dirección de su exmarido, Kashtanov, para entonces un ingeniero residente en Moscú. Para resolver el problema, decidió enviar a la niña a vivir con su padre. La sirvienta Marusia llevó a Gueta a Moscú, al domicilio de Kashtanov, quien se negó a recibirla aduciendo que su departamento era demasiado pequeño y él no ganaba lo suficiente para mantener a su hija. "El regreso de la niña provocó un nuevo estallido de furia de Vasilieva, que de inmediato comenzó a golpearla". Luego Vasilieva ordenó a Marusia que llevara a Gueta con Kashtanov y la dejara abandonada en la calle si él se negaba a recibirla. "Le dijo a Gueta: 'La tía Marusia te dejará. No te aferres a ella. Si vuelves, te mataré'". La urgencia de Vasilieva por deshacerse de la niña estaba relacionada con que Smoliakov había aceptado un nuevo empleo en Millerovo, muy lejos de Moscú, y ella estaba decidida a seguirlo… sin Gueta.

La noche del 21 de enero de 1935, Marusia y Gueta golpearon por segunda vez a la puerta de Kashtanov. Una vez más, este se negó a aceptar a la niña, aunque las acompañó hasta la parada del autobús y les dio un rublo para el pasaje. Marusia quedó entonces en una posición infortunada: con la partida de Vasilieva a Millerovo había quedado desempleada y ahora cargaba con la responsabilidad de Gueta. Entonces, Marusia siguió las crueles órdenes de Vasilieva: llevó a Gueta a una juguetería y (según un relato) desapareció entre la multitud. (Según otro relato, Gueta sabía lo que iba a ocurrir y no se opuso "porque la madre le había dicho a la niñera que, si Gueta regresaba, la asfixiaría o la envenenaría"). Cuatro días después, unos vecinos que se compadecieron de ella llevaron a Gueta a la comisaría 22 de la milicia moscovita. Estaba sucia y andrajosa. "La niña dijo que no tenía pasaporte, que su madre vivía en Bezhitsa [sic], que no sabía nada de su padre y que tenía hambre". Una nota escrita con lápiz que encontraron con ella decía: "[Gueta] Kashtanova, de 5 años. El padre es un ingeniero que vive en la calle 11 de Marina Roshcha, nº 30, departamento 2. Dejó a la niña en la calle. ¡Apiádense de ella, buena gente!".[536]

Convencidos de lo que afirmaba esta nota, los milicianos intentaron persuadir a Kashtanov para que se hiciera cargo de la niña, pero este se negó y una noticia amarillista publicada en *Trud* lo etiquetó como el villano de la historia: "¡Que el ingeniero Kashtanov sea llevado ante la justicia!". Ese mismo día, el fiscal del distrito anunció que en virtud del art. 158 del Código Penal presentaría cargos contra Kashtanov, quien fue detenido.[537]

Sin embargo, a medida que avanzó la investigación, la atención se centró en Vasilieva –no causa sorpresa si tenemos presentes las pruebas–, que fue arrestada el 6 de mayo. Cuando el caso Gueta por fin llegó a los tribunales Vasilieva se había convertido en la principal acusada, con Kashtanov y Ustinova ("la tía Marusia") acusados también de negligencia y maltrato, pero en menor medida. Se realizó una farsa de juicio en el club de la planta textil de Trejgornaia en julio, con una mujer fiscal, Niurina, y una audiencia compuesta en su mayoría por trabajadoras de la planta. Niurina pidió una sentencia de tres años para la madre, pero al final "el caso de Vasilieva fue apartado a causa de su enfermedad" y esta no recibió ninguna sentencia. Kashtanov fue condenado a seis meses de prisión y tuvo que pagar 125 rublos por mes (más de un tercio de su salario) a la abuela de Gueta, que una vez más debió actuar como su tutora. Una vez pronunciada la sentencia, la audiencia de trabajadoras permaneció en la sala y "surgió un grito

unánime: '¡Demasiado poco!'". La fiscal Niurina retomó la palabra y dijo que pediría "una ley más severa" para quienes no pagaban la pensión alimenticia, en referencia directa a los hombres.[538]

La reacción al caso Gueta sugiere que el resentimiento de las mujeres contra la negativa masculina a reconocer las responsabilidades familiares era profundo. Todo indicaría que las autoridades lo tomaron en cuenta, como queda demostrado en la decisión de realizar una farsa de juicio con una fiscal ante una audiencia de trabajadoras. En la época del caso Gueta, en una editorial de Leningrado, se consumó un acto de propaganda mucho menos grave con un mensaje parecido. En este caso no se había producido maltrato alguno infantil y la familia implicada era próspera, y además bien instruida. Un comunista, el camarada Zharenov (empleado de la editorial), se refirió a "cómo [criaba] a sus hijos" . El informe se centraba en sus deficiencias:

> "Debo confesar", dijo Zharenov, "que hasta este momento presté muy poca atención a la crianza de mis hijos. Me di cuenta de esto ahora que hablo frente a los camaradas sobre mí como padre comunista. En nuestra familia, hasta este momento, el acuerdo era que solo mi esposa se ocupaba de la crianza de los niños, y yo no tenía casi nada que ver con eso".

El público aprovechó el tono de "autocrítica" y fue más allá:

> Preguntaron: "¿Su hija es una Pionera?", "¿La niña ve gente borracha en la familia?", "¿Los padres usan malas palabras delante de los niños?", "¿El niño tiene platos aparte para comer?", "¿Con quiénes socializan sus hijos?", "¿Quiénes son sus mejores amigos?", "¿Qué calificaciones recibieron los niños en la escuela en el segundo trimestre?", y así sucesivamente.

El camarada Zharenov no pudo responder ninguna de esas preguntas: "No sabía cómo les iba a sus hijos en la escuela, tampoco qué hacían en su tiempo libre". Como resultado, recibió "duras críticas" de los presentes "por criar mal a sus hijos". Lo extraño de esta historia es que nadie criticó a la esposa de Zharenov (presente en la reunión, junto a su hija Lida); según lo

informado, apenas fue mencionada. Esto podría interpretarse como un caso de negligencia de los dos esposos por igual, pero la lectura más plausible es que el mensaje de esta reunión era que los *hombres,* no las mujeres, tendían a descuidar a sus hijos y debían cambiar sus costumbres. El turno de la esposa de Zharenov y su hija Lida llegó al final feliz de la reunión, cuando "el camarada Zharenov y su familia se anotaron en la competencia para descubrir quiénes criaban mejor a sus hijos".[539]

Niños sin hogar y delincuentes

Uno de los mayores problemas sociales relacionados con la desintegración familiar eran los niños sin hogar y los adolescentes matones. Los niños sin hogar –ya fueran huérfanos, abandonados por sus padres o fugitivos– formaban pandillas que vivían por cuenta propia en ciudades y estaciones ferroviarias y se trasladaban en los trenes. Después de la guerra civil, en todo el país cientos de miles de niños habían quedado en esa situación, y las medidas para internarlos en orfanatos y educarlos continuaron vigentes durante los años veinte. Al final de la década, en parte porque disminuyó el crecimiento de esa legión infantil desprotegida, el problema comenzó a menguar. Pero entonces llegaron la colectivización, la deskulakización y la hambruna en el campo y surgió una nueva generación de huérfanos: hijos de *kulakí,* hijos cuyos padres habían muerto de inanición, hijos cuyos padres se habían marchado a probar suerte en las ciudades.[540]

La red de instituciones juveniles –centros de acogida para niños rescatados de las calles, comisiones de asuntos juveniles, orfanatos, colonias para delincuentes juveniles como la de Makárenko– se utilizó al máximo. Los pueblos habían abandonado casi por completo las prácticas tradicionales de cuidado de los huérfanos, en parte por el estigma que pesaba sobre los hijos de *kulakí,* y "de inmediato [enviaban] a los hijos de padres fallecidos a la ciudad o bien al orfanato más cercano". Según lo informado, las autoridades rurales habían decidido despejar sus zonas de jóvenes mendigos y vagabundos mediante la extensión de un "certificado de vagabundeo y mendicidad" que les permitía trasladarlos a las estaciones ferroviarias y las ciudades más cercanas. Los funcionarios de los pueblos

pequeños actuaban de manera similar y subían por la fuerza a los niños abandonados en trenes con destino a las grandes ciudades.[541]

Para complicar aún más la situación, muchas veces los padres o las madres dejaban a sus hijos en orfanatos por un tiempo debido a la pobreza o cuando estaban de viaje. Esta práctica se remontaba a la guerra civil (se la describe en la famosa novela *Cemento* de Gladkov, donde Dasha deja a su hijo en un orfanato que se incendia y este muere devorado por las llamas) y al parecer era habitual. Los resultados fueron diversos. Para dos hijos desnutridos de padres deskulakizados que, presas de la desesperación, los dejaron en la puerta de un orfanato, ese lugar fue un salvavidas; en un sentido material, estaban mejor allí que con su propia familia, que tiempo después los reclamó. Para otro niño, criado en un orfanato siberiano cuando su familia huyó de la hambruna del Volga en 1921, la experiencia fue positiva; su madre no lo reclamó, pero él se las ingenió para mantenerse en contacto con ella y con sus hermanos y recibir educación. Pero también hubo tragedias. Un trabajador siberiano internó a sus hijos pequeños en el orfanato de Barnaul tras la muerte de su esposa y, cuando fue a reclamarlos, descubrió que uno había muerto y el otro estaba desaparecido; quizá lo habían enviado a un *koljoz,* pero nadie sabía dónde.[542]

La delincuencia juvenil, desde el hurto hasta el vandalismo y los asaltos violentos, se percibía como un problema creciente en la primera mitad de la década de 1930. Sin embargo, hasta 1935 la ley era bastante indulgente con los menores: por ejemplo, la pena máxima por vandalismo era de dos años de prisión y se prefería la rehabilitación a la cárcel para los delincuentes juveniles.[543] Las autoridades que se ocupaban de delincuencia juvenil tendían a centrarse en las situaciones familiares de los implicados y en tomar medidas para mejorarlas. Pero este enfoque “progresista” quedó desacreditado en 1935, después de un aumento significativo de la violencia aleatoria, incluidos asesinatos, en las calles de la ciudad, con un prominente número de jóvenes entre los perpetradores.

Klim Voroshílov, miembro del Politburó y ministro de Defensa, dio la voz de alarma. Tras citar varias noticias de periódicos soviéticos sobre una serie de asesinatos y asaltos violentos en Moscú, perpetrados por dos jóvenes de dieciséis años que habían recibido una sentencia de solo cinco años en prisión, el ministro afirmó que las autoridades de Moscú tenían en sus registros “unos tres mil matones adolescentes, casos serios, de los cuales cerca de ochocientos son sin lugar a duda delincuentes capaces de cualquier

cosa”. Su discurso condenaba la benevolencia de los tribunales hacia los jóvenes matones y sugería que, para que las calles de la capital volvieran a ser seguras, el NKVD debía recibir la orden de liberar de inmediato a Moscú no solo de los adolescentes sin hogar, sino también de los delincuentes sin control parental. “No entiendo por qué no les disparamos a estos sinvergüenzas”, concluía Voroshílov. “¿Tenemos que esperar a que se conviertan en bandidos aún peores?”.[544]

Los sentimientos de Voroshílov eran compartidos plenamente por Stalin, quien, según lo informado, fue el principal autor del decreto ley del Politburó del 7 de abril de 1935, “Sobre las medidas de lucha contra la delincuencia entre menores”, que establecía que los delitos violentos cometidos por juveniles a partir de los 12 años de edad fueran punibles como si los hubieran perpetrado adultos.[545] Al decreto le siguió otra norma optimista llamada “Sobre la erradicación de la falta de hogar y de supervisión de los niños”, que aumentó la participación del NKVD en el manejo de los jóvenes sin hogar y delincuentes, e intentó acelerar el proceso de sacarlos de la calle e internarlos en las instituciones pertinentes. La ley también pretendía proteger a los huérfanos de la explotación por parte de sus tutores (al citar la apropiación ilegal del espacio para vivir y los bienes que quedaban tras la muerte de los padres) y autorizaba a la milicia a multar a los padres con hasta 200 rublos por “los desmanes y el vandalismo callejero” de sus hijos. Los progenitores que no supervisaban como correspondía a sus hijos corrían el riesgo de que el Estado se los quitara y los ubicara en orfanatos donde ellos tendrían que pagar el costo de manutención.[546]

La ley de aborto

“Debería existir una ley que obligara a los hombres a tomar en serio el matrimonio”, le escribió un *koljoznik* armenio al presidente Kalinin. “No debe permitírseles que sigan divorciándose y dejando huérfanos de padre a sus hijos”.[547]

Esa era la opinión de muchos en la Unión Soviética y, a mediados de la década de 1930, pasó a ser compartida por el régimen. En mayo de 1936 el gobierno presentó un proyecto de ley para fortalecer la familia, cuya

medida más notable era la prohibición del aborto. Esto fue una verdadera sorpresa para muchos afiliados al partido y miembros de la *intelliguentsia,* ya que eliminar las prohibiciones zaristas había sido parte conspicua de la primera legislación "liberacionista" soviética. El anuncio también sorprendió por su forma, ya que, en lugar de promulgar la ley de manera normal, el gobierno publicó primero un borrador para ser sometido a debate público.[548]

El proyecto de ley abarcaba cuatro temas principales: el aborto, el divorcio, la pensión por alimentos y las recompensas para las madres de familia numerosa. Proponía prohibir el aborto, excepto cuando la vida o salud de la madre estuvieran en riesgo, y castigar con hasta dos años de prisión a los médicos que lo practicaran y a quienes obligaran a las mujeres a abortar. Las propias mujeres debían ser "expuestas a la reprobación pública" –obligadas a humillarse durante el debate público y a recibir críticas contra su conducta, por lo general en su lugar de trabajo– y multadas por delitos repetidos. Para que el divorcio fuera más difícil de obtener, debía exigirse a ambas partes que estuvieran presentes en los procedimientos y aumentar la tasa de registro a 50 rublos para el primer divorcio, 150 rublos para el segundo y 300 rublos para cualquier divorcio posterior. El nivel de la pensión por alimentos se elevó a un tercio de los ingresos del padre ausente para un hijo, la mitad para dos hijos, y el 60% para tres o más hijos; la pena por no pagar pensión alimenticia fue aumentada a dos años de prisión. Por último, las madres con siete hijos debían recibir pagos anuales de 2000 rublos en efectivo –una cantidad significativa– durante un período de cinco años, con pagos adicionales por cada hijo hasta el undécimo (5000 rublos).

Dado que supuestamente el proyecto que motivaba el debate expresaba la posición del gobierno en asuntos de familia, existían obvias limitaciones a la libre expresión. Según consta, las conversaciones en los lugares de trabajo eran formales e improductivas, y los presentes consideraban que asistir era un deber: por ejemplo, en la fábrica de indumentaria Krásnaia Shveia [Costura Roja] de Moscú, "la única persona que habló en la reunión general de la fábrica fue la que leyó el proyecto". Y un periodista descubrió que al menos uno de quienes permanecieron en silencio se oponía de manera rotunda a esa ley. Pero los críticos no siempre fueron tan reticentes. La cobertura del debate por el periódico laboral *Trud,* centrada en el tema del aborto, incluyó una serie de opiniones, tanto positivas como negativas,

pese a que el debate estuvo acompañado por editoriales con una firme postura antiaborto basada en el daño que este producía a la salud de la mujer y a su capacidad de gestación.[549]

Sería difícil imaginar un contraste mayor entre el debate soviético sobre el aborto en la década de 1930 y el actual debate estadounidense. El debate soviético no hacía la menor referencia al "derecho a la vida" del feto y mencionaba de manera marginal el derecho de las mujeres sobre su propio cuerpo. Los defensores de las distintas posturas en el debate urbano parecían dan por sentado que todas las mujeres en su sano juicio deseaban tener hijos (aunque los hombres y algunas muchachas irresponsables pensaran distinto). La gran pregunta del debate soviético era qué hacer con aquellas mujeres cuya situación material era tan mala que se veían obligadas a negarse la felicidad de ser madres: ¿debían permitirles o no abortar? El debate soviético no contemplaba vertientes filosóficas, tampoco recurría a la ideología. Entre los temas centrales en discusión se destacaban los problemas de vivienda y de atención sanitaria de la Unión Soviética.[550]

Una mujer le dijo a un cronista periodístico que pese a tener esposo y buenos ingresos, ella "haría literalmente cualquier cosa para no tener un segundo hijo" y que estaba "preparada para abortar en cualquier circunstancia". La motivaban los problemas de salud del primer hijo, que requerían costosos cuidados, y la vivienda: "Vivimos con otra familia en una habitación de 30 m^2. ¿Tengo derecho a darme el lujo de traer un segundo hijo a este ambiente? No creo". Otras mujeres (e incluso algún hombre) escribieron al periódico con argumentos similares. "Vivo con tres niños en una habitación de 12 m^2", escribió una contadora moscovita. "Por grande que sea mi deseo de tener un cuarto hijo, no puedo permitirme ese lujo". Un ingeniero de Leningrado argumentó que solo era adecuada una prohibición parcial de los abortos: las decisiones debían tomarse caso por caso cuando las "comisiones autorizadas" hubieran investigado las condiciones de vida y vivienda de la mujer embarazada.[551]

Casi todos los participantes en el debate concordaban, al menos de la boca para afuera, con la idea de que debía restringirse el acceso al aborto. Varios sugerían que la prohibición total del aborto debía limitarse a las mujeres sin hijos, mientras las reglas para aquellas que ya tenían hijos debían ser más indulgentes. Otros proponían una variedad de exenciones: para las mujeres con tres o cuatro hijos, para las jóvenes que querían terminar sus estudios,

para las mayores de cuarenta años. Hubo muchas insinuaciones de que prohibir el aborto aumentaría el número de abortos clandestinos "y de esa manera el número de mujeres malogradas para una futura maternidad". [552]

El mayor apoyo a la prohibición del aborto provino de mujeres cuya experiencia las había dejado en mal estado de salud o había dificultado su capacidad de gestar.

> Tengo 39 años. Pero recién ayer pude parir mi primer hijo. Hace muchos años tuve un aborto. Y el resultado fue este. Quedé embarazada dos veces, pero no logré llegar a término. Mi salud, que empeoró luego del aborto, interfirió con el curso adecuado del embarazo. ¡Con cuántas ganas quería un hijo! ¡Cómo me maldije y maldije al médico que aceptó hacerme el aborto![553]

Respecto de las disposiciones de la ley relativas al divorcio, muchas mujeres expresaron su aprobación por las características punitivas: el aumento de las tarifas para el registro de divorcios (dirigidas principalmente a los hombres) y la imposición de castigos más severos a los padres que no pagaban la pensión por alimentos de sus hijos. "Ya han pasado cinco años desde que mi marido abandonó a la familia", dijo una trabajadora estajanovista, "y no paga ninguna pensión. Ya no podrá evitarlo. La nueva ley obligará a estos padres a ocuparse de sus hijos".[554]

Algunos hombres se opusieron al aumento en las tarifas de registro de divorcios, aduciendo que "el divorcio se convertirá en un lujo, accesible solo para las categorías de trabajadores con alta remuneración". Pero otros expresaron su apoyo a estos costos. En conversaciones en una planta eléctrica de Moscú, un trabajador sugirió *triplicar* la tarifa propuesta para el divorcio, de modo que el primer divorcio costara 200 rublos y el tercero, 1000. "Los hombres que tienen muchas esposas deben ser procesados como delincuentes", dijo otro trabajador. Pero también sugirió que cada divorcio debía ser encarado de manera individual por el tribunal, lo cual implicaba que las tasas solo serían aplicadas a las partes "culpables". Otro trabajador hizo explícito este punto al sugerir que un tribunal especial debía establecer quién tenía la culpa del fracaso del matrimonio y que la parte culpable debía pagar el divorcio.[555]

El proyecto de ley proponía tasas extraordinariamente altas de pensión por alimentos, que llegaban hasta el 60% del salario. Esta medida preocupaba a muchos hombres. Como escribió un oficinista de Vorónezh:

> ¿Y qué ocurre si el hombre se ha casado por segunda vez y tiene hijos del segundo matrimonio? Eso significaría que la segunda familia tendría que vivir con el 40% de su salario. ¿Por qué debería ser peor la situación de los hijos de la segunda familia? En mi opinión, el monto de la pensión alimenticia no debe exceder la mitad del salario de quien la paga.[556]

También preocupaba a las mujeres casadas con hombres que tenían hijos de matrimonios anteriores, presumiblemente un grupo numeroso. Una de ellas escribió que "la esposa de un segundo matrimonio se encuentra en una posición material excepcionalmente grave", en especial si tiene varios hijos. Estas esposas, agregó, deberían tener derecho a abortar.[557]

Pese a la publicación de muchas respuestas positivas al proyecto de ley, la impresión final de la lectura del debate fue que muchas y quizá la mayoría de las mujeres de la ciudad estaban consternadas por la propuesta de prohibir el aborto. La reacción a otros factores del proyecto de ley fue más positiva, aunque algunos cuestionaron los altos montos propuestos para la pensión alimenticia, e incluso quienes los apoyaban parecían dudar de su viabilidad. La restricción al divorcio tuvo apoyo, y hay indicios de que al menos algunos de los participantes en el debate habrían recibido con gusto la abolición del "matrimonio libre". (De hecho se abolió en 1944, medida que fue acompañada por restricciones muy significativas al divorcio).[558]

Después de un mes de debate, el decreto sobre el aborto se convirtió en ley el 27 de mayo de 1936. Era igual al proyecto de ley, lo que implicó que no se tuvo en cuenta el evidente malestar de la gente, en especial las mujeres, por la prohibición total del aborto. De todas las excepciones propuestas a la prohibición del aborto, la única adoptada (fuera de la "amenaza a la vida y la salud de las mujeres") fue aquella que se refería a las mujeres que padecían enfermedades hereditarias. Pero hubo una concesión bastante significativa, que benefició mayormente a los hombres: los montos de la pensión alimenticia bajaron de un tercio (estipulado en el

proyecto) a un cuarto del salario o sueldo por un hijo, de la mitad a un tercio para dos hijos, y del 60 al 50% para tres o más hijos.[559]

La prohibición del aborto tuvo un impacto decisivo en la vida de las mujeres. La severidad de la medida tuvo un efecto notable en los nacimientos urbanos, que durante un tiempo invirtió su declive y elevó la tasa de natalidad de menos de 25 cada 1000 en 1935 a casi 31 cada 1000 en 1940. Si tenemos en cuenta que en ese período no hubo mejoras en las condiciones de vivienda, podremos colegir que el sufrimiento y el malestar asociados deben haber sido muy grandes. Muchas mujeres recurrieron a abortos ilegales, peligrosos tanto en el sentido médico como policial. La prensa gráfica publicaba con regularidad noticias breves sobre procesamientos de médicos y mujeres sin título para ejercer la profesión que practicaban abortos, así como de personas que obligaban a las mujeres a abortar (por lo general, sus propios esposos). La ley mandaba que las mujeres fueran objeto de reprobación pública, pero no procesadas. Con todo, algunas memorias afirman que eran enviadas a prisión por haberse realizado un aborto. Si bien esto podría deberse a una confusión de recuerdos entre la década de 1930 y el período más duro de la posguerra, al menos una noticia periodística parece confirmarlo.[560]

Recompensas para las madres con muchos hijos

En el debate público, las recompensas para las madres no eran un tema candente, si tomamos en consideración lo que se publicó al respecto. Acaso esto se haya debido a que las personas que expresaban opiniones sobre políticas públicas por lo general no eran madres de siete o más hijos. La mayoría de quienes opinaban acerca de esta medida sugerían que la cantidad de hijos necesarios para aspirar a ese beneficio debía reducirse porque, en palabras de un electricista moscovita: “Cuando una sola persona de la familia trabaja, […] es difícil criar a cinco o seis niños sin la ayuda del Estado”.[561] Esa fue una de las sugerencias incorporadas (aunque en forma más sutil) en la ley final, que redujo la cantidad mínima de hijos necesaria para las aspirantes: de siete a seis.

Esta cuestión acaparó la atención solo después de aprobada la ley. Pero era una atención diferente de la que se había prestado a la prohibición del

aborto: aquí se trataba de una cuestión de *beneficios* y en la Unión Soviética entera las mujeres empezaron a pensar cómo obtener lo que les correspondía. Un mes después de que entrase en vigencia la ley, el jefe de la oficina del registro civil de Moscú anunció con orgullo a la prensa que ya se habían recibido más de 4000 solicitudes en la provincia. De esas familias, 2730 tenían 8 hijos, 1032 tenían 9 o 10, y 160 tenían más de 10. El registro estaba a cargo de una madre de 15 hijos del distrito de Shajovskoi.[562]

Los archivos revelan el enérgico interés de las madres por los subsidios económicos: están colmados de cartas de mujeres (e incluso de algunos varones) que preguntan por su elegibilidad. Los redactores de la ley y los burócratas encargados de ponerla en práctica obviamente no habían pensado mucho en las sutilezas del asunto, que por supuesto era crucial desde la perspectiva del ciudadano individual. ¿Era necesario tener seis hijos *vivos* para recibir los beneficios? (La respuesta a esta pregunta frecuente era afirmativa). ¿Los hijos adoptivos contaban? ¿Y los hijastros? ¿Y los hijos que eran ciudadanos extranjeros? (No). ¿Era posible obtener el beneficio como padre de tantos hijos si la madre estaba muerta? (No).[563]

Entre los temas más complejos se encuentran aquellos relacionados con los derechos civiles. Una consulta del 16 de octubre de 1936, realizada por un funcionario soviético local sobre si las familias de las personas sin derecho al voto debían acceder a la recompensa, no recibió respuesta de las autoridades centrales. La pregunta sobre si las mujeres cuyos esposos estaban en prisión podían aspirar al beneficio recibió una respuesta afirmativa, siempre y cuando el esposo estuviera preso por un delito penal y a punto de salir en libertad. Esta curiosa respuesta deja traslucir una de las consecuencias más extrañas de la ley: la disputa burocrática durante las grandes purgas sobre si las esposas de enemigos del pueblo que eran madres de familia numerosa tenían derecho a recibir beneficios en efectivo. En octubre de 1937 el Ministerio de Finanzas emitió una orden secreta que prohibía el pago de beneficios a mujeres cuyos esposos habían sido expuestos como enemigos del pueblo. Pero Vyshinski, el fiscal del Estado, manifestó que el Ministerio de Finanzas se había excedido en su competencia al dar esta instrucción.[564]

No queda claro cómo se resolvió el problema, ni siquiera si se resolvió. Sin embargo, sorprende que hubiera esposas de enemigos del pueblo que intentaran cobrar los beneficios. En junio de 1938 una campesina armenia envió el siguiente ruego a la oficina de Kalinin:

> Tengo siete hijos. Mi esposo ha sido arrestado y sentenciado al fusilamiento con confiscación de bienes. Después de su arresto, me expulsaron del *koljoz.* Mis hijos pasan hambre. No me dieron el beneficio por tener muchos hijos en 1938 debido al arresto de mi esposo. Por favor, reduzcan el castigo de mi esposo y revoquen la confiscación de nuestra propiedad.[565]

Su carta no recibió respuesta.

El movimiento de las esposas

Las "esposas" eran una entidad casi no reconocida en la primera década y media posterior a la revolución. Una mujer emancipada no se autodefinía según su condición respecto del esposo, sino por su trabajo y su actividad fuera del hogar. Las mujeres revolucionarias instruidas despreciaban las tareas domésticas y pensaban que la crianza de los hijos era responsabilidad de la comunidad, no de la familia. Que una mujer tuviera como principales preocupaciones el hogar y la familia era una rémora "burguesa". Si bien las amas de casa tenían derecho a votar, a menudo las trataban como ciudadanas de segunda clase. "A veces llegué a pensar que a nosotras, las amas de casa, ni siquiera nos consideraban seres humanos", se quejó una mujer. Otra escribió:

> En todos mis documentos dice: ama de casa. Han pasado diez años desde que egresé de la escuela secundaria y me casé, y aquí estoy, anotando eso como mi "ocupación" principal. Durante las elecciones a los sóviets yo, una joven sana, estaba sentada junto a los ancianos y los jubilados inválidos. Supongo que es justo. Soy "población desorganizada".[566]

Además de estar molestas por la clasificación inferior de "ama de casa", las esposas de los poderosos gerentes industriales a menudo se aburrían, en

especial cuando enviaban a sus esposos a nuevas plantas en medio de la nada sin ningún tipo de comodidades. En un pequeño volumen de relatos personales publicado por algunas de ellas (principalmente acerca de acerías del sur), escribieron con sentimiento sobre el vacío de la vida antes del movimiento de las esposas, cuando lo único que hacían era ir a la peluquería y asistir a fiestas donde siempre estaban los mismos invitados y no había nada de qué hablar. El tiempo pesaba en las manos de las esposas, que a menudo peleaban con sus esposos completamente comprometidos con el trabajo. Aquellas que tenían un pasado en la *intelliguentsia* prerrevolucionaria –como muchas esposas de ingenieros– sufrían la soledad y la incultura que las rodeaba, sobre todo si sus esposos desarrollaban relaciones estrechas con los comunistas con quienes trabajaban. Una de ellas recordó su disgusto al descubrir que, si bien su esposo tenía un lenguaje común con los gerentes comunistas, ella no:

> Cuanto más tiempo pasaba [mi esposo] en la fábrica y más participaba en la construcción, mayor era la distancia entre nosotros. Conoció a nuevas personas. No eran solo ingenieros; también los administradores industriales y los trabajadores del partido comenzaron a frecuentar nuestra casa. […] Desde la infancia me habían enseñado a ser buena anfitriona. […] Recuerdo la época en que era experta en eso. Pero resultó que no bastaba con entablar conversaciones, había que saber de qué hablar. […] Una vez, mientras intentaba mantener una conversación [con un comunista], miré a mi esposo y me interrumpí. Sus ojos estaban llenos de angustia y de una lástima terrible.[567]

Para este tipo de esposas, que buscaban una ocupación y una forma de conectarse con la nueva sociedad soviética, el surgimiento del movimiento de las esposas fue una bendición. Conocido por el nombre de su revista, *Obshchestvennitsa,* que significa "activista femenina", este movimiento se originó bajo el patrocinio de Sergó Ordzhonikidze, ministro de Industria Pesada, y se convirtió en nacional en mayo de 1936, cuando se dio una "conferencia de esposas de gerentes e ingenieros de la industria pesada" en el Kremlin. Stalin, Ordzhonikidze, Voroshílov y otros líderes asistieron y aceptaron regalos y tributos de las delegadas. Las esposas de los oficiales

del ejército y los gerentes de los ferrocarriles pronto se organizaron de manera similar.[568]

En el pasado, uno de los problemas de organizar a las amas de casa había sido la falta de una buena unidad básica de asociación. Los “comités de vecinos”, que movilizaban a las mujeres en función de su lugar de residencia, no habían tenido éxito. El gran descubrimiento del movimiento de las esposas fue que ellas, al igual que todos en la sociedad soviética, podían organizarse a partir del lugar de trabajo: en este caso, el *del esposo*. No solo el lugar de trabajo del esposo, sino también su situación laboral eran cruciales para la estructura interna del movimiento: en cualquier sede de la industria, por ejemplo, la esposa del director de la empresa tomaba la iniciativa.

Era tarea de las esposas hacer que la sociedad en general y el lugar de trabajo del esposo en especial fueran más “cultos”. Según un relato, el movimiento comenzó a consolidarse cuando Ordzhonikidze, de gira por los Urales, notó que en una plaza la esposa de un gerente industrial local, Klavdia Surovtseva, había plantado flores y arbustos. Se animó a las esposas a amueblar los albergues y cuarteles de los obreros, a organizar jardines de infantes, guarderías, campamentos y sanatorios para los niños, a fundar escuelas de alfabetización, bibliotecas y baños públicos, a supervisar las cafeterías de las fábricas, a plantar árboles y, en general, a hacer todo lo posible para mejorar la calidad de vida en las plantas donde trabajaban sus esposos. Su trabajo no era remunerado y la premisa (no declarada) sobre el financiamiento de sus proyectos era que lo utilizarían una versión doméstica del *blat,* es decir, que conseguirían que sus esposos directores liberaran fondos del presupuesto de la empresa.[569]

Las esposas hacían todo lo posible para mejorar su propia calidad de vida, que en los aislados obradores provinciales, los depósitos ferroviarios y las bases militares solía ser deprimente. En Magnitogorsk, las esposas (encabezadas por María Zaveniaguin, cónyuge del director) instalaron una cafetería “culta” en el teatro local y actuaron como mecenas de arte. En la planta del Profintern fundaron un taller de moda. En Krivorog abrieron un taller de costura donde una operaria podía hacerse un vestido por 7 u 8 rublos y luego agregaron un taller más moderno, para mujeres de élite, donde un vestido podía costar entre 40 y 100 rublos.[570]

Buena parte de lo que hacían las esposas recordaba las actividades filantrópicas de las mujeres de clase alta bajo el antiguo régimen. De hecho,

algunas habían participado en emprendimientos caritativos antes de la revolución. Por supuesto, la analogía fue rechazada de plano por las portavoces del movimiento, pese a que la bolchevique Nadiezhda Krúpskaia (viuda de Lenin) casi lo hizo explícito en la conferencia de fundación. "No hacemos caridad. Hacemos activismo social", afirmaba en tono defensivo el periódico del movimiento.[571]

Pero el "baile de caridad" de la alta sociedad filantrópica de cuño "burgués" no estuvo ausente en la versión soviética. Las esposas de Magnitogorsk organizaban bailes de disfraces a los que solo se podía asistir con invitación, de los cuales invariablemente excluían a los "elementos indeseables". Además, tanto las ramas locales como nacionales del movimiento cultivaron estrechas relaciones con los líderes políticos locales, a quienes acostumbraban dirigirse en tono efusivo y adulador. La elección de regalos elegantes y costosos para patronos políticos como Lázar Kaganóvich, ministro de Transporte, era una de las principales preocupaciones de las esposas, según atestigua el diario personal de Galina Shtange, esposa de un ingeniero ferroviario. En Leningrado, las costureras de la fábrica de Rabotnitsa se quejaron al comité local del partido de que las esposas de los gerentes solo estaban interesadas en obtener honores y publicidad, y habían desperdiciado el tiempo de los obreros y el dinero del Estado al hacer que los trabajadores bordaran una foto del camarada Stalin para un desfile de caballería pretendiendo que sería un regalo para él. Los trabajadores estaban indignados por haber sido explotados para la gloria de las "esposas", afirmaba la carta.[572]

Tal como esta carta deja traslucir, el movimiento de las esposas tenía una base de clase diferente: era una forma de organización para las esposas de élite, no para las trabajadoras comunes. Los modales de las esposas de clase alta crispaban a los gerentes y trabajadores comunistas. Incluso dentro del movimiento, muchas veces se admitía que la relación de las esposas con los subordinados de sus esposos dejaba mucho que desear, ya que "todavía se comportan de manera arrogante […] y hablan con el tono de un jefe". La incorporación de las esposas de los trabajadores estajanovistas a la lista de voluntarias no cambió el carácter de clase alta del movimiento, tampoco ayudó a su reconocimiento popular.[573]

Sin embargo, el movimiento de las esposas aportó una experiencia importante de socialización soviética a muchas de sus integrantes. La mujer antes mencionada, cuyo esposo había sentido "angustia y una lástima

terrible” al contemplar sus esfuerzos por atender a los visitantes comunistas, ahora tenía algo de qué hablar con ellos y encontró nuevos intereses comunes con su esposo. Ella y las otras voluntarias también fueron incitadas a participar en rituales de estrico carácter soviético, cosa que su falta de contacto con un lugar de trabajo soviético les había negado antes. El diario personal de Galina Shtange relata su creciente conocimiento del mundo de las reuniones, las conferencias, las fotos propagandísticas e incluso los viajes de negocios a otras ciudades, y deja claro que esos rituales eran una fuente de especial satisfacción y autoestima. Las reuniones y otros encuentros formales de las esposas (entre ellas, las de los Komsomol, los Jóvenes Pioneros y otras asociaciones voluntarias) se realizaban en estricto acuerdo con las normas soviéticas para las “verdaderas” reuniones de negocios. Así lo informó Galina Shtange en su visita oficial como representante del movimiento de las esposas:

> La habitación […] estaba decorada con flores y lemas. En el centro había una gran mesa, cubierta con un mantel rojo. Todo el Consejo de Esposas, más las taquígrafas, estaba allí esperándonos. […] Me ubicaron en el centro de la mesa y nos tomaron una foto. […] Luego los activistas de cada brigada informaron sobre su trabajo.[574]

Uno de los temas principales del movimiento de las esposas era la obligación de las mujeres casadas de brindar a sus consortes una vida hogareña cómoda y ordenada. “Al convertirse en voluntarias, estas mujeres no dejaban de ser esposas y madres”, dijo una delegada en una conferencia de esposas del Ejército Rojo. Esta idea se enfatizó repetidas veces, particularmente en las primeras etapas del movimiento. El ideal estaba representado por la esposa del profesor Iakunin, miembro del consejo regional de esposas de científicos de Moscú, quien no dejó que sus nuevas tareas de voluntariado interfirieran con su vocación básica como sostén de su esposo:

> Ni el asunto importante y serio, ni el maletín abultado, ni las interminables llamadas telefónicas dan al profesor Iakunin alguna razón para quejarse de falta de atención a la casa por parte de su

> esposa. En su habitación impera un orden ejemplar y abundan las comodidades acogedoras y femeninas. Como antes, ella y solo ella, se encarga de todas las tareas domésticas; como antes, al llegar a casa, su esposo encuentra a una esposa cordial y atenta. [575]

Pero no era tan fácil combinar esas dos cosas en la vida real. “N. V.”, esposa de un ingeniero de Magnitogorsk, inició un animado debate cuando escribió al *Obshchestvennitsa* para preguntar cómo podía conciliar el imperioso deseo de su marido de que ella se quedara en casa, cuidara a su hijo y, sobre todo, lo cuidara a él como “secretaria, consejera, niñera y confidente”, y su sensación de estar desperdiciando su educación y quedar al margen de las cosas emocionantes que sucedían en el país.[576]

Las lectoras reaccionaron de diversas maneras. Algunas criticaron con dureza al esposo. A una de ellas le hizo recordar “al noble terrateniente que no se duerme a menos que un siervo le rasque los talones” y recomendó a N. V. librarse lo antes posible de ese matrimonio asfixiante y explotador. Otra estaba convencida de que el marido se las arreglaría mejor de lo que N. V. pensaba si ella se volvía activa fuera del hogar y citó el ejemplo de su propio esposo, que había aprendido a hacer las compras, cocinar y limpiar ahora que ella trabajaba, sin perjuicio alguno para su relación (“Si hubo algún cambio, fue para mejor. Ahora tenemos más cosas en común”). Si N. V. decidía liberarse, las lectoras estaban divididas respecto de si debía salir a trabajar o convertirse en activista del movimiento de las esposas.[577]

El enfoque tentativo y a veces reprobador del movimiento de las esposas respecto del empleo remunerado de las mujeres fue una de sus características más llamativas. Después de todo, esa era una década en que millones de mujeres ingresaban a la fuerza laboral y eran alentadas a hacerlo. El régimen hacía todo lo posible para aumentar la cantidad de mujeres en la enseñanza superior y en las distintas profesiones y, aunque con menos éxito, para promover a las mujeres en puestos administrativos. Las mujeres de la Unión Soviética eran educadas para pensar que debían tener una carrera profesional. Una de las entrevistadas para el proyecto de Harvard informó: “En las reuniones y conferencias nos decían constantemente que las mujeres debían ser iguales a los hombres, que las mujeres podían ser aviadoras e ingenieras navales y cualquier otra cosa que los hombres pudieran ser”.[578]

En los grupos "atrasados", como los campesinos y los centroasiáticos, el régimen instaba a las mujeres a defender sus derechos contra los esposos y padres opresores; el "deber de esposa" no era un tema habitual en la propaganda soviética (fuera del movimiento de las esposas) en este contexto. Incluso *Obshchestvennitsa* reconoció que, dada la probabilidad de que en las clases bajas los hombres mantuvieran actitudes ignorantes, la cuestión de la emancipación de la mujer continuaba siendo prioritaria, e informó con respetuosa simpatía acerca de la dura vida de las mujeres de clase obrera que debían enfrentarse a esposos abusivos e intimidantes. Todo esto pone de relieve la índole elitista del movimiento de las esposas y sugiere que sus temas y actitudes característicos provenían tanto de las propias esposas de élite como del régimen.

En 1939 el énfasis del movimiento de las esposas en las tareas domésticas dio paso a un nuevo enfoque: para entonces las mujeres debían aprender a hacer el trabajo de los hombres e ingresar a la fuerza laboral. Esto fue tanto un desarrollo interno dentro del movimiento como una respuesta a la inminencia de la guerra y a la probabilidad de que los hombres fueran reclutados. La revista *Obshchestvennitsa* ofrecía a sus lectoras muchas historias de mujeres atrevidas e innovadoras, dueñas de grandes logros en profesiones y actividades antes "masculinas" como la capitana de barco Anna Shchetinina, el equipo de aviadoras de Polina Osipenko y las intrépidas conductoras de automóviles que participaron en la carrera de larga distancia Moscú - Mar de Aral - Karakum - Moscú. Robustecer el cuerpo con esquís, bicicletas y largas caminatas era una actividad preferencial en la rama militar del movimiento de las esposas. Pero las voluntarias de la planta metalúrgica de Kuznetsk no se quedaron atrás: bajo el lema "Listas para una defensa antiquímica [en la guerra]", once mujeres activistas iniciaron una caminata con máscaras antigás.[579]

Las mujeres aprendían a disparar, conducir camiones y volar aviones en el movimiento de las esposas. Tomaban cursos para convertirse en "transportistas, operadoras de comunicaciones, taquígrafas, contadoras". Al principio, esto se representaba como una estrategia para que las esposas fueran compañeras aptas para sus esposos, pero pronto se convirtió en un fin en sí, estrechamente relacionado con los preparativos para la guerra. En 1936, sesenta esposas de ingenieros de Gorki aprendieron a conducir "para que en cualquier momento crucial para la tierra natal puedan tomar el volante". En 1937 Kaganóvich comunicó a las esposas de los transportistas

(así consta en el diario de Galina Shtange) “que debemos ser conscientes de la situación internacional y estar preparadas para ocupar en cualquier momento el lugar de nuestros esposos, hermanos e hijos si van a la guerra”. En 1939 prepararse para ocupar los puestos de los hombres durante la guerra era uno de los principales lemas del movimiento de voluntariado, con exhortaciones dirigidas tanto a las madres como a las esposas de los futuros soldados.[580]

En 1938, *Obshchestvennitsa* escribía casi como si una temporada como voluntaria fuera una etapa preparatoria para las esposas que seguirían estudiando o serían ascendidas a un puesto administrativo, una especie de equivalente de las esposas de las “facultades de los trabajadores”, provechosas a la hora de preparar a los obreros promovidos para su ingreso a la universidad. Los consejos de esposas buscaban apoyo para diversos tipos de cursos de capacitación que les permitieran adquirir conocimientos especializados y, por lo tanto, acceder a un empleo remunerado. Bajo el título “Un plan de batalla para las voluntarias”, *Obshchestvennitsa* deploró tanto la reticencia de los gerentes industriales a nombrar voluntarias para cargos administrativos de responsabilidad como el hecho de que las propias líderes del movimiento hubieran

> limitado la gama de actividades y no [hubieran] preparado a las activistas para ocupar cargos permanentes en la economía. […] Es importante entender que una mujer que ha pasado, digamos, dos años como voluntaria, recibe una formación que equivale casi a un año de educación política, y que la experiencia del trabajo voluntario será de gran ayuda cuando esa mujer obtenga un puesto permanente.[581]

Cuando las mujeres ascendían en la vida real, eran probables los conflictos con los esposos y con el concepto del deber de esposa que *Obshchestvennitsa* había fomentado en su etapa inicial. En el caso de Klavdia Surovtseva, una jardinera voluntaria destacada por Ordzhonikidze en 1934-1935, esto implicó separarse del marido. Su vida matrimonial había sufrido por el éxito público de su proyecto de jardinería (“como a mucha gente, estar tan cerca le hizo perder la perspectiva”) y su esposo se mostró descontento cuando ella tuvo que viajar a Moscú para la reunión de

1936 en el Kremlin. En esa reunión, Klavdia se había comprometido a estudiar (siguiendo un modelo estajanovista y no de voluntariado: en 1936 nadie fomentaba el estudio de las esposas activistas) y había prometido "que estudiaría y se convertiría en ingeniera. Esa sería su expresión de gratitud al país por el gran premio, la Bandera Roja de la Orden de Trabajo". En un artículo titulado "¿Dónde están ahora?", *Obshchestvennitsa* reveló en 1939 que Klavdia estaba estudiando en la Academia Industrial Stalin de Moscú. Con su nuevo esposo, también estudiante, tenía una relación mucho más pareja que en su matrimonio anterior: "Mi esposo me ha enseñado a organizar mis estudios. Es un buen amigo y un camarada sensible. Estamos al mismo nivel". Mostrando su legajo universitario a la reportera, Klavdia expresó su felicidad: "Este es mi pasaporte a una nueva vida".[582]

* * *

Existía un abismo social e ideológico entre las mujeres de élite del movimiento de las esposas y las trabajadoras comunes, o incluso las esposas de los trabajadores de bajo rango. Para las esposas de élite, el deber hacia el esposo y la familia y ocuparse de las tareas domésticas eran cuestiones primordiales, en especial durante la primera etapa del movimiento. Sin embargo, estos ideales difícilmente podían aplicarse sin reservas a las mujeres de clase baja que (estaba reconocido) todavía necesitaban defenderse contra el maltrato y la opresión de sus esposos y padres ignorantes. Además, esos ideales estaban al menos potencialmente en conflicto con la meta económica a la cual aspiraba el régimen: ampliar la fuerza laboral atrayendo a un gran número de mujeres de las ciudades que nunca antes habían trabajado por un salario.

El mensaje del régimen sobre la importancia de las responsabilidades en la familia no se limitaba, y ni siquiera estaba dirigido, a las esposas de élite. Como lo demostró la ley contra el aborto, tener hijos era responsabilidad de las mujeres de todas las clases sociales, trabajaran o no, e independientemente de que tuvieran una vivienda adecuada para sus familias; y era responsabilidad de los esposos darles su apoyo. Sin embargo, en las mujeres de clase baja se enfatizaba el deber hacia la familia, no hacia

el esposo. Con demasiada frecuencia los esposos de clase baja no cumplían sus propios deberes familiares, al menos no lo suficiente como para ganarse ser objeto del deber de esposa, con la interesante excepción de las trabajadoras estajanovistas que evidentemente merecían el mismo tipo de apoyo que los esposos de élite.[583]

En todos los niveles de la sociedad, sobre todo en los más bajos, las mujeres eran las más afectadas por los múltiples problemas de la vida cotidiana en la Unión Soviética: alimentar y vestir a la familia, amueblar y organizar el espacio de vivienda, lograr un *modus vivendi* con los vecinos en los departamentos comunitarios, etc. En algunos casos, la mujer que realizaba estas tareas no era la esposa ni la madre de familia, especialmente si había estudiado y trabajaba fuera del hogar, sino la abuela o una empleada doméstica. Y cabe señalar que, pese a todos los esfuerzos de *Obshchestvennitsa,* las mujeres soviéticas emancipadas de la generación más joven no veían con agrado las tareas domésticas. Aun así, entre las mujeres encontraba creciente aceptación el rol de especialistas de la familia en cuestiones de consumo y gusto, así como en la crianza de los hijos. Esto implicaba saber conseguir productos, tanto legalmente como mediante el *blat,* y saber juzgar su calidad.

Una voz silenciada, si no silenciosa, en la década de 1930 fue la de aquellas mujeres que tenían profesión y empleo, defendían una ideología emancipadora de la mujer y *no* se autodefinían como esposas. Estas mujeres se habían vuelto visibles y se habían hecho escuchar en la década de 1920, a menudo en relación con el Departamento de la Mujer del Partido Comunista (cerrado en 1930); la joven esposa de Stalin, Nadiezhda Alilúyeva, fue una de ellas hasta que se suicidó a fines de 1932. Sin duda eran minoría –solo cerca del 10% de los puestos administrativos de rango superior estaban ocupados por mujeres, que constituían alrededor del 15% de los afiliados al partido–, pero también lo habían sido en la década de 1920. Su perfil mucho más bajo en la década de 1930 suele atribuirse a la quita del apoyo del régimen a la causa de las mujeres; sin embargo, si el apoyo se define en términos de promover el ingreso de las mujeres a la educación superior, las profesiones y los trabajos administrativos responsables, este *no* fue quitado (por lo menos, no en la retórica al uso), aunque obviamente no era una de las prioridades cruciales del régimen. Parece al menos igual de probable que el silenciamiento de este grupo haya tenido causas prácticas, en especial las grandes dificultades y adversidades de la vida cotidiana que

afectaron a las trabajadoras con familiares a cargo. Después del matrimonio, o para mayor precisión después del nacimiento de un hijo, las mujeres que trabajaban no tenían tiempo para ser activistas, sin importar su ideología. Por esta razón, el índice de miembros mujeres del Komsomol (un 34% en 1935) duplicaba con creces el de los comunistas.[584]

---

[505] Cit. en Geiger, *Family*, p. 253.
[506] Entre 1928 y 1940, la cantidad de mujeres asalariadas aumentó de menos de tres millones (el 24%) a más de trece millones (esto es, un 39%). Solo en el período del primer plan quinquenal (1929-1932), el número de mujeres empleadas casi se duplicó: *Trud v SSSR. Statisticheskii sbornik*, Moscú, 1968, p. 73; *Trud v SSSR. Statisticheskii spravochnik*, Moscú, 1936, p. 25.
[507] *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1937 g. Kratkie itogi*, Moscú, 1991, pp. 74-75, 82. El menor índice de mujeres refleja un desequilibrio demográfico: había doce mujeres de unos 30 años por cada once hombres; y en el grupo etario de 40 años, la proporción era de casi siete mujeres por cada seis hombres. Sobre los patrones comparativos de matrimonio, véase V. V. Paievski, *Voprosy demograficheskoi i meditsinskoi statistiki*, Moscú, 1970, pp. 344-346.
[508] HP, #359 (XIX), p. 43; Inkeles, *Soviet Citizen*, pp. 212-213.
[509] Inkeles, *Soviet Citizen*, pp. 211-216.
[510] Hellbeck, *Tagebuch*.
[511] HP, #306 (CVI), p. 16.
[512] Liubchenko, "Arbat", p. 32 y *passim*.
[513] Ibíd., pp. 27-28.
[514] Bonner, *Mothers*, pp. 15-17 y *passim*; Engel, *Revolution*, pp. 67, 70. Sobre la importancia de las *bábushki* en la familia urbana, véase Geiger, *Family*, pp. 176, 311-312.
[515] Véase Fitzpatrick, *Commissariat*, pp. 192, 196, 227-228; Wendy Z. Goldman, *Women, the State, and Revolution*, Cambridge, 1993, pp. 60-63 [ed. cast.: *La mujer, el Estado y la revolución. Política familiar y vida social soviéticas,* Buenos Aires, IPS, 2010].
[516] Véase Sheila Fitzpatrick, "Sex and Revolution", en Fitzpatrick, *Cultural Front*, pp. 65-69.
[517] Véase Charles Hachten, "Mutual Rights and Obligations: Law, Family, and Social Welfare in Soviet Russia, 1917-1945", trabajo inédito (1996).
[518] *Vsesoiuznaia perepis'* (1937), p. 82.
[519] Timasheff, *Great Retreat*, en especial, pp. 192-203.
[520] *2 sessiia Vserossiiskogo Tsentral'nogo Ispolnitel'nogo Komiteta XVI sozyva, 1-9 fevralia 1936 g. Stenograficheskii otchet*, Moscú, 1936, boletín 5, p. 10 (Artiujina); *Rabotnitsa*, 1935, n. 13, p. 7 (Indyj). Nótese que el término ruso *alimenty* suele traducirse como "pensión por alimientos" o "cuota alimentaria", pero de hecho cubre todo tipo de pago de asistencia a miembros de la familia, incluidos padres ancianos. La forma más habitual de *alimenty* era la pensión.
[521] PANO, f. 3, op. 11, d. 41, ll. 172-173 (1937).
[522] TsGAIPD, f. 24, op. 2g, d. 769, l. 78 (1934).
[523] *2 sessiia*, bol. 5, 10.
[524] PANO, f. 3, op. 9, d. 10, l. 100.
[525] GANO, f. 47, op. 5, d. 206, l. 81 (informe de 1936).
[526] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1516, l. 74 (1935).
[527] *Trud*, 23 de junio de 1935, p. 2 (autor, E. Bodrin).

[528] Ibíd., 15 de abril de 1936, p. 4 (Malodetkin); SA, WKP 385, 381. Poligamia = *mnogozhenstvo*.
[529] *Gor'kovskaia Kommuna*, 10 de julio de 1937, p. 4.
[530] PANO, f. 3, op. 9, d. 10, ll. 648-657.
[531] SA, WKP 386, 91-92 (carta al secretario de la *óbkom* occidental, 1936).
[532] *Kras. gaz*., 23 de mayo de 1936, p. 4.
[533] Véase Sheila Fitzpatrick, "Supplicants and Citizens. Public Letter-Writing in Soviet Russia in the 1930s", *Slav. Rev.*, 55(1), 1996, p. 96 ("descalzos"); TsGAIPD, f. 24, op. 2g, d. 768, l. 117 (mascotas); RTsJIDNI, f. 5, op. 4, d. 1, ll. 14-15 (dos casos de hambre).
[534] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 94, ll. 200-201.
[535] Este relato proviene de los informes de *Trud*, 22 de abril de 1935, p. 4; 23 de abril de 1935, p. 4; 26 de abril de 1935, p. 4; 6 de mayo de 1935, p. 4; 11 de mayo de 1935, p. 4; 10 de julio de 1935, p. 4; y de *Rabotnitsa*, 1935, n. 21, p. 14. Existe cierta incertidumbre respecto del nombre de la niña: algunos informes la llaman "Gueta" y otros, "Deta". Ninguno de los dos es un típico nombre ruso.
[536] *Trud*, 22 de abril de 1935, p. 4. No está claro si la autora de esta nota fue Vasilieva o Marusia, aunque la malicia que rezuma contra Kashtanov sugiere que fue Vasilieva.
[537] Íd.; Ibíd., 23 de abril de 1935, p. 4; 26 de abril de 1936, p. 4.
[538] Proceso judicial publicado en *Rabotnitsa*, 1935, n. 21, p. 14; *Trud*, de mayo de 1935, p. 2; 10 de julio de 1935, p. 2.
[539] *Kr. pr*., 1º de abril de 1935, p. 2.
[540] Sobre niños sin hogar, véase Ball, *And Now My Soul Is Hardened*.
[541] *Za kommunisticheskoe prosveshchenie*, 12 de julio de 1935, p. 3; *Rapports secrets*, p. 49.
[542] "Deti Ariny. Vospominaniia M. K. Bel'skoi", en *Zhenskaia sud'ba*, pp. 54-57; GARF, f. 7709, op. 8, d. 2, ll. 370-371; *Sov. S*ibíd., 15 de julio de 1936, p. 3.
[543] *Sov. iust*., 1935, n. 13, p. 4. La pena correspondiente se llevó a cinco años con la ley promulgada el 7 de abril de 1935. En 1932 se ordenó al NKVD que dictara la sentencia básica de diez años por vandalismo en los ferrocarriles, con posibilidad de ejecución en los casos particularmente ominosos: GARF, f. 8131, op. 27, d. 72, l. 173.
[544] *Stalinskoe Politbiuró*, p. 144. Véanse también *Sov. iust*., 1935, n. 14, p. 6, y Solomon, *Soviet Criminal Justice*, pp. 197-208.
[545] Solomon, *Soviet Criminal Justice*, p. 201; *Sov. iust*., 1935, n. 13, p. 11. Una orden secreta del Politburó a los fiscales, expedida el 20 de abril de 1935, explicaba que esto significaba que los adolescentes podían recibir la pena de muerte (*Stalinskoe Politbiuró,* pp. 144-145, nota 4). No obstante, de acuerdo con Solomon (p. 202), los archivos no incluyen ejemplos de ejecuciones reales de pandilleros adolescentes.
[546] *Kommunisticheskaia partiia Sovetskogo Soiuza v rezoliutsiiaj i resheniiaj s"ezdov, konferentsii i plenumov TsK*, V, Moscú, 1971, pp. 206-211.
[547] RTsJIDNI, f. 78, op. 1, d. 549, l. 45.
[548] El proyecto de ley se publicó en *Pravda,* 26 de mayo de 1936, primera plana. Nótese la afirmación en el preámbulo de que el proyecto "responde a las numerosas declaraciones de las mujeres trabajadoras sobre lo nocivo del aborto".
[549] *Trud*, 28 de mayo de 1936, p. 2; ibíd., 26 de mayo de 1936, p. 1.
[550] El tono del debate rural era diferente, ya que las campesinas sospechaban que las urbanas intentaban evitar la maternidad a cualquier precio. Véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 223-224.
[551] *Trud*, 28 de mayo de 1936, p. 2; ibíd., 1º de junio de 1936, p. 2; 2 de junio de 1936, p. 2.
[552] Por ejemplo, *Trud*, 2 de junio de 1936, p. 2, y *Kras. gaz*., 7 de junio de 1936, p. 3; *Trud*, 28 de mayo de 1936, p. 2, y 30 de mayo de 1936, p. 2; 27 de mayo de 1936, p. 2.
[553] *Trud*, 27 de mayo de 1936, p. 2. Véase también *Rabotnitsa*, 1935, n. 17, p. 12.

[554] *Trud*, 28 de mayo de 1936, p. 2. Véase también ibíd., 27 de mayo de 1936, p. 2.
[555] Ibíd., 4 de junio de 1936, p. 2; 27 de mayo de 1936, p. 2.
[556] Ibíd., 30 de mayo de 1936, p. 2.
[557] *Kras. gaz*., 7 de junio de 1936, p. 3.
[558] Contra el matrimonio libre, véase *Trud*, 28 de mayo de 1936, p. 2.
[559] *Sobr. zak*., 1936, n. 34, art. 309 (ley del 27 de junio de 1936, "Sobre la prohibición del aborto").
[560] Sobre las tasas de natalidad, véase V. Ts. Urlanis, *Rozhdaemost' i prodolzhitel'nost' zhizni v SSSR*, Moscú, 1963, p. 65. Sobre las acusaciones de haberse realizado un aborto, véanse *Pravda,* 1º de julio de 1937, p. 6; *Krasnaia Bashkiriia,* 27 de abril de 1938, p. 4; *Moskovskaia koljoznaia gazeta,* 14 de octubre de 1936, p. 4; *Sotsialisticheskii Donbass,* 9 de octubre de 1936, p. 4. Sobre la acusación contra mujeres por haberse realizado un aborto, véanse la entrevista a Dubova en Engel, *Revolution,* pp. 33-34, y *Moskovskaia krest'ianskaia gazeta,* 14 de octubre de 1936, p. 4.
[561] *Trud*, 28 de mayo de 1936, p. 2.
[562] *Moskovskaia krest'ianskaia gazeta*, 9 de septiembre de 1936, p. 2.
[563] GARF, f. 3316, op. 29, d. 312, ll. 87-89 y *passim* (cartas sobre la ley del aborto, 1936-1938).
[564] Consultas en GARF, f. 3316, op. 29, d. 311, ll. 73, 235, 248. La carta de Vyshinski a Sovnarkom (de marzo de 1938) incluía la afirmación, tachada por mano desconocida, de que "las mujeres con esposos en prisión sin antecedentes penales debían recibir los beneficios": GARF, f. 8131, op. 27, d. 165, l. 336.
[565] GARF, f. 3316, op. 29, d. 312, l. 37.
[566] *Obshch*., 1939, n. 4, p. 25; O. G. Kotel'nikova, en Z. M. Rogachevskaia (comp.), *Zhena inzhenera*, Moscú - Leningrado, 1936, p. 15. Sobre el desprecio a las tareas domésticas, véase Geiger, *Family*, p. 185.
[567] N. P. Ivanova, en Rogachevskaia, *Zhena inzhenera*, pp. 16-17. Véase también E. K. Rabinovitch, ibíd.
[568] *Vsesoiuznoe soveshchanie zhen joziaistvennikov i inzhenerno-tejnicheskij rabotnikov tiazheloi promyshlennosti. Stenograficheskii otchet*, Moscú, 1936; *Trud*, 27 de mayo de 1936, p. 4; *Kras. gaz*., 14 de mayo de 1936, p. 1. Sobre el origen del movimiento, véanse V. Shveitser, A. Ul'rij, *Zheny komandirov tiazheloi promyshlennosti*, Moscú - Leningrado, 1936, p. 17, y *Obshch.*, 1936, n. 5, p. 7.
[569] Sobre la iniciativa de Surovtseva, véase Shveitser, *Zheny*, p. 17. Sobre el rango de actividades, véanse las órdenes a las esposas en el Ministerio de Transporte registradas en el diario personal de Shtange, *Intimacy and Terror*, pp. 171-172.
[570] Kotkin, *Magnetic Mountain*, p. 186; *Obshch*., 1937, n. 3, p. 13; Shveitser, *Zheny*, p. 30.
[571] *Vsesoiuznoe soveshchanie*, p. 130 (comentario de Krupskaia) e ibíd., pp. 130, 249 (refutaciones); *Obshch*., 1938, n. 5, p. 5.
[572] Kotkin, *Magnetic*, pp. 127-128 (Magnitogorsk); TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2219, ll. 185-188 (Las esposas de Leningrado se dirigen a Zhdanov, 1937); Shtange, en *Intimacy*, pp. 190-191, 197; TsGA IPD, f. 24, op. 2g, d. 89, l. 74 (reclamo de "Rabotnitsa", 1937).
[573] Cita de Rogachevskaia, *Zhena*, p. 64. Sobre la organización de las esposas de los estajanovistas, véase *Zhenshchina–bol'shaia sila*.
[574] *Intimacy*, p. 175.
[575] *Obshch*., 1937, n. 1, p. 14 (conferencia de las esposas del Ejército Rojo); 1939, n. 4, p. 19 (Iakunina).
[576] Ibíd., 1939, n. 6, p. 46.
[577] Ibíd., 1939, n. 9, pp. 25-26.

[578] Cit. en Geiger, *Family*, p. 130. Sobre el enfoque "liberacionista" del régimen hacia las mujeres, véanse G. N. Serebrennikov, *Zhenskii trud v SSSR*, Moscú - Leningrado, 1934 y P. M. Chirkov, *Reshenie zhenskogo voprosa v SSSR 1917-1937 gg.*, Moscú, 1978.
[579] En orden cronológico, ibíd., 1936, n. 6 (octubre), foto de tapa; n. 7-8, pp. 43; 1937, n. 1, p. 14; n. 5, p. 7; n. 12, pp. 16-17.
[580] Ibíd., 1939, n. 1(3), p. 17; 1937, n. 1, p. 14; 1936, n. 3, p. 31; *Intimacy and Terror*, p. 184; *Obshch*., 1939, n. 6, p. 17.
[581] *Obshch*., 1939 n. 1, pp. 22-23; ibíd., 1938, n. 5, pp. 4-6.
[582] Ibíd., 1936, n. 7-8, pp. 8-9; 1939, n. 2, pp. 15-16.
[583] Véase *Zhenshchina–bol'shaia*, esp. p. 42.
[584] *Zhenshchiny i deti v SSSR. Statisticheskii sbornik* Moscú, 1969, pp. 70-71 (cifra del censo de 1939 para "Jefes de empresas, de obradores, de granjas estatales, de instituciones administrativas, etc."); Ralph Talcott Fisher Jr., *Pattern for Soviet Youth*, Nueva York, 1959, pp. 202-203; Rigby, *Communist Party Membership*, pp. 361.

7. Conversaciones e informantes

El régimen soviético era cauteloso a la hora de permitir que los ciudadanos expresaran en público y sin censura sus opiniones sobre cuestiones de importancia colectiva. Al mismo tiempo, estaba ansioso por saber qué pensaba la gente. Esta es una contradicción que todos los regímenes represores y autoritarios se ven obligados a resolver. Para aquellos que consideran demasiado peligroso permitir una oposición organizada, la libertad de prensa o el llamado a comicios en que los votantes puedan elegir a los candidatos, para no mencionar las técnicas de encuestas masivas de opinión que se desarrollaban en el Occidente capitalista, las opciones son limitadas. El régimen soviético tenía dos formas de conocer la opinión popular: los informes de la policía secreta y la correspondencia de los políticos.[585]

El NKVD recopilaba información sobre la opinión pública de la misma forma en que reunía otros datos; es decir, mediante el husmeo de sus agentes. El contenido de los informes locales revela cómo los agentes (casi siempre anónimos, a veces identificados por un *nom de guerre*) conseguían información: hacían fila en alguna tienda, frecuentaban el mercado del *koljoz*, escuchaban las quejas de los trabajadores en la cafetería de una fábrica, se relajaban en un sauna o baño público, o hablaban con los académicos de una universidad. Estos informes se recopilaban en sumarios, que eran elevados al nivel siguiente. Por último, el NKVD central y sus ramas regionales producían informes sobre “el estado de ánimo de la población” que eran entregados con regularidad a los principales líderes.[586]

El informe del NKVD enviaba al centro las malas noticias (lo que los habitantes de Leningrado *realmente* pensaban de la suba de los precios, las verdaderas cifras de la producción industrial –no inflada– de Sverdlovsk), contrastándolas con buenas noticias sobre la satisfacción popular y el cumplimiento de los planes presentados por los funcionarios del partido y

los sóviets. Algo de esto puede percibirse en los informes del NKVD sobre la opinión popular: por ejemplo, si este ente informaba sobre conversaciones locales acerca de la Constitución, era probable que los comentarios sediciosos y heréticos ocuparan un lugar destacado.

La segunda fuente de información era la correspondencia de los políticos, es decir, las cartas que los ciudadanos individuales escribían a los líderes políticos centrales y regionales y a instituciones como la procuraduría, el NKVD y los periódicos. Los periódicos rara vez publicaban esas cartas, pero las tomaban en serio. A menudo, se investigaban las quejas, se tomaba nota de las denuncias y se remitían las peticiones a las autoridades correspondientes. Los periódicos también resumían con regularidad las cartas de lectores sobre cuestiones específicas y enviaban sus resúmenes a los líderes del partido.

La mayoría de las cartas se escribía con la esperanza de suscitar una acción en concreto (la provisión de un buen servicio, en el caso de las peticiones; una investigación, en el caso de las quejas; el castigo de un enemigo, en el caso de las denuncias). Si la gente no dejaba de escribirlas, era precisamente porque las autoridades respondían: como ha sugerido Jan Gross, una de las paradojas del Estado totalitario era que su capacidad de respuesta a las denuncias hacía que fuera fácil de manipular para los ciudadanos individuales.[587] Pero no todas las cartas pretendían promover los intereses personales de su autor. Una sorprendente cantidad de personas escribía para expresar su opinión acerca de cuestiones relacionadas con las políticas públicas, y la mayoría de estas cartas estaban firmadas. No podemos afirmar, como tampoco pudieron los funcionarios soviéticos, cuán representativos de la población general eran estos cultores del género epistolar, pero al menos podemos decir que el mundo de opiniones surgido de las cartas de los ciudadanos está relacionado con otro, surgido de los informes del NKVD sobre el estado de ánimo del pueblo.

Desde la perspectiva del régimen, una de las grandes virtudes de las cartas de los ciudadanos era aportar información sobre la sociedad en general y, más específicamente, sobre el mal funcionamiento burocrático. En la primera década luego de la revolución, la función de exponer a la burocracia local y otros abusos correspondía a un cuerpo especial de activistas voluntarios, conocidos como trabajadores y corresponsales campesinos, que proporcionaban esta información a los periódicos. Los corresponsales siguieron activos en el período de colectivización y muchos

fueron asesinados por su entusiasmo al exponer a los *kulakí* y funcionarios corruptos de sus pueblos. Desde un punto de vista local, por supuesto, los corresponsales eran meros informantes o traidores a la comunidad. Máximo Gorki cuestionó el criterio de alentar la crítica comunitaria de la burocracia local, con el argumento de que insistir en lo que estaba mal en la Unión Soviética socavaba el sentimiento de realización del pueblo y arruinaba la reputación del país a los ojos del mundo. Pero Stalin rechazó con firmeza el argumento de Gorki y afirmó que la crítica era un control básico sobre los funcionarios locales y sus malos hábitos de arbitrariedad e incompetencia. [588]

Las elecciones soviéticas permitían reunir con regularidad información sobre el estado de ánimo popular. Esto *no* significaba (como cabría suponer en las democracias occidentales "burguesas") que los votantes expresaban sus opiniones al votar a los candidatos de su preferencia, ya que estas eran elecciones con un único candidato. Pero había campañas electorales, conocidas como "preparación para las elecciones", en las que se llevaban a cabo reuniones a las que asistía la población local de manera más o menos obligada. Lo que se decía sobre los asuntos del día en las reuniones, y aún más lo que se decía en privado en los pasillos, se consideraba información útil y constituía un tema regular de los informes.

En la Unión Soviética, existían canales de comunicación entre la gente común y el régimen, pero como eran parte de procesos de vigilancia y control no pueden considerarse neutrales. Las personas sabían que podían arrestarlas si expresaban opiniones "antisoviéticas"; por eso, tendían a abstenerse de hacerlo o expresaban esas opiniones fuera del alcance de la vigilancia estatal (al menos, eso esperaban). Conocer lo que la gente "realmente" pensaba era difícil para el NKVD, y tampoco es sencillo para los historiadores. Sin embargo, existían ciertos géneros de expresión popular menos restringidos que los ámbitos oficiales (aunque el NKVD también los monitoreaba). Los chistes, los rumores y las canciones de moda conocidas como *chastushki* pertenecían a una esfera literaria y subversiva de la cultura popular, donde los valores oficiales y los clichés eran tergiversados ex profeso.

Las reuniones de escritores, compositores, científicos y profesores –en especial, las conversaciones extraoficiales en los pasillos– eran objeto de detallados reportes casi textuales de los informantes. Las conversaciones en las casas, sentados a la mesa de la cocina, también se informaban. Todos

estos informes se incluían en los sumarios que el NKVD distribuía con regularidad entre los líderes del partido. Un ejemplo de informe de una "charla de cocina" fue el de la muerte del académico Pávlov, científico celebrado por el régimen, pero también temido por su notorio rechazo hacia el comunismo. Como buen columnista de chismes, el agente del NKVD parecía tener acceso personal a sus celebridades, y este informe salió de la propia vivienda del difunto. Allí, reinaba la "confusión" entre los "tipos antisoviéticos" dentro de la familia y el entorno de Pávlov. Incluso antes del funeral, la familia, los amigos y los colegas pelearon por el destino de su archivo y por quién debía sucederlo en su cargo. Las hostilidades continuaron en el funeral, una ceremonia religiosa en el cementerio de Volkov. La hija de Pávlov quería que el científico León Orbeli sucediera a su padre en el Instituto; otros miembros de la familia se oponían.[589]

Los agentes fueron igual de diligentes en informar sobre conversaciones de escritores acerca del "formalismo", término que esencialmente hacía referencia al modernismo inspirado en Occidente, en la primavera de 1936. Estas charlas fueron organizadas por la Unión de Escritores luego de que *Pravda*, como órgano portavoz de los líderes, condenara la ópera *Lady Macbeth del Distrito Mtsensk* de Shostakóvich; eran ocasiones para que la comunidad literaria asimilara el nuevo mensaje, determinara cómo traducirlo en directivas prácticas para el campo y, sobre todo, decidiera cuál de sus miembros sería el chivo expiatorio por su linaje "formalista". Los informantes del NKVD relataban las conversaciones públicas y las charlas de pasillo. En Leningrado, según decían, los escritores pensaban que "sacar conclusiones" del artículo de *Pravda* sobre Shostakóvich era una tarea onerosa e inútil. Algunas almas ingenuas, como el humorista Mijaíl Zóschenko, sugirieron "interrumpir el debate, ya que todos estamos confundidos". Otros escritores más pedestres buscaron una forma de figurar para satisfacer la nueva línea antiformalista del Kremlin sin hacer nada ("Debemos convocar una reunión final en la que hablen cinco o seis buenos oradores y salir honrosamente de este tema", sugirió Konstantín Fedin). Alekséi Tolstói aceptó la premisa oficial de que el formalismo era malo y confesó haber sido formalista en trabajos anteriores, pero lo hizo de manera tan vívida que mantuvo entretenido a su público en lugar de instruirlo, y de este modo trivializó el asunto. "Aliosha es un desfachatado", comentó la escritora Olga Forsh en una charla de pasillo dirigiéndose (como se comprobó después) a un público más amplio de lo que creía.[590]

Obviamente, los informantes que compilaban estos reportes eran infiltrados, miembros de la comunidad de escritores y al mismo tiempo agentes de la policía.[591] Las complejidades del doble rol se hacen evidentes en el siguiente informe sobre las conversaciones desarrolladas en Moscú acerca del formalismo. Los moscovitas habían elegido a un joven escritor desconocido –Leonid I. Dobychin, autor de la novela *La ciudad de N*– como cordero sacrificial. Algunos estaban preocupados por el impacto de las duras críticas contra Dobychin; otros, por el impacto que esas críticas tendrían sobre ellos. El propio Dobychin estaba destruido y le confió su desesperación a un amigo que, bajo el alias “Hombre de Mar”, era informante del NKVD. Hombre de Mar escuchó e informó como correspondía las amenazas de suicidio de Dobychin y sus declaraciones descabelladas de que se marcharía de Leningrado y abandonaría para siempre su vocación de escritor. Luego (según lo reseñado por ese informante), Dobychin desapareció y dentro de su departamento quedaron las llaves y toda su documentación, incluido el pasaporte. Esas circunstancias llamaron a escena a los altos ejecutivos del NKVD. Junto con el informe de Hombre de Mar en los sumarios que circulaban entre los líderes del partido había una nota de Leonid Zakovski, jefe de la sede del NKVD de Leningrado, que dejaba asentadas las amenazas de suicidio de Dobychin y declaraba que este había ido a casa de su madre en Briansk y que la policía lo estaba buscando.[592]

Si bien es probable que a Dobychin no le importara saber que sus amenazas de autodestrucción no habían pasado inadvertidas, a los miembros de la *intelliguentsia* no solía agradarles que grabaran sus conversaciones privadas. Sin embargo, en algunos casos el contenido de un informe sobre esas conversaciones nos lleva a preguntarnos si alguien (¿el informante del NKVD? ¿los otros participantes en la charla?) no estaría enviando un mensaje a “los de arriba”. Un caso revelador es el informe de los comentarios despectivos de los artistas de Leningrado sobre los honores otorgados a los integrantes de la “semana ucraniana” que se había realizado en fecha reciente en Moscú, una de la serie de semanas dedicadas al arte popular refrito de diferentes repúblicas. Los habitantes de Leningrado creían que las “etnias” habían sido exageradamente favorecidas y, al parecer, el informante compartía esta opinión, ya que su reporte presenta estos argumentos como razonables y no incluye evaluación negativa alguna. Toda la comunidad artística de Leningrado (según el informante) afirmaba

que el teatro ucraniano de ópera y ballet había recibido premios no por mérito propio, sino por razones políticas, como parte de una campaña destinada a enaltecer a los artistas no rusos a expensas de los rusos. “Los ucranianos interpretaron canciones y danzas tradicionales [durante esa semana, en la primavera de 1936] y no fue arte serio ni de alto nivel”, según una cita del respetado director de orquesta Samuil Samosud. “Ahora ellos [el régimen] elogian y recompensan a las etnias”, afirmó Rostovtsev –quien ostentaba el título de artista distinguido– con un estilo mucho menos diplomático. “Dan medallas a los armenios, a los georgianos y a los ucranianos, a todos, excepto a los rusos”.[593]

La intensidad de la vigilancia del NKVD sobre la *intelliguentsia* coincidía con la diligencia del Politburó para atender problemas culturales, a menudo sobre temas tan específicos o incluso triviales que sorprende encontrarlos en su agenda. Por ejemplo, el funeral del académico Pávlov fue un punto clave en la agenda del Politburó, al igual que el cumpleaños número setenta y cinco del director de teatro Konstantín Stanislavski y el cierre del teatro Meyerhold. Por decisión del Politburó, los jóvenes violinistas Busia Goldshtein, Marina Kozolupova y Misha Fijtengolts se sumaron a la lista de violinistas soviéticos que competirían en el concurso internacional de Bruselas en 1937; y el Politburó aprobó de manera similar la selección de Emil Gilels y otros competidores para el concurso internacional de pianistas en 1938.[594]

A fines de la década de 1920, la agenda del Politburó incluía muchos puntos relacionados con la censura de diversas obras. Esto se volvió menos frecuente en la década de 1930, pero una puesta del Teatro de Arte de Moscú de la obra *Molière* de Bulgákov actualizó su agenda en 1936, al igual que la película de Eisenstein *El prado de Bezhin* (cuya exhibición fue prohibida por dictamen del Politburó).[595] El teatro Bolshói fue objeto constante de preocupado escrutinio: en 1932, por ejemplo, la OGPU elevó un informe muy crítico sobre su condición política y anexó una larga lista de “elementos antisoviéticos” que trabajaban para el teatro, incluidos religiosos practicantes, antisemitas, personas con vínculos en el extranjero o que criticaban el poder soviético.[596]

En enero de 1935, el Politburó decidió establecer una comisión permanente de alto nivel para supervisar la actividad de los teatros estatales y nombró a Klim Voroshílov, un aficionado a la ópera, como su presidente. Además, en mayo de 1936, el Politburó dictaminó que las pinturas

modernas de “carácter formalista y crudamente naturalista” debían ser retiradas de las salas de exposición de la galería Tretiakov en Moscú y del Museo Ruso de Leningrado, y también recomendó que se montara una exhibición especial de los artistas “realistas” Repin, Surikov y Rembrandt. [597]

Escuchar con atención

La función informativa del NKVD estaba separada de su función punitiva, aunque a veces se superponían cuando ese ente decidía arrestar a alguien por haber expresado una opinión antisoviética. Pero había otros organismos gubernamentales empeñados en informar sobre el estado de ánimo popular. El partido, el Komsomol y la administración política del Ejército presentaban asiduos informes sobre el estado de ánimo de sus jurisdicciones y hasta podían sentirse exhortados a castigar a los miembros en que se notase un ostensible descontento. Incluso se convocaba a organismos como la oficina de censos y las comisiones electorales locales para informar sobre el estado de ánimo del pueblo.

Las categorías analíticas básicas que el NKVD y otros entes utilizaban para distinguir a los subgrupos de la población eran las siguientes: trabajadores, *intelliguentsia, koljozniki* y jóvenes. Las opiniones populares en general se describían como “favorables” u “hostiles” hacia el régimen. Las reacciones a crisis económicas como la hambruna de 1932-1933 y la escasez de pan de 1936-1937 fueron observadas con particular atención. También se encargaban informes especiales sobre cambios importantes en las políticas públicas, como el fin del racionamiento, y sobre acontecimientos públicos importantes, como una farsa de juicio nacional o la muerte de un líder político.

Los informes sobre el estado de ánimo popular de 1929-1930 incluyen una variedad de comentarios críticos tanto más amplia que los de fines de la década de 1930, en especial aquellos basados sobre una postura ideológica explícita. Es probable que esto refleje una menor conciencia política durante los años treinta y también un temor mucho mayor a las consecuencias de los comentarios políticos casuales. En 1930, el resumen de las cartas inéditas de *Pravda* (“los extractos más representativos”)

mostró esta diversidad. Se destacan la escasez de alimentos y las quejas por las filas del pan, que no solo expresaban la indignación de la población, sino también (en contraste con otras quejas posteriores) su sorpresa ante la repentina escasez de los productos. Desde Odessa llegaron informes sobre amas de casa que habían atacado tiendas cooperativas locales al grito de "¡Abajo la industrialización! ¡Queremos pan!". Desde Novorosíisk se recibieron noticias indignadas porque se exportaban cereales mientras los trabajadores pasaban hambre.[598]

Hubo informes sobre un creciente antisemitismo popular relacionado con la crisis económica: "Dicen que estos judíos están comprando plata. La desaparición de las monedas es obra de 'la mano de estos judíos'". Los artesanos judíos, por su parte, se quejaban de que las políticas de discriminación social del régimen los victimizaban: habían cerrado sus talleres como parte de la campaña contra las empresas privadas, los habían despojado de sus derechos civiles y expulsado de sus locales, y además, por no tener derecho al voto, les resultaba muy difícil encontrar trabajo.[599]

La ya mencionada carta de Stalin "Mareados por el éxito", en la que culpaba a los funcionarios locales por los excesos cometidos durante la colectivización, acaparó buena parte de los comentarios en los sumarios de *Pravda*. Algunos decían que Moscú, y no los funcionarios locales, era responsable de los excesos durante la colectivización. Otros afirmaban que Stalin era derechista y sus palabras constituían "una herramienta poderosa en manos de la facción hostil", según una carta firmada proveniente de Odessa que *Pravda* decidió publicar completa. Si Stalin planeaba destruir todo lo que se había logrado, los ciudadanos pensantes, sobre todo los viejos revolucionarios, estaban obligados a reprochárselo, afirmaba el autor de la carta de Odessa. "Espero que el camarada Stalin reconozca su error y retome el sendero correcto".[600]

Los cambios en las decisiones políticas, como el anunciado en "Mareados por el éxito", eran tema central de los sumarios especiales de opiniones. Estos describían las reacciones a favor y en contra, estas últimas con mayor detalle, y en ocasiones la forma en que los ciudadanos interpretaban la intención y las posibles consecuencias de una nueva ley o medida política. A propósito de la ley de mayo de 1932 sobre la legalización de los mercados rurales, por ejemplo, un resumen de las opiniones de los expertos en agricultura señalaba que algunos aprobaban la ley por considerarla un regreso a la NEP y "una ruptura con la línea general del partido", mientras

que otros decían que era demasiado tarde y no tendría mayor efecto, “ya que no hay alimento en el pueblo (de todas formas, no tienen nada para ofrecer a cambio)”.[601]

Algunas medidas políticas provocaron reacciones negativas uniformes. Cuando los precios de los bienes de consumo se duplicaron en 1939, los comentarios populares fueron agresivos y plagados de resentimiento. Muchos se quejaron de que Mólotov los había engañado con sus declaraciones: “Mólotov dice que bajarán los precios de todo, pero de hecho están cada vez más altos”. Una trabajadora citó el lema de Stalin –“La vida ha mejorado”– con indisimulable ironía: “La vida ha mejorado, la vida se ha vuelto más alegre; todo [es] para los jefes, que han aumentado sus salarios”. Las reacciones de los trabajadores hacia la ley de disciplina laboral de 1940 estaban también cargadas de indignación. Un tornero procesado por ley por haber llegado treinta minutos tarde a su trabajo dijo a sus interrogadores: “La ley significa opresión para los trabajadores, como en un país capitalista” (fue sentenciado a tres años). Se escuchó a otros trabajadores decir: “Esta ley está podrida; la escribieron los trotskistas”.[602]

El asesinato de Kírov, al igual que el del presidente John F. Kennedy en los Estados Unidos, provocó una interminable especulación y debate popular, tanto en lo inmediato como después. Acaso la reacción contemporánea se vea aumentada por la intensidad del seguimiento que hizo el régimen. Es probable que los informes hayan sacudido a los líderes, ya que revelaron una profunda y vasta hostilidad hacia el régimen comunista; lo cual no deja de ser sorprendente, en especial si pensamos que Kírov al parecer era uno de los líderes más populares del partido.

Un marino fue arrestado por haberse expresado así: “No siento lástima por Kírov. Dejen que asesinen a Stalin. Tampoco sentiré lástima por él”. Reacciones como la del marino abundaban en las organizaciones del Komsomol de la región de Smolensk y fueron tema de un informe detallado a principios de 1935. Algunos estudiantes de un profesorado expresaron su admiración por el asesino de Kírov: “Nikolaiev era un hombre audaz, decidido, valiente. Nikolaiev es un héroe por todo lo que hizo, como Sofía Perovskaia [la terrorista del siglo XIX]”. Muchos consideraron que esto constituía un juicio y una advertencia hacia los líderes del partido. Empezaron a circular canciones con variantes en el estribillo como “Mataron a Kírov / Matarán [mataremos] a Stalin”, y se informaron otras

observaciones sobre lo atractivo de asesinar a Stalin. “Abajo el poder soviético. Cuando crezca, voy a matar a Stalin”, dijo un escolar de 9 años.[603]

Los informes del NKVD también monitoreaban la opinión pública sobre los asuntos internacionales, temáticas con amplia cobertura en la prensa soviética y, al parecer, leídas con mayor interés del que cabría esperar del público en general.[604] Si bien la intensa cobertura periodística sobre Hitler y el partido nazi era implacablemente hostil, algunos lectores sacaron otras conclusiones. En su registro de las diversas reacciones del público soviético a la avanzada de Hitler sobre Renania en 1936, los informantes del NKVD destacaron la opinión de que la política exterior soviética era demasiado blanda y que la audacia de Hitler era digna de admiración. Describían al líder alemán como un individuo carismático, “muy inteligente”, un hombre que se había abierto camino desde abajo. Según un estudiante: “Los fascistas están construyendo el socialismo de una manera pacífica. Hitler y los fascistas son personas inteligentes”. En el invierno de 1936-1937, asolado por la hambruna, los comentarios aprobatorios sobre Hitler se multiplicaron. “La gente decía: ‘Se vive mejor en Alemania’, ‘Si Hitler toma el poder, estaremos mejor en Rusia. Solo Hitler puede darle vida al pueblo’”.[605]

La Guerra Civil Española fue el acontecimiento internacional de la década para la república soviética; tuvo amplia cobertura periodística y provocó cierto entusiasmo entre los jóvenes, así como algunas reacciones más dudosas. Un informe del NKVD sobre la opinión pública de noviembre de 1936 señalaba que muchos trabajadores estaban entusiasmados, se ofrecían como voluntarios para ir a luchar a España y estaban dispuestos a sacrificar el 1% de su salario para la causa española. La idea de que el gobierno soviético gastara dinero en ese frente mientras en casa las personas estaban necesitadas también provocaba resentimiento. “Tus hijos no ven el chocolate ni la manteca, pero se los enviamos a los obreros de España”; “¿Cómo podemos vender cereales [al exterior]? Nos estamos muriendo de hambre. Que el gobierno deje de enviar cereales a España, así tendremos un montón extra para nosotros”. También se escuchaban comentarios mucho más hostiles. Respecto de la ayuda prestada a los obreros españoles, se citó a un trabajador que había dicho: “Que les den armas a nuestros trabajadores y el 50 o 60% las alzará contra los soviéticos”.[606] Es evidente que ese tema seguía presente en la memoria popular por las referencias realizadas

en otros contextos. Durante las elecciones de 1937, por ejemplo, un *koljoznik* de Dnepropetrovsk comentó con tristeza: “Si los obreros de España supieran cómo vivimos, no habrían luchado por la libertad”.[607]

El NKVD hacía un seguimiento atento de los jóvenes, tanto comunistas como de otras filiaciones. El personaje ficticio Sasha, protagonista de la novela *Los hijos del Arbat* de Anatoli Ribakov, no fue el único miembro joven del Komsomol que cayó en sus manos, incluso antes de las grandes purgas. El NKVD descubría pequeñas organizaciones “contrarrevolucionarias” de jóvenes con una regularidad pasmosa. En Leningrado, por ejemplo, entre diciembre de 1933 y el 15 de mayo de 1934 la policía descubrió ocho de estos grupos formados por estudiantes y jóvenes trabajadores, incluida la “Sociedad para el Renacimiento de Rusia”, una organización fascista nacionalista de estudiantes de minorías étnicas que querían fundar una “gran república finlandesa”, y varias organizaciones “terroristas” (que no cometieron atentado alguno). En Vorónezh la policía informó la presencia de apoyo al terrorismo, al fascismo y al trotskismo entre niños de la escuela secundaria en 1937 y encontró esvásticas pintadas en las paredes y una poderosa corriente de rumores antisoviéticos, sobre todo en relación con la escasez de alimentos del invierno anterior. Un estudiante de tecnología dijo: “Si la guerra empezara mañana mismo, yo sería el primero en destruir a los comunistas”.[608]

A la policía de Leningrado le preocupaba la influencia desmoralizadora que las pandillas de chicos sin hogar tenían sobre los estudiantes. La policía reportó que el comportamiento vandálico y criminal continuaba rodeado por un “aura romántica” a los ojos de los jóvenes de Leningrado. Las pandillas y las peleas con navajas eran comunes, y los jóvenes “en la gran mayoría de empresas y escuelas” llevaban cuchillos, manoplas de hierro y otras armas. Los chicos de la calle corrompían a otros jóvenes organizando fiestas con alcohol “y como resultado, los muchachos comenzaron a abandonar la casa de sus padres para irse a vivir con los chicos sin hogar”.[609]

El NKVD tomaba en serio estos indicios de desafección entre los jóvenes, aunque la frecuencia y el contenido de sus informes no indican que lo consideraran un problema prioritario. Algunos de los acontecimientos que preocupaban a las autoridades parecían triviales o incluso irrisorios. Por ejemplo el “juego contrarrevolucionario” organizado entre los niños de Leningrado por el conflictivo Alekséi Dudkin, de 12 años, hijo de un comunista. Dudkin hijo tenía un historial de comportamiento disruptivo:

dibujaba esvásticas en la frente de sus compañeros, organizaba plegarias públicas en clase, incitaba a sus amigos a hurtar dinero a sus padres y huir a la taiga, o los llevaba con él a mendigar a la estación Finliandski [de Finlandia]. La hazaña que involucró al NKVD fue un juego llamado "banda contrarrevolucionaria trotskista-zinovievista". Era una suerte de juego de policías y ladrones en que el propio Dudkin hacía el papel de Zinóviev mientras otros niños interpretaban los roles de Trotski, Kírov, Kámenev, Nikolaiev (asesino de Kírov) y un funcionario del NKVD. La primera parte representaba el asesinato de Kírov. El escenario de la segunda –probablemente la única alarmante para las autoridades, aunque la pandilla jamás llegó a interpretarla– era el asesinato de Stalin a manos de la misma banda de terroristas contrarrevolucionarios.[610]

El suicidio

Los suicidios fueron motivo de gran preocupación para las autoridades. Ya vimos un caso (el del joven escritor Dobychin) en que el NKVD reaccionó alarmado ante una amenaza de suicidio transmitida por un informante. Los verdaderos suicidios –de comunistas y miembros del Komsomol y también de ciudadanos comunes– se investigaban de manera escrupulosa y exhaustiva, ya que este era un indicador de salud social y política para el régimen: los suicidios se interpretaban como señales de que algo había salido mal. Esta preocupación se remontaba a la década de 1920, época en que los estatistas sociales habían recolectado y publicado datos cuantitativos sobre el suicidio. El poeta Serguéi Esenin se había suicidado a mediados de 1920, lo que supuestamente llevó a muchos jóvenes a pensar en el suicidio y suscitó uno de los debates políticos más curiosos entre estalinistas y opositores, en el que cada lado acusó al otro de ser responsable de la "degeneración de la revolución" y la consiguiente desilusión de la juventud idealista. En la década de 1930, el debate público y la publicación de estadísticas sobre el suicidio cesaron, pero no así la preocupación de las autoridades. La administración política del Ejército Rojo demostró particular diligencia en el seguimiento y la investigación de los suicidios dentro de sus filas.[611]

Cada suicidio de un miembro del Komsomol, un comunista, un hombre del Ejército Rojo, un trabajador o un maestro rural era investigado escrupulosamente, por lo general para comprobar si los funcionarios locales habían llevado a la víctima a cometer el acto persiguiéndola o negándole apoyo en situaciones difíciles. Incluso los suicidios de *koljozniki* eran tema habitual de los informes, lo cual sorprende dada la falta general de interés del régimen en la cultura interna y los problemas sociales de los pueblos. En 1936, el NKVD distribuyó un informe sobre las investigaciones de sesenta suicidios en pueblos ucranianos, donde se detectó que veintiséis estaban relacionados con maltratos por parte de funcionarios y activistas, nueve con hostigamientos y calumnias, ocho con expulsiones ilegales del *koljoz* y siete con la pérdida de reputación. Un informe similar sobre diecisiete suicidios en un distrito de Karelia durante un período de quince meses (1933-1934) dejó al descubierto que el hambre ("la escasez de pan") era la causa más frecuente (tres casos), seguida por el alcoholismo (dos) y la persecución e intimidación (dos). Los otros móviles de suicidio fueron los impuestos altos, la malversación de fondos, las disputas familiares, la humillación pública y "la falta de deseo de vivir bajo el poder soviético" (con sendos casos). Las circunstancias de cada caso se explicaban brevemente en los informes. En el de 1936, por ejemplo, uno de los suicidas era el líder de una brigada de tractores: se había degollado con una hoja de afeitar porque había gastado su subsidio para combustible y, por lo tanto, no podría cumplir con el programa.[612]

Los intentos de suicidio de cinco mujeres que trabajaban en una granja estatal fueron objeto de otra investigación. Estas mujeres pertenecían a la categoría estajanovista de ganadoras de premios cuyos problemas siempre habían recibido atención especial. Se descubrió que los intentos de suicidio estaban relacionados con condiciones de vida y de trabajo paupérrimas, maltrato e insultos crueles por parte de otros trabajadores, y un ambiente desmoralizador de "depravación sexual y libertinaje".[613]

El sexo y las frustraciones amorosas, como es de esperar, figuraban en los informes de suicidios. En la investigación del suicidio de una conductora de tractores se descubrió que el motivo era la desesperación de haber sido abandonada por un amante casado e infiel, que luego fue responsabilizado por su muerte. Detrás de uno de los suicidios investigados por las autoridades de Siberia se escondía una tragedia romántica. Un oficial del Komsomol, maestro de historia y de ciencias sociales, se enamoró de la hija

de un *kulak* que había sido privado del derecho al voto. Ella se negó a casarse por las relaciones que su pretendiente sostenía con el partido (al menos eso se explica en el informe: también podía ser a la inversa) y este se suicidó. Era muy respetado a escala local y su suicidio se replicó entre los jóvenes, algo así como un culto a su memoria, al estilo Maiakovski, el famoso poeta revolucionario que se suicidó en 1930.[614]

Si bien algunos suicidios se debían a motivos personales, la premisa subyacente de las investigaciones soviéticas era que el suicida probablemente quería enviarle un mensaje al Estado. Al parecer, esto fue así en una sorprendente cantidad de casos: se trataba de una cultura en que un "¡Mira lo que me hiciste hacer!" (dirigido al régimen) era una forma común de justificarse. Un suicidio podía tener como motivo "la falta de deseo de vivir bajo el poder soviético"; un hombre que había asesinado a sus hijos podía recibir a la policía al grito de: "¡Miren a lo que nos ha llevado el poder soviético!". Por supuesto, esto no quiere decir que esos fueran los "verdaderos" motivos; pero eran plausibles, y obviamente no lo habrían sido en muchas otras sociedades. Para los ciudadanos soviéticos tenía sentido que todo lo que salía mal fuera culpa del régimen, como para el régimen soviético tenía sentido que cualquier acción de un ciudadano, por personal e individual que pareciera, poseyera un significado político subyacente.[615]

Un caso de doble suicidio que constituyó un mensaje abierto e inequívoco para el régimen quedó registrado en el diario personal de un comunista enviado a investigar. Dos hermanos activistas, trabajadores pueblerinos que actuaban como presidente del sóviet rural y presidente del *koljoz*, tuvieron conflictos con las autoridades del distrito en el invierno de 1930 porque estaban a favor de la colectivización voluntaria y los funcionarios del distrito querían acelerar el ritmo. Así lo registró el diarista:

> Fui a la isbá del presidente del sóviet rural Piotr Anikeiev. Un cuerpo frío aguardaba el entierro. Me acerqué a Andréi Anikeiev. Estaba vivo, pero en sus últimas horas. Dijo que la gente del distrito estaba en contra del partido. Él y su hermano decidieron dispararse con un revólver en señal de protesta, para llamar la atención del centro hacia este comportamiento arbitrario.

El *pathos* de este mensaje fue mucho mayor por el hecho (que el diarista tuvo la prudencia de omitir) de que quienes habían malinterpretado la línea ideológica del partido no eran los funcionarios del distrito, sino los idealistas hermanos Anikeiev.[616]

Una estudiante que se estaba iniciando en la carrera militar se suicidó a principios de 1930 dejando otro tipo de mensaje: una disculpa por no tener la resistencia necesaria para llegar a la meta. Si bien la nota de suicidio estaba dirigida al esposo, el tono y el contenido sugieren que el partido era el verdadero destinatario ("Muero porque no tengo fuerza suficiente para seguir luchando para corregir la línea general del partido"). De hecho, su suicidio fue investigado con minucioso detalle por las autoridades de la Academia de la Fuerza Aérea donde estudiaba. Polina Sitnikova, nacida en una familia de administrativos de Riga en 1900, se había unido al Partido Comunista y al Ejército Rojo durante la guerra civil, cuando tenía 18 años. Su primer esposo había muerto en el frente de batalla; el segundo, piloto, en un accidente de avión en el que ella sufrió lesiones graves. Polina llevaba una vida familiar aparentemente feliz con su tercer esposo –al que se describe como un hombre fiel– y su pequeña hija en un cómodo departamento comunitario con una sirvienta que tenía una hija de la misma edad y cuidaba a las dos. Todos los problemas de Polina estaban relacionados con la Academia de la Fuerza Aérea donde la habían enviado a estudiar a principios de la década de 1930. El trabajo le resultaba duro y se quejaba constantemente de problemas de salud (había padecido tuberculosis pulmonar) y cansancio. Creía que había estudiantes (varones) que se burlaban de ella y no sentían el menor respeto por su *pedigree* revolucionario. En la academia lloraba cada vez que criticaban su trabajo o la azuzaban (por ejemplo, con un saludo irónico: "¿Cómo se siente la camarada Sitnikova hoy?"). La investigación no halló ninguna pista de conflictos de contenido político, por lo que su referencia a la "línea general del partido" no queda clara; es probable que haya sido un mero intento de dignificar su muerte y reducir la sensación de fracaso personal.[617]

Los suicidios políticos eran una categoría per se. En la tradición revolucionaria bolchevique, el suicidio era una forma honorable de registrar una protesta moral o salir de una situación imposible; tenía un halo heroico. El suicidio del trotskista Adolf Iofe en diciembre de 1927 fue un acto de protesta moral. Es posible que, en parte, también lo haya sido el suicidio de la esposa de Stalin, Nadiezhda Alilúyeva, a fines de 1932. Sin embargo, a

mediados de la década de 1930 los líderes del partido comenzaron a sofocar esta tradición, ya fuera rechazando la publicidad de los suicidios políticos o representándolos como actos cobardes o despreciables. Aun así, el suicidio en ocasiones servía para rescatar una reputación manchada, pero cada vez más se interpretaba públicamente como una señal de culpa: se dijo que Panas Liubchenko, expresidente del Sovnarkom ucraniano, estaba "enredado en relaciones antisoviéticas y temía revelar su culpabilidad ante el pueblo ucraniano por haber traicionado los intereses de Ucrania" cuando se suicidó en septiembre de 1937. Una fórmula similar se había usado para explicar el suicidio del líder del Ejército Rojo, Ian Gamarnik, unos meses antes.[618]

Stalin se refirió de manera punzante al tema en su discurso de diciembre de 1936 en el plenario del Comité Central sobre la muerte de un oficial del partido de Moscú llamado Furer, cuyo suicidio fue notable porque él no había sido acusado. Su acto fue una protesta contra el arresto de un amigo y colega, a su entender injusto. Dijo Stalin:

> Algunos podrían ver nobleza en este gesto. Pero una persona llega al suicidio porque teme que todo se revele y no quiere presenciar su propia desgracia pública. […] Ahí tienen una de las últimas formas claras y fáciles en que, antes de la muerte, antes de dejar este mundo, uno puede escupir por última vez al partido, traicionar al partido.[619]

Escribir al gobierno

Los ciudadanos soviéticos eran grandes redactores de quejas, peticiones, denuncias y otras cartas para las autoridades. Ellos escribían (casi siempre en forma individual, no colectiva) y las autoridades a menudo respondían.[620] Era uno de los canales de comunicación que mejor funcionaba entre los ciudadanos y el Estado, y ofrecía a las personas comunes sin contactos entre los funcionarios una de las pocas formas disponibles de reparar un error o suscitar una acción oficial favorable. Hasta cierto punto, la práctica

generalizada de escribir al gobierno –por pasada de moda o impregnada de peticiones premodernas que pudiera estar– llenaba los vacíos dejados por la restricción a la asociación y la acción colectiva y la debilidad de los procesos jurídicos en la Unión Soviética. Sin una pizca de vergüenza por las implicaciones paternalistas de la práctica, los portavoces oficiales afirmaban con audacia que demostraba la fuerza de la democracia soviética y la naturaleza única y directa del vínculo entre los ciudadanos y el régimen.

Escribir cartas a las autoridades era una manera de participar en la "lucha contra el burocratismo" y la "lucha por la legalidad socialista", escribió un comentarista soviético a mediados de 1930. Las democracias burguesas no tenían una forma equivalente de acción ciudadana directa, afirmó. "Como se sienten amos del país, los trabajadores y los *koljozniki* no pueden pasar por alto las violaciones contra los intereses generales de su Estado"; por eso le escriben a Stalin, Mólotov, Kalinin y otros líderes sobre "robos de propiedad socialista, abusos administrativos, enemigos de clase en la burocracia y todo tipo de injusticias". Por supuesto, estas injusticias casi siempre se experimentaban personalmente aunque fueran condenadas en forma abstracta:

> Alguien ha sido desalojado incorrectamente de un departamento. A alguien se le negó un departamento al que tenía indudable derecho. Alguien fue despedido de una institución, acusado de delitos que no cometió. Alguien muestra un fervor irrazonable, incurre en "vigilancia" y arroja a un hombre inocente por la borda de la vida soviética. Otro paga una temeraria expresión de autocrítica con represiones.[621]

Los líderes del partido dedicaban mucho tiempo a las cartas. Se dice que Kalinin, uno de los destinatarios más populares, recibió más de un millón y medio de peticiones escritas y orales entre 1923 y 1935. Mijaíl Jataevich, secretario regional del partido en Dnepropetrovsk, describió este tipo de correspondencia como parte importante de su carga laboral: "Sin contar la correspondencia comercial, todos los días recibo doscientas cincuenta cartas de, por así decir, carácter personal, cartas de trabajadores y *koljozniki*. De esas cartas puedo leer y leo treinta, y contesto personalmente la mayoría".

Es probable que la afirmación de Jataevich haya sido algo exagerada, pero la observación central sobre el volumen de cartas enviadas por los ciudadanos era correcta. Andréi Zhdanov, secretario regional del partido en Leningrado, recibió un promedio de ciento treinta cartas por día en 1936, según un cuidadoso informe de su oficina, y otras cuarenta y cinco cartas diarias iban al sóviet de Leningrado. A la oficina del procurador, la mayor receptora de cartas de ciudadanos de Leningrado, llegaban casi seiscientas por día.[622]

Evidentemente, muchos ciudadanos soviéticos compartían la creencia de las autoridades en que escribir cartas era una práctica democrática que acercaba a los ciudadanos a su gobierno. Así interpreta una joven historiadora rusa (postsoviética) las cartas que se quejaban por la escasez de alimentos a fines de la década de 1930. "Si bien critican y a veces insultan la forma actual de hacer las cosas, de todos modos acuden al régimen como 'el [poder] de su pueblo'", escribe. "Los autores de las cartas están convencidos de que el gobierno puede y debe ayudar a las personas. El reconocimiento del régimen como legítimo, como 'suyo', determina la forma de apelar a los líderes y también el sistema de argumentación, con referencias a las autoridades sacralizadas por el régimen (Marx, Lenin, Stalin, *Compendio de historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, etc.)". Para los ciudadanos habría sido contraproducente presentar reclamos y apelaciones con el objeto de rechazar la legitimidad del régimen, pero este comentario suena veraz en varias cartas de ciudadanos. También podría argumentarse que líderes como Jataevich se sentían más "legítimos" gracias a las cartas que recibían y respondían, al desempeñar el rol de "padre benevolente" y corrector de injusticias que muchas de esas cartas requerían.[623]

Las autoridades alentaban las cartas individuales de los ciudadanos, pero se mostraban menos entusiastas hacia las misivas colectivas. "Digamos que escribes y que pides algo y varios otros lo firman", dijo un exciudadano soviético en una entrevista realizada después de la guerra. "Eso es *gruppovshchina* [término peyorativo para las acciones grupales]. De inmediato, el Partido Comunista local y la gente del sindicato llamarán a cada hombre, uno después del otro, y lo reprenderán. Pero no llamarán al grupo entero; tratarán con cada individuo por separado".[624] Sin embargo, a veces se escribían cartas colectivas pese al riesgo que eso entrañaba. En los archivos de Leningrado de 1935 de Zhdanov, la proporción de las cartas

colectivas respecto de las cartas individuales es 1:15 aproximadamente, y las cartas colectivas abordan temas como cierre de bares, retrasos en el pago del salario, necesidad de agua potable, delincuencia callejera y reincorporación de un colega despedido.[625]

Algunas cartas, incluso las firmadas, se escribían para expresar una opinión u ofrecer consejos sobre políticas públicas. Para tomar un ejemplo aleatorio: un obrero escribió a Mólotov (flamante ministro de Asuntos Exteriores) para aconsejarlo sobre diplomacia ("No confíe en los británicos, los franceses ni los alemanes. Todos ellos quieren dañar a la URSS"). Un empleado soviético de Pskov le escribió a Kírov para sugerirle que tomara medidas para prevenir la desnutrición de los escolares. Un individuo de Leningrado le escribió a un secretario del partido para quejarse por las derrotas de los dos equipos de fútbol locales y pedirle que hiciera algo al respecto.[626]

En los archivos epistolares de Leningrado, los escritores de cartas de "opinión" solían ser trabajadores; las cartas mismas reflejaban un grado de identificación con el régimen soviético y cierta predisposición (incluso a mediados de la década de 1930) a aconsejarlo. Un obrero le escribió a Kírov en 1932 para quejarse de la escasez de alimentos: "¿Acaso es de su conocimiento, camarada Kírov, que, entre la abrumadora mayoría de los trabajadores, y no son malos trabajadores, existe un gran descontento y falta de confianza en las decisiones que toma el partido?". Estos trabajadores solían criticar el surgimiento de una clase privilegiada de burócratas. Los jefes se han convertido en una "casta", escribió uno de ellos en 1937; al partido "se le subieron los humos a la cabeza". Entre los trabajadores, "todo lo que oigo son insultos al poder soviético". Otro condenó el hecho de que el partido hubiera perdido el contacto con las masas, los líderes del partido con sus miembros y los gerentes de las fábricas con los trabajadores: no era de sorprender que hubiera tantas revueltas, ¡y habría muchas más! Los líderes se arriesgaban a sufrir el destino de Anteo en el mito griego, que pereció después de perder contacto con la tierra.[627]

La práctica de la redacción de cartas implicaba una vigilancia bidireccional, dado que formaba parte de la vigilancia del pueblo sobre la burocracia y también de la recopilación de información sobre los ciudadanos por parte del régimen. Pero las autoridades usaban la correspondencia privada de los ciudadanos como fuente de información, y en ese caso la vigilancia era unidireccional. El propósito explícito del

régimen con este escrutinio (que empezó a practicar poco después de la revolución) era atrapar a sujetos infractores y obtener otra visión de los procesos sociales y la opinión popular. El *koljoznik* Nikolái Bystrov fue una de las personas cuya carta, abierta y leída, fue a parar al archivo partidario de Leningrado. Bystrov había sido reclutado para trabajar en una maderera en Karelia y, como era habitual entre los reclutas, se había llevado un caballo del *koljoz*. Al descubrir que no había comida en los campamentos madereros y que muchos escapaban y abandonaban a sus caballos, les escribió a los líderes de su *koljoz* para anunciarles que pensaba huir y necesitaba que le aconsejaran qué hacer con el caballo.[628]

A veces los ciudadanos remitían a las autoridades cartas privadas que habían recibido. Por ejemplo, un estudiante comunista envió a la Comisión de Control Central una carta que había recibido de otro comunista, con quien había trabajado en la campaña de siembra en 1932. La carta estaba llena de angustia por el hambre ("El mujik está muriendo de hambre", hay "canibalismo en Kazajstán"), la desorganización de los líderes ("Stalin está frenético") y la represión ("están llevando a los escritores a la tumba"). El propio Stalin leyó la carta y después de agregar algunos comentarios indignados en los márgenes, mandó llamar a quien la había reenviado para interrogarlo. (Es probable que el autor haya sido arrestado, pero eso no queda claro en el archivo).[629]

En raras ocasiones, el NKVD de Leningrado compilaba los resúmenes con datos de correspondencia privada interceptada y los enviaba junto con los usuales sumarios de los reportes de los informantes. Eso fue lo que sucedió durante la crisis alimenticia del inverno de 1936-1937, uno de los principales temas de los informes del NKVD durante meses. La correspondencia citada, interceptada en su camino hacia y desde Leningrado, abarcaba descripciones desgarradoras de las penurias –incluido lo que el NKVD denominó "información provocativa" sobre la falta de alimentos básicos en las tiendas de la ciudad– así como información sobre rumores. "Aquí [en Kostroma] hablan de que todo Petro [Leningrado] será sometido al racionamiento de pan y también dicen algo sobre una masacre el día de San Bartolomé, pero no le digan a nadie", escribió un padre a sus hijas en Leningrado. Los autores de cartas usaban un lenguaje que no habrían usado para escribir a las autoridades; por ejemplo: "No sé cómo nos ayudará el Señor a soportar esto". Comentaban, aunque con cautela, la responsabilidad del régimen por la crisis. "Ven a ver lo que ocurre en la

ciudad desde la mañana”, escribió una mujer en Vologda, evidentemente instruida, a su esposo científico en Leningrado. “Hacen fila desde las 0 hs o incluso antes. ¿Qué crees? ¿Quién tiene la culpa de esto? Me pregunto si lo saben en el centro. Los periódicos no dicen nada de nada sobre el pan”. [630]

Charlas públicas

El “debate público” (*narodnoe obsuzhdenie*) fue un experimento que se puso a prueba dos veces, una y otra en 1936. Los temas fueron la ley de aborto (comentada en el capítulo 6) y la nueva Constitución. Quizás fueron parte de una medida fallida de democratización, como ha argumentado Arch Getty, o simplemente una nueva forma de recopilar información sobre la opinión pública.[631] En cualquier caso, no se repitió. Como vimos en el caso del aborto, “el debate público” tenía varias limitaciones. Siempre existía el peligro de que las opiniones poco ortodoxas causaran problemas con el NKVD. Además, el régimen había declarado su postura desde el principio, con la publicación del proyecto de ley sobre el aborto y el proyecto de Constitución, y no se esperaban cambios importantes; de hecho, no los hubo.

Sin embargo, desde el punto de vista del NKVD (y de historiadores posteriores), el debate sobre la Constitución valió la pena, ya que generó una gran cantidad de información útil sobre la opinión popular respecto de una amplia diversidad de temas, incluidos muchos que rara vez se abordaban en otros foros. Esto no se debió tanto a lo que la gente hablara en las reuniones, sino a lo que se hablaba en los pasillos (registrado, como siempre, por el NKVD) y al gran número de cartas sobre la Constitución enviadas a periódicos y organismos de gobierno. Los entes receptores resumían las cartas y las reenviaban a los líderes del partido, según el procedimiento estándar. En algunos casos, se distinguía una categoría especial de comentarios “hostiles”.[632]

El debate público implicaba organizar reuniones en todos los lugares de trabajo, con asistencia casi obligatoria. La gente asistía a las reuniones de mala gana y se quejaba de que era una pérdida de tiempo. “Todos los trabajadores saben leer y escribir. Leen los periódicos; no hay nada que

debatir", se lamentaban los obreros de algunas fábricas de Leningrado; otros se negaban a asistir a las reuniones. En la planta de tejido Máximo Gorki, en la región de Ivánovo, la gerencia cerró con llave las puertas y dispuso un guardia para evitar que los trabajadores abandonaran la reunión, que sucedió después del horario laboral. Esto resultó muy molesto para los trabajadores (en su mayoría, mujeres que tenían otras obligaciones esperándolas en sus hogares). "Pusieron un guardia y nos retienen por la fuerza", protestó una de ellas. Otra se quejó: "Mis hijos están en casa y ustedes no me dejan salir". La reunión fracasó por completo cuando un grupo logró engañar y eludir al guardia y "abrió las puertas con un grito"; de inmediato, cuarenta personas se retiraron. "Quienes no pudieron salir se sentaron en la escalera y durmieron hasta que terminó".[633]

Uno de los principales asuntos relacionados con las decisiones políticas planteados en el debate sobre la Constitución (más en las cartas que en las reuniones públicas) fue la abolición de la discriminación, incluida la privación de derechos según la clase social. El proyecto de Constitución contemplaba este importante cambio en las medidas políticas, que luego se convertiría en ley (véase el capítulo 5). Pero no todos lo aprobaban; de hecho, la mayoría de las cartas que se ocupaban del tema mostraban preocupación al respecto. El autor de una carta dudaba de otorgar el derecho al voto a ex*kulakí,* visto que podrían usar su nuevo estatus en la sociedad para vengarse de los activistas. Otro decía que no se oponía a dar el voto a personas marginadas que se lo habían ganado, pero abogaba porque se impidiera a los sacerdotes votar o postularse a un cargo. "Celebrar un servicio religioso no es un trabajo útil para la sociedad".[634]

Se expresaron dudas similares sobre el art. 124 de la Constitución, que garantizaba la libertad religiosa. Alguien propuso reemplazarlo por un mandato judicial "para prohibir categóricamente el trabajo de las iglesias que estupidizan a la gente" (evidente alusión a todas las iglesias) y "convertir los edificios de las iglesias en casas de cultura". Pero el art. 124 también tenía fervientes defensores, a saber, sacerdotes y creyentes. Estos no solo elogiaron la garantía de tolerancia religiosa que ofrecía la Constitución, sino que buscaron ponerla en práctica de inmediato, al solicitar la reapertura de iglesias cerradas por la fuerza a principios de la década, buscar trabajo en granjas colectivas y sóviets rurales hasta el momento interdictos para ellos, e incluso intentar postularse como candidatos religiosos en las elecciones nacionales soviéticas de 1937.[635]

Aunque el debate público sobre la Constitución no produjo cambios importantes, sería erróneo suponer que no tuvo beneficios para la población. Tal como ha señalado Sarah Davies, esta discusión popularizó el uso de un nuevo vocabulario de derechos. Un joven *koljoznik* que afirmaba su derecho a dejar el *koljoz* para continuar sus estudios escribió: "Considero que cada ciudadano, incluido el *koljoznik*, tiene derecho a la educación. *Eso dice el proyecto de la nueva Constitución*". Estas afirmaciones se volvieron frecuentes, lo que representó un verdadero cambio. La antigua Constitución (de 1918) nunca había sido usada como piedra angular en alegatos populares, y los argumentos sobre la ley no habían sido muy favorables desde la revolución.[636]

Sin duda, el cambio no era del todo feliz desde la perspectiva del régimen. La nueva Constitución era generosa en cuanto a los derechos que prometía a la población: el art. 125 garantizaba la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de realizar procesiones y manifestaciones callejeras. De hecho, ninguna de estas libertades existió en la Unión Soviética ni antes ni después de la promulgación de la nueva Constitución.[637] A juzgar por los comentarios de los debates públicos informados, la gente no tomaba en serio estas promesas (a diferencia de lo que ocurría con las de tolerancia religiosa, que algunos esperaban y otros temían), pero la discrepancia entre las promesas y la realidad provocó de todos modos reacciones indignadas y satíricas. "Es todo mentira lo que dicen en el proyecto de la nueva Constitución, que cada ciudadano puede escribir a la prensa y expresar lo que piensa. Por supuesto que no es así. Intenten hablar, digan cuántas personas murieron de hambre en la URSS y les darán diez años de cárcel". (Este comentario mordaz fue debidamente clasificado como "hostil" en el resumen).[638]

Muchos concordaban en que la Constitución era un fraude: "Promulgan leyes y son todas mentira". La igualdad de derechos era una promesa vacía. "No tenemos igualdad de derechos ni la tendremos. Nuestra responsabilidad es trabajar como mulas sin obtener nada a cambio, y el judío no hace nada; se sienta en el poder y vive a expensas nuestras." Aunque la igualdad de derechos no fuera un fraude, el régimen soviético no debía recibir el crédito: se la había incluido en la Constitución solo porque "las potencias extranjeras ejercen presión sobre la Unión Soviética" (este orador agregaba ominosamente que pronto "el régimen cambiará por completo"). Incluso el derecho a poseer y heredar bienes personales –que existía en la práctica,

aunque no fuera del todo fiable– despertó la ira de algunos: un exmiembro del Partido Socialista Revolucionario lo describió como “ventajoso solo para los comunistas, que se han apoderado de muchos objetos de valor en el momento de la revolución y quieren aferrarse a ellos”.[639]

Los instintos satíricos de la población despertaron con la cláusula que, siguiendo a Marx, afirmaba el principio de que “quien no trabaja no come”. “No es verdad”, dijo un ingenioso de ocasión. “En la práctica ocurre lo opuesto: quien trabaja no come, y quien no trabaja come”. Otro sugirió que “quien trabaja debería comer”.[640] Estos comentarios provenían casi siempre de *koljozniki* y, sin duda, su frecuencia se debía a que estaba comenzando un invierno de hambre y privaciones después de la mala cosecha de 1936. Aun así, los *koljozniki* tenían otros desacuerdos con la Constitución. No se les escapó que las pensiones por vejez e invalidez y la organización de las vacaciones prometidos en el art. 20 solo regían para quienes cobraban sueldos y salarios en las ciudades, como si se tratara de toda la población. “Esta Constitución solo beneficia a los trabajadores urbanos”, se quejó un *koljoznik.*[641]

Las elecciones

Los comicios en la Unión Soviética eran cuestión de un único candidato, con una excepción parcial que comentaremos. Además, el parlamento nacional para el cual eran elegidos los diputados no tenía poder político. Las autoridades nombraban a los candidatos y hacían todo lo posible para representar en cada distrito a los trabajadores, los campesinos, la *intelliguentsia*, las mujeres, los estajanovistas, los comunistas, los no comunistas y los miembros del Komsomol. Con este fin se realizaban reuniones locales para debatir su candidatura y otras órdenes del día.[642] Como sabemos, un porcentaje de la población no tenía derecho al voto por razones sociales, y los votos urbanos tenían mucho más peso que los rurales.

El día de elecciones se organizaba como un festejo, pero se ejercía una fuerte presión sobre la población para que votara. Por eso la cantidad de votantes siempre era alta (al menos, según las cifras oficiales). Para algunos, el ritual del sufragio era inspirador: “Sentí una especie de

exaltación en el alma, no sé por qué, y se me hizo un nudo en la garganta", escribió Galina Shtange en su diario personal después de haber votado en las elecciones de 1937. La hermana de Galina, Olga, que vivía en condiciones miserables y peligrosas en Leningrado, le escribió algo parecido: "Esta mañana a las 8 hs fui al comicio y, con la conciencia tranquila, voté por Litvínov y Kalinin. Mientras deslizaba el sobre en la urna, sentí con todo mi ser la verdad del refrán árabe 'Hasta el pez más pequeño puede agitar las profundidades del océano'".[643]

Dado que los votantes no podían elegir entre candidatos, las elecciones no daban mucha información al régimen sobre el estado de ánimo popular, excepto algunas variaciones marginales en la cantidad de no votantes o de votos nulos. Sin embargo, las reuniones preparatorias aportaban información y eran objeto de informes regulares. Tampoco debemos exagerar el hecho de que las elecciones soviéticas fueran tranquilas: en los años de preguerra no siempre fueron tan monótonas y libres de conflictos. De las cuatro elecciones nacionales (de toda la Unión) de los sóviets en el período entre el primer plan quinquenal y la Segunda Guerra Mundial, dos –las de 1929 y de 1937– tuvieron componentes dramáticos.

Las elecciones de 1929 fueron tumultuosas, con muchas declaraciones "antisoviéticas" e intentos de oposición organizada por parte de grupos opositores religiosos y del partido. Más personas fueron privadas del derecho al voto en estas elecciones que en cualquiera otra anterior, y el inicio de la colectivización y el avance contra la religión generaron una atmósfera excepcionalmente tensa. Los miembros de las oposiciones de izquierda derrotadas (trotskistas y zinovievistas) aún estaban activos y se hicieron escuchar durante la campaña. En Slavgorod, por ejemplo, los trotskistas proclamaron que "El sistema actual de dictadura del partido ahoga todo lo vital", mientras en Moscú los grupos trotskistas de las fábricas intentaron nombrar candidatos propios para competir contra los oficiales.[644]

Se reportaron demandas de los campesinos a la organización de sindicatos del campesinado (a la par de los sindicatos para la población urbana) desde regiones tan alejadas como Krasnoiarsk y Jabárovsk. Se decía que los *kulakí,* los sectarios religiosos y otras personas sin derecho al voto usaban las elecciones como oportunidad de "agitación" contra el régimen soviético, y hubo informes de amenazas y agresiones físicas a comunistas. En un pueblo de la región de Tarsk, los privados de derechos marcharon por las

calles portando banderas y los campesinos se les unieron. También se informó la actividad ortodoxa y sectaria, con énfasis en la actividad tolstoiana y bautista. Se reportaron comentarios que criticaban al régimen por haberse alejado de la clase obrera, aduciendo que no era verdadero poder soviético y que los comunistas habían aniquilado la libertad. La gente se quejaba de que los comunistas eran una nueva clase privilegiada, que "viven como señores, se pasean con sus tapados de piel y sus bastones con puño de plata". En Tula, un hombre protestó contra los compromisos revolucionarios internacionales del régimen y preguntó por qué apoyaba a la universidad china Sun Yat-sen en Moscú (a la que denominó "la fábrica de dinamita amarilla") y cuánto le costaba eso al Estado soviético.[645]

Las elecciones de 1937, tras los pasos de la nueva Constitución, se anunciaron como elecciones *plurales*; es decir, comicios en que los votantes tendrían opciones verdaderas para elegir. La idea quedó en el camino en algún momento de la primera mitad del año, presumiblemente víctima de la desconfianza extrema y la incertidumbre política que conllevaban las grandes purgas. Y así fue que las elecciones, que se realizaban siempre a fin de año, nuevamente se llevaron a cabo con un solo candidato. Pero la secuencia de acontecimientos fue misteriosa y extraña antes que monótona. Al menos para Galina Shtange, las elecciones de 1937 conservaron su condición de especiales (fueron las primeras bajo la nueva Constitución y se eligieron diputados para una nueva entidad, el Sóviet Supremo). "Fuimos los primerísimos votantes de las primeras elecciones de este tipo en el mundo", anotó con satisfacción en su diario personal.[646]

La campaña de 1937, realizada en otoño, fue muy moderada debido a los arrestos masivos de quienes habían intentado aprovechar las promesas de elecciones plurales el invierno anterior para continuar con el terror. Se postuló un solo candidato del "bloque de comunistas y personas que no eran del partido" (eufemismo para encubrir la restitución de una sola candidatura) para cada lugar, y el monitoreo del NKVD de las conversaciones sobre las elecciones generó poco debate sustancial en torno a las medidas políticas (mucho menos que en el debate sobre la Constitución el otoño anterior). Como siempre, hubo algunas expresiones de impaciencia con el procedimiento electoral, ya que "de todos modos los comunistas nombrarán a quienes se les antoje". Algunos votantes parecían temer, en vista de las recientes revelaciones, que hubiera "enemigos del pueblo" en todos lados, dudaban de que estos candidatos a altos cargos

fueran más confiables que sus antecesores. "¿Cómo entrar en el alma de un hombre?", preguntó una mujer en una reunión previa a las elecciones de Moscú en octubre. "Después de todo, también elegimos a los excomunistas y creímos que serían buenos, pero resultaron ser unos revoltosos".[647]

Sin embargo, la resistencia popular no estuvo del todo ausente. Hubo casos de objeción a los candidatos oficiales, especialmente a los políticos del centro y las celebridades. En Kúibyshev (en el Volga central) hubo objeciones a la candidatura de un ucraniano para el Sóviet de las Nacionalidades (la cámara alta del Sóviet Supremo): "Que lo elijan los ucranianos y nosotros presentaremos nuestro propio candidato [ruso]".[648] En Leningrado, se formularon objeciones sobre la candidatura de Mikoyán (por su "vida personal disipada"), Kalinin ("demasiado viejo") y el escritor Alekséi Tolstói ("realmente gordo"). En Novosibirsk, una reunión previa a las elecciones se opuso incluso a la candidatura de Stalin, porque se postulaba en muchos distritos electorales; en cambio, se propuso la candidatura de Alekséiev como secretario del partido y ganó con un total de ciento cincuenta sufragios, contra cincuenta para Stalin.[649]

Formas de protesta y disenso

Como hemos visto, la vigilancia soviética sobre el estado de ánimo popular tenía su aspecto consultivo en forma de conversaciones públicas, reuniones electorales y la predisposición de las autoridades a aceptar reclamos y peticiones individuales. Pero todos estos foros públicos eran restringidos e insatisfactorios en diversos grados para ambas partes: observadores y observados. Conscientes de que el régimen podía castigar a cualquiera que dijera algo incorrecto en público, los ciudadanos preferían conversar sobre los asuntos públicos fuera de estos foros y de diferentes maneras a las oficiales. Como sospechaban que era poco probable que los ciudadanos dijeran lo que realmente pensaban en público, las autoridades –en particular el NKVD– buscaron ampliar su vigilancia a las conversaciones "extraoficiales" que estaban fuera del rango de la vigilancia estatal. Eso significaba monitorear no solo las conversaciones en el hogar y la correspondencia privada, sino también comunicaciones públicas anónimas

y subversivas como los chistes, las canciones, los rumores, los arrebatos verbales contra el régimen y las cartas injuriosas a las autoridades.

Los intercambios anónimos sobre temas cotidianos, como aquellos que se daban en las filas en las tiendas o en un compartimento ferroviario, en el mercado o en la cocina de un departamento comunitario, son los tipos de comunicación más difíciles de conseguir para un historiador. Algunos etnógrafos soviéticos reunieron *chastushki* (canciones sobre temas de actualidad, en general con melodías conocidas), pero la fuerte censura de la década de 1930 hizo que fuera imposible publicarlas sin expurgarlas por completo. Por lo tanto, tenemos que confiar en la "etnografía" contemporánea del NKVD, basada en escuchar lo que se decía en las filas y los mercados y escribir los chistes y rumores; y por supuesto en la memoria popular rusa, imbatible para recordar bromas incluso medio siglo después, pero no tan buena para otras formas de comunicación pública anónima. Tengamos presente que la peculiaridad de los "etnógrafos" del NKVD es que cuando escuchaban un chiste o un rumor subversivo impactante solían arrestar al narrador por mantener "conversaciones antisoviéticas".

Los rumores transmiten información, o supuesta información, sobre asuntos públicos a quienes la buscan, pero también expresan esperanzas y temores populares e intentan explicar episodios desconcertantes. Por lo tanto, los rumores soviéticos de la década de 1930 se centraban en la inminencia de la guerra, temida por muchos y esperada por algunos. Estaban cargados de "noticias" de cambios en las medidas políticas que resultaban atractivos para la población, como las amnistías y la tolerancia religiosa. Hablaban de manera amenazante de una inminente nueva "masacre de San Bartolomé" si continuaba la escasez de alimentos. Ofrecían diversas explicaciones del asesinato de Kírov, incluida una sumamente ingeniosa que implicaba un nexo causal, basado en la coyuntura cronológica, entre el asesinato y la indignación de los trabajadores por la abolición del racionamiento.[650]

Según un diarista de la década de 1930, la mayoría de los chistes eran sobre política. Uno de los entrevistados para el proyecto de Harvard, convencido de que los rumores soviéticos contenían "información verdadera", recordaba varios sobre nuevas leyes, arrestos inminentes ("Un hombre importante sería encarcelado y […] no aparecería en los periódicos, pero la gente lo sabía"), aumentos de precios y escasez de alimentos ("Decían que pronto no habría azúcar ni pan, y después ocurría; los rumores

estaban justificados”). Pero otros desconfiaban de su posible veracidad. Un individuo, que informaba sobre rumores de principios de la década de 1940 según los cuales después de la guerra se prohibirían las granjas colectivas y hacer sonar las campanas en las iglesias, sugirió que los propios agentes del NKVD “hacían circular esos rumores porque sabían que a la gente le gustaba escucharlos”. Otro recordó que había muchos rumores falsos, sobre todo durante las grandes purgas. Por ejemplo: “Oímos decir dos o tres veces que Mólotov había desaparecido”.[651]

La esencia de las comunicaciones anónimas soviéticas a las autoridades era ser subversivas.[652] Las comunicaciones eran subversivas en el sentido más literal de derrocar los clichés soviéticos, y también en el sentido político de ser “antisoviéticas”. Oficialmente, los comentarios subversivos se describían como “hostiles”, pero una descripción más acertada podría ser “desafiantes”. Los chistes, los “arrebatos” y el resto eran las formas en que los ciudadanos desafiaban al poder soviético, una acción cuyo atractivo era todavía mayor debido a la corrección piadosa normalmente requerida en las declaraciones públicas.

Uno de los objetivos más tentadores para los comentarios subversivos eran los lemas soviéticos. Estas frases, en general derivadas de los *obiter dicta* de Stalin, solían ser repetidas *ad infinitum* en los periódicos y los discursos de propaganda, y a veces incluso se las escribía en carteles. “La vida ha mejorado”. “La tecnología decide todo”. “Los colectivos deciden todo”. “Alcancemos y superemos a Occidente”. “No hay fortalezas que los bolcheviques no puedan atacar”. Al igual que las canciones de propaganda, eran fáciles de recordar y también de despreciar y satirizar. Ya hemos visto cuánto se irritaba la gente con la repetición constante de “La vida ha mejorado”. “Alcancemos y superemos a Occidente” (que suena mucho mejor en ruso) fue motivo de ocurrencias frecuentes; por ejemplo, “Cuando por fin alcancemos a los países capitalistas, ¿podremos quedarnos allí?”; “Cuando estemos junto a los Estados Unidos, por favor déjenme ir. No quiero ir más lejos que eso”.[653]

Las siglas e iniciales, otra debilidad del oficialismo soviético, daban lugar a numerosos chistes, por lo general con diversas lecturas. Las iniciales del Partido Comunista en la década de 1930, VKP, fueron leídas por los ingeniosos campesinos como “segunda servidumbre” (*Vtoroe Krepostnoe Pravo*), mientras algunos jóvenes de Leningrado interpretaban las iniciales de la propia URSS –SSSR [CCCP] en ruso– como “la muerte de Stalin

salvará a Rusia” (*Smert’ Stalina Spaset Rossiiu*). OGPU correspondía a “¡Oh, Señor, ayúdanos a huir!” (*O, Gospodi! Pomogi Ubezhat*’) y (de atrás adelante) “Si huyes te atraparán y te cortarán la cabeza” (*Ubezhish’ – Poimaiut, Golovu Otrubiat*).[654]

Este amor por los juegos de palabras y la inversión de los clichés soviéticos se expresó también en lo que, en un contexto menos autoritario, podría llamarse “bromas pesadas” (las autoridades soviéticas las llamaban “sabotaje”). Pese a los castigos severos para esas acciones, los censores debían buscar constantemente pequeños cambios en los textos de los periódicos, folletos y libros que quizá eran errores tipográficos, pero cambiaban el sentido de una frase. En un periódico provincial, “liquidar el analfabetismo”, uno de los lemas soviéticos favoritos, de algún modo se convirtió en “liquidar el alimento”. En otro, los retratos de los miembros del Politburó aparecieron en desafortunada proximidad junto a una nota sobre estadísticas económicas titulada “Cabezas de ganado en la URSS”. Los nombres de las ciudades que honraban a líderes soviéticos, como Kirovgrado y Stalingrado, se transformaban en Kirov*gad* y Stalin*gad* (*grad[o]* = ciudad, *gad* = canalla). Un bromista (saboteador) de Bashkiria ni siquiera se tomó la molestia de hacer que su chiste pareciera un error tipográfico cuando agregó la frase “¡El que trabaja más y mejor no consigue nada!” en la portada de diez mil libros de trabajo destinados a los *koljozniki* en 1933.[655]

Los comunistas eran muy criticados en los chistes soviéticos, en que solían figurar Stalin y Lenin y, en menor medida, líderes como Mólotov, Voroshílov y Kalinin. Una de las tantas bromas sobre Stalin y Lenin que circulaban a mediados de la década de 1930 refería al hecho de que tanto la esposa de Lenin, de apellido Krúpskaia, como la de Stalin, apellidada Alilúyeva, se llamaban Nadiezhda, que significa “esperanza”, y que la esposa de Stalin había muerto. “Lenin tenía su Nadiezhda (esperanza) y se mantuvo, pero Stalin no tiene Nadiezhda”. Las adivinanzas y las lecturas de atrás hacia adelante eran muy populares: “Lean el nombre de Kírov al revés, es decir, de derecha a izquierda” (*vorik* significa “ladronzuelo”).[656]

A mediados de la década de 1930, aparecieron muchas variantes y versiones de *chastushka* a partir de la muerte de Kírov: “Mataron a Kírov / Matarán [mataremos] a Stalin”. Una variante era la siguiente: “Cuando mataron a Kírov / Abrieron el comercio de pan / Cuando maten a Stalin / Todas las granjas colectivas se disolverán”. Otra *chastushka* de la misma

época decía: “Cuando Lenin estaba muriendo / Le ordenó a Stalin / No dar pan a los obreros / No mostrarles la carne”. Pero esta *chastushka* era inusual, ya que equiparaba a Lenin y Stalin en vez de contrastarlos. Una *chastushka* de Ucrania durante los años de hambruna, 1932-1933, enfatizaba así el contraste entre esas dos figuras: “Lenin defendió a nuestra clase / para que tuviéramos suficiente para vivir. / Stalin nos destruyó a todos / para que nos acostáramos en la tumba”.[657]

Los estajanovistas, considerados los preferidos del régimen, fueron blanco de muchos chistes. “¿Qué están repartiendo?”, pregunta una anciana sorda al unirse a la fila. “Una bofetada en la cara”, responde alguien. “¿Es para todos o solo para los estajanovistas?”. Otro chiste refiere a una entrega de premios a lecheras estajanovistas. En el transcurso de una ceremonia formal, la primera lechera recibe una radio, la segunda, un gramófono y la tercera, una bicicleta. Entonces, llega la cuarta, “la mejor porquera” del *koljoz*, a quien con profunda emoción el director del *koljoz* entrega “las obras completas de nuestro querido camarada Stalin”. Silencio y asombro. Entonces se escucha una voz desde atrás: “¡Justo lo que esa perra se merece!”.[658]

Hubo muchos chistes sobre la represión y el terror, los dos innombrables de la sociedad soviética. Los dos siguientes se convirtieron en clásicos de esa tradición:

> 1937. Es de noche. Llaman a la puerta. El esposo va a atender. Regresa y dice: “No te preocupes, querida; son bandidos que vienen a robarnos”.
>
> –¿Por qué te arrestaron?
> –Por charlatán: conté algunos chistes. ¿Y a ti?
> –Por perezoso. Oí un chiste y pensé: “Mañana lo contaré”, pero un camarada no perdió el tiempo”.[659]

Algunos chistes resaltaban la impotencia de los ciudadanos soviéticos para protegerse contra la violencia estatal; otros convertían el cliché que contrastaba el presente feliz con el pasado miserable, o subvertían las imágenes soviéticas de heroísmo y dedicación. En un chiste

> llevan a un obrero a lo alto del muro del Kremlin, donde le piden que demuestre su devoción al sistema soviético y salte a lo que parece una muerte segura. El obrero salta sin vacilar… Lo atrapa una red preparada para la emergencia y lo felicitan por su devoción. Uno de los testigos de la escena le pregunta al obrero por qué saltó con tanta determinación y recibe una respuesta cargada de decepción: "Oh, al diablo con la vida que llevamos". [660]

Arrebatos como el de arriba –breves estallidos públicos de ira cuando el individuo deja de lado las precauciones e inhibiciones normales– también eran usuales en la vida real. Esto sin duda estaba relacionado con el malestar excepcional y las tensiones habituales de la vida cotidiana, pero también puede haber sido una reacción contra las restricciones asociadas con la vigilancia. Hubo noticias de un arrebato en la vida real, ocurrido en una reunión en un pueblo acerca del eterno tema preferido de los propagandistas soviéticos: la situación internacional y el peligro de guerra. Un miembro de la audiencia, que había oído esto demasiadas veces, "saltó del asiento y, trémulo de ira, gritó: '¡Al diablo con esta vida! ¡Que haya guerra! ¡Cuanto antes mejor! ¡Seré el primero en ir!'". Otro arrebato similar se desencadenó en una fábrica durante un debate sobre la nueva Constitución cuando alguien mencionó el lema de Stalin "La vida ha mejorado".

> Cuando la conversación se centró en que la vida ha mejorado, en que se ha vuelto más alegre, [un obrero] arrojó el folleto del proyecto de Constitución al suelo y comenzó a pisotearlo al grito de: "Al diablo con su Constitución; no me ha dado nada. […] Estoy pasando hambre. […] Toda mi familia pasa hambre. […] Empecé a vivir peor. […] Era mejor antes".[661]

Muchas veces los arrebatos públicos estaban asociados con la ebriedad, que servía como excusa parcial para el comportamiento escandaloso en términos soviéticos, aunque no necesariamente salvaba al infractor del castigo. El deseo de burlarse de las autoridades y desafiarlas era por demás evidente. Uno de los encuestados para el proyecto de Harvard relató el

siguiente episodio: “En Stalingrado tenía un amigo que andaba borracho por la calle. Vio a un hombre que parecía un trabajador del partido, lo empujó y dijo: ‘No tengo tiempo porque debo cumplir con el plan quinquenal’. Lo arrestaron y lo condenaron a tres años de cárcel por haberse burlado del plan quinquenal”. Un informe oficial sobre el estado de ánimo popular durante las elecciones de 1937 incluía la historia de un ciudadano “muy ebrio” en una cabina electoral en Moscú, que anunció: “Solo votaré por el camarada Ezhov [jefe del NKVD], no por el resto. Arréstenme si quieren; solo votaré por Ezhov, y Gudov [el trabajador estajanovista que era candidato oficial para ese distrito] no me satisface”.[662]

Las cartas anónimas a las autoridades cargadas de injurias e insultos contra el régimen expresaban la misma ira contenida que los arrebatos. Dado que el anonimato era un mejor camuflaje que la ebriedad, no representaban tanto peligro como los arrebatos públicos. Sin embargo, escribir ese tipo de cartas tampoco era un pasatiempo libre de riesgo porque el NKVD rastreaba a sus autores, a menudo con éxito. Los autores eran conscientes al respecto, ya que algunas cartas anónimas desafiaban al NKVD a identificarlos.[663] Otras incluían amenazas directas, como cuando el “Comité para la Salvación del Pueblo” le advirtió a Zhdanov que tanto él como otros líderes debían cuidarse si no querían seguir el camino de Kírov, o cuando un individuo anónimo advirtió que, si los precios no bajaban, el resto de los líderes compartirían el funesto destino de Kírov. A veces las amenazas estaban veladas, como en las cartas que advertían que las decisiones políticas soviéticas conducirían de manera inexorable a levantamientos, revolución y guerra civil.[664]

Los insultos étnicos, en especial pero no únicamente los antisemitas, eran comunes en las cartas anónimas. Esa era una indudable expresión de prejuicios profundamente arraigados en la sociedad rusa, pero también violaba un fuerte tabú soviético del período de preguerra contra su expresión, lo que otorgaba un condimento adicional a las misivas. A menudo, las cartas anónimas señalaban que los judíos –mejor dicho, los judíos, los georgianos y los armenios– comandaban el país. “Nosotros, desafortunados ciudadanos de un país judío-armenio”, comenzaba una carta anónima enviada a *Pravda* para protestar por el cierre de las iglesias. La revolución rusa fue dirigida por judíos, se afirmaba en otra, y los judíos quieren gobernar el mundo. “¿Quién necesita el internacionalismo? Solo los judíos”. Los autores de estas cartas anónimas acusaban al régimen de estar

dominado por los judíos, y acusaban a sus miembros no judíos, como Stalin y Kírov, de haberse vendido a los judíos. La nacionalidad de Stalin tampoco se pasaba por alto: una carta anónima se burlaba de él y lo llamaba “el príncipe caucásico Stalin”.[665]

Un autor expresó sus sentimientos antisemitas en versos que instaban al lector a recordar que la URSS era

> Un país sin derechos ni ley,
> De víctimas inocentes e impunes verdugos.
> Un país donde el esclavo y el espía reinan
> Y los judíos triunfan sobre la santidad de la idea.

Estos versos eran parte de una carta anónima dirigida a Otto Schmidt, jefe del ente a cargo de la exploración ártica, y su principal objetivo era burlarse del publicitado accidente de uno de los vuelos al Ártico soviético. “Ningún anuncio judío ayudó. En lugar de eso, su famoso avión San Francisco, hecho en fábricas soviéticas ‘afamadas’ y con materiales soviéticos, es decir, basura, se estrelló vergonzosamente contra las rocas”.[666]

El riesgo de escribir una carta injuriosa aumentaba si la comunicación anónima se pasaba como nota a un orador oficial en una reunión. Aun así, esas cosas sucedían. Mólotov leyó una de estas notas, recibida después de su discurso en una conferencia del partido en Moscú en 1929:

> ¡Camarada Mólotov! Usted habla a los gritos de la autocrítica, pero […] si alguien criticara la dictadura de Stalin y su grupo, mañana mismo volaría expulsado de su cargo, de su trabajo, al diablo, directo a prisión y más. (*Ruido*) No crea que la gente lo sigue y lo vota en forma unánime. Muchos están en su contra, pero temen perder un mendrugo de pan y sus privilegios. Créame, todos los campesinos están en su contra. ¡Viva el leninismo! ¡Abajo la dictadura estalinista![667]

* * *

La vigilancia no era una actividad cien por ciento unilateral. El hecho de que el régimen reuniera información sobre la ciudadanía creó un canal de comunicación para la opinión popular. Pero la vigilancia tenía dos caras también en otro sentido. Los ciudadanos ponían en práctica su propia forma de vigilancia al régimen, en especial cuando intentaban descifrar sus pronunciamientos públicos para averiguar lo que realmente sucedía. Los periódicos y otros textos oficiales –incluso los formularios del censo– eran sometidos rutinariamente a un escrutinio atento, no solo por parte de los intelectuales, sino también, al parecer, por gran parte de la población lectora, incluidos los campesinos.[668] Por lo tanto, los vigilantes eran a su vez vigilados.

El escepticismo sobre la fiabilidad de lo que publicaban los periódicos (como expresa el chiste de que no había verdad en *Pravda* –que significa "verdad"– ni noticias en *Izvestiia* –que significa "noticias"–) estaba muy extendido. La reacción "Es todo mentira" era habitual; por ejemplo: "Los estajanovistas en realidad no existen; eso solo aparece en el periódico, pero no existe en la vida. Es todo inventado". Sin embargo, la mayoría de los lectores de periódicos, pese a desconfiar de la prensa, suponía que parte de lo que aparecía escrito tenía alguna relación con la realidad. Un encuestado del proyecto de Harvard, trabajador calificado con educación secundaria, comentó que no creía el alarde de la prensa soviética sobre los logros económicos, pero sí los artículos que describían "el desorden, el incumplimiento y el deterioro de la producción". Si la prensa publicaba el rechazo de la TASS, agencia soviética de noticias internacionales, de un informe extranjero, ese trabajador lo creía porque "Si niegan algo, debe haber [algo allí]".[669]

La lectura esópica estaba tan profundamente arraigada en la cultura rusa/soviética como la escritura esópica, y era practicada por una comunidad tanto más extendida. Algunos periodistas y políticos escribían sus textos para una lectura esópica con la intención de transmitir un mensaje que los censores o el Politburó probablemente bloquearían. Pero ese no era un prerrequisito para la lectura esópica: los lectores soviéticos hacían lo imposible por discernir el significado oculto detrás de textos que no se habían escrito con la intención de comunicar algo más allá de su valor nominal. El lector esópico utilizaba sus habilidades para tratar de entender lo que sucedía en la escena internacional, en la Unión Soviética, e incluso en el Politburó. Buscaba pistas y subtextos para adivinar qué querían decir

esas “señales”, a menudo ocultas, que bajaban desde lo alto. Si bien daba por sentado que el régimen intentaba engañarlo, también presuponía que existía una posibilidad de leer más allá del simulacro y alcanzar algún tipo de verdad.

Como ejemplo de eso, debemos volver a los sumarios del NKVD sobre el estado de ánimo popular ya analizados en este capítulo. Aquí hay un verdadero patrón de espejos, puesto que las imágenes presentadas por el NKVD sobre la opinión popular proyectan las imágenes del comportamiento del régimen y sus intenciones en el discurso popular. Cuando el NKVD recopiló datos sobre las reacciones populares al asesinato de Kírov, por ejemplo, estos incluían especulaciones sobre quién lo había cometido, por qué y qué significaba; en otras palabras, los intentos de los ciudadanos por descifrar e interpretar los anuncios públicos sobre el asesinato. “Tal vez él [Kírov] se embriagó y se pegó un tiro”, sugerían algunos. Quizá fue parte de una lucha de poder burocrático en la que Kírov y Nikolaiev [el asesino] se encontraban en diferentes bandos. A lo mejor fue consecuencia del fin del racionamiento (que ocurrió a pocas semanas del asesinato), ya que “la posición de los trabajadores no mejoró y eso los enojó; después de todo, Nikolaiev venía de la clase obrera”.[670]

Todas estas especulaciones contradecían la versión oficial de que detrás de ese hecho estaban los opositores y algunos comentarios lo dejaron bien en claro. Entonces, ¿quién estaba detrás del asesinato? Hubo quienes sugerían que “Kírov fue asesinado por orden de Stalin”, aunque esta especulación parece haber sido menos extendida en el momento de lo que sería posteriormente, en el período de Jruschev, cuando las historias de la culpabilidad de Stalin se convirtieron en elemento básico de la tradición moscovita. Era más común la teoría, menos específica, de que el asesinato estaba relacionado con las altas esferas políticas: “Los de arriba se fusilan entre ellos, y los de abajo piden orden”, expresó un comentario.[671]

El censo de población de 1937 provocó una retahíla de especulaciones populares sobre las intenciones del régimen y el significado de ciertas preguntas incluidas en el cuestionario. Según los informes del NKVD, la gente decía que la realización del censo significaba que la guerra y el reclutamiento militar eran inminentes: su propósito era “identificar a los jóvenes y enviarlos a la guerra”. El censo de 1937 fue el único censo soviético que incluyó una pregunta sobre religión.[672] Esto generó un enorme debate, ya que esta pregunta inesperada podía leerse como una

amenaza o como una promesa. ¿El propósito del censo era “identificar a los creyentes con el fin de reprimirlos”? Había gente que hablaba de la posibilidad de una matanza de creyentes –una “masacre de San Bartolomé”– y señalaba que no “por casualidad” el censo se había realizado “la noche del 7 de enero, es decir, el cumpleaños de Cristo”. Otros creían que la pregunta ofrecía una oportunidad para que los creyentes mostraran cuántos eran y obligaran al régimen soviético a cambiar su política en cuestiones de religión. Algunos pensaban que un porcentaje elevado de “votos” a favor de la religión conduciría a la libertad religiosa, y especulaban que la pregunta había sido incluida por insistencia de la Liga de las Naciones o de potencias extranjeras.[673]

El ejemplo último de la decodificación popular corresponde a los tensos meses de principios de 1937, en el comienzo de las grandes purgas. Cuando a principios de febrero un popular miembro del Politburó, Sergó Ordzhonikidze, murió repentinamente (por mano propia, en opinión de la mayoría de los historiadores), la versión oficial fue que murió de una “parálisis del corazón”. Pero la muerte ocurrió pocas semanas después de que uno de sus oficiales, Iuri Piatakov, fuera acusado de traición y sabotaje en la segunda farsa de juicio de Moscú, y posteriormente condenado y ejecutado.[674] Si bien los avisos del obituario de Ordzhonikidze eran elogiosos y extensos, había cierto elemento de confusión y desorden que seguramente alertó a los lectores esópicos. Tal como señaló el NKVD en su informe sobre la reacción popular ante la muerte de Ordzhonikidze, “gran parte de las fuentes reflejan los comentarios de elementos no soviéticos y filisteos que vinculan la muerte del camarada Ordzhonikidze con las ‘cosas desagradables’ y las ‘conmociones morales’” relacionadas con el juicio de Piatakov.[675]

Varios comentarios citados indicaban que el tono del anuncio hacía que las personas sospecharan. ¿Acaso Ordzhonikidze fue víctima del terrorismo? ¿Se suicidó? ¿Lo envenenaron los hombres de Piatakov o algún desconocido? ¿Murió a causa de la preocupación por el juicio de Piatakov? (El asesinato por orden de Stalin no fue una de las especulaciones informadas por el NKVD, a diferencia de lo ocurrido en el caso de Kírov; este rumor, aún presente en el período posterior a Stalin, evidentemente se generó después). Mucha gente creía que la muerte de Ordzhonikidze anunciaba más represión. “Aquel que sobreviva a 1937 será un hombre feliz”, dijo un trabajador que pertenecía a una secta religiosa. “Eso está

escrito en la Biblia. Están destruyendo a todos los gobernantes rojos, y luego gobernará el zar Mijaíl”. Este no fue el único comentario que anticipaba más muertes de líderes políticos. “Ahora es el turno de otros líderes, es el turno de Stalin”. Tal como la población interpretó las señales a principios de 1937, se avecinaban nuevas “épocas conflictivas”.[676]

---

[585] Para una valiosa descripción comparativa de la vigilancia y las encuestas de opinión de la primera mitad del siglo XX, véase Peter Holquist, “‘Information is the Alpha and Omega of our Work:’ Bolshevik Surveillance in its Pan-European Context”, *JMH*, 69 (3), 1997.

[586] Los resúmenes regulares de la opinión pública (*svodki o nastroenii naseleniia*) son similares a los *Stimmungsberichte* reunidos con regularidad por el régimen nazi en Alemania: véase Ian Kershaw, *Public Opinion and Political Dissent in the Third Reich*, Óxford, 1984, pp. 7-8.

[587] Jan. T. Gross, “A Note on the Nature of Soviet Totalitarianism”, *Soviet Studies*, n. 34, julio de 1982, p. 3, y véase Fitzpatrick, *Accusatory Practices*, p. 117.

[588] Sobre los corresponsales rurales (*sel’kory*), véase Steven Robert Coe, “Peasants, the State, and the Languages of NEP: The Rural Correspondents Movement in the Soviet Union, 1924-1928”, tesis doctoral, Universidad de Michigan, 1993, y Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, pp. 246-259; sobre la respuesta de Stalin a Gorki, véase Stalin, *Soch.*, XII, pp. 173-177.

[589] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1839, ll. 8-11, 24-26 (informe del NKVD de Leningrado, 1936).

[590] Ibíd., d. 1841, l. 24, y d. 1839, l. 263 (1936).

[591] Ocasionalmente aparece el nombre de alguno de estos informantes en los archivos, por ejemplo, “L” (nombre completo en el expediente), identificado como “escritor”, que trabajaba para la policía con el alias “Filósofo” (RTsJIDNI, f. 17, op. 125, d. 235, l. 10).

[592] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1839, ll. 286-288 (1936).

[593] Ibíd., ll. 272-273 (1936). Etnias = *natsionaly*.

[594] RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 975 (1936); d. 994 (1938); d. 994 (1937); d. 983 (1937); d. 995 (1938). La decisión del Politburó resultó atinada, ya que Goldshtein y Kozolupova obtuvieron el cuarto y quinto puesto, respectivamente, y David Oistraj ganó el primer premio: *Kul’turnaia zhizn’*, p. 558.

[595] RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 975 (1936), y d. 984, l. 18 (1937).

[596] GARF, f. 3316, op. 2, d. 1300.

[597] RTsJIDNI, f. 17, op. 3, d. 958, l. 33 (1935); d. 978, l. 13 (1936).

[598] GARF, f. 3316, op. 16a, d. 446, ll. 36, 163, 166-167, 170.

[599] Ibíd., ll. 215-216; l. 6.

[600] Ibíd., l. 190.

[601] RGAE, f. 7486, op. 37, d. 237, 224-223 (*svodki* de la OGPU, 1932).

[602] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 3553, l. 62; GARF, f. 8131, op. 27, d. 165, l. 146. Sobre las reacciones a las leyes laborales, véanse también Davies, *Popular Opinion*, pp. 44-47, y Filtzer, *Soviet Workers*, pp. 233-253.

[603] RGVA, f. 9, op. 36, d. 4222, ll. 362-363; SA, WKP 415, 36, 22. Sobre la *chastushka* “Mataron a Kírov”, véanse también Fitzpatrick, *Stalin’s Peasants*, pp. 291-292, y Davies, *Popular Opinion*, pp. 176-177.

[604] Véase Lenoe, “Soviet Mass Journalism”, pp. 217-218.

[605] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1839, ll. 57-59; Davies, *Popular Opinion*, pp. 96-97; TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1860, l. 267.

[606] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2064, ll. 41-46.
[607] Íd. (*svodki* del NKVD, 1936); ibíd., d. 1860, l. 184; GARF, f. 3316, op. 64, d. 1854, l. 210 (*svodki* del TsIK, 1937).
[608] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 772, ll. 1-16; ibíd., d. 2486, ll. 182-183.
[609] Ibíd., d. 772, ll. 8, p. 4.
[610] Ibíd., d. 2064, ll. 24-28 (informe del Osobyi otdel del *obkom*, 1936). Para dar el debido crédito al NKVD de Leningrado, cabe mencionar que Dudkin Jr. no fue castigado por este juego. No obstante, su padre recibió una severa reprimenda del partido por no disciplinar al hijo.
[611] Para estadísticas, véase *Itogi desiatiletiia sovetskoi vlasti v tsifraj 1917-1927*, Moscú, 1927, p. 117; sobre el debate, véase *Upadochnoe nastroenie sredi molodezhi: Eseninshchina*, Moscú, 1927; sobre los suicidios del Ejército Rojo en la década de 1930, véanse los informes de la administración política del Ejército (PUR) a propósito del “talante político y comportamiento amoral en [sus] unidades”, Rossiiskii gosudarstvennyi voennyi arjiv (RGVA), f. 9, op. 36.
[612] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1852, ll. 180-184; ibíd., d. 727, ll. 184-186; ibíd., d. 1852, l. 184. Pérdida de reputación = *diskreditatsiia pered obshchestvennost’iu*; humillación pública = *publichnoe oskorblenie*.
[613] GARF, f. 8131, op. 27, d. 72, ll. 26-27.
[614] *Krest’ianskaia gazeta*, 2 de abril de 1936; GANO, f. 47, op. 5, d. 192, ll. 2-3. Sobre un caso “viceversa”, véase arriba, cap. 5.
[615] Citas de TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 727, l. 184 (1936); RTsJIDNI, f. 5, op. 4, d. 1, l. 34 (1937).
[616] Soloviev, “Tetradi”, pp. 160-161.
[617] RGVA, f. 9, op. 29, d. 143, ll. 81-123 (investigación de 1932).
[618] *Pravda*, 2 de septiembre de 1937, p. 6; ibíd., 1º de junio de 1937, p. 6. Véase también Khlevniuk, *1937-i*, pp. 196-207.
[619] Cit. en Getty, “Afraid of Their Shadows”, apéndice 10, en Hildermeier, *Stalinismus*, p. 185. Sobre Furer, véase también Khlevniuk, *1937-i*, pp. 199-200.
[620] Véase Fitzpatrick, “Supplicants and Citizens”.
[621] V. Markovich, en *Izv*., 29 de mayo de 1934, p. 2. Véase también Lev Sosnovskii, ibíd., 5 de mayo de 1936, p. 4.
[622] Vech. Mosk., 20 de noviembre de 1935, p. 1 (Kalinin); Vopr. ist., 1995, n. 11-12, p. 6 (Jataevich); TsGAIPD, f. 24, op. 2g, d. 46, l. 13 (Zhdanov). Agradezco a Terry Martin por hacerme notar el comentario de Jataevich.
[623] Osokina, “Krizis snabzheniia”, p. 4.
[624] J. Zawodny, “Twenty-Six Interviews”, cita de los archivos de la Hoover Institution en Stephen Kotkin, “Coercion and Identity: Workers’ Lives in Stalin’s Showcase City”, en Siegelbaum, *Making Workers Soviet*, p. 308.
[625] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1554, ll. 226-239. Zhdanov recibió 199 cartas colectivas en 1935.
[626] GARF f. 5446, op. 82, d. 112, ll. 276-277 (1939); f. 5446, op. 82, d. 51, l. 276 (1936); TsGA IPD, f. 24, op. 2v, d. 1514, l. 37 (1935).
[627] TsGAIPD, f. 24, op. 1b, d. 449, l. 68 (1932); op. 2v, d. 47, ll. 147-149 (1937); op. 2v, d. 48, ll. 219-220 (1937).
[628] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1839, l. 100 (1936).
[629] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 727, ll. 255-257 (carta del 4 de diciembre de 1932; los comentarios de Stalin datan del 21 de diciembre de 1932). Nótese que el miedo no era lo único que motivaba a reenviar cartas privadas, como probablemente ocurrió en este caso. A veces los individuos reenviaban quejas sobre abusos locales que creían que las autoridades debían

conocer: por ejemplo la carta de un maestro rural sobre abusos de un *koljoz* que fue reenviada por su destinatario, un ex *sel'kor,* al *kraikom* de Siberia Occidental (PANO, f. 3, op. 9, d. 952, ll. 211-212). Sobre el escrutinio, véanse V. S. Izmozik, *Glaza i ushi rezhima*, San Petersburgo, 1995, y "Voices from the Twenties: Private Correspondence Intercepted by the OGPU", *Rus. Rev.*, 55(2), 1996.

[630] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1839, l. 100; ibíd., d. 2487, l. 8; ibíd., l. 89; ibíd., l. 90. Las cartas interceptadas se conocen con el eufemismo *grazhdanskie dokumenty*.

[631] J. Arch Getty, "State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s", *Slav. Rev*., 50:(1), 1991, pp. 18-35.

[632] Véase, por ejemplo, GARF, f. 3316, op. 40, d. 14 (1936).

[633] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1857, l. 7 (Leningrado); *Neizvestnaia Rossiia*, II, Moscú, 1992, p. 274 (Ivánovo).

[634] GARF, f. 3316, op. 40, d. 14, ll. 32-33. Sobre la fuerza de las opiniones a favor de la discriminación, véanse Getty, "State and Society", pp. 26-27, y Sarah Davies, *Popular Opinion*, p. 105.

[635] GARF, f. 3316, op. 40, d. 14, l. 54. Sobre los emprendimientos rurales para la reapertura de las iglesias, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 212-213; sobre peticiones rurales, véase Davies, *Popular Opinion*, pp. 78-79.

[636] Davies, *Popular Opinion*, pp. 46, 103-108; *Kr. pr*., 6 de septiembre de 1936, p. 3 (el destacado me pertenece).

[637] "Konstitutsiia (Osnovnoi zakon) SSSR.", en *Istoriia sovetskoi konstitutsii*, p. 357.

[638] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1860, l. 8.

[639] Ibíd., ll. 5, p. 8; *Neizvestnaia Rossiia*, II, p. 279. El art. 10 garantizaba "el derecho a la propiedad privada de los ciudadanos" (*lichnoi sobstvennosti grazhdan*) en relación con sus ganancias laborales y sus ahorros, el hogar (*zhiloi dom*) y el escenario doméstico complementario, los artículos de la casa y los objetos de uso personal y conveniencia, así como el derecho de sucesión de dicha propiedad privada.

[640] TSGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1860, l. 11; *Neizvestnaia Rossiia*, II, p. 278 (el destacado me pertenece). El art. 12 de la Constitución establece que es "obligación y honra de cada ciudadano trabajar, bajo el principio de 'quien no trabaja no come'" ("Konstitutsiia", p. 346).

[641] *Neizvestnaia Rossiia*, II, p. 275. Sobre la expresión de quejas por parte de los campesinos en la discusión de la Constitución, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 148-151.

[642] Véanse recomendaciones en SA, WKP 191, 32 (1935). El parlamento nacional se llamó TsIK hasta 1937 y Sóviet Supremo a partir de ese momento.

[643] *Intimacy*, p. 206.

[644] GARF, f. 1235, op. 141, d. 147, ll. 1-4, 15 (1929).

[645] Ibíd., ll. 1-3, 8, 11.

[646] *Intimacy and Terror*, p. 206 (Shtange). Sobre el giro radical, véanse Getty, "State and Society", pp. 31-32, y Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 280-285.

[647] GARF, f. 3316, op. 64, d. 1854, l. 220 (1937).

[648] Ibíd., l. 227. Esta no fue la única objeción "étnica" reportada. Los votantes de Komi también se quejaron de que les habían impuesto un candidato ruso (l. 232).

[649] Davies, *Popular Opinion*, pp. 111-112.

[650] Sobre los rumores, véanse Anand A. Yang, "A Conversation of Rumors: The Language of Popular Mentalités in 19th-Century Colonial India", *Journal of Social History*, 21 (primavera de 1987); Lynne Viola, "The Peasant Nightmare: Visions of Apocalypse in the Soviet Countryside", *JMH*, 62(4), (1990); y Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 45-47, 67-69, 75-76, 286-296. Sobre el rumor de Kírov y el racionamiento, véase Lesley A. Rimmell, "Another Kind of Fear: 56(3), 1997. The Kirov Murder and the End of Bread Rationing in Leningrad", *Slav. Rev*.

[651] A. G. Man'kov, "Iz dnevnika riadovogo cheloveka (1933-1941)", *Zvezda*, 1994, n. 5, p. 151; HP, #518 (XXVI), p. 54; #524 (XXVII), p. 48; #517 (XXVI), p. 40.
[652] Véase Arlette Farge, *Subversive Words. Public Opinion in Eighteenth-Century France*, trad. Rosemary Morris, University Park, Pa., 1994.
[653] W. H. Chamberlin, "The 'Anecdote': Unrationed Soviet Humor", *Rus. Rev.*, 16(1), 1957), p. 33; Stites, *Mass Culture*, p. 213. Sobre los chistes (*anekdoty*), véase también Robert W. Thurston, "Social Dimensions of Stalinist Rule: Humor and Terror in the USSR, 1935-1941", *Journal of Social History*, 24(3), 1991.
[654] Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, p. 69; Davies, *Popular Opinion*, p. 176; Man'kov, "Iz dnevnika riadovogo cheloveka", p. 151.
[655] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 336, ll. 28, 29, 56, 88 (lista de remociones realizadas por la Glavlit, 10 de mayo de 1939); RTsJIDNI, f. 17, op. 120, d. 106, l. 49 (1933).
[656] SA, WKP 415, 36.
[657] SA, WKP 415, 22 (1935); J. Kuromiia (H. Kuromiya), "Stalinskaia 'revoliutsiia sverju' i narod", *Svobodnaia mysl'*, 1992, n. 2, p. 95. Sobre las *chastushki*, véase también Davies, *Popular Opinion*, pp. 51-52, 175-177 y *passim*.
[658] Inkeles, *Soviet Citizen*, p. 70 (paráfrasis del chiste que contó un encuestado del proyecto de Harvard); Stites, *Mass Culture*, p. 284 (paráfrasis).
[659] Iuri Borev, *Istoriia gosudarstva sovetskogo v predaniiaj i anekdotaj*, Moscú, 1995, p. 84. Una variante del primer chiste, atribuida al período de la NEP, consta en Von Geldern, *Mass Culture*, p. 120.
[660] Chamberlin, "'Anecdote'", p. 33. Para un clásico chiste soviético sobre la impotencia de los ciudadanos, véase el inicio de las Conclusiones del presente libro.
[661] SA, WKP 320, 240 (NKVD report, 1937); TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2064, l. 6 (informe del NKVD, 1936). Agradezco a Vladímir A. Kozlov por haberme señalado que los arrebatos son un comportamiento característico de los soviéticos: véase V. A. Kozlov y S. V. Mironenko (comps.), "Kramola: Inakomyslie v SSSR pri Jruscheve i Brezhneve, 1953-1982 gg.", ms.
[662] HP, #523 (XXVII), pp. 13-14; GARF, f. 3316, op. 64, d. 1854, l. 244.
[663] Véase Fitzpatrick, "Signals from Below", en Fitzpatrick, *Accusatory Practices*, p. 111.
[664] Ejemplos en TsGAIPD f. 24, op. 2v, d. 1518, ll. 1, 14 (1935); ibíd., d. 727, l. 367 (1934); GANO, f. 47, op. 5, d. 206, l. 148 (1936).
[665] GARF, f. 3316, op. 16a, d. 446, l. 216 (1930); f. 3316, op. 16a, d. 446, l. 100 (también de 1930); TsGA IPD f. 24, op. 2v, d. 1518, l. 9; d. 7272 l. 367 (1934); d. 1518, l. 9 (los dos últimos, de 1934).
[666] RTsJIDNI, f. 475, op. 1, d. 2, l. 79 (1935).
[667] *Pervaia moskovskaia oblastnaia konferentsiia Vsesoiuznoi Kommunisticheskoi. Partii (bol'shevikov). Stenograficheskii otchet*, 1, Moscú, 1929, pp. 173-174 (leído por Mólotov en sus observaciones finales).
[668] Sobre la decodificación de los campesinos, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 287-296.
[669] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1829, l. 64 (1936); HP, #415 (XX), p. 42.
[670] RGVA, f. 9, op. 36, d. 4222, ll. 362-363; SA, WKP 415, 4, 36.
[671] *Krasnyi Krym*, 3 de enero de 1935, p. 1 (reporte de la negación de los comunistas a admitir que los opositores habían asesinado a Kírov); RGVA, f. 9, op. 36, d. 4222, l. 607; Davies, *Popular Opinion*, p. 116; SA, WKP 415, 36. Véase también Rimmell, "Another Kind of Fear".
[672] La pregunta 5 del cuestionario censal era "Religión", después de "Sexo", "Edad", "Nacionalidad" y "Lengua materna": *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia v 1939 g. Perepisi naseleniia. Al'bom nagliadnyj posobii*, Moscú, 1938, p. 25. En este caso, el 57% de la

población de 16 años o más se identificó como creyente de alguna confesión religiosa y solo el 43% se identificó como "no creyente": Poliakov, "Polveka molchaniia", p. 69.

[673] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2486, ll. 36-38 (1937).

[674] El juicio de Piatakov comenzó el 23 de enero. El 1º de febrero Piatakov y otros fueron condenados a muerte y fusilados (*Pravda*, 24 de enero de 1937, primera plana; 2 de febrero de 1937, p. 2). El anuncio de la muerte de Ordzhonikidze se publicó en *Pravda*, 19 de febrero de 1937, p. 1.

[675] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2487, ll. 141-146.

[676] Ibíd., ll. 141-460.

8. Un período tumultuoso

> Se sabe que ahora encarcelan a la gente por nada.
> **Comentario de un funcionario local, 1938**

“Vigilancia” significa que la población es observada; “terror” significa que, de manera impredecible pero masiva, sus miembros son sometidos a arrestos, ejecuciones y otras formas de violencia de Estado. Una sociedad bajo vigilancia no tiene por qué ser una sociedad bajo terror: por ejemplo, la República Democrática Alemana de las décadas de 1970 y 1980 estaba relativamente libre de terror, pese a que la observaba el Stasi, ese excelente aprendiz del NKVD, con un empeño sin igual en la historia de la seguridad de Estado.[677] Pero existe una relación obvia entre la vigilancia y el terror; ambos utilizan las mismas instituciones y muchos procedimientos similares. En la Unión Soviética, donde las olas de terror contra distintos grupos de la población empezaron con la guerra civil y ocurrieron en forma periódica desde entonces y a lo largo del período de preguerra, la relación entre vigilancia y terror era particularmente estrecha. La vigilancia era un recordatorio diario de la posibilidad del terror.

Los instrumentos del Estado son los que llevan a cabo la vigilancia y organizan el terror. En el lenguaje popular soviético, son cosas que “ellos” nos hacen a “nosotros”. Es muy importante entender cómo percibían los ciudadanos soviéticos estos procesos, pero también comprender que este análisis resulta insatisfactorio. En una sociedad con casi un millón de funcionarios, que iban desde figuras poderosas hasta insignificantes burócratas asolados por la pobreza en el campo, ¿dónde está el límite entre “ellos” y “nosotros”? Además, si “ellos” son las personas con acceso al poder del Estado por obra de sus cargos públicos, ¿cómo entender un terror como el de las grandes purgas, en el que los funcionarios fueron las víctimas preferenciales, en términos de “ellos” contra “nosotros”?

Para una sociedad, vivenciar el terror es algo más complejo que el sufrimiento de las víctimas y sus familias y el miedo del resto de la población a convertirse en víctimas. La experiencia social del terror implica victimizar y ser victimizado, infligir violencia y padecerla. Lo mismo ocurre en la experiencia individual del terror: incluso quienes nunca denunciaron de manera voluntaria a sus conciudadanos durante las grandes purgas, no defendieron a sus amistades cuando estas fueron humilladas públicamente, cortaron cualquier tipo de contacto con las familias de los "enemigos del pueblo" y en varios sentidos fueron partícipes en el proceso de terror. Una de las funciones más útiles de la estructura "ellos" y "nosotros" para los ciudadanos soviéticos –y una de las principales razones por la que los historiadores deberían encarar la cuestión con cautela– fue ocultar este hecho atroz.

Hubo varias olas de terror, para usar la imagen de Solzhenitsyn, y cada una arrastró a víctimas de diferentes grupos a la prisión y al Gulag. A finales de la década de 1920 y principios de los años treinta las principales víctimas eran los *kulakí,* los *nepmen,* los sacerdotes y, en menor medida, los "especialistas burgueses". En 1935, después del asesinato de Kírov, lo sufrieron los habitantes de Leningrado, en especial los miembros de las viejas clases privilegiadas y los exopositores al Partido Comunista y al Komsomol. Luego llegaron las grandes purgas, enfocadas especialmente en la élite comunista, que hasta entonces no había sido elegida como blanco, y en los intelectuales y los "sospechosos de siempre" como los *kulakí* y los "expersonas".

El tema de este capítulo es una ola específica de terror: las grandes purgas de 1937-1938. Este fue el episodio por excelencia del terror estalinista, un momento histórico que cristalizó y al mismo tiempo reconfiguró la experiencia acumulada del terror de las dos décadas anteriores. El terror ante enemigos de distinto tipo era una presencia conocida, aunque intermitente, en la vida soviética. Pero hasta el momento de las grandes purgas la palabra "enemigos" aparecía entre paréntesis junto a las palabras "de clase". La noción de "enemigos de clase" implicaba que en la sociedad soviética había ciertas categorías fijas de personas destinadas a ser víctimas del terror: los *kulakí*, los sacerdotes, los "expersonas" de las viejas clases privilegiadas privados de sus derechos civiles y otras semejantes. Parecía implicar también que quienes no pertenecían a esas categorías no eran vulnerables al terror, aunque en la práctica pocos ciudadanos soviéticos

habrían confiado a ciegas en esta premisa, ya que sabían lo infinitamente flexibles que podían ser ciertas categorías estigmatizadoras como “*kulak*” y “burgués”.

Las grandes purgas introdujeron una nueva definición del objetivo del terror: “enemigos del pueblo”. En cierto sentido, esta designación en clave indicaba que en dicho terror, a diferencia de los anteriores, la caza de enemigos debía enfocarse de manera específica en la élite comunista. Pero en otro sentido marcaba la destrucción de los límites conceptuales previos del terror. “Enemigos” ya no tenía atributos específicos como clase; cualquiera podía convertirse en enemigo; el terror soviético era aleatorio. Así lo sugiere el epígrafe de este capítulo: “Se sabe que ahora encarcelan a la gente por nada”.[678]

Para las patologías sociales como las grandes purgas no hay explicaciones satisfactorias. Cada individuo sabe que no puede hacer nada, que es una víctima real o potencial. Parece imposible, al menos para las mentes educadas bajo los principios de la Ilustración, que una experiencia tan extraordinaria, tan monstruosamente fuera de lo normal, llegue a darse “por accidente”. Debe haber una razón, según cabría creer, y aun así todo parece irrazonable, sin sentido, al servicio de los intereses racionales de nadie. Dentro de este marco, los rusos modernos instruidos y occidentalizados, miembros de la élite, interpretaban (o malinterpretaban) las grandes purgas. El dilema era tanto más angustiante porque esas mismas personas corrían mayor riesgo en esta ola de terror, y lo sabían.

Para la mayoría de la población rusa, menos instruida y menos occidentalizada, los problemas conceptuales no eran tan graves. El terror de 1937-1938 era una de esas grandes calamidades –como la guerra, la hambruna, las inundaciones y las pestes– que afligen periódicamente a la humanidad y, sin más, tenían que soportarlo. No existe motivo específico para semejantes desgracias (pese a que algunos creyentes siempre dirán que son un castigo para los pecadores) y no hay forma de prevenirlas. Además, lo que ocurrió en 1937-1938 afectó a las clases bajas de la población –incluidos los privados del derecho al voto y los “ajenos”–[679] mucho menos que a las élites. Para los campesinos no tenía punto de comparación con el gran trauma de la década: la colectivización. Para los trabajadores urbanos, el hambre de principios de la década y el posterior endurecimiento punitivo de la disciplina laboral eran superiores en la escala de desgracias.

A comienzos de 1937, tanto los rusos instruidos como aquellos que no habían recibido educación formal notaron indicios de que se avecinaban tiempos de desdicha nacional. La causa próxima más importante de esta percepción fue el fracaso de la cosecha de 1936, que en el invierno y la primavera siguiente produjo hambre en el campo, filas del pan en las ciudades y pánico de que la situación empeorara todavía más, como en 1932-1933. En el campo rondaban rumores de hambruna inminente, revueltas y guerra como había ocurrido durante la colectivización.

Otros factores contribuyeron. Desde el comienzo del primer plan quinquenal y la colectivización, el régimen y la sociedad habían padecido un estrés constante, presionados al máximo por la meta de la industrialización, el desastre de la colectivización y el temor por la situación internacional que había puesto al país en situación de premovilización. Dentro del Partido Comunista, la atmósfera se volvió cada vez más tensa con la reiteración en 1935 y también en 1936 del proceso de purga interna, iniciado entre 1933 y 1934. Luego del asesinato de Kírov, los exopositores se convirtieron en blancos del terror; Zinóviev y Kámenev fueron juzgados dos veces y ejecutados por presunta responsabilidad en 1936. A medida que el partido se purgaba de miembros indeseables, el proceso se tornaba cada vez más despiadado; ya no era cuestión de una mera expulsión, sino que a menudo implicaba el arresto. Casi el 9% de los expulsados en la purga más reciente del partido –un total de más de 15.000– había sido arrestado por espía, *kulak,* miembro del Ejército Blanco o canalla de diverso cuño, según informó Ezhov al Comité Central en diciembre de 1935. Y habría más detenciones. Tal como expresó un orador durante esa misma reunión, no bien los expulsados del partido llegaran a casa empezarían a involucrarse en actividades contrarrevolucionarias: por lo tanto, habría que “fumigarlos para que salieran a la luz” antes de que generaran problemas reales.[680]

El grupo de miembros antiguamente comunistas creció hasta que, a principios de 1937, los líderes del partido señalaron con preocupación que en algunas regiones y empresas la cantidad de *ex*comunistas igualaba o excedía la de afiliados al partido.[681] Se suponía que esas personas eran enemigos, parte de ese grupo en permanente expansión que no solo incluía a todos los que alguna vez se habían opuesto al régimen, sino también a todos los ofendidos por el régimen, para no mencionar al mundo capitalista cuyo “cerco” hostil amenazaba la supervivencia del Estado soviético. La

cultura política soviética no había desarrollado mecanismo eficaz alguno para permitir el regreso de las ovejas descarriadas al redil. La necesidad de estos mecanismos era sabida, o al menos eso podríamos concluir a partir de acciones como la readmisión a exopositores en el partido, la devolución de sus derechos civiles a los *kulakí* deportados y el intento de desestigmatizar a los "ajenos sociales" en la Constitución de 1936. Pero estas medidas rara vez resultaron exitosas durante mucho tiempo: los deportados siguieron atados a sus lugares de exilio, los privados de sus derechos civiles siguieron siendo objeto de discriminación sin importar la Constitución, y casi todos los exopositores fueron expulsados y arrestados como "enemigos del pueblo" pocos años después de su readmisión. El estigma era permanente (e indelebles eran las manchas negras en el registro).

Desde el punto de vista de los comunistas, lo peor de todo era que muchos de estos enemigos –víctimas de los castigos del régimen y la estigmatización– ya no eran fáciles de reconocer porque estaban "enmascarados". Los *kulakí* y sus hijos habían huido a las ciudades para desempeñarse como trabajadores y ocultaban sus antiguas identidades. Los exnobles habían cambiado de nombre y trabajaban como humildes contables. Los exsacerdotes y sus hijos se habían mudado a otras regiones del país y se habían convertido en maestros. Los expulsados de las grandes ciudades durante la emisión de pasaportes habían regresado con pasaportes falsos y se hacían pasar por ciudadanos respetables. Incluso los comunistas expulsados del partido por diferentes negligencias se habían reafiliado con documentación falsa. ¿Acaso no era probable que dentro de esa inmensa comunidad de marginados crecieran las redes y las conspiraciones? ¿Estos enemigos de nuevo tipo no estaban relacionados entre sí, como las antiguas clases privilegiadas, por lazos invisibles de simpatía e injusticias compartidas?

Las sospechas y la mentalidad conspirativa que caracterizaban desde siempre al partido comunista soviético no habían disminuido, como podría esperarse de un partido revolucionario consolidado: el fracaso de la colectivización y la conmoción por el asesinato de Kírov así lo habían demostrado. Tampoco había disminuido el miedo del partido a la desunión ni su intolerancia al disenso; de hecho, habían aumentado y hasta se había silenciado el abierto desacuerdo en las más altas esferas. Pero esto causó problemas: si todos decían estar de acuerdo, ¿cómo saber qué pensaban en

realidad? Habría que reexaminar a los afiliados del partido, alentar las denuncias y aumentar la vigilancia.

El partido siempre había exigido a sus miembros que estuvieran atentos. Pero ahora había una diferencia: no solo debían vigilar a los enemigos externos, sino también a los internos. "Internos" significaba, en primer lugar, dentro del Partido Comunista; pero había un indicio de algo aún más perturbador: la posibilidad de que el enemigo estuviera dentro de uno mismo. "Cada hombre […] siente que, en algún rincón de las profundidades de su alma, hay una pequeña semilla de destrucción", escribe un estudiante con cultura estalinista. El diarista Stepan Podlubnyi, hijo de un campesino deskulakizado, conocía esta sensación de desconfianza y luchaba por borrar la marca de nacimiento que sus orígenes habían dejado. A medida que la autoevaluación colectiva del partido continuó, y se volvió cada vez más desenfrenada, las certezas se disolvieron. Evidentemente, se podía ser un revoltoso sin querer serlo, o incluso sin saberlo. Era posible ponerse una máscara que engañara aún a uno mismo.[682]

El año 1937

Habían surgido rumores desde la muerte de Kírov y las olas de terror localizadas posteriores. La primera de las tres grandes farsas de juicios de Moscú contra exopositores (el juicio a Zinóviev y Kámenev en agosto de 1936) inició una ronda de arrestos de exopositores aunque en una escala bastante pequeña. Los arrestos masivos de la élite comunista y el episodio de la descontrolada caza de brujas que actualmente conocemos como "las grandes purgas" comenzaron en enero de 1937 con el juicio a Iuri Piatakov y otros exlíderes comunistas por destrozos y sabotajes contrarrevolucionarios y la sangrienta reunión plenaria del Comité Central. Pese a haber sucedido casi dos años antes de que amainara el terror y Nikolái Ezhov fuera expulsado de su cargo de líder del NKVD, los ciudadanos soviéticos recordaron durante mucho tiempo el episodio como "el año 1937".

Los tres juicios tuvieron una fuerte semejanza estructural con las farsas de juicios de la revolución cultural, el juicio de Shajti en 1928 y el juicio al Partido Industrial en 1930. La diferencia radicaba en que, en aquel

momento, los demandados habían sido "especialistas burgueses" acusados como representantes de su clase en una campaña contra los antiguos intelectuales. Esta vez los demandados eran funcionarios comunistas de alto rango, recientemente removidos de sus altos cargos. Era fácil inferir que ellos también eran juzgados como representantes de una clase, pero la pregunta era: ¿de cuál? Una respuesta posible sería: de la clase formada por los exopositores. Otra, mucho más inquietante por sus implicaciones, apuntaría a que estaban juzgando a toda la clase gerencial comunista.

La temática del juicio a Piatakov era la asonada, en el sentido del sabotaje intencional a la economía soviética por funcionarios de alto rango que eran enemigos secretos del poder. Iuri Piatakov, uno de los principales acusados, era un expartidario de Trotski que se había retractado a principios de la década de 1930 y tras ser readmitido en el partido, se había convertido en la mano derecha de Sergó Ordzhonikidze en el Ministerio de Industria Pesada. Estaba acusado de "traición a la patria, espionaje, actos de corrupción, actividades nocivas y preparación de atentados terroristas". El fiscal Vyshinski tuvo un desempeño impresionante, al describir con asombroso detalle el terrible esquema de conspiración del exopositor, su maestro "Judas Trotski", y las agencias de inteligencia de Alemania y Japón contra el poder soviético. Eran una "pandilla de bandidos", "asesinos", "aduladores y canallas del capitalismo", afirmó Vyshinski. "Esto no es un partido político. […] Esto no es más que una pandilla de criminales, […] difícil de distinguir de los mafiosos que utilizan garrotes y dagas en la carretera cuando anochece". Temerosa de las masas, "de las que huye como huye el diablo del agua bendita", la pandilla "oculta sus garras brutales y sus colmillos feroces. Sus raíces deben buscarse en los oscuros recovecos de las agencias de espionaje extranjeras que compraron a estas personas, las mantuvieron bajo su ala y les pagaron por su servicio leal y servil".[683] El juicio fue publicado casi palabra por palabra en todos los periódicos nacionales, con grandes titulares, fotografías de los acusados acobardados y, en recuadros destacados, declaraciones de ciudadanos soviéticos indignados que exigían la pena de muerte.

En la sesión plenaria, que comenzó en febrero, Stalin, Mólotov y Ezhov explicaron en detalle el mensaje a un Comité Central aterrado. Sus discursos dejaron claro que la clase acusada en el juicio a Piatakov era la élite gerencial comunista. Según decían, resultaba ser que, en la industria, Piatakov y compañía no eran los únicos saboteadores, quienes se

multiplicaban como hongos en los organismos industriales y de transporte, y no eran percibidos como tales por los comunistas satisfechos que habían olvidado la vigilancia; por si esto fuera poco, no todos eran exopositores. Había enemigos del pueblo en otras ramas del gobierno soviético. Los saboteadores y los traidores ocupaban puestos jerárquicos en las administraciones regionales del partido. (Estas noticias fueron angustiantes para el Comité Central, ya que muchos de sus miembros eran secretarios regionales del partido).[684]

A lo largo de los meses siguientes, los periódicos publicaron un vertiginoso caudal de información sobre los pecados de los principales comunistas del centro y de las regiones. Las noticias se abstenían de afirmar que el sujeto, expuesto como "enemigo del pueblo", había sido arrestado o pronto lo sería, pero eso resultaba obvio para cualquier lector experimentado de la prensa soviética. Las crónicas buscaban despertar la hostilidad latente de los ciudadanos soviéticos contra los privilegios de élite y el ejercicio arbitrario del poder. Los enemigos del pueblo habían practicado el clientelismo y el favoritismo, maltratado a los subordinados y sido groseros con los ciudadanos comunes; también habían propiciado sus propios "cultos de personalidad" y usado fondos del Estado para solventar un lujoso estilo de vida pletórico de banquetes, dachas, autos, artículos importados y ropa cara.

La atmósfera de la época, antielitista y antimandos, puede resumirse en el brindis de Stalin en octubre por "la gente común", cuando recordó que "los líderes van y vienen, pero el pueblo permanece. Solo el pueblo es eterno".[685]

En esta atmósfera densa, las prácticas cotidianas de pronto se cargaron de un significado siniestro. Pensemos en las "familias" de clientes o apadrinados y los contactos que cada figura política central y regional reunía en su entorno. Era natural (la mayoría de las personas, en tiempos normales, habrían concordado) querer rodearse de gente leal, llevar con uno a los tenientes de confianza al cambiar de trabajo, proteger a los propios si algún entrometido de Moscú comenzaba a causarles problemas, cooperar con otros en el ministerio o el partido regional para mostrar los logros de la institución o la región. Pero, alcanzada esa instancia, todas las acciones parecían sospechosas, conspirativas.

Un periódico provincial se hizo un festín con las tendencias clientelistas de G. P. Savenko, director de la planta química local de coque, expuesto

como enemigo del pueblo. Al mudarse a Dnepropetrovsk desde la región del río Donéts, este funcionario había llevado consigo a “su gente”, incluidos enemigos de clase y extrotskistas, a la cual había otorgado todo tipo de ventajas, “mimando a sus hombres de confianza y bribones en todos los aspectos”. Durante más de dos años, 1935 y 1936, Savenko gastó 114.000 rublos de los fondos reservados en beneficios entre cuyos destinatarios figuraban un saboteador desenmascarado, hijo de un oficial cosaco del Ejército Blanco, un antiguo trotskista, hijo de un gran industrial prerrevolucionario expulsado del partido por especular con oro, y demás indeseables. Savenko también gastó dinero del fondo del director para pagar suntuosos banquetes. Este derroche –señaló el periódico– contrastaba con la miserable cantidad destinada a fines culturales, viviendas de trabajadores y otras causas dignas.[686]

“La humildad enaltece al bolchevique”, subrayaba un editorial de *Pravda*. ¡Ay, cuántos líderes habían olvidado esta lección! Un crítico de los líderes ucranianos acusó a Pável Postishev (exjefe de la organización del partido en Kiev) de haber creado un culto a su persona. “La atmósfera ajena al bolchevismo alcanzó su apogeo cuando el camarada Postishev lideraba la organización de Kiev. ‘Las pautas de Postishev’, ‘los lemas de Postishev’, ‘los jardines de infantes de Postishev’, ‘los regalos de Postishev’, etc. Todo comenzaba y terminaba con Postishev”. Los líderes industriales no eran mejores: en la gran metalúrgica de Makéievka (cuyo director, G. V. Gvajariia, fue desenmascarado en su momento como parte de una conspiración trotskista germano-japonesa), un periódico informó que los líderes de la planta, “rodeados de acólitos, empezaron a cantarse loas unos a otros” y “las cosas llegaron al extremo de que, durante el feriado de la revolución, colgaron el retrato de Gvajariia en la entrada de la planta y encabezaron la marcha con su efigie”.[687]

El estilo de vida ostentoso era el blanco de otros artículos. Un periódico de Kazán eligió esta temática para explayarse sobre los líderes recientemente deshonrados de esa ciudad soviética, incluido P. V. Aksenov, expresidente del sóviet y esposo de la posterior biógrafa del Gulag, Evguenia Ginzburg, quien enfrentó cargos por malversación de fondos. Se alegó que habían construido un condominio de dachas para usufructo propio con los fondos de fideicomisos locales y contribuciones de los directivos de las fábricas (que tendrían acceso a las dachas) provenientes de sus fondos de dirección. La *dolce vita* en estas dachas se describía así:

> La vida en la dacha se desarrollaba en un ambiente majestuoso. Los desayunos, las cenas, las meriendas, los refrigerios y las bebidas, la ropa de cama; todo era gratis. Los anfitriones hospitalarios, generosos a expensas del Estado, no tenían que molestarse en calcular los gastos. […] Aquí, a la sombra de pinos y abetos, nadie se preocupaba por balances y rendiciones de cuentas; derrochaban el dinero a mano suelta, sin las formalidades habituales. En total, se desperdiciaron unos 225.000 rublos de los fondos del Estado en la "explotación" de las dachas.[688]

Una noticia similar sobre la vida ostentosa acompañó el ataque de *Pravda* contra el director de una editorial del Komsomol, E. D. Leshchintser, descripto como "un burgués degenerado" que "estafó al Estado sin miramientos" al amueblar su departamento con costoso abedul carelio y otorgarse un lujoso departamento en la dacha de la editorial.[689]

Lo impactante de estos relatos no eran las revelaciones sobre el escandaloso comportamiento de los comunistas que ocupaban cargos jerárquicos: las redes familiares y los cultos a los líderes regionales eran características del gobierno soviético que no eran novedad para los ciudadanos y tampoco era de sorprender que esas personas tuvieran privilegios materiales. Lo impactante era que *Pravda* y otros órganos oficiales se hubieran apropiado de cuestiones de reclamo popular que, de haberlas pronunciado cualquier ciudadano en épocas normales, le habrían valido la etiqueta de "antisoviético" u "hostil". Como muchos lectores seguramente sabrían, los comportamientos descriptos eran característicos de todo el batallón de cuadros comunistas, pese a que solo fueran atribuidos ahora a determinados "enemigos del pueblo", que funcionaban como chivos expiatorios.

Dado que los dos grupos estaban relacionados de tantas maneras, era inevitable que la *intelliguentsia* se involucrara en el terror contra la élite política. La *intelliguentsia* incluía a comunistas, muchos en importantes cargos institucionales y algunos exopositores. Existían lazos personales y familiares entre las élites políticas y culturales: por ejemplo, Galina Serebriakova estaba casada con uno de los acusados en el juicio a Piatakov y era exesposa de otro; el periodista comunista Leopold Averbaj, líder de la

Asociación de Escritores Proletarios (RAPP) hasta su disolución por el Comité Central en 1932, era amigo y cuñado de Genrij Yagoda, antecesor de Ezhov como jefe del NKVD; la poeta Vera Inber era hija de un primo de Trotski, etc. Una red de relaciones cliente-mecenas unía a los políticos con los principales miembros de la *intelliguentsia* creativa: escritores, artistas, gente de teatro, académicos y científicos. En cuanto a los ingenieros, a menudo trabajaban tan cerca de los jefes comunistas de la industria que eran propensos a compartir su destino si estos eran degradados. Por último, la *intelliguentsia* tenía privilegios y estatus de élite comparables con los que ostentaba la clase comunista dirigente. Si las élites llegaban a ser víctimas del terror y la denuncia de sus privilegios, era poco probable que la *intelliguentsia* saliera ilesa.

Los primeros "portadores de la plaga" en la *intelliguentsia* eran los comunistas con pasado de opositores o relaciones con la oposición. Richard Pikel, crítico de teatro y miembro de la Unión de Escritores que había encabezado alguna vez el secretariado de Zinóviev en la Comintern y había sido activista de la oposición de izquierda, fue uno de los acusados en el juicio a Kámenev-Zinóviev en agosto de 1936. Durante la primera semana del juicio, los funcionarios culturales del Comité Central habían enviado a los líderes del partido un memorándum sobre los opositores y otros posibles enemigos en la Unión de Escritores. Este documento dejaba en claro que los arrestos de escritores ya habían comenzado: Serebriakova y otros exlíderes de la RAPP figuraban en la lista, y había razones para preocuparse por otros, entre ellos Vera Inber, debido a sus relaciones con la familia Trotski; Iván Katáev, por haber dado dinero y amistad a varios trotskistas deshonrados; Iván Gronski, editor del periódico *Novyi mir*, por haber publicado las obras de Pikel, etc. En una reunión de "autocrítica" de la Unión de Escritores surgieron otros nombres, incluidos algunos escritores reconocidos no afiliados al Partido Comunista. El poeta Borís Pasternak tuvo problemas por negarse a firmar un petitorio colectivo de escritores renombrados para que ejecutaran a Kámenev y Zinóviev; el narrador Iuri Olesha tuvo problemas por defender a Pasternak y por haber sido compañero de copas de uno de los acusados en la farsa de juicio.[690]

En los primeros meses de 1937, Leopold Averbaj fue epicentro de las difamaciones de la comunidad literaria. Averbaj quedó demonizado, transformado en una figura satánica como el propio "Judas Trotski", que lo contaminaba todo y a todos los que hubieran estado en contacto con él. Pese

a que lo acusaban de trotskista, Averbaj no había sido opositor en la década de 1920, aunque sí había admirado a Trotski. Su pecado fue sostener una relación cercana con Yagoda, junto al hecho de que –como exmiembro de la RAPP, principal instrumento de persecución a los escritores durante la revolución cultural– se había ganado muchos enemigos que aprovecharon la oportunidad para ajustar cuentas. Un colega de Averbaj como dirigente de la RAPP, el dramaturgo Vladímir Kirshon, también miembro del círculo social de Yagoda, fue fustigado con equiparable vigor. Una de las principales atacantes fue su exesposa, quien denunció maltratos físicos y morales.[691]

El contacto con Nikolái Bujarin, tanto personal e institucional como profesional, perjudicó muchas reputaciones en el mundo literario y académico. Según un comentarista de un semanario literario, era necesario "liquidar" la influencia de Bujarin. Este aún no había sido arrestado, aunque sí deshonrado y aislado y sometido, en el plenario de febrero-marzo, a un devastador interrogatorio por parte de Stalin, Mólotov y otros, después del cual fue expulsado del partido. Las autoridades habían arrestado a algunos jóvenes intelectuales comunistas que habían sido sus discípulos (su "pequeña escuela", como decía Mólotov con desprecio) y estos habían testificado en su contra. En mayo, Bujarin fue expulsado de la Academia de Ciencias. Nikolái Gorbunov, un químico bolchevique que era secretario permanente de la academia y por ello tuvo la desagradable tarea de actuar como "fiscal" en la expulsión de Bujarin, no sobrevivió mucho tiempo.[692]

El comienzo de las grandes purgas en el Ejército Rojo llegó en junio de 1937, cuando se reveló una nueva e impactante conspiración: la del mariscal Mijaíl Tujachevski, el general Iona Iakir y otros líderes militares de alto rango. Ninguno de ellos había sido opositor en la década de 1920. Una corte marcial los condenó por traición, en especial por haber organizado una conspiración político-militar con el apoyo de Alemania, y fueron ejecutados de inmediato. Según *Pravda,* los habían "atrapado con las manos en la masa" como espías. En un discurso farragoso durante una conversación privada entre líderes del partido luego de las ejecuciones, Stalin señaló que los cazadores de "enemigos del pueblo" no necesariamente los encontrarían entre los exopositores. Es imposible saber si esta afirmación tranquilizó a los exopositores, pero sin duda intensificó el miedo de los líderes del partido cuyo pasado político era irreprochable.[693]

Una semana después de la ejecución de los líderes militares, *Pravda* anunció que había “recibido una carta de la exesposa de Iakir […] en la que renuncia y maldice a su exesposo por traidor”.[694] Esta carta, presuntamente producto de la coacción, no salvó a Sarra Iakir del castigo; terminó en el Gulag con su hijo adolescente, donde encontró, entre otros conocidos, a la joven esposa de Bujarin. Era habitual que arrestaran a las esposas de los grandes “enemigos del pueblo” junto a estos o poco después. Natalia Sats terminó en una habitación llena de “esposas” en la prisión de Butyrka, incluida la del mariscal Tujachevski. Y en el Gulag había campamentos especiales para las “esposas de traidores a la patria”.[695]

A mediados de 1937 el terror había alcanzado su apogeo y la mayoría de los lineamientos básicos de las grandes purgas estaban establecidos. Quedaba, por supuesto, mucho más por venir: olas de arrestos de diferentes categorías de miembros de la élite, entre ellos diplomáticos, comunistas excluidos, comunistas “nacionalistas” de las repúblicas no rusas, líderes del Komsomol y, por último, miembros de la policía de seguridad; la orden de julio para los arrestos y ejecuciones masivas de ajenos a la sociedad ya se analizó en el capítulo 5. Pero no es nuestro propósito ofrecer una descripción detallada de la historia de las grandes purgas.[696] En cambio, nos ocuparemos de su impacto en la vida cotidiana, y para eso nos enfocaremos en los procesos y mecanismos de propagación del terror.

Los chivos expiatorios y “los sospechosos de siempre”

En el terror de 1937 estaba claro que era muy probable encontrar “enemigos del pueblo” en las élites, en especial entre los administradores comunistas. Pero los enemigos podían estar en cualquier lado, e incluso dentro de las élites no existían pautas claras para desenmascararlos. Todo aquel que tenía manchas en su historial –un pasado de opositor, malos orígenes sociales, contactos en el extranjero– corría peligro y las listas de víctimas desempeñaron un papel destacado en las grandes purgas. Sin embargo, el proceso de selección abarcaba gran cantidad de variables. Las acusaciones a dedo durante las reuniones de “autocrítica” en oficinas y empresas, las acusaciones públicas en los periódicos y las denuncias privadas de los ciudadanos eran mecanismos de selección. Las cadenas de asociación

también eran muy importantes. El NKVD detenía a una persona para interrogarla y le pedía que delatara a sus cómplices; cuando esa persona se quebraba y daba algunos nombres, estos eran detenidos para continuar el proceso. Cuando alguien era arrestado como "enemigo del pueblo", su familia, sus amigos y hasta sus compañeros de trabajo pasaban a ser candidatos de alto riesgo.

Uno de los procesos clave de las grandes purgas, en particular durante los primeros seis meses de 1937, era la inculpación pública de chivos expiatorios. Esto ocurría en las reuniones celebradas en el lugar de trabajo para "sacar conclusiones" a partir de alguna señal de arriba, como el juicio a Piatakov o el plenario de febrero-marzo del Comité Central. Se redactaba un informe para explicar el significado de esa señal, seguido de una conversación colectiva para sacar conclusiones. Si bien esta era una práctica soviética consolidada, en el contexto del terror adquirió un nuevo propósito: "sacar conclusiones" se convirtió en sinónimo de señalar con el dedo a los enemigos ocultos dentro de la institución. Estas reuniones a veces se describían como sesiones de "crítica y autocrítica", pero "autocrítica" no era el término adecuado.[697] En ocasiones, los individuos inculpados ofrecían disculpas y se retractaban (aunque esto rara vez afectara el resultado); pero lo dramático del asunto no radicaba allí. La institución, no el individuo, era el objeto de la autocrítica. La meta de este proceso de "crítica y autocrítica", al mejor estilo de las grandes purgas, era el descubrimiento colectivo de un enemigo oculto dentro de las propias filas (casi siempre, uno de los líderes de la institución). Por lo general, el desenlace no estaba predeterminado; el requisito implícito era encontrar un chivo expiatorio y que este no fuera una persona insignificante que la institución pudiera sacrificar con facilidad. La tensión se tornaba insostenible en esas sesiones ante la incierta identidad de la o las siguientes víctimas elegidas.

Un modelo de inculpación surgió del movimiento estajanovista, que en 1936 mostró fuertes tintes antidirigenciales cuando los estajanovistas de colectivos locales denunciaron a los directivos por agiotistas y saboteadores. A principios de 1937 el Politburó mandó instrucciones secretas a las gerencias de las fábricas para que mantuvieran reuniones mensuales con los trabajadores estajanovistas, de modo que estos pudieran expresar sus críticas y acusaciones. Los periódicos informaron sobre episodios dramáticos en que los trabajadores insultaron a los gerentes

menos queridos (en una reunión los tildaron de "émulos de Goebbels", "bárbaros burócratas" y "orejas de burro"). Sin embargo, el entusiasmo por denunciar no era universal. En algunas plantas, al parecer, los trabajadores comenzaron a hartarse de perder su tiempo libre en decidir cuál de los directivos era agiotista. Sabemos de varios casos en que intentaron saltearse el proceso redactando una lista de candidatos al mote de "agiotista" que luego era sometida a votación.[698]

Otro mecanismo para la inculpación de chivos expiatorios fue la reelección de funcionarios del partido, convocada en nombre de la "democracia del partido" en el plenario de febrero-marzo del Comité Central. La etiqueta parecía inofensiva, pero los secretarios del partido seguramente la reconocieron como parte del conjunto de amenazas a su seguridad presentado en esa ocasión. No olvidemos que, en circunstancias normales, la "democracia del partido", al igual que la "democracia soviética", existía solo como ficción. La convención en ambos contextos dictaba que las elecciones se ganaban sin oposición; los candidatos eran nombrados según listas enviadas por alguna autoridad superior y luego confirmados por la votación. Cuando en la primavera de 1937 quedó claro que las elecciones celebradas bajo el lema "democracia del partido" implicaban que no habría *ninguna lista*, fue una gran sorpresa. Mal recibida. Si los organismos centrales se negaban a indicar a quiénes apoyaban, ¿sobre qué bases se elegirían los candidatos a ocupar cargos en el partido? En un contexto donde cada día más funcionarios comunistas eran desenmascarados como "enemigos del pueblo", ¿cómo evitar el horror máximo de elegir a alguien que resultaría ser un enemigo (lo cual significaría quedar expuesto como enemigo por asociación)?

Las elecciones del partido se desarrollaron lentamente y con gran dificultad. Debido a la ausencia de listas, se hablaba de cada candidato en forma individual y se presumía que al menos algunos –sobre todo los que ya estaban en funciones– serían desenmascarados en el transcurso del debate. Los funcionarios de turno se sentían, lógicamente, intimidados y paralizados. Las bases mostraban poco interés en tomar la iniciativa. A veces el espectáculo demoraba en comenzar porque nadie quería tomar la palabra: algunas elecciones duraron semanas. En una planta de Iaroslavl, por ejemplo, los ochocientos miembros de la organización del partido asistieron a las reuniones *todas las tardes durante más de un mes* para elegir un nuevo comité.[699]

Las elecciones de partido no eran cosa simple en el Ministerio de Industria Pesada, donde hizo falta una semana de atenta evaluación para llegar de un total de ochenta a una lista de once nombres. Algunos candidatos quedaron desacreditados en el transcurso del debate, entre ellos el secretario del partido, Andréi Zýkov, acusado de mantener relaciones con “trotskistas contrarrevolucionarios” y de haber integrado un “grupo de izquierda” del Instituto de Profesores Rojos entre 1928 y 1929. El hecho de que Zýkov no fuera reelecto implicó que perdiera su trabajo y además que corriera peligro de ser arrestado por contrarrevolucionario. Y eso fue lo que sucedió. El mismo destino esperaba a otros que habían sido criticados en las largas reuniones del ministerio: entre ellos Gueorgui Gvajariia, jefe de la planta metalúrgica de Makéievka, cuyo desenmascaramiento definitivo como “enemigo” ocurrió unas semanas después de haber sido derrotado en este debate.[700]

Las elecciones del partido en la primavera de 1937 fueron un evento único, pero durante las grandes purgas se realizaba de manera periódica otro tipo de reuniones electorales, casi siempre peligrosas para los candidatos. En enero de 1938, el sindicato de empleados de gobierno realizó su encuentro nacional y, para cumplir las reglas, se procedió a elegir un nuevo Comité Central. El acta del encuentro no especifica si hubo una lista de candidatos para esta elección. Seguramente la hubo, pero en el clima de las grandes purgas eso no garantizaba el resultado. Cada candidato debió hacer una declaración autobiográfica y los delegados lo interrogaron al respecto. En una serie de reuniones cada vez más tensas, los delegados atacaron a varios miembros del antiguo Comité Central que habían sido nominados; en consecuencia, dos fueron eliminados de la lista y otros interrogados de forma agresiva y amenazante sobre sus antecedentes militares en la guerra civil, sus orígenes sociales, sus relaciones con *kulakí*, etc. El instinto de los delegados de inculpar a alguien se aferró a una desventurada mujer con parientes en el extranjero y un matrimonio fallido de los cuales se negó a hablar; se salvó de ser eliminada de la lista y declarada “enemiga del pueblo” gracias a la dramática intervención a último momento de un delegado de rango superior.[701]

Los círculos regionales y “familiares” tenían sus propios métodos probados y examinados para defender a sus miembros de amenazas externas; de hecho, este era uno de los principales propósitos de su existencia. En respuesta a las amenazas a los miembros individuales de las

“familias” a principios de 1937, los jefes de familia –directivos industriales y secretarios regionales del partido– optaron por acciones defensivas. El líder del monopolio del metal dejó partir “bajo petición propia” a algunos de sus subordinados cuando la tensión aumentó y los trasladó a nuevos puestos de trabajo en diferentes ciudades donde estarían más a salvo. Otro líder industrial dejó que procesaran por sabotaje a su mano derecha luego de un accidente, pero le dio 12.000 rublos para su defensa legal. Un represente regional del Ministerio de Industria Pesada intentó rescatar a un desacreditado director de fábrica haciéndolo pasar por su asistente. En Sverdlovsk, el comité del partido apoyó al director de una planta local acusado de “agiotista” y así evitó su expulsión del partido. En la República del Lejano Oriente, los funcionarios regionales resistieron los intentos de expulsión de “uno de los suyos”, Matvei Javkin, secretario de la región autónoma judía Birobidzhán. Cuando se hizo evidente que no salvarían a Javkin con acciones a escala regional, lo animaron a viajar a Moscú a defender su caso, le dieron 5500 rublos tomados de los fondos del partido en apoyo a la causa, y le expidieron un pasaporte para que pudiera abordar el tren.[702]

Sin embargo, a mediados de 1937 los métodos habituales resultaban cada vez más ineficaces y peligrosos debido al mecanismo del terror de “culpable por asociación”. El centro expresó su determinación de evitar que los círculos familiares defendieran a los suyos al declarar que este tipo de protección era “contrarrevolucionaria” y tratar como a enemigos del pueblo a quienes la ofrecían. La mayoría de los casos descriptos arriba se conocen porque el supuesto protector del enemigo del pueblo había sido acusado por sus actos de protección.[703] El comunista Aleksandr Soloviev registró en su diario otro caso típico en abril de 1937. Un viejo conocido, Iván Nosov, líder del comité del partido en Ivánovo, había sido presionado por el NKVD para sancionar el arresto de algunos extrotskistas que trabajaban en esa ciudad. Nosov se negó y fue acusado de proteccionismo.[704]

La farsa de juicio era uno de los mecanismos más frecuentes de inculpación de chivos expiatorios durante las grandes purgas. Pero sus formas, y los mensajes que transmitían, eran más diversos de lo que podría suponerse sobre la base de los tres grandes juicios de Moscú. Los juicios locales tuvieron otra repercusión, pese a que también eran orquestados desde el centro en cierta medida. En sus memorias, Alekséi Adzhubei, editor de *Izvestiia* en la época de Jruschev, tomó un número del periódico

de junio de 1937 y ponderó el mensaje que incluía. Por un lado, las repercusiones de la reciente corte marcial contra los líderes militares, con comentarios como “que los perros mueran como perros” por parte de miembros del público, que para Adzhubei encarnaban la sanguinaria irracionalidad del terror. Por otro lado, la noticia de una farsa de juicio en el distrito rural de Shiriaevo, en la que funcionarios corruptos y abusivos habían tenido que responder por el maltrato perpetrado contra la población local. El mensaje de Shiriaevo, según Adzhubei, fue que “antes de la justicia estalinista, todos eran iguales: el mariscal Tujachevski y los secretarios de los comités distritales del partido y los presidentes de los sóviets rurales”.[705]

El juicio de Shiriaevo fue una de las primeras de una serie de farsas de juicios a funcionarios locales, realizadas en varias localidades durante el verano y el otoño de 1937. A diferencia de los juicios de Moscú, plagados de melodramáticas historias de espionaje, intrigas internacionales y conspiración, los juicios locales presentaron acusaciones por completo plausibles: los funcionarios locales fueron acusados de comportamientos administrativos incompetentes, arbitrarios y abusivos típicos de los funcionarios soviéticos de nivel inferior. En una farsa de juicio de Iaroslavl, por ejemplo, los trabajadores de la planta de caucho sintético testificaron contra los gerentes y capataces que supuestamente los habían insultado y golpeado, habían acosado a las mujeres y dado bonificaciones a sus favoritos; en otra, se acusó a funcionarios de vivienda de permitir condiciones deficientes en las barracas de las fábricas. En Smolensk y Vorónezh, se culpó a los funcionarios por la escasez de pan y azúcar. En los juicios locales, el acusado no siempre confesaba y sus principales acusadores no eran fiscales estatales, sino ciudadanos ordinarios llamados como testigos. Estos juicios tenían un aspecto abiertamente populista casi por completo ausente en sus homólogos de Moscú.[706]

Las farsas de juicios, tanto locales como centrales, tenían mucha publicidad. La fuerza de trabajo de las fábricas locales y granjas colectivas asistía en masa a cada juicio local y los periódicos locales dedicaban muchas páginas a reportarlos. Las farsas de juicios de Moscú gozaban de amplia cobertura en los principales medios de comunicación, incluidos informes textuales de los procedimientos, además de ser transmitidas por radio y filmadas.[707]

Las farsas de juicios, que eran puro teatro político, dieron origen a imitaciones en las salas de teatro, tanto profesionales como aficionadas. Lev Sheinin, cuyas actividades combinadas de investigación de delitos y periodismo ya hemos mencionado,[708] fue coautor de una de las piezas teatrales más populares sobre el tema de las grandes purgas, llamada *Óchnaya stavka* [*El careo*], representada en varios teatros a lo largo y a lo ancho de la Unión Soviética en 1937. Como Sheinin era el supuesto autor de los argumentos de las grandes farsas de juicio de Moscú, esa obra pasó a ser teatro "legítimo" y utilizaba las mismas temáticas intrigantes de espías y su desenmascaramiento e interrogatorio. Algunos críticos la desacreditaron por su proximidad con el periodismo, pero otros la valoraron. John Scott tuvo oportunidad de verla en Magnitogorsk y quedó impresionado por la tensión dramática y la fuerza del mensaje sobre las sospechas y la vigilancia. Además destacó que el público local aplaudió de pie cuando cayó el telón.[709]

Podemos comprender por qué. Los villanos cargan un odio oscuro y soterrado en el corazón ("Viví en Rusia toda mi vida y toda mi vida la he odiado", dice un anciano desenmascarado como agente secreto de Alemania. "Odio su tierra, su pueblo, su juventud entusiasta que envenena el planeta entero con sus enseñanzas. El odio que siento hacia ustedes reemplazó todo para mí, incluso el amor, y se convirtió en el sentido y significado de toda mi vida"). Son parte de una fuerza todopoderosa dispuesta a aplastar a la Unión Soviética, pero la vigilancia del pueblo soviético los derrota. "¿Cuántos agentes secretos tiene la *kontraintelliguentsia* del país que limita con el nuestro al Oeste [es decir, Alemania]?", se le pregunta al espía. De ocho a diez mil, estima, a los que se suman otros quince mil agentes del país en la frontera oriental [Japón]. "Pero nosotros tenemos ciento setenta millones de agentes públicos", es decir, toda la población de la Unión Soviética, es la respuesta triunfal.[710]

En un plano más cotidiano que el de las farsas de juicios, el terror ganaba fuerza mediante la captura y encarcelamiento o ejecución de "los sospechosos de siempre". Un ejemplo particularmente atroz fue la acción masiva ordenada por el Politburó en julio de 1937 contra los deportados fugitivos, los sectarios religiosos, los delincuentes reincidentes y otros marginados.[711] Pero el procedimiento no se limitó a las principales medidas punitivas y a los marginados. Cualquiera cuyo nombre figurara en una lista de personajes dudosos en manos de las organizaciones locales –

expositores, exmiembros de otros partidos políticos, exsacerdotes y monjas, exoficiales del Ejército Blanco y similares– estaba expuesto a ser detenido en aquella época. En los pueblos, era probable que las familias que habían perdido a un miembro por deportación a principios de 1930 perdieran a otro en el período 1937-1938. En las fábricas, los trabajadores que años antes habían huido a los pueblos para escapar de la deskulakización podían ser “desenmascarados” durante las grandes purgas. En las universidades, los estudiantes eran denunciados como elementos “peligrosos” por ser hijos de *kulakí* o haber sido “criados por comerciantes”.[712]

Los “expersonas” exiliados de Leningrado tras el asesinato de Kírov en 1935 eran detenidos en sus lugares de exilio –esta vez para ser enviados al Gulag, si no a una sentencia de muerte– por presunta participación en “conspiraciones contrarrevolucionarias”. A. A. Siniaguin, hijo de un próspero empresario exiliado de Leningrado en 1935 que daba clases en la universidad de Tomsk, fue arrestado y asesinado en Tomsk en agosto de 1937 por ser “miembro de una organización contrarrevolucionaria anarcomística y terrorista”; dos meses después, en Orengurg, Serguéi Rimsky-Kórsakov, un economista deportado de Leningrado en 1935 que era sobrino nieto de Chaikovski, sufrió el mismo destino.[713]

Entre los comunistas y miembros del Komsomol cualquier mancha en los expedientes –asociación con las oposiciones en 1920, relaciones con opositores, reprimendas del partido, suspensiones pasadas o expulsiones– reflotó a la superficie en 1937 y 1938, ya sea por haber sido señalada en reuniones de autocrítica o por denuncias secretas. “La tendencia trotskista” de 1923 podía ser evocada por un excompañero de escuela o una amistad sospechosa con un extranjero. Un colega podía recordar de pronto cierta “debilidad por el trotskismo”, o el exmejor amigo de una esposa insinuar la sospecha de una relación con la oposición.[714] Ninguna acusación podía ser refutada de manera convincente y las buenas acciones anteriores de un excomunista, al igual que las malas, jamás quedaban impunes. Un hombre que años antes, fiel al espíritu de deber hacia el partido, había denunciado a su suegro como *kulak* fue expulsado del partido por tener relaciones “socialmente excluidas” en 1937. Un comunista que en cierta ocasión había denunciado a su suegra por mantener una conversación antisoviética fue acusado de estar relacionado con un elemento indeseable: su suegra.[715]

La historia de un comunista judío llamado Zlatkin ilustra los compromisos y traiciones que producían las manchas familiares, así como su futilidad máxima. Zlatkin, que trabajaba con seguros estatales, no tenía mancha alguna en su propio expediente, pero el esposo de su hermana había sido deportado por trotskista. Un investigador enviado por la organización del partido local de Zlatkin a su pueblo natal a principios de 1937 regresó con más alegatos perjudiciales: afirmó que el padre de Zlatkin, un comunista ya expulsado, había sido patriarca de la sinagoga (algo tan improbable para un comunista que seguramente no era cierto) y simultáneamente agente de policía del antiguo régimen. ¿Qué podía decir Zlatkin? Admitió que el esposo de su hermana era trotskista; luego de que lo expulsaran por segunda vez del partido, le había "sugerido [a su hermana] que se divorciara, pero no me escuchó". En cuanto a su padre, Zlatkin testificó que cuando lo expulsaron del partido "ni siquiera lo ayudé a apelar". "Pensé que me había alejado lo suficiente de la familia", declaró Zlatkin con tristeza. "Creí que estaría limpio". No tuvo esa suerte: fue expulsado de la organización local del partido por mayoría de votos.[716]

La información sobre la operación de las troikas de la NKVD en Sarátov a fines de 1937 sugiere que las víctimas –pueblerinos y campesinos ordinarios condenados luego de juicios breves– podrían haber sido capturadas sobre la base de diversas listas de indeseables, desde exsoldados del Ejército Blanco hasta clérigos.[717] Los acusaron de "actividad antisoviética", categoría que al parecer significaba conversación antisoviética y alguna mancha en el expediente; casi no se presentaron evidencias, pero diecisiete de veintinueve recibieron la pena de muerte, y el resto, diez años de cárcel. Los "nueve de Sarátov", ocho de ellos oriundos del mismo pueblo, eran campesinos entre los que había (según el expediente) cinco *kulakí* (cuatro fueron deportados y uno escapó al exilio o cumplió su sentencia en el Gulag), dos exterratenientes, un tolstoiano y dos miembros activos de la comunidad ortodoxa. Los "veinte de Sarátov", toda gente de pueblo, incluían once exoficiales y voluntarios del Ejército Blanco, tres afiliados al partido socialista-revolucionario, cuatro hijos de comerciantes o prósperos burgueses, tres expolicías zaristas, un exguardiacárcel y un miembro de la Duma de la Ciudad prerrevolucionaria.

Los troikas ni siquiera se preocuparon por registrar las declaraciones antisoviéticas por las que los "nueve de Sarátov" y los "veinte de Sarátov" recibieron un castigo tan severo. Pero es probable que fueran similares a las

de otro grupo acusado de “actividad contrarrevolucionaria” en Sarátov un año antes. Este era un grupo real, a diferencia de muchos otros así calificados; estaba constituido por creyentes religiosos, hombres y mujeres de edad relativamente avanzada, algunos de ellos exsacerdotes y exmonjas, que se reunían con un sacerdote llamado Rubinov en su casa de Volsk. Rubinov les dijo a sus seguidores que debían alentar a los *koljozniki* a dejar los *koljozy* porque habría otra hambruna (esto fue en octubre de 1936) y que ellos debían aprovechar la nueva Constitución para elegir a creyentes como representantes de los sóviets. Sus seguidores presuntamente hicieron los mismos comentarios que el NKVD a menudo incluía en sus sumarios sobre el estado de ánimo popular: “Pronto habrá una guerra y el régimen soviético se desplomará”; los líderes soviéticos son “judíos que han vendido a Rusia”; “llegará el día en que nos vengaremos de los comunistas, y Alemania y Japón […] comenzarán la guerra y nosotros los ayudaremos”. [718]

Propagar la plaga

El terror se propagó de muchas maneras, a través de las denuncias en un clima de sospecha popular y manía por el espionaje, y mediante los interrogatorios del NKVD, en que se obligaba a los “enemigos del pueblo” arrestados a escribir confesiones con los nombres de sus colaboradores en la conspiración. Había “portadores de la plaga”, personas que por una razón u otra contagiaban a todos a su alrededor. Un portador notable fue Leopold Averbaj, exlíder de los escritores del proletariado, cuya siniestra reputación ya hemos señalado. Un caso menos típico, porque no fue arrestado, fue el de un joven astrónomo de Asia central, beneficiario de la “acción afirmativa” que, según se descubrió, había falsificado datos de experimentos en un artículo publicado en una revista científica extranjera. Las repercusiones de este escándalo acabaron con casi todos los que habían tenido contacto con el joven astrónomo en dos institutos, mientras que él aparentemente eludió el arresto gracias a una crisis nerviosa.[719]

Otro tipo de portador de la plaga era el administrador comunista que, pese a tener una reputación manchada, aún no había sido arrestado e intentaba con desesperación evitar su destino. Pável Postishev, líder del partido

ucraniano, moderado según su reputación, fue criticado y degradado en los primeros meses de 1937 pero permaneció en libertad. Comenzó a trabajar en la región de Kúibyshev en el Volga, donde “buscaba enemigos por todos lados con una lupa”, causando un pánico que se propagó a la burocracia local y a la población. Postishev disolvió treinta comités distritales del partido, acusados de ser irreparablemente corruptos, y mandó arrestar a sesenta y seis funcionarios distritales por enemigos del pueblo. En el plenario del Comité Central celebrado en enero de 1938 (donde se criticaron los “excesos” del terror, aunque sin efecto duradero), Postishev insistió en que Kúibyshev estaba plagada de enemigos incluso bajo el interrogatorio hostil –al que casi podríamos definir como una provocación– de Mólotov y otros.[720] Tal vez el caso de Postishev fuera extremo, ya que fue presionado con una intensidad excepcional y durante un período inusualmente prolongado antes de ser desenmascarado, a su debido momento, como enemigo del pueblo. Sin embargo, la práctica de trasladar a un funcionario desprestigiado y hacer que “contagie” en forma involuntaria a toda una institución con su sola presencia durante algunos meses era común.

> ¡Socorro! ¿En qué clase de lugar vivimos? ¿Y qué nos depara el mañana? Me recuerda al momento en que aprendí sobre los microbios y las bacterias; estaba leyendo un libro de ciencias y decía que todo, incluso el aire, estaba formado por criaturas vivas. Y después de eso veía criaturas pequeñas por todos lados y ni siquiera soportaba beber un sorbo de agua. Así son las cosas ahora: observas a un hombre y de pronto se convierte en un estafador o un traidor ante tus ojos.[721]

Andréi Arzhilovski escribió estas palabras en su diario personal en febrero de 1937, luego de leer el discurso de Vyshinski a la fiscalía en el juicio a Piatakov. Arzhilovski, un hombre obstinado que había cumplido una condena en prisión, sucumbió solo por un tiempo a este ambiente de sospechas. Pero para muchos otros eran una compañía cotidiana. Esta actitud se refleja en las cartas que envió la gente común a las autoridades durante las grandes purgas acerca de acontecimientos y personas sospechosos. Un trabajador de Ivánovo les escribió a los líderes del partido

para expresar su consternación al ver los nuevos billetes de 30 rublos con el rostro de Lenin grabado, lo que implicaba que su imagen tal vez sería profanada. ¿Acaso era obra de los mismos enemigos que habían cometido todo tipo de sabotajes en Ivánovo? Un economista escribió a Mólotov para advertirle que no subestimara la amenaza de los enemigos internos y citó una conversación antisoviética que había oído en Kuntsevo. Un oyente de radio escuchó la marcha fúnebre de Chopin el día que ejecutaron a Zinóviev y Kámenev y escribió para compartir sus sospechas de que aquello era una señal de conspiradores trotskistas.[722]

Los periódicos echaban leña al fuego con sus constantes crónicas de descubrimientos de enemigos y espías. El tema del espionaje se fortaleció aún más luego del juicio a Tujachevski: los líderes militares eran acusados de haber caído en las garras de los espías alemanes y en un discurso a puertas cerradas acerca del asunto, Stalin describió con una vívida imagen los peligros que representaban para los funcionarios soviéticos de alto rango las seductoras espías femeninas. Circulaban varias historias de esa clase de seducciones. Se advertía a los hombres sobre las trampas sexuales, como el caso de un ingeniero seducido por una "ciudadana joven y linda no hacía mucho llegada de Harbin"; en realidad, una espía japonesa. También se puso sobre aviso a las mujeres solteras, citando casos como el de un hombre persuasivo que ganó la confianza de una joven abandonada por su novio al fingirse tan solo y triste como ella, pero que en verdad era un espía.[723]

Atrapar presuntos espías era un deporte apasionante para los más jóvenes. "Cómo atrapé a un espía, relatado por la pionera ucraniana Lena Petrenko" rezaba el titular de un artículo periodístico. Al regresar del campamento infantil de Artek, Lena se dio cuenta de que un compañero de viaje en el ómnibus de Nikopol a Dnipropetrovsk era sospechoso al oírlo susurrar en alemán algo sobre "los rieles" y "las señalizaciones". Lo siguió hasta la cafetería de la estación y en el camino se le cayó un sobre, que resultó ser una carta en alemán donde daba indicaciones para cometer "un acto distractivo". Lena informó a la policía y el hombre fue arrestado de inmediato.[724]

Un ejemplo de las espeluznantes consecuencias de la obsesión adolescente con el espionaje es el caso de Ígor Lazich, un estudiante moscovita de octavo grado. Ígor era un muchacho problemático, rayano en la delincuencia juvenil, que ya había huido de su casa dos veces. Estaba celoso del hijo de un vecino del departamento comunitario que era exitoso y

popular, Konstantín Retinski, de 17 años, líder del Komsomol que asistía a una prestigiosa escuela de cadetes militares, y al menos una vez lo había denunciado a la policía, pero no lo habían tomado en serio. Tenía leves tendencias nacionalistas rusas y antisemitas, y admiraba las organizaciones fascistas con tropas de asalto. Al parecer, para mostrarles a sus amigos que su afirmación de que Konstantín tenía conexiones con un grupo conspirador clandestino era verdad, Ígor envió una carta de un coconspirador en la que se identificó como espía (la carta fue interceptada por la oficina de correo). Durante el mismo período, una noche salió con dos amigos (que luego confesaron el hecho) y pegó "carteles contrarrevolucionarios" en Moscú. Cuando lo arrestaron por estos dos actos, afirmó que Konstantín era miembro de su grupo subversivo (por ende, fue arrestado; confesó en un interrogatorio y fue sentenciado junto con Ígor). La madre de Konstantín, angustiada, escribió a Vyshinski para explicarle que era solo una de las numerosas bromas maliciosas de Ígor, pero la condena de Konstantín no fue revocada; después de todo, había confesado.[725]

La denuncia era uno de los mecanismos más eficaces para propagar la plaga. Esta práctica era endémica en la vida soviética, pero se convirtió en epidemia durante las grandes purgas. Colegas denunciaban a colegas: por ejemplo, un chiste de *Krokodil* de 1939 mostraba a un hombre ante un tribunal que suplicaba: "Jueces camaradas, ¿cómo creen que yo puedo haber escrito setenta y cinco denuncias cuando solo sesenta y tres personas trabajan en nuestra institución?". Vecinos denunciaban a vecinos: en otro chiste de *Krokodil* del mismo período, un esposo se quejaba ante su esposa: "Solo piensa, Masha, qué lamentable. Denuncié a Galkin y ahora resulta que Balkin tiene una habitación más grande".[726] Los trabajadores denunciaban a los directivos de las fábricas; los estudiantes a los profesores; los *koljozniki* a los presidentes del *koljoz.* Los comunistas denunciaban a otros comunistas por motivos políticos como haber sostenido relaciones con la oposición en el pasado, por no comunistas, y en general por abuso del poder. Las denuncias se acumulaban en los expedientes de todos los ciudadanos soviéticos que ocupaban cargos oficiales y en los de muchos que no. A veces eran ignoradas o abandonadas, pero en el período 1937-1938 solían dar al NKVD el estímulo necesario para implementar acciones que conducían al encarcelamiento, a condenas al Gulag, e incluso a la ejecución.

La gente denunciaba a las celebridades de cuya existencia se enteraba por los periódicos, como el aviador Mijaíl Babushkin y el explorador polar Otto Schmidt; denunciaba a los líderes políticos y a sus esposas. Cuando un fotógrafo de edad avanzada les dijo a sus aprendices que la calidad del papel fotográfico era mejor antes de la revolución, uno de ellos lo denunció; el fotógrafo fue arrestado y ejecutado en diciembre de 1937. Un artista de Leningrado se emborrachó en un bar y "calumnió a la Constitución soviética y las medidas políticas punitivas del poder soviético" al expresar su empatía por quienes habían sido reprimidos como enemigos del pueblo. Un compañero de bebida lo denunció y le dieron siete años. Un joven peletero fue arrestado por una denuncia de su esposa, de quien estaba separado (pero fue liberado gracias a que su tía apeló la sentencia).[727]

Pleitos, rivalidades burocráticas y celos profesionales a menudo generaban denuncias. Podía pasar en la industria, entre protagonistas de diferentes tipos de equipos o diseño de un mismo producto. Ocurría con notable frecuencia en el seno de las burocracias, donde miembros de facciones rivales se denunciaban unos a otros. Sucedía en los mundos de la ciencia y la cultura, donde distintos grupos profesionales competían por el patrocinio del régimen. Indudablemente, los líderes de la organización literaria proletaria RAPP eran víctimas de gravísimas denuncias porque en otros tiempos habían combatido sin piedad a las facciones y acumulado una montaña de enemigos no solo en el centro, sino también en las provincias donde se habían impuesto.[728] En líneas generales, como explicó un encuestado para el proyecto de Harvard a su entrevistador, era importante no hacerse enemigos en la Unión Soviética debido al peligro de las denuncias. "Nunca hay que ofender a nadie. Incluso un incidente menor puede ser fatal. Si tu esposa tiene una discusión con su vecino, ese vecino escribirá una carta anónima al NKVD y tus problemas no tendrán fin".[729]

Algunas personas se convirtieron en denunciantes públicos casi profesionales durante las grandes purgas. Muchas veces lo hacían porque pensaban que la hípervigilancia era la mejor manera de salvar el pellejo e insistían en denunciar por escrito a todos sus conocidos al NKVD y denunciar en voz alta en las reuniones públicas. Esto funcionó bien durante el apogeo del terror, pero luego, cuando empezaron a extinguirse las purgas, el afán de denuncia empezó a verse como un comportamiento calumnioso y contrarrevolucionario. Como resultado, tenemos algunas confesiones interesantes de los híperdenunciantes, por ejemplo, un tal Poliakovski,

empleado en la fábrica Bolshevik,[730] quien describió cómo, junto con su colaborador Vorozheikin, empezaron

> a asistir a las reuniones del partido […] con listas preparadas de personas a las que queríamos acusar como enemigas. Todos nos conocían a Vorozheikin y a mí; cuando aparecíamos, no solo causaba desazón en la reunión, sino que los afiliados del partido atemorizados abandonaban en silencio el edificio, ya que a menudo agregábamos a la lista preparada algunos nombres que se nos cruzaban por la cabeza ahí mismo.[731]

En un distrito de la República Tártara, Sapiaj Minachev, investigador del partido, "hizo denuncias difamatorias sobre la mitad de los miembros de la organización distrital. En casi todos los expedientes iniciados a un comunista había 'señales' de Minachev. Los comunistas temían hablar contra este calumniador. Y cómo no temerle: él mismo redactaba la denuncia, la corroboraba, informaba sobre los resultados de la investigación a la oficina del partido". Minachev fue arrestado como enemigo del pueblo; sin embargo, el periódico regional publicó que "ocurrían hechos similares en casi todas las organizaciones de Tartaria". En Leningrado, un alto funcionario de la fiscalía escribió denuncias sistemáticas contra sus colegas y superiores, que resultaron en el arresto de varios de ellos por el NKVD. Cuando algunos fueron liberados, el funcionario se ahorcó en la habitación de un hotel. Tras su muerte se encontró "un volumen entero de denuncias", de ciento setenta y cinco páginas, en su departamento.[732]

Algunos denunciantes compulsivos sin duda padecían perturbaciones emocionales. Un hombre llamado Sujij, que trabajaba en un comité distrital del partido,

> desprestigió la reputación de muchísimos comunistas honestos y personas que no pertenecían al partido. En otoño del año pasado Sujij se presentó sin invitación ni mandato en una conferencia regional de trabajadores de la salud pública, [e invadido por el] "gusanillo de la oratoria" pidió la atención de todos. "Represento al comité del partido de la ciudad", anunció. Le concedieron la palabra sin ninguna restricción de tiempo. Sin embargo, pronto se

> hizo evidente que el orador vomitaba tonterías increíbles. En realidad, hablaba de todo, pero no decía nada sustancial. Los delegados se miraban desconcertados y una ola de murmullos corrió por el pasillo. Pero el orador continuó su perorata…[733]

Resistir las grandes purgas

Incluso en el terror hay rituales. Los arrestos se hacían de noche, por lo que la mayoría de los autobiógrafos recuerda vívidamente el sonido de un auto que frenó, los pasos que subieron por las escaleras a las 2 o 3 hs y golpes en la puerta. Los hombres del NKVD inspeccionaban el lugar, tal vez se llevaban algunos documentos y hacían salir a la víctima, a la que permitían llevar consigo el atado de ropa abrigada que muchas familias preparaban de antemano para esta eventualidad.

Los recuerdos de este evento traumático son diversos. Una mujer escribió a Vyshinski para protestar por la falta de cortesía del hombre del NKVD que condujo la búsqueda en su domicilio la noche que se llevaron a su esposo; se dirigieron a ella, una pedagoga soviética, de manera irrespetuosa, con tono confianzudo.[734] Otra mujer, funcionaria de un ministerio, recordó su propio comportamiento extraño. Durante la inspección de cuatro horas que el NKVD realizó en su departamento antes de arrestarla, se sentó a terminar los papeles para la próxima conferencia estajanovista:

> Escribía y pegaba, ordenaba materiales y, mientras escribía, tenía la sensación de que nada había ocurrido, que terminaría el trabajo y lo entregaría, y que mi ministerio diría: “Buena chica, no perdiste la cabeza, no le diste importancia alguna a esa confusión”. No sé qué pensaba en ese momento; la inercia del trabajo, o tal vez la confusión provocada por el miedo, eran tan grandes que trabajé durante cuatro horas con precisión y eficacia como si estuviera en mi propia oficina [del ministerio]. Hasta que el detective a cargo del allanamiento gritó: “Mejor despídete de tus hijos”.[735]

Al igual que muchos comunistas convencidos, esta mujer se había negado a hacer arreglos para protegerse o proteger a sus hijos incluso después del arresto de su esposo y la advertencia de un viejo camarada; después de todo, ¡ella y su esposo eran inocentes! Otra comunista recordó con ironía su falta de sentido común, tanto cuando arrestaron a su esposo como cuando la arrestaron a ella unos meses después:

> Grishka [su esposo] ni siquiera tuvo tiempo de vestirse y yo estaba en bata, embarazada de cuatro meses. Teníamos el libro *Mi lucha* de Hitler, y se lo llevaron. Cómo no, si era prueba del vínculo con Hitler. Clausuraron dos habitaciones y me dejaron en el dormitorio. […] Debí haberle dado algunas cosas para que se llevara, comida, pero ni se me ocurrió; solo unos pocos pañuelos; ¡qué estúpida! Dijeron que no necesitaría nada. Pensé que regresaría pronto, después de todo, no era culpable de nada; era un error. La noche del 5 de septiembre vinieron a buscarme [*sic*]. “¡Vístete!”. Dejé a mi hijo dormido, ¡qué ingenua!, para ir a llamar a mi hermana. No tuve tiempo. Debían llevarme a la cárcel lo más rápido posible.[736]

Los no comunistas eran más prácticos. La abuela de Elena Bónner tenía todo organizado:

> Me vestí en silencio, pero no podía meter el pie en las medias largas; Batanya murmuró algo para sus adentros y fue a buscar un par de calcetines abrigados, otros guantes, el chal de plumas, nuevas medias largas, una camisa, ropa interior, camisetas, y puso todo sobre la mesa. Me vestí y, mientras me ponía las botas de fieltro, Batanya dijo en voz baja, casi con su tono habitual: “Ponte los pantalones gruesos y las galochas sobre las botas”. Luego, tomé el abrigo y mi gorro tejido del ropero, pero Batanya me los quitó en silencio. “Ponte mi chal”. […] De alguna manera me lo puse. Y el abrigo encima. Batanya sacó del ropero su bolso de viaje, lo vació y lo llenó con todo lo que había preparado para mí. Después me dio algo de dinero: cinco billetes de 30 rublos. Estaba

> por guardarlos en el bolso, pero dijo: “Guárdalos en el corpiño”. [737]

A menudo, unos días después desalojaban a los miembros de la familia que no habían sido arrestados y el NKVD clausuraba el departamento con un sello, un vívido recordatorio visual de lo ocurrido para el resto de los residentes. Bónner describió lo que vio en el hotel Lux:

> En el lado derecho del pasillo, había un gran sello marrón rojizo en la tercera puerta del vestíbulo. Una pesa colgaba de una cuerda corta que salía de la cera. […] Esos lacres, que saltaban a la vista, aparecieron en muchas puertas de todos los pisos de nuestro edificio en el invierno de 1936-1937, sobre todo en la primavera de 1937. Los rompían después de unos días. Bajo la supervisión del comandante Brant, se llevaban dos o tres maletas y unos cuantos libros. Los muebles y objetos identificados con la marca de la Comintern se limpiaban. Aparecían los pulidores de pisos y, unos días después, un Brant sonriente le daba la bienvenida al nuevo inquilino.[738]

Como el hotel Lux, algunos grandes edificios de departamentos de Moscú se convirtieron en pueblos fantasma debido al terror, en particular la Casa de Gobierno en diagonal al Kremlin, al otro lado del río, cuyo destino en 1937 fue narrado por el novelista Iuri Trífonov en *La casa del malecón*. Algunos sobrevivientes de la Casa de Gobierno y el hotel Lux, que albergaba a los empleados de la Comintern, informaron sobre varias mudanzas a diferentes departamentos y habitaciones dentro del edificio después del primer arresto, hasta que la familia completa era detenida o separada, o el NKVD los echaba a la calle.[739]

Cuando se producía un arresto, la familia intentaba averiguar el paradero del arrestado y si le podían enviar paquetes. Se formaban largas filas para obtener esa información:

> Sofía Petrovna había visto muchas filas, pero nunca una como esta. La gente estaba de pie, sentada y acostada en cada escalón, en cada rellano y en cada saliente de la enorme escalera de cinco

> pisos. Era imposible subir la escalera sin pisar la mano o el estómago de alguien. En el pasillo cerca de la pequeña ventana y la puerta de la habitación número 7, la gente estaba apiñada como en un tranvía.[740]

Enviar encomiendas era una tarea complicada e incierta.

> No admitían paquetes en Lubyanka. Solo informaban si él estaba o no [en la lista]. Aceptaban paquetes únicamente en las prisiones, pero no aclaraban si la persona arrestada se encontraba allí o no. Uno sabía dónde estaba su familiar por el paquete. Si lo tomaban, significaba que se encontraba allí. Sin embargo, si no lo tomaban, eso no quería decir que no se encontraba en esa prisión. Tal vez lo estaban castigando, privándolo del derecho a recibir paquetes. Pero no nos decían eso. Se limitaban a no recibir el paquete, sin explicaciones. Y luego había que esperar el mes entero hasta el siguiente paquete.[741]

Las familias no eran informadas cuando transferían al familiar arrestado de la prisión al campo de trabajo forzado. Pero, si de algún modo se enteraban, debían seguir nuevas rutinas. Solo los familiares podían enviar paquetes a los prisioneros del Gulag: el límite era 10 kg cada tres meses. En Leningrado, por alguna razón, los paquetes debían enviarse desde una oficina de correos situada a más de 100 km de la ciudad, lo que implicaba arduos viajes en trenes atestados para los familiares.[742]

Mientras las víctimas, si es que aún vivían, avanzaban sobre la "cinta transportadora" hacia el Gulag, definida de manera tan vívida por Aleksandr Solzhenitsyn, Evguenia Ginzburg y otros autores de memorias, sus familiares también luchaban para sobrevivir. Las esposas de los "enemigos" más importantes eran arrestadas y sus hijos enviados a orfanatos (bajo otros nombres) si ningún familiar intervenía de inmediato para asumir la tutela legal (a su propio riesgo). Las esposas menos importantes seguían en libertad, pero tenían enormes dificultades para mantener sus empleos a causa del destino de sus esposos. Sin embargo, algunas tuvieron éxito en sus peticiones y lograron mover contactos a favor de sus maridos: entre ellas una abogada comunista que, cuando arrestaron a su esposo, tenía una

aventura con otro hombre e incluso barruntaba la posibilidad de divorciarse pero puso fin al amorío para dedicar toda su energía –¡con éxito!– a sacar a su esposo de la cárcel en 1937.[743]

Los hijos de padres arrestados solían ser expulsados de la universidad e incluso de la escuela secundaria luego de un ritual público de humillación a cargo de sus pares, en cuyo transcurso algunos intentaban defender a sus padres. Si arrestaban a la madre junto con el padre, algún familiar valiente o incluso un exsirviente a veces se hacía cargo del hijo aunque conllevara riesgos. Una biógrafa describió la noche del arresto de su madre. Luego de que se la llevaran a las cinco de la mañana, los hombres del NKVD quisieron llevarla a ella (de 12 años) y a sus hermanos menores a un orfanato, pero la niñera se resistió con fiereza y hubo una escena estrepitosa: la niñera gritaba y los niños lloraban. Los hombres del NKVD dejaron a los niños con la niñera por la firmeza con que esta aseguró que se haría responsable de ellos y obtendría una declaración firmada por la abuela para asumir su tutela legal.[744]

Las reacciones

Mirando hacia 1937 desde una distancia de más de tres décadas, Solzhenitsyn escribió:

> ¿Cómo podíamos saber algo sobre esos arrestos, y por qué debíamos pensar en ellos? Todos los líderes provinciales habían sido removidos, pero, para nosotros, eso no era importante. Dos o tres profesores habían sido arrestados, pero después de todo no habían sido nuestras parejas de baile y tal vez ahora sería incluso más fácil aprobar nuestros exámenes. Los veinteañeros marchábamos en las filas de los nacidos el año de la revolución, y como teníamos la misma edad que ella, nos esperaba el futuro más brillante.[745]

Esta declaración, que solo unos pocos sobrevivientes al período de Stalin tendrían la seguridad y el capital moral para hacer, nos recuerda que el

terror no era terror para todos. La actitud que describe Solzhenitsyn era común –tal vez incluso característica– entre la juventud, siempre y cuando sus familias no se vieran afectadas. Esta salvedad era muy importante, ya que el arresto de un familiar cambiaba todo de la noche a la mañana. Existía un mundo de diferencia entre lo que significaba el terror para quienes habían sido afectados en carne propia y para el resto. En 1937 Nina Kosterina era una feliz estudiante de 15 años, ocupada y llena de ideales y energía, pero entonces sucedió lo impensable: arrestaron a su padre. Su vida se hundió en una espiral descendente de abandono, aislamiento y depresión, aunque su ostracismo y problemas escolares fueron comparativamente leves para alguien en esa situación. Su diario personal se convirtió en un registro melancólico de amistades rotas, oportunidades perdidas y relaciones familiares deterioradas. "Sigo sintiendo que todo es un sueño, una pesadilla desagradable y fea", escribió. "En algún momento despertaré y todo volverá a ser como antes, todo estará bien, en orden y tranquilo… Quiero gritar con desesperación. ¿Por qué? ¿Por qué no es un sueño?".[746]

La primera reacción de muchas víctimas y sus familiares era pensar que habían arrestado por error a una persona inocente y que pronto sería liberada. A veces eso iba a la par de la creencia de que todas las demás personas bajo arresto eran culpables, lo que hacía que los recién arrestados rechazaran a sus compañeros prisioneros. Las mujeres casi siempre creían en la inocencia de sus esposos, les enviaban paquetes y escribían peticiones interminables a las autoridades. Pese al contraejemplo de la esposa de Iakir publicado por *Pravda*, nadie esperaba que hicieran lo contrario; incluso a los funcionarios esas peticiones les parecían algo normal, no un signo de culpa.

Las reacciones de algunas fueron, sin embargo, más ambivalentes. Iulia Piatnitskaia, esposa de Ósip Piatnitski, viejo funcionario bolchevique de la Comintern, registró en su diario personal la angustia que sintió cuando lo arrestaron. Una de sus primeras reacciones fue la ira –¿cómo su esposo había permitido que les pasara esto?– y lo culpó por no haber denunciado a los colegas que ella consideraba sospechosos. Luego comenzó a dudar: tal vez su esposo era un espía y siempre lo había sido; tal vez "por eso vivía así, […] tan serio y retraído. Es evidente que cargaba un peso en el alma". Con ese estado de ánimo, escribió, hasta "sería capaz de escupirle la cara y llamarlo espía".[747]

Los hijos de arrestados estaban bajo mayor presión que las esposas para renunciar a sus padres, ya que este era un ritual popular en las escuelas y las organizaciones pioneras y del Komsomol. La mayoría sucumbía a la exigencia, aunque varios autobiógrafos recuerdan alguna instancia en que un niño se rehusó.[748] Pero esto dice poco de sus sentimientos más profundos. En su mayoría, los autores de memorias cuyos padres fueron arrestados hablan de una fe inquebrantable en la inocencia de sus padres, y la pequeña cantidad de diarios personales disponible transmite la misma sensación. Cuando su madre fue arrestada, Stepan Podlubnyi, hijo de una *kulak* que se había esforzado mucho para ser un ciudadano soviético modelo, no solo descartó la idea de su culpabilidad, sino que perdió la fe en el poder soviético: "Jamás hubiera creído que acusarían de ser trotskista a una mujer casi analfabeta como mamá. […] No habría imaginado ni en mis peores pesadillas que sería arrestada por los viejos pecados [el pasado *kulak*] cuando su vida actual es irreprochable".[749]

Pero Podlubnyi ya era un joven adulto con algo de experiencia en el mundo. Es probable que los niños más pequeños estuvieran más influidos por el juicio colectivo sobre sus padres, en especial si ambos eran arrestados. Antes de que Egor Alijanov, de 9 años, fuera regañado y convencido de lo contrario por su hermana mayor, Elena Bónner, su primera reacción ante el arresto de su padre fue aceptar su culpabilidad. "Mira lo que son esos enemigos del pueblo", cita Bónner a su hermano. "*Algunos de ellos incluso pretenden ser padres*".[750]

Sin importar lo que pensaran en privado acerca de su culpabilidad los amigos y parientes fuera del círculo familiar inmediato y los colegas de los arrestados, la prudencia aconsejaba cortar todo contacto con ellos. Eso hacía la mayoría, y así dejaba aislada a la familia inmediata. Si bien se mencionan excepciones, todas presentan esa cualidad atípica y heroica de las historias de personas que no profesaban el judaísmo y albergaron a niños judíos en zonas controladas por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras el terror continuara, los familiares de las víctimas serían rechazados por ser portadores de la plaga. Pero incluso cuando mermó el terror a finales de los años treinta las esposas e hijos de las víctimas de las purgas continuaron estigmatizados durante muchos años, con anotaciones en sus expedientes personales del trabajo, la universidad y demás. Era difícil mantener oculto el arresto de un pariente, a menos que se adoptara

una identidad totalmente nueva, a lo que se sumaba la dificultad de incluirla en sus currículos oficiales.

Quienes no fueron afectados personalmente por las grandes purgas expresaron una amplia gama de reacciones. Algunos creían en la culpabilidad de los funcionarios víctimas de las grandes purgas y por lo tanto estaban convencidos de que merecían el castigo. El comentario "Ordzhonikidze ejecutó a varios y ahora él está muerto", aunque suscitado por un suicidio que obviamente no era equiparable a una ejecución, es claro ejemplo de la actitud popular según la cual la muerte de cualquier líder comunista, sin importar las circunstancias, podía verse con indiferencia o como una bendición, pero nunca como una pérdida. En algunas fábricas la sospecha colectiva sobre la gerencia aumentó durante las grandes purgas, en la medida en que los trabajadores empezaron a sentir que los directivos ostentaban una mancha de deslealtad como clase. En Leningrado, la reacción de los trabajadores ante las farsas de juicio incluía preocupación por que los enemigos del pueblo no salieran bien parados y afirmaciones de que la élite gobernante se había corrompido porque en ella no había trabajadores y sí demasiados judíos. "Stalin y todos los líderes en el poder deberían ser ejecutados" es una afirmación que resume esta actitud.[751]

Un refugiado de guerra, rememorando su vida como maestro en el Kazajstán soviético, recuerda haber aprobado las farsas de juicio porque su relación personal con algunos funcionarios de gobierno arrestados lo convenció de que merecían lo que les pasaba.

> Voy a citar un caso típico. En 1932, tuve que pedir ayuda al Ministerio de Educación Popular de Kazajstán. Me enviaron a ver a Tashtitov, viceministro de educación. Era un joven afiliado del partido, de estatura baja, con marcas de viruela en el rostro. Me recibió arrellanado en su silla. Cuando le dije que no había cuadernos, libros ni querosene en la escuela para analfabetos, se levantó de un salto y gritó: "¿Por qué me molestas con tus cuadernos? Yo sé todo de cualquier manera. ¡No necesitas decírmelo! Lo has puesto en tu solicitud. Bueno, solo espera. No puede venir cada [Fulano] a molestar al viceministro de Educación por una lata de querosene".
>
> Cinco años después Tashtitov, para entonces primer secretario del Comité Central del Komsomol de Kazajstán, fue desenmascarado

> como "enemigo del pueblo". Debo admitir que no sentí ninguna compasión por él.[752]

Pero otros refugiados de posguerra tenían diferentes recuerdos. Un pintor de casas reportó que durante las farsas de juicio "los periódicos seguían gritando 'enemigos del pueblo', pero la gente común y corriente ya no les creía". Un herrero se había sentido reconfortado al enterarse de que que *había* enemigos del régimen soviético cuando se transmitían por radio las farsas de juicio. A él y a todos los de su *koljoz* les gustaban esas emisiones y creía que "muchas personas que luchaban contra el poder soviético encontraban motivación en estas escenas porque habían comprendido que las personas enjuiciadas se oponían al poder soviético". Otros sentían una simpatía similar por el acusado, convencidos de que todo enemigo de Stalin debía ser su amigo. Obviamente, Trotski y el resto estaban a favor de liberar al campesinado de la servidumbre y por eso se los juzgaba, según escribió un comentarista anónimo luego del juicio a Piatakov. Sectarios campesinos oraron por las almas de Zinóviev y Kámenev después de sus juicios y ejecuciones en 1936.[753]

Para los comunistas, descreer no era tan sencillo. Un comunista de rango medio en Moscú escribió en su diario en 1937 sobre las dudas de un viejo camarada, quien se preguntaba por qué, pasados ya veinte años, el partido tenía tantos enemigos activos. Además Nadiezhda Krúpskaia (viuda de Lenin) se había quejado ante sus ojos de "la atmósfera anormal, que envenenaba todo", y otro prominente viejo bolchevique opinaba que Ezhov había sido engañado por denuncias irresponsables y desinformación del contraespionaje extranjero y que, a su vez, estaba engañando a los líderes del partido. Pero el propio diarista no podía decidir si dudaba, o al menos admitir que dudaba. "¿Cómo puedo juzgar a un miembro del partido? Por supuesto, a veces la duda logra inmiscuirse. Pero no puedo no creerles a los líderes del partido, al Comité Central, a Stalin. No creerle al partido sería una blasfemia".[754]

La reacción de la gente a las grandes purgas casi siempre cambiaba con el tiempo. En el diario de Andréi Arzhilovski (campesino y ex preso político bajo el poder soviético, desterrado a un pueblo provincial en 1937), la primera reacción al juicio a Piatakov fue de aprobación: "Leí la acusación del fiscal en el caso del Centro Trotski. ¡Fue maravillosa! Vyshinski es muy inteligente". Seguido de la sensación de que los crímenes de los acusados

eran indicio del nivel de corrupción del régimen: “Si cientos de comunistas con cicatrices de batalla y practicantes sinceros […] resultan ser unos canallas y espías, entonces ¿quién nos garantiza que no estamos rodeados de estafadores? ¿Quién puede garantizar que el más grande y más querido de ellos no estará sentado en el banquillo de los acusados mañana?”. En pocos meses, Arzhilovski había descartado por completo la idea de que existiera una verdadera traición. En junio, aludiendo al anuncio de traición entre los líderes militares, hizo el siguiente comentario en su diario: “La GPU ha desenmascarado a todo un grupo de agentes secretos de alto rango, incluido el mariscal Tujachevski. Las ejecuciones habituales. Una recreación de la Revolución Francesa. Más sospechas que hechos. Han aprendido de los franceses a asesinar a los propios”.[755]

Liubov Shaporina, integrante de la *intelliguentsia* artística de Leningrado, redactó una entrada extraña en su diario sobre el juicio a Piatakov en 1937. En un pasaje que combina el escepticismo irónico, el odio genuino a los comunistas y el deseo de engañar a cualquier lector no autorizado, escribió:

> Cada [ministerio] tiene entre sus líderes a un traidor y un espía. La prensa está en manos de traidores y espías. Son todos afiliados del partido que se mantuvieron a lo largo de todas las purgas. […] Ha habido un proceso continuo de decadencia, traición y perfidia en marcha, y todo a los ojos de los chequistas [hombres del NKVD]. ¿Y qué hay de las cosas que no se dicen en los juicios? Cuánto más terribles deben ser. Y lo peor de todo es la franqueza extrema de los acusados. Incluso los corderos de La Fontaine intentaron justificarse ante el lobo, pero nuestros lobos y zorros –personas como Radek, Shestov, Zinóviev, más que fogueados en esas lides– arriesgan el cuello, dicen “mea culpa” y cuentan todo; bien podrían estar en confesión.

La misma entrada da un giro drástico y desconcertante hacia el antisemitismo:

> De pronto resulta que el señor Trotski ya tenía todo resuelto de antemano, que estaba todo listo para empezar, que la maquinaria ya estaba pronta. ¡Maravilloso! Pero como siempre ocurre con los

> judíos, no había sido planeado con suficiente cuidado y estaba destinado a fracasar. […] Se les metió en la cabeza comerse a los rusos como cena, pensando que de todas formas son solo cerdos. No se apresuren, queridos míos, el pueblo ruso les mostrará de qué está hecho.[756]

María Svanidze, cuñada de la primera esposa de Stalin que integró el círculo social de este hasta que la arrestaron durante las grandes purgas, registró una serie de reacciones en sus diarios. En la época del juicio a Zinóviev-Kámenev en 1936, se enfocó en la corrupción de los privilegios: "Nunca confié [en esas personas] y jamás lo oculté, pero resultaron ser algo que superó todas mis concepciones de la bajeza humana". Todo –el terror, las "revueltas", la malversación– se hizo "únicamente por vocación, por codicia, por deseo de vivir, para tener amantes, viajes al exterior, la buena vida y las perspectivas inciertas de tomar el poder mediante un golpe palaciego". En una entrada posterior del diario, contempló algunos desastres de la vida cotidiana soviética y concluyó que debían ser causados por las "revueltas". ¿Cómo era posible que las fábricas textiles estuvieran llenas de súperproductores estajanovistas, pero aun así no hubiera productos textiles para comprar en las tiendas? "Ellos [los agiotistas] se interponen en el camino, y así obstaculizan cada rama de construcción, y nosotros debemos luchar despiadadamente contra eso".

El tema desapareció del diario de Svanidze durante largo tiempo, hasta que reapareció en una de las últimas entradas, del 7 de agosto de 1937, cuando ya empezaba a sentirse aterrada y deprimida. Aun así, hizo lo posible por ver a los "enemigos" como personas muy diferentes a ella, "ajenos a la sociedad", enemigos de clase:

> A menudo, cuando caminaba por la calle, observaba los rostros de las personas y me preguntaba adónde habían ido, cómo habían hecho esos millones de personas para ocultarse, aquellos que, por su posición social, educación y psiquis, no podían aceptar el régimen soviético, no podían marchar junto a los trabajadores y los campesinos pobres, junto al socialismo hacia el comunismo. Y ahora, veinte años después de la revolución, esos camaleones han emergido con todos sus ropajes falsos [*sic*].

Pero ahora el terror se acercaba, inexorable, y su creencia en que todos los arrestados eran culpables empezaba a flaquear: "Impera un estado de ánimo denso. Hay desconfianza y sospechas, y por qué sorprendernos si hoy los conocidos de ayer se vuelven enemigos que pasaron años mintiendo detrás de una máscara". El esposo de María Svanidze fue arrestado en diciembre, y poco después llegó el arresto de ella; luego de unos años en prisión, los dos fueron ejecutados.[757]

Poco se sabe hasta ahora sobre las reacciones a las grandes purgas de los hombres del NKVD que las llevaban a cabo. Pero surgen anécdotas ocasionales con relaciones inesperadas, como los reclamos de pensiones. Un funcionario del NKVD, Dmitri Shchekin, jefe de un departamento distrital de la policía en la región de Kursk, pasó la última semana de su vida en el verano de 1938 visitando a los familiares de las víctimas de las purgas y bebiendo con ellos. El 4 de agosto se suicidó. (Lo sabemos porque sus hijos solicitaron su pensión y les fue negada por haber sido un suicidio). En Kúibyshev, la región del Volga, durante la segunda mitad de 1937, otro jefe distrital del NKVD fue acusado de quitar la escolta a "enemigos del pueblo desenmascarados" que estaban por ser deportados. Con el pretexto de celebrar una reunión por las próximas elecciones soviéticas, permitió que más de doscientos miembros del *koljoz* "gigante" se reuniran para despedir a sus parientes y vecinos. Por este acto de rebeldía fue desenmascarado como enemigo y arrestado.[758]

* * *

Oficialmente, los "excesos" de las grandes purgas fueron repudiados en el XVIII Congreso del Partido en la primavera de 1939, unos meses después de la degradación de Ezhov y su posterior ejecución. Sin duda fue un proceso difícil de detener, ya que los primeros indicios de un intento de cambiar el rumbo se remontan a enero de 1938. En el plenario de enero del Comité Central, el miembro del Politburó Gueorgui Malenkov presentó el informe "Sobre los errores de las organizaciones al expulsar del partido a los comunistas, sobre una actitud burocrática formal hacia las apelaciones de las personas expulsadas del VKP(b) y sobre las medidas para eliminar

estas fallas”, en el que ofreció algunos ejemplos espeluznantes del terror descontrolado.[759] Stalin debe haber aprobado ese informe, aunque no contribuyó al debate. Sin embargo, sus colaboradores cercanos sí lo hicieron: Zhdanov pidió el fin de las acusaciones irresponsables contra las personas y criticó al NKVD, y Mólotov declaró que era importante “distinguir a las personas que habían cometido errores de los agiotistas”. Kalinin intentó reintroducir la noción de prueba de culpabilidad, al sugerir que lo que se necesitaba no era “mirar a alguien a los ojos o [decir] quién es amigo, hermano o esposa, o quién ha sido arrestado, sino preguntar qué ha hecho”.[760]

Pese al reconocimiento en 1939 de que los comunistas habían sido acusados erróneamente, pocas víctimas de las purgas fueron liberadas de la prisión o del Gulag en ese momento o en los años que siguieron. Las grandes purgas dejaron cicatrices profundas en la sociedad soviética, no solo por sus dimensiones,[761] sino también porque durante décadas fueron un tabú. Solo después de la crítica de Jruschev a los crímenes de Stalin en el XX Congreso del Partido en 1956 liberaron a la mayoría de los sobrevivientes de las grandes purgas. Incluso entonces, al igual que en 1939, la disculpa pública se dirigió a los comunistas castigados injustamente, no a los numerosos no comunistas que también fueron víctimas.

Es probable que la negativa a permitir el regreso de las víctimas de las purgas haya tenido las mismas raíces que la decisión, a principios de década, de mantener a los *kulakí* deportados en el exilio; parecía demasiado peligroso devolver a la sociedad a aquellas personas heridas de gravedad por el régimen. La suposición de que los enemigos eran enemigos para siempre estaba profundamente arraigada en la mentalidad comunista soviética, como vimos con relación a los “ajenos sociales” en un capítulo anterior. Así, también se creía que los enemigos castigados se volvían doblemente hostiles. Ahora bien: si los enemigos debían ser aislados y castigados, y castigar a los enemigos solo creaba más enemistad, ¿cómo acabar con este círculo vicioso? Por fortuna la Unión Soviética era inmensa –“Vasta es mi tierra natal”, decía la canción–, y el espacio podía ofrecer una solución a los problemas sociales, tal como habían hecho los británicos durante un siglo y medio con su política de transportar a los convictos a Australia. Si tan solo pudieran reunir a todos los enemigos, en la Unión Soviética había espacio suficiente para desterrarlos a distintos rincones

donde, según se esperaba, imperaría aquello de “ojos que no ven, corazón que no siente”. Los enemigos ocultos, desenmascarados, podrían volver a ocultarse, pero esta vez en un lugar donde el Estado lograse encontrarlos.

---

[677] Robert Gellately, “Denunciations in Twentieth-Century Germany: Aspects of Self-Policing in the Third Reich and the German Democratic Republic”, en Fitzpatrick, *Accusatory Practices*, pp. 214-215.
[678] RGAE, f. 396, op. 10, d. 66, l. 180 (cit. por Elena Suslova en su denuncia a *Krest'ianskaia gazeta* sobre intento de violación [1938]).
[679] La severidad del terror de 1937-1938 contra los marginados –antiguos *kulakí,* sectarios religiosos, miembros de las nacionalidades de la diáspora, etc.– se ha conocido hace poco tiempo: véanse Khlevniuk, *Politbiuró*, pp. 191-193; Getty, “Road to Terror”, pp. 470-480; Shearer, “Policing”, pp. 39-49; Hagenloh, “Socially Harmful Elements”, pp. 300-302; Martin, “Affirmative Action Empire”, cap. 8.
[680] RTsJIDNI, f. 17, op. 2, d. 561, ll. 130, 155. El orador era E. G. Evdokimov, del Cáucaso septentrional.
[681] Véase la misiva de Malenkov a Stalin a principios de 1937, citada en Khlevniuk, *1937-i*, pp. 82-83; discurso de Eije en el plenario de febrero-marzo de 1937, RTsJIDNI, f. 17, op. 2, d. 612, l. 16.
[682] Paperny, *Kul'tura*, p. 169; Hellbeck, “Fashioning”, pp. 350-355.
[683] *Report of Court Proceedings*, 1937, pp. 4, 475, 480-481, 496.
[684] Las actas del plenario de febrero-marzo fueron publicadas en *Vopr. ist.* desde 1992, n. 4-5.
[685] Stalin, *Soch.* I (XIV), p. 254.
[686] *Zvezda*, 3 de agosto de 1937, p. 2.
[687] *Pravda*, 9 de febrero de 1937, p. 1 (editorial); 30 de mayo de 1937, p. 2 (Postyshev); *Za ind*., 8 de abril de 1937, p. 2 (Gvajariia).
[688] *Kras. Tat*., 21 de abril de 1938, p. 4; véase también 24 de abril de 1937, p. 4, y *Partiinoe stroitel'stvo*, 1937, n. 15, pp. 41-42.
[689] *Pravda*, 25 de agosto de 1937, p. 3.
[690] Memorándum de A. I. Angarov y V. Ia. Kirpotin (departamento de cultura del Comité Central) a los secretarios Kaganóvich, Andréiev y Ezhov, 29 de agosto de 1936, en D. L. Babichenko (comp.), *“Literaturnyi front.' Istoriia politicheskoi tsenzury 1932-1946 gg. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1994, pp. 16-20.
[691] Sobre la difamación a Averbaj, véase *Literaturnaia gazeta*, 20 de abril de 1937, p. 1 (editorial); *Pravda*, 23 de abril de 1937, p. 2, y 17 de mayo de 1937, p. 4; *Molot* (Rostov), 28 de mayo de 1937, p. 2, etc. Sobre Kirshon, véase *Pravda*, 15 de mayo de 1937, p. 4.
[692] *Literaturnaia gazeta*, 5 de marzo de 1937, p. 2; *Pravda*, 17 de marzo de 1937, p. 1 y 30 de junio de 1937, p. 6; *Za ind*., 21 de mayo de 1937, p. 4, y 22 de mayo de 1937.
[693] *Pravda*, 11 de abril de 1937, p. 1; I. V. Stalin, “'Nevol'niki v rukaj germanskogo reijswera' (Rech' I. V. Stalina v Narkomate oborony)”, *Istochnik*, 1994, n. 3, pp. 73-74.
[694] *Pravda*, 18 de junio de 1937, p. 6.
[695] Anna Larina, *This I Cannot Forget. The Memoirs of Nikolai Bukharin's Widow*, trad. Gary Kern, Nueva York, 1993, pp. 43-44 [ed. cast.: *Lo que no puedo olvidar*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006]; Sats, *Zhizn'*, pp. 306-313.
[696] Al respecto, véanse Robert Conquest, *The Great Terror*, Harmondsworth, Mx., 1971 [ed. cast.: *El gran terror*, Barcelona, Luis de Caralt, p. 174] y Khlevniuk, *Politbiuró.*

[697] Oleg Kharkhordin, *The Collective and the Individual in Russia. A Study of Practices*, Berkeley, 1999, caps. 2, 3 y 6.
[698] Sobre estas reunions, véanse *Trud*, 21 de marzo de 1937, p. 2; *Pravda*, 22 de abril de 1937, p. 2; *Za ind*., 21 de agosto de 1937, p. 1; Fitzpatrick, "Workers against Bosses: The Impact of the Great Purges on Labor-Management Relations", en Siegelbaum, *Making Workers Soviet*, pp. 315-320; Victor Kravchenko, *I Chose Freedom*, Londres, 1949, pp. 216-226 [ed. cast.: *Escogí la libertad. La vida personal y política de un alto funcionario,* México, Editorial Libertad, 1952]. Sobre el tema de los antidirigenciales en el movimiento estajanovista en 1936, véanse Francesco Benvenuti, *Fuoco sui Sabotatori! Stachanovismo e organizzazione industriale in URSS 1934-1938*, Roma, 1988, pp. 307-327, y Robert Maier, *Die Stachanow-Bewegung 1935-1938*, Stuttgart, 1990, pp. 379-385.
[699] *Pravda*, 10 de mayo de 1937, p. 3.
[700] Se informó sobre las elecciones en *Za ind*., 8 de abril de 1937, p. 2; 10 de abril de 1937, p. 2; 15 de abril de 1937, p. 2; 22 de abril de 1937, p. 4. Véanse *Za ind.,* 18 de mayo de 1937, p. 2, sobre la identificación de Gvajariia como "agiotista", y Roy Medvedev, *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism*, Nueva York, 1989, p. 398 [ed. cast.: *Que juzgue la historia. Orígenes y consecuencias del estalinismo,* Barcelona, Destino, 1977], sobre el destino de Zýkov.
[701] El relato de estas elecciones se narra en Fitzpatrick, "Lives under Fire".
[702] *Za ind*., 20 de julio de 1937, p. 2; 1º de agosto de 1937, p. 3; *Tij. zv*., 3 de noviembre de 1937, p. 2; *Pravda*, 16 de junio de 1937, p. 4; *Tij. zv*., 9 de mayo de 1937, p. 3, y 16 de octubre de 1937, p. 3.
[703] El caso de la República del Lejano Oriente es una excepción parcial: el patrono de Javkin, Vareikis, logró evitar su expulsión del partido por algunos meses, pero luego el propio Vareikis fue degradado (por otras razones) y ambos fueron arrestados. Véase Robert Weinberg, "Purge and Politics in the Periphery: Birobidzhan in 1937", *Slav. Rev.*, 52(1), 1993, p. 22.
[704] *Neizvestnaia Rossiia*, IV, p. 192, y véanse los ataques a Nosov en *Pravda*, 13 de mayo de 1937, p. 2, y 4 de julio de 1937, p. 2. Nosov, cuya muerte data de 1937 en *Stalinskoe Politbiuró*, p. 297, casi con seguridad fue víctima de la purga.
[705] Adzhubei, *Te desiat' let*, pp. 185-188 (*Izv*., 15 de junio de 1937).
[706] *Sev. rab*., 10-12 de julio, 4-6 de agosto y 22-23 de septiembre de 1937; *Rab. put*., 22 de julio de 1937; B. G. Men'shagin, *Vospominaniia: Smolensk… Jatyn… Vladimirskaia t'iurma*, París, 1988, pp. 31-33; *Kommuna*, 23 de noviembre de 1937, p. 3, y 24 de noviembre de 1937, p. 3. Sobre el fenómeno general, véase Sheila Fitzpatrick, "How the Mice Buried the Cat: Scenes from the Great Purges of 1937 in the Russian Provinces", *Rus. Rev*., 52, 1993, pp. 299-320.
[707] Un mes después se exhibió en Kazán un documental sobre el juicio a Bujarin cuyo título señalaba que "la sentencia del tribunal es la sentencia del pueblo", en doble función con otro documental, *Strana sovetov*: *Kr. Tat*., 28 de abril de 1938, p. 4.
[708] Sobre la recuperación de los ladrones, véase arriba el cap. 3.
[709] Sobre la participación de Sheinin en la farsa de juicio, véanse Vaksberg, *Prosecutor*, pp. 66, 74-75, y *Za ind*., 30 de agosto de 1937, p. 1. Sobre su obra de teatro, véanse *Molot*, 8 de mayo de 1937, p. 3 (reseña de la puesta de Rostov por G. Kats); Scott, *Behind the Urals*, pp. 197-203.
[710] L. Sheinin y hermanos Tur, *Ochnaia stavka*, Moscú - Leningrado, 1938, pp. 44, 79.
[711] Véase arriba, cap. 5.
[712] Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, p. 201; *Za ind*., 21 de agosto de 1937, p. 1; GARF, f. 5446, op. 81a, d. 93, l. 88; *Sov. iust*., 1937, n. 4, pp. 53-54; *Koms. pr*., 5 de octubre de 1937, p. 2.
[713] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 250, ll. 2, 6; d. 340, l. 107.

[714] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1570, l. 49. RTsJIDNI, f. 17, op. 114, d. 822, l. 62; f. 475, op. 1, d. 16, l. 36; d. 9, l. 259. Estos ejemplos provienen de denuncias enviadas a diversas autoridades, 1936-1938.
[715] PANO, f. 3, op. 11, d. 542; SA, WKP 111, 22.
[716] SA, WKP 392, 66, 91-94.
[717] Los informes sobre los "nueve de Sarátov" y los "veinte de Sarátov" (los rótulos son míos y están basados sobre el número de acusados en un único expediente), escuchados por la troika del NKVD de la óblast de Sarátov el 29 de noviembre y el 31 de diciembre de 1937, fueron solicitados por Vyshinski tras recibir peticiones de los familiares de algunos acusados; se encuentran junto a las peticiones en GARF, f. 5446, op. 81a, d. 348, l. 141; y d. 353, ll. 59-61.
[718] GARF, f. 1235, op. 141, d. 1859, l. 1.
[719] Robert A. McCutcheon, "The 1936-1937 Purge of Soviet Astronomers", *Slav. Rev.*, 50(1), 1991.
[720] RTsJIDNI, f. 17, op. 2, d. 639, ll. 13-14, 20. Véase también Khlevniuk, *Politbiuró*, pp. 216-228.
[721] *Intimacy and Terror*, pp. 142.
[722] GARF, f. 5446, op. 82, d. 56, ll. 331 y 243-244; ibíd., d. 51, ll. 213-223.
[723] *Istochnik*, 1994, n. 3, p. 75: *Gor'kovskaia kommuna*, 27 de julio de 1937, p. 3; *Sovetskoe studenchestvo*, 1939, n. 1, pp. 16-17.
[724] *Zvezda*, 1 de agosto de 1937, p. 3. La joven Elena Bónner encontró a otro niño cazador de espías oriundo de Bielorrusia en el campamento infantil de Artek en Crimea: Bonner, *Mothers*, p. 245.
[725] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 335, ll. 29-45 (1939).
[726] *Krok*., 1939, n. 11, pp. 8-9. Nótese que estos chistes de "denuncias" están relacionados con una campaña oficial contra las "falsas denuncias"; por lo general, era un tema tabú.
[727] RTsJIDNI, f. 475, op. 1, d. 10, l. 138; d. 16, l. 36 (celebridades); GARF, f. 5446, op. 82, d. 56, ll. 315-316, e ibíd., ll. 261-263 (políticos); f. 5446, op. 81a, d. 339, l. 64; d. 348, l. 52; d. 349, ll. 129-135 (fotógrafo, artista, peletero).
[728] Sobre ejemplos de denuncias burocráticas y profesionales, véanse GARF, f. 5446, op. 82, d. 65, l. 53; op. 81a, d. 154, l. 2; f. 5446, op. 82, d. 65, l 207; y TsGAIPD, f. 24, op. 2g, d. 226, l. 1. Sobre evidencia de la impopularidad de la RAPP y de Averbaj en las provincias, véanse *Molot*, 28 de mayo de 1937, p. 2, y *Rab. put*., 20 de mayo de 1937, pp. 3-4, y 3 de junio de 1937, p. 3.
[729] HP, #338 (XXXIII), pp. 19-20.
[730] Actual sede del Museo del Impresionismo Ruso, en Moscú. [N. de E.]
[731] RTsJIDNI, f. 17, op. 2, d. 639, ll. 7-8 (cit. en el informe de Malenkov al plenario del Comité Central en enero de 1938).
[732] *Kras. Tat*., 12 de junio de 1938, p. 2; GARF, f. 5446, op. 81a, d. 94, ll. 99-100 (informe del NKVD sobre la investigación del suicidio).
[733] *Ural'skii rabochii*, 2 de febrero de 1938, p. 2. Jruschev sacó conclusiones similares sobre el denunciante de Postyshev, Nikolaenko: *Khrushchev Remembers. The Glasnost Tapes*, trad. Jerrold L. Schecter y Vyacheslav V. Luchkov, Boston, 1990, pp. 34-35.
[734] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 93, ll. 321-323.
[735] Ol'ga Adamova-Sliozberg, "Put'", en *Dodnes' tiagoteet*, vyp. 1: *Zapiski vashei sovremennitsy*, Moscú, 1989, p. 12.
[736] F. E. Treivas, "My borolis' za ideiu", en *Zhenskaia sud'ba*, pp. 91-92.
[737] Bonner, *Mothers*, p. 207. En realidad, fue una falsa alarma; solo un interrogatorio sobre sus padres, no un arresto.
[738] Ibíd., p. 265.

[739] Iuri Trífonov, *Dom na naberezhnoi*, en su *Moskovskie povesti*, Moscú, 1988; I. A. Shijeieva (Gaister), "Semeinaia jronika vremen kul'ta lichnosti (1925-1953 gg.)", ms., pp. 41, 43, 52; Bonner, *Mothers*, pp. 261, 285-286.
[740] Lydia Chukovskaya, *Sofia Petrovna*, trad. Aline Worth, revisada por Aliza Kellogg Klose, Evanston, 1988, pp. 71-72. Sofía Petrovna es un personaje ficticio, pero Chukovskaia conocía esta escena de su propia vida, ya que su esposo fue víctima de las grandes purgas.
[741] Shijeieva, "Semeinaia jronika", p. 42.
[742] Bonner, *Mothers*, pp. 324-325.
[743] Latvijas valsts arhiva social-politisko dokumenta nodala (LVA SPDN), f. 101, op. 15, d. 122, ll. 108-109 (declaración de la abogada al investigador, 1952).
[744] Shijeieva, "Semeinaia jronika", pp. 40-41.
[745] Aleksandr I. Solzhenitsyn, *The Gulag Archipelago* I-II, trad. Thomas P. Whitney, Nueva York, 1974, pp. 160-161 [ed. cast.: *Archipiélago Gulag. Ensayo de investigación literaria 1918-1956*, Barcelona, Tusquets, 2005].
[746] Nina Kosterina, *The Diary of Nina Kosterina*, trad. Mirra Ginsburg, Nueva York, 1968, p. 128 [ed. cast.: *El diario de una chica rusa*, Barcelona, Nova Terra, 1970].
[747] Iuliia Piatnitskaia, *Dnevnik zheny bol'shevika*, Benson, Vt., 1987, pp. 39, 47-48, 53-54.
[748] Orlova, *Memoirs*, p. 61; Lidiia Libedinskaia, *Zelenaia lampa. Vospominaniia*, Moscú, 1966, pp. 82-88.
[749] Hellbeck, *Tagebuch*, p. 240 (entrada del 18 de diciembre de 1937). Sobre otras afirmaciones de la inocencia de los padres, véanse Kosterina, *Diary*, p. 85; Shijeieva, "Semeinaia jronika", p. 37; y Khlevniuk, *1937-i*, p. 216.
[750] Bonner, p. 317 (el destacado me pertenece).
[751] TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 2487, ll. 141-146; Sheila Fitzpatrick, "Workers against Bosses: The Impact of the Great Purges on Labor-Management Relations", en Siegelbaum, *Making Workers Soviet*, pp. 330-336; Davies, *Popular Opinion*, pp. 130-133.
[752] Khvalynsky, en *Soviet Youth*, p. 123.
[753] HP, #395 (XX), p. 40, y #87 (XXX), p. 14; SA, WKP 415: 142 (carta de 1937); *Krest. pr*., 2 de agosto de 1937, p. 2.
[754] *Neizvestnaia Rossiia*, IV, p. 192 (entrada del 19 de abril de 1937). Sobre sus conversaciones con Krupskaia y Krylenko, véase ibíd., pp. 192-193.
[755] *Intimacy and Terror*, pp. 141-142, 162.
[756] *Intimacy*, pp. 350-351.
[757] M. A. Svanidze, "Dnevniki", en *Iosif Stalin*, pp. 186-187, 188, 192-193, 193-194, nota 1.
[758] GARF, f. 5446, op. 81a, d. 348, l. 4; ibíd., f. 3316, op. 64, d. 1854, l. 238.
[759] RTsJIDNI, f. 17, op. 2, d. 639, l. 708.
[760] G. A. Chigrinov, "Pochemi Stalin, a ne drugie?", *Voprosy istorii KPSS*, 1990, n. 6, p. 92.
[761] La cuestión cuantitativa sigue siendo objeto de controversia, aunque ahora estamos mucho más informados gracias a la apertura de los archivos soviéticos. Los datos recopilados por Arch Getty y sus colaboradores muestran que casi setecientas mil personas fueron ejecutadas y un número similar condenadas a campos de concentración y a la cárcel en los años 1937-1938, así como una cantidad tanto menor (alrededor de veinte mil) fueron condenadas al exilio. La misma fuente establece una cifra de un millón cuatrocientas mil detenciones por "delitos contrarrevolucionarios" y casi trescientos mil arrestos por "agitación antisoviética" en esos años (Getty, "Road to Terror", p. 588).

Conclusiones

Un chiste popular de las décadas de 1920 y 1930 presenta a un grupo de conejos que aparecen en la frontera entre Polonia y la Unión Soviética y solicita permiso para ingresar a Polonia. Cuando les preguntan por qué quieren irse, responden: "La GPU ha ordenado arrestar a todos los camellos de la Unión Soviética". "¡Pero ustedes no son camellos!". "Intenta decírselo a la GPU".[762] Este es uno de los tantos chistes de la época que resaltan la arbitrariedad del terror. Pero el terror no era lo único arbitrario en la Rusia de Stalin. Las recompensas –por ejemplo, aquellas que caían en manos de las celebridades estajanovistas y otras afamadas personas comunes y corrientes– también eran arbitrarias. Toda la burocracia actuaba de manera arbitraria, mínimamente guiada por la ley y solo a veces manipulable por medio de las relaciones personales. Los líderes políticos hicieron cambios abruptos en las decisiones políticas estatales, a menudo descartando sin explicación un rumbo seguido sin tregua durante años y sustituyéndolo con algo completamente distinto, hasta contradictorio. Cada vez que esto ocurría, algunos chivos expiatorios elegidos en forma arbitraria eran castigados por haber aplicado las antiguas medidas políticas con demasiado entusiasmo.

Estas circunstancias fomentaron el fatalismo y la pasividad en la población, e inspiraron la sensación de que el individuo no controlaba ni podía controlar su propio destino. Estas actitudes se hicieron visibles en las entrevistas del proyecto de Harvard, en especial respecto de preguntas sobre cómo podían los ciudadanos soviéticos protegerse o promover sus intereses en diversas situaciones hipotéticas. "No podían hacer nada" fue la respuesta más habitual, aunque a menudo esa fórmula entraba en contradicciones cuando, luego de más preguntas, los encuestados sugerían cosas que el ciudadano hipotético *podía* hacer.[763] En el mundo real, desde luego, los ciudadanos soviéticos no carecían de estrategias para protegerse, por arraigada que estuviera su sensación de dependencia y falta de voluntad. De

hecho, aseverar la falta de poder ante las autoridades –como hacían los encuestados del proyecto de Harvard con sus entrevistadores estadounidenses– era precisamente una estrategia de ese tipo.

“Siento que he vivido la vida de otra persona”, dijo una mujer entrevistada en el período postsoviético en referencia a los trastornos que la expulsaron del pueblo durante la colectivización. Esto era parte del conjunto de sentimientos que llevó a los encuestados de Harvard a afirmar que la vida en la Unión Soviética en la década de 1930 no era “normal”, que no se podía “llevar una vida normal”. Los encuestados nunca aceptaron la responsabilidad individual o colectiva por esta situación, que fue atribuida de lleno a “ellos”, al gobierno, a todas las fuerzas externas que ponen la vida propia fuera de su control. La anormalidad tenía muchos aspectos, entre ellos la imprevisibilidad y el desarraigo, más la violencia estatal contra los ciudadanos; pero había un tema constante: llevaban una vida anormal debido a las privaciones y las dificultades. Algunos encuestados incluso usaron la frase “vivir normalmente” para hacer referencia a llevar una vida cómoda y privilegiada, esa vida a la que todos tenía derecho, no la vida que llevaba la mayoría. La “vida normal” era un ideal, no un concepto estadístico.[764]

La sensación de imprevisibilidad se acentuó con las bruscas rupturas, desplazamientos y desarraigos que eran parte integral de la vida soviética. El patrón comenzó con la Primera Guerra Mundial y la guerra civil, cuando grandes cantidades de personas sufrieron desarraigo geográfico y social, perdieron contacto con la familia y los amigos, y trabajaron en ocupaciones diferentes a las que hasta entonces realizaban. La revolución abrió las puertas del progreso para algunos y las cerró para otros. Luego, a fines de la década de 1920, las nuevas turbulencias de la revolución de Stalin volvieron a quebrantar las rutinas y las expectativas. Los campesinos estigmatizados como *kulakí* fueron deportados o huyeron a las ciudades sin saber qué querían para sus nuevas vidas. Su sentido de desarraigo se transmite en las palabras de un entrevistado del proyecto de Harvard, hijo de un *kulak* expropiado en 1930, que tuvo dificultades para responder a la pregunta sobre lo que su padre habría querido que fuera. “Cuando vivíamos en el país, mi padre quería que yo fuera campesino”, dijo por fin. “Cuando nos persiguieron hasta dejar el país, perdimos cualquier orientación de lo que queríamos ser. *Quedé librado a mi suerte*”.[765]

La vida podía parecer igual de impredecible para los beneficiarios de las oportunidades soviéticas. Todas esas deslumbrantes historias de éxito (relatadas en el capítulo 3), de ascensos estilo Cenicienta, desde la posición más humilde hasta la cima, expresan una sensación de asombro, así como de satisfacción y autocomplacencia. Pero ese ascenso tenía sus propios riesgos. Podía suceder que una persona tuviera la vivencia de un ascenso deslumbrante y una caída repentina, como le ocurrió a un joven seleccionado por el Komsomol para ser entrenado como aviador, cuya buena fortuna se truncó de pronto cuando arrestaron a su padre y la familia se exilió. Había un equilibrio reconocido entre los beneficios de una carrera y sus desventajas. Así lo expresó uno de los encuestados de Harvard: "El trabajo como veterinario, en general, es bueno en la Unión Soviética. Un veterinario tiene la posibilidad de obtener productos [es decir, alimento]. Por otro lado, es como el trabajo de cualquier empleado y especialista. Es peligroso. Existen planes. El plan es superior, y cualquiera puede ser llevado a juicio en cualquier momento". Algunas personas se negaban a aceptar un ascenso por las mayores responsabilidades y peligros que conllevaba. "Ascender de puesto implica más responsabilidades. Cuanto mayor es la responsabilidad, más cerca está el desenmascaramiento. Sentarse en el fondo era más seguro".[766]

En uno de los pocos diarios campesinos que sobreviven de la época de Stalin, el tema primordial para el autor es el clima, principal determinante arbitrario de la buena y la mala suerte en su mundo rural; el gobierno casi no aparece mencionado. Por el contrario, los diaristas urbanos registraron de manera detallada las principales iniciativas del gobierno, tal vez por el mismo motivo por el cual el diarista campesino anotaba los cambios en el clima. Estos diarios de la época de Stalin son interesantes por la cantidad de tiempo y pensamiento que sus autores otorgan a los asuntos públicos, en especial si definimos ese concepto de manera amplia para incluir la economía y la disponibilidad de bienes de consumo o su falta. La vida privada y las emociones personales están presentes en los diarios, pero parecen limitadas y sobrecargadas de eventos y presiones públicas, siempre susceptibles de ser alejadas del foco de atención por alguna crisis externa.[767]

Stepan Podlubnyi quería encontrar amigos, pero tendrían que estar dispuestos a ayudarlo a convertirse en un buen ciudadano soviético para liberarse de la mancha de su pasado *kulak*. Liubov Shaporina, exesposa del

compositor Iuri Shaporin, escribió obsesivamente sobre la pérdida de su hija menor, pero mezcló esa pérdida y la destrucción de su felicidad personal con los sufrimientos de la *intelliguentsia* y Rusia a manos del Estado durante las grandes purgas. En el diario de Arkadi Mankov los asuntos públicos, desde una perspectiva distorsionada, eran los temas principales, e incluso cuando el diarista mencionaba asuntos familiares se inmiscuían sus opiniones sobre el Estado. Para Galina Shtange, activista del movimiento de las esposas, uno de los temas principales era el conflicto entre las obligaciones familiares y las públicas. Para la estudiante Nina Kosterina, dedicada cronista del primer amor y la amistad en la primera parte de su diario, la vida privada quedó irremediablemente comprometida y enredada con los asuntos públicos después de que su padre fuese arrestado como "enemigo del pueblo".[768]

No es de sorprender que los rusos que miran en retrospectiva sus vidas durante el período de Stalin utilicen acontecimientos públicos, no privados, como puntos y marcos de referencia. Cuando un académico estadounidense entrevistó a viejas campesinas rusas a principios de la década de 1990, diseñó sus entrevistas "para captar sus experiencias con el parto y el cuidado de los hijos, partiendo del supuesto de que el nacimiento y la crianza de los hijos son acontecimientos que definen la vida de una mujer". Sin embargo, descubrió que los acontecimientos públicos dominaban tanto la vida de esas mujeres como la manera en que los recordaban. "La vida de casi todas las mujeres que entrevisté fue […] modelada con más fuerza por los acontecimientos de principios de la década de 1930. Casi todas las mujeres tenían vidas rotas y la ruptura se remontaba a esa época (aunque para algunas la guerra desempeñó un papel aún más central). Sus hijos eran importantes para ellas, pero su identidad y lo que hicieron con sus vidas fue definido por las turbulencias de la década de 1930".[769]

Cuando a los encuestados del proyecto de Harvard les preguntaron cómo se podía progresar en la sociedad soviética, algunos dijeron que con educación y un origen proletario, otros mencionaron el oportunismo y la tarea de informante, muchos respondieron tener contactos y algunos señalaron la suerte.[770] La suerte era, en efecto, muy importante. Por esta razón, los ciudadanos estalinistas, por lo general pasivos, también eran intermitentemente osados, compraban billetes de lotería y jugaban el juego potencialmente peligroso de denunciar a sus jefes; eran capaces de contar chistes antisoviéticos y a veces, cuando estaban ebrios, hacían gestos

obscenos a imágenes sacras en espacios públicos. No eran tan cautelosos como cabría esperar de personas que viven bajo un régimen altamente represor, tal vez porque no confiaban en que la prudencia les garantizaría la supervivencia.

A veces era necesario asumir riesgos para alcanzar un funcionamiento eficaz. Los gerentes industriales, por ejemplo, no podían conseguir las materias primas, los repuestos y la mano de obra que necesitaban sin romper reglas y asumir riesgos, pese a la posibilidad siempre presente de ser castigados. El historiador económico Joseph Berliner señaló que en la Unión Soviética "el gerente exitoso, el que asciende rápido a la cima y hace una carrera brillante, es el que está dispuesto a arriesgarse a ser arrestado y sentenciado a prisión. Allí opera un proceso selectivo que eleva a la cima al que se arriesga y deja a los pusilánimes en el camino".[771]

Asumir riesgos (en oposición a la prudencia en el cálculo) era algo muy valorado. Incluso la *intelliguentsia* literaria, uno de los grupos más cobardes y reacios al riesgo de la sociedad soviética, convirtió en héroes a quienes entre sus filas tomaron riesgos y a los mártires. Los escritores como Mijaíl Bulgákov, que superaron los límites de lo permitido en sus escritos, eran admirados por eso; los editores de revistas y los directores de teatro ganaron prestigio entre sus colegas, además de arriesgarse a ser castigados al intentar publicar o poner en escena ciertas obras.

La mentalidad del juego, cabe señalar, era la antítesis directa de la mentalidad de planificación racional que el régimen aprobó y trató de inculcar en sus ciudadanos. Para el discurso oficial, no había nada más glorioso que el plan quinquenal y la regularidad y previsibilidad que sugiere la frase "según el plan". La espontaneidad o la casualidad, lo contrario de la previsibilidad, eran dificultades a superar; el accidente (en el sentido de acontecimiento imprevisto) no solo era deplorable, sino trivial desde una perspectiva epistemológica; el término "elementos accidentales" se usaba para referir a personas que no tenían derecho a estar allí o simplemente no tenían derechos. Sin embargo, todo esto estaba en relación dialéctica con la mentalidad de la mayoría de los ciudadanos soviéticos, que recurrían a la "espontaneidad" (concepto sin agente en ruso) para que los rescatara cuando estaban en dificultades con los planes del régimen y sabían que "distribución planificada" de bienes en realidad significaba escasez.[772]

La tendencia a asumir riesgos ocasionales o incluso regulares no significaba que la gente no le tuviera miedo al régimen. Por supuesto, le

temían, dada su demostrada predisposición a castigar, la fuerza de su brazo punitivo, su memoria larga y vengativa, y la impredictibilidad de sus estallidos. Por lo tanto, la postura normal de un ciudadano soviético era de conformidad pasiva y obediencia externa. Sin embargo, esto no entrañaba que los ciudadanos soviéticos tuvieran necesariamente un gran respeto por la autoridad. Por el contrario, cierto grado de escepticismo, incluso la negativa a tomar del todo en serio las declaraciones más serias del régimen, era la norma. De todo el repertorio de resistencia cotidiana de los ciudadanos soviéticos, la frase popular "Esto también pasará", pronunciada encogiendo los hombros como respuesta a una nueva iniciativa de las decisiones políticas impuestas desde arriba, era una de las más devastadoras desde el punto de vista del régimen. Aunque la literatura del realismo socialista hizo lo imposible por proporcionar ejemplos de liderazgo decidido, dedicado y eficaz, otras imágenes de autoridad demostraron ser al menos igual de duraderas.[773]

En dos de los clásicos literarios más leídos y queridos de la época de Stalin durante la preguerra, *Las doce sillas* y *El becerro de oro*, de Ilf y Petrov, el héroe es un hombre de confianza cuyo valor radica en su capacidad para hablar y pensar más rápido que los funcionarios locales de mente lenta. En la película *El teniente Kijé* (1934), hoy recordada por la banda sonora de Prokófiev, las autoridades (desde la época del emperador Pablo) son tan estúpidas que nombran a un hombre para la Guardia, lo deshonran y lo sentencian a Siberia, lo perdonan y vuelven a ascenderlo al rango de general… todo sin darse cuenta de que él jamás existió. En el popular éxito literario de la Segunda Guerra Mundial, *Vasili Tiorkin* de Aleksandr Tvardovski, el protagonista es un antihéroe que posee todas las habilidades de búsqueda y supervivencia que necesita el *Homo Sovieticus* y siente el mismo alegre desdén por la autoridad que aparece en *Las aventuras del buen soldado Svejk* de Jaroslav Hasek.[774]

La antítesis "nosotros" y "ellos" era fundamental para la mentalidad subalterna soviética en la década de 1930. "Ellos" eran quienes dirigían las cosas, los que estaban arriba, los que tenían poder y privilegios. "Nosotros" eran los de abajo, las personas comunes sin poder ni privilegios a quienes "ellos" empujaban, explotaban, engañaban y traicionaban. Por supuesto que la línea divisoria variaba según la posición del orador. Así como ningún profesional soviético del período de Brézhnev admitió jamás ser un "burócrata",[775] probablemente ningún ciudadano soviético de la década

de 1930 se identificaría como uno de "ellos" con respecto al poder ni a los privilegios. "Ellos", los que tenían poder y privilegios *verdaderos,* siempre existían en una esfera superior a la del hablante.[776]

Según un *koljoznik,* que escribió para expresar su opinión sobre la Constitución, había dos clases en la sociedad: "Los empleados [administrativos] y los trabajadores son una clase, y la segunda clase son los *koljozniki* [que] soportan todas las cargas, todo el trabajo duro y todos los impuestos, y los empleados no tienen ninguna [carga], como la clase dominante". Pero los trabajadores que abordaron el tema siempre vieron a su propia clase como explotada. "Camarada Zhdanov, en todas las reuniones se habla de la sociedad sin clases, pero en realidad no es así; hay un puñado de personas que viven y se olvidan del comunismo. Es hora de dejar de alimentar [a los altos funcionarios], es hora de cerrar los 'Torgsin'", escribió en forma anónima un grupo agraviado. Los administradores "viven en las mejores condiciones y viven a expensas del trabajo de la clase obrera", se quejó otro trabajador, y señaló que "aquí se han desarrollado nuevas clases, con la única diferencia de que no se las llama 'clases'".[777]

Para muchos ciudadanos soviéticos, al parecer, los privilegios y el poder político estaban tan estrechamente relacionados en la década de 1930 que quedaba poco espacio para otros tipos de hostilidad de clase. El resentimiento por los privilegios era fuerte, pero parece haber estado dirigido casi exclusivamente contra los privilegios de los funcionarios, es decir, contra el Estado y el Partido Comunista, no contra los privilegios de la *intelliguentsia*. Cuando los entrevistadores del proyecto de Harvard, en busca de datos sobre los antagonismos de clase en el seno de la sociedad, preguntaron cuáles grupos sociales básicos (la *intelliguentsia,* los empleados, los obreros, los campesinos) recibían "menos de lo que merecían", obtuvieron una llamativa respuesta; en efecto, irónicamente, los encuestados expresaron un apoyo entusiasta a la afirmación de Stalin de que el antagonismo de clase había sido eliminado en la Unión Soviética. *Todas* las clases sociales, incluida la *intelliguentsia*, recibían "menos de lo que merecían", eso pensaba la mayoría de los encuestados de todas las clases, aunque es cierto que solo cerca de la mitad de los de clase obrera y campesina tenía esta opinión sobre la *intelliguentsia*. Además, muchos se apresuraron a recordarles a los entrevistadores que un grupo relevante había

sido omitido de la pregunta, a saber, las “personas del partido”: ellas eran las únicas que recibían más de lo que merecían.[778]

Esta amabilidad hacia la *intelliguentsia* por parte de obreros y campesinos es sorprendente, ya que aparentemente imperaba un fuerte sentimiento anti*intelliguentsia* entre la clase obrera durante la revolución y a lo largo de la década de 1920, cuando los “especialistas burgueses” eran atacados como sobrevivientes de las clases privilegiadas zaristas que habían logrado aferrarse a sus privilegios a pesar de la revolución. Durante el juicio de Shajti de 1928, los trabajadores no solo aceptaron la opinión del fiscal, para quien los ingenieros acusados eran culpables de sabotaje y traición, sino que incluso fueron más lejos (“Arrancarles la cabeza sería poco”; “Debemos dispararles a todos o de lo contrario no tendremos paz”).[779]

Si estas actitudes entraron en remisión en la década de 1930, quizás fue porque la “guerra contra la nación”, como la llama Adam Ulam, por parte del régimen centró la ira popular exclusivamente en el partido y sus líderes, o tal vez fue una respuesta al hecho de que la *intelliguentsia* se había renovado a través de la movilidad ascendente de las clases más bajas, ya fuera subvencionada por el Estado o de otro tipo a partir de 1928.[780] Sin embargo, es probable que los encuestados de Harvard entendieran que la de “menos de lo que se merecían” era una pregunta sobre la victimización, no sobre los privilegios. La noción de victimización colectiva fue propiciada por los ciudadanos soviéticos, que no fueron excluyentes en su aplicación. Era más satisfactorio señalar que casi todo el mundo sufría que comentar en qué medida.

Hasta ahora describí actitudes populares hacia el régimen que van desde la aceptación pasiva hasta la hostilidad cautelosa. Sin duda, la falta de seguridad personal, la supresión de la religión, el surgimiento de una nueva clase privilegiada, la vigilancia policial y el terror contribuyeron a la crítica popular generalizada del régimen en la década de 1930. Pero la causa principal era económica: la gente vivía mal, peor de lo que había vivido diez o veinte años atrás. El comentario más frecuente entre todos los comentarios críticos reunidos en los sumarios de opinión popular del NKVD fue “Estábamos mejor antes” (durante la NEP, bajo los zares). En tales circunstancias, hubiera sido extraordinario que las personas no culparan al gobierno, tanto más cuanto la privación que experimentaban los ciudadanos comunes estaba claramente relacionada con políticas gubernamentales como la colectivización y la industrialización de choque.

Pese a sus promesas de abundancia futura y a la propaganda masiva de sus logros actuales, el régimen estalinista hizo poco para mejorar la vida del pueblo en la década de 1930. A juzgar por los sondeos de opinión pública del NKVD, fuente polémica pero la única disponible para nosotros, el régimen estalinista era bastante, aunque no desesperadamente, impopular en las ciudades rusas. (En los pueblos rusos, en especial durante la primera mitad de los años treinta, su impopularidad era mucho mayor). Por lo general, como informaba en forma regular el NKVD y repetían las declaraciones oficiales, el "hombre común" de las ciudades soviéticas, que solo pensaba en su bienestar y el de su familia, estaba "insatisfecho con el poder soviético", aunque de una manera fatalista y pasiva.[781] La situación posterior a la vigencia de la NEP era comparada desfavorablemente con la época de su apogeo, y Stalin –pese a que su culto era fomentado oficialmente– era comparado desfavorablemente con Lenin, a veces por ser más represor, pero sobre todo por haber permitido que el pueblo pasara hambre.

Esto no quiere decir que el régimen de Stalin no contara con el apoyo de sus ciudadanos. El apoyo activo provenía de los jóvenes, los privilegiados, los funcionarios y los afiliados del partido, los beneficiarios de las políticas de acción afirmativa y los grupos favorecidos, como los estajanovistas. Entre estos, es probable que los jóvenes sean la categoría más interesante. Menos propensa que sus mayores a reaccionar ante las dificultades económicas, la juventud urbana, o al menos un enorme porcentaje de ese grupo, así como muchos jóvenes campesinos escolarizados, parecen haber asimilado los valores soviéticos –a los que asociaban con el rechazo de todo lo que era aburrido, corrupto, sin principios, viejo y rutinario– y haberlos identificado, a menudo de manera apasionada y efusiva, con los ideales soviéticos. Estaban listos para incursionar en la causa soviética: habían crecido ansiando participar en expediciones polares y ser voluntarios en la construcción de Komsomolsk en la República del Lejano Oriente. Era un grupo que, como afirmó Solzhenitsyn, había crecido bajo el poder soviético y pensaba la revolución como "nuestra". Incluso los jóvenes estigmatizados por su origen social compartían la orientación "soviética" de sus pares más afortunados. "No me uní al partido, pero era comunista de corazón", confesó en una entrevista reciente una maestra que sufrió mucho en la década de 1930 por ser hija de un sacerdote.[782]

Las actitudes de la mayoría de los ciudadanos urbanos que no eran defensores activos del régimen son más difíciles de percibir que las de los activistas y los jóvenes entusiastas. La clase obrera, a la que el régimen había recurrido para obtener apoyo en la década de 1920, había cambiado tanto debido a la afluencia de campesinos y la movilidad ascendente de los "viejos" trabajadores que corresponde dudar de su coherencia como clase y de la sensación de una conexión especial con el régimen. Varios historiadores del trabajo sostienen que el tema dominante de los años treinta es la explotación estatal y la resistencia de los trabajadores. Sin embargo, es probable que muchos trabajadores conservaran un sentimiento residual de conexión con la causa soviética, sobre todo en ciudades de fuerte tradición revolucionaria como Leningrado, y que esto constituyera un apoyo pasivo al régimen.[783]

Hace poco se argumentó que preguntar si los ciudadanos soviéticos aceptaban la cosmovisión soviética tiene tanto sentido como preguntar si los ciudadanos medievales aceptaban la cristiana: simplemente no había otra.[784] La analogía presenta debilidades obvias, ya que en el caso soviético todos los mayores de treinta años en 1937 recordaban a la perfección el mundo presoviético, y en el censo de ese año más de la mitad de la población se autoidentificó como creyente religiosa dando por tierra con un principio básico de la cosmovisión soviética. Sin embargo, el argumento es útil para recordar que la mayoría de las personas casi siempre aceptan a sus gobiernos, y lo más probable es que la población urbana rusa de la década de 1930 no haya sido una excepción a esta regla.[785]

En primer lugar, el gobierno soviético se había posicionado como depositario del sentimiento nacional y el patriotismo; sus proyectos de construcción y fortalecimiento de la nación podían atraer incluso a quienes se quejaban de la escasez y resentían los privilegios de la élite de funcionarios. Además, a lo largo de la década de 1930, el elemento ruso del patriotismo soviético pasó a ocupar un lugar cada vez más importante, con el regreso de la historia rusa a la currícula escolar, de los uniformes y las insignias del ejército soviético que tanto se parecían a los del antiguo ejército imperial ruso, etc.[786] Es probable que esto haya elevado las tasas de aprobación pasiva entre la población rusa, aunque puede haber tenido consecuencias diferentes en las repúblicas no rusas.

En segundo lugar, para muchos ciudadanos se trataba de un régimen asociado con éxito al progreso. Y si bien la soviética no era literalmente la

única cosmovisión disponible para los rusos en la década de 1930, lo era en relación con la modernidad. Independientemente de que el régimen soviético tuviera o no amplia legitimidad entre la población, su misión modernizadora (civilizadora) la tenía. Hasta donde sabemos, la mayoría de las personas aceptaban la dicotomía entre "atraso" y "cultura" y la idea de que el régimen ayudaba a la población a volverse menos atrasada y más culta, lo que constituía el núcleo del mensaje soviético. Es posible que en lo personal atesoraran algunos aspectos de su propio atraso (como embriagarse y golpear a sus esposas), pero esto era compatible con la aceptación de que la embriaguez y el maltrato a las mujeres eran algo malo y signos de un ser humano inculto y poco desarrollado. Incluso podía ocurrir que la misma persona que un día se quejaba de la ausencia de pescado del mercado al día siguiente le dijera a su vecino que quejarse de la escasez era señal de atraso y falta de desarrollo político.

En tercer lugar, en la década de 1930 el Estado soviético se estaba convirtiendo en un Estado de bienestar, aunque incompleto y espasmódico en la entrega de beneficios. El Estado era el distribuidor monopólico de bienes y servicios, lo que significaba que la asignación –el poder de decidir quién obtenía qué– era una de sus funciones más importantes. Tal como afirma János Kornai, en los sistemas de tipo soviético la población está bajo la "tutela paternalista" y el cuidado del partido y el Estado. "La burocracia está *in loco parentis*", escribe Kornai; "todos los demás estratos, grupos o individuos de la sociedad son niños, protegidos cuyas decisiones deben ser tomadas por los tutores adultos". La posición natural del ciudadano hacia un Estado que controla la distribución de bienes y beneficios es de súplica, no de resistencia. También puede ser de dependencia pasiva; en efecto, los funcionarios soviéticos a menudo se quejaban de los hábitos "dependientes" del *Homo Sovieticus,* su falta de iniciativa y su terca esperanza en que el Estado abastecería y debía abastecer.[787]

El Estado soviético, tan enredado con la vida cotidiana de los ciudadanos, era un híbrido llamativo. Por un lado, seguía siendo revolucionario y estaba comprometido a cambiar el mundo y la vida de los ciudadanos, y a perpetrar toda la violencia, la intolerancia y la desconfianza que requieren esos objetivos. Por otro lado, se desplazaba hacia el paternalismo del Estado de bienestar que caracterizaría a los sistemas de tipo soviético en el período de la posguerra y ya era percibido por sus ciudadanos en esos términos. Estas dos facetas del Estado parecen muy diferentes, pero tienen elementos

importantes en común. En primer lugar, tanto el Estado revolucionario como el paternalista despreciaban las leyes y el legalismo burocrático y preferían las soluciones voluntaristas en el primer caso y personalistas en el segundo. En segundo lugar, uno y otro tenían un sentido muy fuerte de las responsabilidades del liderazgo. En la terminología revolucionaria, este era el concepto de vanguardia. En el Estado paternalista el concepto de vanguardia era “El padre sabe lo que es mejor”.

Cuando pensamos qué modelos o metáforas del Estado soviético podrían ayudarnos a entender las prácticas del *Homo Sovieticus*, aparecen varias posibilidades. En primer lugar, la sociedad soviética puede conceptualizarse como una prisión o un ejército de reclutas. Esto abarca los elementos de regulación, disciplina estricta y confinamiento en una institución cerrada, con sus propios códigos estrictos de conducta, a menudo desconcertantes para los foráneos. El comportamiento de los prisioneros y reclutas refleja su temor al castigo, que puede resultar de no seguir las órdenes o de una desgracia fortuita. Una distintiva línea divisoria separa a los guardias y funcionarios de esas instituciones de los reclusos y reclutas: “nosotros” y “ellos”. La intimidación por parte de los guardias/funcionarios produce resentimiento, aunque también se la considera parte del orden natural de las cosas. Hay informantes entre los reclusos, pero “delatar” a otros ante las autoridades es una actitud condenable en esa comunidad. La deserción/intento de fuga se castiga severamente. En el caso del ejército, el patriotismo y el espíritu del deber patriótico son inculcados y grabados a fuego.

Otra forma de conceptualizar la sociedad soviética es como una escuela de tipo estricto, probablemente un internado. La escuela también es una institución cerrada con sus propias convenciones y disciplina. Se inculca el espíritu escolar, la forma local de patriotismo. Una brecha social separa a los maestros de los alumnos; llevar chismes a los maestros es algo frecuente, pero desaprobado en la comunidad de alumnos. Los maestros suelen dar sermones en que recomiendan virtudes como la limpieza, la tranquilidad, la cortesía y el respeto por los ancianos y la escuela, que los alumnos pueden o no aceptar interiormente, pero a las que solo consideran adecuadas para la esfera pública dominada por los maestros, no para sus relaciones privadas con los compañeros. Muchas actividades escolares descriptas como voluntarias son obligatorias, y en líneas generales los

alumnos observan y ridiculizan en privado la hipocresía del discurso público de la escuela y su discrepancia con la conducta de los maestros.

Sin embargo, hay una diferencia importante entre las escuelas y otras instituciones cerradas: las escuelas tienen la función de educar. La escuela es una institución civilizadora: su razón de ser es impartir las aptitudes de aprendizaje y comportamiento adecuadas para la sociedad adulta (culta) a la que los niños con el tiempo tendrán que unirse. La mayoría de los estudiantes aceptan la premisa de que, por desagradable que sea el proceso educativo, en última instancia es por su propio bien. Este modelo sin duda se acerca más al autoconcepto del régimen soviético como una vanguardia ilustrada que lleva a cabo una misión civilizadora. La educación era uno de los valores centrales del régimen; la escuela –como en el epíteto “escuela a favor del socialismo” aplicado a una variedad de instituciones soviéticas, desde los sindicatos hasta el Ejército Rojo– era una metáfora clave.

Por último, otro modelo menos enaltecido del Estado soviético puede ayudar a echar luz sobre las prácticas cotidianas: el comedor popular o el centro de asistencia social. Los ciudadanos soviéticos eran maestros a la hora de representarse como necesitados merecedores; consideraban que el Estado tenía la obligación de proporcionarles alimentos, ropa y vivienda. Al ser necesitados merecedores, acaso también sintieran la obligación de trabajar, pero la relación entre trabajo y bienestar no era recíproca. Toda la gama de comportamientos de súplica y dependencia característicos de los ciudadanos soviéticos antes descripta se ajusta mejor al modelo de los comedores populares que a cualquier otro. Quien asiste a un comedor popular no se siente comprometido en un proyecto de superación personal, a diferencia del estudiante escolar, ni tiene gran temor al castigo ni la sensación de pérdida de libertad que caracteriza a los prisioneros y reclutas del ejército. Puede o no sentirse agradecido hacia los encargados del comedor popular, aunque es probable que periódicamente les reproche que no ofrecen suficiente sopa o que guardan las mejores comidas para sus favoritos. Pero en esencia ve el comedor popular como una fuente de bienes que necesita y lo juzga principalmente por la cantidad y calidad de esos bienes y la conveniencia de obtenerlos.

Este libro ha descripto una amplia gama de prácticas de la vida cotidiana en la Rusia de Stalin: “conseguir” bienes de manera legal e ilegal, el recurso a patrones y contactos, el cálculo del espacio para vivir en metros cuadrados, las peleas en los departamentos comunitarios, los matrimonios

“libres”, las peticiones, las denuncias, los informes, las quejas contra los funcionarios, las quejas contra los privilegios, gozar de privilegios, los estudios, el voluntariado, el ascenso, la caída, la confusión del futuro y el presente, la protección mutua, la autocrítica, los chivos expiatorios, la purga, la intimidación a los subordinados, la defensa de los funcionarios, la mentira sobre el origen social, el desenmascaramiento de los enemigos, la caza de espías, y muchas otras. Era una vida en que importaba la conformidad externa con la ideología y los rituales, pero los lazos personales importaban aún más. Era una vida de desastres fortuitos y múltiples irritaciones e inconvenientes diarios, desde las horas perdidas en las filas y la falta de privacidad en los departamentos comunitarios hasta la grosería burocrática y el papeleo y la abolición, al servicio de la productividad y el ateísmo, de un día de descanso común. Hubo cosas temibles que afectaron la vida soviética y visiones que la enaltecieron: en especial, fue una rutina dura, plagada de escasez y malestar. El *Homo Sovieticus* movía contactos; era un operador, un oportunista, un parásito, un pregonero de lemas y mucho más; pero, por sobre todas las cosas, era un sobreviviente.

---

[762] Paráfrasis de Chamberlin, “‘Anecdote’”, p. 31. Otra versión del chiste consta en Borev, *Istoriia*, p. 40.

[763] Kornai, *Economics*, vol. B, p. 567; *The Socialist System. The Political Economy of Communism*, Princeton, 1992, p. 56; HP, #357 (XIX), p. 6; #394 (XX), p. 11; #399 (XX), p. 12.

[764] Engel, *Revolution*, p. 46; HP, #511 (XXVI), p. 6; #420 (XXI), p. 10; #4 (I), p. 36. Nótese que la queja de haber sido privado de la posibilidad de vivir “normalmente” volvió a escucharse en los años ochenta, vinculada con la percepción de que la Unión Soviética no era un país “civilizado”. En su encarnación de la *Perestroika,* la esencia de la queja era que los profesionales instruidos no podían asegurarse un estilo ni un nivel de vida comparables a los de Occidente.

[765] HP #92 (VII), p. 39 (el destacado me pertenece).

[766] L. Sigel’baum [Siegelbaum] y A. Sokolov (comps.), “1930-e gody: Obshchestvo i vlast’. Povestvovanie v dokumentaj”, ms., 199, IIR #531 (XXVII), pp. 14 y 28-29; entrevistado para el proyecto de Harvard, cit. en Geiger, *Family*, 1972.

[767] El diarista campesino es Fyodor Shirnov, de *Intimacy and Terror*.

[768] Hellbeck, *Tagebuch*; diarios de Shtange y Shaporina en *Intimacy and Terror*; A. G. Man’kov, “Iz dnevnika riadovogo cheloveka (1933-1934 gg.)”, *Zvezda*, 1994, n. 5, y “Iz dnevnika 1938-1941 gg.”, ibíd., 1995, n. 11; Kosterina, *Diary*.

[769] David L. Ransel, “Summer Nurseries under the Soviets as Device for Mobilizing Peasant Women and Diminishing Infant Mortality”, trabajo presentado en el primer seminario de historia rusa de la región del medio oeste de los Estados Unidos, Ann Arbor, marzo de 1991, y comunicaciones privadas con el autor, 14 y 23 de enero de 1998. Véanse también las respuestas

en Engel, *Revolution*, donde se utilizan la revolución, la colectivización y la guerra como indicadores: por ejemplo, pp. 83, 114, 128-129, 173.
[770] Véanse, por ejemplo, HP, #3 (I), p. 11; #4 (I), p. 9; #8 (I), p. 9.
[771] Berliner, "*Blat*", p. 31.
[772] Los términos rusos son *po planu*, *planomernost'*, *planovoe nachalo*, *planovoe raspredelenie*; *stikhiinost'* (espontaneidad) y *sluchainost'* (accidente), ambos antónimos de *zakonomernost'*; *sluchainye elementy*.
[773] "Esto también pasará" = *Proidet.* Sobre el héroe soviético positivo, véase Clark, *Soviet Novel*, pp. 167-171 y *passim*.
[774] I. Il'f y E. Petrov, *Dvenadtsat' stul'ev* (1918) y *Zolotoi telenok* (1930-1931) ya citados; Harlow Robinson, *Sergei Prokofiev*, Nueva York, 1988, p. 277 [ed. cast.: *Prokofiev*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1988]; (*Kizhe*); Aleksandr Tvardovski, *Vasilii Terkin* (1941-1945) [ed. cast.: *Vasili Tiorkin. Libro del soldado*, Moscú, Progreso, 1975]. Nótese que la popular secuela *samizdat* del período postestalinista, *Terkin na tom svete* (1954-1963) [en Aleksandr Tvardovski, *Vasilii Terkin*, ed. de Moscú, 1995], fue una burla explícita a la burocracia soviética.
[775] Véase Jerry F. Hough, *Democratization and Revolution in the USSR, 1985-1991*, Washington, D.C., 1997, p. 52.
[776] Para una descripción interesante, véase Sarah Davies, "'Us Against Them': Social Identities in Soviet Russia, 1934-1941", *Rus. Rev*., 56(1), 1997.
[777] GARF, f. 3316, op. 40, d. 14, l. 80 (1936); TsGAIPD, f. 24, op. 2v, d. 1518, l. 32 (carta firmada por "Los trabajadores de la planta de Kírov", 1935); comentario del trabajador (1934), cit. en Davies, *Popular Opinion*, p. 139.
[778] Inkeles, *Soviet Citizen*, pp. 300-301.
[779] Cit. en Lenoe, "Soviet Mass Journalism", p. 313.
[780] Adam B. Ulam, *Stalin*, Nueva York, 1973 (cap. 8: "The War against the Nation") [ed. cast.: *Stalin,* Barcelona, Noguer, 1975]. Sobre la renovación de las élites, véase Fitzpatrick, *Education*, cap. 9.
[781] Aunque la pasividad era la regla, había excepciones: véase Jeffrey J. Rossman, "The Teikovo Cotton Workers' Strike of April 1932: Class, Gender and Identity Politics in Stalin's Russia", *Rus. Rev.*, 56(1), 1997.
[782] Solzhenitsyn, *Gulag*, p. 160; Geiger, *Family*, p. 300; Engel, *Revolution*, p. 97.
[783] Sobre el trabajo en la década de 1930, véanse Siegelbaum, *Making Workers Soviet*, y el excelente resumen del estado actual del conocimiento en Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment*, Nueva York, 1998, pp. 240-249. Sobre la postura de la explotación, véase Filtzer, *Soviet Workers*, pp. 8-9; sobre la resistencia, véase Rossman, "Teikovo".
[784] Hellbeck, "Fashioning", p. 365; véase también Kotkin, *Magnetic Mountain*, pp. 225-230.
[785] La población rural es otro tema porque, como argumenté en *Stalin's Peasants*, el trauma de la colectivización dejó al campesinado enojado y alienado a lo largo de la década. Sobre los datos del censo, véase Poliakov, "Polveka molchaniia", pp. 65-66.
[786] Véase cap. 4, y Timasheff, *Great Retreat*.
[787] Kornai, *Socialist System*, pp. 315, 356. Sobre la función asignadora del Estado, véase Verdery, *National Ideology*, pp. 74-83. Dependiente = *izhdivencheskii*.

Principales fuentes utilizadas

Fuentes primarias

GANO	Gosudarstvennyi arjiv Novosibirskoi oblasti
GARF	Gosudarstvennyi arjiv Rossiiskoi Federatsii (previamente, Tsentral'nyi gosudarstvennyi arjiv Oktiabr'skoi revoliutsii i sotsialisticheskogo stroitel'stva SSSR, TsGAOR)
GASO	Gosudarstvennyi arjiv Sverdlovskoi oblasti
HP	Centro de Investigaciones de Rusia, Universidad de Harvard, "Project on the Soviet Social System. Interview Records. 'A' Schedule Protocols", ("proyecto de Harvard")
LVA SPDN	Latvijas valsts arhiva social-politisko dokumenta nodala
PANO	Partiinyi arjiv Novosibirskoi oblasti
RGAE	Rossiiskii gosudarstvennyi arjiv ekonomiki (antes Tsentral'nyi gosudarstvennyi arjiv narodnogo joziaistva SSSR, TsGANJ)
RGVA	Rossiiskii gosudarstvennyi voennyi arjiv
RTsJIDNI	Rossiiskii tsentr jraneniia i izucheniia dokumentov noveishei istorii (ex Tsentral'nyi partiinyi arjiv Instituta marksizma-leninizma, TsPA IM-L)
SA	Archivo de Smolensk
TsGAIPD	Tsentral'nyi gosudarstvennyi arjiv istoriko-politicheskoi dokumentatsii Sankt-Peterburga (ex Leningradskii partiinyi

	arjiv, LPA)
TsGAOR g.	Tsentral'nyi gosudarstvennyi arjiv
Moskvy	Oktiabr'skoi revoliutsii i sotsialisticheskogo stroitel'stva goroda Moskvy

Publicaciones periódicas

[Abreviaturas entre corchetes luego del título]

Periódicos y revistas de la década de 1930

Biulleten' Narodnogo Komissariata Snabzheniia SSSR, Moscú

Diktatura truda, Stalino

Gor'kovskaia kommuna, Gorki

Groznenskii rabochii, Grozni

Izvestiia, Moscú [*Izv*.]

Kommuna, Vorónezh

Kommunist, Sarátov

Komsomol'skaia pravda, Moscú [*Koms. pr*.]

Krasnaia Bashkiriia, Ufá

Krasnaia gazeta, Leningrado [*Kras. gaz*.]

Krasnaia Tatariia, Kazan [*Kras. Tat*.]

Krasnyi Krym, Simferopol

Krest'ianskaia gazeta, Moscú

Krest'ianskaia pravda, Leningrado [*Kr. pr*.]

Krokodil, Moscú [*Krok*.]

Leningradskaia pravda, Leningrado

Literaturnaia gazeta, Moscú

Molodaia gvardiia, Moscú

Molot, Rostov on Don

Moskovskaia koljoznaia gazeta, Moscú

Moskovskaia krest'ianskaia gazeta, Moscú

Nasha gazeta, Moscú [*Nash. gaz*.]

Nashi dostizheniia, Moscú [*Nash. dost*.]

Obshchestvennitsa, Moscú [*Obshch*.]

Ogonek, Moscú

Partiinoe stroitel'stvo, Moscú

Pravda, Moscú

Puti industrializatsii, Moscú

Rabochii, Minsk

Rabochii krai, Ivánovo

Rabochii put', Smolensk [*Rab. put*.]

Rabotnitsa, Moscú

Severnyi rabochii, Iaroslavl [*Sev. rab*.]

Sotsialisticheskii vestnik, Berlín, etc.

Sotsialisticheskii Donbass, Stalino

Sovetskaia iustitsiia, Moscú [*Sov. iust*.]

Sovetskaia Sibir', Novosibirsk [*Sov. S*ibíd.]

Sovetskii sport, Moscú

Sovetskoe gosudarstvo, Moscú

Sovetskoe studenchestvo, Moscú

Tijookeanskaia zvezda, Jabarovsk [*Tij. zv*.]

Trud, Moscú

Ural'skii rabochii, Sverdlovsk

Vecherniaia Moskva, Moscú [*Vech. Mosk*.]

Vecherniaia krasnaia gazeta, Leningrado

Za industrializatsiiu, Moscú [*Za ind*.]

Za kommunisticheskoe prosveshchenie, Moscú

Zvezda, Dnepropetrovsk

Revistas académicas

Istoriia SSSR/*Otechestvennaia istoriia*

Istochnik

Journal of Modern History [*JMH*]

Kommunist/*Svobodnaia mysl' Rodina*

Russian History [*Rus. Hist*.]

Russian Review [*Rus. Rev*.]

Slavic Review [*Slav. Rev*.]

Sotsiologicheskie issledovaniia

Soviet Studies/*Europe-Asia Studies*

Voprosy istorii [*Vopr. ist.*]

Voprosy istorii KPSS/*Kentavr*


Peter Burke
¿Qué es la historia del conocimiento?
Cómo la información dispersa se ha convertido en saber consolidado a lo largo de la historia
siglo veintiuno editores

¿Qué es la historia del conocimiento?

Burke, Peter

9789876297547

192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué es la historia del conocimiento? ¿Un relato capaz de explicar el éxito o la utilidad de teorías y descubrimientos en las disciplinas académicas? Peter Burke, el máximo referente de este campo de estudios, aclara que es algo más variado, complejo e interesante, que interpela a los lectores de hoy al darnos herramientas y perspectiva para entender cómo se llegó a la revolución digital y la sobrecarga de información que conlleva. ¿Qué hacer frente a la acumulación de datos "crudos"? ¿Cómo seleccionarlos, clasificarlos y decidir sobre su validez? ¿Cuándo se convierten en conocimiento sistematizado en la "cocina" de las ciencias? Sostenido en su formidable erudición y en medio siglo de investigaciones y docencia, Burke describe las operaciones necesarias para organizar masas de información. A la vez, explica con gran claridad términos fundamentales y propone una guía para pensar a partir de ellos. De la Biblioteca de Alejandría al trabajo en línea de nuestros días, traza un mapa de problemas que funcionan como temas de indagación en Oriente y Occidente. Mientras pone la lupa sobre las instituciones (Iglesia, Estado, Universidad) que determinan qué se considera ciencia en un momento dado, contempla los saberes prácticos y las

dificultades para encontrar fuentes y registros de ese corpus rico que circula fuera de la academia. Así, cuestiona concepciones simplistas de la división del trabajo intelectual entre centro y periferia, sin dejar de interrogarse por la utilidad de los conocimientos, los modelos de intelectual y el modo en que se difunden o popularizan los desarrollos especializados. Primer trabajo de carácter introductorio sobre el tema, este libro traza los hitos de una historia larga y analiza las tendencias más dinámicas de la "sociedad del conocimiento".


florencia servera
el mochilero científico
física, química y biología para sobrevivir al aire libre
siglo veintiuno editores
colección
ciencia que ladra...

El mochilero científico

Servera, Florencia

9789876297165

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer]

¡La ciencia se va de campamento! ¿Y qué puede aportarles a los amantes de la vida al aire libre? Aunque esos dos mundos parezcan incompatibles, todo tiene su costado científico: desde el armado de la mochila y la distribución de los objetos para que las caminatas no resulten agotadoras, hasta el modo de obtener agua de las plantas o determinar qué insectos o malezas son comestibles (y hasta beneficiosos). Así, para disfrutar al máximo de la aventura de recorrer selvas, bosques, montañas, playas o desiertos, la física, la química y la biología se ponen a disposición del viajero, porque hasta el más experimentado puede perderse o quedarse sin cantimplora. Florencia Servera deja por un rato el laboratorio y el aula para conducirnos por otros laboratorios y otras aulas más amplios y desafiantes: los de la vida en contacto con la naturaleza. A través de montones de experimentos y actividades (que convertirán al lector en la envidia de sus amigos), nos enseña a construir una brújula o dominar la arquitectura del fogón perfecto, a filtrar agua y eliminar las bacterias perjudiciales, a orientarnos con el sol durante el día y con otras estrellas por la noche. Los instructivos valen para todos: para acampantes expertos y novatos, para los que prefieren

quedarse en casa y hacer el asado en la terraza, para los curiosos que quieren aprender ciencia metiendo las manos en la masa. Con la mochila a cuestas, la carpa bien armada, la bolsa de dormir esperándonos luego del fogón y la comida… a la ciencia, no hay campamento que se le resista. ¡Siempre listos!

¡CIUDADANOS, A LAS URNAS!

Crónicas del mundo actual

THOMAS PIKETTY



¡Ciudadanos, a las urnas!

Piketty, Thomas

9789876297721

168 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¡Ciudadanos, a las urnas! asume el desafío de ayudarnos a entender un mundo atravesado por contradicciones: los proyectos de integración regional europea chocan con el Brexit, las promesas de regulación financiera no hacen mella en los paraísos fiscales, un avance tecnológico que habilita un progreso social sin precedentes convive con formas extremas de sacralizar la propiedad privada y estigmatizar a los perdedores. En crónicas ágiles, polémicas y ricas en hipótesis originales, Thomas Piketty se nutre de su formidable corpus de datos pero también de sus conversaciones con estudiantes, militantes, lectores, autores, actores de la sociedad civil y del mundo económico, cultural y político, y confirma su talento como uno de los intérpretes más lúcidos del mundo actual. En tiempos de conflictos vertiginosos y preocupantes, Piketty propone una lista de prioridades y convoca a construir "otra globalización", poniendo el acento en el poder de las sociedades para decidir, inventar y organizar mejores versiones de democracia participativa.

Cómpralo y empieza a leer



historia y cultura

UTOPÍA Y REFORMA EN LA ILUSTRACIÓN

franco venturi



Utopía y reforma en la Ilustración

Franco, Venturi

9789876294003

240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Como historiador ya consagrado por sus estudios acerca del iluminismo, Franco Venturi es invitado a dictar en Cambridge una serie de conferencias a partir de la célebre pregunta kantiana "¿Qué es la Ilustración?". Venturi propone una brillante y documentada introducción a la "circulación de las ideas" en la Europa moderna, fundamental para comprender sus valores y debates. Así, llega al núcleo de su respuesta, el derecho a castigar, que oscila entre la "utopía" igualitaria y la "reforma" de las sociedades, tanto en lo político como en las formas jurídicas, éticas, culturales. Venturi reseña la trayectoria de reyes y repúblicas en los siglos XVII y XVIII, en que la tradición clásica de Atenas y Roma se conjuga con la experiencia inmediata de ciudades y naciones modernas, de Moscú a Venecia o Londres. Precisamente en los republicanos y deístas ingleses detecta una de las principales fuentes de la reflexión filosófico-política del siglo XVIII. La recuperación de un pasado utópico de libertades ciudadanas y las denuncias acerca de los abusos del soberano serán tema fundamental para los enciclopedistas, que pensaban los fundamentos de la ley y la cultura mientras se desmoronaba el antiguo régimen: "la herencia del

pasado se había mezclado con la riqueza del presente". Un libro ejemplar por el notable cuadro de la ilustración europea que propone, por la asombrosa erudición, por la innovadora propuesta metodológica. Personas e ideas en movimiento a la búsqueda de opciones políticas entre reforma y revolución. Fernando Devoto


walter sosa escudero
qué es (y qué no es) la estadística
usos y abusos de una disciplina clave en la vida de los países y las personas
siglo veintiuno editores
colección ciencia que ladra...

Qué es (y qué no es) la estadística

Escudero, Walter Sosa

9789876294287

208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las estadísticas nos rodean. Nos acompañan a todos lados, nos persiguen, nos acosan. Estadísticas económicas, sociales, políticas, médicas, meteorológicas, alimenticias o deportivas. Permanentemente estamos estimando cantidades; seguimos los resultados de nuestro equipo de fútbol y confiamos en las encuestas antes de las elecciones. Esas mediciones están tan metidas en nuestra vida cotidiana que muchas veces no notamos cuánto influyen en nosotros. Por si fuera poco, la estadística vive de los errores. Este libro nos invita a adentrarnos en el fascinante mundo de estas pequeñas mentiras verdaderas de todos los días, como las usadas para medir el rating de la televisión, la efectividad de la policía para combatir el crimen, la evolución de la pobreza, la discriminación en el mercado laboral, dirimir delicadas cuestiones jurídicas o simplemente saber adónde tirarse para atajar un penal. Y además, pasa revista a varios de los métodos de esta disciplina, que aunque no puedan garantizar una certeza del 100% son aproximaciones útiles para acercarse a fenómenos muy complejos. Walter Sosa Escudero es el mejor guía para moverse en el mundo de las probabilidades, las estimaciones y las proyecciones. Con

pasión y sin valerse de complicadas fórmulas ni gráficos nos explica los usos científicos, sociales y hasta truculentos de una de las ciencias más presentes en nuestra vida. Este libro la desenmascara y hasta logra que disfrutemos de poder comprenderla.